

*Biblioteca
clásicos cristianos*

En el
CORAZÓN
de las **MASAS**

*René
Voillaume*



SAN PABLO

Biblioteca Clasicos Cristianos

En el corazón de las masas

René Voillaume



Versión electrónica

SAN PABLO 2013
(Protasio Gómez, 11-15. 28027 Madrid)
Tel. 917 425 113 - Fax 917 425 723
E-mail: ebooksanpabloes@gmail.com
comunicacion@sanpablo.es

ISBN: 9788428543057

Realizado por
Editorial San Pablo España
Departamento Multimedia-Web

Presentación

Siendo René Voillaume miembro de la congregación de los Hermanos de Jesús y, más aún, el fundador ante la Iglesia de esta Congregación, que sigue las huellas de Carlos de Foucauld, para situar adecuadamente el libro *En el corazón de las masas* comenzamos ofreciendo una síntesis del ideal y la misión que Foucauld quiso vivir durante su vida y nos dejó como legado, marcando para la posteridad dos tradiciones dentro de su carisma: a) Los «solitarios desbrozadores», asociación eclesial fundada por el propio Carlos de Foucauld, la Unión de hermanos y hermanas de Jesús, Sodalidad Carlos de Foucauld, que, en la comunión de los santos, ya sean sacerdotes, religiosos/as o laicos, como él, van abriendo caminos, con su creatividad, en los ambientes más alejados de la Iglesia, y que en la actualidad cuentan con más de 1.000 discípulos extendidos por todo el mundo^[1]; y b) Las «Fraternidades», cuyo máximo exponente, inspirador y fundador fue el hermano René Voillaume, del que nos vamos a ocupar^[2].

Carlos de Foucauld, ideal y proyectos de fundación

Carlos de Foucauld murió asesinado el 1 de diciembre de 1916 en Tamanrasset, sin haber podido realizar su sueño de toda la vida: formar una fraternidad de hermanos. Quedaba sin embargo tras él, como semilla fecunda, su testimonio, sus escritos y la asociación que había fundado, gracias a la cual, y especialmente gracias a Luis Massignon, que difundirá los estatutos simplificados de las Reglas que el hermano Carlos había escrito^[3], buscará un escritor para dar a conocer la vida del hermano Carlos^[4] y que será el eslabón necesario puesto por la Providencia entre Carlos de Foucauld y el nacimiento de las Fraternidades.

Carlos de Foucauld había nacido en Estrasburgo el 15 de septiembre de 1858 y, desde el momento mismo de su conversión, ocurrida en 1886, no cesó de buscar el camino por el que realizar su vocación religiosa, cosa que se irá manifestando progresivamente. Así lo manifiesta a su amigo Henry de Castries: *«Tan pronto como creí que había un Dios, comprendí que no podía hacer otra cosa sino vivir para Él: mi vocación religiosa data de la misma hora que mi fe: ¡Dios es tan grande! (¡Es tal la diferencia entre Dios y todo aquello que no es Él! (...). Yo deseaba ser religioso, no vivir más que para Dios y hacer lo que fuera más perfecto, sin importar qué... Mi confesor me hizo esperar tres años; (...) yo mismo no sabía qué orden elegir: el Evangelio me mostró que “el primer mandamiento consiste en amar a Dios con todo el corazón” y que había que encerrarlo todo en el amor; cada uno sabe que el amor tiene por efecto primero la imitación; quedaba, pues, entrar en la orden donde yo encontrase la más exacta imitación de Jesús. Yo no me sentía hecho para imitar su vida pública en la predicación: yo debía, por tanto, imitar la vida oculta del humilde y*

pobre obrero de Nazaret. Me pareció que nada me ofrecía mejor esta vida que la Trapa»^[51]. Este texto resume admirablemente las intuiciones que habrían de acompañarlo a lo largo de toda su vida en una marcha de etapas imprevisibles, pero permaneciendo siempre su idéntica vocación espiritual. Así, será en la Trapa (1890-1897) donde hará los primeros intentos por realizar su vocación. Pasados varios años de vida cisterciense notará, sin embargo, que no encontraba allí toda la abyección que perseguía, conforme a su vocación a la «vida de Nazaret». Es así como en 1893 le escribe al padre Huvelin, su director espiritual, diciéndole que se interroga sobre la posibilidad de formar una pequeña Congregación. No será sino pocos días antes del tiempo en que le hubiera correspondido pronunciar sus votos perpetuos cuando recibirá la dispensa del Padre general para centrarse en la realización de la vocación a la que se sentía llamado.

Iría, pues, a Tierra Santa, donde permanecerá tres años al servicio de las hermanas Clarisas de Nazaret (1897-1899) y de Jerusalén (1899-1900), dividiendo su tiempo entre el trabajo manual, la lectura y la oración. Consagra jornadas enteras a la oración y a la meditación del Evangelio. Este período será para él como un largo retiro, y el noviciado de su vida espiritual futura. Comienza a considerar la posibilidad de una fundación eremítica sobre el monte de las Bienaventuranzas, por lo que vuelve a Francia para prepararse a la ordenación sacerdotal, que habrá de recibir el 9 de junio de 1901. En sus retiros preparatorios al diaconado y al sacerdocio, descubre que aquella vida de Nazaret que entendía debía ser su vocación no tenía que llevarla a cabo en Tierra Santa, sino entre las ovejas más abandonadas. En su juventud había recorrido Argelia y Marruecos; ningún pueblo le parecía más abandonado que estos. Se instalará, pues, en Beni-Abbés, al sur de la provincia de Orán. Su vida adquiere aquí una modalidad diferente. Si bien no sale de los límites de su ermita, esta, sin embargo, está abierta a todos. Su ideal, por entonces, no era *«ni un grande y rico monasterio ni una explotación agrícola, sino una humilde y pobre ermita donde unos pobres monjes pudieran vivir de algunas frutas y de un poco de cebada recogida con sus propias manos; en estricta clausura, penitencia y la adoración del Santísimo Sacramento, no saliendo del claustro, no predicando, pero dando hospitalidad a todo el que venga, bueno o malo, amigo o enemigo, musulmán o cristiano... Es la evangelización no por la palabra, sino por la presencia del Santísimo Sacramento, la ofrenda del divino Sacrificio, la oración, la penitencia, la práctica de las virtudes evangélicas, la caridad; una caridad fraterna y universal»^[61].*

Beni-Abbés (1901-1905) representa, pues, la primera realización de su ideal; el hermano Carlos busca un equilibrio entre su vida monástica contemplativa y su deseo de irradiar el amor de Cristo entre los musulmanes que lo rodean. Pero no será sino en Tamanrasset (1905-1916) donde realizará el pleno desarrollo de su vocación. Hace construir su choza no lejos de la aldea, y no sólo no rehuye a los habitantes de la región, sino que va hacia ellos, busca contactos, hace visitas. Siempre está a disposición de sus vecinos y de sus visitantes. Es el amigo que se puede buscar a toda hora del día y de la noche. Hizo cuanto estaba a su alcance para insertarse verdaderamente en la región tuareg del Hoggar. Veía ya claramente cuál era su vocación. En la carta que escribió en

1893 al padre Huvelin esboza por vez primera el ideal religioso que se sentía llamado a vivir. En junio de 1896 compone una pequeña Regla para los miembros de la Congregación que quería fundar, los «Hermanitos del Sagrado Corazón de Jesús». Ya en Palestina, la abadesa de las clarisas de Jerusalén ayudará con su influencia a reavivar sus proyectos, y en 1899 redactará la Regla de los «Ermitaños del Sagrado Corazón», donde aparece un elemento nuevo: el acento sobre el sacerdocio y el apostolado, presentándose desde entonces la «vida de Nazaret», a la vez recogida y abierta, lugar de intimidad con Jesús y lugar de partida en misión. Dos años más tarde, una mejor advertencia de las exigencias de caridad universal que implica el sacerdocio lo lleva a volver a la denominación de «Hermanitos del Sagrado Corazón de Jesús». Y en 1902 redacta la regla de las «Hermanitas del Sagrado Corazón».

En los últimos años de su vida, ante al fracaso de sus primeros proyectos, considera la posibilidad de una especie de misioneros laicos que pudieran instalarse entre los infieles para atraerlos a la fe por el ejemplo y la bondad, apoyando de este modo la tarea de los misioneros consagrados. Al mismo tiempo Foucauld piensa en una «unión espiritual de personas» que, como él, estén encarnadas en diferentes ambientes descristianizados y que, en la comunión de los santos, formen un «monasterio espiritual». Este proyecto de 1909 madurará y el 25 de septiembre de 1913 Mons. Bonnet, obispo de Viviers, autoriza la asociación en su diócesis. Foucauld le pondrá el nombre de «Unión de Hermanos y Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús», y escribirá para ellos su Directorio o Consejos Evangélicos, publicado por Massignon en 1928, y que a la muerte de Foucauld contaba con 49 miembros, constituyendo la única descendencia visible que dejaba en torno a su ideal. En 1921 se publicó la biografía de Carlos de Foucauld.

René Voillaume y la manifestación progresiva de su vocación

El padre Voillaume nace en Versalles el 19 de julio de 1905, en el seno de una familia de cómoda situación económica, aunque de vida austera. Allí vivirá hasta los nueve años, para luego residir en La Bourboule durante los años de la Guerra del 14, donde recibirá los sacramentos de la Eucaristía y de la Confirmación. Introverso y poco comunicativo, su infancia será solitaria y con marcada vocación a la lectura. Según él mismo reconoce, sus orígenes alsacianos y loreneses influyen por igual sobre su temperamento. Con clara inclinación por el saber científico y una atracción particular por la física y la mecánica, sus aptitudes para la ingeniería, favorecidas por el ambiente familiar, forjaron su primera vocación. Pero su religiosidad, alimentada desde niño por una particular devoción a la Eucaristía, le hará despuntar su vocación al sacerdocio, confirmada por un hecho misterioso del que fue objeto cuando tenía 16 años (1921), y que es juzgado por el mismo Voillaume como una gracia mística. Desde entonces ampliará el tiempo de oración, y su vida de unión con Dios estará especialmente representada por su devoción al Sagrado Corazón y a la Eucaristía.

En plena adolescencia (1922) lee la vida de Charles de Foucauld, de René Bazin, y en ella descubre su vocación. Encuentra en la vida del Hno. Carlos de Jesús un eco providencial a sus aspiraciones a la vez misioneras y contemplativas. Además, junto a la

llamada al sacerdocio, África ejerce sobre él una particular atracción, quizá debido a que su hermana mayor, Margherite, había entrado en 1921 en las Hermanas Misioneras de Nuestra Señora de África, las «Hermanas Blancas». No sabiendo en qué congregación entrar, para clarificar su vocación ingresa, en 1923, en el Seminario Mayor de San Sulpicio, de Issy-les-Moulineaux, donde recibe una adecuada formación teológica y espiritual. Hizo allí el bienio de filosofía, tras lo cual entró como novicio de los Padres Blancos en Maison-Carrée (Argel). Estuvo, sin embargo, sólo un año con ellos, pues la fragilidad de su salud le impidió permanecer en África. Vuelve al Seminario de Issy, con la esperanza de poder regresar con los Padres Blancos al terminar sus estudios, si su salud se lo permite.

Estando en Maison-Carrée, había recibido una carta de un seminarista de Issy, confiándole su atracción por el ideal de Carlos de Foucauld. A su vuelta al Seminario, conocerá a otros con las mismas inquietudes, por lo que formarán un grupo en 1925 del que surgiría, años después, la base de la fundación en El-Abiodh. *«No olvidaré nunca [son palabras del propio Voillaume] nuestro primer encuentro con Luis Massignon, que tuvo lugar en el Seminario Saint-Sulpice de Issy-les-Moulineaux, el miércoles 1 de diciembre de 1926, cuando estudiábamos teología; un grupo de seminaristas teníamos ya el proyecto de partir un día a África del norte para vivir como el hermano Carlos vivió en Beni-Abbés. Luis Massignon había sido invitado a dar una conferencia a la comunidad, desde las 18 horas a las 19 horas. Recordaré siempre, al final de su conferencia, cuando éramos unos 400 seminaristas y sonaron los siete golpes de las siete del reloj del Seminario, se levantó de golpe y dijo con voz solemne y emocionada: “Señores, la hora que suena marca exactamente el décimo aniversario de la muerte de mi amigo Carlos de Foucauld, asesinado en 1916 en este mismo día y a esta misma hora, en Tamanrasset”. Fuimos presentados este mismo día después de la conferencia y desde este día datan nuestras relaciones. Massignon tenía el culto del recuerdo y estimaba mucho la fidelidad en la amistad. Él se ha considerado siempre como el heredero espiritual de su amigo, cuando la muerte le sorprendió escribiéndole una carta. Es gracias a Massignon que pudimos, a pesar de los diez años que nos separan de la muerte del hermano Carlos, renovar fácilmente los lazos con aquel que consideramos como el verdadero inspirador de todas las Fraternidades»*^[7]. A finales de 1927, otro hecho misterioso habría de influir decisivamente sobre su vida. Un arrobamiento de orden místico, que se repetirá durante varios meses, lo confirmará en el carácter contemplativo de su vocación.

Habiendo conseguido el manuscrito del padre Foucauld que contenía la Regla de 1899, comienza su estudio con la intención de elaborar, partiendo de ella, un proyecto de fundación. René Voillaume, que había sido elegido para encabezar el grupo, es ordenado sacerdote el 29 de junio de 1929, pasando los dos años siguientes en Roma, donde realizará el doctorado en teología bajo la dirección del padre R. Garrigou-Lagrange. Después de la preparación lingüística que la empresa requería y de un período donde abundaron los contactos y consultas, toman el hábito en la Basílica de Montmartre, el 8 de septiembre de 1933, y se instalan en el pequeño oasis de El-Abiodh-Sidi-Cheikh,

situado en el Sáhara sudoranes. Eran cinco sacerdotes: René Voillaume, Marcel Bouchet, Marc Guerin, Guy Champenois y Georges Gorrée. Todos ex alumnos de Issy. A ellos se agregará alguien que, habiendo recorrido hasta allí un camino distinto al del resto, compartirá desde entonces la misma vocación, formando parte del grupo fundador. Se trata de un converso, discípulo y amigo de Jacques Maritain, que, no deseando dar a conocer su nombre por razones personales vinculadas a su pasado, será conocido por todos desde entonces como el «hermano André» (1904-1986). Posteriormente, cuando sus estudios sobre islamología y mística comparada comiencen a publicarse, aparecerá bajo el seudónimo de Louis Gardet.

La Fraternidad de El-Abiodh-Sidi-Cheikh

Siguiendo la Regla que Carlos de Foucauld escribió en 1899, los Hermanos del Sagrado Corazón de Jesús, o los «Hermanos de la Soledad», como les llamaban los árabes, comenzaron su aventura religiosa en tierra islámica dentro de un marco de vida claramente monástico, influenciados fuertemente en esta etapa por el Carmelo y la Cartuja. En el Seminario habían sido formados en la oración, teniendo a san Juan de la Cruz y santa Teresa de Jesús por maestros, así como a santa Teresa del Niño Jesús. Y una vez en El-Abiodh, los «desiertos» carmelitanos tuvieron una influencia para equilibrar la vida comunitaria con períodos de vida eremítica. Durante la etapa preparatoria a su instalación en el desierto, fueron frecuentes los contactos con la Cartuja de Montrieux. Y posteriormente, la relación con los cartujos se hizo más estrecha, hasta convertirse estos en sus consejeros y aceptar ocuparse de la formación del que sería el primer maestro de novicios de los Hermanos.

Durante más de diez años se vivió en una forma monástica: clausura, silencio y oración de día y de noche constituían lo esencial de su testimonio exterior, tanto frente a la población musulmana como para aquellos cristianos con quienes estaban espiritualmente vinculados o que iban a hacer retiro a la Fraternidad. Este carácter monástico que había asumido la Fraternidad desde su fundación estaba vinculado a la concepción que Foucauld tenía para su congregación durante su estancia en Tierra Santa. Fue allí donde redactó la «Regla de 1899», que los Hermanos eligieron desde un comienzo como base de su proyecto fundador.

La II Guerra mundial y la vida de la Fraternidad

La llegada de la II Guerra mundial modificó su vida. La mayor parte de los Hermanos fueron movilizados. Un par de ellos se quedó, sin embargo, en El-Abiodh, posibilitando el regreso periódico del resto, pero, aun así, la vida de la comunidad entrará en un paréntesis que habrá de prolongarse hasta el final de la guerra. René Voillaume fue destinado a Orán y luego a Touggourt como personal militar no combatiente. Esto lo mantendrá alejado durante varios años del gobierno físico de la comunidad, abriéndose un período en que distintas circunstancias y hechos providenciales llevarán a la

Fraternidad a una transformación hasta entonces imprevista.

Tras la lectura y mayor conocimiento de la Regla de 1899, que había sido suavizada por los superiores de San Sulpicio, que la consideraban impracticable, los Hermanos que habían permanecido en El-Abiodh le plantean a Voillaume, en mayo de 1943, la exigencia de volver a una más perfecta observancia de la misma, a fin de seguir con mayor fidelidad al hermano Carlos de Jesús. Esto suponía, fundamentalmente: una vida de mayor pobreza y austeridad; un cumplimiento más estricto de la clausura y del silencio; dar más importancia al trabajo, y alcanzar una mayor sencillez en el trato. Mientras la vida en El-Abiodh iba evolucionando en tal sentido, Voillaume se retira en junio de 1944 a la ermita de Djebel-Aïssa, comenzando un trabajo de investigación para compenetrarse mejor con el espíritu del hermano Carlos de Jesús. Durante un año entero leyó los escritos del padre Foucauld, incluso los inéditos, a los que tenía acceso por vía de la postulación de la causa de beatificación, intercambiando opiniones con los Hermanos, medítándolos y orando con ellos. A partir de entonces ya no se busca definir la vocación y misión de los Hermanos por referencia a la sola Regla de 1899, que representa parcialmente el pensamiento del Hno. Carlos, sino a partir del conjunto de la vida y de los escritos de Foucauld, lo que asegurará una mayor fidelidad a la integridad de su mensaje. Como fruto de aquel período de investigación y reflexión, Voillaume escribirá unas 200 páginas que titulará: *La mission providentielle du Père Charles de Foucauld et la réalisation de ses projets de fondation*, subtítulo: *Étude sur l'esprit et le règlement des Fraternités*^[8]. Se cierra así la crisis desencadenada en 1943, de la que la Fraternidad, profundizando su ideal, sale más firmemente enraizada en el espíritu de Foucauld.

La misión de la Fraternidad se dilata

Si los años de guerra resultaron una ocasión providencial para que la Fraternidad se afirmara en su espíritu propio, el tiempo inmediatamente posterior no habrá de ser menos importante en orden a revelar su futura orientación. Poco después de acabada la guerra, el P. Voillaume emprenderá un viaje a Francia (1945), al que seguirá, entre abril y julio de 1946, otro a Roma y Francia, resultando ambos decisivos para el futuro de la Fraternidad. Fruto del encuentro con militantes del mundo obrero Voillaume anuncia a los Hermanos a su vuelta a El-Abiodh, en diciembre de ese mismo año, unas nuevas Constituciones, redactadas por entonces y aprobadas en 1947, que consideran como destinatarios de la misión de la Fraternidad no sólo el Islam, sino toda tierra de misión, según el pensamiento de Foucauld, en la que incluían al mundo obrero, en razón de su descristianización. También se subraya la importancia del trabajo, aunque no se contemplara aún la posibilidad del trabajo asalariado en el exterior: también a la fraternidad obrera se la concebía por entonces como monástica, aunque inserta en el medio obrero y en intercambio de relaciones y adaptación al mismo. Cambian, además, su nombre, llamándose desde entonces los «Hermanos de Jesús».

Entre las personas que Voillaume encontró en Francia y que le confirmaron en el proyecto de las fraternidades obreras es preciso destacar a la hermana Magdeleine de Jesús, fundadora de las Hermanitas de Jesús, con quien ya por entonces tenía una

importante relación, y que orientaba en tal sentido la misión de su Congregación. Se habían encontrado por vez primera en El-Golea, peregrinando ambos, en 1939, a la tumba del padre Foucauld. Hubo siempre entre ellos una profunda comunión en la manera de concebir el ideal de las Fraternidades, y no es fácil delimitar las respectivas influencias, que fueron recíprocas. Para Voillaume, el período que se extiende de marzo a octubre de 1946 será, para las Fraternidades, extraordinariamente fecundo y rico en acontecimientos o decisiones que contribuirán a dar, tanto a los Hermanos como a las Hermanitas de Jesús, su fisonomía definitiva. Lo más relevante dentro de este período fue, sin duda, el viaje que el padre Voillaume hizo con Fr. André entre abril y junio de ese año. El principal cometido del mismo era organizar una fraternidad de estudios en Roma. El hermano André acompañaba al padre Voillaume para aconsejarle en esto y para reencontrarse en Roma con su amigo Jacques Maritain, por entonces embajador de su país ante la Santa Sede, a quien no veía desde hacía trece años. Milad, el primer maestro de novicios y formador de los hermanos durante el período de más afluencia de vocaciones, quedaba, mientras tanto, como responsable en El-Abiodh. El primer hecho destacable es el encuentro que tienen en Argel, antes de cruzar hacia Europa, con dirigentes de la J.O.C. De lo conversado con ellos surge la posibilidad de una fraternidad obrera con trabajo en el exterior, pues los jocistas objetan el proyecto de un trabajo artesanal independiente, en orden a evitar el riesgo capitalista de otras órdenes o congregaciones religiosas. Así nace, pues, unido al deseo de una pobreza real y efectiva, la idea del trabajo asalariado en el exterior de la Fraternidad. Pero es necesario tener en cuenta aquí que en ningún momento había sido puesta en duda la naturaleza contemplativa de la vocación de las Fraternidades.

En Roma fueron numerosos los encuentros del hermano André con los Maritain. También Voillaume tendrá oportunidad de estar con ellos. Hubo entre ellos unanimidad respecto a la posibilidad e importancia de una vida contemplativa en el mundo, la «*contemplation sur les chemins*», como decía Raïssa. Todo parece indicar que los Maritain no habrían sido ajenos, aun sin proponérselo, al modo de vida que desde 1947 adoptarán las Fraternidades. Hay que tener en cuenta, por lo demás, que los Maritain habían reflexionado en torno a este tema mucho antes de que los Hermanos dejaran la clausura de El-Abiodh. Hay que señalar, además, que en El-Abiodh, todos los Hermanos habían leído los textos espirituales de Maritain, habiendo sido el hermano André, desde 1936, el responsable de su formación doctrinal^[9]. Es importante recordar, también, que, tras la muerte de Raïssa en 1960, Maritain se incorporó a la fraternidad de los Hermanos de Toulouse, donde vivirá hasta 1970, año en que pidió ser admitido en la Congregación, para morir, formando parte de ella, en 1973. Poco después de su instalación en Toulouse, Voillaume se referirá al «parentesco espiritual que existía ya desde hace mucho tiempo con nuestra forma de vida religiosa, que lo ha conducido a venir a vivir entre nosotros, como un hermano mayor del que tenemos mucho que esperar. Estoy contento de que tengáis la posibilidad, un día u otro, de encontrar a quien ha estado asociado más de lo que tal vez pensáis a la fundación espiritual de la Fraternidad»^[10]. A comienzos de 1947 aparece el primer libro del padre Voillaume: *Les Fraternités du père De Foucauld*.

Mission et esprit, donde sintetiza el estudio que realizó, entre 1944 y 1945, en torno a la misión del padre De Foucauld y sus Fraternidades.

Por los caminos del mundo

En mayo de 1946 se funda en Aix-en-Provence la primera fraternidad obrera. Voillaume formará parte del grupo, trabajando de pintor, si bien las responsabilidades como prior no le permitieron permanecer demasiado tiempo en esto. A partir de aquí se abre un período particularmente fecundo para la Fraternidad. En tanto se iba consolidando y confirmando en su nueva orientación, la abundancia de vocaciones y la consecuente multiplicación y dispersión de las Fraternidades caracterizaron los años siguientes. Así, a finales de 1946, doce hermanos habían hecho la profesión perpetua, otros tantos entraron al noviciado, y cinco pronunciaban sus primeros votos. A comienzos de 1951, el número de profesos se había triplicado y estaban distribuidos en dieciséis Fraternidades. Es durante esos mismos años cuando el padre Voillaume escribirá las cartas y conferencias que en 1949 serán policopiadas y al año siguiente (1950) publicadas bajo el título *En el corazón de las masas*. En estos escritos del prior de los Hermanos de Jesús se encuentra la base de la espiritualidad futura de las Fraternidades. El libro conocerá más de una docena de traducciones y numerosas reediciones, manifestando así que su interés superaba ampliamente los límites de las Fraternidades. Por esta misma época aparecen las nuevas Constituciones de los Hermanos de Jesús (1951), donde se expresa su nueva fisonomía: «*Los Hermanos de Jesús imitan, ante todo, la vida laboriosa de Jesús obrero en Nazaret, llevando a cabo en la pobreza una vida de trabajo, en contacto íntimo con los hombres, mezclados con ellos como la levadura en la masa, a fin de contribuir por el testimonio de sus vidas más que por sus palabras, a hacer conocer y amar a Jesús, Hijo de Dios, y a establecer entre los hombres, por encima de todas las divisiones de clases, razas y naciones, la unidad fraternal del amor del Salvador*» (art. 3).

Las Fraternidades crecen y se afianzan gracias a la afluencia de vocaciones. En mayo de 1959 ya son cincuenta. Igualmente significativo resulta el hecho de su implantación en medios muy variados. Ante tal multiplicación de las Fraternidades, Voillaume se ve obligado a viajar constantemente y por todos los continentes, utilizando con frecuencia la vía epistolar para seguir en contacto con los Hermanos. Como fruto de este período aparecerán sus Cartas a las Fraternidades. El primer volumen, *Testigos silenciosos de la amistad divina*, recogerá escritos dados a luz entre 1954 y 1959. El segundo, *A causa de Jesús y del Evangelio*, abarca otros, surgidos entre 1949 y 1960. El tercero, *Por los caminos del mundo*, recopila cartas escritas entre 1959 y 1964. Si bien durante estos años serán publicados numerosos artículos suyos en medios diversos, lo contenido en estas cartas viene a continuar y a completar, desde el contacto con la experiencia de las Fraternidades, lo que Voillaume ya expuso en *En el corazón de las masas*.

Surgirán también, en aquel tiempo, la Fraternidad Jesus-Caritas (Instituto Secular Femenino) y la Fraternidad Sacerdotal Jesus-Caritas, desarrollándose, asimismo, la Fraternidad Secular Carlos de Foucauld. La palabra del padre Voillaume es requerida por unos y otros, así como por las Hermanitas de Jesús. Esto ha hecho que la transmisión del

mensaje del padre Foucauld por parte de René Voillaume trascienda progresivamente las fronteras de su Congregación. Por otra parte, en 1956, permaneciendo Voillaume como prior de los Hermanos de Jesús, fundó los Hermanitos del Evangelio. Estos, en el mismo espíritu de contemplación, pobreza y humilde caridad fraterna propio de Carlos de Foucauld, tendrán por misión la evangelización de los ambientes pobres y más alejados de Dios, a través del testimonio, la palabra y la creación de nuevas comunidades cristianas. Razones análogas llevarán a Voillaume a fundar, en 1963, las Hermanitas del Evangelio. En 1965 el P. Voillaume dimitirá como prior de los Hermanitos de Jesús, cargo que ejercía desde la fundación en 1933, para poder dedicarse con mayor libertad a las Congregaciones más jóvenes. La Fraternidad de los Hermanos de Jesús fue elevada, en 1968, a Congregación de derecho pontificio.

En el corazón de las masas

1. *En el corazón de las masas* es el libro que dio a conocer a René Voillaume como autor espiritual y como fundador^[11]. También es el libro que ha centrado y dominado el primer período que distinguimos de la obra literaria de René Voillaume, aquella que corresponde a esta refundación de la Fraternidad de los hermanitos de Jesús tras la II Guerra mundial, y que se extiende hasta el Vaticano II incluido.

2. *Au coeur de masses* tiene una génesis. El libro aparece primero en Aix en Provence, en julio de 1949, bajo la forma de fascículos fotocopiados. El conjunto es titulado: *La espiritualidad de las Fraternidades del P. Foucauld*. Esta publicación responde a necesidades internas apremiantes: hay que explicar la nueva orientación de la Fraternidad; ella atrae la atención en los medios católicos franceses porque está en consonancia con la renovación apostólica-misionera entonces activa. Al mismo tiempo, hay que iniciar la formación religiosa de los recién llegados, cada vez más numerosos. Esta edición artesanal tiene por título *Recopilación de conferencias y textos diversos*. Estos textos son leídos por los cercanos a René Voillaume; y estiman, como le escribe Mons. de Provençères, el 7 de agosto de 1948, que «su lectura sería beneficiosa, incluso para otros además de los hermanos».

3. *En el corazón de las masas* saldrá de la imprenta el 30 de diciembre de 1950, con un título propuesto por Michel Carrouges. El texto es el de la edición policopiada, revisada y aumentada con dos mensajes importantes del prior a sus hermanos. El libro aparece en las Ediciones du Cerf, en la colección «Rencontres», las cuales no admitían ni tratados de teología ni escritos de espiritualidad, sino testimonios de renovación a la obra en la Iglesia de Francia, con títulos «significativos»: *¿Francia país de misión?, ¿resurgimiento o declive del clero francés?*, etc. El libro es bien acogido por los lectores, puesto que desde el final del año 1951 se prevé un suplemento que será publicado bajo el título: *Que ellos sean uno*. Y en abril de 1952 aparece la segunda edición: será *En el corazón de las masas* en su forma definitiva, la más conocida, por no decir la única conocida. Aligerada del lado de las meditaciones, el texto se ha enriquecido con dos grandes cartas del prior a sus hermanos: una, sobre la obediencia religiosa, que

desencadenará una controversia entre los teólogos; la otra, sobre «la oración de los pobres»: esta carta remplaza el texto sobre «la vida contemplativa de las Fraternidades», cosa que sentirá René Voillaume porque «trata del mismo tema pero bajo otro punto de vista. Hubiese sido preferible unir los textos». Constituido de esta manera, el libro tendrá una bella carrera: 50 mil en 1955, 115 mil en la colección «Foi Vivante», el volumen 100 mil (nº 100-101) en 1969. Sin hablar de las traducciones: la primera, italiana, en 1953, con un prefacio de Mons. Montini, futuro papa Pablo VI, que no será publicado porque en esa época no convenía; la quinceava y la última en chino, en Taiwán, en 1985; hay que hacer notar las dos traducciones «clandestinas» en 1969, en húngaro y checo.

Sin este marco histórico, careceríamos de la referencia existencial desde la que René Voillaume escribió estas cartas a los hermanos, recogidas en el libro *En el corazón de las masas* que ahora presentamos, gracias al esfuerzo de la editorial SAN PABLO por recoger todo el patrimonio espiritual de la Iglesia, donde encontraremos enseñanzas relativas a la vida contemplativa y al testimonio cristiano que nos serán útiles para ser levadura del Reino.

JOSÉ LUIS VÁZQUEZ BORAU

Barcelona, 1 de enero de 2011

Prólogo a la segunda edición francesa

Esta nueva edición no escapará al defecto de la primera: el de no ofrecer al lector un libro suficientemente compuesto; mi única excusa es la imposibilidad material de encontrar tiempo para el trabajo de última mano que sería necesario.

La causa está en el rápido desarrollo de las Fraternidades, que también acarrió modificaciones bastante notables en la presente edición. Respondiendo al deseo de un gran número de lectores, hemos aligerado el volumen de toda la última parte, que, en resumen, no hacía más que repetir, bajo la forma de meditaciones, ideas expresadas en otros lugares de la obra, lo que nos ha permitido insertar tres capítulos nuevos acerca de la obediencia, de la oración y de la unidad del amor.

En efecto, desde la fecha de la primera edición, la vida de las Fraternidades me llevó a profundizar esos aspectos esenciales de la vocación de los Hermanitos del Padre De Foucauld. Soy, por tanto, perfectamente consciente de las lagunas, de las negligencias de composición, de las prolijidades de este trabajo; pero estimo preferible entregarlo tal y como está a la indulgencia de los lectores, que consentirán en no buscar otra cosa que el eco fiel de una experiencia de vida.

Ghardaia, 17 de diciembre de 1951

R. V.

Prólogo a la quinta edición francesa

Esta edición es semejante a las precedentes, excepto por lo que se refiere al primer capítulo, «El padre De Foucauld y sus Hermanitos», y al Capítulo 11 de la tercera parte, «El Hermanito sacerdote», que han sido profundamente retocados con objeto de responder más exactamente a las preguntas que tan a menudo me han formulado acerca de la naturaleza del apostolado de las Fraternidades.

Esta edición lleva consigo igualmente un índice de materias. Este trabajo, realizado por un discípulo del Seminario Mayor de Arras, nos pareció debería ser útil a más de un lector. Por eso hemos pedido a su autor autorización para publicarlo en esta edición.

Los Hermanitos y las Hermanitas de Jesús continúan desarrollándose rápidamente. Siempre pienso en volver a considerar un día, a la luz de la experiencia, la doctrina espiritual contenida en este libro, a fin de presentarla de una manera más directa y más accesible a los Hermanos y Hermanas de todas las lenguas y de todas las razas, que vienen actualmente a agruparse detrás del Hermano Carlos de Jesús. Quiera Dios concederme un día tiempo suficiente para ello.

Dakar, 28 de octubre de 1953

R. V.

Prefacio

Las páginas que siguen fueron escritas en provecho de los «Hermanitos de Jesús» por su Prior; son conferencias pronunciadas a su intención, circulares dirigidas a ellos. Conservan el aspecto de conversaciones fraternales. Es lo que constituye su encanto, es también lo que las hace beneficiosas, es un testimonio de vida más bien que un libro.

Penetramos en la intimidad «Fraternidades». A través de sus hijos espirituales, es el alma misma del Padre lo que descubrimos. Desde hace cinco años he podido seguir de cerca a los Hermanos y a las Hermanitas de Jesús, lo que me ha permitido adquirir la convicción de que el mensaje del hermano Carlos de Jesús contiene una gracia especial para el mundo moderno. Por eso me alegro al ver estas conferencias entregadas al público; se dirigen a todos los que tienen sed de amor y de servir al Señor.

«Presencia frente a Dios, presencia frente a los hombres». Estas pocas palabras resumen la espiritualidad del ermitaño del Sáhara. Existe en su interior un sentido profundo de la oración, una busca apasionada de Cristo; toda su vida se reduce a una mirada puesta en su Muy Amado Hermano y Señor Jesús, a un comercio de amistad con él. Pero al mismo tiempo, porque Cristo está presente entre los hombres sus hermanos, porque los ama, porque se hizo como uno de ellos, porque quiso compartir sus sufrimientos, he aquí que este contemplativo necesita estar presente frente a sus hermanos, hacer suya su vida laboriosa, tomar sobre él su dolor. Esta presencia no tiene nada que se imponga, es una amistad que se ofrece. No excluye a nadie, es el «Hermanito universal»; es particularmente delicada hacia el más pequeño, el más pobre, el más abandonado. Dentro de este contacto con los hombres, el padre De Foucauld encuentra un alimento para su vida de unión con Dios. ¿Es que no tiene el deber de creer, de esperar, de amar por todos aquellos a los que lleva en su oración, cuya gran miseria consiste en estar privados de fe, de esperanza y de caridad?

¡De qué modo está adaptada al apóstol una espiritualidad semejante! También él debe ser fiel a esta doble presencia. Presencia frente a Dios: ¿Es que su fin supremo no es la mayor gloria de Dios, y es que puede dar fruto sin estar unido a Cristo Jesús? Presencia frente a los hombres a quienes es enviado y que le esperan; presencia de amistad, ofrecida a todos (¡necesitan tanto las almas esta forma de amor!), pero presencia fundada en una caridad sobrenatural, en una comunión con el amor mismo del Corazón de Jesús. La vocación del padre De Foucauld es imitar a Cristo en el misterio de su vida escondida; la del apóstol es imitarle en el misterio de su vida pública. El amor del Señor es lo que impulsa al uno y al otro, y la espiritualidad del hermano Carlos es de tal suerte sencilla, se reduce de tal modo a lo esencial, que conviene tanto al uno como al otro. Lejos de apartar al apóstol de su acción, le compromete por entero; al mismo tiempo le preserva de cualquier desviación. Como el contemplativo, el apóstol tiene necesidad de comprender la primacía de la oración, de saber lo que es ser «redentor con Jesús»; ¡es

tan grande el peligro que existe en nuestra época de no creer en el valor de la oración silenciosa y de la inmolación redentora! Como el contemplativo, el apóstol tiene necesidad de conocer las condiciones de una vida de unión con Dios: lealtad perfecta, completa desapropiación, renuncia total, etc.

En efecto, otro de los aspectos de la espiritualidad del padre De Foucauld es esa lealtad en aceptar el Evangelio, todo el Evangelio, hacerle pasar por entero dentro de su vida. Hay en esto, para el padre De Foucauld, una exigencia de caridad: «La medida de la imitación es la del amor». Ya sabemos cómo abrazó la pobreza de su Maestro: «Mi Señor Jesús, qué pronto será pobre aquel que, amándoos con todo su corazón, no podrá resistir ser más rico que su muy Amado». Deseará del mismo modo compartir su trabajo, sus humillaciones, su Pasión. Ahora bien, ¿es que no es una necesidad de nuestros contemporáneos esta lealtad, este absoluto en la entrega de sí mismo? Presienten que, por lo que se refiere a Dios, si hay que dar algo, hay que darlo todo.

¡Ojalá pudieran leer este libro muchos sacerdotes, muchas religiosas, muchos militantes seculares! Para un buen número será tal vez el instrumento del que Dios dignará servirse a fin de hacer oír su llamada al Amor. Ya lo dije: el mensaje del hermano Carlos de Jesús es una gracia especial para el mundo moderno.

+ CARLOS
Arzobispo de Aix, Arlés y Embrún

Primera parte

La vocación
del Hermanito de Jesús

Preámbulo

Jesús te estableció para siempre dentro de la vida de Nazaret: las vidas de misión y de soledad no son para ti como para él sino excepciones; practícalas cada vez que su voluntad lo indique claramente: desde el instante en que no esté ya indicado, vuelve a entrar en la vida de Nazaret (...)^[12].

Toma –ya sea estando solo, ya estando con algunos hermanos– (...) como objetivo la vida de Nazaret, en todo y por todo, dentro de su sencillez y de su amplitud, (...) nada de hábito –como Jesús en Nazaret–, nada de clausura –como Jesús en Nazaret–, nada de domicilio lejos de todo lugar habitado, sino cerca de una aldea –como Jesús en Nazaret–, no menos de ocho horas de trabajo al día (manual o de otra clase, manual en lo que cabe) –como Jesús en Nazaret–, ni grandes extensiones de terreno, ni habitaciones grandes, ni grandes gastos, ni siquiera limosnas dadivosas, sino extrema pobreza en todo –como Jesús en Nazaret–. En una palabra, en todo: Jesús en Nazaret (...).

No intentes organizar, prepara el establecimiento de los Hermanitos del Sagrado Corazón de Jesús: solo, vive como si tuvieras que estar siempre solo; si sois dos, tres, algunos más, vive como si no debierais jamás ser más numerosos. Ora como Jesús, tanto como Jesús, reservando como él un puesto muy grande a la oración...; como él también, deja un gran lugar al trabajo manual, el cual no es un tiempo robado a la oración, sino entregado a la oración. Reza fielmente cada día el Breviario y el Rosario. Ama a Jesús con todo tu corazón... y a tu prójimo como a ti mismo, por amor a él. La vida de Nazaret puede llevarse en todas partes: llévala en el sitio más útil para el prójimo.

El padre De Foucauld y sus Hermanitos

14 de enero de 1905; «Jesús quiere que trabaje en la fundación de esta doble familia... suplicando, inmolándome, muriendo, santificándome, en fin, amándole...».

Hace más de treinta años que el Padre cayó solo, traicionado por los suyos, a la puerta de su ermita del Hóggar. Su doble familia, Hermanitos y Hermanitas, cuenta ya con más de 600 religiosos y religiosas. No sin emoción, sus hijos y sus hijas leen hoy de nuevo estas líneas, que son como el acta de nacimiento de sus Fraternidades. Sin duda ya no estaba él allí para recibir, cuando llegaron, a sus primeros discípulos, para indicarles el camino, agruparlos a su alrededor y presentarlos a la Iglesia. Pero, ¿qué fundador hundió en la tierra más profundamente que él la semilla de futuras fecundidades? En la raíz de las Fraternidades, como inculcándoles para siempre lo que deberá ser la savia misma de su vida, se encuentra enterrado un tesoro de renunciamiento, de silencioso anonadamiento y de anulación completa. Para fundar parece como si el padre De Foucauld hubiera tenido que consentir en el fracaso definitivo de sus fundaciones, y renunciar a todo éxito aparente del menor de sus proyectos: y, sin embargo, estamos seguros de que el padre De Foucauld engendró sus fundaciones futuras en esa transparencia extrema de su amor y en la inmolación –heroica para una naturaleza como la suya– de su sueño más legítimo, el de tener Hermanitos que continuaran amando a Jesús como él le había amado. «*Jesús quiere que trabaje en la fundación de esta doble familia... suplicando, inmolándome, muriendo, santificándome, en fin, amándole...*».

El Apóstol del desierto es ahora cada vez mejor conocido y su irradiación va ganando progresivamente los medios y los países más diversos. Pero el esplendor naciente de esta gloria póstuma no debe hacernos olvidar cuál fue durante su vida y después de su muerte el balance de sus éxitos apostólicos: este sólo podría registrar, al menos para los ojos humanos, un completo fracaso y no puedo dejar de oír todavía el acento de protesta escandalizada de un periodista con el cual evocaba el destino del ermitaño del Hóggar: «Qué fracaso su vida...; los tuaregs, en el fondo, jamás le comprendieron. No eran dignos de él. Entonces, ¿para qué ha servido su vida? ¿Y qué huellas dejó en el desierto? ¡Cuánta riqueza moral desperdiciada en pura pérdida!...». Y esto es cierto para todo el que pretenda medir la fecundidad de su vida por su eficacia inmediata. Algunos años después de su muerte, ¿qué quedaba, en efecto, como resultado de su acción en el desierto? Nada, o casi nada. Sus ermitas abandonadas, una escuela coránica establecida en la capilla misma de Beni-Abbés, mientras sus familiares íntimos, testigos de su santidad heroica, iban cayendo en la decadencia o en una oscura mediocridad moral...

Ningún discípulo del padre De Foucauld deberá olvidar jamás esta austera y ruda lección: renuncia a todo éxito comprobado, la inutilidad aparente de una vida, el fracaso,

deseado, para imitar al Salvador de los hombres, traicionado y crucificado: tal es el germen mismo del que brotaron sus Fraternidades. Estas no deberán olvidar jamás su documento de fundación y de qué substancia espiritual han sido, por decirlo así, amasadas desde el origen.

Las Fraternidades del padre De Foucauld no son únicamente el fruto de su sacrificio y de su sangre: deben continuar su misión y vivir de su espíritu. Esto es lo que nosotros quisiéramos mostrar brevemente, haciendo un paralelo concreto entre el ideal vivido por el Padre en Tamanrasset y el modo en que se esfuerzan en realizarlo sus Hermanitos en 1953.

* * *

El hermano Carlos es siempre, y ante todo, lo mismo en Hóggar que en Beni-Abbés o en Nazaret, el amante apasionado de Cristo. No se le puede comprender sin recordar esto continuamente. Desde el día de su conversión, descubrió la personalidad de Jesús y se dio a ella sin reservas; esta amistad con un Dios, con el Verbo Encarnado, tan próximo y tan lejano a la vez, tan familiar en su humanidad, tan trascendental en su Divinidad, esta intimidad continua de amor y de vida con aquel a quien llama, con una mezcla de infinito respeto y de verdadera ternura, su «Bien Amado Hermano y Señor Jesús», esta amistad es la verdadera y única razón de ser de toda su vida y no hay que buscar otras. Sus actividades exteriores, su comportamiento diario se reducirán siempre, en definitiva, a una imitación de amor. Como encerrado completamente dentro de sí mismo en la soledad de este amor, el hermano Carlos lleva esta soledad con él a todas partes, y, aun en los días más invadidos por sus amigos, los tuaregs, esta presencia le entrega, a la vez que le separa, de sus hermanos, en la secreta soledad que toda criatura unida con su Dios lleva con ella, en la medida de su unión con el único y trascendental objeto de su amor.

En Tamanrasset, así como en Beni-Abbés y en Nazaret, pasará largas horas ante Jesús-Eucaristía. En su habitación de tierra es con Él con quien vive, y con Él sostiene un continuo diálogo de amigo a amigo, diálogo que se continúa a lo largo de las noches o de las marchas por el desierto. La amistad divina arraigó en el fondo de su alma, y se hizo de tal forma fuerte y sólida, que no sentirá tanto la necesidad de encontrar como un alimento en la presencia sacramental. El hermano Carlos estará seis años sin tener permiso para guardar el Santísimo Sacramento en el Tabernáculo. Sin embargo, en cuanto hubo recibido este poder, el Santísimo Sacramento estará de nuevo sobre el modesto altar de madera, al fondo del estrecho pasillo de su choza. Una simple cortina separa su santuario de la mesa en que trabaja, de la cama de campaña en que duerme y del lugar en que recibe a sus amigos. Más tarde, cuando todo se haya consumado, cuando el Hermanito de Jesús caiga sobre la arena, no se encontrará ya la Sagrada Hostia en el Tabernáculo, sino yacente junto al cuerpo de su amigo, como si Dios hubiera querido señalar así la indisoluble amistad que unía, por encima de la muerte, a Jesús-Eucaristía y a su servidor. En este hecho no hay, sin duda, más que un símbolo, pero que expresa la realidad de lo que fue la trama de su vida.

* * *

La amistad conduce siempre a un reparto lo más completo posible de preocupaciones y destino. Jesús es, en su mismo ser, Salvador, Mediador, Redentor: su obra por excelencia es el rescate doloroso de la Humanidad en la humillación y por la cruz. De la misma forma la obra esencial del hermano Carlos de Jesús será compartir esta labor y entrar en el «trabajo de Jesús», según su propia expresión. El padre De Foucauld realiza esta colaboración estrecha en la súplica sin fin, en la oración continua por la salud de todos los hombres, pero, sobre todo, mediante el sacrificio y la participación en los sufrimientos^[13]. Nada más realista, ni más concreto que esta participación en la Redención, en su vida. Revestirá los mismos matices y elegirá los mismos medios escandalosos: la impotencia, la debilidad, el fracaso aparente, la humillación. Lo mismo que Jesús en el atardecer de la jornada del Calvario parecía, ante la mirada de los hombres, terminar su vida con un fracaso, así le sucedió al padre De Foucauld. Su principal trabajo, al que nadie, sin duda, prestó atención en Tamanrasset porque era invisible, pero el que, ante todo, contaba para Dios y para él, el que era el fruto mismo de su amistad con Jesús, era este precisamente. La redención de los hombres, de todos los hombres, de sus tuaregs^[14] y de muchos otros, la fundación de las Fraternidades, las vocaciones de sus discípulos, todo esto lo quiere obtener llevado por una inmensa ambición de apóstol, en la medida misma de su amor: «Suplicando, inmolándose, muriendo, santificándose». He aquí lo que da a la vida del padre De Foucauld en Tamanrasset todo su valor, aunque quizá no lo parezca así a primera vista. Nos era preciso señalar, ante todo, esta cosa esencial que existe en todo hombre –y sobre todo en un santo–: la naturaleza de sus relaciones personales con Dios. El hermano Carlos quiere verdaderamente ser para con Jesús, orando y sufriendo, un bueno y fiel «compañero de trabajo». La sanción de esta colaboración con Dios fue la marca propia del código divino de la Redención, impreso en su vida: el fracaso elevado al papel de instrumento de vida.

El amor hacia los hombres, hacia sus tuaregs, ese amor que ardía así en el corazón del padre De Foucauld habría podido contentarse, sin duda, con expresarse de esta manera. ¡Habría sido ya una plenitud tan grande! ¡Qué necesidad tenía él de dejar su cabaña de Nazaret, y después su fraternidad de Beni-Abbés, para ir a vivir en medio de sus amigos azules, de los que se iba a convertir en servidor! ¿No habría podido trabajar en su salvación, incluso al parecer más eficazmente, desde lejos, mediante su oración y su inmolación en la soledad? Es que el hermano Carlos, al lado de esta vocación interior, recibió también de Cristo otra misión, la que vamos a tratar de comprender viéndole vivir en Tamanrasset.

* * *

Desde su llegada al Hóggar, el Padre hizo construir su choza no lejos de la aldea de Tamanrasset. No sólo no rehúye a los habitantes de la región, sino que va hacia ellos, busca contactos, hace visitas, proyecta viajes para ver a las tribus que no se acercan bastante a él. Siempre está a disposición de sus vecinos y de sus visitantes. Es el amigo al

que se puede encontrar a toda hora del día y de la noche. El padre De Foucauld, cuando está en su casa, está allí, en su mesa de trabajo o en oración en la capilla, y como no hay más que una habitación, nada le protege contra las molestias. Para comprender hasta qué punto se entregó el Padre y hasta qué extremo se dejó devorar literalmente, sería preciso conocer bien el temperamento de estos niños grandes que son los nómadas; no tienen ni asomo de timidez ni de embarazo; son grandes señores familiares, importunos y alegres como niños, curiosos e indiscretos como primitivos. Habían observado con atención que, cuando llamaban al Padre, acudía inmediatamente, «sin hacerles esperar», y esto lo comprobaban asombrados. Y sabemos que ya en Beni-Abbés hacía lo mismo, aunque fuera durante su acción de gracias: «Da lo mismo que empiece más temprano, me llaman siempre tres o cuatro veces durante la acción de gracias»^[15]. Semejante disponibilidad nos confunde en un hombre que, por temperamento, debía estar atento a no perder tiempo y cuyo empleo preveía minuciosamente en sus menores detalles. En Tamanrasset, el hermano Carlos de Jesús es verdaderamente un hombre devorado.

Para él no se trata tan sólo de practicar la hospitalidad, prestar servicios o cuidar a un enfermo, expresiones exteriores y, sin embargo, muy reales de su amor: el don que de sí mismo hace a los tuaregs va más lejos. Busca penetrar los secretos de su idioma, sus tradiciones y costumbres, que son como el reflejo de su alma. Pasa la mayor parte de su tiempo componiendo una gramática o un diccionario «tamachec», recogiendo proverbios y poesías populares; no escatima para ello ni su tiempo ni sus visitas. Todavía hoy los habitantes del Hóggar se acuerdan de que el morabito hablaba su lengua «mejor que ellos». Muy a menudo el hermano Carlos se sentía agotado por este trabajo de lingüística, incluso se quejaba un poco, sobre todo porque le impedía dedicarse al trabajo manual, considerado por él como la forma propia de su vida de pobreza. Sin embargo, no dudaba un minuto en considerar este estudio como su primer deber. Indudablemente quería preparar los instrumentos de trabajo indispensables a los futuros misioneros, para que pudieran hablar rápidamente el idioma del país; pero su objetivo también era capacitarse a sí mismo para penetrar en el alma indígena. Quiere conocerlos porque los ama, sus «amigos tuaregs», como él los llamaba. Podríamos repetir aquí algunos hechos muy significativos, como su amistad con el Amenokal Moussa Ag Amastane, a quien gustaba tanto ir a consultarle. Incluso se han encontrado párrafos en los cuadernos del Padre, en los que estaba cuidadosamente anotado todo lo que sería menester decir a Moussa en su próxima visita. Tenemos, por tanto, una idea precisa de lo que podía ser la conversación de estos dos amigos; el Padre no dudaba en aconsejar y dirigir al Amenokal por el camino de un ejercicio más justo de sus funciones de jefe. Tampoco se puede olvidar el afecto verdaderamente paternal que dedicó al joven Ouksem, en compañía del cual hizo un viaje a Francia; le trataba realmente como a un hijo. No podemos insistir más, y si recordamos sencillamente estos hechos es porque señalan bien a las claras en qué plano se situaban las relaciones del Padre con los habitantes del Hóggar; se trata, efectivamente, de verdaderas relaciones de amistad, de una cierta igualdad establecida por el amor.

El padre de Foucauld hizo cuanto estaba a su alcance para insertarse verdaderamente

en la región de Hóggar, y lo consiguió en la medida en que esto es posible. Su vocación es, por tanto, una vocación de presencia entre el pueblo, una presencia que quiere ser un testimonio del amor de Cristo. Sabemos que se consideraba llamado a «gritar el Evangelio con su vida» y que había señalado como fin a sus Fraternidades predicar en silencio, con el ejemplo de la práctica de las virtudes evangélicas. Es por esto por lo que el hermano Carlos quiere estar mezclado con la oblación y por lo que no se contenta con vivir a su lado; por su comportamiento cotidiano, su vivienda y toda su manera de vivir, quiere verdaderamente ser uno más entre ellos. Esto es en él una idea tan clara y tan neta que no duda en modificar el reglamento de sus Hermanitos en este sentido: ya no quiere Fraternidades numerosas, sino grupos pequeños, no sólo porque esto permite a los Hermanos una vida más pobre^[16], sino también porque así estarán más cerca de las poblaciones: «Residir sólo, en la región, es bueno. Se actúa incluso sin hacer gran cosa, ya que uno *se hace del país. Tan abordable y tan pequeño se es*». Hacerse abordable y pequeño: todo un programa y se comprende hasta qué punto esto compromete una vida. Pero, ¿no hay todavía otra cosa en la vocación del hermano Carlos que esta misión de testimonio silencioso? Sin duda, parece que sí. En su regla de 1911 dice que los Hermanos podrán dedicarse a un trabajo apostólico de preparación, pero que más tarde deberán ceder el sitio a misioneros que tengan a su cargo una iglesia; indica también una razón para la instalación de grupos pequeños: «Esto es mejor para la salvación de las almas, dada la inmensa extensión de los países infieles que hay que convertir». Por otro lado, vemos cómo se preocupa el Padre por todo lo que puede ser útil a sus vecinos o contribuir a mejorar el nivel de vida de las poblaciones; enseña a las mujeres a hacer punto, distribuye agujas, concibe un proyecto para instalar religiosos o religiosas, piensa en escuelas para instruir a la gente. Todo lo que atañe a la organización misma del país tuareg le interesa: creación de pistas, llegada de los primeros automóviles, funcionamiento de la administración.

Con este espíritu de justicia y únicamente en interés del pueblo tuareg, colabora con los oficiales encargados de la administración del territorio. Sabe intervenir con fuerza para hacer respetar sus derechos y para defenderlos, tanto contra una administración demasiado lejana y mal adaptada, como contra las «razzias», bandas de salteadores que vienen a robar sus ganados.

En una palabra, se ha hecho tuareg hasta el fondo de su alma. Se ha dado totalmente a estos hombres, no sólo espiritual, sino humanamente, porque sabe que la vida cristiana está íntimamente ligada a todo el contexto humano de la vida.

Todo esto es sencillo y claro para el hermano Carlos; se ha hecho tuareg, como uno de ellos, como un humilde hermano que no se cree superior, sino que se convierte en amigo, y, sin salir de esta situación, hará todo lo posible para dar a conocer el Evangelio a estos musulmanes.

Pero en medio de todo esto, ¿qué sucede con su proyecto de fundación? ¿Expresó, en la redacción de una regla, como lo había hecho anteriormente con los dos primeros elementos de su vocación, esta nueva forma de ser apóstol? Ya que, seguramente, hay algo nuevo en su forma de predicar el Evangelio, *con toda su vida*. El hermano Carlos de

Jesús está siempre convencido de que su misión es trabajar en la fundación de una doble familia de Hermanitos y Hermanitas, pero ahora sabe que en vida suya no vendrán sus discípulos. *Jesús quiere que trabaje en la constitución de esta doble familia, suplicando, inmolándome, muriendo, santificándome, en fin, amándome.*

Tenía el presentimiento de su muerte próxima. Desde hacía mucho tiempo tenía la sensación íntima del género de muerte que le esperaba, y es lo que había deseado. Había escrito: «Piensa que debes morir mártir, despojado de todo, tirado por tierra, desnudo, desfigurado, cubierto de sangre y de heridas, violenta y dolorosamente asesinado».

Dios incluso le pide el sacrificio de su único y humilde deseo, el tener por lo menos *un* compañero que continúe la obra comenzada. Dios se lo rehúsa, como para obligarle, en un último acto de fe, a engendrar a sus hijos y a sus hijas creyendo en su venida contra toda apariencia humana; como Abrahán obedeciendo la orden de Dios cuando le pidió el sacrificio del hijo de la Promesa. Carlos de Foucauld fue asesinado el 1 de diciembre del año 1916 por una «banda» de sinusitas llegados del sur de Tripolitania. Traicionado por uno de sus vecinos, sin pronunciar palabra se dejó atar las manos a la espalda, de rodillas ante la puerta de su casa. Algunos instantes después un joven tuareg le mató de un balazo en la cabeza.

Si el grano de trigo, al caer en tierra, no muere, no dará fruto.

* * *

Sin embargo, el hermano Carlos no dejó, antes de morir, un documento definitivo acerca de lo que debía ser la vida apostólica de sus Hermanos. La experiencia le había enseñado que es difícil escribir una regla antes de haberla vivido entre varios. Por esta razón sus dos primeros proyectos de regla resultan incompletos e inutilizables^[17]. No obstante, en las notas de los últimos años de su vida encontramos directivas que nos han servido para precisar su pensamiento postrero.

Vuelve a su primera idea de *grupos pequeños*, no sólo porque esto permite ser más pobre, sino también –y esto es el fruto de su experiencia de los últimos años– porque permite estar más cerca de los hombres, más mezclado entre ellos, multiplicándose a la par por los puntos de contacto.

Renuncia, pues, a la idea de una adoración perpetua obligatoria para todas las Fraternidades, conservando, sin embargo, la adoración del Santísimo Sacramento como el acto central de la jornada de cada Hermanito.

Por lo que se refiere al apostolado, mantiene firmemente que sus Hermanos no deben llevar la carga de ningún ministerio propiamente dicho, como el de párroco, vicario, jefe de misión, ni de ninguna obra piadosa propiamente dicha, pero deberán hacer *todo lo posible* para ayudar a la evangelización de las poblaciones. Habla de un *comienzo de ministerio* en ciertos ambientes. Dice también en otra parte que el *trabajo apostólico* podrá, en ciertos casos, reemplazar al trabajo manual. Lo que para él es importante es que los Hermanitos permanezcan fieles a su vocación de Nazaret, ya que es la forma de apostolado que les es propia.

El hermano Carlos de Jesús vivió, él mismo, plenamente, esta vocación. Sin embargo,

no llegó a ella sino progresivamente, considerándola, incluso, como una etapa provisional, tan extraño le parecía tener que abandonar las perspectivas de una vida solitaria y enclaustrada. A este respecto, hemos reproducido, al principio de este volumen, un texto particularmente significativo, extraído de un diario del hermano Carlos de Jesús. He aquí su contenido íntegro: *Anhela el establecimiento de los Hermanitos y Hermanitas del Sagrado Corazón de Jesús. Sigue su reglamento como se sigue un Directorio, sin hacerte de él un deber estricto, y sólo en aquello que no es contrario a la vida de Nazaret; ya viviendo solo, ya estando con algunos Hermanos, y hasta donde haya realmente posibilidad de vivir perfectamente la vida de Hermanito o Hermanita en un Nazaret con clausura, toma como objetivo la vida de Nazaret, en todo y para todo, en su sencillez y en su amplitud, no sirviéndote del reglamento sino como de un Directorio que te ayudará, de algún modo, a entrar en la vida de Nazaret: nada de clausura –como Jesús en Nazaret–; nada de alojamiento lejos de todo lugar habitado, sino cerca de una aldea –como Jesús en Nazaret–; no menos de ocho horas de trabajo al día, manual o de otra clase, siempre que sea posible, manual –como Jesús en Nazaret–; ni mucho terreno, ni gran alojamiento, ni grandes gastos, ni siquiera grandes limosnas, sino extrema pobreza en todo... –como Jesús en Nazaret–. En una palabra, en todo: Jesús en Nazaret. Sírrete del Reglamento de los Hermanitos como ayuda para llevar esta vida, como de un libro piadoso; apártate de él resueltamente, en todo lo que no sirva a la imitación perfecta de esta vida.*

La vida de Nazaret a la cual va a entregarse el hermano Carlos, es, pues, claramente distinta de la que concibió en su reglamento de 1899; y, sin embargo, esto no le hace olvidar las Fraternidades aisladas y silenciosas cuya constitución desea. El hermano Carlos partió de la *vida de soledad* para realizar la *vida de Nazaret*, y terminar, de este modo, en la *vida de misión*. Siente uno el fuego de su amor presto a abrazarlo todo. Sin embargo, su camino propio es verdaderamente la imitación de la vida de Nazaret: «Jesús te ha instalado para siempre en la vida de Nazaret: las vidas de misión y de soledad no son, tanto para ti como para Él, sino excepciones; practícalas cada vez que su voluntad lo indique con claridad; cuando ya no esté indicado, vuelve a tu vida de Nazaret».

Pero esta vida no puede concebirse sin las otras dos. El hermano Carlos continúa deseando estas Fraternidades del desierto, dedicadas exclusivamente a la adoración solitaria y que aparecen como el fundamento indispensable de la vida de Nazaret. Las espera. Fue en la Trapa y más tarde en el desierto donde germinó su vocación de Nazaret; fue en el desierto y en el silencio donde nacieron los Hermanitos de Jesús; es al desierto adonde deberán volver periódicamente para permanecer fieles a su vocación. Las *Fraternidades del desierto* serán como los guardianes de este espíritu; mientras que, por otro lado, las *Fraternidades de misión* tendrán a su cargo el ministerio de los lugares pobres o abandonados, terminando, en un apostolado pastoral, la evangelización silenciosamente comenzada por el testimonio de los Hermanitos.

* * *

Ahora nos queda por decir de una manera más precisa y tras la experiencia de una veintena de años lo que esta nueva forma de apostolado puede aportar a la Iglesia de

nuestro tiempo en los diversos países del mundo.

Vivir al modo de religioso pobre, contribuyendo al apostolado invisible de la Iglesia, entrando *en el trabajo redentor de Jesús*, por medio de la oración y el sacrificio, esto no es nuevo en la Iglesia. El padre Foucauld quería para sus Hermanos una colaboración semejante con Jesús, Salvador del mundo. A fin de realizar mejor este apostolado invisible, los cartujos, los trapenses, los carmelitas se sitúan en las mejores condiciones posibles para la oración, que son la clausura y el silencio. Ahora bien, el padre De Foucauld, y esto es lo que es nuevo, quiere que sus Hermanitos anden mezclados entre los hombres, en pequeños grupos, sin clausura y compartiendo la dura existencia de los pobres. ¿No hay en ello una incompatibilidad? Es menester confesar que estos grupitos de Hermanos o de Hermanas se ponen deliberadamente en unas condiciones de alojamiento, de ruido, de cansancio, poco propicios para la oración. El ser portador de un testimonio de pobreza, ¿será motivo suficiente para autorizar tales condiciones de vida? Sin embargo, estas condiciones de vida son las de la inmensa mayoría de los hombres en todo el mundo. Pío XII reconoció solemnemente, al aprobar la forma de vida de los institutos seculares, que algunos hombres podían perseguir la perfección evangélica, con vistas al apostolado, continuando en el mundo. Sólo esta forma superior del amor, que es el apostolado, puede justificar el sacrificio de unas condiciones tradicionales de la vida religiosa. Pío XII incluso añade que, en este caso, «toda la vida está como transformada en apostolado».

La vida de las Fraternidades es, pues, únicamente comprensible si se tiene como fin el apostolado. Este es análogo al que ejercen los miembros de los institutos seculares, pero sin embargo es diferente. Vamos a destacar algunos aspectos principales.

* * *

Aquellos que, por vocación, están consagrados a un ministerio a menudo abrumador; aquellos que se ven impulsados, por su caridad, a aliviar los males de la humanidad mediante unas obras cuya cualidad primordial les parece, lógicamente, deben ser el máximo de eficacia; aquellos que estiman, ante las proporciones a que ha llegado el progreso de las técnicas, que estas tienen que ponerse al servicio de la difusión de la fe; a todos estos les cuesta trabajo comprender que unos hombres, que se dicen apóstoles, puedan tener derecho a renunciar, por lo que a ellos concierne, a la utilización de tales medios, y a no tomar a su cargo un ministerio pastoral, si son sacerdotes. ¿Es incluso legítimo, teniendo en cuenta la gran necesidad en que se encuentra actualmente la Iglesia? ¿Para qué pueden servir, por tanto, las Fraternidades del padre De Foucauld y cuál es su lugar en el apostolado visible de la Iglesia?

Será preciso subrayar que la actitud de las Fraternidades frente al ministerio y a las obras piadosas no implica condenación alguna de estas, sino tan sólo la convicción de que estas actividades *no agotan todas las maneras* de ser apóstol.

Existen otras maneras de fortalecer en la tierra la caridad y la fe en Dios de los cristianos. Los medios de apostolado utilizados por los discípulos del padre De Foucauld serán, ante todo, lo que se ha llamado «medios pobres». Si es más difícil definir estos

medios, no por eso son menos eficaces e incluso absolutamente necesarios a la vida de la Iglesia. No los necesitaría si no fuera más que un cuerpo administrativo encargado de procurar enseñanza, propagar la fe y distribuir los sacramentos. Pero la Iglesia es un cuerpo que vive de una vida cuyo misterio se nos escapa. Su crecimiento se efectúa igualmente en profundidad dentro de las almas, que exteriormente en número, y quizá la Iglesia sea mayor en el sentido de su dimensión en profundidad que en el de su anchura. Esta dimensión de la Iglesia escapa a toda medida calculable y a toda estadística, y es quizá para aumentar esta dimensión de la Iglesia por lo que sobre todo trabajarán las Fraternidades.

¿Es que los hombres de Iglesia y los apóstoles no corren el peligro de apreciar el valor de un medio de apostolado por sus solos resultados visibles e inmediatamente calculables? La verdadera eficacia de un medio de apostolado no puede ser objeto de estadística alguna. Una estadística que hubiera querido registrar los resultados inmediatos de la acción personal de Cristo habría resultado muy decepcionante. ¿Es que los apóstoles no quedaron tan decepcionados por el fracaso de la Pasión que hasta llegaron a perder la fe en su misión? Algunas fisonomías de santos vienen de cuando en cuando a recordarnos esta realidad.

Aunque los medios de apostolado pobres sean más difíciles de definir, tratemos de todas formas de comprender cuáles son aquellos designados al apostolado de las Fraternidades.

* * *

Los Hermanitos y las Hermanitas del padre De Foucauld tienen, como primera misión, convertirse en hermanos y hermanas de los pobres, no sólo amándoles, sino *perteneciendo socialmente con toda su vida a la clase de los pobres*. Ahora bien, que exista una vida religiosa entre los humildes y los pobres es algo indispensable para la estructura de la Iglesia y es, pues, un apostolado trabajar para instaurarla y mantenerla.

Está uno acostumbrado a que la calidad de sacerdote o de religioso implique un cierto modelo general de vida, y hasta se ha hecho a veces cuestión de dignidad. ¡Cuánto cuidado hay que tener! No creo que fuera así al principio, ni en todas las épocas de la Iglesia. Es un hecho que en determinados países, el clero, los religiosos y las religiosas han llegado a constituirse en un medio propio, que ocupa un cierto lugar dentro de la jerarquía de las clases sociales. Es, sin duda, difícil que hubiera podido ser de otra manera. Pero si la Iglesia es algo vivo, ¿no debe llevar dentro de sí como un impulso permanente del Espíritu, que tienda a cada instante a neutralizar o contrabalancear este estado de cosas?

Esto vale para todos los Hermanitos, sacerdotes o no, que realizan la misma vocación religiosa y viven la misma vida.

Es indudable que la Iglesia, siendo como es una sociedad, debe tener una jerarquía y es justo que esta se manifieste visiblemente. Pero la dignidad de los sacerdotes o de los religiosos no deja de ser ante todo de orden espiritual.

El sacerdocio de la antigua Ley era puramente simbólico, jerárquico. Los sacerdotes

constituían una casta sacerdotal, símbolo de su carácter sagrado. Pero eran sólo una figura del verdadero sacerdocio.

El sacerdocio de Jesús es único y misterioso. Aquel que es el único sacerdote no figuró en la tierra como uno de ellos. Jesús no fue sacerdote según la ley de Israel, no perteneció a la tribu de Leví y no tuvo derecho a ofrecer el incienso en el Templo, ni a penetrar en el Santo de los Santos. El acto sacerdotal de Jesús, el sacrificio de la Cruz, se desarrolló, por el contrario, dentro de un contexto de abyección, de repulsa y de condena por parte de las autoridades religiosas de su pueblo, incluso por el mismo Sumo Sacerdote. No es posible que los sacerdotes de la Nueva Alianza, instituidos por Jesús la noche de la Cena, no lleven en el ejercicio de su sacerdocio sacramental la marca misma de lo que fue el sacrificio de Jesús. Si es justo que el carácter sagrado del sacerdocio se manifieste en una cierta dignidad exterior, ¿no es también justo que algunos sacerdotes se vean llamados a acentuar en su vida la pobreza, la humildad, la misma abyección y la denegación de toda dignidad humana que caracterizaron, hasta el extremo que todos conocemos, el acto sacerdotal de Jesús Sacerdote?

Es por esto por lo que, indudablemente, es necesario que los Hermanitos religiosos, sacerdotes o no, vivan como los pobres, renunciando a esta forma de dignidad exterior que da el porte de un cierto rango social. Quizá en la hora actual es más oportuno que nunca que algunos sacerdotes afirmen por medio de su vida este aspecto trascendente y espiritual del sacerdote cristiano.

En la mayoría de los países, clérigos y religiosos se encuentran más o menos unidos a una clase social, que se sitúa por encima de la de los pobres. El endurecimiento actual de las posiciones sociales, debido a la multiplicación de las masas proletarias y al principio marxista de la lucha de clases, pide un esfuerzo mayor por parte de los hombres de Iglesia, para dejar de estar, a pesar suyo, como enfeudados en una clase. Estoy impresionado al ver hasta qué punto hemos arrastrado también en esta separación social peligrosa al nuevo clero de algunos países de misión.

El ideal sería que, por su mentalidad y su manera de vivir, el clero y los religiosos no pertenecieran a ninguna clase social. Pero mientras la sociedad siga dividida en categorías sociales, ¿no es necesario que algunos religiosos y algunos sacerdotes escojan deliberadamente pertenecer realmente a la clase más pobre? De esta forma contribuyen a mantener en la Iglesia un esfuerzo espiritual contra el enfeudamiento en una clase determinada.

La pertenencia a la clase de los pobres ofrece, por otro lado, menos riesgos espirituales, estando al mismo tiempo más en conformidad con el espíritu del Evangelio y con el estado religioso.

Este rebasamiento del encasillamiento social consiste, en primer lugar, en una actitud de alma fraternal hacia los hombres de todos los ambientes, sin acepción de persona, esforzándose por comprender la mentalidad de cada ambiente, poniéndose en el lugar de los otros. Esta actitud de alma es obligatoria para todo apóstol, pero no hay que olvidarse que es muy difícil de conseguir. No hay más que ver la dificultad que encuentran los sacerdotes y los misioneros para salir del ambiente del que proceden a fin de entregarse a

los demás. Sabemos muy bien hasta qué punto la cultura, los hábitos del pensamiento, la manera de vivir del apóstol están influidos por el medio social del que proceden, de igual modo que por aquel otro que tienen a su cargo espiritualmente. Es, sin duda, legítimo que sea así. Pero los discípulos del hermano Carlos de Jesús han escogido pertenecer a la clase de los pobres del mundo entero, sin que esta actitud implique condenación alguna de la manera de vivir de otros sacerdotes o religiosos, pero sí, en cambio, la condena de una actitud de espíritu de enfeudamiento a un medio social o político cualquiera, incompatible con el ejercicio del sacerdocio y con la vida religiosa.

La pertenencia al mundo de los pobres supone para las Fraternidades la obligación de vivir de su trabajo, sin poder recibir limosnas. Acarrea también consigo la elección del barrio y del alojamiento, la hospitalización en caso de enfermedad, un cierto modo de vivir y de alimentarse. También plantea en algunos casos el problema del hábito. Todo debe manifestar el amor y permitir un contacto amistoso, desembarazado y verdadero con los pobres.

Sólo puedo apuntar, como de paso, la cuestión del modo de vestir. Debe interpretar nuestro estado de consagrados y de religiosos, pero al mismo tiempo no debe ser un obstáculo para la vida sencilla y fraternal en medio de los pobres. Se comprende por qué nuestro hábito tendrá que adaptarse a cada región. La visión justa de esta doble exigencia nos guiará en dicha elección. En ciertos países, el hábito ordinariamente llevado deberá tener una forma muy semejante a la tradicional del hábito religioso, mientras que en otros casos sólo será un traje corriente, muy modesto, aunque siempre con un signo distintivo. En una palabra, el modo de vestirse de los Hermanitos debe expresar un estado de consagrado y al mismo tiempo la pertenencia al mundo de los pobres, con los cuales deben vivir en fraternal comunidad de vida.

Es ya, pues, un apostolado para los Hermanos el consagrar su vida a permanecer entre los pobres, y se comprende por qué deben evitar todo género de actividad que les hiciera salir de esta situación. La acción apostólica de las Fraternidades se deriva del hecho mismo de su existencia. Los Hermanos no tienen necesidad de decir nada: el solo hecho de que pueda existir una vida religiosa, aprobada y deseada por la Iglesia, dentro de la economía de los pobres, constituye un recuerdo de ciertas verdades y una enseñanza por medio de los actos que desborda, con frecuencia, y lo sabemos por experiencia, el círculo restringido de aquellos que viven en contacto inmediato con la Fraternidad.

A quienes se preguntan si es legítimo para un sacerdote que pase su tiempo en trabajos manuales, en lugar de entregarse al ministerio espiritual, les respondería, sencillamente, que si de ello puede derivarse un beneficio espiritual para la Iglesia, es legítimo que algunos se consagren a esa forma de vida. El humilde trabajo manual fue santificado por las manos de Cristo, por la práctica apostólica y por la tradición monástica. La misma Iglesia, ¿no aprobó e incluso alentó la presencia de sacerdotes en tareas puramente científicas o políticas, porque de esa presencia fluía un beneficio espiritual para las almas? ¿No es igualmente normal y más conforme con el Evangelio que algunos sacerdotes trabajen con sus manos a fin de que la Iglesia esté presente entre

los pobres?

* * *

Otro apostolado de las Fraternidades se deduce del hecho de que están profundamente integradas en el contexto económico de su ambiente. Experimentan en sí mismas hasta qué punto la naturaleza del trabajo y las condiciones materiales de vida de un medio social pueden repercutir en la vida espiritual y cristiana de los hombres. A veces resulta difícil a los sacerdotes y a los misioneros conocer bien las verdaderas condiciones de vida de sus fieles; este contexto humano no les interesa suficientemente, y a menudo consideran estas repercusiones extrañas a su ministerio pastoral. Las reivindicaciones sociales, las dificultades de la vida material, los movimientos anticolonialistas que se dibujan en las misiones, todo esto tiene algo que ver con la predicación del cristianismo. La predicación del sacerdote no llega ya suficientemente a tocar los verdaderos problemas de la vida, y los cristianos, los pobres, ya no se sienten comprendidos, amados y dirigidos. Todo esto se afirmó con mucha frecuencia. Quería, sencillamente, destacar aquí el papel bienhechor que pueden representar las Fraternidades en este plano.

Por el hecho mismo de compartir las condiciones de vida de los pobres, las Fraternidades pueden ser para estos un ejemplo reconfortante de vida cristiana y religiosa puesto a su alcance. Los Hermanos aprenderán también a amar a los hombres de una manera más humana, más comprensiva, más respetuosa. Su espiritualidad estará más adaptada a las verdaderas condiciones de vida de los pobres, y sabrán mejor, quizá, cómo ayudarles a rezar y a esperar en Cristo. Comprenderéis fácilmente la variedad de problemas que se plantean de este modo a las Fraternidades según los ambientes en que se encuentran.

La regla fundamental de la vida religiosa de los Hermanitos consiste en que deben poner todo su esfuerzo en vivir la perfección evangélica y religiosa dentro de las condiciones de vida en las que los demás tienen que vivir su vida cristiana.

La presencia de los Hermanos en la economía de los diferentes ambientes de trabajo, industrial, artesano o rural, ¿no tendrá como consecuencia que las Fraternidades puedan actuar sobre estas condiciones de vida con objeto de hacerlas más humanas? Sí, indudablemente, y es una de las formas de su caridad, pero trabajarán en esta mejora – por ejemplo, en la de unos métodos de cultivo demasiado atrasados– progresivamente, permaneciendo solidarios con las posibilidades que ofrece su ambiente, sin separarse de él y quedándose humildemente en su puesto.

Por tanto, las Fraternidades recordarán por su misma vida, y además con la manifestación de su experiencia, la repercusión de las condiciones materiales de vida sobre la práctica de una vida cristiana.

* * *

Los Hermanitos, sobre todo en los países de misión, participan también en el apostolado de la Iglesia de muchas otras maneras. En efecto, si, como ya dijimos, un Hermanito debe rehusar todo género de trabajo o de servicio que le llevara a salir de su condición de

pobre, puede, en cambio, aceptar cualquier forma de acción sacerdotal, apostólica o de servicio compatible con su condición de pobre, y que no le colocara en una situación superior a su ambiente. ¿Cómo podrían, por otra parte, sustraerse a estas exigencias de la caridad si su amor por Jesús es auténtico? Para los Hermanitos se trata de continuar siendo pobres por su vida, sus relaciones, su amistad. Por lo demás, podrán y deberán hacer todo lo que les sugiera una verdadera caridad y las necesidades del ambiente. Una Fraternidad enclavada en un ambiente obrero evolucionado de Europa no se verá obligada a dedicarse a las mismas actividades que una Fraternidad establecida en una población todavía primitiva del África Negra, o entre los nómadas, o incluso en una población cristiana pobre, como en determinadas misiones.

El padre De Foucauld deseó que sus capillas estuvieran ampliamente abiertas a todos como un centro de culto eucarístico. De este modo ejercerán las Fraternidades un verdadero apostolado en los ambientes cristianos, y es menester no disminuir la importancia de este fermento de fervor cristiano. El Padre quería también, como hemos dicho, que sus Hermanos, dentro de los límites de su vocación, hicieran *todo lo que puedan* para dar a conocer y a amar mejor a Cristo.

En muchos ambientes, y sobre todo en tierra de misión, los servicios de enfermeros, instructores, catequistas, e incluso de maestros en las aldeas pobres, no sacarán a los Hermanos de su vocación si saben seguir siendo humildes y pobres.

Se comprende, por otro lado, que el negarse, por poco sistemáticamente que sea, a estas actividades de servicio y de acción apostólica, negación que no se vería justificada por la necesidad de salvaguardar otra forma de entrega, sería un factor de desequilibrio profundo para una vida de caridad auténtica.

Nuestro mundo está actualmente, más que nunca, entregado a los odios y a las divisiones. Existen los odios y las oposiciones de raza, exacerbados en ciertas regiones por los abusos del colonialismo; en el plano social existe la oposición entre el proletariado y el mundo capitalista, sostenida por la lucha de clases; en el plano internacional, el carácter, cada vez más acentuado, de las susceptibilidades nacionales; en fin, en el mismo plano religioso, los cismas, los fanatismos, el antisemitismo, sin contar aún en el interior de la Iglesia, la incomprensión entre los diferentes ritos. El apostolado cristiano debe entrañar un sobresalto vigoroso de amor, con objeto de oponerse a estas incomprensiones, ensanchando la inteligencia y el corazón de cada cristiano.

El padre De Foucauld quería que sus Hermanos fueran «*Hermanitos universales*». Humildes, deben aprender a respetar a todo hombre. Deben hacer un esfuerzo para desembarazarse de esta actitud de superioridad técnica y de orgullo inconsciente, propio, con demasiada frecuencia, de la raza blanca. La ausencia de obras organizadas y su espíritu de servicio les permiten ser acogidos con más facilidad, adoptados sin segunda intención, por unos ambientes susceptibles y cerrados de ordinario. Los Hermanitos deben llegar como amigos, sin la pretensión de traer algo. Su integración total en cada ambiente les permite sentir muy pronto, como dirigidos a ellos mismos, los desprecios y la oposición de los que estos ambientes son víctimas.

Habiendo permitido la Providencia una difusión rápida de las Fraternidades en los

ambientes más diversos, estas Fraternidades se han encontrado ser como verdaderos lazos de unión capaces de ayudar a esos ambientes a conocerse y a estimarse. De este modo se han establecido Fraternidades en el corazón del problema racial, entre los negros, de los que han llegado a ser hermanos. El ejemplo de unos Hermanitos blancos trabajando con unos Hermanitos negros, unidos por la amistad, en una completa igualdad, no deja de ser eficaz. De igual modo Hermanos y Hermanas están entre los indios de América del Sur, en Vietnam y en la India; otros están destinados a diversos ambientes proletarios, obreros de las minas, marineros de barcos pesqueros, en Europa o en América del Sur; otros se han entregado a los ritos orientales, melkita, copto, sirio, caldeo, armenio, y pueden ser un factor de unidad fraternal con sus hermanos latinos; algunos Hermanitos han ido también a los países islámicos para llevar el testimonio de una amistad, con toda simpatía y respeto mutuo, entre cristianos y musulmanes; otras Fraternidades han entrado en contactos frecuentes y amistosos con ambientes protestantes; Hermanos y Hermanas han sido aceptados por el Estado de Israel en testimonio de amistad. Es precisamente la sencillez de su vida y la ausencia de actividades definidas lo que hace que las Fraternidades sean tan fácilmente aceptadas. Inmediatamente se sitúan en un plano de amistad. Todos estos problemas de unidad han llegado a ser, para nosotros, unos problemas vivos, y los Hermanos pueden, entre ellos y en su entorno, hacer que cesen muchos prejuicios. Hablarán de cosas vividas, y es ciertamente un apostolado ayudar a los hombres a comprenderse para que sean capaces de amarse.

* * *

Un último aspecto de la actividad de las Fraternidades define por completo su puesto dentro del apostolado de la Iglesia. El padre De Foucauld quería que sus Hermanos se dedicaran con preferencia a los ambientes olvidados o despreciados, a las minorías de las que se hace poco caso, por falta de misioneros o porque es preciso acudir a lo más urgente. Estos ambientes son, por derecho propio, el campo de acción de los discípulos de Aquel que dio lo mejor de su vida y de su inteligencia a un pueblo insignificante, sin importancia en el mundo. Entre estos ambientes, en los que apenas se piensa, están primero las poblaciones nómadas que escapan a los medios normales de evangelización: las Fraternidades, adoptando su modo de vida nómada, pueden dedicarse a ellas. De este modo algunos Hermanos y Hermanas viven entre los nómadas y los gitanos de la región de los Pirineos de Francia, entre los nómadas gregarios del Sáhara argelino, en medio de los foubés, pastores del norte del Camerún; de los tuaregs del Hóggar; también está en el Camerún y en el Congo Belga, entre los pigmeos de la selva ecuatorial, despreciados con demasiada frecuencia por los negros, u objeto de curiosidad por parte de los europeos; los Hermanitos se han hecho amigos suyos. Hermanos y Hermanas viven también en pequeñas aldeas de leprosos, no sólo para cuidarles, sino para llevarles la amistad e incluso la posibilidad de una vida religiosa. Otras Fraternidades de Hermanas están en vías de instalación entre lo que queda de población india en la selva brasileña, entre los *bushmen* de África del Sur y entre las tribus primitivas del norte de Australia. Estos

grupos reducidos de hombres corren el riesgo, más que de ser destruidos, de que una civilización técnica les vaya oprimiendo cada vez más de cerca. Queremos amarles con una amistad respetuosa. Otros les traerán la enseñanza completa, la civilización técnica, asistencia médica perfeccionada. El papel de los Hermanitos consiste, trayéndoles una amistad fraterna, en salvarlos de su inferioridad, al restituirlos a su dignidad de hombres; este primer bien inestimable es la condición misma de su supervivencia y de su elevación humana y cristiana.

En estos ambientes reducidos, abandonados o inaccesibles a los misioneros, los Hermanitos pueden tomar a cargo su evangelización y toda acción necesaria para conducirles a vivir en igualdad con los otros hombres. Así en esto como en el ministerio mismo que se verán obligados a realizar, conservarán este espíritu de pobreza, de sencillez fraterna y de amistad, que jamás deberán sacrificar a un rendimiento más dilatado, que no está dentro de su vocación.

* * *

Estas son las características de la acción de las Fraternidades. Parecen responder exactamente a las necesidades del apostolado en el mundo actual. Pero no hay que olvidar jamás que la acción apostólica de las Fraternidades no puede ser sino la consecuencia de una vida completamente sencilla, vivida por amor, con la mirada fija en Jesús Obrero en Nazaret. Estas realidades cotidianas que son el trabajo, la oración y el servicio a los demás extraen todo su valor de la cruz que rescató al mundo.

Una vida religiosa semejante, llevada por pequeños grupos de tres a cuatro Hermanos, fraternalmente mezclados con los hombres, tenía que encontrar dificultades particulares que ha sido preciso resolver. Un Hermanito es un hombre como otro cualquiera y necesita una protección fuerte y eficaz con objeto de asegurar su perseverancia y mantener su generosidad.

Los Hermanitos viven en común bajo la autoridad de un hermano responsable, al cual están unidos por la obediencia religiosa.

A la luz de la experiencia han aparecido tres cosas como las más importantes para sostener el fervor de los Hermanitos.

La primera es la presencia de la Eucaristía en cada una de sus Fraternidades; por pobre alojamiento, siempre habrá una habitación que se convertirá en capilla. Deben esforzarse en pasar cada día una hora ante el Santísimo Sacramento, que está expuesto lo más a menudo posible. De tarde en tarde la adoración nocturna viene a reavivar una generosa intimidad con Cristo.

La vida de los Hermanitos es, sin duda, una vida bastante atropellada, porque está a merced de los hombres, y unas observancias numerosas serían quizá más bien una carga que un socorro. Pero el contacto constante e íntimo con los pobres y a veces la participación en su lucha por la vida impiden a los hermanos caer en un egoísmo individualista. Esto es también un factor de fervor.

En fin, el tercero y tal vez más importante factor de perseverancia consiste en la profunda e íntima unión que debe existir entre los hermanos. Hermanos sacerdotes o no

sacerdotes viven estrechamente unidos, y este esfuerzo de amistad franca y abierta debe ser impulsado hasta una mutua responsabilidad en el dominio espiritual, sintiéndose cada uno responsable de la generosidad de su hermano. Este espíritu de apertura es, junto con un animoso espíritu de fe en la oración, el principal objetivo de la formación del noviciado.

Añadiría que cada Fraternidad está llamada a acentuar uno de los aspectos diferentes de la vocación, según el ambiente a que se consagre; será unas veces el trabajo para vivir, dentro de los ambientes proletarios; otra, ayuda mutua fraternal al servicio de las poblaciones en los países de misión, o bien la adoración al Santísimo Sacramento en determinadas Fraternidades.

Tal es la fisonomía de la vida religiosa de los hijos e hijas del padre De Foucauld. Creo poder añadir que una de sus misiones consiste también en difundir entre los sacerdotes y los cristianos esta espiritualidad de fe sencilla y animosa que su fundador les legó. Esta difusión se efectúa, como por sí misma, si viven como deben vivir. Su vida exterior, su pobreza, su trabajo, sus capillas, todo debe expresar este espíritu. Por encima de todo deben demostrar a los cristianos la necesidad de un amor hacia todos los hombres, impregnado de *respeto*, sobre todo hacia aquellos considerados sin razón como inferiores, y de deseo de comprensión fraterna, con vistas a trabajar a favor de la unidad de la humanidad.

Esta espiritualidad puede impregnar en diversos grados toda vida, sacerdotal o seglar, en cualquier profesión, sea la que fuere. De hecho, un cierto número de hombres y mujeres han sido atraídos por esta espiritualidad y viven de ella. Han constituido entre ellos una asociación espiritual llamada «Fraternidad secular del Hermano Carlos de Jesús». Algunos otros, sacerdotes o seglares solteros, han querido empeñarse más adelante, incluso con votos, sin dejar por ello de seguir en su sitio, dentro del ministerio diocesano o en su profesión; de este modo está naciendo un doble «Instituto Secular», actualmente en pleno desarrollo, sobre todo dentro del clero secular. Este Instituto Secular será un factor de expansión dentro de la caridad y ayuda mutua entre sacerdotes y seglares pertenecientes a ritos, países o razas diferentes.

* * *

Antes de cerrar este capítulo vamos a evocar rápidamente la fisonomía de las Fraternidades de los Hermanitos de Jesús. Están constituidos en Congregación religiosa, reconocida por la Iglesia, desde el mes de marzo de 1936.

Aparte los noviciados y determinadas casas de formación (postulantados, Fraternidades de aprendizaje o de estudios), las Fraternidades sólo están compuestas por pequeños grupos de tres a cinco Hermanos, que viven en un alojamiento cualquiera, tan sencillo como sea posible, alquilado o prestado: pobre piso de barrio, vieja casa destartalada en una callejuela popular, simple choza árabe de la montaña bereber; una cocina, una habitación común y dos o tres cuartos pequeños. Los Hermanos rara vez tienen un cuarto individual –se las arreglan como pueden–, pero siempre hay una habitación dedicada a capilla, en la que se guarda el Santísimo Sacramento. Allí está el

corazón de la Fraternidad y no existe verdadera Fraternidad sin esta presencia. Esta capilla a veces es muy exigua, o está instalada en el desván; se eligió la habitación más silenciosa y más retirada. Es completamente sencilla, sin adornos.

Debe, sin embargo, inspirarse en el arte local. En los países árabes y en el Oriente Próximo, en conformidad con los usos de los diferentes ritos católicos: melkita, copto, sirio, caldeo, etc. En efecto, las Fraternidades pertenecen enteramente a las iglesias de las regiones en que están instaladas, y están sometidas a las jurisdicciones orientales católicas.

La capilla debe ser siempre el centro de la vida de los Hermanitos. Allí se reúnen por la mañana temprano para recitar juntos los salmos de Laudes, meditar el Evangelio y asistir a la Misa antes de marchar a su trabajo; allí vuelven, cuando pueden, en el transcurso del día, y al atardecer, después del trabajo, para rezar las Vísperas en común, una hora de adoración ante el Santísimo Sacramento expuesto, y las Completas antes de acostarse. Una noche por semana, ordinariamente la del jueves al viernes, cada Hermanito pasa una hora de adoración ante el Santísimo Sacramento.

La misión de los Hermanitos de Jesús es, ante todo, una misión de oración, de adoración y de intercesión, en nombre de todos los hombres, pero más especialmente en el de aquellos a los cuales han dedicado su vida y en medio de los cuales viven. A ejemplo de su Padre, quieren trabajar en la salvación de los hombres, «suplicando, inmolándose, muriendo, santificándose...». Su vida entera debe ser como una oración y una ofrenda. Los Hermanitos quieren ser como «permanentes de la oración», y es ante la Santa Eucaristía, en cuyo misterio comulgaron por la mañana, adonde van al atardecer para llevar el lamento, las preocupaciones, las faltas de sus hermanos obreros de todos los países, con los cuales compartieron, a lo largo del día, la labor cotidiana.

En efecto, otro aspecto de su vida consiste en el trabajo del obrero para vivir. Lo cual no quiere decir que todos indistintamente deban entregarse siempre al trabajo manual, ya que cada uno tiene su temporada de estudios (estudios de idiomas y de teología), y también algunos tendrán que desempeñar una tarea más intelectual al servicio de las Fraternidades, y a la cual se abandonan dentro del mismo espíritu del padre De Foucauld, cuando se entregaba al estudio en Tamanrasset. Esta vocación de pobreza alcanza a todos los Hermanos, incluso a los que son sacerdotes.

Es el sueño de su Padre, y ellos quieren realizarlo de este modo: no tener jamás bienes capitales y vivir sólo del fruto de su trabajo^[18], y esta pobreza es una primera forma silenciosa de su acción sobre los hombres para revelarles el Evangelio. Esta vida es lo que imprime a las Fraternidades uno de sus rasgos más característicos. Los Hermanos trabajan en los oficios más diversos, mezclados con sus compañeros obreros, de los que sólo se distinguen exteriormente por llevar una pequeña insignia (una cruz con un corazón en el centro), reproducción de la que llevaba su Padre sobre su blusa sahariana^[19]. Así trabajan en Francia, en Bélgica, en África del Norte o en el Oriente Próximo como albañiles, mineros, carpinteros, pintores de la construcción, cavadores, ajustadores, mecánicos, conductores de camión, obreros del ramo de la metalurgia, del ramo textil, o en las refinerías de petróleo.

Se les ha visto mezclados con los trabajadores norteafricanos más pobres, cargadores en el puerto de Argel o empleados para la limpieza de calles en los viejos barrios árabes. Algunos de ellos han emprendido la roturación y el cultivo de un terreno descarnado en medio de los agricultores de una tribu bereber de montaña, mientras que otros se unían a los nómadas de las Altas Mesetas argelinas, llevando bajo su tienda de lona negra de los Ouled-Sidi-Cheik la misma vida de austera sencillez que los pastores de corderos y camellos. Algunos Hermanos, deseosos de dedicar su vida a esos rudos muchachos, a los que su oficio aleja de la Iglesia y del sacerdote, escogieron la dura profesión de la pesca, embarcándose en la flota pesquera de las costas de Bretaña.

El trabajo, para los Hermanitos, no es tan sólo un medio de ser pobre como lo son la mayoría de los hombres en la hora actual, dando de este modo a la pobreza evangélica y religiosa una forma nueva que la hace comprensible al pueblo. El trabajo representa también para ellos una realidad más elevada: los Hermanitos trabajan porque aman a los trabajadores y porque quieren simplemente compartir las dificultades y la labor cotidiana de sus amigos. Podrán después ofrecerlas, en la medida de su generosidad y de su unión con Cristo, en oración viva y en oblación de Redención; su deseo consiste en llegar a ser como uno de ellos, por medio de la comunidad de vida y de sufrimiento; y a pertenecer a «su medio», como el padre De Foucauld quiso «ser del país», compartiendo tanto como le fue posible la manera de vivir de los pueblos tuaregs. Debido a esta presencia de las Fraternidades, la Iglesia, en su vida religiosa o en su sacerdocio, comienza a estar presente allí donde no lo estaba todavía.

Dentro de su trabajo, a los hijos de aquel que se hizo el servidor de los tuaregs les gusta también elegir unas tareas que les proporcionen la ocasión de servir a los demás. Como, por ejemplo, este Hermanito que trabaja en un hospital como enfermero, lo que le permite a cada instante y por medio de oscuras tareas materiales estar a disposición de los enfermos y del personal; y ese otro que en las regiones montañosas hace todos los días su recorrido de cartero, yendo de casa en casa.

En enero de 1957, los Hermanitos eran alrededor de unos 230. Sabemos que su primera Fraternidad se estableció, en octubre de 1933, en la región del Sáhara, al sur de Orán. En El-Abiodh-Sidi-Cheik. Esta fundación, hasta estos últimos tiempos, era la principal Fraternidad de noviciado; volverá a serlo en cuanto las circunstancias lo permitan. Actualmente existen dos Fraternidades de noviciado: una en una isla de Bretaña, donde los Hermanos pueden ganar su vida mediante el trabajo del campo y también un poco con la cría de ganado, la pesca y la recolección de algas; la otra en España, en una aldea de la provincia de Zaragoza, en medio de una región desértica. Actualmente hacen su año de noviciado una treintena de Hermanitos, que fue precedido por un tiempo de postulante, efectuado generalmente en St. Remy-les-Montbard, en Borgoña.

Terminado el noviciado, el Hermanito pronuncia sus votos temporales, a lo cual seguirá un período de preparación, cuya duración varía de uno a tres años, bien de trabajo en una Fraternidad obrera, bien en una Fraternidad de misión o de estudios.

Las Fraternidades, en número de unas cincuenta, comprendidos los dos noviciados y

las dos Fraternidades de Estudios teológicos, se reparten en seis regiones:

Europa: Particularmente con siete Fraternidades obreras en Francia, Bélgica, España, Inglaterra; dos en ambiente rural, una entre los pescadores de las costas de Bretaña y una Fraternidad artesana al servicio del arte litúrgico religioso.

África del Norte: Con siete Fraternidades en Argelia y en Marruecos, lo mismo bajo las tiendas de campaña, entre las poblaciones nómadas del Sáhara, que en los «barrios de las latas» de Argel o de Casablanca. Igualmente en Tamanrasset, en el mismo «bordj» donde murió el padre De Foucauld y en su capilla, así como en la cumbre del Asekrem, hay Hermanitos que rezan y toman contacto con los tuaregs.

África Central y Meridional: Con seis Fraternidades (Camerún, Congo Belga, Unión Sudafricana), de las cuales una en una pequeña aldea de leprosos, otra entre los *bushmen* del Suroeste Africano, y un postulante que agrupa ya a varios Hermanitos del Camerún y del Congo.

Oriente Próximo: Con siete Fraternidades (Israel, Siria, Líbano, Irak, Turquía), integradas en los ritos orientales: melkita, sirio o caldeo.

Asia: Con seis Fraternidades (Pakistán, Ceilán, Vietnam y Japón), entre las cuales un postulante para los Hermanitos vietnamitas.

América del Sur: Con cuatro Fraternidades, de las cuales tres en ambiente proletario en Chile y en el Perú, y una en una tribu india del Brasil.

Después de su período de preparación, los Hermanos comienzan o continúan sus estudios de teología. Los que no deben ser sacerdotes hacen también, por lo menos, tres años de estudios teológicos. Estos estudios tienen lugar en Saint-Maximin, en el Var: varias Fraternidades están instaladas en el pueblo y los estudiantes, en número de unos cuarenta, siguen los cursos del convento de estudios de los dominicos. Este será trasladado próximamente a Toulouse, centro de la Provincia Dominicana, y los Hermanitos procurarán encontrar también allí las condiciones de alojamiento que respondan a la vez a las exigencias de una vida de estudio y a la forma de pobreza religiosa que les es propia.

Ya hemos apuntado el carácter universal de las Fraternidades. Poco a poco, al ritmo de las vocaciones, se dibuja su propagación a ambientes y a países diversos.

Actualmente se abren camino otras orientaciones, de las que no podríamos hablar todavía, y que necesitan, por otro lado, la terminación, actualmente en curso, de la formación de Hermanos destinados a esas misiones. Los Hermanitos deben estar dispuestos a ir a cualquier parte, sobre todo hacia los ambientes más difíciles, si quieren ser fieles al ardor apostólico que inspiró a su Padre esta magnífica respuesta a Mons. Guérin: «*Pregunta usted si estoy dispuesto a ir a otro sitio que Beni-Abbés para procurar la expansión del santo Evangelio; para esto estoy dispuesto a ir hasta el fin del mundo y a vivir hasta el Juicio final*»^[201].

2

Mensaje de Beni-Abbés

Escribo estas líneas a la sombra de uno de los tres olivos plantados por el Padre en su pequeño jardín, oasis en miniatura de palmeras más o menos salvajes, al fondo de un barranco en cuya hondonada desemboca una «foggara» que trae un poco de agua pura, pero, ¡muy poca! Todo es calma y silencio.

He aquí ya el quinto día de nuestra estancia en Beni-Abbés. El tiempo pasó rápidamente para mí, dividido entre los Hermanos, las Hermanas y la capilla del Padre, donde el Santísimo Sacramento está expuesto día y noche desde el domingo. Vivimos en la oración y en el recogimiento que irradian de esta primera Fraternidad. La capilla no es, sin duda, exactamente igual que la construida por el Padre, ya que las dos hileras de pilares de mampostería que sostienen las vigas de palma no existían antes. Pero hacen que la atmósfera sea todavía más misteriosa debido a los rincones y recovecos sombríos que crean por todos lados. Una arena muy fina, procedente de las dunas, cubre el suelo, y unas esteras se extienden por el centro, entre los pilares. Al fondo, bien iluminado por dos ventanas pequeñas a bastante altura, que dejan pasar la gran claridad del desierto, el altar, coronado por el lienzo que lleva la imagen del Sagrado Corazón y que todos conocéis bien. No es el altar primitivo, que era de madera; este es de mampostería, revocado de yeso blanco. Es muy sencillo. Encima del Sagrario, un pequeño edículo, muy pobre, de madera, pintada de gris, que tampoco es el del Padre. El Santísimo Sacramento está expuesto en la gran lúnula de la custodia de El-Abiodh, que un soporte mantiene por encima del cáliz. Es sencillo y muy evocador del sacrificio eucarístico.

A lo largo del día entero, Hermanitos y Hermanitas, arrodillados o sentados sobre la arena, están allí, muy cerca de Jesús Eucaristía. Las Hermanas aseguran la adoración por la mañana y la primera parte de la noche; los Hermanos, por la tarde y la segunda parte de la noche.

En las comidas del mediodía y del anochecer, bajo la tienda de campaña, leemos los *Escritos Espirituales* del Padre, o pasajes de su vida, escrita por René Bazin. Sus palabras toman aquí, en los lugares que le vieron vivir en su capilla y bajo el resplandor de la Eucaristía, un sentido completamente nuevo, y tratamos de comprender mejor lo que el Padre espera de nosotros. Nuestra vida, nuestra vocación, fueron merecidas, vividas, pedidas por él; es preciso recibirlo todo dentro de una fidelidad generosa a su mensaje. Es imposible no dejar de sentir que nosotros seremos enteramente hijos o hijas suyos, o que no seremos nada. En el punto en que nos encontramos, con nuestra flaqueza, ante la inmensidad de la tarea que hay que cumplir, en presencia del mundo entero abierto ante nosotros, que llama a las Fraternidades, nada podemos sin el desbordamiento de gracia y amor, sin la efusión del Espíritu Santo en nosotros, que sólo el corazón de un santo puede obtener de Dios. Dejemos que todo pase a nuestras almas, abiertas dentro de una humildad llena de confianza, de ánimo, de abandono a todo lo que deseará «*nuestro Muy Amado Hermano y Señor Jesús*»:

«La debilidad de los medios humanos

es causa de fuerza.

Jesús es el Maestro de lo imposible.

Una de las cosas que debemos absolutamente

a Nuestro Señor es el no tener jamás miedo

de nada».

* * *

Es aquí, en esta capilla de Beni-Abbés, donde el padre De Foucauld pasó las horas y las noches con Jesús, dentro de una intimidad tan llena de amor que no sabríamos cómo expresarla. Es aquí donde comprendió poco a poco, dejándose llevar por el espíritu de Jesús, lo que sería su vocación de completa disponibilidad para el amor. Es aquí donde se efectuó la transformación progresiva de un ideal de vida religiosa, hasta entonces demasiado estrechamente definido por un reglamento, y demasiado dependiente de un marco, dentro de una imitación de Jesús, cada vez más fiel, y por este mismo hecho mucho más sometida a las exigencias del amor al prójimo, así como a los vaivenes de una vida que entra resueltamente en contacto con sus hermanos los hombres. El muro de clausura comenzado se limita a una simple hilera de piedrecitas, en espera, en Tamanrasset, de la humilde casa abierta para todos. Pero no por eso deja de tener el padre De Foucauld las miradas de su alma prendidas en Jesús, dentro de un sentimiento de adoración y de admiración infinitas. El hermanito Carlos se deja llevar, sin estar apegado a ninguna idea preconcebida, a ninguna fórmula de vida. Sólo una cosa le importa: imitar a Jesús, imitar a Jesús en Nazaret, estar entregado por entero al amor de Jesús, de la Eucaristía, de los pobres, de todos los hombres. Su alma cada vez está más libre, y su actividad exterior completamente disponible.

Sin embargo, su vocación profunda no cambió, y si ya no tiene la rigidez que le imponía una forma exterior de vida, guarda, no obstante, toda la originalidad de una vocación particular, vivida desde dentro, en una imitación de Jesús llena de amor:

«Tu regla: seguirme. Hacer lo que yo haría. Pregúntate en toda ocasión: ¿Qué habría hecho Nuestro Señor?, y hazlo. Es tu única regla absoluta»^[211].

El hermano Carlos está dispuesto a todo para seguir a Jesús, *«a ir hasta el fin del mundo y a vivir hasta el Juicio final»*. Pero sigue siendo siempre el Hermanito, pobre del todo, de Jesús de Nazaret.

* * *

Tampoco nosotros debemos temer mirar de frente las exigencias de la llamada de Jesús. Hermanitos, os lo puedo decir aquí, con toda la fuerza y toda la certidumbre que el ejemplo del padre De Foucauld y la gracia de Jesús han puesto en mi corazón: ya no hay que tener miedo; pero en la medida misma en que seamos enteramente fieles a esta intimidad de imitación y de unión en el amor, ya no hay que tener miedo de romper unas fórmulas de vida demasiado estrechas, unas definiciones demasiado rígidas. Nuestras

almas tienen sed de Jesús, sed de seguirle dentro de su pobreza concreta, sed de realizar en nosotros lo que Él beatificó en la montaña de Galilea; sed de amarle, de mirarle, de contemplarle dentro de una oración continua; sed de amar a todos nuestros hermanos los hombres, especialmente a los más pobres, de amarlos con amistad, por Dios, a cada uno como si estuviera solo en el mundo, sin buscar ningún resultado, ni rendimiento apostólico, pero sin medir con cuentagotas nuestras actividades, sin tratar de confrontarlas perpetuamente con un estado de vida abstractamente definido, para saber si, sí o no, tal acto está conforme o no con la vocación de Hermanito. Debemos preguntarnos –como se lo preguntaba el padre De Foucauld– lo que Jesús haría en nuestro lugar. Seremos juzgados por el amor, por la fidelidad de nuestra correspondencia a las exigencias de Jesús. Jesús está vivo, su Evangelio está vivo, y Él es quien debe ser nuestra regla suprema de vida.

Siento ahora dolorosamente, como algo estrecho y mezquino, como una forma torpe de expresar nuestra imitación de Jesús en Nazaret, esta costumbre de definir nuestro ideal de vida de una manera abstracta y con referencia a fórmulas forzosamente incompletas: de este modo se dirá que la vida de un Hermanito debe ser una «presencia», que es una «vida oculta», que no debe buscar la «eficiencia», que debe ser una vida «mezclada». Se intentará apreciar, con ayuda de una de estas definiciones, una actitud, una manera de ser con el prójimo. Se nos preguntará si somos «contemplativos», o bien si no es que comenzamos ya a «ejercer el ministerio», si no es la actitud de un «activo». No sé por qué, pero el caso es que desde hace varios meses ya no puedo soportar esto. El padre De Foucauld jamás se planteó semejantes problemas: juzga sus actos con referencia a la persona de Jesús y a la luz de su amor. Lo cual es otra cosa. No tratemos, pues, de definir el ideal del Hermanito de otra manera que refiriéndolo a Jesús viviendo en Nazaret, y a lo que espera de nosotros. ¿Por qué preguntarse si somos «monjes», «contemplativos», «apostólicos», «activos» o «frailes misioneros»? ¿Es que esta clasificación no resultará vana frente a un ideal sencillo y concreto, que será de tal suerte claro para cada uno de nosotros si sabemos mirar, con los ojos de un niño lleno de amor, a Jesús viviendo entre los hombres, dentro de la pobreza, del trabajo y de la disponibilidad no calculada hacia sus hermanos? De otro modo llegaríamos a mezquindades, a faltas de amor y quizá a un formalismo muerto. ¿No he sentido yo mismo algunas veces como una tendencia a considerar como contrario a nuestra vocación una conversación en la que se hablaba de Jesús con unos compañeros, porque esto sería «hacer apostolado», mientras que tal vez sentiría menos escrúpulo en discutir sobre temas de deporte o de cine, ya que nuestra vocación nos obliga a «estar presentes» a nuestro ambiente de vida? Comprendedme bien, quisiera que penetrarais en esto profundamente. Para mí es ahora una certidumbre y nadie en el mundo me la podría arrancar. Mirad a Jesús y preguntaros para saber lo que él haría en vuestro lugar, ya que sois sus Hermanitos. El mundo no tiene necesidad de que le presentemos una nueva fórmula de vida, «un nuevo estado de vida religiosa»; los hombres que mueren de hambre y de sed porque están lejos de Aquel que es la Vida quieren una presencia de Vida; buscan inconscientemente a Jesús, a una persona, a una persona divina que es el

amor encarnado, y la buscan en nosotros; no es la realización, aún perfecta, de un «ideal de vida» lo que buscan. Es de otra manera exigente, es mucho más difícil, pero es la vocación de los Hermanitos. No tengáis miedo de que os impulse a dispersaros; os pido sencillamente que no defináis vuestra vida o la de una Fraternidad, mediante una fórmula abstracta, por estudiada, matizada y completa que sea: silencio, vida escondida, vida mezclada, simple presencia, testimonio, no-eficiencia, todo esto puede caracterizar, efectivamente, nuestra vida exterior; pero ninguna de estas nociones, ni incluso todas juntas, pueden definirla. No digáis, pues, jamás: «Yo no puedo hacer esto porque sería contrario a tal característica de nuestra vocación», sino decid: «No lo debo hacer porque sería contrario a lo que el amor de Jesús exige de mí, y no es de esta manera como Jesús actuaría si estuviera en mi lugar». Me diréis que es tan sólo cuestión de palabras, de matices. Creo que es mucho más que esto. Es negarse a encerrar la vocación del Hermanito dentro de unas actitudes exteriores, porque estas serán tan imprevisibles como la vida misma, y es querer definirla desde el interior, por la imitación, llena de amor, de Jesús de Nazaret. Lo cual es completamente distinto. En nombre del ideal de vida que se había fijado y de su regla del año 1899, el hermano Carlos no habría debido abandonar jamás su ermita de Beni-Abbés, ni su clausura. Hubiera sido, exteriormente, más fiel a su Regla, no se habría expuesto a ser tachado por algunos de inestabilidad, y habría sido más fácil considerarle como «perfecto religioso», según la definición que se da a veces de la perfección religiosa; pero el mundo habría esperado en vano este mensaje liberador que hace revivir el Evangelio en una imitación de Jesús plena de libertades, aun del amor.

Todavía no sé lo que espera a las Fraternidades en el mundo, pero de lo que sí estoy seguro es de que Jesús quiere que sus Hermanitos vayan «hasta el fin del mundo» para rendir testimonio de Jesús y del Evangelio. Las Fraternidades se encontrarán en los ambientes más diversos y en relación con situaciones sociales muy diferentes: en todas partes en que haya hombres que sufren y trabajan, en cualquier sitio en que Jesús no es suficientemente conocido, allí pueden y deben vivir las Fraternidades. No habrá que decir nunca: no se puede instalar una Fraternidad en medio de tal pueblo, porque estaría expuesta a no poder observar su ideal de vida, debido a ciertas circunstancias. Es imposible que Jesús no pueda irradiar su misterio de Nazaret en todos los ambientes, sean los que fueren. Por el contrario, es preciso decir que los Hermanitos pueden llevar su mensaje de pobreza, de oración y de amor a todas partes, bajo las formas más diversas y más imprevisibles. Cualquier forma de actividad y de trabajo es posible, con la única reserva de que no sea, por sí misma, incapaz de expresar los valores evangélicos a los que Jesús nos pide que permanezcamos fieles.

No creáis, Hermanitos, que lo que acabo de decir es una invitación a dejaros arrastrar a toda suerte de acción y a entregaros a no sé qué actividad de ministerio o de apostolado. Bien al contrario: quiero, más que nunca, haceros penetrar en el espíritu y en el alma de vuestra vocación. No es cierto que, bajo el pretexto de una caridad mal entendida, pueda un Hermanito entregarse a cualquier género de actividad. Se lo impedirá, ante todo, el estado de su alma, y si está verdaderamente unido con Jesús, ni siquiera se le ocurrirá hacer alguna cosa que no responda a su vocación. Cuando la haya

comprendido desde dentro, no tendrá otra tarea que hacer sino fijar la vista en Jesús viviendo en Nazaret, y entonces podrá, como el padre De Foucauld, permanecer disponible a las solicitudes de los hombres y sabrá responder a ellas de una manera conforme a su misión en la Iglesia.

Todo lo que intenté deciros en estos últimos años con objeto de definir el ideal de las Fraternidades sigue siendo cierto; pero creo que todavía no era más que una definición aproximada, como una descripción desde el exterior, como un punto al que uno intenta delimitar, estrechándole cada vez con más vigor. Hoy quisiera conducirlos hasta su meollo, hasta lo que es su alma. Quizá con esta luz suave, en la que todo es amor de Jesús, ciertas cosas escritas en otra ocasión parecerán demasiado rígidas, demasiado esquematizadas, demasiado razonadas. Es verdad; pero, ¿por qué no estaríamos preparados también nosotros para recibir un mayor grado de luz y de amor, y por qué no estaríamos dispuestos para recibir todas las sugerencias del Espíritu Santo? Querría que fuéramos fieles, con una delicadeza eterna, a la voluntad del Señor respecto a las Fraternidades. Es una cosa muy grande y casi infinita tener como misión hacer actuales, por medio de nuestra vida en el mundo, el evangelio de Jesús, sus bienaventuranzas y su amor de amistad hacia los pobres: no podemos tener la pretensión de descubrir de un solo golpe las exigencias de una vida semejante. Ya os lo dije a menudo, afirmando que Jesús trabajaba directamente en vuestros corazones y que se transformaba de año en año el aspecto interior de las Fraternidades. No hubo cambio de ideal, pero debe haber fidelidad al espíritu de Jesús, profundización de una vocación que no podemos comprender y vivir de una sola vez. Ya sé que vosotros vais comprendiendo esto cada vez mejor: fidelidad humilde y abandono en el amor de Jesús; transposición, para cada uno, de los límites, quizá demasiado estrechos, que su vocación personal tendería a imponer al concepto que se formó de la vida de un Hermanito. No defináis nada, vivid: mirando a Jesús como le miraba el padre De Foucauld aquí, en Beni-Abbés, sabréis más fácilmente lo que es menester vivir, que no con razonamientos tomando como punto de partida la definición de un ideal. Jesús os llevará tal vez más lejos de lo que pensáis, hasta los confines del mundo, hasta donde todavía no sospecháis, y quizá hasta el martirio. Las Fraternidades se multiplicarán y tomarán formas cada día más variadas, pero no cesarán de permanecer fieles a un ideal, que es la voluntad de Jesús para con ellas. Precisamente ahora quisiera definiros esta voluntad de Jesús a la luz de la vida del Padre en Beni-Abbés.

* * *

Ante todo, Jesús quiere que seamos *pobrecitos*, verdaderos pobres:

«Dios mío, no sé si es posible a ciertas almas, al verte pobre, seguir siendo ricas voluntariamente...; en todo caso yo no puedo concebir el amor sin una necesidad, una necesidad imperiosa de conformidad, de semejanza... Ser rico, vivir con comodidad, vivir dulcemente de mis bienes, cuando Tú fuiste pobre y vivías incómoda y penosamente de un duro trabajo: yo no lo puedo, Dios mío..., yo no puedo amar así»^[22]. «Dios, parecías hombre; hombre, te haces el último de los hombres: fue una vida de abyección, hasta el último de los últimos lugares: descendiste con ellos para vivir de su vida, de la vida de los obreros pobres que viven de su trabajo: tu vida fue, como la suya, pobreza y trabajo: eran oscuros, viviste en la sombra de la oscuridad»^[23].

No se trata únicamente de un espíritu de pobreza o de la virtud de la pobreza, la cual es compatible con cualquier actividad o cualquier obra; se trata de ser pobre entre los pobres, obrero entre los obreros, pequeño entre los pequeños de este mundo, y esto es una opción que tiene terribles exigencias. Es para el padre De Foucauld y para nosotros una llamada de Jesús. Todo nos empuja. La vocación del padre De Foucauld es muy precisa en este punto; Jesús os lo sugiere en el fondo del alma, y esta sugestión adquiere entre algunos de vosotros la fuerza y la violencia de una verdadera llamada del Espíritu Santo; en fin, este año sobre todo, la Providencia conduce a las Fraternidades por el camino de una participación de vida más real con el mundo de los pobres. Y todos hemos sentido que era un verdadero paso del Señor entre nosotros.

Jesús quiere que seamos pobres, tratados y considerados como tales en el mundo. Esto es una vocación positiva; no es una verdadera misión apostólica tener que vivir esta pobreza en medio de las miserias de un mundo, en el que tantos hombres quisieran encontrar una Iglesia pobre, religiosos pobres, el rostro de Cristo pobre, presente entre ellos.

Y cuando hayáis comprendido bien que vuestra misión es un desbordamiento del amor de Jesús, que quiere hacer llegar a los hombres que no creen ya, a través de vuestra vida, la llamada de las bienaventuranzas, habréis comprendido, al mismo tiempo que cualquier actividad que os sacara de este estado, que no os dejara ya la posibilidad de ser «refutado entre los pobres», esa actividad no estaría conforme con la voluntad de Jesús respecto a vosotros: sería un celo y una caridad mal entendidos.

¡Pero qué pura tiene que ser esta pobreza! ¡Cómo tiene que ser la pobreza misma de Jesús y no únicamente la de nuestros hermanos los hombres! Seremos pobres porque Jesús quiere revivir en nosotros su pobreza de Nazaret. Mirando a Jesús es como poseeremos la luz y la fuerza de ser pobres como Él. «¡Señor mío Jesús, qué pronto será pobre aquel que, amándote con todo su corazón, no pueda sufrir ser más rico que su Bienamado!... ¡Señor mío Jesús, qué pronto será pobre aquel que, pensando que todo lo que se hace a uno de esos pequeñuelos te lo hace a Ti, que todo lo que no se hace, tampoco te lo hace a Ti, aliviará todas las miserias que estén a su alcance!... Qué pronto será pobre aquel que reciba con fe tus palabras: Si queréis ser perfectos vended todo lo que tenéis y dádselo a los pobres... Bienaventurados los pobres, ya que cualquiera que deje sus bienes por Mí, recibirá aquí el céntuplo y, en el cielo, la vida eterna...»^[24].

Os hablo de una pobreza que es vida, capaz de ser la imagen de la pobreza misma de Dios, y no de una concepción estuche de un solo género de pobreza. Sé que la pobreza de Jesús podrá manifestarse entre sus Hermanitos con modalidades muy diferentes, según los ambientes y según las peculiaridades de las vocaciones personales. No debemos restringir la libertad del Espíritu Santo, ni la riqueza de la vida de Jesús en nosotros, y un solo Hermanito no podría reproducir en él todos los aspectos de la pobreza de Jesús, pues esta no es una disminución, no es algo negativo; es, en su sencillez, plenitud de vida. Habrá un Hermanito obrero, cuya pobreza estará ligada al trabajo asalariado de Cristo en Nazaret; pero también existirá la pobreza más libre de algunos, que se entregarán tan sólo a la Providencia; y existirá, en fin, la pobreza de

aquellos que tendrán que recibirlo todo de sus Hermanos, porque poseerán la suprema pobreza de la enfermedad, o porque estarán especialmente designados para una tarea de amor entre los que sufren. Todas estas maneras de vivir la pobreza serán necesarias a fin de que no sea deformada. El Hermanito obrero correrá el peligro de olvidar el valor del abandono a la Providencia de Jesús, apoyándose demasiado en su trabajo; y el Hermanito que en su camino se haya entregado a la Providencia no deberá olvidar que trabajar para vivir es también una ley del Señor. La impotencia de los Hermanitos enfermos recordará a los que gozan de buena salud que existe una pobreza más rica todavía, la pobreza misma de ser y de acción. Y aquel que se ocupe de lleno en aliviar a los hombres que sufren en su cuerpo o en su alma, impedirá que sus Hermanos trabajadores olviden que una pobreza que no nazca del amor y no termine en el amor no es la que quiso Cristo. Sería un cuerpo sin alma.

* * *

Es por esto por lo que Jesús quiere que sus Hermanitos tengan su corazón completamente lleno de *amor hacia los hombres*. Volved a leer las páginas en las cuales el padre De Foucauld deja derramar, en la intimidad con Jesús, todo aquello de que desborda su corazón. Ama y su corazón querrá como el corazón de Jesús. ¿Cómo es posible amar a Jesús y amar con él y por él a todos los hombres, sin estar perseguido por el deseo de dar a Dios al mundo y de responder a la llamada de tan gran número de almas sedientas del verdadero reino de Dios? No temáis tener deseos apostólicos; de otro modo no amaríais. El padre De Foucauld llevaba en su interior los mismos sentimientos de que el corazón de Jesús estaba lleno: os hablará de la agonía de Jesús, os hablará del celo de que desbordaba para la salvación del mundo. ¿Cómo no concebiríais un gran deseo de ver derramarse a través del mundo algo de la luz, de la fuerza de amor, y de la alegría apacible que están en vuestra alma, porque pertenecéis a Jesús? «*Nadie hay que, habiendo encendido una lámpara, la cubra con una vasija o la ponga debajo del lecho, sino que la pone sobre el candelero a fin de que los que entren vean la luz*»^[25].

Jesús es quien encendió vuestra lámpara, la que está en vosotros, y en la medida misma en la que le pertenecéis totalmente. Por tanto, no sois vosotros, es *él* quien puede querer que esta luz se coloque sobre el candelero para que la vean. Si él la encendió, ¿por qué no querría que alumbrase, e ilumine y caliente el corazón de los hombres? Pero como no sois vosotros quienes habréis encendido vuestra lámpara, no os toca tampoco ponerla sobre el candelero. Sois del Señor y debéis dejarle obrar. No tengáis miedo, ya que si vuestra lámpara fue encendida realmente por Jesús y puesta por él sobre el candelero, el viento de afuera, al penetrar por la puerta abierta de par en par a los transeúntes, no podrá apagarla.

¿Con qué derecho querríais, bajo el pretexto de una vida escondida y tal vez de un retiro voluntario, impedir a las almas que andan a tientas dirigirse hacia vuestra luz y calentarse con el amor de Jesús, que está en vosotros? Todo esto no os pertenece. Oramos demasiado a menudo como propietarios. Jesús quiere que seáis la luz del mundo, la sal de la tierra, la levadura en la masa. Y, entendedlo bien, él quiere que seáis

luz, sal, levadura, y esto es «ser», no es obrar. Todo vuestro deseo, todo vuestro trabajo consiste en estar unidos a Jesús de tal modo que lleguéis a ser luz, sal, levadura, con *él*. Lo demás no es de vuestra cuenta. Jesús quiere también que estéis *presentes* en medio del mundo. Será menester, pues, que os dejéis comer por todos aquellos que tienen hambre y sed de la justicia de Dios.

El reino de Dios se entenderá a través de vosotros y por vosotros. Pero es Jesús quien tiene que ser el artesano. Vuestro único medio consiste en vivir el Evangelio, en ser una luz, una fuente de vida y de calor como lo fue Jesús en Galilea y en Judea. Utilizar otros medios que hicieran resaltar métodos o actividades definidas destruiría el alcance de este medio divino que consiste en la libertad todopoderosa de la acción divina.

Quizá seáis desconocidos, despreciados, incomprendidos, rechazados. Bienaventurados seréis si lo sois por el nombre de Jesús. Pero tened cuidado si lo sois por no haber sabido dejar pasar el mensaje de Jesús con bastante pureza. Tenemos la tendencia, debido a nuestros propios límites, a empeñar este mensaje, a mutilarlo. Entonces ya no atrae. Si habéis sufrido por el nombre de Jesús, alegraos, sin duda, pero, sin embargo, que vuestro corazón esté al mismo tiempo desgarrado, porque ese desprecio significa que los hombres no pueden percibir todavía el paso del Señor entre ellos, o se escandalizan de ello. De esto no nos podemos alegrar, porque Jesús ha llorado. Ninguna fórmula. No digáis: «Nuestra vocación es la vida escondida y desaparece, así que tanto mejor si nadie se ocupa de nosotros, tanto mejor si no nos comprenden». Sí, quizá sea cierto en un caso determinado, pero puede ser falso si es así como pretendéis definir siempre vuestra vida. No es cosa vuestra el ser o no ser desconocidos, pero nunca podéis alegraros de ver a Jesús desconocido, y tampoco podéis decir que vuestra vocación no consiste en iluminar y calentar el mundo. Normalmente, el amor vivido tiene que irradiar, y esto debéis desearlo en la medida en que deseáis que Jesús sea más conocido y más amado. ¿No definía el padre De Foucauld las Fraternidades como debiendo ser «hogares» de los que irradiara el amor de Jesús a todo su alrededor?...

¿Cómo podríamos alegrarnos de lo contrario? Y, no obstante, sigue siendo cierto, *al mismo tiempo*, que el mismo Jesús ha sido desconocido y rechazado como salvador del mundo, y que podéis ser llamados a vivir con él este misterio de agonía y abyección. Ya veis cómo la vida del amor es más rica que las fórmulas y cómo las sobrepasa a todas.

Si los hombres entre los que vivís vienen a vosotros para iluminarse con vuestra luz y para beber en vuestra fuente de aguas vivas con avidez, no digáis: «No sigo mi vocación, porque hago apostolado»; pero tened cuidado, no os hayáis servido de medios humanos para atraerlos; tened cuidado, no hayáis puesto vosotros mismos vuestra lámpara sobre el candelero. Vigilad para seguir siendo más pequeños, más abandonados, más entregados a Jesús, más pobres que nunca. Entonces dejados devorar por unos hombres más pobres que vosotros, ya que aún no encontraron el Reino.

Si, por el contrario, se apartan de vosotros, si vuestra vida escandaliza, si se blasfema de Jesús o, sencillamente, si no os comprenden, no os apresuréis a regocijaros, no digáis: «Estoy en mi vocación de Hermanito», antes de saber si estáis verdaderamente unidos a la abyección del Salvador, o si más bien no os habéis replegado egoístamente sobre

vosotros mismos. Preguntaros si no habéis puesto vosotros mismos bajo el lecho una lámpara encendida por el Señor. Sobre todo, preguntaros si no habéis traicionado por descuido, o por estrechez de espíritu, o por falta de generosidad en el amor, el mensaje que Jesús había depositado en vosotros.

«Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra».

«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados».

Pienso que en ciertos ambientes será menester un esfuerzo inmenso para no traicionar ningún aspecto del reino de Jesús. Pienso en el ambiente proletario, en la masa de prejuicios que la mantiene alejada de la Iglesia. En tanto que nuestro amor no haya llegado hasta el punto de que seamos verdaderamente capaces de enseñarles que el reino de Dios es para ellos, y que este reinado ha comenzado a estar presente en medio de ellos, precisamente por nosotros, no habremos satisfecho las exigencias del amor de Jesús para con nosotros. El reino de Dios debe aparecer, a través de nosotros, en toda su realidad; hay la mansedumbre, la paz, la fuerza de Cristo, y hay también las exigencias de justicia de Cristo, y todo esto en el amor, sin odio, aunque la lucha sea legítima. Debemos entregar toda la verdad al Reino. Sin duda, por temperamento, tendréis diferentes vocaciones y alguno se sentirá llamado especialmente al silencio y a la mansedumbre; algún otro a demostrar con su actitud que Jesús no rechaza esa ardiente aspiración hacia una justicia social más completa, que sube desde la clase proletaria.

Tened cuidado, Hermanitos, de no simplificar tanto en el sentido de vuestra vocación personal, que lleguéis a deformar el mensaje de Jesús. En este caso no seríais desconocidos «por su nombre», sino más bien porque no habrán podido encontrar en vosotros el verdadero rostro de Cristo, tal y conforme le esperan los hombres.

* * *

Lo que Jesús exige de vosotros por encima de todo, Hermanitos, es donación de vosotros mismos a los más pobres de los hombres, en una amistad completamente gratuita; es amar con ternura fraternalmente a quienes el Señor nos envía, especialmente a los más abandonados y a los que más sufren.

La civilización occidental, debido precisamente a su perfección técnica, representada por la civilización americana en su tipo más perfecto, o en su forma oriental por la organización soviética, tiende cada vez más a racionalizar la satisfacción de todas las necesidades humanas, que han sido etiquetadas y repartidas entre diversos servicios. Cada vez va siendo más raro llamar a un hombre por su nombre propio; cada vez será menos tratado como una persona, este ser único en el mundo, que tiene un corazón, sus sufrimientos personales, sus problemas, sus alegrías y una familia que no es la de los demás. Conocerán únicamente sus enfermedades para aliviarlas, sus apuros económicos para remediarlos, su necesidad de un techo para alojarle, sus anhelos de descanso y de distracción para organizarlos. No tengo necesidad de insistir, ya comprendéis lo que quiero decir. Cuanto más se quiera remediar, tanto más entrará en juego la técnica, y esto precisamente en nombre del amor al hombre y quizá de la caridad; lo cual arrastrará la

puesta en marcha de complicadas maquinarias administrativas que desconocerán el corazón del hombre. No se puede negar ya esta necesidad de la técnica, que esclaviza al hombre y los cristianos, los religiosos, los sacerdotes están obligados, al parecer, a someterse a sus leyes para que pueda servir al amor, y por este hecho corren el riesgo de dejarse esclavizar ellos mismos. Este es el caso de la religiosa que, en un hospital, no podrá ocuparse de sus enfermos sino como de «casos clínicos», científicamente tratados, pero que no tendrá ya la oportunidad de amar a cada uno como persona. Bastante a menudo se adivina el peligro, pero no sé si se llega siempre a evitarlo.

Hermanitos, no estáis destinados por vocación a organizar la beneficencia corporal o espiritual con vistas a un máximo de eficacia: Jesús no os pide esto; pero, en cambio, os pide, como un testimonio supremo, como una especie de contrapeso al deslizamiento hacia las técnicas, al que corre el peligro de sucumbir el apostolado de la Iglesia en el mundo, os pide amar a algunos hombres desgraciados, algunos enfermos, los que Jesús quiera, amarlos con amistad, con ternura, como personas y no como casos clínicos que tratar. Por otro lado, seréis incapaces muy a menudo de aliviar sus sufrimientos, aunque debéis hacer todo lo posible para ello, según los pobres medios de que dispongáis. Jesús curó a varios enfermos que encontró en su camino, amó a un pequeño número de amigos; lo hizo a un ritmo sosegado y humano, sin buscar la cantidad y el rendimiento.

Cuando en vuestro camino encontréis a un pobre muchacho, a un obrero sin trabajo, a un ex prisionero, a una familia necesitada, tendréis que recordar que son dignos de exigir todo vuestro amor. Cada hombre es, a imagen de Dios, un absoluto. No es perder el tiempo amar al más insignificante de los hombres como a un hermano, como si estuviera solo en el mundo; me atreveré a decir que, cualquiera que fuera su miseria moral, es tan digno de amor como Dios mismo.

La conducta de los Hermanitos hacia los demás debe estar impregnada por entero de este respeto, de esta delicadeza, dirigida, en cada uno, hacia la imagen de Dios que está en él. Una de las características de las Fraternidades debe consistir, para siempre, en no buscar jamás el rendimiento y la eficiencia en el amor, cuando sea en detrimento de la posibilidad de tratar a cada uno con ternura, con un corazón familiar, como a un ser único en el mundo.

Algunos de vosotros estaréis llamados a servir en los hospitales, en los dispensarios o en las leproserías. Tendrán que ocuparse de los enfermos. Deberán hacerlo a la vez con este espíritu y con toda la competencia posible. Pero las Fraternidades no tomarán jamás a su cargo una obra organizada, sea la que fuere.

Estoy seguro de que habéis comprendido lo que quiero decir, aunque me exprese muy imperfectamente. Jesús quiere que os dediquéis al amor de vuestros Hermanos; y vuestra negativa a sacrificar la calidad fraternal de un amor de amistad, al rendimiento y la eficiencia, sin significar la condena de la utilización cristiana de las técnicas más perfeccionadas, será, en su plano de caridad, como un testimonio de la manera con que Jesús no cesa de amar a cada uno de sus hermanos, y una participación activa en este amor.

Desde que comprendí esto, respeto verdaderamente la obstinación de aquel pobre

nómada enfermo, que prefería morir apaciblemente en su tienda, en medio del afecto de los suyos, a entrar en un hospital donde quizá encontrará la salud, pero en el que no será más que una cosa anónima, un caso clínico entre los demás o un número en una sala. Es él quien tiene razón contra el civilizado moderno, porque con su instinto humano coloca el sufrimiento corporal, y aun la misma muerte del cuerpo, en su verdadero lugar; son un mal menor que la destrucción de la personalidad humana. Recordad siempre esto cuando tratéis con los hombres.

Para un Hermanito no tiene ningún sentido la apreciación cuantitativa de sus actos. Debemos hacer todo lo posible para conservar este aspecto fraternal, en la acogida de las Fraternidades dedicadas al cuidado de los enfermos, como podrá suceder en ciertos países de misión. Es por esto por lo que los Hermanitos estarán también llamados a vivir sencillamente, como amigos, en medio de aquellos a quienes la sociedad ya no sabe tratar como personas: los prisioneros, las «personas desplazadas», los condenados. Entonces el Hermanito no podrá hacer otra cosa que tratarles como hombres y como amigos, pero esto será un don inestimable.

* * *

Si no estáis unidos a Jesús, no podréis ser pobres como él quiere, no podréis tener el valor de tomar sobre vosotros el dolor de los trabajadores y los enfermos, no sabréis amar con un corazón suficientemente humilde y fraternal. Carlos de Foucauld bebe esta necesidad imperiosa de ser semejante a Él en todo, en la contemplación perpetua de su «muy amado Hermano y Señor Jesús»; en su pobreza, en su trabajo, en su abyección, en su sufrimiento y, sobre todo, en la heroica generosidad de su amor.

Pero hay mucho más: no quisiera que fuerais tentados a considerar la oración, la unión con Jesús, como el medio que más os atrae para realizar la vida según el Evangelio. Esto sería un cambio completo en la jerarquía de los valores, sería no comprender nada del alma del padre De Foucauld. Volved a leer sus meditaciones y comprenderéis que Jesús es Aquel que es amado, por encima de todo, por él mismo. Hermanitos, no olvidéis nunca esto. ¿Pero cómo podría enseñaros con palabras que Jesús es el todo de vuestra vida, que debe ser vuestro único amor, no siendo los otros amores más que un desbordamiento de aquel, y que Jesús es también todo lo que espera el mundo y cada hombre en particular? Esta convicción debe constituir el punto de partida de vuestra vocación, y sólo Dios pudo hacéroslo comprender, o no es posible que hayáis venido sin haber escuchado antes, en el fondo de vuestro corazón, una semejante llamada de Jesús. Es tan sólo por él por lo que habréis empezado a dejarlo todo. Pero no es suficiente. Esta primera opción deberá ser renovada constantemente; este amor imperfecto, todavía en germen, debe crecer. Bien pobre me parecen mis exhortaciones al lado de las páginas escritas por el hermano Carlos de Jesús, y no puedo hacer otra cosa que invitaros a leerlas de nuevo, ya que a través de ellas encontraréis toda la fuerza arrolladora de un amor exclusivo y apasionado hacia Jesús.

«Hijos míos, lo que quiero de vosotros en la oración es amor, amor, amor»^[261].

Este testimonio es lo que espera el mundo actual, ya que el mundo quizá ha complicado demasiado las relaciones del hombre con Dios; se razona demasiado, se buscan demasiados métodos, demasiados medios, demasiadas técnicas, aun en materia de vida espiritual o de apostolado. Que vuestra sencilla y ardiente intimidad con Jesús sea vuestra fuerza y vuestra luz. No os avergoncéis de ello. Y, sobre todo, no os escandalicéis nunca de vuestra amistad con Jesús. Él quiere esto de vosotros; no hay otra razón a la creciente irradiación del padre De Foucauld, tan poco relacionada con la ausencia total de forma y atractivo literario de las páginas que escribió para él solo, sin la menor preocupación por presentarlas agradablemente, sin la menor utilización de cualquier artificio para producir una emoción. Por el reflejo de su vida; no podéis tener otro ideal:

«Continuar en mí la vida de Jesús: pensar sus pensamientos, decir sus palabras, ejecutar sus actos... Que sea él quien viva en mí. Ser la imagen de Nuestro Señor en su vida escondida: gritar, por medio de mi vida, el Evangelio en los tejados de las casas. Venid: es preciso que el valor esté a la altura de la voluntad... Ya es hora de amar a Dios. Buscar sólo a Dios»^[27].

Esta intimidad con Jesús es un asunto demasiado importante para que os hable de él en unas cuantas líneas. Volveré sobre esto con más amplitud en otra ocasión; quería, sencillamente, situar aquí, en vuestra vida de Hermanitos, el lugar primordial de la oración. Me parece que la vida de oración del padre De Foucauld está caracterizada por algunos aspectos peculiares que voy a resumir rápidamente.

Como el padre De Foucauld, debemos tener *fe* en Jesús, Dueño de lo imposible. Debemos creer que Jesús nos llamó, y encontrar, lógicamente, en la realidad de esta llamada, el valor para aceptar una vocación que tal vez exigirá de nosotros el heroísmo de atreverse a todo por Jesús.

«Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?»^[28].

«Qué grande es la fe que Nuestro Señor nos pide, y con justicia..., ¿qué fe no le debemos?... Después de la palabra de Nuestro Señor: “Ven”, Pedro ya no tenía nada que temer y podía caminar con confianza sobre las aguas...; así, cuando Jesús nos llamó con certeza a un estado determinado, cuando nos dio una vocación, no debemos temer nada, tenemos que abordar sin vacilar los obstáculos más insuperables. Jesús dijo: “Ven”, tenemos su gracia para caminar sobre las olas. Esto nos parece imposible, pero Jesús es el Dueño de lo imposible... Por tanto, son precisas tres cosas: ante todo, hacer como Pedro, suplicar a Nuestro Señor que nos llame con toda precisión; luego, después de haber oído claramente: ven, sin lo cual no tenemos derecho a tirarnos al agua (sería una presunción, una imprudencia, arriesgar gravemente la vida, sería pecado, a menudo pecado grave por consecuencia, ya que arriesgar la vida del alma es todavía más criminal que aventurar la vida del cuerpo) después de haberlo oído claramente (hasta entonces vuestro deber es orar y esperar), arrojar al agua sin vacilar; como hizo san Pedro. En fin, confiando en el “Ven” salido de la boca de Dios, caminar hasta el fin sobre las olas, sin sombra de inquietud, con la seguridad de que si caminamos con fe y lealtad, todo nos será fácil en el camino a que Jesús nos llama, y esto por la virtud de esta palabra: “Ven”. Marchemos, pues, por el camino a que nos ha llamado con una fe absoluta, ya que el cielo y la tierra pasarán, pero su Palabra no pasará»^[29].

La vida de algunos Hermanitos, la situación de algunas Fraternidades parecen a veces una empresa desquiciada, por encima de las fuerzas humanas. Tal vez sea cierto, pero si Jesús lo quiere, no debemos dudar. La base de nuestras relaciones con Jesús es una fe

fuerte, invencible.

Esta misma fe conduce al padre De Foucauld hacia la Eucaristía con un amor y un respeto infinitos. A través de ella, y en el sacrificio eucarístico, es donde debemos alcanzar esta amistad tierna y fuerte con la persona de Jesús. Para el padre De Foucauld Jesús no puede ser, no es nunca algo lejano y abstracto, aun cuando tenga que luchar en la oscuridad de la fe para conservar un contacto personal, de lo que, por otro lado, ya no es consciente, con Aquel que es su único amor; o bien para proseguir con una paciencia perseverante, una oración valiente, a menudo dolorosa. En esto, Hermanitos que no siempre sabéis cómo orar y que deseáis aprenderlo, en esto, el padre De Foucauld debe ser vuestro modelo.

Toda nuestra vida depende, lo mismo que la suya, de la realidad de nuestra intimidad con Jesús. Él debe ser nuestro guía, en este aspecto como en los demás. El espíritu de Jesús no ora en nuestros corazones sin que nosotros hayamos ido a su encuentro, sin que nosotros hayamos desembarazado el camino.

«*Orar es pensar en Dios amándole*». Esta sencilla definición de la oración nos indica suficientemente que debemos prestar nuestra mayor atención para aprender a pensar en Dios. El padre De Foucauld está tan alejado de una actitud pasiva que lo esperará todo de la acción del Espíritu Santo, como del empleo excesivo de un método para dirigir nuestro pensamiento hacia Jesús. Pero en su manera de hacer oración existe una entrega ferviente, valerosa, precisa, en la que pone toda su voluntad, todo su ser.

El Hermanito tendrá que aprender a permanecer unido a Jesús en toda suerte de situaciones, algunas de las cuales podrán parecer particularmente difíciles. No debemos esperar que esto se hará por sí solo, aunque sea un don de Jesús completamente gratuito. Después de haber entregado a Dios nuestra esperanza más ardiente y nuestra fe más confiada, haremos de modo que pongamos valientemente por medio de un método sencillo y preciso, lo mejor de nosotros mismos, de nuestra inteligencia y de nuestro corazón, al servicio de la oración y de la presencia en Jesús. No pretendía otra cosa que indicar esto como de paso, pero me parece importante que el padre De Foucauld aparezca ante vosotros como alguien que tiene la misión de enseñar a orar a sus Hermanitos. Es aquí, en el oratorio de su Fraternidad, donde ha comprendido bien que el Padre debía ser nuestro maestro de oración.

Además de la mirada puesta en silencio sobre Jesús, y de la presencia amorosa a sus pies, el Hermano Carlos meditaba siempre las mismas palabras de Dios que trae el Evangelio, con el fin de adaptar su vida a lo que dicen. Ya que nosotros le leeremos con amor y sabremos recibir en nuestro corazón las palabras de Jesús como imperativos que hay que traducir en actos, el Evangelio llegará a ser para vosotros como una regla viva de vida. Cuanto más nos adaptemos a él tanto mejor le comprenderemos. No recibamos nunca una luz, por débil que sea, sin traducirla inmediatamente en nuestra vida por medio de un acto. Nada es tan agotador y tan vano como meditar en circuito cerrado, sin salir del plano de la inteligencia, acerca de verdades o valores morales, sin traducirlos en actos en nuestras propias vidas.

«No puedo concebir el amor sin una necesidad, una necesidad imperiosa de conformidad y de semejanza»^[30].

* * *

Hermanitos, es así como debemos comprender el mensaje de amor que el Padre trajo al mundo moderno. Todo en él es vida, imitación de Jesús, sencillez evangélica.

Creo haber definido suficientemente en estas páginas lo que debe ser esencial en nuestra vida, y no quiero terminar por ninguna otra definición.

Pero, me diréis, ¿qué contestaremos a los que nos pidan algunas precisiones acerca de nuestro género de vida, y si somos o no contemplativos? Creo, una vez más, que el padre De Foucauld no puede ser juzgado con referencia a unos cuadros esquemáticos que supongan una especialización de los diferentes estados de la vida religiosa. Contemplativo, monje, apóstol, misionero, el padre De Foucauld fue todo esto, pero a su modo, y nosotros lo seremos igualmente con él. Por tanto, responded sencillamente que los Hermanitos han oído la llamada de Jesús para imitar por amor su vida de Nazaret; para vivir el Evangelio entre los pobres, con un amor fraternal en el corazón hacia toda criatura, y en una constante oración eucarística; y por lo que se refiere al exterior, su vida podrá adoptar las formas más diversas, con tal que permanezcan fieles a su vocación interior, tal y como acabamos de definirla, y su estado de «pobrecitos».

El padre De Foucauld no alcanzó de una vez la plena posesión de su vocación, sino por etapas sucesivas. Lo propio de la vida es salir de un germen y crecer poco a poco hasta la madurez total. Será lo mismo en el alma de cada Hermanito. Sean los que fueren sus deseos y su generosidad, no será capaz, desde el primer día, de ser testimonio de Jesús y de su Evangelio, con una vida de oración en medio de los hombres. Tendrá que crecer, y para ello atravesar por fases sucesivas, cuya duración y aun el orden de sucesión, serán distintas en cada uno. La soledad y la vida escondida, la fatiga del trabajo y el don de sí mismo a las exigencias de los pobres, el recogimiento y el estudio son etapas necesarias para todos; para algunos será menester un largo tiempo de vida escondida antes de ser capaces de vivir unidos a Jesús en medio de los hombres; otros, por el contrario, no podrán llevar una vida retirada, generosa y sin ilusiones sino después de la prueba del don de sí mismo a los demás. Será precisa una gran atención con objeto de colocar a cada uno en la situación más a propósito para favorecer el trabajo del Espíritu Santo en su alma. Quizá para algunos serán necesarios muchos años de preparación antes de que lleguen a vivir en su integridad el ideal de los Hermanitos.

Creo, por otra parte, que estos diferentes aspectos de la formación no necesitarán siempre estados de vida exteriormente delimitados, sino que se trata más bien de conservar una actitud de alma diferente, aunque se encontraran en análogas situaciones exteriores de trabajo o de misión. Por tanto, se trata más bien de etapas psicológicas, de un conocimiento sincero de sí mismo, de una comprensión de lo que pide el Espíritu Santo en cada instante.

No quisiera terminar sin subrayar, a la vez, esta necesidad de una formación progresiva y el hecho de que las etapas de dicha formación no serán las mismas para todos.

En la mayoría de los casos esta maduración interior, más o menos lenta, se efectuará en las Fraternidades normales de trabajo o de misión. Sin embargo, siempre será preciso

que haya épocas de retiro, con intervalos más o menos alejados. Por esto, poco a poco, se agruparán las Fraternidades alrededor de Fraternidades centrales de adoración, de las cuales la de Beni-Abbés parece ser una de las principales, no por el número de Hermanos susceptibles de vivir en ella, sino porque representará siempre, ante todos los discípulos del Padre, el lugar mismo en el que fue rezado y vivido el ideal evangélico que es la base de su vida.

Mensaje de Mar-Elías

Ermita de Mar-Elías, cerca de Damasco (Siria),
19 de junio de 1950

*“Sal y quédate de pie en la montaña
ante la presencia del Señor”. Y el Señor pasó.*

(1Re 19,11)

No es una simple casualidad el que me haya sido concedida esta jornada de soledad aquí precisamente, en el santuario en el que una antigua tradición popular de Siria, localiza la estancia del profeta Elías en el «desierto de Damasco»^[31]. Una humilde capilla, como colgada en el acantilado de una cresta rocosa, dominando la llanura desértica; allí no vive ningún guardián. Se llega hasta allí por unas escaleras que descienden de la meseta. Algunas grutas, una de las cuales está transformada en santuario, con un altar y un iconostasio, son como una continuación de esta capilla. Todo es pobre y todo parecía abandonado, si no fuera por los pueriles testimonios de una piedad popular expresada por medio de lamparillas chorreando aceite de oliva, gruesos cirios multicolores, suspendidos en exvoto, y toda clase de objetos menudos, trapos, alfileres, mechones de pelo colgados del icono del profeta que domina cada uno de los dos altares de la capilla y de la gruta. Os escribo desde la iglesita, y tengo ante mi vista el gran icono de dos metros de altura que representa al profeta devorado por el celo de Yavé, todavía en su mano la espada con la que acaba de exterminar a los falsos profetas de Baal, de los cuales uno yace degollado a sus pies. El otro icono, más pequeño, de estilo primitivo, representa la misma escena y, además, por encima, la ascensión del profeta en su carro, en tanto que Eliseo alza los brazos para recibir el manto de su maestro.

Volví a leer ayer los pasajes del Antiguo Testamento relacionados con este hombre de Dios. Aquí, en esta salvaje soledad, en la que no se oye otro ruido que el rugido del viento a través de las rocas, aquí esta su espíritu. Elías fue realmente un hombre ceñido con la fuerza divina, que rindió testimonio a la majestad única y trascendente del Dios de Israel, en medio de un pueblo cautivado por el materialismo idólatra; a través de las peripecias de una existencia devorada por las exigencias de una misión imperiosa en la tristeza de un corazón consciente de su miseria, consumido, sin embargo, por la nostalgia del rostro de su Dios, del que había entrevisto un día la sombra del misterio, en una gruta de la montaña^[32].

Violento contraste entre la fuerza divina y la debilidad humana teñida de descorazonamiento, entre la entrega a su pueblo, del que es como responsable y la necesidad de soledad. El Señor habita en el alma de Elías. Las características de su alma son: conciencia de su misión, fe inquebrantable en la esperanza, valor indomable. Es este espíritu de Elías el que yo quisiera ver descender a vuestras almas de Hermanitos. Este fuego devorador del amor del Señor dejó las mismas fuertes señales en el alma del padre

De Foucauld.

«Desde los tiempos de Juan Bautista hasta ahora el reino de Dios sufre violencia, y los violentos lo arrebatan. (...) Y si queréis admitirlo, él es Elías, el que había de venir: ¡El que tenga oídos que oiga!»^[33]. Quisiera veros meditar una vez más las páginas del padre De Foucauld, que son un eco de este espíritu, para que se grave en vuestras memorias si no en vuestras vidas^[34]. Releedlas sobre todo en el instante en que, percibiendo con agudeza el contraste que existe entre vuestra condición miserable y la ruda misión de las Fraternidades, misión que os arroja en medio de un pueblo subyugado por el materialismo de ídolos fabricados de mano de hombre, tengáis la tentación de acurrucaros a la sombra del lentisco de la pusilanimidad y el descorazonamiento.

Algunos de vuestros Hermanitos vendrán de cuando en cuando aquí mismo, a esta gruta del profeta Elías, como delegado, para pedir en nombre vuestro la comunicación de este espíritu de fuerza en el amor. Quisiera hablaros de nuevo, con este espíritu de Jesús hecho de *esperanza confiada* en vuestra misión y de coraje lleno de la violencia del amor, del verdadero sentido y de las consecuencias de nuestro estado de trabajador pobre, bajo la perspectiva de nuestra vida religiosa y de nuestra vida de oración.

* * *

¿Cómo es posible que un gesto tan sencillo, el gesto de aceptar un oficio y vivir de un salario, porque uno quiere ser pobre, verdaderamente pobre, como lo es un proletario; cómo es posible que un gesto ejecutado con amor por tantos santos a través de los siglos desde que Jesús vivió como un obrero manual; cómo es posible que ese gesto desencadene en la hora actual tales problemas, que ya no se pueda intentar la interpretación del estado religioso en una vida de trabajador, sin que se plantee la cuestión misma de la legitimidad de dicha vida? Realmente la cuestión planteada es esta: ¿habrá llegado a ser imposible en el siglo XX poder vivir, en medio del pueblo de los pobres, una vida sencilla del todo, según el evangelio de Jesús, basada en el trabajo diario del jornalero, sin tener la sensación de colocarse, por este mismo hecho, fuera de las condiciones exigidas por la Iglesias para llevar una vida auténticamente religiosa? ¿No trabajaban como pobres los primeros ascetas del desierto y no vendían en el mercado el fruto de su labor diaria, mezclados entre la muchedumbre de los hombres, de la que formaban parte realmente? Francisco de Asís y sus primeros compañeros, ¿no andaban mezclados entre la muchedumbre de los débiles, de los que no les separaban ni su vestido, ni su manera de vivir, ni la posibilidad de entregarse a cualquier trabajo por abyecto y humilde que fuera?

No pedimos otra cosa que la facultad de poder vivir, en el amor, ese mismo estado de trabajadores pobres, santificándolo por medio de los votos religiosos, sin separarnos de la clase pobre, sin estar obligados a llevar un hábito y un modo de vivir que, de hecho, nos mantiene ligados a un ambiente que no es ya el de los humildes. En el estado actual de la Iglesia, ¿no podrá concebirse la integración del trabajo en la vida religiosa, sino bajo una modalidad muy limitada, en el cuadro de la economía cerrada y artesana de un monasterio, excluyendo la pobreza del asalariado, tan común en la hora actual? ¿La vida

obrero moderna se desarrollará en tales circunstancias que ya no puede servir de base para la realización de una auténtica vida religiosa?

Este hecho, de ser admitido, sería de una gravedad trágica, ya que la masa de los hombres condenados a la servidumbre de la condición obrera aumenta de día en día; y consagraría una oposición, dolorosa e inaceptable para un corazón cristiano, entre el pueblo que sufre y la Iglesia de Jesús.

En efecto, para el establecimiento de una vida religiosa entre el proletariado se suelen oponer dos objeciones principales. Se dice: es imposible para un religioso trabajar entre los obreros como uno de ellos sin que quede integrado a la clase proletaria y, por ende, conducido a participar en un estado de lucha de clases, que la Iglesia no podría consagrar con su presencia; también sería conducido a abrazar una mentalidad teñida de marxismo, incompatible con la fe cristiana o, por lo menos, a conducirse como si aceptara prácticamente los postulados comunistas. Se dice también: las condiciones materiales del trabajo industrial son tales que no podrían permitir la realización de una vida religiosa auténtica. Es fácil adivinar la gravedad del problema planteado: admitir esta doble objeción equivaldría a decir, análogamente, que los pobres, obligados a un trabajo asalariado para vivir, no podrían, en consecuencia, permanecer totalmente unidos a la Iglesia de Cristo, o que, por lo menos, estarían en la imposibilidad de alcanzar la perfección del amor. ¿No es esto arrancar de golpe al alma obrera toda esperanza cristiana? Ya que si un religioso, empujado por la llamada de Jesús, sostenido por todo lo que aporta la formación y el cuadro de una vida religiosa, no puede encontrar el medio de pretender la perfección del amor en el trabajo obrero, ¿qué será de los otros trabajadores? ¡Y en este caso se encuentran centenares de millones de hombres!

Hermanitos, respecto a esta cuestión ninguno de nosotros puede permanecer en la incertidumbre. En nuestro corazón alienta cada vez más la seguridad de que Dios nos llama para que nos entreguemos sin reserva a nuestros hermanos más desheredados. No podemos separar, en la perspectiva de nuestro amor, a Jesús trabajando en Nazaret de la inmensa muchedumbre de proletarios, abrumados por una tarea cotidiana, que la voluntad de otros hombres, o el ciego mecanismo de una técnica perfeccionada, hace muy a menudo inhumana e insoportable. Queremos, con todo nuestro amor, participar de su suerte, para probarles que Jesús puede acercarse a ellos todavía, y que pueden entrever en la fe una vida dolorosa, pero auténticamente entregada a su Redentor. Creemos que es posible ir hacia ellos de esta manera, que es posible llevarlos a Jesús con nuestra propia vida y que de este modo podrán unirse a la Iglesia a través de nuestra Fraternidad. Para realizar este ideal tenemos que estar por completo dentro de la Iglesia, al mismo tiempo que nos hacemos sus hermanos de destino y de corazón.

Sin duda, nadie discutirá la posibilidad de enlazar el hecho mismo de un trabajo manual con la perspectiva cristiana. Pero no se trata únicamente de la imitación material de Jesús obrero, o del medio de ganar nuestra vida. Aquellos a quienes tenemos que acercarnos en nombre de Jesús tienen un alma común, porque existe un alma obrera, y es esta alma a la que busca Dios y que la Iglesia perdió. Tenemos que estar presentes, no tan sólo en su trabajo, sino en su corazón. Y aquí es, sin duda, donde comienza la

dificultad: existe una clase obrera. Es un hecho real. Tiene su sensibilidad propia, su mentalidad particular, sus problemas propios. Toda la cuestión está en saber si en la actual situación creada de hecho por el gigantesco y metódico esfuerzo del comunismo marxista para absorber por completo el mundo del trabajo, dicho esfuerzo ha tenido o no ha tenido éxito. ¿Se puede todavía ser obrero, pertenecer realmente a la clase obrera, sin verse arrastrado, como a pesar suyo, a profesar, o por lo menos a poner en marcha unos principios opuestos al cristianismo? Sabemos, tanto por las afirmaciones de la Iglesia como por todas las reacciones de nuestra fe cristiana, que no tenemos el derecho de adherirnos a una concepción materialista de la evolución del mundo, que es precisamente la del comunismo ateo. ¿Estaría la sensibilidad obrera tan impregnada de esta concepción que tuviera que parecerle extraño cualquier otro pensamiento o cualquier otra perspectiva? Si algunas veces y en ciertos sectores de la masa obrera pudiera constituir esto una situación de hecho dolorosa, nunca debemos nosotros aceptar su principio. No tenemos el derecho, bajo el pretexto de unirnos a la clase obrera, de dejar de pensar como la Iglesia y con ella; sería hacerse la idea más pesimista que cabe de la obra de la Redención, ya que esto significaría la exclusión, como debido al juego de un mecanismo ineluctable, de la clase obrera del seno de la Iglesia. Así es como piensa el comunismo.

Ese sentido tan vivo de los lazos que unen entre sí a los trabajadores, haciéndolos solidarios los unos de los otros, es lo que caracteriza la mentalidad del pueblo y lo que consolida la unión de la clase obrera. Forjada lentamente por siglos de sufrimientos, de luchas y de esperanzas comunes, esta conciencia de su unidad es considerada por el pueblo, a justo título, como un bien muy estimado. Tenemos que comprender esta aspiración a la unidad, que será quizá la expresión misma de un amor auténticamente cristiano en su naturaleza. Tenemos que compartir y vivir esta unidad, que podrá ser para nosotros, en alguna ocasión, un potente medio de romper nuestro individualismo egoísta. Ahora bien, el comprometernos en este sentido no nos impide comprobar, muy a menudo, hasta qué punto ha llegado el marxismo en la utilización de esta unión para sus fines propios, para hacer de ella un verdadero instrumento en la lucha de clases. Por esto es por lo que los comunistas consideran la unidad obrera como una necesidad absoluta, y todo acto que rompa esta unidad toma a sus ojos el valor de una falta grave contra la clase trabajadora. En nombre de esta unidad podrán exigir al trabajador unos actos y un comportamiento que sean la negación práctica de sus convicciones espirituales o de su fe. Podrá plantearse la cuestión de saber si es preciso sacrificar la libertad de tener un concepto cristiano del mundo del trabajo a la unidad de la clase obrera, en vista de una eficacia más rápida en la lucha; o bien si conviene mantener la libertad del concepto cristiano, aunque fuera al precio de tener que sacrificar la unidad de los trabajadores, lo que podría traer como consecuencia un retraso en la mejora material del destino de los proletarios. Esto es como decir si deben prevalecer los valores espirituales o los valores materiales. La respuesta al problema planteado en términos tan concisos no puede ofrecer dudas a una conciencia cristiana; pero, en realidad, se plantea de una manera más compleja. Se hablará de una colaboración temporal, con objeto de conseguir un resultado parcial, justo en sí mismo; y este es el caso más frecuente. Bajo el plano estrictamente

profesional, esta colaboración es a veces legítima: acuerdo entre los Sindicatos Católicos y la Confederación General del Trabajo; adhesión a esta última en algún caso excepcional. Otras veces se hablará de la necesidad, para un cristiano, de estar presente en el corazón mismo del movimiento comunista, a fin de intentar enderezarlo y desviarlos en beneficio de una construcción del mundo de inspiración cristiana. Entonces habrá que establecer una distinción entre un cierto comunismo práctico y la doctrina materialista atea condenada por la Iglesia. Semejante actitud es insostenible, ya que es una confesión de impotencia y una verdadera negación del cristianismo el tener que consentir en la adopción deliberada de la perspectiva de un mundo marxista, como punto de partida de una acción constructiva. No es este el lugar para una exposición teórica del asunto. Quiero indicaros, sencillamente, cuál debe ser vuestra posición. Debéis creer con toda vuestra fe en la necesidad de salvaguardar la posibilidad de una concepción cristiana en la clase obrera, aunque fuera a costa de una *ruptura de la unidad, si esta tuviera que estar basada en el materialismo*. Esto admitido, debemos afirmar que es posible *vivir íntegramente en cristiano y en religioso en la clase obrera*.

Los que piensan en cristiano serán quizá los menos; pero no es una cuestión de cantidad, ni un motivo para abdicar. El Evangelio habla de una levadura y de un grano de mostaza; los apóstoles no fueron sino algunas unidades, y no sabemos si la hora de la Iglesia es la de la participación en la abyección de la Cruz, o en el triunfo de la Resurrección. Debemos mantener con toda nuestra fe la continuidad viva de la acción, lenta o rápida, oculta o triunfante, poco nos importa, de la Iglesia a través de los siglos.

* * *

Nos enfrentamos con otro hecho: la clase obrera: en su conjunto, está en estado de guerra contra el capitalismo. Sabemos que hay un combate obrero legítimo, pero la delimitación entre los procedimientos y las armas de guerra justos y los que no lo son es difícil de definir concretamente. Cada trabajador comprometido en la lucha juzgará según su conciencia; un Hermanito obrero deberá esforzarse, indudablemente, en juzgar el procedimiento en sí mismo, pero no juzgará la conciencia de su hermano obrero ni la condenará. Hubo atentados de sabotaje, que fueron considerados como ejemplares, durante la ocupación de nuestro territorio por el enemigo; pero no es propio de un Hermanito marchar a la cabeza en la batalla, participando en ella de una manera activa, porque representa a la Iglesia, con un título particular. Sin embargo, es menester afirmar la necesidad de mantener una presencia de la Iglesia, no sólo entre los trabajadores, sino también en el seno de una lucha obrera legítima. Hoy, como ayer, los trabajadores y los pobres deben poder tener sus religiosos, que serán, en medio de ellos, los representantes silenciosos y amantes de Jesús. Aunque sean poco numerosos, serán una esperanza para sus hermanos obreros. Deberán ser los testigos de una vida obrera penetrada de amor y de redención. Para ello es imprescindible que los Hermanitos consagrados al proletariado permanezcan inviolablemente fieles al Papa y a la Iglesia. Muchos de vosotros, los más próximos al mundo obrero, han resentido con dolor la injusticia de la condición proletaria. También han experimentado la fuerza de la solidaridad obrera y la entera

abnegación que supone en un gran número de sus camaradas. También han adivinado la complejidad de los problemas planteados a su conciencia de cristianos, y la necesidad de ser ilustrados acerca de ellos. Para algunos de vosotros será necesario efectuar un estudio serio del marxismo y de la teología. Sin embargo, desde ahora mismo y a todos os pido que conservéis la sencillez de la mirada de fe puesta en Cristo y en la humanidad dentro del amor, sin dejaros impresionar ni seducir por investigaciones doctrinales o sociales que no son de vuestra incumbencia. Vosotros no sois más que unos pobres Hermanitos de Jesús, y esto seréis siempre, aunque debáis adquirir un grado más elevado de conocimientos filosóficos y teológicos. Por tanto, voy a resumir en algunas simples directivas cuál debe ser vuestra actitud de alma.

* * *

Creemos, con toda nuestra fe, que Jesús nos pide que le representemos entre los más pobres de sus hermanos; haremos, pues, todo lo que esté en nuestro poder, con amor y dentro de los límites de una obediencia total a la Iglesia, para ser autorizados a vivir en medio de los trabajadores participando en sus sufrimientos, en su trabajo y en sus condiciones de vida.

Estaremos presentes, dentro de la amistad, en sus preocupaciones, no les juzgaremos, no les condenaremos jamás; sólo Jesús tiene derecho a hacerlo.

Les amaremos en el terreno mismo de la lucha, pero no participaremos jamás en el menor sentimiento de odio que alberguen en sus almas, ni lo aprobaremos. Nuestro amor no dejará nunca de ser universal, aunque vaya de preferencia hacia los más desgraciados.

Nunca desobedeceremos al amor de Cristo y llevaremos en nuestra alma el sufrimiento de la impotencia aparente que este amor nos impondrá, a veces, frente a la injusticia.

Podréis encontraros frente a dos clases de injusticias. Ante todo una cierta injusticia general, de que sufre la clase obrera, a consecuencia del estado de las instituciones y contra la que se rebelan los trabajadores, no sin razón, por medio de la lucha, en la misma medida en que este orden social contradice al orden divino, y cuando la lucha parece ser el único medio de alterar este estado de cosas. No se nos pide que participemos de una manera verdaderamente activa en este combate conducido por procedimientos diversos, sean cuales fueren las solicitudes de nuestros camaradas, ya que nuestra misión eclesial nos impone, a título de sacerdote o de religioso, una presencia ante todo espiritual y de amor en medio de los hombres.

Si no podemos combatir efectivamente al lado de nuestros hermanos comprometidos en la lucha, sí debemos, sin embargo, solidarizarnos con ellos con todo nuestro amor, ya que la Iglesia no podría estar lejos de aquellos que sostienen una lucha justa en su principio, y en la cual están comprometidos, a menudo, con una conciencia recta y una abnegación total. Nuestra actitud debe hacerles comprender que pueden ser hijos de la Iglesia sin tener que renegar de lo mejor de sus aspiraciones hacia una justicia más humana. Compartiremos con ellos y les ayudaremos a soportar todas las miserias resultantes de este esfuerzo; la inscripción en los sindicatos, la participación en las obras

de ayuda y en las colectas, no con fines evidentemente políticos, serán la manifestación más corriente de esta solidaridad.

También os encontraréis ante algunos casos de injusticia personal respecto a tal o cual de vuestros camaradas; en este caso, el silencio o la indiferencia serían una cobardía culpable, cuando se pueda impedir o hacer cesar la injusticia con una intervención legítima, aunque perdiéramos el puesto, y podría ser además como una traición a la Iglesia juzgada a través de nuestra actitud.

Es menester que sepamos aceptar, sin odio ni rebeldía, el desgarramiento producido en nuestras almas ante la injusta opresión de los pobres; este suplicio debe abocar en una participación más activa en la agonía del Salvador, desgarrado de este modo en su humanidad, y en una entrega más generosa a los que sufren.

No vacilaremos ni un solo instante entre la obediencia debida a unas directivas formales de la Iglesia y lo que nos parece ser una exigencia de solidaridad con el proletariado. En caso de conflicto entre estas exigencias contrarias, no podemos otra cosa que sentir en nuestro corazón el sufrimiento de ver alejarse a los trabajadores en cuanto clase de la Iglesia visible y comprobar nuestra impotencia para modificar este estado de cosas de otra manera que por medio de un esfuerzo de caridad más apremiante y una participación más generosa en la Pasión de Jesús.

No temamos explicar claramente y en términos concretos el porqué de una actitud que podrá parecer como de retirada o de negativa; sepamos recalcar a la vez nuestra solidaridad de trabajadores y la imposibilidad en que nos encontramos para colaborar en el sentido de una evolución materialista del mundo. Es preciso que se sepa que también nosotros creemos en algo y que somos capaces de ser fieles hasta la muerte. En algunas ocasiones somos más tímidos, en este terreno, que muchos comunistas o socialistas.

Hermanitos, respecto a la objeción de que no sería posible conciliar el pertenecer a una clase obrera que luche para liberarse, con una mentalidad totalmente cristiana, debemos retener la necesidad de una gran vigilancia a fin de evitar un peligro cierto. Existe un riesgo —y es quizá el principal en nuestra misión entre el proletariado— de contaminación inconsciente de nuestros conceptos y de nuestra fe, como por una infiltración progresiva del pensamiento marxista ambiental. Este riesgo, lejos de impedir que nos establezcamos entre la masa obrera, subraya, por el contrario, la urgencia de ir en socorro de nuestros hermanos; ya que si es un riesgo real para nosotros, ¿no lo será mucho más grave para ellos?

Controlaremos constantemente la influencia de la prensa obrera, cuya lectura nos es necesaria, y la del ambiente de trabajo, por medio de una *información* más objetiva de los acontecimientos y, sobre todo, por el contacto que desearemos conservar con la palabra del Papa y la enseñanza de la Iglesia. Ante todo, tendremos que oponer al materialismo latente en el mundo del trabajo y a las perspectivas únicamente terrestres de su mística una *oración* generosa, que mantendrá nuestra vida bajo *la influencia bienhechora de la presencia de Jesús*.

* * *

La segunda objeción apuntaba precisamente a la imposibilidad que habría de poder transformar *la vida de un trabajador consagrándola a Dios* por medio de la vida religiosa^[35]. Hermanitos, no nos será inútil volver a pensar una vez más con vosotros esta cuestión; es demasiado esencial para nuestra vida.

Los obstáculos que se opondrían al intento de transformar la vida de un pobre trabajador en una vida consagrada a Dios por entero serían principalmente el *cansancio* que lleva consigo dicha vida, lo cual no predispone al espíritu para la oración; el *poco tiempo* que el horario laboral permite para la oración. Objeciones de este género son las que nos presentan ordinariamente los religiosos de las Órdenes contemplativas, y lo comprendo, puesto que el movimiento de su vida religiosa toma esencialmente el camino de la soledad, del aislamiento y del silencio. Es por este camino por el que su alma se dispone a la oración contemplativa y para recibir la acción de los dones del Espíritu Santo, ordenados a este *modo de oración*. Esta oración consiste sobre todo en la contemplación apacible de la belleza y de la verdad divina en la claridad del amor. Este modo de oración no constituye toda la oración y no la agota; en todo caso, no parece ser, habitualmente, la que Jesús quiere para sus Hermanitos. Estos son llamados, por su mismo estado de vida, a una oración redentora, una verdadera y auténtica oración, pero que no adoptará en su alma la misma forma que la oración del religioso en clausura. No se desarrollará en las mismas circunstancias de vida y las condiciones de su ejercicio parecen ser realmente opuestas; la oración de los Hermanitos surgirá con mucha frecuencia, en medio del cansancio, del sufrimiento, de las dificultades de una vida de pobreza, a veces atropellada. Y es esto lo que es preciso señalar bien, para haceros comprender de aquellos que se sienten llamados a un modo de oración centrado principalmente en la contemplación apacible y adoratriz de Dios. Una oración semejante, si es generosa, es el medio único y directo por el cual se exteriorizará la caridad del monje o del solitario. Por tanto, es legítimo que todo, en su vida, esté orientado hacia este modo de oración. El reposo y la calma exigidos por una oración como esta arrastran, evidentemente, unos riesgos que no es este el momento de recordar.

Por su parte, los Hermanitos de Jesús están llamados a vivir un esfuerzo de oración y de fe que brotará, algunas veces, del sufrimiento de su propia vida, y más a menudo, tal vez, de la plena comunión con la miseria física y moral de quienes los rodean.

Esta integración en la humanidad dolorida está ligada al brote de su oración, y para ellos no debe existir el problema de una dosificación en esta materia. El cartujo, lo mismo que el trapense, tienen el deber de aislar toda su oración, que es pura contemplación. El Hermanito no debe buscar, habitualmente, una oración aislada de la parte de angustia humana que lleva en él. La oración que deberá brotar de su alma es la oración de la humanidad afanosa, unida a la pesada tarea diaria. Hermanitos, no os extrañéis, por tanto, al descubrir que vuestra oración adoptará con mucha frecuencia la forma de un impulso doloroso, de una espera oscura o de una sed insatisfecha, orientada hacia Jesús Salvador; con una consciencia intensa a ciertas horas, que llega a ser dolorosa, de nuestra debilidad o de nuestra incapacidad total. No creo que pertenezca a vuestra vocación el recibir un modo de oración en el que podríais deteneros y descansar. Habéis unido

vuestro destino, por amor, al de unos hombres que caminan penosamente hacia la luz; con el ejercicio de la oración de fe, obtendréis para ellos ese mínimo de fe que les es indispensable para orientar su vida hacia Dios; con el esfuerzo de esperanza que, a ciertas horas, elevará fuertemente vuestro corazón hacia Jesús, aliviaréis a los desesperados; y por medio de un amor que será, sobre todo, una sed jamás satisfecha de encontrar a Jesús o de poseerle mejor, por medio de esta forma de amor, que es un deseo más bien que un descanso en la posesión, obtendréis para los hombres encorvados hacia la tierra el deseo, aunque sea confuso, de Aquel que es todo amor. En este sentido, el Espíritu Santo trabajará en vuestro corazón y es oportuno que sepáis en qué dirección os llevará, para que no estorbéis su acción en vosotros, y a fin de que permanezcáis con toda calma en este modo de oración. Como siempre, Jesús será vuestro modelo. Estamos especialmente llamados a revivir la oración que subía de su corazón, cuando estaba presionado por la muchedumbre de enfermos y pobres, fatigado por el cansancio de las marchas entre la polvareda de los caminos, cuando todos le zarandeaban solicitando algo de él, hasta el punto de que ni tenía tiempo para comer; a esta oración es a la que Jesús quiere asociarnos, la que hizo salir de su boca este gemido: «Me da lástima de esta gente, pues ya llevan tres días conmigo y no tienen qué comer» (Mt 15,32). «Se compadeció de ellos porque eran como ovejas sin pastor» (Mc 6,34). «Ahora estoy profundamente angustiado. ¿Y qué voy a decir? ¿Pediré al Padre que me libre de esta hora?» (Jn 12,27).

Asimismo la agotadora y sangrante oración de la agonía en Getsemaní; esa oración de ofrecimiento de Sí mismo, unido a la visión aguda de la miseria de los hombres, esta miseria con la que os codeáis y que nada debiera haceros olvidar. Es la oración que ha quedado como la llamita vacilante de una lamparilla escondida por completo bajo el pesado manto del cansancio de su cuerpo herido, cuando se arrastraba sobre las piedras del camino, aplastado bajo la cruz, y durante las últimas luchas de su agonía. El acto más grande de la vida de Jesús, la prueba más grande de su amor, el acto que salvó al mundo no se cumplió en el reposo ni durante el desarrollo de una oración apacible –como habría podido ser–, sino en el esfuerzo doloroso de una oración que no encontraba ya un camino fácil a través de las fatigas de un cuerpo roto por los sufrimientos.

*¿Por qué una vida religiosa no podría estar consagrada más especialmente a dejar que Jesús vuelva a vivir en nosotros una oración semejante? Ya os dije qué clase de esperanza es la que los trabajadores, los pobres, los que están abrumados por preocupaciones deberían encontrar en la generosidad de vuestra vida y en la de las Fraternidades. Por eso el misterio de la Cruz es tan importante para vosotros. Es lo que siento con tanta intensidad, Hermanitos, cada vez que mi ruta me lleva a Jerusalén, a Getsemaní, a Belén, hacia los lugares en que él vivió y sufrió. Es allí donde más especialmente debéis ser los *compañeros*, los Hermanitos de Jesús.*

Vuestra oración no está aislada de vuestra vida de caridad, de disponibilidad, de participación en las preocupaciones y en el trabajo de los pobres. Todos lo habéis sentido así. Todos habéis comprendido mejor que nunca que podréis separar este recuerdo del recuerdo de Jesús, y fácilmente viene a vuestro corazón un gran deseo de oración, a la vez que una dolorosa sensación de impotencia. Será preciso hacer que crezca este deseo

de oración, pero sobre todo es necesario que termine en un *acto de unción*. Aquí está, quizá, uno de los primeros riesgos de nuestra vocación; contentarnos demasiado fácilmente con este deseo, que sin duda es ya una oración, sobre todo si se ahonda y se hace constante, pero que debe, por lo menos, transformarse en una espera de Jesús en la fe, en la inactividad humana que es el gesto de la oración arrojándonos solos y sin palabras delante de Dios.

La pobreza y el sufrimiento, los nuestros y los de los demás, son, con la realidad de la Presencia Eucarística, los medios que nos sirven para hacer subir desde el fondo de nuestra alma una oración de fe. La constante búsqueda de Jesús en nuestra vida se apoya, ante todo, en las Bienaventuranzas, y estas deben ser, para nosotros, realidades familiares y concretas.

Pero si pretendiéramos instalar en nuestra vida una oración de cartujo o de solitario, estaríamos divididos en lo más hondo de nosotros mismos, y nuestra vida sería un compromiso imposible de cumplir. Por amor a nuestros hermanos hemos sacrificado las condiciones apacibles de una contemplación solitaria; Jesús no exigió jamás este modo de oración a las almas deseosas de seguirle; pero, en cambio, lo que sí pidió con insistencia es la perseverancia, hasta llegar a la oración continua. La acción del Espíritu Santo es lo suficientemente multiforme para que nazca y se instale en nosotros una oración fervorosa y continuada, aquella a la que Jesús llama a todos los hombres cuando pide que oren «sin cesar»; la que nosotros, al hacernos Hermanitos, hemos prometido conducir hasta el fin de las posibilidades de nuestra generosidad. Nuestra oración es de la naturaleza de la que Jesús pide *a todos los hombres*, a todos los pobres pecadores, y a la cual debemos aspirar con toda nuestra fe; Jesús no puede burlarse de las pobres gentes, y si exige algo de nosotros es porque, con su ayuda, es *posible*. Llevar hasta la perfección del amor la oración del publicano, la de la pecadora, la de todos los enfermos y todos los ciegos que asediaban a Jesús noche y día; tenemos que abrir nuestro corazón a esta gracia. Entonces nuestra oración estará como metida en nuestra vida y no al lado de ella, y en ella encontrará su alimento, porque nosotros habremos aprendido a mirar todas las cosas *en la fe*, con los ojos mismos del Señor.

Este es el momento de recordar unas palabras muy expresivas del filósofo Gandhi: *«Cuando mete uno la mano en una palangana; cuando uno atiza el fuego con el fuelle de bambú; cuando uno alinea interminables columnas de cifras en su despacho de contable; cuando le abrasa a uno el fuego de los rayos del sol, hundido en el cieno del arrozal; cuando uno permanece en pie delante del horno del fundidor; si entonces justamente no realiza uno la misma vida religiosa como si uno estuviera en oración en un monasterio, el mundo no se salvará nunca».*

* * *

En este punto debemos seguir el ejemplo del Salvador, no tan sólo para salvaguardar en nosotros la posibilidad de una oración viva y continua, sino también porque tenemos que permanecer siempre fieles a nuestro deber de adoradores del Padre, deber que nos aprisiona a cada momento, ya que si la participación en el sufrimiento del mundo y en su

labor es para nosotros el punto de partida de una vida ofrecida en la oración, no podemos olvidar que, en nombre de todos, nuestra oración tiene que ser también una *adoración*. El contacto demasiado continuo con los hombres nos hace correr el peligro de olvidar este aspecto de adoración: la exposición del Santísimo Sacramento que nos lleva de nuevo a Jesús, ofrecido a su Padre por todos los hombres, las vigilias nocturnas, las jornadas mensuales de retiro silencioso, las Fraternidades de adoración nos recuerdan constantemente este otro aspecto de nuestra vocación y de nuestra oración. En el silencio de las horas transcurridas a los pies de Jesús para mirarle, recobramos la costumbre que no debíamos haber perdido nunca, de no vivir sino para él. No nos dejaremos arrastrar, bajo el peso de los sufrimientos de la humanidad, a la tentación experimentada por los apóstoles, cuando fueron testigos del acto de inútil despilfarro ejecutado por Magdalena al derramar un perfume precioso sobre el cuerpo de Jesús. Esta integración en nuestras vidas de momentos de soledad tiene por objeto preservarnos de una mentalidad semejante; de otra manera correríamos el peligro de olvidar que Jesús merece, por Sí mismo, ser adorado, amado; que merece que se pierda el tiempo por él, aun cuando haya en el mundo seres que lloran y sufren. En *este aspecto «pérdida de tiempo» por amor*, bajo el que se nos presenta a veces el acto de oración pura, existe un medio de medir el valor de nuestra fe en la trascendencia divina, y de purificar nuestras relaciones con los hombres. Rara vez se comprenderá este aspecto de nuestra vida «que no sirve para nada y no es útil a nadie», y será una tentación más procurar no «perder este tiempo», tiempo que se emplearía mucho mejor en cuidar a un enfermo, en aliviar a una familia angustiada, o en participar más eficazmente en el combate entablado a fin de restablecer una justicia más cabal entre los hombres. En un ambiente materialista y marxista, en el que la eficiencia llega a constituir un criterio de valor absoluto, la tentación puede llegar a ser continua, y, a pesar nuestro, debilita nuestra fe en el misterio de Dios. Jesús es un *misterio*, no puede no serlo. En la medida en que nuestra vida le pertenece, será también misteriosa. No eludamos este misterio: sería una falta de fe, sería debilidad, respeto humano o ilusión acerca de la naturaleza de nuestras relaciones con Dios.

Las horas de oración nocturna o los retiros en la soledad, ¿no conducirán a una oración semejante a la de los religiosos en clausura? Sin duda, Jesús puede derramar en nuestro corazón torrentes de contemplación, y él es libre de hacer lo que quiera. Me parece, sin embargo, que aun entonces nuestra oración no podrá dirigirse hacia la contemplación del misterio de Dios de la misma manera que en un solitario: nuestro cuerpo estará quizá, durante un cierto tiempo, abrumado por el cansancio, y nuestro espíritu poco acostumbrado a abandonarse a un modo semejante de oración. Dejémosnos moldear, con toda generosidad, por el espíritu de Jesús; la silenciosa adoración de Jesús a su Padre debe entrar en nuestra alma a través de la Santa Eucaristía. Tampoco en esto podremos abandonar la carga de las almas y sus miserias, que sentimos gravitar una vez más sobre nosotros. Nuestra oración estará más próxima de lo que ocurría cuando Jesús, agobiado por el cansancio, subía a la montaña para orar en secreto. ¿Cómo es posible que no hubiera llevado él en su alma de Redentor todo ese lote de sufrimientos morales y físicos que habían estado desfilando ante él durante el día?

Por ese camino volveremos a encontrar una adoración tal vez más pura. La adoración es la admiración del misterio supremo y oculto de la Divinidad. Sabemos, por Jesús, que es un misterio de amor y de misericordia, ya que se exteriorizó por entero en los gestos divinos de la Encarnación y la Redención. La adoración que brota de un corazón completamente disponible para el prójimo es la verdadera y pura adoración. Uno de los riesgos que corre el solitario en clausura es precisamente el de olvidar la verdadera naturaleza del misterio a que se dirige su adoración. No sé si me comprenderéis bien. ¡Es tan difícil! Hermanitos, todo consiste realmente en verter toda oración en el corazón de Jesús, y cuando ya no podáis más, contentaros con abrir vuestro vacío al Señor para que él lo llene con su propia oración. ¡Pero es tan difícil aceptar el vacío de uno mismo! Quisiéramos siempre tener *algo* nuestro para darlo. En la misma oración la perfección consiste en saber recibirlo todo en el desasimiento de uno mismo.

Hermanitos, tal es el sentido que revisten para vosotros estas Fraternidades de adoración, que tanto deseo establecer a fin de que lleguen a ser como el meollo de otras Fraternidades, agrupadas en torno a cada una de ellas. Y cuando no puede uno realizar inmediatamente lo definitivo, es preciso comenzar por lo temporal. La gruta de San Elías, cerca de Damasco, a la que irá de cuando en cuando un Hermanito obrero para, en nombre de todos, unir su oración a la de Jesús, salvando a los hombres en su corazón a fuerza de amor, esta gruta será, así lo espero, el prototipo de la Fraternidad de adoración para el Oriente, e impedirá que los Hermanitos olviden ese aspecto esencial de su vocación. Además, será para nosotros una invitación a reanudar los lazos que nos unen con el gran profeta Elías.

* * *

Para terminar, entrego a vuestra meditación algunas páginas del padre De Foucauld, entre las más sugestivas, acerca de la fe, de la esperanza y del valor; fueron la base de su vida con Jesús: *«El justo vive verdaderamente de esta fe, ya que reemplaza para él la mayoría de los significados de la naturaleza: transforma de tal modo todas las cosas que apenas pueden servir al alma los antiguos significados, ya que sólo percibe a través de ellos engañosas apariencias; la fe le muestra las realidades. Con el ojo mira a un pobre, con la fe ve a Dios, con el oído escucha injurias y persecuciones; la fe le dice: “Regocijaos y alegraos”. El tacto nos hace sentir las pedradas recibidas; la fe nos dice: “¡Estad muy contentos porque habéis sido juzgados dignos de sufrir algo por el nombre de Jesús!”. El gusto nos hace sentir un pedazo de pan sin levadura; la fe nos muestra al Salvador Jesús, hombre y Dios, cuerpo y alma. El olfato nos hace sentir el olor del incienso; la fe nos dice que el verdadero incienso “es el ayuno de los Santos”... Las bellezas creadas nos seducen por los sentidos; la fe piensa en la Belleza increada y se apiada de todas las criaturas que son nada y polvo al lado de aquella Belleza... Los sentidos se horrorizan ante el dolor; la fe lo bendice, como el velo matrimonial que le une con su Bienamado... Los sentidos se rebelan ante la injuria; la fe la bendice: “Benedicid a los que os maldicen”; la encuentra merecida, ya que piensa en sus pecados; la encuentra dulce, ya que es una participación en el destino de Jesús.*

Los sentidos son curiosos; la fe no quiere conocer nada, ansía ocultarse y quisiera pasar toda su vida inmóvil a los pies del Tabernáculo... Los sentidos aman las riquezas y los honores; la fe los aborrece: “Toda elevación es abominable delante de Dios”... “Bienaventurados los pobres”, y adora la pobreza y la abyección con que Jesús se cubrió toda su vida, como con una vestidura inseparable de él... Los sentidos tienen horror al sufrimiento; la fe lo bendice como un don de la mano de Jesús, como una parte de su cruz que se digna invitarnos a llevar... Los sentidos se aterrorizan ante lo que llaman peligros, ante aquello que puede traer consigo el dolor o la muerte; la fe no teme nada, sabe que no le sucederá sino lo que Dios quiera que le suceda: “Todos los cabellos de vuestra cabeza están contados” y que lo que Dios querrá será siempre para su bien: “Todo lo que sucede, sucede para bien de los elegidos”... Así, ocurra lo que ocurra, pesar o alegría, salud o enfermedad, vida o muerte, todo lo acepta gustosamente de antemano y no tiene miedo de nada... Los sentidos se inquietan por la mañana, se preguntan cómo podrá uno vivir al día siguiente; la fe no tiene ninguna inquietud. “No os inquietéis, dice Jesús; mirad las flores de los campos, mirad los pájaros; Yo los alimento y los visto...; vosotros valéis mucho más que ellos... Buscad a Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura...”^[36]. “Dios mío, háblame de la esperanza... ¿Cómo podrían brotar de esta pobre tierra pensamientos de esperanza? ¿No es cierto que tienen que venir del cielo? ¡Esa esperanza, que nos transporta de tal modo por encima de nosotros mismos, que está de tal modo por encima de todos nuestros sueños, no sólo nos permites poseerla, sino que haces de ella una obligación para nosotros!... Por malo que sea, por gran pecador que sea, DEBO esperar que iré al cielo, me PROHÍBES que me desespere... ¡Por ingrato, por tibio, por cobarde que sea, por mucho que abuse de tus gracias, Dios mío, Tú haces que sea un DEBER para mí esperar vivir eternamente a tus pies, en el amor y en la santidad!...”. Me prohíbes que jamás me descorazone a la vista de mis miserias, diciéndome a mí mismo: “No puedo avanzar ya, el camino del cielo es arduo, es preciso que retroceda y que rueda hasta abajo”. Me prohíbes que me diga, a la vista de mis faltas, siempre renovadas, de las que todos los días te pido perdón y en las que vuelvo a caer sin cesar: “No podré corregirme nunca; la santidad no se hizo para mí. ¿Qué hay de común entre el cielo y yo?... Soy demasiado indigno para entrar en él...”. Me prohíbes que me diga, a la vista de las gracias infinitas con que me colmas y de la indignidad de mi vida presente: “He abusado de demasiadas rentas, debería ser un santo y soy un pecador; no puedo corregirme, es muy difícil; no soy más que miseria y orgullo; después de todo lo que Dios ha hecho, no hay nada bueno en mí; nunca iré al cielo”. Quieres que espere a pesar de todo, que siempre espere alcanzar bastantes gracias para convertirme y llegar a la gloria... El cielo y yo, esa perfección y mi miseria, ¿qué hay de común entre ellos? Hay vuestro corazón, mi Señor Jesús, vuestro corazón, que es como el enlace entre estas dos cosas tan desemejantes..., el amor del Padre, que tanto amó al mundo que le dio a su Hijo único... DEBO ESPERAR siempre porque Tú me lo ordenas y porque debo creer siempre en tu amor, que tanto me has prometido, y en tu poder... Sí, considerando todo lo que has hecho por mí, debo tener

una confianza tal en tu amor, que por ingrato e indigno que me sienta, espere siempre en él, cuente siempre con él, esté siempre convencido de que Tú estás dispuesto a recibirme como recibió el padre al hijo pródigo, y todavía más, que no cesas de llamarme, de invitarme y de darme los medios para venir a tus pies...^[37]. “Mi Señor Jesús, es preciso que me hables del valor y sobre todo que me lo des, ya que, Tú lo sabes, es quizá lo que más me falta, aunque me faltan tantas cosas...”. “Necesitas tener valor contra los hombres, contra sus amenazas y sus seducciones, contra las persecuciones, contra las amabilidades, y esto con los buenos y con los santos; para poder soportar los malos tratos y no dejarte ablandar por los buenos, para que seas en todo, con todos, lo que yo quiero que seas; para recibir las burlas, las contradicciones, los golpes, las heridas y la muerte, como mi soldado fiel; para resistir al afecto, a la ternura, al amor, a las buenas palabras, a las sonrisas, a las alabanzas, a los regalos más delicados; para que no temas a tu dolor ni al dolor de los demás, sino tan sólo al mío... Necesitas tener valor contra el demonio; contra los terrores, los trastornos, las tentaciones, las seducciones, las tinieblas, las falsas luces, los temores, las tristezas, las disipaciones, las quimeras, las falsas prudencias, los miedos sobre todo (ya que son su arma habitual, especialmente contra Ti, que eres tímido, inconstante), por medio de los cuales intentará arrancarte de mí...”».

La oración de las pobres gentes

Jerusalén, en el Jardín de los Olivos;
viernes, 27 de julio de 1951

*«El que pierda su vida por mí
y por el Evangelio la salvará».*

(Mc 8,35)

Regreso de una visita al Santo Sepulcro, y esperando saber si obtendré mañana por la mañana el permiso para pasar a Israel, he bajado esta tarde al santuario de Getsemaní para orar en su oscuridad silenciosa y desierta. No puedo encontrarme en el Santo Sepulcro o aquí, en el jardín de los Olivos, sin sentirme, cada vez, como obsesionado por el pensamiento de la misión de oración de las Fraternidades, y por la importancia que reviste para cada Hermanito, para cada Hermanita.

Ya os dije en la carta fechada en Mar-Elías que nuestra operación debe ser la oración de los pobres, la oración de los que penan y sufren; pero esta tarde experimento la necesidad de volver a tratar con vosotros este asunto.

Vengo de ver a vuestros Hermanitos del Líbano, y de dejar a dos de ellos en la pobre aldea de Hamud, en las cercanías de El-Kerak, capital del sur de Jordania. Ya empiezan a ofrecerse a los rudos campesinos seminómadas de la región de Moab, en el desasimiento más completo. Mientras tanto, por su lado, las Hermanitas se instalan en Beirut, en dos cuartuchos miserables, que tienen por techo una cubierta ondulada de cinc, en el centro de un patio habitado por unas pobres familias árabes, tan mal alojadas como ellas. La vida no es fácil todos los días para la Fraternidad nómada del Sáhara, con los cuidados que requiere el ganado, y bajo la tienda de lana negra cuando el sol abrasa. Y pienso con frecuencia en nuestros Hermanitos marineros, durante las largas jornadas de pesca y durante las noches de mar gruesa; y pienso en aquellos de vosotros a los que el Señor ha llevado entre los negros de la selva, o a los barrios «callampa»^[38] de los suburbios de Santiago de Chile.

Cada vez con más frecuencia, Jesús conducirá a sus Hermanitos hasta el corazón de las masas más abandonadas y más despreciadas. Ya vais sintiendo todo su peso sobre vosotros, y cada día soportaréis con más acuidad sus vicisitudes, sus servidumbres; en tanto que los hombres desamparados, los que no encuentran ninguna salida para sus vidas, acudirán a vosotros para acogerse en vuestras Fraternidades.

Vuestras cartas vienen a decirme aquí, en la ciudad en la que el Salvador murió por haber amado hasta el fin, todas las dificultades renovadas constantemente y a veces inextricablemente, a las que os conduce una caridad sincera hacia los hombres. Ya lo sé. Yo os dije que tendréis que saber llegar en ciertos casos hasta el heroísmo en la caridad, pero que también tendríais que saber preservar unas condiciones que son esenciales a la vida profunda de vuestros hermanos. Entre estas condiciones hay unas que son

indispensables para conseguir un mínimo de intimidad, necesaria para la realización de una unión de corazón y de espíritu entre vosotros con vistas a una ayuda que os permita servir mejor a Cristo, vuestro dulce Maestro. También hay otras requeridas para que permanezcáis fieles a vuestra misión de «consecuentes en la oración». Esta tarde me siento impulsado a hablaros de esta vida de oración, tan importante me parece en el momento en que estamos.

Hace un instante, cuando iba por el camino que conduce hasta la cumbre del monte de los Olivos, pensaba en los apóstoles, cuando pidieron a su Maestro que les enseñase a orar. Me parece que esta tarde comparto con vosotros todas vuestras dificultades en el camino de la oración y me parece escuchar la confesión de vuestras impotencias, de vuestros temores, en el presente o por el futuro, a causa de las difíciles condiciones de vida en las que tan a menudo tendrá que integrarse vuestra oración. También quisiera contestar a vuestras preguntas acerca del modo de orar.

* * *

La tarde cae; apenas veo ya dónde estoy, cerca de la roca de la Agonía. Aun en pleno día, los sombríos ventanales violados casi no dejan pasar la luz, lo cual obliga, en este lugar, a una oración sin libro, una oración desnuda, una oración de todo el ser. Un hermano franciscano, muy atento, viene a traerme una vela, y a su claridad continuo escribiéndoos.

¡Tengo tantas cosas que deciros acerca de la oración, y tan difíciles de expresar! Me parece que para que comprendierais unas realidades de esta naturaleza, sería preciso otra cosa que mis palabras. Sería precisa la experiencia personal, la que puede otorgar el espíritu de Jesús, por medio de intuiciones secretas de las que sólo él tiene el secreto. Ni siquiera las palabras pronunciadas por el Señor bastaron para que los apóstoles hicieran el aprendizaje de la oración.

Pienso en lo que sucedió aquí mismo, y en cómo tras dos años de vida en común con el Maestro de la oración, los mejores de entre los apóstoles no supieron velar una hora con él. Porque el espíritu está pronto, pero la carne es flaca. Además sabéis muy bien que vosotros fuisteis escogidos por él. ¿No es esto lo primero que tengo que volver a deciros? ¿Cómo podría pensar que mis enseñanzas tuvieran más eficacia para vosotros que las palabras de Jesús?

Sin embargo, debo indicaros cómo hacer para encontrar el camino por el que, en lo sucesivo, sólo podréis avanzar con la ayuda de Dios. Vuestras pesadeces, vuestras impotencias en el instante de orar os llevan a veces a preguntaros si no habría algún método misterioso que os descubriera, al fin, el verdadero camino a seguir. No creo que exista tal método, y en caso de existir, no consistiría en otra cosa que lo que ya nos dijo el Señor en el Evangelio. Jesús seguirá siendo siempre el Maestro supremo de la oración, no tan sólo porque habló de ella con pleno conocimiento de causa, sino por el ejemplo de su vida, porque oró mejor que cualquier otro hombre. Jesús vivió la oración perfecta en una vida particularmente atropellada, a veces agotadora. Pero, por encima de todo, sigue siendo el Maestro de vuestra oración, ya que él solo, gratuitamente y por amor, puede

introducir en la inteligencia, en la memoria y en el corazón, el verdadero espíritu de la oración. Nadie sabrá orar mientras que Jesús mismo no se lo haya enseñado en su interior. Siempre que Jesús quiso llevar consigo a algunos de sus apóstoles para que oraran con él, a pesar de que habían sido escogidos, nos dice el Evangelio que se quedaban dormidos. En el Tabor, mientras Jesús habla de su próxima muerte con Moisés y Elías, «Pedro y sus compañeros estaban cargados de sueño» (Lc 9,32). En Getsemaní: «Volvió, los encontró dormidos, y dijo a Pedro: “¡Simón!, ¿duermes? ¿No has podido velar una hora? (...). Volvió otra vez y los encontró dormidos, vencidos por el sueño; y no sabían qué responder» (Mc 14,37.40). Jesús ni se descorazonó ni se impacientó. ¿Por qué habríamos de descorazonarnos nosotros? Los apóstoles eran hombres rudos, ocupados en las pescas nocturnas y acostumbrados a recuperar el sueño atrasado en cualquier momento del día. ¿Quién de nosotros no ha conocido esta especie de revancha del cuerpo sobre el espíritu, en los momentos de desaliento que invaden al trabajador? Se duerme uno en cualquier sitio. Creo, con toda probabilidad, que a veces le sucedería esto mismo al Señor: recobrar durante el día unas noches acertadas por el aflujo de visitantes o por la oración en las madrugadas; durante la travesía del lago con mal tiempo: «Jesús estaba durmiendo sobre un cabezal en la popa» (Mc 4,38).

Os recuerdo estos hechos porque esta atmósfera evangélica nos facilita y nos coloca en la realidad a fin de poder abordar el problema de la oración en nuestras vidas. Nos inquietamos acerca de cosas bien insignificantes. Ya que, a pesar de todo, Jesús encontró el medio de trabajar el corazón de sus apóstoles hasta que les enseñó a orar.

No podríamos, sin embargo, deducir de esto que vosotros no tenéis otra cosa que hacer más que esperar la visita del Espíritu Santo. Es menester ir a su encuentro y «avanzar por el camino estrecho». Para orar verdaderamente hay que *esforzarse* ya en la oración y al mismo tiempo *esperar* al Señor. No hay ninguna contradicción en todo esto. Excepto cuando viene el Señor para hacerlo Él todo, es preciso saber tener en cuenta estas dos realidades: la humilde esperanza renovada sin cesar, de su visita, y nuestra espera en el esfuerzo. Esto es lo que quisiera explicaros un poco.

* * *

Vuestra constante inquietud está en saber cómo poder encontrar en vuestra vida las condiciones necesarias para una oración auténtica y cómo disponeros para poder entregaros a ella generosamente. Tal vez en ciertos momentos se os haya ocurrido dudar que esto sea posible. Confieso que ante la gravedad de este problema me sentí a veces como a la entrada de un camino desconocido, de un sendero terriblemente estrecho y peligroso. ¿Tenía derecho a empujaros hacia él? Pero, ¿qué hacer si no? La reflexión, la interrogación de la experiencia –la nuestra, y sobre todo la de los santos–, la palabra del Señor en el Evangelio, el sentido de la tradición de la Iglesia respecto a la oración, todo esto me tranquilizó. Hoy os escribo completamente seguro de lo que os digo. Los caminos más abruptos son a menudo los mejores, los más rápidos, ya que en el curso de su subida son poco propicios al ocio. Este me parece ser el camino por el que Jesús querría conducir a sus Hermanitos, a fin de que avancen por él con atrevimiento.

Ya os dije en la carta de Mar-Elías que una de las principales objeciones que suelen hacerse a nuestro modo de vida era que el cansancio, el ruido con que se acompaña la mayor parte del tiempo, así como la pesadez del espíritu provocada por un esfuerzo físico penoso y prolongado, parecían quitar toda posibilidad de auténtica vida de oración. Me prometí a mí mismo volveros a hablar de ello. Ya comprendéis hasta qué punto es grave esta cuestión, no sólo para vosotros, sino para millones de pobres gentes, de humildes trabajadores sujetos a un trabajo a menudo agotador para poder vivir. Presentía que para esta objeción tendría que haber una respuesta. Dios nos acuciaba hacia una participación cada vez más completa en el destino de los pobres, y al mismo tiempo profundizaba en nuestras almas el sentido de nuestra vocación a la oración; y además, leyendo el Evangelio, no parecía que Jesús hubiera querido hacer nunca de la oración algo raro, algo reservado a unos cuantos hombres que gozan de la calma y del reposo necesario a toda meditación fructuosa: «Venid a mí todos los que estáis cansados y oprimidos, y yo os aliviaré» (Mt 11,28).

Sí, es preciso aceptarlo; cuando llega la hora de la oración la mayor parte del tiempo nos sentiremos incapaces de meditar y de pensar. Y toda la cuestión está en saber si no se ofrecerá a nosotros otro camino para llegar a unirse con Dios en la oración.

Durante un cierto tiempo, más o menos largo, según los casos, lo normal y aun lo bueno será que nuestro diálogo con Dios comience por un intercambio en el que tendrán parte el pensamiento, la imaginación y las emociones sensibles. Pero este diálogo tiene que progresar consecuentemente hacia una zona de nosotros mismos situada mucho más allá de la sensibilidad, de las imágenes, de la reflexión.

No temáis simplificar y actualizar en cada etapa vuestro encuentro con Dios. Al principio de vuestra vida de oración –principio que puede prolongarse– abrid, por ejemplo, el Evangelio o la Biblia, no tanto para «meditar» las divinas palabras como para permanecer ahí, bajo su luz, leyendo y releendo lentamente los versículos, sin análisis, sin discutir con vosotros mismos. Podréis escoger el decir con la misma lentitud el Padrenuestro o el Avemaría, o cualquier otra oración, dejando que sus palabras penetren en vosotros una a una. No puedo dejar de pensar aquí en la repetición rítmica de la «oración de Jesús», tan antigua y tan querida de nuestros hermanos de Oriente. Todo esto es sencillo y compatible con el gran cansancio de las jornadas de trabajo. Y son unos «comienzos» a los cuales convendrá volver de cuando en cuando mucho más tarde, ya empeñados a lo largo de la ruta.

Pero, sobre todo, no apegaros jamás a unos métodos, sean los que sean. Vamos hacia Dios con todo nuestro ser y vamos como podemos. Vamos, lo primero, por medio de todas nuestras actividades humanas, sobrenaturalizadas por la presencia de la gracia en nosotros. Pero ya, y cada vez más, son la fe, la esperanza y la caridad viviendo en nosotros las que nos unen con Dios mismo. Llegados a este punto, necesitaréis tener mucho valor. Y tenéis que saber que tales actos no dependen de las impresiones sensibles ni de los «consuelos» que encontremos dentro de nosotros. Nos basta saber que *somos* hijos de Dios y que *queremos* entregarnos a Él. La mejor parte de nuestro ser no es aquella de la que tenemos una conciencia clara. Esto lo olvidamos generalmente. Es

cierto que podemos tener conciencia de nosotros mismos por medio de nuestros pensamientos, de nuestros actos voluntarios, de nuestros sentimientos. Pero nuestra naturaleza de hijos de Dios escapa a nuestra atención. ¿Cuál de nuestras facultades sería capaz de alcanzar la realidad de la vida divina, o la señal impresa en nuestro ser por el Bautismo? Las «emociones religiosas» se sitúan más en la superficie; tienen causa distinta a las que tiene la percepción de nuestra naturaleza de hijos de Dios.

De este modo podréis llegar a ejercer vitalmente la fe, la esperanza y la caridad. Y esto es ya una oración muy auténtica, aunque despojada de todo. Tal vez entonces vendrá el Señor mismo a cumplir en vosotros sus Misericordias. No creáis que esta acción divina se verá impedida por la vida pobre que tendréis que llevar. Hermanitos, para vosotros, cuya vocación es precisamente esa vida, el trabajo cotidiano, monótono y duro podrá, por el contrario y en la medida de vuestra felicidad, permitir que Dios, si así lo quiere, obre directamente en vosotros con toda libertad, y que os arrastre en el movimiento mismo de su amor.

No es necesario que lo *sintáis*. Pensad bien que vuestra oración no es nunca tan real ni tan profunda como cuando se desarrolla fuera del campo de la conciencia sensible. El que ora verdaderamente se pierde de vista, su única mirada es para Dios, y es una mirada de fe pura, de esperanza y de amor, a la que nada sensible y a menudo nada *sentido* podrá consolar. Tenemos que estar plenamente convencidos de ello, para que podamos ver con confianza el desarrollo de nuestra vida de oración.

Parece como si tuviéramos una falta de confianza al mismo tiempo que se nos escapa todo punto de apoyo; sin embargo, es entonces cuando empezamos a obrar en el plano propiamente divino. Parece como si nos encontráramos en un mal paso, y es justamente que vuestra vida se ordena por fin como Dios lo quiere. Cuando ya no caminamos sino obligados por la fe, cuando «permanecemos» ante el Santísimo Sacramento sin saber bien cómo o por qué, cuando nos entregamos al servicio de los demás sin gusto ni atracción, cuando las palabras del Evangelio o de la Liturgia nos parecen desprovistas de otro atractivo, de todo poder emotivo, es entonces, si fuimos fieles y si Dios lo quiere, es precisamente entonces cuando se cumple en nosotros el misterio de la fe y cuando empezamos a penetrar en aquella zona de nuestra alma en la que surge la vida divina. Únicamente a la luz de esta perspectiva y convencidos de su verdad es como podemos reflexionar sobre el problema de la oración.

Meditar no es, pues, orar. La meditación puede ser, todo lo más, como una preparación a la oración, y para algunos su puerta de entrada. No debemos querer tomar otro camino que el que Dios nos ofrece. Debemos orar como podamos y no tenemos que inquietarnos intentando rezar como no podemos. No quiero decir que la meditación no juegue su papel en este proceso, dentro de poco trataré de ello. Lo único que quiero decir es que la meditación no es la oración, que ni siquiera es esencial como preparación a la oración *cuando circunstancias independientes de nuestra voluntad nos obligan a seguir otro camino*. Porque existe otro camino.

Todavía más, la meditación puede en ocasiones llegar a ser un obstáculo para la oración, como una pantalla colocada entre Dios y nosotros, como una ruta demasiado

cómoda que invita a la pereza. No abandona uno fácilmente la carretera para tomar un sendero abrupto, y no obstante es indispensable abandonarla.

Ya hemos visto que Dios no puede venir a nuestro encuentro sino en la medida de la realidad de nuestro amor, y esta sólo se encuentra en el camino de la fe pura. Este sendero pasa a través de la oscuridad producida por el desasimiento de la razón y de lo sensible. Ahora bien, este desasimiento es exigido no tan sólo por la naturaleza misma de la purificación, sino también por la manera habitual de obrar del Señor Jesús, que no puede acercarse a nosotros sin abrasarnos con su agonía y con su cruz. Todos aquellos que pasan por la meditación tendrán necesariamente que llegar a esto, y el Espíritu Santo, si son fieles, vendrá a su hora para romper la ordenación demasiado racional de su «vida espiritual» y hacer imposible la meditación, con objeto de que su voluntad se vea obligada a dirigirse directamente hacia Dios solo, más allá de toda idea y de todo sentimiento. Ya que el sentimiento no es la oración, como no lo es la meditación. El sentimiento es inconstante y útil únicamente al que comienza, sirviéndole como de cebo para la voluntad. Porque el verdadero amor reside en la voluntad.

Tenemos que creer firmemente que lo verdadero de la oración, la vía de la unión con Dios, está más allá de los sentimientos, de las palabras y de las ideas. Se suele empequeñecer demasiado la realidad de la oración; no se tiene una idea bastante elevada de ella. No se cree suficientemente que Dios puede venir realmente a nosotros para hacer nuestra oración. O bien, si se cree en ello, tiene uno la tendencia a reservar su éxito para un escaso número de personas aisladas, a las que el claustro procura un ambiente de silencio favorable a la meditación.

¿Por qué tendría que ser así? Aquellos que se ven privados de meditar debido a sus condiciones de vida, ¿se verían privados de orar por el mismo motivo? ¿No está la oración más allá de la reflexión? Los pobres no pueden meditar. No están dispuestos para ello, no poseen la cultura requerida, no conocen el mecanismo de la meditación o bien están demasiado cansados. Participando en la vida de los trabajadores, tendréis también que participar en su modo de oración. Tampoco vosotros estáis dispuestos para meditar cuando regresáis a vuestra morada atontados por el ruido de las máquinas de la fábrica, deshechos por el trabajo en el fondo de las minas, embrutecidos por las largas horas de trabajo al sol en una granja, con la cabeza pesada debido a la intoxicación producida por los gases que lanza al aire la fábrica de plásticos; o llenos de sueño después de las jornadas de pesca en el mar. No podéis meditar.

Pero sí podréis, a fuerza de valor perseverante y por medio de actos de fe y de amor, sencillos y desnudos, sí podréis ponerlos delante de Dios, y esperarle, abriéndole el fondo de vuestro ser tal y como es. Espera de su venida en el deseo, pero ante todo espera en esa sensación de impotencia, de miseria, de cobardía. El resultado será, con frecuencia, una oración dolorosa, tosca, poco espiritual en apariencia. A través de este esfuerzo de fe, en la valiente actitud del cuerpo, se traducirán la sed y la esperanza de Dios, que después de todo está en lo más profundo de nosotros. La voluntad quiere orar; por lo menos desea y pide la oración. Y es esta pobre materia lo que únicamente podréis ofrecer a Dios ciertos días, y es a Él a quien pertenecerá, transformándola en una

verdadera oración y un medio de unión con Él.

Sin duda tendréis que ser pacientes y estar constantemente atentos a una perseverancia valerosa, a través de los aplastamientos y de los embrutecimientos. Este continuo despertar en el ejercicio, ya muy despojado en sí de las virtudes teologales, durará para algunos quizá toda la vida. Dios, que os conduce, lo sabe. Pero nosotros podemos, nosotros debemos pedir humildemente y sin cesar al Señor Jesús que nos otorgue este don, que venga él mismo a orar en nosotros y a decir de una manera inefable la oración que tan sólo él puede decir a su Padre.

Vosotros le llevaréis la sed de su venida y vuestra espera, muy a menudo totalmente apoyada, apenas con una oración al parecer. Pero Dios puede servirse de ello como de un privilegio para transformarlo todo en una purificación auténtica de los sentidos y de la inteligencia, y conduciros hasta la unión divina. Y será imprescindible que os digáis que una unión muy auténtica, en medio de vuestra vida física tan dura, podrá revestirse de unas formas tan sencillas, diré voluntariamente tan «banales», que no tendréis siempre necesidad de reconocerla como tal.

Esta convicción es la que tenéis que grabar en el fondo de vuestro corazón: creer que ese camino es bueno, que es un camino de atajo que lleva a la unión en la fe y que Dios vendrá para hacer vuestra oración a pesar vuestro. No se cree en esto suficientemente, y por eso no llega uno a acostumbrarse a la idea de una oración sin forma.

Y, sin embargo, todos los amigos de Dios han pasado por ahí. Sabemos bien que, a fin de cuentas, lo que únicamente condiciona el encuentro con Aquel que viene al alma de los que le esperaron, con fidelidad y deseo, es la generosidad del amor y de la fe. Aquí todo es don gratuito del Señor, pero de todos modos existe también su promesa: «El que me ama guardará mi doctrina, mi Padre lo amará y mi Padre y yo vendremos a él y viviremos en él» (Jn 14,23).

Al término de la evolución de la oración, todos se encuentran en un mismo modo de unión con Dios, sin forma y sin ideas. Pero los caminos habrán sido diferentes, aunque en sentido del trabajo hecho por el espíritu de Dios haya sido siempre el mismo para todos. Nuestro camino es distinto al de los monjes y al de los hombres que viven aislados del mundo, y para la mayor parte de nosotros ese camino no pasará habitualmente por la meditación. Y si pasa, será por una corta etapa. Muy pronto nos veremos obligados a abordar el sendero oscuro de la ausencia de sentimientos, de consolaciones, de representaciones, con todo lo que esto trae consigo de sequedades involuntarias y vacío interior. Por nuestra humilde perseverancia, llena del deseo del Amor, solicitaremos de Dios que intervenga para transformar todo esto en purificación de la fe.

Tal es nuestro método de oración. Por tanto, no tenemos por qué sobrellevar nuestra vida de cansancio y de trabajo como una condición inferior y desfavorable, sino que tenemos que abrazarla resueltamente, como un medio privilegiado para nosotros de purificación, de introducción, si Dios lo quiere, en el don gratuito de la unión divina. Tengamos el deseo de marchar en línea recta hacia una oración dolorosa de fe. La imposibilidad de meditar, aunque provenga de circunstancias exteriores puramente materiales, podrá entonces llegar a ser, bajo la acción divina, un verdadero paso a la

oración de fe. El Señor no nos prometió otra cosa. Estoy seguro de que Dios aceptará este itinerario reducido para las pobres gentes. Pero creo que para merecer este beneplácito es preciso ser humildes y verdaderamente pequeños.

No tengáis miedo de extraviaros por este camino. No tendréis nada que temer, a condición de *perseverar* con valor; es realmente la única condición esencial. Jesús no nos ha pedido otra cosa. Es digno de notar que, reuniendo todas las enseñanzas de Jesús acerca de la oración, no encuentre uno, aproximadamente, sino una sola recomendación: la *perseverancia*. Y el Señor insiste, vuelve sobre ello incesantemente, con la ayuda de varias parábolas, siempre acerca del mismo tema. Parece como si quedara uno decepcionado. Esperábamos una iniciación más elevada. Todo esto nos parece muy primario. Entonces vamos a buscar a otra parte unas directivas que satisfagan mejor nuestra curiosidad o nuestra necesidad de complicar las cosas. ¡Es demasiado sencillo! Olvidamos que la recomendación de esta perseverancia importuna, en un acto tan desnudo de todo atractivo para el hombre, demuestra, justamente, que Dios se propone hacer el resto: «Pedid y se os dará; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe, y el que busca encuentra y al que llama se le abre» (Mt 7,7-8). No busquemos otros métodos, contentémonos con aquel que nos indica el Señor. El Evangelio seguirá siendo siempre el código por excelencia de la oración de las pobres gentes, ya que todo lo que en él está indicado permanece a su alcance.

* * *

Por tanto, la enseñanza evangélica acerca de la oración puede resumirse en estos dos puntos esenciales: *una promesa de que Dios vendrá a nuestro encuentro*, cuando y como Él quiera, y esta es la parte de Dios, la principal, ya que es para nosotros la esperanza, que no quedará nunca decepcionada, de que nuestra oración terminará en Él; *una invitación urgente a la perseverancia*, suceda lo que suceda y a pesar de todas las apariencias desfavorables, y esta es nuestra parte de trabajo. ¿Qué necesidad tenemos de saber más?

Para aprender a orar es preciso, pues, sencillamente, orar mucho y saber volver a comenzar a orar indefinidamente, sin cansarse, aunque no haya respuesta, aunque no se produzca ningún resultado aparente. Si Jesús insistió tanto acerca de la perseverancia, es porque sabía que nos sería muy difícil, a causa de una necesidad nuestra de cambio y de novedad.

Para ayudarnos a perseverar os será preciso recordar muy a menudo las características habituales de la oración de fe.

Para orar no esperéis nunca a tener ganas de hacerlo. Es una ilusión peligrosa, a la que muchos deben el haberse alejado de Cristo. El deseo de la oración sólo puede nacer de la fe. Desear orar es ya un efecto de la oración. Será suficiente con que sepáis que Dios os espera. Dios siempre desea veros orar, aun cuando no tenéis ganas de hacerlo, tal vez, sobre todo en ese momento. No olvidéis nunca que cuanto menos recéis peor lo haréis y menores deseos tendréis de hacerlo.

Naturalmente, no debéis esperar nada de la oración para vosotros mismos. Es para

Dios por lo que hay que orar, no para obtener una satisfacción, ni para tener la sensación de haber orado bien o de poseer un buen método de oración. No debe uno desear otra oración que la que Dios nos da.

No sé que exista en el *Padrenuestro* ninguna pregunta cuya respuesta pueda traernos una satisfacción personal, ni siquiera un resultado inmediatamente comprobable. Es menester perseverar sin ver, y por tanto saber volver a empezar sin objeto, por nada, tan sólo por Él. Si en verdad todo sucede así, quiere decir que necesitaréis tener mucho *valor* para orar, y todavía más para prolongar la oración y perseverar en ella. El padre De Foucauld pedía siempre valor como algo indispensable, y continuamente se quejaba de no tener bastante.

No temáis llevar a vuestra oración ni sacar de vuestra misma oración un fuerte sentimiento de disgusto por vuestras debilidades, vuestras faltas y vuestra miseria. Leed de nuevo la parábola del fariseo y del publicano; los dos subieron al Templo para orar, y comprended por qué las preferencias del Señor se inclinaron manifiestamente hacia el publicano, tímido y consciente de sus faltas. También es muy probable que cuanto más generosa haya sido vuestra oración, el sentimiento de vuestra incapacidad sea tanto más lancinante y más agobiante para vosotros. ¡Qué importa! Por tanto, tenéis que ser delante de Dios tal y conforme sois, y aceptar la oración como Dios os la pide y no de otro modo. Sobre todo, no intentéis aligerar vuestra oración, haciéndoola sensible ya a vosotros mismos, por ejemplo, cogiendo un libro. Probablemente perderíais el tiempo. Se trata únicamente de estar realmente presente delante de Dios, no por medio del pensamiento, de la imaginación o de los sentimientos, los cuales quizá vagabundeen por otro lado, sino por el deseo de vuestra voluntad, constantemente reajustada. A veces la única manera a vuestro alcance de poder expresar esta voluntad, real sin embargo, será permaneciendo físicamente presentes, de rodillas, a los pies del Tabernáculo. Y esto bastará. Esta aspiración silenciosa de vuestro ser hacia Dios, si es auténtica, representa infinitamente más que la meditación o la lectura. En el tiempo de la oración es preciso saber aceptar sus exigencias.

Por tanto, muchas veces tendréis que ir a la oración como se va a la cruz. Es mucho más profundamente cierto de lo que pensáis, ya que es, justamente, en la oración cuando estáis asociados al trabajo de redención que se opera en la cruz. Id a la oración para perderos en ella y estaréis seguros de realizar por entero la voluntad del Señor: «Porque el que quiera salvar su vida la perderá, pero el que pierda su vida por mí la encontrará» (Mt 16,25).

Hermanitos, os aseguro que no existe otro método más cierto ni más en conformidad con el Evangelio. Si hacéis esto no podréis extraviaros. No temáis aceptar el vacío de pensamiento y de sentimiento, con tal de que no haya sido provocado artificialmente por medio de vuestros esfuerzos y con tal de que no hagáis pasar a ese vacío la espera silenciosa, valiente, dolorosa tal vez, en todo caso oscura, de la visita divina.

Sabed esperar el encuentro con Dios, aunque sea toda vuestra vida, sin dejar de creer en Él y renovando cada día esta espera. Esto es perseverar con fe en las palabras del Señor y tener su lámpara abastecida de aceite.

Toda vida en el Universo visible está sujeta a un ritmo; la vida de las plantas como la vida de los cuerpos y la del espíritu, y los dos tiempos de este ritmo se oponen, como se opone el ejercicio al reposo. Toda orientación en la vida expone esta a un peligro, a la ruptura del ritmo, ruptura motivada por la utilización aburrida de un solo tiempo de ese ritmo a expensas del otro. La vida divina del hombre y su oración no escapan a esta ley ni a sus riesgos. El modo de vida de las Fraternidades, el de las pobres gentes aprisionadas en el engranaje de la preocupación diaria, tiene, pues, sus peligros propios, lo mismo que los tiene la vida del solitario o la del monje. En el caso de los trabajadores, el embotamiento de la inteligencia puede arrastrar consigo una cierta pesadez de la voluntad; el exceso de fatiga puede romper el equilibrio nervioso y el dominio de sí mismo; de igual modo que la agitación y el ruido continuo pueden, a la larga, alterar el silencio interior del corazón. Es, por tanto, indispensable procurarse, a intervalos regulares, un tiempo para la reflexión acerca de la fe, del Evangelio, de uno mismo, con objeto de no engañarse sobre las propias disposiciones íntimas.

Por tanto, no podréis prescindir, sobre todo las Fraternidades de trabajo o de ayuda, de unos momentos de calma física, de reposo, de silencio exterior, que debéis procuraros periódicamente. Este ritmo es vital, al mismo tiempo que profundamente humano. El mismo Jesús comprendió su necesidad y respetó sus exigencias: sus tres años de vida pública no solamente comienzan con un retiro de cuarenta días, sino que están como jalonados por huidas al desierto, de noche o al amanecer, con objeto de orar en paz durante algunas horas; otras veces llevando a su lado a sus apóstoles, para un descanso de varios días.

Este es el momento de recordaros el gran mandamiento del descanso semanal, impuesto por Dios al hombre desde el origen del mundo. El descanso del séptimo día representa un ritmo tan esencial que Dios marcó con él a la Creación desde su primer impulso vital, y aparece ante nosotros como enlazado a la misma Creación, de la que procede como un reflejo, como una imitación. «Dios dio por terminada su obra el séptimo día, y en este día descansó de toda su obra. Dios bendijo el día séptimo y lo santificó, porque en él había descansado de toda la obra de su actividad creadora» (Gén 2,2-3). «Acuérdate del día del sábado para santificarlo. Seis días trabajarás y en ellos harás todas tus faenas; pero el séptimo día es día de descanso en honor del Señor, tu Dios. (...) Porque en seis días hizo el Señor los cielos y la tierra, el mar y cuanto hay en ellos, y el séptimo descansó. Por ello bendijo el Señor el día del sábado y lo santificó» (Éx 20,8-11).

«Durante seis días se puede trabajar, pero el séptimo será día de descanso absoluto, consagrado al Señor. Los israelitas guardarán el sábado, de generación en generación, como alianza perpetua. Será entre mí y los israelitas una señal perpetua, porque en seis días hizo el Señor el cielo y la tierra, y el séptimo cesó y descansó» (Éx 31,15-17).

¿Es que no sentimos que se trata de un precepto particularmente grave y sagrado? Su transgresor estaba castigado con la pena de muerte, como si hubiera atentado a una obra viva de la Humanidad. Este ritmo de reposo es sagrado, concurre a perfeccionar la

semejanza divina en el hombre, en el plano de la acción, hasta el punto de que la falta de observancia de esta Ley llevará consigo una degradación de la imagen de Dios en él.

La Humanidad ha perdido el sentido de esta Ley divina, y si vuelve a encontrar el principio que gobierna al día semanal de descanso, ya no sabe vivirlo como un reposo del hombre creado a imagen de Dios. Los hombres ya no saben cómo detener sus actividades, encadenadas las unas a las otras. ¿Es que siguen siendo dueños de sus actos? La misma cristiandad tampoco escapó al contagio; no retiene ya sino el contenido material del mandamiento de la Iglesia, para observarle con cierto formalismo muy a menudo, en el olvido de la sustancia de un precepto dictado por el Creador siempre en vigor, cuya amplitud desborda las prescripciones de la Iglesia, que vinieron a continuación para precisarlo y pulirlo, pero no para abolirlo.

Estas alternativas regulares de reposo y actividad son, por tanto, una necesidad tal para el cuerpo y para el alma, para el trabajo y para la oración; necesidad transformada por Dios en un imperativo de orden moral. Esto lo olvidamos fácilmente. Aunque asistamos a Misa los domingos y suspendamos los trabajos llamados «serviles», seguiremos en deuda con Dios si continuamos ocupando el resto de nuestra jornada con actividades de otro género, igualmente desbordantes y absorbentes. La ley tiene un espíritu que es preciso comprender bien. ¿Es que sabemos todavía someternos humildemente, cuando podemos hacerlo, a la ley del reposo evangélico, a ese apaciguamiento nervioso tan necesario? Desobedecer a una ley tan esencialmente vital tiene graves consecuencias.

Hermanitos trabajadores, tenéis que hacer un esfuerzo para respetar mejor el espíritu de esta Ley divina; un ritmo periódico de reposo para el cuerpo y para el alma es una obligación que compromete a vuestra conciencia. Cuando no os haya sido realmente posible orientar en este sentido el día mismo del domingo, no debéis consideraros liberados de las exigencias que Dios mantiene sobre vuestras vidas.

En la mayoría de los países del mundo existen textos legales que imponen y reglamentan el descanso semanal: y la gran masa proletaria no ha podido en muchas ocasiones reconquistar la libertad de poder guardar ese ritmo esencial de la vida sino a costa de largas luchas. Tenéis que combatir para conservar esta libertad.

Sois pobres, sin duda, y nada más que esto, sometidos a la condición general de los trabajadores, y no siempre tendréis la posibilidad de observar íntegramente el contenido del precepto; pero tenéis que hacer todo lo que podáis, y no sé si siempre lo hicisteis, todo lo que debéis para cumplirlo. Temo que ese engranaje de actividad se apodere de vosotros, esa esclavitud que coloca al hombre en la casi imposibilidad de detenerse para descansar, para el reposo, llevándole más bien a la substitución de una actividad por otra distinta. Algunos tendrán que hacer un verdadero esfuerzo para poder aceptar las leyes ineluctables de su humilde situación de trabajador manual, teniendo que aprender cómo dejar su cuerpo en reposo.

Pero existe también, y es más importante, aunque dependiente del primero, el ritmo de la vida del alma; he ahí por qué el día de descanso está santificado por Dios. Tocamos aquí a nuestras relaciones directas con Él. Algunos horarios de trabajo no son

compatibles con el desarrollo, no digo de una vida religiosa o sacerdotal, sino sencillamente cristiana, ya que los momentos de descanso, diarios o periódicos, que llevan consigo son insuficientes para permitir un mínimo vital de reposo espiritual, de oración silenciosa, de alimentación de la fe por medio de la reflexión. Y esto, Hermanitos, lo sabéis bien vosotros, los que habéis experimentado ciertos modos de vida; la del marinero, por ejemplo, o la del capataz de granja; cuando unos estatutos de la profesión, inexistentes o insuficientes, no reglamentan la duración de las horas de trabajo en un sentido humano. Ya recordáis con qué insistencia pedí que tomarais todas las disposiciones a vuestro alcance, con el fin de insertar en estas modalidades laborales el mínimo vital de respiración humana y cristiana, aunque vuestros compañeros de trabajo no sientan ya su necesidad, como consecuencia de un acostumbamiento puramente mecánico, y también porque han perdido el recuerdo de las exigencias que tiene la vida del espíritu. Es preciso que las Fraternidades estén presentes en esos ambientes, donde los hombres están más agobiados por el trabajo corporal, donde son más desgraciados, aunque a veces no lo sepan, pero, sobre todo, donde están más lejos de Dios, y donde los cristianos no pueden llevar ya una vida cristiana. Estos, más que ninguno, necesitan vuestra presencia, pero no podemos permanecer con ellos sino después de haber obtenido el respeto de las exigencias esenciales a nuestra vida de oración; son aquellas que todo hombre debería exigir, las que todos tienen el derecho de pretender; las exigencias de un Hermanito no van más allá de las que todo cristiano debería obtener para sí mismo, ya que él también tiene el deber de luchar por un ritmo de vida compatible con la perfección cristiana. Ahora bien, estas condiciones no bastan para realizar nuestra vocación, y son precisamente las que tenemos que mantener firmemente.

* * *

Este ciclo vital de respiración espiritual se concreta, para nosotros, en la media jornada semanal de silencio, de lectura y de oración; y en la jornada mensual de retiro y revisión de vida; sin contar de retiro anual, y el ritmo más amplio de sesiones periódicas de estudio, y estancias en las Fraternidades de adoración, a intervalos más o menos largos.

Ahora comprenderéis mejor la importancia de este ritmo de vida, sobre todo la del ritmo semanal y mensual. Aprended a poner en práctica vuestra energía y vuestras facultades inventivas, a fin de encontrar el modo de observarlos, ya que su realización dependerá, a menudo, de una buena organización del tiempo, así como del descubrimiento de un buen lugar de retiro. En efecto, la experiencia demostró que esta era la mejor solución; es preciso dejar la Fraternidad e ir a otro sitio; a la naturaleza, a una iglesia, a un monasterio, o a una casa amiga silenciosa. Sois como esos pobres que viven tan estrechos y que necesitan, mucho más de lo que se cree, esos oasis de silencio que son los monasterios, con tal de que estos sean fieles a su vocación y acojan fraternalmente a todos aquellos que desean rehacerse en el espacio de recogimiento limitado por su clausura. Es muy oportuno que por este medio seáis capaces de experimentar, por vosotros mismos, hasta qué punto son indispensables los monasterios de clausura para la respiración espiritual de una ciudad cristiana.

Sed muy firmes en la observancia de estos retiros periódicos. Las exigencias del trabajo, las de la caridad, vendrán sin duda a trastornar a veces este orden. Ya sabéis por experiencia que para realizarlo se necesita cierta agilidad de espíritu, pero no vaciléis respecto al principio que lo inspira. A veces os sucederá lo que le sucedió al mismo Señor, que os persigan hasta el lugar mismo de vuestro retiro, y que tengáis que sacrificar, a pesar vuestro, una jornada de recogimiento apenas comenzada. Jesús se dejaba llevar al desierto, y regresaba pacientemente para constituirse prisionero de las muchedumbres; lo que no le impedía aprovechar de nuevo la primera ocasión de adentrarse en el desierto: «Muy de madrugada se levantó, salió y se fue a un lugar solitario, y allí estuvo rezando. Simón y sus compañeros lo buscaron, lo encontraron y le dijeron: “Todos te están buscando”» (Mc 1,35-37).

* * *

Es necesario comprender bien el alcance de esta alternativa, que os lleva a perseguir la unión con Dios en dos direcciones de vida diametralmente opuestas. Por un lado, las jornadas de trabajo cargadas de fatiga, atropelladas por la importunidad de aquellos que tienen necesidad de vosotros, os obligarán a tener una oración oscura, informe, a veces dolorosa, de la que ya conocéis ahora su valor de purificación y de unión con Dios en la fe. Por otro lado las horas de recogimiento más prolongadas, las horas de silencio, os encontrarán, a causa del contraste, como un poco psicológicamente inadaptados, por lo menos al comienzo. Es normal. De esta manera os obligarán a un esfuerzo espiritual en el plano de la lectura meditada y de la profundización de la fe; esfuerzo muy útil, ya que sentiréis menos la tentación de complaceros en vosotros mismos, deteniéndoos a considerar lo que hacéis. De igual modo, también os costará más trasladaros sin transición al silencio exterior, lo cual no significará necesariamente que os falten generosidad o silencio interior. A veces se tratará de una simple desorientación y el esfuerzo para sobreponerla dará su pleno valor de desasimiento al silencio exterior, que observaréis durante esos cortos tiempos de retiro en el «desierto». Esto os permitirá asegurarnos acerca de la realidad del silencio interior, que habréis debido guardar en el fondo de vuestro corazón, durante vuestra vida ordinaria. Estos períodos alternos de vidas diferentes son para vosotros una garantía de verdad en la fe. Entregándoos generosamente a una y otra, sin intentar eludir lo que cada una de ellas os ofrece de desasimiento, de entrega generosa, evitaréis los riesgos inherentes a cada una de estas formas de vida. Vuestra oración, vuestra fe, vuestro amor de Dios y de los hombres estarán al abrigo de las ilusiones. Por lo que concierne a la oración, ya que es de ella sobre todo de lo que os hablo hoy, os veréis constantemente constreñidos a abordarla en tales condiciones que os obligarán a un esfuerzo de fe, ya se trate de la hora de adoración al atardecer de un día de trabajo, o del silencio que guardaréis durante una jornada de retiro.

Insisto en el valor de acercamiento hacia la unión divina que tiene en vuestro ritmo de vida el período de trabajo y el de fatiga. No es un tiempo durante el cual vivimos como de algo adquirido, consumiendo energías espirituales almacenadas durante nuestros

momentos de retiro; como si fuera un depósito que se llenó y se vacía en poco tiempo. Semejante concepto es totalmente falso. Ello equivaldría a rechazar en la vida de oración llevada con coraje en circunstancias difíciles un valor de crecimiento en el amor. Un cuerpo vivo se fortalece tanto con el ejercicio como con el reposo. Estos dos elementos son igualmente necesarios para la salud y el desarrollo. El descanso continuo debilita al cuerpo, así como el exceso de ejercicio arrastra consigo el desequilibrio nervioso. Es imprescindible alternar el reposo con el ejercicio a fin de lograr el desenvolvimiento vital. Lo mismo sucede con nuestra oración viva. En ese estado de expropiación de nosotros mismos, en el que nos zambulle el esfuerzo valeroso para orar al atardecer de una jornada agotadora, estamos tanto, y a veces más, a la disposición de la acción santificadora del espíritu divino que en el transcurso de un reposo apacible en la lectura meditada, hecha en el umbral de una jornada silenciosa; pero uno y otro son los dos elementos que aseguran, al abrigo de las ilusiones, el equilibrio y la profundización generosa de nuestra vida por Dios.

Segunda parte

Nazaret y el padre
De Foucauld

1

El misterio de Nazaret

«El Evangelio me enseñó que el “Primer mandamiento” consiste en amar a Dios con todo mi corazón, y que hacía falta *encerrarlo todo en el amor*; todos saben que el amor tiene por efecto *la imitación...* No me sentía destinado a la imitación de su vida pública en la predicación: por tanto, debía imitar la vida escondida del humilde obrero de Nazaret...»^[39].

Estas líneas del padre De Foucauld a Henri de Castries son muy sugestivas. Expresan admirablemente no sólo la vocación del Padre, sino la idea matriz de su espiritualidad.

A ejemplo de su Padre, las Fraternidades tienen como objetivo la imitación de la vida de Jesús de Nazaret. De este misterio hablaremos hoy.

La vida de Jesús en Nazaret se extiende a lo largo de un período de unos treinta años. Comienza con el regreso de la huida a Egipto, y termina con la estancia en el desierto de la cuarentena, la cual se presenta a la vez como preludeo a la vida pública y conclusión de la vida escondida: tenemos la costumbre, en efecto, de designar así al período de Nazaret. Ahora se trata de definir su significado.

Anotemos inmediatamente que estas palabras: «vida escondida» han sido empleadas muy a menudo por los autores espirituales a fin de designar un conjunto de virtudes o de actividades del alma, que tienen por efecto disponer al que las posee a una vida del todo interior, en el alejamiento de los hombres. Tales son las virtudes de humildad, de pobreza, de obediencia y de amor del recogimiento, del silencio, de la oración solitaria, del agotamiento, de la oscuridad, y también, en cierto modo, de la «abyección», para emplear una palabra muy estimada por el padre De Foucauld. Estas disposiciones interiores fueron, sin duda, algunas de las que caracterizaron la existencia de Jesús en Nazaret. Sin embargo, no representan más que el aspecto pasivo, por decirlo así, acentuando siempre una actitud de retraimiento del comercio con los hombres. Es en este sentido en el que suele hablarse de «vida escondida», designando así una vida retirada del mundo, separada, y cuya actividad espiritual también es invisible. Es en este sentido en el que la «vida escondida» suele proponerse como modelo de la vida religiosa contemplativa. Esta manera de considerar el misterio de Nazaret ha sido hasta ahora la más corriente.

* * *

La vida de Jesús y de sus padres en su aldea de Galilea se presenta, de hecho, de una manera más compleja, y no podría llamarse «escondida» en el único sentido espiritual que acabamos de definir.

Nos es difícil imaginar lo que podía ser la psicología de este adolescente, hombre y Dios a la vez, artesano y pueblerino, enraizado por su humanidad en una raza, en una

tribu, en una familia, y esto en el mismo grado que cualquier otro israelita de aquella época; poseyendo, sin embargo, como Dios, la conciencia de su personalidad divina, de su misión redentora universal y la clara visión del mundo de las almas. No vamos a intentar el análisis de un estado psicológico, que siempre será para nosotros un misterio inabordable, al mismo respecto que lo son todos los lugares en donde se anudan relaciones entre lo finito y el infinito. Nos basta con saber qué género de existencia quiso abrazar Jesús adolescente, después hombre maduro, durante más de quince años de una vida plenamente consciente de sus orígenes divinos y de su finalidad redentora. Jesús sabe que es Dios, mediador entre los hombres, y poseedor de un mensaje que tiene que llevar al mundo con el alma henchida de una verdad que le inunda interiormente, y con el corazón abrasado por un amor inmenso hacia su Padre y hacia todos sus hermanos en la tierra. Y, sin embargo, se calla voluntariamente; es más, esconde, tal vez también y en una cierta medida a sus propios parientes, a su Madre, y en todo caso de una manera completa a sus conciudadanos, todo aquello que es esencial a su vida interior de Cristo, a su misión de Redentor. En este preciso sentido es en el que su vida está «escondida».

Por tanto, el Verbo Encarnado tiene la intención de poner un velo entre los hombres y la verdadera naturaleza de su personalidad, y con este fin se abstiene de ejecutar los actos externos susceptibles de revelarla. Nunca podremos comprender perfectamente los motivos de semejante actitud. ¿Cómo es posible que Jesús no haya permitido que se derrame espontáneamente la abundancia de Luz que hay en él sobre todos aquellos con quienes se codeaba diariamente? Durante estos largos años de Nazaret existe en Jesús la voluntad manifiesta de no comenzar su misión, de no predicar el Evangelio, de rehusar hacer milagros, a pesar de las solicitudes, renovadas sin cesar, que eran para él la visión de las miserias, de los sufrimientos y de los duelos que diariamente le asediaban. El Cristo, el Verbo Encarnado, el Hijo de Dios se esconde, se encierra en la oscuridad de la vida cotidiana de Jesús, hijo de José. No es aislándose de los hombres como Jesús se escondió. Retirarse del mundo, la soledad, en una palabra, una vida anormal, habría llamado la atención de sus conciudadanos. Al contrario, mezclándose todo lo posible entre ellos, perdiéndose en medio de ellos, es como Jesús esconde su verdadera personalidad. Un hecho está fuera de duda: actuando en todas las circunstancias exactamente como actuaban sus parientes, como actuaban sus vecinos, como actuaban los otros habitantes de la aldea, es como Jesús se esconde. Es un encerramiento en la oscuridad, no por medio de aislamiento de la sociedad, sino, al contrario, por la fusión en la vida común.

Poco nos importa ahora lo que pudieron ser los gestos y el marco diario de una existencia semejante, ni tampoco nos importan los hábitos de vida y las costumbres familiares y domésticas de la época. Lo que nos interesa, lo que es fundamental es que Jesús fue *como todo el mundo*. El evangelio nos lo garantiza. Jesús supo guardar tan bien su secreto que ni uno solo de los habitantes de la aldea, ni uno solo de sus parientes – excepción hecha de José y de María– pudo sospechar jamás en ningún momento que pudiera ser realmente distinto a los demás hombres. Por lo menos el asombro suscitado por su comportamiento diario no llegó jamás a un extremo que pudiera comprometer la

vida de incógnito del Mesías Hijo de Dios. De esto nos proporcionan una buena prueba tanto la sorpresa escandalizada manifestada por los galileos cuando empezó a predicar, como la incompreensión, por parte de su familia, de lo que constituía su misión^[40].

Realmente es en esta verdad total de la Encarnación, en esta adaptación al ambiente humano y en su completa aceptación de él en lo que consiste lo esencial del misterio de la vida de Nazaret. Los otros aspectos, que vamos a enumerar rápidamente, ya que tendremos que volver a tratar de ellos, no son, en suma, sino las determinaciones concretas de su vida de hombre: caracterizan el *estado de vida* que Jesús escogió.

* * *

Rara vez nuestro estado de vida es para nosotros objeto de libre elección; en todo caso esta elección no es nunca completamente libre. Demasiados factores, de los cuales no somos dueños, influyen sobre ella. ¿Quién de nosotros pudo nunca elegir a su familia, a su raza, a su ambiente, su educación y aun la religión en la cual fue educado? Y es un gran misterio el destino de cada una de nuestras personas, de las cuales sólo Dios es, en definitiva, el único ordenador. En Jesús, al contrario, el *estado de vida* reviste una importancia particular a nuestros ojos, ya que fue *objeto de una elección soberanamente libre*. Este hecho es único: el Hijo de Dios escogió su familia, su madre, su raza, el lugar de su nacimiento, su puesto en la sociedad humana, su modo de subsistencia, su trabajo. Esta elección fue absolutamente libre y personal. Subraya un amor preferente hacia el estado de vida escogido y además una voluntad de enseñarnos algo por medio de esta misma elección.

Jesús nace en una familia pobre, aunque de sangre real, y en una aldea bastante desconocida. No es la miseria, pero sí una pobreza laboriosa; no es del todo el último rango social. Pero la clase social y el ambiente elegidos para la Encarnación fueron tales que pudieron favorecer al máximo este designio del Hijo de Dios, la firme intención de desaparecer entre los hombres, adoptando la existencia más ordinaria, más vulgar, alejada de aquellos casos extremos que hubieran podido llamar la atención sobre él. El rango social y el género de vida abrazados por Jesús son, en efecto, y con mucho, los de la mayoría de los hombres. De este modo Jesús se ocultaba mejor en la Humanidad, tomando el camino más común y, por tanto, en un cierto sentido, el más completamente humano. No intentamos imaginar lo que podía ser ese nivel de vida, refiriéndolo a las diferencias sociales en la actualidad. Las instituciones de la sociedad israelita y las de la nuestra, fundamentalmente distintas, no permiten hacer ninguna aproximación entre ellas. Es cierto que el estado de vida escogido por Jesús para su familia y para Sí mismo fue el de los pobres que ganan su vida día tras día, ejercitando un oficio manual. Jesús fue, pues, un obrero. Su trabajo tenía que ser un trabajo artesano, ya que era el único practicado en aquella época. Pero Jesús no escapa a ninguna de las servidumbres impuestas por su condición de trabajador: el cansancio como consecuencia del trabajo corporal, percepción de un salario, exigencias de los clientes, a veces excesivas e injustas, jornadas sin trabajo y dificultades de la vida cotidiana; todo eso fue, ciertamente, la trama diaria de su existencia durante más de quince años. También es preciso añadir las

relaciones familiares y de vecindad, tal y conforme estaban en uso en su ambiente, y todo lo que arrastraba la fiel observancia de los sábados, de las fiestas y costumbres judías. Ni Jesús ni su familia podían sustraerse a ello, y todos sabemos que las relaciones sociales están mucho más desarrolladas y son mucho más exigentes en las sociedades orientales que en las nuestras.

Por lo demás, el evangelio nos descubre todas estas perspectivas, en unos cuantos rasgos^[41]. Y cuando decimos que Jesús y su familia fueron enteramente de su tiempo y de su ambiente, queremos decir exactamente que asumieron el modo general de vida, así como los postulados acerca de la higiene y de la medicina, la organización de la familia y el papel otorgado a la mujer en la casa israelita; sin exceptuar las imperfecciones materiales, y todas las tosquedades que presentan a nuestros ojos de europeos una civilización semejante, muy primitiva técnicamente. Salvo aquello que implicaba imperfección moral, todo fue asumido por Jesús^[42]. La aldea de Nazaret, tal y como era en el siglo I, fue, en el sentido estricto de la palabra, la *patria de Jesús*.

Esto fue lo exterior de la vida de Nazaret. Comprendía también una zona invisible, totalmente interior a la conciencia de Cristo. Desde hace mucho tiempo la cristiandad se complació en hacerla objeto de sus meditaciones. Esta vida íntima se patentiza sobre todo por el conjunto de las relaciones que Jesús mantuvo con su Padre; por su oración, su contemplación, la conciencia que tenía de su misión de Redentor, por su amor inmenso e infinito hacia sus hermanos; en una palabra, su vida de Hijo de Dios Salvador, con todo el valor de Redención conferido por este estado de alma, al menos de sus actos humanos. Pero esta riqueza no es exclusiva de la vida de Nazaret, ya que llenó el alma de Cristo durante toda su vida terrestre. Lo que sí es particular a este período de su vida es que Jesús no hizo el menor gesto revelador de su misión. Su amor redentor desbordó, por tanto, únicamente en el silencio de corazón a corazón entre el Padre y el Hijo, en una perpetua y ardiente súplica por toda la Humanidad. Sin embargo, ante los ojos de los suyos y de sus conciudadanos, eran los gestos y los trabajos más corrientes los que ocupaban su existencia, totalmente sencilla y ordinaria.

El-Abiodh Sidi-Cheik, 6 de octubre de 1946

Cómo el padre De Foucauld descubrió y vivió el misterio de Nazaret

Carlos de Foucauld, convertido, se siente irresistiblemente impulsado a *encerrarlo todo en el amor de Jesús*, y este amor le empuja a la imitación. Una necesidad imperiosa de imitar en su vida a Aquel a quien ama, tal es la actitud de alma inicial que decidirá su vocación. Esta necesidad de imitación, en el grado en que la encontramos en el padre De Foucauld, es bien característica. Para él Jesús es un ser completamente vivo, cuyas huellas quiere seguir apasionadamente. No se contenta con adherirse interiormente a Jesús, uniéndose a él con todo su amor, reproduciendo sus virtudes; quiere también una conformidad *exterior de estado de vida*^[43]. Es la lógica de un amor que se expresa en él con todas las modalidades y las exigencias de un amor profundamente humano. Nada de sutilezas, nada buscado ni complicado: amaré a Jesús como se ama al amigo más querido. Evidentemente, siempre será fácil criticar la minuciosidad, a veces casi material, de su necesidad de imitación, o sonreír a la lectura de algunas de sus meditaciones acerca de Nazaret, o encontrar tal vez un poco rígida e inhumana su evocación de las costumbres de la Santa Familia. Sería inaceptable en la medida en que erigiera estos elementos de una vida de amor, desarrollándose según un modo muy personal en principios y directivas más generales, y en la medida en que pretendiera imponerlos a otros, que no fueran él —y concedamos que no siempre supo evitar este escollo en el trazado de sus reglamentos—. Pero, hecha esta reserva, ¡qué lecciones de sencillez, de lógica generosa en el amor, encontramos en esta alma, que llegó tan súbitamente al espíritu de la infancia espiritual! ¿Es que no cedemos con demasiada frecuencia a un cierto amor propio humano, que nos paraliza todavía inconscientemente y nos impide comprometer todo nuestro ser en nuestro amor, como lo hacen los niños? Jesús es hombre: es un amigo incomparable, un hermano mayor muy atento y vigilante, siempre presente. El amor que debemos sentir por él, ¿no tendrá que expresarse con toda la responsabilidad de nuestro corazón humano? «Felipe, quien me ha visto, ha visto al Padre».

Tenemos, sin duda, que desconfiar de las ilusiones sentimentales y sensibles. Y es precisamente por esto por lo que un amor semejante, basado en la fe, debe estar también cimentado en una *humildad* que sea una verdadera desposesión de sí mismo. Nos devolverá la verdadera y profunda espontaneidad del niño que se compromete por entero en cada uno de sus gestos de amor. El mayor obstáculo que se opone al desarrollo y al florecimiento de la caridad consiste casi siempre en una cierta «opacidad»^[44] de nuestro ser, producida por ese apego a nosotros mismos, tan profundamente enraizado en todos los hombres. Nos encontramos tan a menudo en una actitud de rigidez, consecuencia de un amor propio latente, más o menos consciente y todavía imperfectamente vencido.

Es muy cierto que el amor, en la misma medida de su intensidad, arrastra consigo la

necesidad de adherirse al amigo, de imitarle lo más completamente posible. Nuestro amor hacia Jesús no podría escapar a esta ley. Debemos procurar, con todo el peso de nuestra caridad hacia Dios, una entera conformidad con el Verbo Encarnado. Lo único que variará, según los estados de vida y las vocaciones individuales, es la forma de esta imitación: la que adoptó el hermano Carlos de Jesús le es muy personal. Lo que debemos buscar a través de las meditaciones escritas por el ermitaño de Nazaret es esa disposición más general de *humilde sencillez* en el amor. Dejemos de lado algunas representaciones un poco estrechas y escuchemos en nuestro interior el eco de esos gritos de amor tan espontáneos, tan verdaderos, que brotaban de un corazón de adulto al que el amor devolvió la frescura de la niñez.

Nuestra vocación de Hermanito de Jesús debe también brotar de una necesidad de imitación por el amor. Este estado de alma me parece importante para que la sencillez de nuestra forma de vida adquiera todo su significado. Esta necesidad de imitación por el amor cae precisamente dentro de lo que llamamos la vida de Nazaret. El padre De Foucauld no se sintió llamado en modo alguno para la vida de ministerio sacerdotal. Esta decisión tajante, claramente entrevista desde los primeros retiros, es irrevocable. En adelante su vida quedó comprometida en la imitación de la vida de Jesús en Nazaret. Vamos a intentar el análisis de las principales etapas de su ruta espiritual. Observemos, para empezar, que el padre De Foucauld *irá descubriendo sucesivamente los elementos del misterio de Nazaret*, a medida que su evolución interior le coloque, justamente, en la posición de comprender y vivir cada uno de esos elementos. Las exigencias del crecimiento en la caridad serán las que le lleven al descubrimiento, uno tras otro, de todos los aspectos de su ideal. Podríamos decir sin equivocarnos que el orden seguido en este descubrimiento corresponde con el orden en el que debemos intentar vivir los diversos aspectos de nuestra vocación. Por la misma razón no nos sorprenderá encontrar en sus primeras concepciones, exageraciones, exclusivismos, que irán eliminándose a continuación como por sí mismos.

I

Una primera etapa va desde su conversión hasta el final de su estancia en Tierra Santa. Su deseo de imitación está dominado entonces por una necesidad intensa de realismo concreto, casi minucioso, que llega al extremo de querer vivir en los lugares mismos en que vivió Jesús. Esto fue el fruto de su viaje a Tierra Santa. Su amor experimenta en ese momento la necesidad de nutrirse por medio del contacto material con los sitios, las piedras, la tierra, el aire y los horizontes santificados por el paso del Bienamado. Lo cual es para él la fuente de una felicidad indecible. Esta reconstitución topográfica le lleva, como de la mano, a la composición de una especie de guía, a fin de poder seguir a Jesús en todos sus desplazamientos, día tras día, y que tituló: *Ensayo para hacer compañía a Jesús*.

Una devoción semejante es, sin duda, la forma de un amor bastante imperfecto aún. Piensa uno, inevitablemente, en las palabras de Jesús a sus apóstoles: «Es bueno para vosotros que yo me vaya». Pero todo eso no es sino una etapa, lo mismo que la

composición de lugares, para ciertas almas, un prelude necesario a la oración. De todos modos, el hermano Carlos lo reconocerá muy pronto él mismo, al subrayar en una de sus meditaciones que el hecho de vivir en Tierra Santa no podría equivaler al bien espiritual de una sola alma en el mundo. Sin embargo, el padre De Foucauld guardará siempre el recuerdo de su paso por el país de Jesús; durante algún tiempo necesitará de una especie de composición de lugar al comienzo de su oración, y por sobria y breve que sea dicha composición, siempre será un recuerdo de los años de Nazaret y de Jerusalén.

A partir de su conversión, Carlos de Foucauld verá el misterio de la vida del Hijo de Dios en Galilea como a través de una necesidad incoercible de búsqueda de la abyección; esta palabra reaparecerá continuamente bajo su pluma. El concepto que va formándose acerca de la vida de Jesús en Nazaret aparece justamente incluido por ello y de una manera a veces un tanto exagerada. El atractivo que ejerce en su ánimo la abyección se acompaña, naturalmente, de un deseo igual de humildad, de obediencia y de pobreza, de mortificación y de penitencia. No nos ocuparemos ahora de esto, ya que no representa un problema particular para vosotros. Destaquemos tan sólo la nota original de su concepto de la pobreza: está concebida por entero en *función del trabajo*. Quiere que los hermanos se ganen la vida por sí mismos mediante un trabajo manual. Ya volveremos a tratar de esto con detalle. La práctica de esas virtudes era el camino más seguro que podía seguirse. Ningún amor auténtico podría edificarse sobre otras bases. Y es porque el padre De Foucauld pudo entregarse desde el principio, con entera generosidad, a la práctica de esas virtudes por lo que pudo amar con tanta fuerza y tanta espontaneidad. La humildad, la pobreza y el retiro le desposeyeron de sí mismo, le liberaron para el amor. Para darse es menester poseerse en completa libertad y disponibilidad. Es digno de notar que, llegado a este punto de su evolución interior, el hermano Carlos practicó todas esas virtudes –a menudo llamadas pasivas– en la fuerza y en el movimiento del amor. Debido a una influencia recíproca simultánea, fueron a la vez condiciones preliminares y frutos de su amor. Permanece con los ojos clavados en Jesús y se representa la práctica de esas mismas virtudes en la Sagrada Familia, en el modo y en el grado en los que él mismo se sienta impulsado a practicarlas. Evidentemente, a esto hay que darle la última mano. Sepamos hacerlo de modo que no sirva de pretexto para disminuir nuestra propia necesidad de practicar dichas virtudes. Jesús era Dios; para él no había cuestión de hacer penitencia, y la mortificación de las grandes pasiones no tenía para él ningún sentido; para nosotros sí lo tiene, seamos quienes queramos. En cuanto a los excesos en la práctica de austeridades físicas a que se entregó el hermano Carlos, sepamos también distinguir entre la actitud de alma que suponen, actitud que todos debemos observar, y las prácticas materiales que la exteriorizan, que son plenamente relativas. Aquí viene bien una comparación entre el padre De Foucauld y santa Teresa de Jesús; será eminentemente sugestiva.

Pero es, sobre todo, acerca de esta *pasión de la abyección* de lo que tendremos que decir algunas palabras. Además, es menester que disociemos la idea que se hacía el padre De Foucauld acerca de la vida de Jesús, que «ocupó de tal manera el último lugar, que nadie pudo jamás arrebatárselo», de la abyección que él mismo desea para sí con tantas

ansias por necesidad de amor. No, haga lo que haga y a pesar de la intensidad de sus deseos, el hermano Carlos y Jesús no pueden ser absolutamente semejantes en su comportamiento espiritual. Ya dijimos precedentemente lo que fue, de hecho, la vida de Nazaret: una vida pobre, dura e infinitamente humilde, pero no abyecta. Por lo que se refiere al hermano Carlos, siente una gran necesidad de abyección y no está equivocado. ¿De dónde procede esta necesidad de abyección, de humillaciones, de oprobio, que desborda del corazón de tantos santos? En todos, como en el padre De Foucauld, es la consecuencia de un gran amor hacia Jesús. Esta necesidad de abyección aparece ya en germen en las exigencias de todo amor, del amor inclinado a darse pruebas a sí mismo, a manifestarse al exterior por medio de actos gratuitos que, realmente, no tengan otras causas que el amor. Si todo amor humano contiene ya un misterio que le substrahe a las reglas de una razón demasiado razonable, ¿qué diremos del amor divino? Un amor que fuera incapaz de ciertas locuras, ¿merecería todavía el nombre de amor? Cristo, sus santos, todos se excedieron en las manifestaciones de su amor. Esta búsqueda del desprecio, del anonadamiento, en una palabra, de la abyección, no es, sin duda, razonable; pero sí, en cambio, el precio, la condición, la expresión de un gran amor, ¿no es eminentemente sabia en el sentido de la Sabiduría divina? Pero aún hay más: en los santos y en los místicos cristianos esta necesidad de abyección es efecto de una conformidad total con el misterio de Jesús Crucificado. Es, sencillamente, todo el escándalo de la Cruz. Y es justamente por una necesidad de imitación –en el sentido aún más fuerte de asimilación, ya que Cristo vuelve a vivir en todo cristiano su propio misterio de sufrimientos y abyección–, por lo que todo cristiano encuentra un gozo y una paz misteriosos en el oprobio, en la humillación y en los desprecios sangrientos. La necesidad de abyección que siente toda alma enamorada de Cristo Jesús tiene, por tanto, su raíz en la abyección misma del Crucificado. Podemos comprenderlo bien meditando la Pasión. Y guardémonos mucho de medir con la fría razón humana un comportamiento humano, que es como la prolongación directa del misterio de la Cruz. Esto continúa siendo un misterio y un escándalo verdaderos para todos aquellos que no tienen en su alma una fe total en el divino Ajusticiado, ni en su corazón una gran pasión de amor hacia él. Si el padre De Foucauld introdujo en la vida de Nazaret una abyección, que en realidad no existió, y si quizá se equivoca respecto a este punto particular, en todo caso no se engaña siguiendo el instinto de su amor, que le llevó a descubrir en la vida de Jesús un verdadero abismo de abyección. ¡Si pudiéramos comprender perfectamente lo que pudo representar, como anonadamiento en el desprecio y la abyección, para la Persona del Verbo Encarnado, el solo hecho de ser detenido por las más altas autoridades morales y religiosas del pueblo del que era hijo y ser tratado por ellas como un impostor y un mentiroso! Como consecuencia de un acostumbamiento a lo que relatan los evangelios, no nos damos bien cuenta de lo que pudieron ser la farsa en la escena del juicio, la túnica blanca de loco, los sarcasmos, las bofetadas como si fuera un esclavo, los salivazos en el rostro, aquella cruel parodia al ser tratado como rey, la corona de espinas; y no hablo de todo lo que hay que añadir a estas escenas, como, por ejemplo, lo odioso de tratar de esta manera a un hombre en el estado de dolor en que se encontraba Cristo, azotado y

herido; el desprecio y los ultrajes proferidos por la muchedumbre israelita cuando le dejaron desnudo en el infame patíbulo, donde sólo morían los esclavos y los bandidos; las risas, los insultos durante la agonía. Ahora bien, todo esto es abyección en el sentido más fuerte de la palabra. Y si ponemos frente a esta acumulación de desprecio la eminente dignidad de la persona de Cristo, podemos hablar con exactitud de un *misterio de abyección*. Si uno recapacita en que tales tratos fueron deliberada y libremente escogidos por Aquel que los sufría, este misterio nos parece más terrible. Y fueron tanto más consciente y libremente elegidos cuanto que no estaban ni siquiera exigidos para el fin de la Encarnación; y aun suponiendo que Jesús tuviera que borrar el pecado de la Humanidad por medio de un sacrificio sangriento, nada exigía que este supremo sacrificio tuviera lugar en medio de una tal acumulación de sufrimientos. Sólo podemos ver en ello un misterio de amor.

¿Y qué consecuencia tendrá esto para nosotros, cristianos, y para las almas poseídas por un gran amor hacia Jesús? ¿Será posible, en adelante, permitir que vuelva a vivir en nosotros el misterio de Jesús, sin que concluya por establecer en nosotros ese mismo misterio de abyección? Si amamos verdaderamente, ¿cómo no desearemos probar nuestro amor a Jesús de la misma manera que él eligió para probarnos el suyo? ¿Sería lógico un amor que no llegara hasta allí? ¡De qué modo debemos comprender en los santos todos esos gestos que tan fácilmente se tachan de locura, de originalidad! El hermano Carlos, vestido con una chilaba a rayas, llena de remiendos, hecha jirones, recogiendo las basuras en las calles de Nazaret, objeto de las risas de todos los chiquillos, encontrando su alegría en las burlas y en las piedras que le tiraban...

Pero, entonces, ¿qué es lo que podemos deducir de todo esto? ¿Que deberíamos imitar tales gestos? Aquí nos encontramos con un punto delicado, y es preciso que lo entendamos bien. Una conducta semejante, para ser verdadera, tiene que ser realmente la expresión proporcionada y espontánea de un amor de configuración hacia Jesús Crucificado, amor que ha llegado al extremo de no poder ser en nosotros otra cosa que el fruto de la acción de los dones del Espíritu Santo. La búsqueda de la abyección, en tanto sea la expresión de un amor auténtico, debe, pues, estar sometida al gobierno de los dones del Espíritu. Esta manifestación tiene que seguir siendo Sabiduría divina; y en este aspecto la vía de cada alma será diferente. Por consiguiente, puede existir una búsqueda de la abyección que sea falsa, obligada, prematura; en ese caso no tendrá como fruto la perfecta alegría «en el Espíritu Santo», sino que terminará, con mucha frecuencia, en una cierta satisfacción de sí mismo.

Es menester, por tanto, distinguir cuidadosamente entre la *busca deliberada de la abyección* —y no puede emprenderse sino bajo la moción de los dones del Espíritu Santo— y el *amor* de la abyección, el *deseo* de sufrir la abyección con el fin de poder asemejarse completamente a Jesús crucificado. Este deseo es inseparable de un amor verdadero hacia Jesús; es un elemento de dicho amor, nacido al pie de la cruz, y nosotros no podemos amar verdaderamente con un amor auténtico sin que le acompañe el deseo de participar en el desprecio con que fue saciado Aquel a quien amamos; esto no es posible. Pero este deseo tiene que guardar proporción con el amor y debe manar de él.

Sí, tenemos que estar dispuestos, por lo menos, a aceptar por amor hacia el crucificado tan despreciado esas pequeñas humillaciones y esos continuos desprecios que los hombres nos infligen en el transcurso del día. En esta aceptación de una abyección que no hemos buscado no podría haber ni desviación ni exceso. La fe tiene que hacernos encontrar en ella un gozo muy elevado y muy puro, el gozo perfecto, la alegría a gustar el amargo misterio de la Pasión, de participar verdaderamente en el trabajo más noble, más grandioso que puede existir, el trabajo por excelencia de Jesús, el del rescate de la Humanidad. No olvidamos que en la Pasión redentora de Jesús hubo tanto de abyección de desprecio como de sufrimientos y sangre derramada; y con mucha frecuencia tememos más el tener que soportar la humillación que ponernos en situación de tener que derramar nuestra sangre. Sepamos reconocer que todavía no estamos dispuestos para buscar la abyección, pero que, en cambio, nuestro deseo se mueve hacia un honor semejante. Estemos dispuestos a penetrar más adelante en este misterio de la cruz; conservémonos fieles al espíritu de amor que inspiró, en el alma de Cristo, el deseo de un bautismo semejante; no olvidemos que la pretensión de ser, por principio, demasiado humanamente razonables puede conducir a menudo a limitar en nosotros la acción infinitamente sutil y delicada de los dones del Espíritu de Amor. Permanezcamos bajo su influencia humilde, dóciles, atentos y generosos.

Ahora tenemos que destacar un tercer aspecto característico del estado de alma del padre De Foucauld, mientras lleva su vida escondida en la cabañita de madera del jardín de las Clarisas. Se trata de su fe *en la presencia real de Jesús en la Hostia*. Sabemos que al comienzo fue bajo este aspecto como se presentó a él el dogma eucarístico. Se siente poseído por un gran deseo de hacer oración delante del Tabernáculo, y las exposiciones del Santísimo Sacramento son para él la fuente de una profunda e íntima felicidad, de la que a cada instante percibimos los ecos. Le agrada asistir a todas las Misas que se celebran en la capilla del monasterio. En el concepto ideal que se formó entonces, respecto a una vida religiosa que tuviera como fin la imitación de Nazaret, el Santísimo Sacramento llega a constituir el elemento primordial, central, en torno al cual todo se organiza: es precisamente la *presencia de Jesús* lo que configura a la Fraternidad con la verdadera casa de Nazaret. El reglamento de los Hermanitos del Sagrado Corazón del año 1899 está concebido en función de esta idea, y, además, nos parece que se aproxima también, en un cierto modo, a esa necesidad de «topografía espiritual» que hemos subrayado hace poco.

Aquí no hacemos otra cosa que indicar esta base eucarística en la oración del Padre y no nos ocupamos de su total piedad eucarística, la cual, por otro lado, no alcanzó en esta época todo su pleno desarrollo. Concentrada por completo en ese culto ardiente de la presencia de Jesús en la Hostia, contiene en germen una vida eucarística completa. Lo que sí queremos señalar aquí es que, por el momento, dicha piedad es el fundamento de toda su vida de oración, la cual se realiza en esta presencia tan amada. Tales son los elementos que caracterizan la fisonomía espiritual del padre De Foucauld en el curso de sus años de retiro en Tierra Santa. Hasta entonces había penetrado y vivido en la vida de Nazaret bajo su aspecto casi exclusivo de «vida escondida», en el sentido que se daba

entonces comúnmente a estas palabras. Además, de un cierto modo, endureció esta noción conceptuando y representándose a la Sagrada Familia como viviendo muy retirada del mundo, en medio de una soledad y un silencio casi continuos. Al hacer esto el padre De Foucauld asentó su amor hacia Dios, sobre unos cimientos que podrán resistir todos los embates; en adelante su caridad podrá desarrollarse en completa libertad, sin temor de desviación. Esto es también lo que debemos retener, como conclusión de este primer período de la vida del Padre.

Al querer hacer que toda su vida fuera como una *imitación de la de Jesús*, la orienta definitivamente hacia una perspectiva claramente contemplativa y cristocéntrica. En su vida todo es para Jesús. Cuidemos también nosotros de que nuestra vida, desde el comienzo, esté claramente orientada en ese sentido; es por amor hacia Cristo, para realizar plenamente una amistad con él, por lo que queremos vivir una vida de oración, de trabajo y de caridad. Esta caridad tendrá que ser siempre un verdadero desbordamiento de amor divino, una irradiación de Jesús a través nuestro y nunca un impulso demasiado humano de abnegación al servicio de los demás. Muchos hombres no encontraron sino decepciones en una abnegación hacia sus hermanos, a menudo heroica, pero ejercitada con una visión y una perspectiva puramente humanas; y esto lo tendremos bien en cuenta a fin de no correr a nuestra vez el peligro de decepcionar al no llevar a los hombres el puro testimonio de vida divina que ellos esperan.

Y además no tengamos miedo de adoptar con el padre De Foucauld toda esa labor de desposeimiento de nosotros mismos, lo cual no se efectúa sino por medio de la humildad, la obediencia, la mortificación, la pobreza y ese amor de la abyección del que ya hemos hablado. En la hora actual existe, quizá, una tendencia demasiado visible a disminuir la importancia de estas virtudes básicas; y esto, sin duda, como reacción a un concepto, muy a menudo falseado, acerca de la verdadera naturaleza de estas virtudes y del papel que deben representar en nuestra vida espiritual. Sin embargo, la negligencia para colocarnos en un estado de desposeimiento, de disponibilidad total, frutos de una humildad verdadera y de una valiente mortificación, es la causa, con mucha frecuencia, y sea cual sea, por otro lado, la generosidad puesta en juego, de que muchas almas lleguen rápidamente como a un cierto límite en la práctica del amor, o lleguen a chocar contra una tentación más brutal tras un magnífico comienzo. En una palabra, eso es edificar sobre arena, ya no es participar plenamente de la vida de Cristo, en la que aparece un misterio de muerte al que estamos asociados por el bautismo. La vida procede de la muerte: «Si el grano de trigo no muere, permanece estéril y no da fruto».

Sepamos, en fin, asentar sólidamente nuestra oración eucarística sobre la base de una gran fe, valiente e inteligente, en la presencia real de Jesús. No echemos en olvido que nuestra fe, en la misma medida de su crecimiento, se purificará de muchos elementos sensibles todavía incluidos en ella. Nosotros podemos facilitar este trabajo de crecimiento, que se efectuará sobre todo dentro de la oración, estableciendo nuestra fe, desde el comienzo, en la pura luz de la palabra divina.

II

El segundo período de la vida del padre De Foucauld va desde la aceptación de la perspectiva del sacerdocio hasta el final de la estancia en Beni-Abbés. Su evolución espiritual, centrada entonces por completo en la realización de la primera Fraternidad y en la fundación de la Congregación de los Hermanitos del Sagrado Corazón, hace aparecer un concepto más amplio de la vida de Nazaret. Se desarrollan algunas características nuevas contenidas ya en germen en el reglamento del año 1899.

La oculta actividad redentora del Salvador en Nazaret encuentra un eco en su alma, cada vez más ávida de oración e inmolación por la salvación de todos los hombres^[45].

Esta disposición del alma se expande bajo la forma de una devoción al Sagrado Corazón. El ermitaño de Beni-Abbés se siente cada día más obsesionado por la preocupación de la salvación de las almas. De este estado de ánimo encontramos huellas en numerosos pasajes de sus Constituciones del año 1899 y, sobre todo, en las notas espirituales correspondientes a este período.

El padre De Foucauld va destinando un espacio de tiempo, cada vez más dilatado, para *el ejercicio de una gran caridad hacia el prójimo*. Parece muy impresionado por la idea de que el amor de Dios y el amor de sus hermanos no pueden ir separados, y que son un solo y mismo amor. Este desbordamiento de caridad que le impelió en Beni-Abbés a salir de su clausura, trastornando sus horarios, y a buscar deliberadamente un contacto con todos aquellos que le rodean, negros, árabes y europeos, sin embargo está concebido siempre por él dentro del marco de la vida de Nazaret y del misterio de la Visitación. Persiste en sus intenciones; no quiere ejercer un ministerio sacerdotal propiamente dicho, ni predicación, ni otras obras pías. Lo que le obliga, por decirlo así, a descubrir y a vivir este nuevo aspecto del misterio de Nazaret es el desarrollo en él del amor de Dios, los contactos que mantendrían Jesús y sus parientes con sus vecinos y con los demás habitantes de la aldea en que vivían. Este descubrimiento se va efectuando principalmente en Beni-Abbés, dentro de la vida cotidiana. Ya que no se trata únicamente de una caridad ejercitada en el marco monástico habitual —como lo sería, por ejemplo, la hospitalidad, aunque fuera practicada con mucha amplitud—, como estaba previsto en el reglamento del año 1899; se trata de una auténtica *vida en contacto*.

Beni-Abbés fue, por tanto, como un período de transición.

III

Los últimos años de Tamanrasset, sin aportar nuevos elementos, significarán para el Padre el pleno desarrollo de su caridad, y el de una vocación totalmente poseída de aquí en adelante. Va enfocando, definitivamente, su concepto acerca de la vida de Nazaret, lo cual se efectuará, indudablemente, más en lo concreto de los actos que en la enunciación de unos principios. Sin embargo, en una carta fechada en mayo del año 1911, aparecen determinadas directivas, intentando, prudentemente, la expresión de dicho concepto, en el plano de una organización de vida religiosa en comunidad.

Por consiguiente, sin que esto nos proporcione claridades realmente nuevas acerca de su modo de vida, este último período es, sin embargo, bastante rico en aplicaciones prácticas, lo que nos permite definirla de una manera más precisa: una vida sin sujeción,

deliberadamente empeñada en la vida del pueblo tuareg; contacto *buscado*, más francamente, *fuera* de la Fraternidad (visitas, salidas, excursiones).

Por otro lado su esfuerzo principal se orienta hacia la adquisición de un *conocimiento profundo* y tan extenso como sea posible de todo lo que tiene relación con el *idioma*, el *folclore* y las *costumbres* de los habitantes.

Podemos hablar, sin temor a equivocarnos, de una adaptación prolongada, en el plano de la inteligencia, con un rigor científico desinteresado y una intensa preocupación de comprensión y simpatía hacia unos hombres a quienes ama con un inmenso amor fraterno.

La expresión de su devoción eucarística sufre una evolución bastante profunda. Ya no considera la adoración *perpetua* como algo *esencial* a sus Fraternidades. Con objeto de poder instalarse en pleno centro del Hóggar y ejercitar una caridad más elevada, no vacila en sacrificar voluntariamente y durante varios meses la celebración diaria del Santo Sacrificio; como tampoco vacila en soportar la privación de la Santa Reserva durante los seis primeros años de su estancia en Tamanrasset. En efecto, su Prefecto Apostólico había decidido no concederle la facultad de reservar el Santísimo Sacramento sino en el caso de que hubiere cristianos en la vecindad. Debido a esto su devoción eucarística sufrió como una purificación y su vida eucarística quedó integrada en su amor hacia Jesús. En adelante el amor que siente hacia sus hermanos tuaregs es realmente comprendido y vivido por él como una de las facetas de la caridad única que le une con Cristo. Su misma devoción eucarística sólo podía ser enfocada en la línea de esta vida-amor, simplificada y unificada por entero en su principio supremo. Es un elemento muy significativo de la madurez que alcanzó entonces su espiritualidad.

Sin embargo, en Tamanrasset, el ideal del Padre sigue siendo el mismo que al comienzo de su vida religiosa: imitar la vida de Jesús en Nazaret. Trabaja continuamente con objeto de afianzarse en las virtudes básicas que indicamos al comienzo. De cuando en cuando se reserva unos períodos de vida más solitaria, más silenciosa. Continúa siendo siempre y ante todo un hombre de oración, un verdadero contemplativo, protestando incansablemente de su intención bien decidida de no ejercer ministerio sacerdotal alguno; sigue pensando en procurar que otros Hermanos participen en su vida.

Su muerte es la consumación visible y permitida por Dios de una disposición de alma que en él fue siempre constante: la de salvar a las almas por medio de la entrega de todo su ser a Dios. Este final es el sello y la prueba suprema de la manera en que quiso ser, por encima de todo, «salvador», como Jesús y con él.

* * *

En la sucesiva evolución de la vida del padre De Foucauld encontramos, pues, todos los aspectos del misterio de Nazaret, tal y como hemos intentado definirlo:

1.º Una sólida y profunda vida escondida de *humildad*, de *pobreza*, de *oración* y de *mortificación*.

2.º Un deseo ardiente y constante de *cooperar* a la *obra redentora del Salvador*, por

medio de la oración y de la inmolación de todo su ser en el amor. Esta disposición de ánimo se exterioriza en su devoción eucarística.

3.º Una interpretación efectiva de su amor hacia los hombres que realiza por medio de contactos amistosos, de relaciones muy sencillas y humanas con todos, «como podría tenerlas la Sagrada Familia en Nazaret».

4.º Tan sólo un aspecto de su ideal no fue, de hecho, vivido por él, a pesar de todos sus deseos: ganarse la vida con el trabajo de sus manos. Se lo impidieron las mismas circunstancias en que tuvo que vivir; la soledad y la necesidad de tener que aprender y penetrar completamente en un idioma extraño. Pero si tuvo que renunciar al «santo trabajo de las manos» fue bien en contra suya y, hasta el final, conservó la nostalgia, no aceptando nunca el no poder abrazar, efectivamente, esta manera de vivir de los pobres. Renueva constantemente la resolución de dedicarse a ello en cuanto pueda. En realidad vivió siempre de lo que le enviaba su familia, sabiendo que depende de ella desde el punto de vista económico; y no vemos cómo habría podido subsistir de otro modo en Beni-Abbés o en Tamanrasset.

La vida del Padre, considerada en conjunto, se presenta, por tanto, como la realización, en el libre y completo desarrollo de una vida muy personal, de un ideal original, constante y perseverantemente perseguido. Este mismo ideal es el que propone en sus fundaciones. Esta adaptación no se completaría sino a su muerte.

28 de diciembre de 1946

3

Ermitas y Fraternidades del padre

De Foucauld^[46]

Aun tratándose de las ascensiones de un alma hacia su Dios más despojadas de todo lo sensible, el conjunto de las disposiciones psicológicas que presiden su principio no escapa por completo al «clima» creado por el pasaje en que tienen lugar. Por mucho que nos hayamos evadido de la morada de los sentidos, seguimos de algún modo –por lo menos inicialmente– sujetos a su influencia. San Juan de la Cruz, el más espiritual de nuestros maestros en la ciencia mística, no lo ignoró. «Tres maneras de lugares hallo por medio de los cuales suele Dios mover la voluntad a devoción: La primera es algunas disposiciones de tierras y sitios, que, con la agradable apariencia de sus diferencias, ahora en disposición de tierra, ahora de árboles, ahora de solitaria quietud, naturalmente despiertan la devoción. Y de esto es cosa provechosa usar, cuando luego enderezan a Dios la voluntad en olvido de los dichos lugares...»^[47].

Ciertas almas son más sensibles que otras a estas influencias. Y me parece que el padre De Foucauld está entre ellas. Alguien que le conoció con intimidad destacó sagazmente el aspecto «topográfico» de su espíritu. Las notables cualidades de observación precisa y objetiva de los países atravesados, de que dio prueba durante su exploración en Marruecos, le llevan de rechazo a la percepción sensible del ambiente que emana de estos paisajes. Esta facultad de sentir el poder de evocación espiritual que ofrecen ciertos lugares fue en él particularmente intensa; es la base de aquella pasión suya por el desierto y el fundamento de la imperiosa necesidad que sintió, en su amor naciente, por seguir a Jesús paso a paso en su país natal. Es por la misma razón por lo que no puedo pensar en el género de vida religiosa que anhela para él y para sus discípulos, sin evocar inmediatamente, de una manera concreta y hasta en sus menores detalles, la imagen de la morada que los vería vivir. El hermano Carlos está convencido de la acción que ejercen los parajes en la vida espiritual de quienes los habitan: «... Los edificios que acojan a las Fraternidades influirán grandemente en aquellos que los habiten; imprimirán su carácter en los seres; si traducen la piedad, la pobreza, la humildad, la penitencia, la caridad hacia los pobres, hacia los enfermos, y los viajeros, estarán predicando continuamente dichas virtudes, disponiendo favorablemente a los Hermanos para su práctica; nuestro espíritu se armoniza con los objetos que nos rodean».

Ahora quisiéramos intentar la investigación de lo que fue su ideal y de cómo evolucionó, tomando como punto de partida las ermitas o Fraternidades en las que vivió realmente el padre De Foucauld, o aquellas otras que imaginó para sus futuros Hermanos. Todos aquellos que han visitado los edificios conventuales de una cartuja, o de un pequeño convento franciscano en la región de la Umbría, o los de un monasterio

benedictino, saben muy bien hasta qué punto estas edificaciones son capaces de evocar una completa espiritualidad, debido a la misma atmósfera con que queda impregnado el visitante. Las humildes moradas en que vivió el padre De Foucauld, así como aquellas otras destinadas para sus discípulos, cuyos planos dibujó minuciosa y amorosamente, tienen que descubrirnos a través del profundo encanto que exhalan algo referente al alma y al ideal del Padre en las diferentes etapas de su evolución.

Por tanto, dejaremos hablar a los lugares en que habitó y a los otros que imaginó, en su interior, para sus Hermanos. Son en número de cinco: el *Nazaret* de los Hermanitos de Jesús, ideado por el hermano Alberico en la Trapa de Cheikhlé el año 1896, para su primer proyecto de fundación; la cabaña de la ermita en Tierra Santa; la Fraternidad de los Hermanitos del Sagrado Corazón, descrita en el reglamento del año 1899; la Fraternidad edificada en Beni-Abbés y, finalmente, las dos ermitas en la región del Hóggar.

Acompañemos al hermano Alberico mientras se representa imaginativamente la primera morada de los Hermanitos, tal y conforme deseaba verla realizada.

* * *

Nos encontramos en las afueras de un pueblecito oriental, y allí, en medio de unos terrenos sin edificar y entre unas chozas árabes, vemos un campo cercado. En su centro se alza una casucha miserable, hermana de todas las que la rodean, no distinguiéndose de ellas sino por sus dimensiones, que son más vastas; es un largo cuadrilátero, con apariencias de hangar, que podrá tener, a primera vista, unos 30 metros de largo por unos cinco o seis de ancho. Los muros son de tierra mezclada con paja, semejantes en todo a los de las chozas vecinas. La techumbre, a unos cuatro metros apenas del suelo, es de ramas recubiertas con una espesa capa de tierra arcillosa. Algunas ventanitas rompen en los lados más largos. La edificación está dispuesta perpendicularmente a la calle, y en el centro del muro de fachada se abre una sencilla puerta. Entre la tapia del terreno y la casa se divisan algunas higueras y un pobre sembrado de cebada, pero ninguna plantación de legumbres. En un ángulo del cercado, un pozo. Encima de la entrada, asaz miserable, una inscripción en que se leen estas palabras: «Nazaret de Nuestra Señora del Buen Socorro».

Así se nos presenta el monasterio de los Hermanitos de Jesús, minuciosamente descrito por el hermano María-Alberico en su proyecto de reglamento del año 1896; monasterio indudablemente vislumbrado por él, más de una vez, en sus meditaciones en la Trapa de Cheikhlé.

Nada, absolutamente nada, recuerda en este chamizo con el suelo de tierra apisonada y cuya cobertura primitiva dejaría filtrar más o menos el agua de las lluvias torrenciales, nada recuerda, ni de lejos, a un monasterio o a una casa religiosa tal y como tenemos la costumbre de concebirlas. Esta impresión se acentúa aún más si penetramos en su interior. Lo que domina, lo que embarga el alma del visitante desde su entrada, es una fuerte sensación de desnudez total, de pobreza heroica. Todo es igual a lo que encontraríamos en las chozas árabes vecinas, en las que viven penosamente unos pobres

jornaleros con el producto del salario semanal, ejerciendo algunos oficios miserables: trenzado de cestos, tejido de esteras toscas, muy ordinarias, etc. Por lo demás, es así como tienen que vivir los habitantes de este Nazaret.

La casa de los Hermanitos de Jesús está distribuida en tres habitaciones. La primera de cinco a seis metros de lado, miserablemente amueblada con sólo algunas esteras y unas banquetas de mampostería adosadas a las paredes; esta habitación sirve para los huéspedes eventuales, que pueden acostarse echados sobre las esteras y envueltos en una manta. Estos huéspedes no suelen ser sino algunas pobres gentes o viajeros indígenas en busca de un refugio nocturno. En el fondo una puerta, que comunica con la habitación principal, centro del monasterio y centro de la vida de los Hermanos. Allí reina un gran silencio, a pesar de una intensa actividad de trabajo. Este taller, cuyas paredes deslucidas ofrecen a la mirada la pintura gris de sus adobes, podrá tener de 12 a 15 metros de largo. Por la parte inferior de las paredes corre una banqueta de mampostería, cuartelada, de dos en dos metros, por una serie de tabiques formando como una sucesión de pequeños reductos. Así cada Hermano dispone de un rincón donde puede dormir por la noche, ocupándose durante el día en alguna tarea ordinaria de tejido o en la fabricación de esteras. Todo se hace en esta habitación única. En un ángulo se van amontonando, hasta el fin de la semana, las materias primas y los productos fabricados. Más allá, hacia el fondo, una triste chimenea de tierra; bajo la campana una olla en la que cuece la papilla de cereales, único e invariable plato de las dos comidas diarias. Los Hermanos van y vienen con los pies descalzos. Para poder vivir pobremente, tienen que trabajar más de nueve horas diarias. Cerca de la puerta que, al fondo, conduce a la capilla, llaman la atención dos cepillos petitorios y dos inscripciones: «*Para nuestro Santo Padre el Papa*», y «*Para el alquiler*», indican el destino de las sumas allí depositadas. Una cincuentadozava parte del alquiler anual –ya que los Hermanitos no son propietarios y tienen que alquilar su terreno– se deposita en el primer cepillo el sábado por la tarde, luego de haber percibido la paga semanal. En el otro se introduce, igualmente cada sábado, una vigésima parte del dinero ganado, como ofrenda destinada al Santo Padre. Lo que queda del salario de la semana precedente se distribuye después a los pobres íntegramente.

Si franqueamos la puerta situada al fondo, entramos en una tercera habitación, dispuesta para servir de capilla. Aquí comprendemos que los Hermanitos quisieron hacer un gran esfuerzo para que este lugar resulte mejor que el resto de la casa: unas malas baldosas o unos ladrillos reemplazan a la tierra apisonada del suelo, pero la terraza, también toscamente recubierta de tierra arcillosa, parece estar hecha con más esmero. Todo su ajuar consiste en un sencillo altar al fondo y unos bancos de madera. Aquí se reúnen los Hermanos tres veces al día para orar: al comienzo, a la mitad y al final de su trabajo; nos lo dice un horario colocado en la puerta. En pie, a las tres de la madrugada, los Hermanos permanecen en la capilla desde las tres y siete minutos hasta las siete: oración, rosario y Misa. A continuación el trabajo, desde las siete hasta las once, interrumpido a las nueve para un cuarto de hora de reposo. A medio día se reanuda el trabajo, después de la comida y media hora de oración, para terminar a las cinco y

veinticinco, con un cuarto de hora de reposo a las tres, como por la mañana. Por la tarde, después de la cena, desde las seis hasta las siete y cuarenta y cinco, los Hermanos vuelven a la capilla para orar.

No encontramos en esta gran choza árabe –ningún otro nombre le conviene mejor– ni un armario, ni un cofre, ya que no hay absolutamente ninguna reserva sea de lo que sea, ni de ropas, ni de alimentos. Los Hermanos no poseen, respecto a vestuario, sino lo que llevan puesto. Cuando tienen que lavar la ropa, lo que habitualmente tiene lugar los viernes, se pasan sin ella.

Todo evoca en este interior una pobreza muy próxima a la miseria. Ya no es únicamente la pobreza como virtud evangélica, desasimiento de todo lo creado, lo que exige de sus habitantes una residencia semejante. Su ambiente evoca otra cosa. Todo está centrado en el horario de trabajo, y todo en la vida cotidiana y en el arreglo de este pobre refugio, alquilado por semanas, exterioriza un estado de vida que quiere ser manifiestamente el mismo de los obreros más pobres de la región, aquellos que viven al día del producto de un trabajo rudo, sin tener jamás la posibilidad de constituir ninguna reserva para el porvenir. A pesar de una estrechez y de una realización indiscreta, indudables, lo que se desprende de este Nazaret es una irradiación de pobreza, de valor apacible y heroico, de confianza ciega en la Providencia, profundamente emocionante. El padre De Foucauld quiso verdaderamente tomar como modelo el género de existencia de los humildes jornaleros árabes, cuyas pobres moradas rodeaban el Monasterio de Cheikhle^[48], y quiso a toda costa mantener este mismo régimen de vida y organización económica para un grupo de 12 a 18 religiosos.

No entra en nuestras intenciones analizar detalladamente el reglamento de los Hermanitos de Jesús, ni tampoco demostrar por qué motivo este proyecto es irrealizable tal y como se presenta. Nos basta con remitir al lector el juicio que acerca de él formuló el padre Huvelin^[49]. Lo que nos interesa más bien es descubrir la idea que presidió la concepción de este Nazaret tan pobre, dándole un ambiente tan penetrante y tan rudo con su concepto intencionadamente realista de vida obrera pobre. Fue en torno a esta preocupación como se tramó, manifiestamente, la crisis espiritual del hermano Alberico poco antes de su salida de la Trapa. Este reglamento no es otra cosa que la interpretación concreta de dicho ideal –interpretación sin duda muy irreal–, pero emocionante por su franqueza. El Nazaret de los Hermanitos de Jesús se presenta, por consiguiente, como una tentativa en vista de integrar el recogimiento y el aislamiento de una vida contemplativa, a una auténtica existencia proletaria, cuyo prototipo es, voluntariamente, la de los artesanos más humildes de Palestina. En todas las prescripciones, cuidadosamente apuntadas por el hermano Alberico, siente uno la continua preocupación subyacente de impedir, cueste lo que cueste –aunque sea a expensas de la más elemental discreción–, que la organización en forma de vida religiosa no acabe de hecho por diluir o destruir toda la verdad contenida en la dura tarea diaria, en la indigencia efectiva y en la incertidumbre respecto al día de mañana, consecuencias de una auténtica pobreza proletaria. Es fácil, sin duda, enjuiciar severa y definitivamente un proyecto semejante, de hecho inaplicable. Pero a lo menos sería indispensable haberse convencido antes del

drama interior que representa, y del que intenta ser como su desenlace. El doloroso conflicto espiritual que tanto hace sufrir al padre De Foucauld en su amor hacia Jesús no es sino un eco del eterno desgarramiento iniciado en el alma de la cristiandad desde que se pronunció el Sermón de la Montaña; desgarramiento interior que llegó a su paroxismo en un Francisco de Asís, en un Benito José Labre y en tantos otros santos. La completa realización de una pobreza evangélica, realmente vivida dentro de la vida religiosa, continúa siendo un problema que cada era de la Humanidad y de la Iglesia plantea en términos nuevos, sin que ninguna solución definitiva haya podido jamás apaciguarlo. Sin embargo, el padre De Foucauld invita a sus discípulos a trabajar para poder resolverlo con la mayor aproximación posible. Que a lo menos no puedan olvidar jamás que esta ansiedad por conseguir una pobreza laboriosa y realista sigue constituyendo la base de la vocación de su Padre, sea cual fuere, por otro lado, la evolución que va a enriquecerle durante los próximos años.

* * *

En Nazaret o en Jerusalén, y durante tres años consecutivos (1897-1900), no se trata ya sino de una sencilla cabaña de planchas de madera, situada a orillas de los silenciosos muros de un convento de monjas Clarisas. Esta humilde celda, en un jardín solitario, al que apenas llegan algunos ruidos ahogados por el alejamiento, no podría convenir más que a una vida de ermitaño aislado del mundo, vida orientada por entero hacia la oración silenciosa. En el interior del estrecho reducto un lecho somero: dos caballetes, una tabla y un edredón hecho con trapos; más tarde sólo habrá una estera con una piedra a la cabecera. Cerca de una ventana minúscula, una tablita sirve de mesa; ahí es donde el hermano Carlos lee y trabaja. Ya comprendemos que en un marco semejante cualquier duro trabajo de jornalero sería imposible; el hermano Carlos hace encargos, trabaja un poco en el jardín, riega los árboles, arregla la sacristía de las monjas y pinta imágenes piadosas^[50]. Entre su celda y la capilla del convento, en la que pasa muchas horas, el padre De Foucauld lleva una vida de anacoreta.

Esta ermita, situada al lado de un convento de religiosas de clausura, fue el escenario de un prolongado retiro. Todo está ordenado para el recogimiento, para el silencio y para la oración, todo es pobre y austero, sin duda, pero ya no es el Nazaret con sus nueve horas, aproximadamente, de trabajos manuales que aseguren la subsistencia. Fue en estos tres años de vida escondida, verdadero noviciado del período que vendrá después, cuando el padre De Foucauld madurará su proyecto de fundación y aceptará finalmente la perspectiva del sacerdocio. Esta soledad es tan sólo una etapa, y el hermano Carlos sigue soñando con una Congregación cuyos trazos se precisan hasta en sus más mínimos detalles. Contempla la vida de la Fraternidad de Hermanitos del Sagrado Corazón como si existiera realmente, esbozando su reglamento y su horario. Vamos a evocarla ahora ayudándonos para ello de los planos y los croquis que diseñó; esto nos dirá qué punto alcanzó la evolución de los proyectos del Padre.

* * *

¡Qué diferencia con la casucha del Nazaret del año 1896! Ya no es una choza árabe, sino un verdadero monasterio, que puede acoger hasta cuarenta religiosos y que incluye cinco patios distintos, circundados por varias edificaciones. ¡Qué juicioso parece este proyecto comparado con el precedente! La distribución general se presenta, a primera vista, como muy clásica; sin embargo, en todas partes se manifiesta una constante preocupación de gran pobreza, hasta en los menores detalles de la construcción. Y por otra parte, es debido a esto por lo que el plano que el hermano Carlos trazó en su ermita es tan preciso que todo está medido al centímetro. En resumen, este proyecto es el resultado de una especie de compromiso entre las exigencias de una extrema pobreza –que deberá ser siempre impulsada tan lejos como sea posible– y las de una vida religiosa que sea practicable. El hermano Carlos se esmeró manifiestamente, a fin de atender las observaciones del padre Huvelin, dando muestras de prudencia y discreción.

Los planos y los croquis añadidos al reglamento del año 1899, así como la descripción detallada que nos dejó el Padre de su proyecto de Fraternidad, nos permite reconstruirla en todos sus detalles tal y conforme debió verla varias veces en imaginación el ermitaño de Nazaret.

He aquí, ante todo, el plano general. Vista desde lejos la Fraternidad aparece como un conjunto de construcciones con tejados bastante bajos^[51], agrupadas alrededor de cinco patios de dimensiones desiguales. Ni espadaña, ni campanario, ni campanas, y el conjunto evoca más bien una agrupación de locales destinados a fines agrícolas o a otros fines, asimismo utilitarios. Sólo unas cruces sencillas fijadas en las extremidades de los pabellones, por encima de los remates de las fachadas, y en dos puertas de acceso, indican que no se trata de edificios profanos. En torno a la Fraternidad, unos terrenos de labor, una huerta. Todo ello puede representar unas cuantas hectáreas, así que los Hermanos pueden cultivarlas por sí mismos. Las edificaciones están construidas con solidez y corrección^[52].

La disposición en patios denota una intención deliberada de proporcionar a la Fraternidad zonas graduadas de silencio y recogimiento. Primero se entra en el patio llamado de la Capellanía, reservado a los huéspedes y a los visitantes de toda categoría. Hacia la izquierda comunica con un segundo patio, más silencioso, destinado a los ejercitantes, y al cual da la parte de la capilla accesible a los huéspedes: es el llamado patio de Retiro. Al fondo de la Capellanía un segundo pasadizo con el patio del taller, en el que están reunidos todos los locales destinados al trabajo de los Hermanos, los hangares y el establo. Este patio está cerrado hacia la izquierda por la parte de la capilla reservada a los huéspedes. De aquí se pasa al patio del claustro, el más recogido de todos, alrededor del cual están agrupadas las celdas de los Hermanos, el refectorio, la capilla, la sacristía, etc. Al otro lado de la capilla y contiguo al patio de retiro, se encuentra finalmente el patio del cementerio; sólo se puede entrar en él por el patio del claustro. Únicamente la Capellanía queda fuera de la clausura, indicada esta por medio de dos portillos con rejilla colocados delante de las puertas propiamente dichas, que dan al patio de retiro y al patio del taller, y por un letrero muy visible: «*Jesús Caritas*, entrada reservada». La parte destinada a retiro es de semiclausura, los restantes edificios quedan

reservados para los religiosos. El patio del taller, en el que aún parece que vibra el estrépito producido por los diferentes trabajos manuales, sirve de transición entre la zona más ruidosa de la Capellanía y la otra, absolutamente silenciosa, del claustro y de la capilla de los religiosos.

Si recorremos el pabellón destinado a los huéspedes, nos sorprenderá su aspecto de humilde y sencilla caridad; un tejadillo acoge al visitante y una galería sostenida por vigas de madera permite circular al abrigo de la lluvia o del sol^[53]. Las celdas de los huéspedes son pequeñas, provistas de todo lo necesario, estando incluso prevista la calefacción.

La concepción de la capilla demuestra, ante todo, una evidente preocupación por atraer el mayor número posible de visitantes a la participación del culto eucarístico, que es el centro de la vida de la Fraternidad. Da la impresión de un largo pasillo. El coro de los Hermanos está ampliamente iluminado por medio de unas ventanas con cristales blanqueados con cal, en tanto que la parte reservada a los fieles no tiene ninguna abertura y queda sumida en una oscuridad relativa; de este modo puede concentrarse toda la atención en el altar, en el que permanece perpetuamente expuesto el Santísimo Sacramento^[54]. Sobre el altar, una gran imagen del Sagrado Corazón, con los brazos extendidos; a la derecha, una imagen de la Santísima Virgen; a la izquierda, la de san José. Unos bancos bastante estrechos, dejando un pasillo central, en los que pueden colocarse alrededor de treinta Hermanos. En la parte destinada a los fieles, unos huecos en los que se encuentran, de un lado, una serie de altares destinados a los sacerdotes que vengan de paso y puedan celebrar el santo sacrificio, y del otro unos pequeños reductos con una rejilla al fondo, que sirven de confesonarios. Está previsto que esta parte de la capilla tenga la longitud necesaria para poder acoger con holgura a los sacerdotes y fieles que vengan de fuera, lo que acentuaría el aspecto general de pasillo largo, tan característico ya. Una reja de hierro, con barrotes asaz espaciados, recuerda que allí reina una clausura estricta.

Lo que se desprende del aspecto de todos estos edificios es una sensación de pequeñez, de humildad y de pobreza; el espacio está estrictamente calculado, demasiado para una treintena de Hermanos, sujetos a una clausura rigurosa. Las celdas miden dos metros de ancho por dos de largo; los asientos en la capilla, muy estrechos y sin separación; ninguna sala común, aparte de una biblioteca minúscula, de cuatro metros de ancho por cuatro de largo. Los Hermanos no están autorizados, por economía, a utilizar la luz en su celda al atardecer, pero pueden ir, bien a la capilla, bien a la biblioteca o bien a la cocina. Esta no mide más que seis metros de largo por cuatro de ancho, y debe servir al mismo tiempo de tahona y de lavadero; su acceso está permitido a todo el que quiera ir allí para coser o leer resguardado del frío. Comprendemos cuál es la intención: reunir a los Hermanos en una vida familiar, silenciosa, en torno a la capilla, evitando los grandes claustros, las salas capitulares, las habitaciones comunes, las múltiples capillas, todo aquello, en fin, que evoca habitualmente la idea de un monasterio. Allí, en la cocina, es donde se reúnen gustosos, como en familia, dedicándose a todo género de ocupaciones. Está previsto que cuando el Hermano maestro o el Hermano prior tengan que reunir a sus Hermanos lo hagan en cualquier sitio: fuera, en medio de los sembrados,

en el taller, en su celda. Preocupación de pobreza ciertamente, para evitar que se multipliquen las edificaciones, pero también preocupación por conseguir que la Fraternidad se asemeje lo más posible a una casa familiar, a la de la Sagrada Familia de Nazaret. Una disposición como esta, destinada para un tan gran número de religiosos en clausura, habría producido, más bien, una impresión de amontonamiento, de ahogo, de molestias mutuas, en perjuicio de la caridad y de la oración. No hay que decir que semejante consecuencia estaba en completa oposición con los deseos del Padre. Conocemos muy bien, por la descripción que de su Fraternidad nos dejó el hermano Carlos, el ambiente que se proponía crear: recogimiento y silencio, agrupación, en una vida de familia, en torno a la Sagrada Hostia, humilde y fraterna caridad hacia los huéspedes y hacia todos los de afuera, todo ello dentro de una gran pobreza.

El hermano Carlos profundizó intensamente en su vida contemplativa durante los dos años de retiro precedentes a la redacción de este reglamento. En esta contingencia, la adoración perpetua al Santísimo Sacramento se le presenta como debiendo constituir la principal actividad de la Fraternidad; de aquí la necesidad de un número bastante grande de religiosos. Ahora bien, sabemos que en un principio el padre De Foucauld deseaba constituir sólo «grupos reducidos, pero pequeños palomares, como los Carmelos (los monasterios con numerosa comunidad adquieren, casi necesariamente, una importancia material enemiga de la abyección y de la humildad)»^[55]. El plan de Fraternidad del año 1899 es una tentativa de reconciliación entre estos dos deseos, que hasta entonces le habían parecido estar en contradicción: preservar la humildad, la abyección y la pobreza de las edificaciones, lo que no es posible con un gran número de Hermanos, y al mismo tiempo asegurar la adoración perpetua, lo que no es posible sin una comunidad numerosa. Nos parece que su proyecto fue un fracaso, en el sentido de que el hermano Carlos no consigue proporcionar el espacio suficiente, el normalmente exigido por el ritmo que requiere la respiración espiritual, de una comunidad numerosa estrictamente enclaustrada.

El Nazaret de 1896 había sido el sueño de un alma torturada por un inmenso deseo de pobreza total y laboriosa. La Fraternidad del año 1899 intenta adaptar, sin lograrlo, ese mismo deseo a las exigencias de una comunidad en clausura más numerosa, centrada por entero en la adoración perpetua. Una preocupación más realista, por las necesidades de la caridad y de la hospitalidad, acarrea el desarrollo de todo un conjunto de construcciones: la Capellanía y el retiro. El ideal del hermano Carlos evolucionó, por tanto, completándose a la vez; se hace más complejo y más matizado. No hay más que comparar el legítimo monasterio y sus cinco patios, con que sueña actualmente, con las pobres chozas árabes que vislumbraba en Cheikhlé. Pero, ¿qué será de este sueño cuando se ponga en contacto con las realidades? Es lo que nos queda por decir, ya que hasta aquí, y no lo olvidemos, aparte de la cabaña de madera de los años de Tierra Santa, las residencias que nos describe el hermano Carlos no son todavía sino creaciones de su ánimo. Ahora va a empezar a edificar con piedra y tierra.

* * *

Primeramente la Fraternidad de Beni-Abbés. Este edificio, cuidadosamente reconstruido y conservado, todavía subsiste. Luego de su llegada a Beni-Abbés, el hermano Carlos se puso a edificar ayudado por el trabajo benévolo de los militares del Oasis. Con toda seguridad tiene a la vista los planos trazados en 1899; lo que llamará con bastante impropiedad –sin duda porque vivió solo– su ermita de Beni-Abbés no es en realidad otra cosa que la Fraternidad-tipo, que quedó sin terminar. Comienza por la capilla, que es bastante grande; tiene cuatro metros de ancho por catorce de largo, sin contar los dos brazos de la cruz. Son exactamente las dimensiones previstas en el plano para la parte de la capilla reservada a los hermanos. El Padre espera que unos treinta hermanos vendrán a reunirse con él. Será una Fraternidad de adoración perpetua.

Después de la capilla construye las celdas, creemos que en número de tres; a continuación un cuarto para los huéspedes y finalmente un muro de clausura, al cual concede mucha importancia: «Me doy cuenta de que es indispensable para que los Hermanos –si Jesús me los da– puedan tener recogimiento, vida regular, paz y silencio»^[56]. Todo esto no es otra cosa que la puesta en marcha de su proyecto; es exactamente la primera Fraternidad, aquella que hizo surgir de la tierra tal y conforme la había soñado. Ahí está todo lo esencial y todo está previsto para la severa clausura prescrita en su reglamento, para la adoración del Santísimo Sacramento, para la recepción de los huéspedes. Todavía no aparecen, sin duda, los cinco patios, pero también habrían podido surgir de la tierra si no hubiera sido por la intervención de monseñor Guérin, su Prefecto Apostólico, que en el curso de su vida le reprochó el construir demasiado; «Edifico mucho; detenerse, no aumentar las construcciones...»^[57]. Esta manera de vislumbrar desde el principio un monasterio completo estaba por lo demás completamente de acuerdo con sus prescripciones respecto a las fundaciones: «Antes de la entrada de los Hermanos enviados para poblar una nueva Fraternidad, tendrá que estar totalmente instalada, como si estuviera habitada desde hace varios años»^[58].

El hermano Carlos se ve acompañado por su comunidad de Hermanos, con tal realidad, que inmediatamente siente la necesidad de tener una campana –cosa bastante importante por otro lado^[59]– y tocar con ella antes de cada uno de los ejercicios, aun durante la noche, como una perseverante llamada a los futuros Hermanos, esperados con tanto afán.

La Fraternidad ideal no se hará. Las pobres construcciones de «toubes», que son como su esbozo, apenas terminadas, fueron abandonadas por su constructor, y continuarán siendo los testigos del ensayo de realización de un concepto de vida religiosa elaborado en la soledad de Nazaret. El Padre creía que esta concepción iba a ser definitiva; pero he aquí que ya no se la representa sino como una etapa hacia alguna otra cosa, que todavía aparece muy confusamente. Poco a poco, y contra su gusto, se va alejando de este monasterio inacabado; de todos modos no quisiera abandonarle para siempre, siente algún escrúpulo y toma la resolución de regresar a él periódicamente; pero de hecho no volverá a residir en él. Tiene que hacer otra cosa distinta. En adelante la campana permanecerá silenciosa, y la Fraternidad del proyecto del año 1899 sin terminar.

Estamos con el Padre en la región del Hóggar. No hablaremos de la casa que alquiló en In Salah, simple refugio de camino, ni del fortín de Tamanrasset, que no tiene ninguna relación con los proyectos de fundación del Padre. En realidad, fue diseñado por él y edificado bajo su dirección, pero sólo con el objetivo preciso de poder ofrecer asilo a la población en caso de ataque. Es una sencilla construcción militar, que responde a las circunstancias, muy particulares, de un país en estado de guerra. También hubo un proyecto de ermita, no realizado, en el sur del Hóggar. El padre De Foucauld planeó, en suma, dos ermitas: una en Tamanrasset y la otra en la cumbre del Asekrem. Residirá, alternativamente, en la una y en la otra. A estas modestas edificaciones las designa siempre con el nombre de «ermitas»: ya no habla de Fraternidad, como lo hacía en Beni-Abbés. Comprendemos inmediatamente que se ha producido un cambio en el pensamiento del Padre.

La ermita de Tamanrasset, muy pobre, tiene toda la apariencia de una casa indígena. El débil poder de sustentación de las ramas de árbol utilizadas para soportar la terraza obliga a construir un edificio muy estrecho. El espacio lo da la longitud. El mismo Padre nos describe su instalación: «Mi casa se construye; dos habitaciones de piedra y tierra, de 1,75 metros de ancho por 2,75 de largo cada una, y de unos dos metros de altura. Estará terminada en unos cinco o seis días. A continuación se construirá una choza de cañas, que servirá de locutorio, de refectorio, de cocina, de cuarto para Pablo, o para los huéspedes»^[60].

La segunda ermita que se hizo construir algunos años más tarde en la cumbre del Asekrem no es sino la réplica de la primera. «La construcción de la ermita comenzó hace un mes; a estas horas ya debe estar terminada o a punto de estarlo; está situada a unos 50 o 60 kilómetros de aquí, en pleno corazón del Hóggar, en el punto más central del macizo montañoso, que es la ciudad de la región, donde las tiendas de campaña (es decir, las mujeres, los niños y los viejos) no salen nunca. La ermita está situada en una montaña en forma de planicie, llamada Asekrem, a más de 2.600 metros de altura; consta de dos habitaciones, un dormitorio y la capilla; el cuarto es lo suficientemente amplio para que puedan habitarlo dos personas; ya sabe cuánto deseo tener un compañero»^[61].

Qué diferente nos parece todo esto de aquella otra Fraternidad, cuyos planos diseñó en Nazaret y cuya construcción comenzó en Beni-Abbés. ¿Es que no podemos ver en ello como el abandono efectivo de su primera concepción, teórica, sobre todo? Las ermitas nos aparecen más directamente inspiradas por la experiencia concreta de las exigencias de su vocación. Desaparecen esas grandes tapias de clausura, previstas en 1899^[62]. Nos encontramos nuevamente en el extremo opuesto a todo lo que recuerda un monasterio; las ermitas de Tamanrasset se acercan más a la concepción primitiva del Nazaret de 1896 que a Beni-Abbés. Estas dos pobres casas del Hóggar se presentan realmente como cualquier otra casa del pueblo. El Padre, totalmente entregado a sus tuaregs, abandonado a ellos por completo, en una casa tan accesible para todos, podrá

pasar como «uno de la región», según su propia expresión. Nada les chocará. No hay campanario, ni esquila, ni muro, ni claustro, ni capilla aparente. Saben que el Padre reza, retirado al fondo de su casa, donde por otro lado trabaja y recibe familiarmente a todos los que vienen a verle. El hermano Carlos, siempre ávido de silencio y recogimiento, no pretende, sin embargo, huir de los tuaregs; precisamente el emplazamiento de sus ermitas está escogido con la preocupación de poder penetrar mejor en su ambiente. En el Asekrem sigue a las tribus en sus emigraciones veraniegas a la montaña. Ahora el padre De Foucauld lleva su clausura en su interior; quiere ser monje y, en efecto, lo seguirá siendo.

Un aspecto importante, peculiar a estas dos ermitas, es que su misma exigüidad excluye toda idea de comunidad. El espacio está calculado justo para un compañero. Nos queda por saber si semejante disposición es puramente accidental y provisional, o si responde a un nuevo ideal de vida bien premeditado. La correspondencia del Padre nos ilustra mucho respecto a esta materia. Por ella sabemos que busca un compañero o dos, sacerdotes de edad madura, para ayudarle en su tarea mientras viva y poder continuarla después de muerto. Pero, sobre todo, lo que descubrimos en una carta dirigida a un religioso, fechada el 13 de mayo de 1911, es que el padre De Foucauld prefiere, decididamente, la organización en grupos pequeños poco numerosos, la única que podrá permitir una vida muy sencilla, muy pobre, muy mezclada con el medio ambiente en que se desarrolla. Este hallazgo, fruto de su experiencia sahariana, es particularmente importante. Viene a completar y precisar, con su realización práctica, un ideal demasiado teóricamente entrevisto al comienzo. Tal vez nos sentiríamos inclinados a ver en esta carta del año 1911 como un nuevo proyecto de regla sin relación con el precedente. No lo creemos así. El mismo texto de la carta en cuestión sugiere lo contrario. En efecto, vuelve a tomar en consideración, excepto la modificación concerniente a los contactos apostólicos, los mismos principios directivos del reglamento de los Hermanitos del Sagrado Corazón. Por otro lado, insiste con toda claridad en el carácter monástico y contemplativo de su fundación, y las exigencias que formula en este sentido son quizá incompatibles con la idea de crear grupos reducidos de contacto en que sigue pensando.

Frente a los edificios inacabados de Beni-Abbés, ensayo real de un proyecto demasiado teórico, las pobres edificaciones del Hóggar, tan abiertas al medio ambiente, definen en lo concreto un nuevo aspecto de su ideal. No obstante, de las unas a las otras aparece toda la continuidad de una sola vocación profunda, de una vocación que se busca a sí misma. El hermano Carlos sueña con una auténtica vida religiosa contemplativa, sin obligación de ministerio, sin predicación, mezclada simplemente a la vida de los demás hombres, en la pobreza, en una comunidad de trabajo, y en testimonio de un amor fraterno total –en una palabra–, sueña con «pregonar el Evangelio con toda su vida». Todos estos elementos están perfectamente unificados en su interior, y unidos simultáneamente en la unidad de un amor muy fuerte. Donde únicamente aparecen las contradicciones es en la interpretación concreta. Ahí está la realidad con todas sus exigencias. El Nazaret de los Hermanitos de Jesús encarna su sueño de pobreza obrera rigurosa, a costa de lo demás, en tanto que la Fraternidad de los Hermanitos del Sagrado

Corazón y la de Beni-Abbés traducen su sed de silencio y de ardiente oración eucarística, en una clausura demasiado absoluta; finalmente, las ermitas de Tamanrasset realizan esa entrega de sí mismo a las almas en un inmenso amor fraterno –tan deseada por él–, pero esta vez será en detrimento de las condiciones materiales normalmente requeridas por una comunidad para proteger la verdadera vida conventual.

* * *

Lo que desean los Hermanitos es vivir en su integridad el mensaje de su Padre. Por tanto, tendrán que esforzarse en sintetizar en su vida todos los elementos de ese mensaje. Sus Fraternidades estarán constituidas de tal modo que pueda ser factible, para el conjunto de los Hermanos, un ritmo de vida semejante. Pobreza, trabajo, oración eucarística, don de sí mismo por medio de sencillos contactos fraternales; estos son los aspectos esenciales de su vida que tendrán que ser llevados a la práctica, si no siempre con simultaneidad, por lo menos con una alternativa armoniosa, como hizo muy a menudo el mismo padre De Foucauld. Todas las Fraternidades de Hermanitos tendrán que llevar –con matices que diferenciarán, según los ambientes, las unas de las otras– el reflejo de los caracteres que acabamos de evocar: en efecto, todos son esenciales en la espiritualidad de Carlos de Foucauld.

Nazaret, forma de vida religiosa

El padre De Foucauld nunca cesó de afirmar que su vocación consistía en imitar la vida de Jesús de Nazaret. Desde el día de su conversión hasta su muerte, en el transcurso de una existencia con etapas tan contrapuestas en apariencia, este ideal se presenta como el punto fijo al que se refieren todas sus aspiraciones, orientando el menor de sus pasos.

Lo que pretende el hermano Carlos es constituir una verdadera forma de vida religiosa, tomando como punto de partida la imitación del misterio de Nazaret. A primera vista, no hay aquí nada que no sea muy clásico; sabemos que muchas Congregaciones religiosas se engendraron en el siglo pasado a causa de la meditación en la vida de la Sagrada Familia. La llamada espiritualidad de Nazaret alimenta desde hace tiempo una corriente auténtica de vida religiosa. Sin embargo, tenemos la sensación de que el humilde Hermano de los tuaregs nos trae, a pesar de su soledad y más bien con su vida que con sus escritos, un ideal religioso realmente nuevo, ideal que no fructificaría sino después de su muerte. Él mismo no pudo adivinar, sino muy confusamente, las repercusiones que tendría su mensaje entre la juventud del siglo XX.

Más de una vez se nos ha objetado el carácter necesariamente limitado e incompleto de una espiritualidad, centrada con harta exclusividad en la vida de Nazaret. Esta no representa, después de todo, más que un período de la vida de Jesús, y un período que no fue, a pesar de su duración, sino una preparación a su misión de Redentor, y como la espera silenciosa del momento fijado por su Padre para que comenzara el doloroso trabajo que requería la Redención de la Humanidad. ¿Por qué limitarse a un solo aspecto de Cristo? ¿Es que un cristiano puede alcanzar el completo desarrollo de su vida divina sin recibir antes la impresión de todos los misterios que el Salvador quiso vivir por él mismo de antemano, en calidad de Jefe del Cuerpo Místico? Si algunas almas, insuficientemente esclarecidas, no supieron evitar siempre los peligros inherentes a la práctica de una devoción que no abraza la totalidad del misterio de Jesús, ¿cómo podríamos inculpar de ello al padre De Foucauld? Para convencernos nos es suficiente con volver a leer sus meditaciones acerca del Evangelio, y comprobar hasta qué punto se fue conformando poco a poco y en lo más profundo de su alma con Cristo Jesús, no únicamente obrero en Nazaret, sino en todos los rumbos de su vida errante en busca de las ovejas más abandonadas, y sobre todo en su agonía en la cruz. Es por esto por lo que me parece preferible no calificar la *espiritualidad* del padre De Foucauld como espiritualidad de Nazaret, excepto tal vez durante los primeros años, cuando puso todo su empeño en la adquisición de las llamadas virtudes «de la vida escondida». Pero sigue siendo cierto, por el contrario, que el misterio de Jesús obrero, pobre, viviendo oscuramente en Nazaret, ejerció una influencia determinante en la elección que tuvo que hacer, de un *estado de vida*, así como en la elaboración del proyecto de Congregación

religiosa con que soñó desde el principio. Su deseo de imitar la vida humilde y laboriosa de su «*muy amado Hermano y Señor*» está directamente impreso en el origen de lo que hay de realmente nuevo y propiamente original en su concepción de una vida religiosa. Nazaret inspiró al padre De Foucauld *una nueva forma de vida* religiosa exterior, en tanto que su *espiritualidad* se nutre con la plenitud del misterio de Jesús, incorporándose a través del Evangelio.

Dos elementos me parecen esenciales en el ideal de vida religiosa con que sueña el hermano Carlos. Poco a poco se abrirán paso a través de las aspiraciones que invaden su alma, llevando en ellos, sin que lo parezca a primera vista, el germen de una verdadera renovación de la vida religiosa.

El primero de estos elementos aparece con ocasión del choque recibido por el hermano Alberico en la Trapa de Abbés, después de la visita que hizo a una pobre familia obrera en la aldea vecina. «*Qué diferencia* –escribe a su regreso– *entre esta casa y las nuestras. ¡Suspiro por Nazaret!...*». De aquí en adelante, Nazaret encarna para él un ideal de vida religiosa que deberá integrar, salvaguardándolas a la vez, la pobreza real del alojamiento y del nivel de vida, así como la inseguridad y el duro trabajo de una familia obrera. Ahí está en germen todo su ideal. Sabemos de qué modo encontró este deseo su primera expresión, en la redacción, ardiente como un primer ímpetu de fervor, del *Reglamento de los Hermanitos de Jesús*, compuesto el año 1896. Su vida religiosa pretende reproducir la vida común de los pobres, de los proletarios, y comprendió que para esto era indispensable vivir organizados en grupos reducidos. Esta condición esencial que intuyó inmediatamente fue sacrificada por él, sin embargo, y creemos que muy a pesar suyo, en la redacción de su reglamento del año 1899, que se nos presenta como una tentativa infructuosa de conciliación entre las exigencias de su ideal, en lo que tiene de nuevo y las observancias tradicionales de una vida monástica centrada en la adoración al Santísimo Sacramento. Pero más tarde en Tamanrasset y a la luz de su experiencia, volverá a su primera idea de Fraternidades reducidas, debido ahora más bien a una razón de inserción en el ambiente que a un objetivo de pobreza.

¿Pero es que este anhelo por alcanzar la perfección religiosa en un estado de vida que es el de la mayoría de los hombres no encubre una especie de confusión entre el estado religioso y la situación normal de todo cristiano que persigue la santidad en medio del mundo? Esta confusión, ¿no está, sobre todo, en la naturaleza de los medios a emplear a fin de realizar la perfección cristiana? La vida religiosa se define, precisamente, por un conjunto de medios, ya que la naturaleza de la perfección es la misma para todos los que están bautizados, sean o no religiosos. El mismo padre De Foucauld subraya que el misterio de Nazaret es por excelencia el modelo de vida cristiana para el seglar que vive en el mundo; cuando después de haber hablado en una de sus meditaciones acerca de las *tres vidas* llevadas por Cristo: vida en Nazaret, vida en el desierto, vida pública, escribe: «*De estas tres vidas, la vida de Nazaret es, con mucho, la que lleva durante un tiempo más largo..., como para demostrarnos que es, de estas tres vidas, igualmente perfectas y divinas las tres, aquella a la que te agrada llamar al mayor número de servidores tuyos, con gran diferencia...*»^[63]. Ahora bien, es precisamente, entre todas, la que el

hermano Carlos se siente impulsado a elegir.

El segundo elemento original del ideal del Padre acentuará aún más este aspecto, insólito ya, para un estado de vida religiosa. En efecto, habría sido posible mantener la imitación de la vida de Nazaret en un marco de clausura, de silencio, de retiro efectivo, lo que había conservado una fisonomía monástica tradicional; y esto es, en efecto, lo que el Padre se esforzó en realizar durante algún tiempo. Los dos reglamentos redactados por él en 1896 y 1899 prescriben una clausura estricta, y su primera Fraternidad de Beni-Abbés tenía ya como un esbozo de muro. Pero el impulso interior, producto de una vocación imperiosa, le conducirá muy pronto al abandono de toda idea de separación, para vivir, por el contrario, en estrecho contacto con los hombres que le rodean; contacto que se hizo cada vez más intenso, íntimo debido al movimiento de una caridad creciente, expresándose en la familiaridad de una amistad sencillamente fraternal. Llegó a vivir hasta tal punto entre los hombres, tan próximo a ellos, que ningún misionero lo pudo igual jamás; y fue por todo lo que un esfuerzo generoso de adaptación de la inteligencia y del corazón arrastra tras sí. Esta entrega y esta constante disponibilidad son el fruto del amor, y la consecuencia de un gran deseo de proporcionar a los hombres una presencia viva de Cristo. No tenemos que temer hablar de espíritu de apostolado en el más amplio sentido de la palabra, bajo la condición de comprender bien la naturaleza de este apostolado y de los medios que utiliza, con exclusión de todos los demás. Estos medios son, a más de la simple presencia, la amistad fraterna, el don de sí mismo, las conversaciones íntimas, el testimonio expresado por la vida entera, en una palabra, todo aquello que el amor puede sugerir a un pobre que quiere seguir siéndolo, para que los hermanos que le rodean conozcan y amen al Señor Jesús. ¿No es además la única forma de apostolado que está al alcance de un seglar pobre en el curso ordinario de su vida?

La ausencia de organización comunitaria de tipo monástico con objeto de salvaguardar la condición material del pobre; la supresión de toda separación visible y exterior con los hombres a quienes se entrega uno en completa disponibilidad, tales son las dos características que determinan la originalidad de la forma de vida inaugurada por el padre De Foucauld. Vividas hasta en sus últimas consecuencias lógicas, alteran evidentemente una cierta concepción clásica de la profesión religiosa.

* * *

La consecuencia más inmediata de una forma de vida semejante está en la dificultad de aclimatar las observancias tradicionales. Sin embargo, ¿es posible intentar que conserve un aspecto de vida religiosa, manteniendo medianamente unas observancias, y teniendo que hacer un esfuerzo para rejuvenecerlas o adaptarlas? Esto vendrá a parar frecuentemente en una dosificación, más o menos equilibrada, lo que causará una continua preocupación, engendrando quizá, en algunas ocasiones, una tensión interior perjudicial para la paz del alma. Los ejercicios, a menudo atropellados, las observancias que no se pueden guardar, todo pierde el verdadero valor que poseían en otra forma de vida religiosa. El esfuerzo producido para mantener sin éxito determinadas reglas de separación exterior, imposibles de preservar, motivará el desaliento, tanto más cuanto que

acabará uno por no comprender la utilidad del papel que pueden representar en la adquisición del amor de Cristo y de los hombres, en un género de vida para el que no fueron concebidas^[64]. Se podrá objetar que la desaparición de las observancias y, en particular, de un mínimo de separación exterior, no permite hablar ya de verdadera vida religiosa, sino tan sólo de una vida cristiana seglar en el mundo. Así que se nos presentan dos problemas: el de saber si un mínimo de separación y de observancias es realmente un elemento esencial de la vida religiosa como tal, y el de la superioridad del estado religioso con respecto al estado seglar.

En efecto, una de las adquisiciones más importantes de la cristiandad contemporánea es precisamente la conciencia resuelta de que es posible alcanzar la santidad total viviendo en el mundo. Los movimientos de Acción Católica han producido unos tipos de cristianos cuyo valor interior prevalece, en ocasiones, sobre el de ciertos sacerdotes o religiosos. Esta comparación ha sido, en parte, el origen de la desconsideración en que ha ido cayendo el estado de vida religiosa.

En efecto, no es raro encontrar una fe más profunda, una caridad más abnegada y más activa, un renunciamiento más auténtico y más heroico entre los seglares militantes de Acción Católica, entre padres y madres de familias numerosas, que entre los seminaristas, los religiosos o las monjas. Este hecho da material para reflexionar. Para numerosos clérigos, sacerdotes o religiosos, las duras condiciones de vida impuestas por el ambiente en que se vieron sumidos durante largos meses, ya en campamentos de prisioneros o en campos de concentración, o a consecuencia del servicio de trabajo obligatorio, fueron, muy a menudo, ocasión de descubrir verdaderos valores de santidad, y más ricos en frutos de auténtica caridad, que no la formación en el noviciado o en el seminario. De esto se han sacado unas conclusiones desfavorables para la vida religiosa, sin haber llegado siempre a discernir suficientemente las causas exactas de esta situación. No obstante, el estado de vida religiosa no podrá ser ni siquiera rozado por críticas que sólo reposan en una concepción falsa acerca de su naturaleza, o acerca de unos métodos de formación imperfectos o caducos.

La rápida evolución de las condiciones generales de la vida al comienzo del siglo, y los trágicos trastornos que siguieron, han colocado bruscamente a la mayoría de los hombres que viven en el mundo frente a una dureza de vida casi cotidiana, que era para los cristianos como una intimación a excederse a sí mismos y muy a menudo no sin un cierto heroísmo. Al mismo tiempo la Iglesia se encontró en la necesidad de reconquistar a las masas populares descristianizadas, lo que ha tenido como consecuencia que en muchos seglares miembros de Acción Católica se desarrolle una caridad activa y un sentido vivo de las realidades sociales y de la mutua ayuda fraternal que las mismas dificultades de la lucha diaria contribuyen a que fuera más profundo. También aquí y a cada instante, la vida misma exigía de estos apóstoles seglares una dosis poco común de intrepidez y amor cristianos.

En cambio, un número bastante elevado de comunidades religiosas se libraron de este estado de cosas. Sus miembros se encontraron, sin que esta situación fuera, de ningún modo, buscada voluntariamente, como al abrigo de estas mudanzas exteriores. Muy

pocos religiosos tuvieron que vivir en sus conventos dura y heroicamente, y, debido al ritmo mismo de su vida religiosa, se encontraron como preservados de las asperezas de la vida diaria moderna. Es difícil conceder que esto fuera un verdadero privilegio desde el punto de vista evangélico.

El juicio, demasiado severo, que ha merecido por parte de algunos la vida conventual actual de ciertos religiosos no deja de tener un fundamento real. ¿Cuáles son las causas de esta situación?

A la rápida evolución de la mentalidad de nuestros contemporáneos, a su nueva psicología trastornada por los acontecimientos de estos últimos diez años habría tenido que responder una cierta adaptación de las observancias religiosas y de los medios de perfección a las nuevas necesidades. Esta adaptación no siempre se ha verificado. Parece como si la lenta evolución de determinadas costumbres de la vida religiosa hubiera sido rebasada por la rapidez de la evolución moderna. Sin embargo, hubo otros períodos en la historia de la Iglesia en los que a la transformación de los espíritus –sin duda menos rápida, y esto es lo que disculpa a nuestro tiempo– correspondía una floración de vida religiosa renovada y perfectamente adaptada; el monaquismo de los primeros siglos, las órdenes mendicantes del siglo XIII, san Ignacio y los jesuitas, las congregaciones caritativas del siglo XVI.

Como consecuencia de la excesiva proliferación de un método, excelente en sí mismo, se ha ido estableciendo con el tiempo una conclusión demasiado grande entre los ejercicios de piedad y la misma esencia de la vida religiosa, hasta el punto de que, muy a menudo, el empleo abusivo de aquellos ha velado la verdadera naturaleza de la perfección evangélica, a expensas de la adquisición de las virtudes cristianas básicas.

Las antiguas reglas religiosas (san Benito, san Francisco) hablaban, sobre todo, de virtudes y del espíritu religioso que era preciso adquirir, en tanto que las constituciones modernas insisten mucho más en un conjunto de ejercicios, prescritos a veces muy minuciosamente. De aquí la tendencia, que no ha sido siempre suficientemente frenada, a un cierto formalismo, no todas las veces consciente, lo que no impide que exista y que resulte nocivo al verdadero amor y al espíritu del Evangelio.

Y sin embargo, no puede darse una santidad auténtica sin heroísmo. La proclamación del carácter heroico de las virtudes es el preliminar obligatorio a toda canonización.

Este heroísmo debe afectar particularmente al amor, que es el vínculo de toda perfección cristiana. Ahora bien, ¿es que el religioso no ha recibido más explícitamente un llamamiento a la perfección? Por tanto, tendrá que ordenar deliberadamente su vida, más que ningún otro, dentro de la perspectiva de una paridad heroicamente vivida. Semejante actitud de alma está en los antípodas de toda especie de formalismo. Un alma consagrada debe exponerse a determinados peligros inherentes al amor, y saber afrontar unas situaciones que le intiman a producir actos de caridad enérgica, valiente y hasta heroica. Este auténtico espíritu religioso fue el que animó a todos los fundadores de las grandes órdenes religiosas. Ya tendremos ocasión de volver a ocuparnos de los diferentes aspectos de este problema, a fin de sacar algunas conclusiones prácticas. Por ahora no hacemos otra cosa que situarlos en su encuadramiento general.

Estas deficiencias, más o menos reales o aparentes, explican en parte la severidad de los juicios formulados por nuestros contemporáneos acerca de la vida conventual, pero no justifican todas sus afirmaciones, viciadas a veces por concepciones incompletas o erróneas respecto a nuestras relaciones con Dios.

Actualmente son dos los aspectos de la vida religiosa particularmente mal entendidos: *la necesidad de una disciplina y de una ascesis* que no estén en una relación directa o inmediata con una mejora tangible de valor humano, o con un rendimiento comprobado de apostolado; y *el valor de la consagración de una vida sólo a Dios*, fuera de toda actividad del orden de la caridad, o de servicio orientado hacia los hombres.

En la base de este desconocimiento encontramos una reacción contra el concepto jansenista del hombre: nos cuesta trabajo admitir las tachas y las heridas que dejó en nosotros el pecado original. Apenas si todavía se le nombra y para que la ascesis sea aceptada es preciso hacer resaltar su rendimiento humano. La reacción era legítima: va demasiado lejos. Ya no se puede comprender, por tanto, todo el significado que tienen la penitencia y la mortificación, ni tampoco determinadas exigencias de los votos de pobreza y obediencia. El mismo celibato, consagrado por un voto, ya no arrastra idéntica estimación.

La urgente necesidad de tener que rehacer una sociedad sobre bases nuevas y de reconquistar para Cristo un mundo paganizado hasta la médula cristalizó todas las preocupaciones y todos los cuidados de la cristiandad sobre actividades sociales con rendimiento y sobre el esfuerzo de una caridad eficiente. Este incontestable enriquecimiento tuvo su contrapartida en una baja *del sentido de lo sagrado*. Se discute el valor intrínseco de una *separación* sólo para Dios, y a veces aun la legitimidad de una existencia puramente consagrada a Dios, que llegue hasta el punto de exigir el retiro de toda actividad humana. Casi siempre nos sentimos inclinados a juzgar el valor espiritual de un acto por el rendimiento de actividad social y de servicio al prójimo que es susceptible de producir. Es un error, y es por esto por lo que no se comprende ya siempre, suficientemente, el valor religioso del voto que consagra una vida a Dios.

Por tanto, debemos afirmar, de acuerdo con el pensamiento de la Iglesia, invariable en este punto desde los primeros siglos, la superioridad de la consagración hecha a Dios por medio de los tres votos sobre el estado de vida del simple cristiano. Es afirmar, igualmente, al mismo tiempo, no sólo la legitimidad, sino la superioridad en sí de las separaciones esenciales, de orden interior y espiritual ante todo, que lleva consigo la observancia de los votos, en particular el de castidad. Esta separación, aun reducida al mínimo indispensable, ¿es compatible con un género de vida en contacto íntimo con los hombres, y con todo lo que esta vida mezclada arrastra de inestabilidad, de incertidumbre acerca del día de mañana, de cuidados y trabajos diarios, que es precisamente aquella con la que soñaba el hermano Carlos desde su salida de la Trapa? Pensamos que hay que contestar afirmativamente.

El elemento esencial del estado de vida religiosa, el que le define, es la realidad espiritual de la promesa hecha a Dios, públicamente aceptada por la Iglesia, de vivir en estado de castidad, de pobreza y de obediencia. Este estado, sin duda, lleva consigo

algunas separaciones, pero estas pueden ser realizadas en los estados de vida más diversos. Un segundo elemento, quizá indispensable para algunos, pero, sin embargo, secundario en sí y no esencial, se encuentra en la concepción actual del estado de vida religiosa: está constituido por un conjunto de medios propuestos con vista a facilitar prácticamente la profesión de los tres votos: clausura, silencio reglamentado, separaciones diversas, prescripciones concernientes a la organización de una vida en comunidad. Todo esto no es sino medio en relación con la ejecución de los consejos evangélicos. Se puede concebir, por tanto, una verdadera vida religiosa que renunciará a emplear en el mismo grado estos diferentes medios, con tal que proponga un camino capaz de conducir a quienes le siguen hasta la perfección de la caridad por medio de la práctica de la pobreza, de la castidad y de la obediencia. El padre De Foucauld abrió este camino delante de nosotros, internándose el primero: compartir, hasta en sus consecuencias extremas, el destino de los trabajadores pobres y permanecer muy cerca de los hombres a fin de ser para ellos como una presencia viva de Cristo.

Nos encontramos frente a un nuevo tipo de vida religiosa, en la que no es tan importante ponerse al abrigo de los peligros por medio de separaciones, o de prestar ayuda a las ocupaciones cotidianas mediante unas observancias sobreañadidas, como el ordenar la vida entera en un mismo movimiento de caridad hacia Cristo y hacia los hombres, aprendiendo a servirse de las dificultades que ofrece esta vida, como de un medio de desasimiento y de realización muy concreta de la profesión de los tres votos.

Hubo un tiempo en el que la profesión monástica estaba considerada como el medio prácticamente necesario para llegar rápidamente a la perfección cristiana; esta concepción, muy viva en los primeros siglos de la cristiandad, fue el origen de esa extraordinaria migración hacia los desiertos de Egipto, así como al monaquismo occidental, y continúa siendo una característica del alma religiosa oriental. La volveremos a encontrar, atenuada y bajo otras formas, en diferentes períodos de la historia de la espiritualidad, sobre todo en el siglo XVII. Estamos asistiendo en nuestros días a un nuevo descubrimiento: el de la posibilidad de alcanzar una auténtica santidad en el mundo, dentro de un clima de espiritualidad más directamente apostólico que aquel otro propugnado e instigado por san Francisco de Sales; este hecho no sólo tendrá como consecuencia la tendencia, ya indicada más arriba, a desconocer el valor de la vida religiosa, sino que producirá una nueva forma de vida religiosa, siendo los institutos seculares su expresión más característica. En efecto, en la constitución de estos últimos volvemos a encontrar fuertemente asentados los elementos que caracterizan a nuestro ideal de vida de Nazaret. Aquellos que ponen en duda la viabilidad de una vida religiosa semejante no tienen más que acudir a los documentos pontificios, en los que Pío XII, reconociendo solemnemente la forma de vida ofrecida por los institutos seculares como un estado canónico de perfección, afirma, por el hecho mismo, y de una manera absoluta, la posibilidad de conseguir la perfección de los consejos evangélicos por un camino tan opuesto, a primera vista, al seguido hasta ahora por las congregaciones religiosas. De aquí la importancia de la constitución apostólica *Provida Mater Ecclesia*, completada por el motu proprio *Primo feliciter*^[65], que desbordan con mucho el marco

de los Institutos seculares directamente aludidos. Subrayando con una nitidez completamente nueva lo que es esencial al estado de perfección, abren el camino a una renovación del concepto de la vida religiosa en sí mismo. En estos documentos vamos a encontrar la definición de los principios que inspiran la concepción de la vida religiosa en las Fraternidades. Detengámonos un poco.

Los institutos seculares difieren de las congregaciones religiosas en dos puntos esenciales: a pesar de que los miembros de los institutos seculares se comprometen, por medio de votos o promesas, a observar la pobreza, la castidad y la obediencia^[66], este compromiso no está considerado por la Iglesia como una profesión pública; sus miembros no hacen tampoco vida común. Dejando de lado estos dos puntos, todo lo que expone el Papa acerca del camino de perfección propio de estos institutos se aplica perfectamente a las Fraternidades.

«Llevar seriamente siempre y en todas partes una vida de perfección y para abrazarla también en muchos casos en los cuales una vida religiosa canónica no era posible o conveniente; para una intensa renovación cristiana de las familias, las profesiones y la sociedad civil, por el contacto íntimo y cotidiano con una vida perfecta y totalmente consagrada a la santificación...»^[67].

«Nada se ha de quitar de la plena profesión de la perfección cristiana, sólidamente fundada en los consejos evangélicos y en cuanto a la sustancia verdaderamente religiosa; pero es perfección que ha de ejercitarse y profesarse en el siglo y, por ende, conviene se acomode a la vida secular en todo lo que es lícito y puede conformarse con los deberes y obras de la misma Perfección.

Toda la vida de los socios de los institutos seculares, dedicada a Dios por la profesión, debe convertirse en apostolado, el cual ha de ejercerse perpetua y santamente, con tal pureza de intención, unión interior con Dios, generoso olvido y fuerte abnegación de sí mismo, por amor a las almas, que no tanto manifieste el espíritu interior de que está informado, cuanto continuamente lo alimente y renueve. Este apostolado, que abraza toda la vida, se suele sentir continuamente tan profunda y sinceramente en estos institutos, que con la ayuda y auxilio de la Divina Providencia, parece que la sed y ardor de las almas no tanto dio felizmente la ocasión a la consagración de la vida, cuanto impuso en gran parte su forma y razón propia... Este apostolado de los institutos seculares debe ejercerse fielmente, no sólo en el siglo, sino como desde el siglo; y, por lo mismo, en profesiones, ejercicios, formas y lugares correspondientes a estas circunstancias y condiciones»^[68].

¿Es que estas páginas, con algunas leves transposiciones, no definen la espiritualidad del padre De Foucauld en sus rasgos más esenciales? Aquí volvemos a encontrar las dos ideas subrayadas más arriba.

Primero, la voluntad de buscar en medio de una vida ordinaria y en los trabajos más diversos la práctica efectiva de los tres votos. Después esa inquietud de poder salvar a las almas con toda nuestra vida: *«La vida entera, mediante la práctica de la perfección, debe ser convertida en apostolado»*. Cuando uno piensa hasta qué punto el corazón del padre De Foucauld estuvo como torturado por la constante preocupación de la salvación

de los hombres, y que es por esto por lo que se fue, avanzando siempre, por los caminos del desierto en busca de las tribus abandonadas; por lo que pasó horas enteras, no sólo en adoración delante de la Hostia del Salvador del mundo, sino en el estudio de las lenguas, en conversaciones aparentemente inútiles; por lo que se entregó en una amistad totalmente gratuita y a menudo sin resultados; cuando se ha llegado a comprender todo esto, no se puede definir mejor su vida más que diciendo que fue *«convertida por entero en apostolado»*. Y es precisamente porque su vida fue por completo una vida de apostolado por lo que nunca se le planteó el problema de tener que emplear otros medios, aquellos que, sin embargo, tenemos la costumbre de asociar con la idea que nos hacemos comúnmente de lo que es el apostolado. *«Estoy dispuesto a ir hasta el fin del mundo y a vivir hasta el día del Juicio final con tal de poder contribuir a la expansión del santo Evangelio»*.

Este apostolado de toda la vida, esta inquietud por ser «redentor con Jesús», es también la razón de ser de su ocultación entre los hombres, y él sólo justifica plenamente la elección de una vocación semejante a pesar de los peligros ciertos a que se expone. Y es en esta perspectiva en la que Jesús nos pide que seamos levadura y sal de la tierra. *«Este apostolado, que abarca la vida entera, debe afirmarse tan profunda, tan sinceramente... que la sed de almas y el celo manifiesten no haber sido tan sólo ocasión feliz de consagrar la vida de esta manera, sino también de haber suministrado, en gran parte, su propia razón de ser y su forma...»*.

Esta perfección del amor tiene que ser lograda no tan sólo por un contacto con los hombres, sino mediante este mismo contacto, y para emplear los mismos términos del documento pontificio, «no sólo en el siglo, sino también, por decirlo así, por medio del siglo».

He aquí, pues, lo que reemplazará a las observancias para los Hermanitos de Jesús. No es mitigando vuestra existencia laboriosa con ejercicios o retiros demasiado frecuentes –aunque estos deberán ser utilizados armoniosamente siguiendo un ritmo adecuado– como consagraréis verdaderamente vuestra vida a Dios, sino sabiendo sacar el máximo partido de todas las intimaciones a la abnegación, de todas las exigencias de la caridad, que cada uno de vuestros días os ofrecerá casi a cada instante. En el estado precario de vuestros pobres alojamientos sabréis encontrar la alegría del desprendimiento material; la inestabilidad proletaria de vuestro trabajo, las fatigas ocasionadas por los desplazamientos y el cansancio de los caminos os impondrán que vayáis hasta el fin en el renunciamiento de vuestro egoísmo y de vuestros caprichos; los cambios de residencia, de una a otra Fraternidad, os enseñarán la pobreza de corazón y el abandono. Hay tantos hombres que van errantes a través del mundo, pobres de todo y sin esperanza, en tanto que vosotros poseéis toda la riqueza de vuestra fe en Cristo. La experiencia de vuestra debilidad y de vuestros desfallecimientos no os detendrá, y por encima de ellos sabréis encontrar la misericordia del Señor, único manantial de toda vida divina. Os encontraréis en la imposibilidad de reservaros algunos instantes para vosotros solos, porque vendrán algunos más pobres que vosotros, como haciendo acto de propiedad sobre vuestras vidas, lo que os conducirá a la perfecta pobreza interior en la paz. Sin embargo, no por

esto dejaréis de desear la huida nocturna y solitaria de Jesús hacia la oración, aprovecharéis todas las ocasiones de realizarla. Vuestro reglamento de vida será para vosotros una guía y un medio, con vistas a realizar esta disponibilidad efectiva para la oración. Vuestra fidelidad está al cabo de esta regularidad espiritual y no material y estará al cabo de una voluntad de oración constantemente mantenida en la fe.

Si un camino semejante de perfección ha sido solemnemente reconocido como posible para los institutos seculares, que no hacen vida de comunidad, ¿cómo no lo sería, con mayor razón, para nosotros, que además nos beneficiamos de ella, de la fuerza incomparable que da nuestra vida común en las Fraternidades? Esta obligación mutua respecto a la perseverancia de cada uno la tenéis todos los días a vuestro alcance, y se cumplirá también en los retiros, que practicaréis reunidos, en la fuerza de una unión total de corazón y de espíritu.

Si la Iglesia reconoce la posibilidad de llevar una vida pobre, casta y obediente, en todas las profesiones y en todos los estados, con cuánta mayor razón no lo reconocerá en la vida especialmente humilde y voluntariamente pobre, escogida por las Fraternidades.

Así vemos que la forma de vida inspirada por el misterio de Nazaret al padre De Foucauld se sitúa como a media distancia entre la concepción clásica de la vida religiosa, y entre esta otra tan reciente de los institutos seculares, con la que tiene un cierto parentesco por la elección de los medios esenciales.

Ginebra, 15 de octubre de 1930

Tercera parte

El ideal de las Fraternidades

1

Hermanitos de Jesús

Hermanito de Jesús, quisiera ayudarte a realizar lo que tu nombre contiene de verdad acerca de tu vida y a lo que te obliga.

El padre De Foucauld amó mucho este nombre, y si lo escogió fue porque expresaba a sus ojos el ideal que rebosaba de su corazón.

Hermano de Jesús: esto es lo que queremos ser con nuestra vida entera. Nos hemos entregado no precisamente a un ideal, por grande y noble que sea, ni tampoco a la realización de una perfección por verídica que sea, sino a una Persona viva, a un Dios, que, en el sentido absoluto de la palabra, es nuestro Hermano, porque Él también es hombre. El Cristo Jesús resume, para nosotros, toda la razón de ser de nuestra vida. Nuestro objetivo esencial consiste en aprender a vivir, en medio del mundo, una amistad total y verdadera con Jesús. Es a él a quien amamos ante todo, es por él por lo que trabajamos, es por él por lo que nos afligimos y sufrimos, y es para responder a la llamada de su amor por lo que queremos permanecer a sus pies horas enteras a fin de amarle; amarle como a nuestro Dios, como a nuestro Amigo, como a nuestro Hermano, como muy bien supo hacerlo el padre De Foucauld.

Tenemos que dirigir el esfuerzo de nuestra fe, ante todo, en el sentido de un encuentro muy personal con Cristo, y estaremos seguros de no desviarnos si nos adherimos a él con todo nuestro ser, entregándole toda nuestra vida, a él, que es el Camino, la Verdad y la Vida. Es por esto por lo que nuestra vida debe propender a simplificarse en una unión con Jesús vivo, encontrado en la fe, en la Eucaristía, en el evangelio, en nuestros Hermanos. Es en estos lugares en donde él reside. Nos entregaremos totalmente a los hombres por su causa; y si queremos compartir con ellos, especialmente con los más pobres, con los más oprimidos, con los más injustamente tratados, todo lo que podamos de sus inquietudes, de sus fatigas y de su trabajo, es porque Jesús los ama, es por lo que él ha dicho en su Evangelio es porque le vemos a él, al Hijo del Hombre, el Hombre por excelencia y el Varón de dolores, delante de nosotros, presente en todas partes, en ellos y entre ellos. Es a él a quien buscamos siempre, al que amamos, con quien queremos penar y sufrir.

Hoy día todo resulta complicado para el hombre, que vive en un mundo trastornado, en cuyo seno tiene que volver a idear el proyecto de la ciudad fraternal; justa y acogedora para la persona. La inteligencia parece como anonadada, en su debilidad y en sus límites, frente al número ingente de problemas simultáneos que le son impuestos, problemas a la escala, súbitamente agrandada, del Universo, problemas que ponen en juego una confusión de valores de todos los órdenes y en todos los planos de la vida social y económica. El cristiano, por amor, se ve empeñado en esta tarea gigantesca, tiene la obligación de trabajar para conseguir que desaparezca de la tierra la injusticia y

para instaurar unas condiciones de vida no solamente humanas, sino también cristianas. Ante la magnitud de este esfuerzo y la complejidad de las técnicas necesarias, el pensamiento del hombre corre el peligro de quedar tan completamente absorbido y acaparado que llegue a perder de vista a Jesús, al Cristo, sin el cual el mundo no tiene ya ningún sentido. Es grande la tentación, aun para el cristiano y el apóstol, de pensar que ya no se tiene tiempo para mirar a Jesús y para amarle por él mismo.

Hermanito, nuestro papel en el mundo, nuestra tarea propia consiste en ser la «mirada» de la Humanidad presente puesta en Jesús, en ser como el «permanente» en presencia de Jesús, delegados de la muchedumbre olvidadiza, y en ser portadores de su adoración ante él, llevándole sus peticiones, sus quejas y sus faltas. Dondequiera que estés, tú permaneces cerca de Jesús. Es a él y a él solo a quien tendrás que volver continuamente, sin cansarte, en la búsqueda oscura de tu amor, porque es él y él solo el manantial de tu vida.

Tal vez hubo algunas veces, en estos últimos tiempos, como un abuso de métodos y de escuelas de espiritualidad. El padre De Foucauld nos enseña de nuevo cómo ir directamente a Jesús, a vivir por él con toda sencillez, con todo nuestro amor, después de haberle encontrado en el Evangelio. Nos enseña a simplificar nuestra vida y nos conduce a lo esencial. ¿Podemos decir, precisamente mejor, que se trata de una nueva espiritualidad? No lo creemos y, en todo caso, el humilde hermano Carlos de Jesús no tuvo nunca esa pretensión.

Si el padre De Foucauld nos enseña un camino muy sencillo, no pretende facilitarlo, ni tampoco torcer las exigencias del Evangelio, imperiosas con frecuencia, por no sé qué método o receta más o menos nuevo. Piensa que no hay nada más corto, para la importancia del amor, que tomar el sendero que asciende derecho y que conduce sin rodeos hasta el término. En esto es un discípulo fiel de Francisco de Asís, de Juan de la Cruz y de santa Teresa de Lisieux. ¿Por qué fingir con las exigencias del amor de Cristo? No existen dos maneras de amar y de entregarse: sólo hay una y es la que debe conducir hasta el heroísmo en la entrega de sí mismo. No es menos lo que exige Jesús de aquellos que quieren servirle hasta el fin. Con el padre De Foucauld no hay equívoco posible y todo aparece muy claro.

Pero si el hermano Carlos nos conduce constantemente en la claridad y en la sobriedad vigorosa de los imperativos evangélicos, no dejará de utilizar, a fin de realizar concretamente esas exigencias en su propia vida, todos los medios necesarios: método, ejercicios, disciplina ascética. Pero no serán jamás, entre sus manos, sino unos medios muy sencillos, muy apropiados a su estado, con vistas al establecimiento en su interior, del amor perfecto hacia Dios y hacia sus hermanos. Todo lo reducirá siempre a lo esencial: imitar a Jesús, *su muy amado Hermano y Señor*.

Hermanito de Jesús, tienes que tomar el mismo camino que siguió el hermano Carlos. Tienes que ir en pos de Jesús con generosidad, con paciencia, a veces heroicamente. Es menester rechazar como una tentación esa especie de inquietud que a veces nos impulsa, encubierta por el afán de encontrar un remedio a nuestras debilidades y a nuestras lentitudes, a buscar continuamente una espiritualidad diferente, o a multiplicar las

lecturas. Creemos, muy vanamente, sin embargo, poder descubrir un camino más sencillo y más fácil, cuando en realidad lo que hacemos es complicarlo todo por miedo a vivir el Evangelio. Sigamos siendo, con sencillez y valor, Hermanitos de Jesús. Debemos vivir únicamente para él y por él.

* * *

Este nombre expresa, además, perfectamente, de qué modo debemos amarnos entre nosotros y amar a todos los demás hombres. Viviendo entre ellos, lo único que tenemos que hacer es amarlos, y no con un amor cualquiera, sino con el mismo amor con que Dios les ama. Será preciso que nos repitamos, incansablemente, que esta es la obra principal que tenemos que llevar a cabo, la única en realidad. Liberar, purificar, aumentar todas nuestras fuerzas de amar y todas nuestras ternuras humanas, entregándolas al Amor misterioso de Cristo para que él nos conceda la facultad de poder amar de verdad, profunda y realmente a todos los hombres por Dios, sin excepción, y a cada uno de los que nos rodean. Para esto fuimos hechos. Para esto estamos destinados, y si debemos ser útiles en este mundo para algo, será a fuerza de fidelidad, para que se pueda ver a través de nuestro corazón y de nuestra conducta algo de la inmensidad del amor de Cristo hacia cada uno de los hombres. Y sin la menor duda y antes que nada tenemos que ser hermanos entre nosotros: de no ser así, todo sería engañoso e ilusorio. También en esto debemos entregarnos a la irreductible intransigencia del amor evangélico.

* * *

Y ahora no olvides que eres pequeño.

Pequeños somos frente a la tarea de nuestra vida, tal y como se nos presenta en las exigencias del amor. Esta desproporción, lejos de abrumarnos, nos arroja interiormente en la fuerza de Jesús. Nuestra radical incapacidad debe transformarse en un abandono infantil, con la seguridad de que será acogida favorablemente a fuerza de oración, de deseo, de perseverancia y de humildad. «Si no os hicierais como uno de estos pequeñuelos, no entraréis en el reino de los cielos». «Lo que es imposible para los hombres es posible para Dios».

Pequeños seremos también a los ojos de los hombres. Siempre seremos unos servidores inútiles, deseosos de que nos traten como a tales. Ninguna tarea definitiva de apostolado o de ministerio, ningún rendimiento mensurable, vendrá a realzar nuestra vida, ni a darle un sentido a los ojos de los demás. Siendo como somos religiosos, sabrán que estamos consagrados por entero a Jesús, pero nosotros, a menudo, ni siquiera tendremos la apariencia de ello. En todo caso no queremos ser honrados ni considerados como tales. Lo único que debemos desear de todo corazón es no ser otra cosa que unos pobrecitos, unos obreros, unos trabajadores como los demás y que se nos trate como se suele tratar a ellos. Ya sea en tierras de Europa, en África, en países de raza árabe, de raza negra o en cualquier otro sitio, debemos hacer todo lo posible para permanecer fielmente en el último lugar. Tenemos que pertenecer a la clase a la que pertenecen los pobres, amando todas sus servidumbres y todos sus sufrimientos.

Hermanitos, esto sólo será verdad si tu corazón ha cambiado, si se ha hecho humilde, si está libre de todo amor propio, entregado sin reserva al amor del Crucificado. A esta obra tenemos que dedicar la vida entera, empezando de nuevo cada mañana.

Descubrir a Jesús, amarle y vivir para él, estar literalmente devorado, sin tregua, por un gran deseo de amar a cada uno de los hombres con la ternura auténtica de un hermano; sentir la avidez de no ser otra cosa, en la tierra, que un pequeñuelo, un pobre obrero ignorado: he ahí lo que significa tu nombre, Hermanito de Jesús, y eso es lo que tienes que esforzarte en realizar en tu vida todos los días, entregándola en un humilde y confiado abandono, a la acción del Espíritu de Amor...

El-Abiodh Sidi-Cheik, 7 de febrero de 1948

Redentores con Jesús

Tengo la impresión de que siempre que os hablo de nuestro modo de vida no hago otra cosa que repetir lo que ya os dije en varias ocasiones, planteando siempre los mismos problemas, diciéndoos las mismas cosas, y es porque nuestra vida, como Hermanitos de Jesús, cada día me parece más sencilla en su acto esencial. Y me determino a ello diciéndome que, después de todo, los apóstoles también tuvieron que experimentar, más de una vez, esta misma impresión. Porque el Evangelio es la vida; su contenido intelectual es sencillo, se explica pronto, pero el todo consiste en vivirlo. Ahora bien, esto no se consigue en un día, y la vida repite siempre las mismas preguntas; estas cada vez nos parecen nuevas, como todo ser viviente que, en cada uno de los instantes de su duración, es a la vez él mismo y constantemente nuevo.

Acabo de volver a leer lo que os decía el año pasado acerca de nuestra vocación contemplativa, antes de la fundación de la Fraternidad obrera. Todo está dicho y, sin embargo, tengo la convicción de haberlo descubierto de nuevo después de transcurridos algunos meses de vida obrera. Tengo ante mi vista las dificultades que encontré, las alegrías y las penas de mis hermanos, y pienso que, si acaso tuviera que deciros las mismas cosas, lo haría de una manera distinta, respondiendo más concretamente a vuestras necesidades.

* * *

Cuando se nos interroga acerca de lo que es la vida de nuestras Fraternidades, siempre me cuesta trabajo responder con claridad, en cuanto nos sitúan, debido a la naturaleza de las preguntas formuladas, en el terreno «género de vida», «horario» o «actividad». No es esto. Me considero incapaz de poder expresar todo lo que representa nuestro ideal en una fórmula esquemática. Sin contar con que, a primera vista, nuestra vida parece compleja y contradictoria en varios de sus elementos. Es verdad: el Hermanito debe ser, a la vez, un trabajador y un hombre de oración, amante del silencio, y además tiene que estar presente en las preocupaciones y en las inquietudes de sus compañeros y de sus hermanos; un contemplativo desasido de todo, pero con libertad para usar de las cosas de una manera determinada. Todas estas antinomias aparentes deben resolverse en la simplicidad del principio interior de nuestra vida. Es este principio el que tenemos que definir, lo restante no es más que su consecuencia.

«No puedo concebir el amor sin una necesidad imperiosa de conformidad, de semejanza y sobre todo de participación en todos los dolores, en todas las dificultades, en todas las asperezas de la vida... No juzgo a nadie, Dios mío; los otros son tus servidores y mis hermanos, y lo único que tengo que hacer es amarlos..., pero a mí me es imposible comprender el amor si no voy en busca de la semejanza y sin la necesidad de compartir

todas las cruces». Esta necesidad de amor es el principio de toda la vida del padre De Foucauld. Explica todas sus actividades, toda su espiritualidad. Nosotros hemos oído esta misma llamada y es ella la que nos ha impulsado a escoger, como guía, al hermano Carlos. Compartir la vida por amor, y sobre todo sus sufrimientos y sus asperidades: esto es lo que queremos hacer. Amamos a Jesús: queremos compartir toda su labor de Salvador y todos sus sufrimientos. Amamos a los hombres, nuestros hermanos: queremos compartir la vida de los pobres, la vida de aquellos que sufren, simplemente por amor, no por otro motivo, sin un fin determinado, como el amor que tampoco tiene un fin determinado. Y es por esto por lo que encontramos, en la realización concreta de este ideal, una necesidad igual de oración, de desasimiento, y una necesidad igual de trabajar con los hombres en la pobreza y en el cansancio.

En la realización práctica encontramos dificultades, luchas y peligros; y no puede ser de otro modo. Por tanto, es necesario haber comprendido bien la actitud de alma inicial, actitud que siempre tiene que estar subyacente a esta vida. Esta disposición se resume diciendo que tenemos que desear, por amor, compartir el sufrimiento de Aquel a quien amamos. Y aquí se trata del sufrimiento de Cristo-Redentor, ya que todo sufrimiento, aun el que procede de la participación en el dolor del prójimo, se hace en nosotros continuación de la pasión de Jesús. Yo creo que sin esta orientación profunda no podremos ni comprender verdaderamente el sentido de nuestra vida ni tampoco llevar su peso.

* * *

Jesús significa «Dios-Redentor». Por eso amamos tanto este nombre, así como lo amaba el padre De Foucauld. Expresa toda la razón de ser de Cristo, en el sentido riguroso de la palabra. Jesús no es otra cosa que Redentor y Redentor por la Cruz. Tampoco tenemos nosotros otra razón de vida, por vocación y por participación en su naturaleza de Redentor. Ya que no está inscrito en la naturaleza misma de nuestro ser que debamos ser redentores, como fue en el caso de Jesús. Es por eso, por otra parte, por lo que nos resulta tan duro. Y sin embargo, esta vocación de compartir el sufrimiento redentor es esencial y, rehusando una entrega total, nuestra vida de Hermanito cesa de ser legítima.

Ya es una fuerza tener dentro de sí toda la claridad de un ideal, luminoso e intrépidamente entrevisto desde el comienzo, por duras que sean las exigencias. No tenemos que hacernos ilusiones acerca de lo que Dios nos pedirá a lo largo de nuestra vida. Para esto, lo único que debemos hacer es escuchar con más atención que de costumbre lo que respondía Jesús a los que querían seguirle más de cerca: «¿No sabéis lo que pedís! ¿Podéis beber el cáliz que yo beberé o ser bautizados con el bautismo con que yo seré bautizado?». Ellos contestaron: «¡Podemos!». Jesús les dijo: «Beberéis el cáliz que yo beberé... »» (Mc 10,38-39).

Lo que prometió Jesús a sus amigos, a sus Hermanitos, es sin duda alguna la participación en unos sufrimientos por medio de los cuales redimió al mundo. Tenemos que comprender perfectamente esta exigencia de Jesús, con toda nuestra fe, muy concretamente, y responder desde ahora mismo con pleno conocimiento de causa, con

una adhesión sin reservas, valiente, sencilla y confiada.

Evidentemente, para vosotros no se trata de estar ya completamente preparados para saber sufrir perfectamente. Nadie puede saberlo antes de haberlo aprendido del mismo Cristo, por la experiencia de toda una vida. Tampoco se trata de que no nos reconozcamos capaces de ello. Se trata de haber llegado a comprender bien el sentido que tiene la cruz de nuestra vida, y de haber aceptado, con alegría y generosidad, que Jesús nos haga entrar en su trabajo. Es preciso que nuestra alma esté dispuesta a acoger el sufrimiento, a comprender su valor y a amarlo poco a poco. Esto debe llegar a constituir un estado de alma permanente y, desde ahora mismo, debemos y queremos trabajar para establecerlo en nosotros. Se le podría llamar espíritu de inmolación, lo que indica el valor de sacrificio y de oblación que esta disposición del alma otorga a todos nuestros actos.

La primera tentación que se presentará será quizá la del desaliento. La realidad cotidiana nos enseña que somos desesperadamente débiles ante el menor sufrimiento; entristecidos, abrumados frente al menor fracaso de orden moral, paralizados por la menor fatiga corporal, disgustados de la oración en cuanto aparece la más mínima dificultad interior, heridos por la más insignificante falta de consideración. Y comprendemos que estas deficiencias se renuevan diariamente. ¿Cómo puede, pues, hablarse de un compromiso verdadero para compartir la Cruz de Jesús? ¿Cómo situarnos en ese espíritu de inmolación si, en resumidas cuentas, retrocedemos ante un esfuerzo mínimo o cedemos todavía a la pereza corporal? ¿Qué hacer para que todas nuestras jornadas sean una ofrenda auténtica, una oblación alegremente ofrecida a Cristo?

Examinado bajo este ángulo, nuestro problema parece no tener solución, y no la tiene, tenemos que convencernos bien de ello, y, por otro lado, la experiencia dolorosa de nuestra debilidad personal, así como los acontecimientos de cada día, se encargan de inculcarnos esta convicción. Pero si *queréis* amar, podréis desear con todo vuestro corazón que Jesús os haga capaces, por amor, de compartir su sufrimiento redentor. Lo primero de todo es preciso que tengáis un deseo verdadero, profundo; este deseo se lo manifestaréis a Cristo una y otra vez, con la audacia de san Pedro y de los hijos del Zebedeo. Después es menester que os abandonéis a Jesús con humildad y sencillez, con la confianza cierta y segura de que uniéndoos a él seréis capaces de soportar y, más adelante, de amar la Cruz. En fin, tendréis que poner manos a la obra con coraje, con toda vuestra voluntad, para cooperar con Dios en su acción sobre vuestra vida.

Es menester que seamos –en esto como en todo lo que tiene relación con vuestra vida espiritual– sencillos y sinceros. Introduciros de lleno en la verdad: no se trata de que os sintáis, frente al sufrimiento físico y moral, más valientes y más fuertes de lo que sois en realidad. Tampoco se trata de desear soportar, imaginariamente, cruces y pruebas más pesadas que las que actualmente sois capaces de llevar. Como tampoco se trata, por otro lado, de creeros incapaces de un esfuerzo más resuelto que aquel del que habéis dado pruebas hasta ahora. Se trata de querer arrancar, de hacer un esfuerzo con alegría, muy concreto, en una materia que os sea accesible.

He dicho que es necesario que hagáis un esfuerzo alegre. Lo primero, porque Dios no

ama al que da con tristeza. Ya que lo que tenéis que dar tenéis que darlo por amor a Jesús: y en donde hay amor tiene que haber una verdadera alegría. Y además también porque debéis guardaros de tomar trágicamente vuestras pequeñas dificultades y vuestros sufrimientos diarios. Siempre me refiero a ellos, ya que constituyen lo esencial de nuestra vida. Si sabemos transformar en cruces vivas todas esas pequeñeces que cada día trae consigo, tan pesadas, sin embargo, por su repetición, sabremos también alcanzar las cruces más grandes. Por lo demás, estas últimas corren el riesgo de hacerse esperar, a veces, mucho tiempo. En ese caso, únicamente seríamos valientes en imaginación, y nuestro amor sería, sin duda, de la misma calidad.

Con objeto de eludir estos repliegues lisonjeros sobre vuestra propia vida, es preciso que vuestra ofrenda en inmolación se haga con la mirada fija en la Cruz de Jesús, y no sobre la vuestra. Perdiéndoos de vista es como aliviáis –olvidándolos en parte– vuestros propios sufrimientos y entonces es cuando pueden ser realmente ofrecidos con un movimiento más libre. Ya que, y no lo olvidéis nunca, no es el sufrimiento o la dificultad en sí mismos lo que tiene algún valor redentor, sino la disposición de oblación, el amor que suscitan y su grado de unión con la pasión de Cristo. Nuestra vida tiende a integrarse, con todos nuestros sufrimientos personales, en la gran pasión de Jesús y en la del mundo entero. Es en esta dirección adonde tenemos que mirar.

La pasión y la Cruz de Jesús: son palabras que quizá no evocan ya gran cosa para nosotros; palabras que están como muy usadas. Se trata de volver a descubrir esta gran realidad en todo lo que ofrece de concreto. Jesús sufrió profundamente, en su cuerpo y en su alma, sufrimientos atroces, de una precisión brutal, a los que nosotros debemos incorporarnos a través de la sobriedad de las palabras del Evangelio. Frente al desprecio, a las humillaciones, a los insultos; frente a la atrocidad de los dolores físicos o morales y de las angustias de la agonía de Aquel a quien queremos amar, y que es el Hijo de Dios, tenemos que poner a la vista nuestros sufrimientos tan míseros. Existe un vínculo muy real entre la Cruz sangrante de Jesús Crucificado y nuestra jornada de hoy, y es sobre todo de este vínculo de lo que tenemos que estar conscientes. Hay realmente algo de la sangre de Jesús en cada uno de los momentos de nuestras jornadas, como prueba irrefutable de amor y como prenda de fuerza. Repitémonos una y otra vez que, para Cristo, como para Dios, la noción de tiempo no tiene significación, y que la Pasión está presente en cada instante de nuestra vida. Esta presencia lo cambiará todo. Ejerciendo vuestra fe, sin cansancio, es como alcanzaréis esta realidad invisible, que llegará a trastornar, poco a poco, toda vuestra vida. Vuestro amor, al pie de la Cruz sangrante, se hará más fuerte, más deseoso de colaborar en el gran trabajo de Jesús.

Por otro lado nos encontramos ante toda la ansiedad y todo el sufrimiento de la Humanidad. Es un misterio que os parecerá cada vez más desconcertante. Tenemos que mirarlo en la perspectiva de la Cruz. Lo primero que tenéis que hacer es llevarlo a vuestra conciencia, no intentéis evadiros. Llevarlo a vuestra conciencia en lo concreto, lo cual no es difícil, ya que os asedia por todas partes; es vuestro compañero de trabajo que se hirió gravemente; es el derrumbamiento de una galería en una mina y decenas de familias en duelo; son los cataclismos, los crímenes, todos los sucesos que leeréis en el

periódico; la miseria y el hambre de los nómadas saharianos, la horrible opresión en los campos de concentración desconocidos, la enfermedad, la angustia que pesa como una capa de plomo sobre el mundo; los locos, los desheredados, los gritos de los heridos y las llamadas de los agonizantes, la miseria que no tiene fin y la desesperación del desgraciado. Todo esto que el periódico, la calle, el taller o la obra ponen a la vista, todo os lo recuerda y todo os lo repite incesantemente. Es menester comprender bien el sentido y el misterio de toda esta gran pasión del mundo. Y con respecto a todo esto, ¿qué es lo que representa el peso que sentís al final de vuestra jornada? Pensad que vuestro sufrimiento personal es muy poca cosa, pero que, sin embargo, es todopoderoso si sirve de lazo de unión entre la Cruz de Cristo y toda esta masa, a menudo informe, del dolor humano. Vuestro espíritu de inmolación, en la medida en que es puro, generoso, lleno de valor y de amor, hace penetrar un poco de vida divina en esta angustia inmensa de la Humanidad; la Cruz de Jesús puede arraigar en ella y a través de vosotros y por vosotros, adquiere un sentido, se convierte todavía más en continuación de la pasión de Jesús en su Cuerpo Místico.

No aislaros de lo que hace sufrir a los demás. No seáis egoístas: es el gran defecto del hombre, quizá sobre todo de los religiosos, y es horrible. Permaneced alegres y en paz, aun enfrente de la cruz. No permitáis jamás que el sufrimiento os abrume, tanto el de los demás como el vuestro propio. No seáis imaginativos, sed valientes, sencillos, entregados a todo sufrimiento, sea el que fuere.

Sobre todo, no penséis que os basta con una participación de vuestra sensibilidad. Esta comunión en el sufrimiento de Cristo y en el de nuestros hermanos, es de otro orden. Por contradictorio que os parezca, no debe engendrar en vosotros una tristeza deprimente, sino al contrario, la fuerza y la paz que da siempre la unión realizada con Cristo. Nada de tristeza exagerada ante el sufrimiento, el vuestro o el de los demás, sobre todo, nada de tristeza sensible: aniquila las fuerzas del alma y el verdadero ímpetu de amor.

Tampoco tendréis que dejaros llevar por la amargura ante el peso insoportable del dolor de vuestro prójimo, ante su injusticia, ante sus rebeldías. Conservad vuestras almas dentro de la paz y de la suavidad. Pero, sobre todo, no consintamos que nos invadan la amargura o la acritud a causa de nuestros propios sufrimientos, cualquiera que sea su motivo, justo o injusto. Seamos, respecto a este punto, perfectamente legales con nosotros mismos y plenamente comunicativos. En nosotros el origen de la amargura reside siempre, más o menos, en un amor propio herido, o en un resto de orgullo insuficientemente mortificado. No atribuyamos a los demás con excesiva facilidad la responsabilidad de un sentimiento semejante, o a unas circunstancias desgraciadas. El espíritu de humildad y el espíritu de infancia deben restituir la paz y la calma con nosotros mismos.

No permitamos tampoco que nos invada el desaliento a la vista de nuestros propios fracasos —¡tantos se producirán!—. Entonces comprenderemos mejor hasta qué punto supone el espíritu de inmolación un desasimiento completo y humilde de sí mismo. Ya os lo dije, subrayándolo con firmeza: este desasimiento absoluto es la condición primera e

irreemplazable de toda acción eficaz del Espíritu Santo en vosotros.

El espíritu auténtico de la inmolación implica, por tanto, que nos comportemos frente a todo sufrimiento, el nuestro y el de los otros hombres, como se comportó el mismo Jesús. Se trata de una compasión, de una comunión en el trabajo redentor que sólo tiene sentido en el plano divino; y únicamente Cristo, Hombre-Dios, puede enseñarnos a comprenderlo y llevarlo a cabo como es preciso.

Sólo en la medida en que permitamos verdaderamente que Cristo crucificado vuelva a vivir en nosotros sus propios sentimientos seremos plenamente redentores con él. Aquí se esconde todo el misterio del Sagrado Corazón. Para comprender bien la función redentora del dolor es preciso poseer un sentido infinito de lo que es la misericordia de Dios Padre, de su santidad y de su justicia, junto con el conocimiento del corazón humano, de su miseria, y con un amor a ese corazón tierno y fuerte. Todo esto sólo puede encontrarse en el corazón y en la inteligencia del Hijo del Hombre. Nosotros podremos adquirirlo por medio de un deseo ardiente de oración, a fuerza de pedir y de hacernos pequeños para recibir. Soportando nuestras miserias con valor y compartiendo las de los demás, comenzaremos el aprendizaje de lo que Dios irá introduciendo poco a poco en nuestro corazón. De este modo la oración y todos nuestros actos cotidianos se unen en una misma realidad: nuestra vida con Jesús Crucificado y Jesús sufriendo en su Cuerpo Místico. Es el nacimiento a una nueva vida. Por un lado nos volvemos hacia Jesús para suplicarle que descienda hasta nosotros, y por el otro intentamos humildemente soportar las cruces y compadecernos, poniendo en acción las gracias recibidas y dando a Jesús, con nuestro valor, una prenda de la verdad de nuestro amor. El espíritu de inmolación no puede entrar en nosotros sin la oración; lo contrario sería presunción por nuestra parte sin la prueba de nuestro valor en la Cruz, nuestra oración corre el peligro de no ser sino ilusión. Es todo este conjunto lo que constituye la participación en el trabajo redentor de Jesús en la Cruz.

* * *

Ahora comprenderéis mejor hasta qué punto es fundamental la predisposición para vivir este estado de inmolación, con la condición de que sea sana, verídica y fundada en la fe de Cristo. Dicha predisposición sostiene vuestra oración, vuestro trabajo, los miles de incidentes que surgen en cada uno de los días. Puede utilizarlo todo, transfigurarlos todo, hacer que todo fructifique para el mayor bien de aquellos a quienes amamos. Ya no hay nada que sea inútil en nuestras jornadas: nada gris, ningún fracaso, ya que, si vienen, se harán fecundos. Recordemos que, desde el punto de vista humano, la pasión de Cristo fue un fracaso; la vida enfermiza y la muerte prematura de santa Teresa del Niño Jesús fueron un fracaso. La vida del padre De Foucauld, que vio cómo naufragaban la mayoría de sus sueños, y su muerte en Tamanrasset, fueron un fracaso. No exceptúo de esta transfiguración por el amor ni nuestros fracasos ni nuestros límites morales, con tal de que terminen en un canto de humildad y abandono.

Necesitaremos más de un día para consolidarnos en este estado de inmolación. Lo que importa es empezar a trabajar desde ahora a fin de conseguirlo. Tenemos que

despertar y ejercitar nuestra fe acerca de la pasión de Jesús, de sus sufrimientos, de lo que debió vivir y presentir en su Corazón, respecto a su ternura misericordiosa hacia los hombres, de su adoración de la Santidad divina. Lentamente, pacientemente, ejercitando nuestra fe en la oscuridad de nuestras oraciones diarias, busquemos la luz a través del Evangelio. Transformemos poco a poco nuestras adoraciones trabajosas, mediante la repetición de un acto de fe, en una comunión sencilla y verdadera de nuestro ser, tal y conforme es en su miseria, con Jesús presente en la Eucaristía. Luego, al mismo tiempo, tomemos nuestra vida con toda su mediocridad, e intentemos poner sobre nuestros actos esa misma mirada de fe. Ejercitémonos para verlos a la luz de esta sin desalentarnos, volviendo a empezar cada mañana. Veamos en nuestro trabajo, en nuestro cansancio, en nuestras tristezas inmotivadas, una ocasión de poder ofrecer algo. También nuestras relaciones con nuestros hermanos pueden convertirse en fuente de alegría y de fecundidad. Sepamos olvidarnos, acogiendo con un alma francamente abierta cualquier dolor o miseria de un hermano, de un amigo, de un compañero de trabajo, de un desconocido. Intentemos ofrecerlo inmediatamente a Cristo Crucificado. También podemos considerar con estas disposiciones el esfuerzo de ascesis y de mortificación que nuestra vida nos impone.

* * *

Este estado de ofrenda al sufrimiento por amor que propende poco a poco a hacerse habitual, consecuencia de nuestros esfuerzos conjuntados a la acción del Espíritu Santo, no hace más que explicitar el carácter de víctima en unión con Cristo, impreso por el bautismo en nuestras almas. En la Misa es donde ejercemos litúrgicamente este carácter, ofreciéndonos realmente con Jesús. Por tanto, no tengo necesidad de insistir aquí acerca de la importancia primordial del Sacrificio Eucarístico en nuestra vida de redentores.

En la Santa Misa es donde realizamos al máximo esta comunión con Cristo crucificado y ofrecido, debiendo ser nuestra vida de inmolación su realización diaria. El Sacrificio Eucarístico fructifica a través de nuestra vida, cesando de ser para nosotros un acto puramente exterior. Nos integramos en él. Para esto es menester mirar la Hostia de la Misa con una fe renovada y viva. Poco nos importa la complejidad de la explicación teológica; lo que tenemos que creer y realizar con toda nuestra alma es que, por medio de la consagración del pan y del vino, toda la pasión de Jesús, toda su oblación, están ahí presentes, en su verdad, en su punzante e inmensa realidad. Poco nos importa el cómo: está ahí, a nuestro alcance, presentándose de un modo tal que podamos penetrar en ella, unirnos a ella, llevándonos su fuerza con nosotros para todo el día. Está ahí, entera, como para nosotros solos, sin restricción, sin disminución. Toda la pasión de Cristo: ¿nos damos bien cuenta de lo que estas sencillas palabras encierran de grandeza, de sufrimiento, de riqueza de vida? Es ahí donde tenemos que ofrecer nuestros sufrimientos y los de toda la Humanidad; es en la comunión donde se verifica al máximo esta unión entre nuestros esfuerzos, nuestros pobres actos de valor, nuestras míseras ofrendas y la gran oblación sin límite de Jesús. Para realizar verdaderamente una cosa semejante siempre tendremos que repetirnos nuestra fe, sin desalentarnos, con humildad, con

confianza, empezando de nuevo una y otra vez. Aquí es donde se encuentra, para nosotros, la fuente del espíritu de inmolación.

* * *

Viviendo en este espíritu de sacrificio hacia los demás realizaremos también, en nuestra vida, la verdad de los lazos misteriosos que nos unen con nuestros hermanos en el Cuerpo Místico. Tenemos que vivir esta solidaridad con todos los hombres, que se exterioriza cada vez con más fuerza en el plano del mundo del trabajo y de la construcción de la sociedad humana, en el aspecto oculto, pero infinitamente más real y más fecundo, de la solidaridad de todos los hombres en Cristo. Insertándonos en medio de nuestros hermanos con este espíritu de inmolación, de reparación, de completa solidaridad espiritual, es como daremos a nuestra vida su verdadero sentido, abriéndola hacia el exterior. Obreros con los obreros, árabes con los árabes, lo somos de verdad, mediante una entrega muy profunda de nosotros mismos. Esta dependencia se expresará por un deseo sin restricciones de comunidad completa de destino y de sufrimiento. Seamos verdaderamente como uno de ellos, en la medida en que lo permita la pureza de nuestro ideal cristiano. Sufriremos con lo que les hace sufrir, amaremos lo que aman, con ellos aspiraremos hacia una justicia mayor, hacia una verdad mayor. Pero tenéis que comprender bien hasta qué punto sería imperfecta una entrega semejante, y en definitiva enteramente exterior, si no llegara a la sustitución espiritual delante de Dios. *Tenéis que ofrecerlos con toda realidad en rescate por vuestros hermanos.* En esto no puede haber ni vana imaginación ni deseo ineficaz, sino una inmensa realidad, en la misma medida en que os comunicéis con la pasión de Jesús, realidad que inflamará toda vuestra vida, con una sola condición: que os hayáis entregado verdaderamente en «pura pérdida de vosotros mismos» a Cristo crucificado.

Ahora comprenderéis mejor cómo, instalando a vuestra alma en este estado de inmolación, conseguiréis la unidad en vuestra vida, que de este modo se transforma como en un solo acto vuelto hacia Dios, en una sola oblación vivida en cada instante. Es por esto por lo que nuestra vida es verdaderamente contemplativa. Pero lo es en un espíritu de reparación, de redención, lo que le confiere su matiz particular.

El-Abiodh Sidi-Cheik, 9 de febrero de 1948

Permanentes en la oración

Cristo nos llamó y hemos respondido a su llamada escogiendo, como el hermano Carlos, una vida total y continuamente dedicada a Dios, en una oración de adoración y de reparación por el mundo, y dedicada al mismo tiempo a los hombres, en una pobreza y una caridad verdaderas. Tenéis que tener siempre presente que la plena realización de este ideal es difícil, y que reclamará un gran esfuerzo de fe y de desasimiento de vosotros mismos, renovado constantemente y perseguido sin interrupción hasta la muerte. Ya os hablé del espíritu de inmolación, necesario para presentaros delante de Cristo, a fin de ser con él «rescate de la muchedumbre»; porque me parecía constituir la disposición de alma que daba su razón de ser al estado de vida escogido por nosotros. Ahora tendremos que ocuparnos de la manera de realizarlo.

Todo hombre está presente, entera y naturalmente, en la realidad del mundo visible, en cuyo seno vive y a la que se adhiere con todos sus sentidos. El cristiano, y a título particular el contemplativo, tiene que estar presente además en la realidad invisible. Lo peculiar al hombre de oración es estar presente a todo el universo, el de las cosas visibles, al que llega por medio de sus sentidos, y el de las cosas invisibles, al que toca por medio de la fe. Estas últimas deben serle tanto más presentes cuanto que son más reales, en el pleno sentido de la palabra. El cartujo, el carmelita, se separan del mundo visible para poder estrechar mejor la realidad del mundo invisible. Nuestra vocación consiste en estar simultáneamente presentes en el uno y en el otro: tenemos la misión de vivir en contacto con los seres y con las cosas sensibles, sin que por ello se perturbe nuestra visión del mundo invisible. Llevamos en nuestro interior, con toda nuestra fe, ese contacto vivo con Dios, el Cristo, y con todos los seres espirituales, más verdaderos, infinitamente más verdaderos y más reales que el mundo de los cuerpos. Esta dualidad de vida y de perspectivas es lo que divide al hombre de fe, y es causa de que aparezca, en cierto modo, como un extraño en medio de sus hermanos, los cuales no poseen, en su interior, esa visión de otro universo.

Vosotros habéis experimentado esa sensación y la experimentaréis con agudeza. Viviendo entre los hombres, sean quienes fueren, árabes, cabilas, compañeros de trabajo o simplemente transeúntes, os sentiréis a la par muy cerca y muy lejos de ellos, y esta sensación será, ciertos días, lo bastante fuerte para hacerse dolorosa. Será como una sensación de soledad, de incapacidad para comunicar a vuestros hermanos esta visión, y sin embargo, vuestro amor hacia ellos os impulsa a desear que participen en ella. Por más que os esforcéis no podréis ser nunca exactamente como uno de ellos, siempre existirá en vosotros esa presencia en otra realidad que se transparentará, haciéndoos como un poco misteriosos e incomprensibles a los ojos de aquellos que no creen. Cristo, en medio de los hombres, fue así, enteramente presente y misteriosamente ausente a la vez, con una

sensación de soledad infinitamente más dolorosa y profunda de lo que vosotros podréis experimentar jamás. María sintió brutalmente el choque de esta lejana ausencia frente a su Hijo de doce años, el día en que se escapó para quedarse en el Templo.

Sería un gran error querer suprimir en nosotros esta sensación, así como las consecuencias exteriores que acarrea consigo: el día en que dejemos de ser ya, en cierto modo, punto de interrogación para los hombres, podremos decir que hemos dejado de llevar entre ellos la presencia del Gran Invisible. Ya no seremos para ellos los testigos de la vida y de la luz. Pero no temáis, si existe en nosotros una plenitud de amor verdadero hacia ellos, hacia cada uno de ellos; nuestros hermanos amarán también, como a pesar suyo, este misterio que adivinan presente en nosotros, aunque sin conocerlo: la fuente misma de este amor, que les alcanza y les aproxima.

Por tanto, tenéis que realizar en vosotros esta presencia total en el mundo invisible. Es obra de la fe, la cual se desarrollará hasta el punto de llegar a ser una actividad habitual en vuestra vida, siendo como un ojo siempre abierto hacia las cosas divinas, y dispuesto a recibir las iluminaciones interiores. Esta visión de fe encuentra su manantial y su expresión en la oración. El Hermanito debe ser *«permanente de la oración»*. Me parece que esta palabra, tomada en toda la riqueza del sentido muy concreto que le dan hoy día las diferentes organizaciones sindicales o profesionales, caracteriza perfectamente cuál debe ser la actitud de vuestra alma frente a Dios y frente a los hombres. Expresa perfectamente vuestra vocación a la oración con todas sus particularidades.

Un permanente es, ante todo, un hombre al que se ha dejado *disponible* con objeto de realizar una tarea especializada, a la cual debe consagrar una parte de su tiempo con vistas al bien común de todos; del mismo modo, el Hermanito permanecerá en un estado interior constante de *disponibilidad para la oración*.

El permanente debe igualmente asegurar, como lo expresa la palabra misma, una permanencia, lo que supone una cierta continuidad en la presencia; así, el Hermanito estará presente ante *Dios y ante Cristo, de una manera permanente*, mediante su disposición para la oración, que tiende a instalarse en él de una manera fija.

Por último, el permanente es siempre un *delegado* de sus compañeros. Si quiere trabajar, con espíritu de servicio, para desempeñar perfectamente el mandato que le ha sido confiado, tendrá que afirmarse en esa convicción. Sucede exactamente lo mismo con el Hermanito, en el plano de las responsabilidades espirituales, que respalda en virtud de la unidad del Cuerpo Místico de Cristo responsabilidades que le hacen ser literalmente como un *delegado* de sus hermanos *para la oración*; debe mantener un sentimiento muy vivo de lo que representa esta delegación.

No es mi intención, en modo alguno, agotar ahora el tema de la oración, ni siquiera intento tratarlo directamente; san Juan de la Cruz continúa siendo el gran maestro y vosotros conocéis su doctrina acerca del crecimiento de la fe. Quisiera examinar sencilla y concretamente, teniendo en cuenta la experiencia, las circunstancias especiales en que tiene que ser vivida nuestra oración, sus dificultades propias y los aspectos particulares que debe revestir. Lo haremos hablando de las tres cualidades que definen a un permanente.

Tenemos que estar siempre totalmente disponibles para la oración. Ahora bien, está absolutamente probado que no os encontraréis verdaderamente disponibles si no creéis efectivamente en la importancia vital de la oración. ¿Cómo poder exigir de alguien que esté disponible para una tarea, si en el fondo de sí mismo no cree en su importancia? No es porque hayáis sido fieles en observar, con un máximo de buena voluntad, un reglamento que os impone unas horas de oración por lo que creeréis en su importancia. Hasta que no hayáis comprometido todo vuestro ser y toda vuestra vida en la oración, hasta que no estéis convencidos de que la oración es para vosotros el acto esencialmente vital, el acto en el que se expresan, lo más completamente posible, las aspiraciones de vuestra alma hacia el Amor soberano; hasta que no hayáis experimentado que la oración es además la actividad en la que se ejercerá al máximo vuestro papel de mediador, de víctima y de delegado de vuestros hermanos; hasta que todo esto no haya sido vivido, y vivido de una manera personal, empeñando vuestra responsabilidad, a pesar del cansancio del trabajo, a pesar de las sollicitaciones de las cosas y de los seres, en medio de la atracción que ejercen las actividades terrenas, hay muchas probabilidades de que no estéis todavía disponibles para la oración y de que os hagáis algunas ilusiones acerca de este punto.

Nuestra vida de oración reviste dos modalidades: hay primero los *momentos de oración pura*, momentos de retiro, de silencio, de suspensión absoluta de toda actividad terrena; y hay también la *permanencia del estado de oración* en el transcurso de todas nuestras actividades humanas de trabajo o de relación.

Ante todo nos ocuparemos de esta primera forma de oración, puesto que condiciona a la segunda, a pesar de lo que se piensa acerca de ello. Tenéis que estar convencidos de la importancia que tienen para vosotros estos momentos vivos de oración, si es que pretendéis llegar a realizar vuestra vocación. En la época actual los hombres viven en el seno de un exceso intenso de actividad; los sacerdotes y los religiosos tampoco se libran, ya que se ven sollicitados por tareas apostólicas urgentes y tan numerosas que no pueden hacer frente a todas ellas. En medio de este desbordamiento de vida y de actividad, los instantes dedicados a la oración tendrán la tendencia a presentarse como momentos vacíos, como momentos de detención, que quizá se observen por un resto de escrúpulo, o bien porque nos han repetido que dejaremos de ser verdaderos apóstoles si no hacemos el *pleno* durante esos minutos de oración o de meditación. Ahora bien, sucede con mucha frecuencia que, justamente, no tenemos la sensación de hacer el *pleno* mientras que la actividad apostólica y la abnegación hacia los demás nos dan, por el contrario, una incontestable impresión de enriquecimiento. Llegaremos a considerar estos momentos de retiro y de silencio como verdaderas pérdidas de tiempo, ayudando a ello la urgencia de las sollicitaciones exteriores, y acabaremos por creer más perfecto el entregarnos por entero a la actividad exterior, con tal de que la unión permanente con Dios transforme dicha actividad en una oración ininterrumpida. A este estado llegan, más o menos conscientemente, un determinado número de personas. Si no es falso —lejos de ello— pretender hacer de modo que toda la vida sea una oración permanente, hay un grave error en pensar que la oración pura pueda llegar a ser inútil. Es obligatoria, no sólo como

fuelle de lo que se ha convenido en llamar hoy «oración difusa», sino como una actividad de un orden superior, indispensable en nuestras relaciones con Dios, y de la que ninguna potencia en el mundo podría dispensarnos. Hermanitos, para nosotros reviste además la importancia de una tarea propia, que cumplimos no únicamente en nombre propio, sino en el de todos los hombres.

¿Quién, más que Jesús, estuvo permanentemente delante de su Padre, en estado de adoración, y de oración, ya que la misma visión de Dios moraba en su alma en medio de todas sus actividades humanas? Por tanto, Jesús estaba en perpetuo estado de oración, hasta tal extremo que los momentos de oración pura no podían añadir nada a la profundidad y a la actualidad de su estado. Sin embargo, vemos que Jesús aprovechaba cuanto podía todas las ocasiones de sumergirse en el silencio y en la soledad de una oración pura: «Y una vez que la despidió [a la muchedumbre], subió al monte, a solas, para orar; al caer la tarde, estaba solo allí» (Mt 14,23). «Muy de madrugada se levantó, salió y se fue a un lugar solitario, y allí estuvo rezando» (Mc 1,35). Jesús hurta estos momentos de oración a esas jornadas abrumadoras, en el curso de las cuales no cesaba de pertenecer a sus discípulos, a los enfermos, a la muchedumbre que le presionaba y le buscaba. Al atardecer, por la noche o de madrugada, huye para orar. Jesús, como hombre, sentía la necesidad de unos instantes de oración puros de toda actividad humana. Hay en esto una ley de nuestro estado de criatura, y la interrupción de toda actividad humana, la ociosidad en el plano temporal, que es el aspecto sensible y exterior de la oración, es precisamente el elemento que expresa mejor la absoluta soberanía de Dios sobre la criatura. Dios tiene derecho a exigir de nosotros esta especie de pertenencia exclusiva, de aniquilamiento, de disminución de nuestras actividades humanas y transitorias en su presencia: en esto consiste la adoración. Esto no ofrece la menor duda para un alma que posee el sentido de lo divino, y es precisamente en la medida en que el hombre pierde el sentido de lo divino y, por consiguiente, el de su estado de criatura, en la que pierde también el sentido de la oración «en pura pérdida de sí mismo» delante de Dios. La oración de adoración, que es lo esencial en la oración, no sirve para nada en el sentido adecuado de la palabra, y mientras no hayamos comprendido esto a fondo, no sabremos orar realmente. ¿Qué utilidad puede resultar de las tres primeras peticiones del *Pater*? Ante todo debemos procurar que nuestra oración sea como una obra de adoración y de amor verdaderamente gratuita.

No os podéis imaginar qué fuerza y qué luz os dará esta verdad cuando estéis prácticamente convencidos y cuando hayáis comenzado a actuar en consecuencia. A pesar de todo lo que penséis teóricamente acerca de la oración y de vuestras relaciones con Jesús y con Dios, hay muchas probabilidades de que todavía vayáis a la oración, más o menos inconscientemente, para obtener de ella algo tangible, para recobrar valor, para alimentaros y, como diríamos actualmente, en busca de «recursos». Y si, en la mayoría de los casos, os desanimáis en la oración, es porque, a pesar de todo lo que os hayan dicho respecto a esa utilidad, no estáis todavía en situación de comprobarla por vosotros mismos. Evidentemente, durante los meses, o quizá tal vez durante los años de consuelos sensibles, en el curso de los cuales habéis vuelto a la oración como dilatados

por una euforia espiritual, o un sentimiento de enriquecimiento luminoso acerca de las verdades de la fe o de las del Evangelio, quizá no sospechabais que era sobre todo por vosotros y porque comprobabais los resultados de una manera tangible por lo que os entregabais a la oración con alegría. Así, cuando de repente venga a insertarse en vosotros una oración de fe, en medio de la sequedad de los sentidos y del vacío de la inteligencia, entonces vendrá el desconcierto y habrá sido suficiente para esto un cambio de ambiente, de lo que os rodea, de la dureza y del cansancio del trabajo. Habrá sido suficiente con que Jesús deje, sencillamente, de atraeros por medio de unos atractivos exteriores a él. Entonces vendrán el desaliento, el cansancio en la oración y ya no creeréis suficientemente en su importancia para seguir siendo fieles. Ya no estaréis disponibles para la oración.

Tenéis que convencersos absolutamente de que vais a la oración no para recibir, sino para dar, y lo que es más, para dar sin que sepáis, muy a menudo, que dais, sin ver lo que dais. Vais para entregar a Dios en la noche todo vuestro ser. Y es preciso que comprendáis bien todo lo que estas palabras, *entregar a Dios todo vuestro ser*, encierran siempre de fe oscura, de sufrimiento a veces, de riqueza de amor. La adoración, la oración, no es desde luego un sentimiento ni un pensamiento, es un reconocimiento de la retención ejercida por Dios sobre nosotros mismos, sobre lo más profundo de nosotros mismos: es una obra mucho más grande y mucho más absoluta de lo que podéis daros cuenta. Es un acto que supone mucho valor y mucho abandono de sí mismo a una actividad de Cristo en nosotros, a menudo terriblemente dolorosa. He ahí lo que tenemos que repetirnos una y otra vez, de lo que tenéis que estar convencidos y lo que tenéis que llevar a la práctica.

Con la experiencia comprenderéis mejor hasta qué punto supone la oración un desasimiento radical de todo lo creado. En el instante mismo de la oración tiene que practicarse, y de una manera verdaderamente actual, como una especie de muerte a todo lo que no es Dios. Es por eso por lo que tantas personas, tantos religiosos, tantos sacerdotes se apartan de la oración verdadera, refugiándose en un simple formalismo de oraciones vocales, con la ilusión de que hacen oración, o en el derivativo de una reflexión meditada acerca de un tema moral. Consciente o inconscientemente, son muy a menudo escapatorias cuando no se realiza el acto fundamental de entrega de sí mismo, acto que nos han intimado a ejecutar como condición previa a la oración. Lo cual no quiere decir que tengamos que desdeñar las oraciones vocales o las reflexiones de fe acerca del Evangelio y de las verdades cristianas. Al contrario, muy pronto diremos la importancia que tienen. Lo que digo únicamente es que pueden servir de coartada a un alma que se niega a sí misma.

Nuestra disponibilidad para la oración supone, por tanto, no solamente la fe en la importancia que tiene la oración, sino un verdadero trabajo de desasimiento interior, que tiene que ser aceptado, en principio, como desasimiento radical y sin límites, a la medida misma del amor que se nos pide. Este amor se identifica, de hecho, con el espíritu de inmolación, del que ya nos hemos ocupado, diciendo que era la primera disposición que tenemos que lograr. Por lo que se refiere a la fe en la importancia que tiene la oración,

tendrá que traducirse para nosotros en actitudes muy concretas.

Lo primero que tenemos que hacer es *desear* la oración. Es evidente que si los momentos que dedicamos a la adoración representan para nosotros realmente esa entrega total a Cristo, tendremos que desearlos en la medida en que amamos de verdad. Sin embargo, no vayáis a creer que este deseo nace por sí solo. No es natural en el estado actual del hombre. Sólo es fácil y espontáneo en el estado de gracia sobrenatural. Normalmente es un ejercicio de fe. Ya dijimos cómo la fe nos abría a un mundo invisible, que escapa por sí mismo a toda captación por nuestros medios humanos naturales. No hay que esperar, por tanto, que un deseo de este orden pueda nacer por sí solo. Un acto de fe quiere decir un acto de la voluntad que impone a nuestro ser, frecuentemente, a pesar de su resistencia, y en la oscuridad, la adopción de una actitud que responda a la realidad de las cosas invisibles; por eso nada es más cierto que una actitud del alma o un acto mandado por la voluntad a la luz de la fe. Es preciso abstenerse de pensar que una actitud es verdadera sólo cuando es naturalmente espontánea. Forzándonos a obrar en conformidad con las realidades divinas invisibles e inaccesibles es como realizaremos nuestra existencia de hijos de Dios.

Únicamente la fe puede hacernos desear los momentos dedicados a la oración. Este deseo se irá implantando en nosotros poco a poco, preparando de este modo el camino para la oración. Pero el mejor medio de desear el encuentro con Jesús en la adoración consiste en ir hacia ella efectivamente. Sabéis muy bien, quizá por propia experiencia, que las realidades divinas sólo se desean en la misma medida en que uno las posee ya. Cuanto más oréis, más desearéis la oración.

Por tanto, es preciso pasar a la práctica, quedándose en estado de disponibilidad completa para la oración, no sólo interiormente, sino con toda realidad. Tenéis que estar siempre dispuestos a fin de aprovechar todos los momentos libres para ir a la oración como se va al acto más importante del día. Habrá días en que os encontraréis verdaderamente poseídos: entonces tendréis que procurar que vuestro deseo sea más fuerte, exteriorizándolo delante de Cristo más explícitamente. Pero otros días dependerá, a menudo, de la organización de vuestro tiempo; sed precavidos. No es necesario que dediquéis absolutamente cada día, a la oración, la misma cantidad de tiempo, pero lo que sí es imprescindible es que siempre que haya dependido de vosotros hayáis encontrado tiempo para la oración. Puedo afirmaros que si creéis en vuestra vocación encontraréis tiempo suficiente para orar, y en determinados días tiempo para entregaros a una oración más larga. No os hablo únicamente de lo que, en principio, tenéis que salvaguardar cada día, como os lo pide el reglamento de las Fraternidades, sino de lo que podréis hacer además de eso en ciertas ocasiones. Dejando aparte los días más cargados de trabajo, habrá tardes o días libres, momentos vacíos. Si adquirís la costumbre de no dar nunca a Dios, en esos días libres, más que el tiempo rigurosamente prescrito, y si no sentís la necesidad de pasar un instante, de cuando en cuando, en oración totalmente gratuita por amor a Jesús, que os está esperando, entonces aún no sois auténticos Hermanitos. El hecho de que os consideréis como en paz con Dios una vez cumplido el horario prescrito para la oración; el que os venga a la imaginación el hacer mil cosas en una tarde libre,

excepto un poco de adoración; el que no penséis nunca durante vuestros desplazamientos en entrar un instante en una iglesia, teniendo tiempo para ello, todo esto probaría que aún no estáis disponibles para la oración. Es un hecho cierto que las almas de oración encuentran siempre, de cuando en cuando, tiempo para orar. Es preciso no querer hacerlo todo: nuestra vida debe ser siempre humilde, muy escondida, en todo lo que concierne a las actividades técnicas y temporales. La adoración tiene que ocupar siempre, para nosotros, el primer lugar. Es muy importante, por tanto, que nuestras semanas estén jalonadas por momentos de oración más intensa. Si es posible dispondremos de un instante para la adoración nocturna. También está bien que vengan a introducirse, como de improviso, algunos minutos de oración en los momentos libres, por cortos que sean, en los cuales no tenemos la costumbre de orar. También es cierto que quizá durante largos períodos no tengáis realmente tiempo para orar fuera de las horas fijadas, pero entonces el deseo y la espera de la oración tendrán que tener en vosotros más profundidad y ser más verdaderos que nunca. Cuanto más fieles seáis a la oración, tanto más sentiréis su deseo de una manera habitual. Entonces es cuando sentiréis que se acentúa y se instala en vosotros esa especie de división interior, de la que ya os hablé a menudo, entre Jesús y los hombres, entre el amor de Dios y el amor de los hombres, que es la señal de un alma enamorada de Dios, de un alma contemplativa. Estad, pues, disponibles para la oración, interior y exteriormente, en cualquier momento del día o de la noche.

* * *

Existe con demasiada frecuencia una verdadera escisión entre la oración y la vida. Para cumplir bien con nuestra vocación no nos basta con consagrar a la oración determinados momentos en el día, es preciso aspirar constantemente a desempeñar el precepto de Cristo acerca de la oración continua. Toda nuestra vida debe ser oración. Para prepararnos me parece que es necesario un triple esfuerzo: aclimatar nuestra oración a la vida concreta en la que tiene que integrarse, trabajar para que sea verdaderamente un acto vivo de amor y de entrega de sí mismo, y esforzarnos a fin de que todos nuestros actos sean una oración auténtica.

Para orar tenemos necesidad, y en una medida tanto mayor cuanto que nuestra oración esté menos bajo la acción del Espíritu Santo, de un cierto número de disposiciones psicológicas y de medios de ejercitar nuestra fe. Es en este campo en el que se debe hacer lo que llamé: aclimatación al ambiente real. Ahora bien, resulta que nuestra vida espiritual está adaptada, con mucha frecuencia, a un marco demasiado intelectual, lo cual es causa importante, aunque a menudo pase totalmente inadvertida, de muchos desequilibrios, tal vez sobre todo entre los sacerdotes y los religiosos, y es causa también de muchos abandonos en la oración. Existe entonces como una especie de intelectualización de la vida interior, la cual se ve así incapaz de subsistir en cuanto desaparecen las condiciones requeridas para una vida intelectual. Y es un error. Aquí no puedo hacer otra cosa que indicar la importancia de este factor en las dificultades que encuentran algunos para llevar una vida de oración en el seno de una vida de trabajo y de

relaciones con el exterior. Ya volveremos a ocuparnos de esto.

Es preciso no perder de vista que el lazo —el único lazo— que puede establecer la unidad en nosotros y en todas nuestras ocupaciones diarias, y muy especialmente entre la oración y la acción, es el amor. Esto se olvida con mucha frecuencia; la oración es la obra del amor, como el trabajo debe ser la obra del amor, y el servicio al prójimo debe serlo también. Lo que nos manda Jesús es amar a Dios y nuestros hermanos los hombres, y amarlos hasta la muerte como a nosotros mismos: en esto consiste la perfección. La perfección, en sí misma, no consiste en un estado de vida contemplativa o no. No es porque se hayan dedicado largos momentos a la oración, ni tampoco porque se haya adoptado el reglamento de vida de los Cartujos o de los Carmelitas, por lo que ha de resultar, necesariamente, una obra de perfección. Entregarse a la vida contemplativa no es necesario para la perfección, considerada como tal, pero el amor lo es siempre. Por tanto, para todo aquel que ha recibido de Dios una llamada a la vida contemplativa es esencial, y más que para los demás, ejercer una gran vigilancia, a fin de que su oración sea obra del amor, para que sea una oración auténtica y viva. No vayamos a creer que esto marcha por sí solo. Sobre todo —y me permito recalcarlo— si la oración está como envuelta entre observancias, métodos y ejercicios puede con más facilidad y de una manera inconsciente no ser sino muy débilmente obra del amor. Pero, sobre todo, que no se vaya a sacar la conclusión de que, en ciertos casos, no son necesarios algunos puntos de apoyo en la oración; lo que sí tenemos que saber es que toda oración no es necesariamente una verdadera oración. Aun en el mismo acto de la oración convendrá que recordemos las viriles palabras de san Pablo: «Aunque hable las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, no soy más que una campana que toca o unos platillos que resuenan. Aunque tenga el don de profecía y conozca todos los misterios y toda la ciencia, y aunque tenga tanta fe que traslade las montañas, si no tengo amor, no soy nada» (1Cor 13,1-2).

Resulta con frecuencia que nuestras oraciones son obras lánguidas, y a veces hasta obras muertas. No son otra cosa que unos ejercicios sin vida alguna. Sólo hubo una apariencia de oración. ¿Cómo extrañarse, después de esto, de que haya una escisión entre la vida y una forma de oración semejante?

La oración es una oración viva cuando es un acto vital de lo que es vida en nosotros: la fe y el amor. También hace falta que la oración sea verídica, si queremos que sea un encuentro entre nosotros, tal y como somos, con nuestros cansancios, con nuestras miserias, con nuestros pecados, con nuestras tentaciones, y Cristo, que está ahí, entre Dios y nosotros. La oración es el acto de un ser vivo, es un acto de amor, por consiguiente, un acto de entrega de sí mismo a Dios, suponiendo un desasimiento efectivo. De paso compruebo, una vez más, la importancia que tiene un concepto justo de lo que es la oración contemplativa. Observaréis que lo que destaco ante todo es el esfuerzo siempre oscuro y árido de una fe en busca de Dios, sin mencionar la acción más o menos permanente de los dones del Espíritu Santo. Lo hago, sencillamente, porque sólo la fe exige de nosotros este esfuerzo activo, en tanto que la acción del Espíritu Santo es una moción que viene, como de sí misma, a rematar nuestro esfuerzo, muchas veces tan

mísero en sus resultados.

Por tanto, iremos a la adoración, al trabajo y al servicio de los hombres, con la misma pureza de intención y en el mismo movimiento de amor. Entonces habrá unidad en toda nuestra vida. En lo más hondo de nuestra alma quedará como un deseo perpetuo de amar y de testimoniar este amor, y lo haremos a veces orando en silencio, a veces trabajando, a veces conversando. Tenemos, pues, que transportar nuestro esfuerzo de purificación de la intención, tanto al acto de la oración como a cualquier otra actividad.

Esto supone haber adquirido ya un cierto dominio de sí mismo, en un desasimiento real de todo deseo humano. Únicamente con esta condición podremos dominar el conjunto de nuestras actividades de oración o de trabajo, para que sean la expresión múltiple de un solo movimiento de amor. Ahora bien, aquí chocamos con dificultades concretas, excesivamente concretas, como por ejemplo nuestro temperamento, nuestras pasiones, nuestras costumbres, nuestra sensibilidad. El único remedio consiste en el empleo de una ascesis enérgica y equilibrada, adaptada a nuestro estado actual. La carencia de ascesis y, por consiguiente, de dominio de sí mismo, es uno de los grandes responsables del fracaso de nuestras tentativas para realizar esta unidad entre la vida y la oración. Es un punto tan importante que tendremos que tratarlo con más extensión. Necesitamos una ascesis en nuestras Fraternidades, y una ascesis especialmente adaptada a las exigencias de nuestra vida.

* * *

También tenemos que aprender a orar permanentemente, fuera de los momentos dedicados a la oración pura. Esto pide algunas aclaraciones, ya que a veces se hace una idea más o menos inexacta respecto a esta materia, que son motivo de desaliento, porque nos conducen a perseguir un fin inaccesible. Se trata, pues, de orar siempre, en medio de todos nuestros actos, en el trabajo, en la calle, en la conversación. También se dice que es preciso estar constantemente en presencia de Cristo, que es preciso conservar la presencia de Dios e instalar entre nuestras actividades cotidianas una oración difusa. Todas estas maneras de expresarse encubren una misma realidad, aunque, sin embargo, con algunos matices, que corresponden a los diferentes estados de alma.

En cuanto se habla de oración, de presencia, se refiere uno siempre, más o menos, a un acto de fe y no únicamente a un acto de amor. Todo esto está muy unido entre sí y en realidad no se separa lo uno de lo otro; ahora bien, para hablar de ello es preciso desunirlo, por poco que sea, pero no por eso vamos a deducir que esta distinción subsiste en la realidad del acto psicológico.

No creo que sea lícito afirmar que todos nuestros actos y todas nuestras ocupaciones ordinarias sean oración, por el solo hecho de vivirlos por amor. Hay en esto un abuso de estilo y acaba uno por no saber lo que significan las palabras. Orar es un acto en el que entra siempre, más o menos, la inteligencia y la fe, que adora o pide, con palabras o sin palabras. Orar es al menos mirar; es pensar, es hablar, es suplicar con lágrimas, ya sea con palabras pronunciadas distintamente, ya sea con ideas, con imágenes o simplemente con la mirada infinitamente más profunda, pero oscura, de la contemplación. Si no existe

esto, no se puede decir que haya oración, en el sentido estricto de la palabra.

El mejor medio de comprender un problema consiste muy a menudo en suponerlo resuelto. Tomad, pues, la oración en el momento en que llega a su último toque, a la contemplación infusa. En este instante, y sin dificultad, el corazón del hombre permanece fijo de una manera confusa, pero admirablemente viva, en el sentimiento y bajo la mirada de Dios, en todo tiempo y en medio de cualquier ocupación, sea la que sea. Hay mucho más que una vida ofrecida por amor, hay una presencia permanente de nuestra alma en Cristo. Entonces sí se puede hablar de oración continua. Es una imitación, por parte de nosotros, del estado en que se encontraba el alma de Jesús durante su vida, a consecuencia de la visión beatífica. Este estado es solamente fruto del Espíritu Santo y nosotros lo único que podemos hacer es recibirlo pasivamente. Pero tenemos que afirmar, de modo que no quede lugar a dudas, que esta presencia de Dios no puede existir de una manera permanente fuera de la acción particular del Espíritu Santo.

Por tanto, ¿de qué manera tenemos que trabajar para prolongar la oración durante todo el día? ¿Cómo hacer para que todos nuestros actos sean una oración continua? Un sacrificio puede ser considerado como oración en acción en su sentido más amplio. Nuestra vida puede ser ya oración, en ese mismo sentido, si la ofrecemos explícitamente, sobre todo en unión con el sacrificio eucarístico. Una semejante disposición para la ofrenda renovada explícitamente en cada misa confiere realmente a todos nuestros actos diarios un carácter de oblación, transformándola en una verdadera oración viva. Esto supone, indudablemente, que la disposición generosa de la voluntad permanece como subyacente a todo lo largo del día. De ahí la importancia del espíritu de inmoción con objeto de que nuestra vida entera sea una oración verdadera.

Nuestra vida puede ser también oración si conservamos en todas las ocasiones la libertad del alma, primera condición de la oración. De este modo permanecemos en constante disponibilidad con respecto a la oración. Seguimos viendo palpablemente la necesidad de una ascesis interior, ya que la libertad del alma es sinónimo de desasimiento de toda criatura, de toda actividad. Tenemos que aprender a conservar esta libertad, sabiendo al mismo tiempo cómo entregarnos, con sencillez y alegría, a nuestro trabajo, a nuestros amigos, a nuestros compañeros, a nuestros hermanos. En el momento de ponernos en oración es cuando nos daremos cuenta de si hemos conservado o no esa libertad del alma, que yo llamaría además silencio interior. El amor a la Cruz de Jesús es lo que nos permitirá conservarla.

Pero todos sentiremos la necesidad de algo más: la práctica de una verdadera oración difusa. Consistirá en jalonar nuestras jornadas con instantes de oración más o menos aproximados. Aprender a orar con la mayor sencillez posible, con palabras o con una simple mirada del alma, en todas partes y cada vez que Dios, por medio de su gracia, nos impulse a ello. Llegado aquí, experimento una gran dificultad en ser más concreto, porque no habrá dos hermanos que se conduzcan de la misma manera. Esta permanencia en la oración, en el sentido propio de la palabra, adoptará tantas formas diferentes como etapas hay en el desarrollo de la fe y caracteres distintos. Unas veces será el recuerdo de un versículo del Evangelio, una simple mirada hacia Cristo, el sentimiento de la presencia

de la Virgen; otras veces será, en lo íntimo del corazón, un movimiento de entrega de sí mismo a un compañero o a todos los hombres, suscitado por un contacto amistoso, por la contemplación del mal, o por el espectáculo de la muchedumbre indiferente. En una palabra, se trata de una reacción de nuestra fe que tiende poco a poco a permanecer habitualmente en acción, llevándonos a la visión de las realidades invisibles del mundo. Estos actos intermitentes de fe preparan el estado de contemplación simple que sólo pueden realizar en nosotros los dones del Espíritu Santo.

Ya tenemos ahora la verdadera definición de la oración difusa: es una mirada de fe a la realidad del mundo. Es preciso que nos ejercitemos en ello. En efecto, existe una manera de mirar en la fe a los hombres, al trabajo, al placer y a sus solicitudes, que nos sitúa en plena verdad humana y divina, visible e invisible. Es como una oración en estado naciente.

La conciencia de que somos realmente delegados de los hombres ante Dios, y más especialmente de aquellos que están a nuestro alrededor, de nuestros compañeros de trabajo, de los habitantes de nuestro pueblo o de nuestro barrio, será una ayuda poderosa para adquirir dicho espíritu de fe.

Es preciso, volviendo a ello sin cesar, arraigar en nuestro interior esta visión del mundo dentro de la fe. En virtud de los lazos del cuerpo místico de Jesús, somos solidarios los unos con los otros. Es un hecho que alcanza a todos los hombres en estado de adopción divina, pero que nos concierne más especialmente en virtud de una voluntad de Jesús, incluida en la llamada que nos dirigió, y también porque hemos respondido ofreciendo explícitamente a Jesús nuestro deseo de ser designados para el «rescate» de nuestros hermanos. Esta respuesta encuentra su forma definitiva y su consagración oficial por la Iglesia, en el acto de abandono de nosotros mismos a Dios, que añadimos a nuestra profesión perpetua.

El contacto diario con los hombres tiene que contribuir a desarrollar en nosotros el sentido de esta solidaridad espiritual. Los vínculos de amistad, de camaradería en el trabajo, de ayuda mutua en la necesidad, serán para nosotros la imagen de una mutua ayuda de otro modo eficaz y profunda. A través de estas manifestaciones visibles de unidad os ejercitaréis en mirar, con los ojos de la fe, los lazos invisibles que os llevan a compartir el sufrimiento, el pecado, la miseria moral y las necesidades de los demás hombres, sobre todo de aquellos que están más próximos a vosotros. Ya os dije cómo podíais dar, por medio de vuestra oración y de la ofrenda de vosotros mismos, un sentido al sufrimiento sin fin del mundo. Frente a los excesos del sufrimiento y del mal, no permitáis que el escándalo penetre en vosotros, ni tampoco la amargura, refugiándoos con toda vuestra fe en el misterio de Jesús paciente. En medio del desconcierto y de la desesperación, sólo la respuesta silenciosa de Dios será lo que os lleve siempre a aceptar, con esperanza, el misterio del dolor. Aceptad y llevad este sufrimiento, como Jesús lo llevó, con él y en él, con humildad, con dulzura y con amor. Si vuestra visión del mundo invisible os convierte en cierto modo para los demás como en unos seres extraños, no debe, sin embargo, volveros distantes o indiferentes; todo lo contrario. Estaréis más presentes para todos los que os rodean precisamente a consecuencia de lo que habéis

alcanzado en ellos por medio de la fe y del amor. En esta presencia en el sufrimiento de los demás se pueden presentar dos desviaciones, que tenemos que evitar cuidadosamente: unos estarán más expuestos a una de ellas y otros a la otra, según los temperamentos. A algunos les costará trabajo salir de la torre de marfil de su vida interior por tendencia temperamental, por timidez, por educación, o también a causa de un concepto erróneo de lo que son las condiciones de la unión con Dios; pero tampoco se trata de aceptar una vida de oración rebajada como una especie de compromiso entre los contactos y la oración, y en esto puede consistir otra desviación a la que se sentirán inducidos algunos otros. Evidentemente, desde el punto de vista de la organización de nuestro tiempo, será preciso procurar como una especie de compromiso constante entre los momentos consagrados a la oración pura y aquellos otros que reclamarán nuestras relaciones con los demás. No puede haber otra solución, ya que el tiempo no es extensible. Pero esta división del tiempo, esta especie de coincidencia, no debe corresponder a una división interior, ni tampoco arrastrar una ruptura del equilibrio de vuestra vida, ya que esta no se compone de momentos de retiro, durante los cuales seríais hombres de oración, y de momentos consagrados al trabajo o a los contactos con los demás, durante los cuales dejaríais de serlo. Vuestro grado de unión con Dios no se medirá por la cantidad de tiempo que hayáis consagrado a la oración y no es únicamente en función del tiempo por lo que seréis hombres de oración. Lo seréis si vuestra mirada hacia los hombres y hacia las cosas es, mediante la fe, lo que era la mirada de Jesús. Tendréis que vivir en un medio ambiente sumergido en lo temporal y cuyas aspiraciones de justicia, de bienestar y de progreso están generalmente limitadas a perspectivas terrenas. No os dejéis contaminar, manteniendo vuestra mirada puesta en Jesús con limpidez y claridad. Por él sois lo que sois, por él vivís y por él estáis dispuestos a morir por cada uno de vuestros hermanos.

Tal vez insistí un poco demasiado en la participación en los sufrimientos y en las injusticias; sin duda, no era necesario, ya que vuestros compañeros se resienten de ese mal con violencia; por tanto, apenas corréis el peligro de sentirlos extraños a ellos. Pero la misma fuerza de esta presión del medio ambiente podría ocultar el verdadero modo con que debéis tomar este sufrimiento sobre vosotros, en seguimiento de Cristo cargado con su cruz.

Existe otro mal cuya presencia e importancia pueden escapar a vuestra atención si no ponéis cuidado. Me refiero al pecado y al mal moral, a todos los pecados, incluso al pecado de rechazar explícitamente a Dios. El sentido del pecado está como abolido en la conciencia actual de la mayoría de los hombres. Por regla general, el mal moral se mide por las nefastas consecuencias económicas que arrastra consigo. Tenéis que retener el sentido de lo que es pecado, del pecado que existe en vosotros, así como del pecado que existe en el mundo, en todo hombre, sea el que sea. Si conserváis en vuestro interior el sentido de lo divino, pero sobre todo, si habéis penetrado en el misterio del Corazón de Jesús, y si vivís en su intimidad, no podréis evadiros de su agonía frente a los pecados de la humanidad entera. Por amor hacia él y hacia los hombres, vuestra oración será una oración suplicante y reparadora.

Ya os indiqué en qué sentido debe desenvolverse vuestra solidaridad espiritual con la humanidad. Pero no olvidemos que no puede haber fecundidad sino en unión con Cristo Redentor. Es por esto por lo que dicha solidaridad no puede ser, en nosotros, sino una consecuencia de nuestra unión con Jesús. Es una función esencialmente reservada a las almas de oración y en la medida misma de su unión con Dios. No os hagáis ilusiones respecto a este particular: si el contacto con la miseria física y moral de los hombres es beneficioso para vosotros, ya que os incita al desasimiento de vosotros mismos y os estimula en la vía del amor, tiene que ser con el fin de conducirlos a una adhesión más estrecha con Jesús. Lo primero es vuestra unión con Cristo, fuente para vosotros de toda fecundidad espiritual. No introduzcáis ninguna dislocación en vuestra vida, ni tampoco rompáis su equilibrio. No podéis ser redentores con Jesús si antes no habéis sido redimidos por él. No creáis que apartándoos de él vais a poder dar más a las almas. Otros hombres tienen la misión de trabajar en la construcción temporal de la sociedad, en la reforma de las injusticias, en el alivio de los sufrimientos de la humanidad. A vosotros os corresponde ser total y únicamente de Jesús, para poder manifestarle a vuestros hermanos. Hay un conocimiento de Cristo que sólo puede llegar a los hombres a través de la vida de aquellos que le aman.

* * *

Ahora comprenderéis la importancia irremplazable de la fe si queréis ser permanentes de la oración. Que vuestra fe sea sencilla, confiada, incansablemente perseverante, atrevida en las oscuridades y aferrada muy concretamente a Jesús. Es a él a quien vuestra fe debe estrechar a través del Evangelio, pero dentro de la realidad de su presencia a vuestro lado. Ejercitad vuestra fe sin cansancio, en las palabras de Cristo, principiando, desde luego, si queréis aprender a orar, por interrogar acerca de la oración al mismo Jesús. Es una cosa en la que, con mucha frecuencia, no pensamos. Salimos en busca de métodos más o menos originales y complicados: ninguno podrá eludir el problema de la fe. En esto consiste todo. Es preferible abordarlo de frente. Leed de nuevo el Evangelio, proponiéndosos escuchar lo que os dice Jesús. Casi no habló más que de esto, y si insistió tanto es porque sabía que no le escucharíamos. Sabía él que eso era lo esencial, sabía que nos desanimaríamos y que careceríamos de perseverancia. Nada reemplazará la fuerza de las palabras de Jesús; leedlas, volvedlas a leer y sobre todo vividlas: «¿Por qué me llamáis Señor, Señor, y no hacéis lo que os digo?» (Lc 6,46).

No os perdáis en imaginaciones, en investigaciones tortuosas. Jesús está a vuestro alcance si tenéis fe. No existe nada más concreto ni más cierto que la fe, puesto que llega hasta la realidad presente. Es algo sólido y fuerte, algo indestructible. Reparad en la fuerza de la fe en el padre De Foucauld: es porque se apoyaba de continuo en el Evangelio.

En esto reside todo el secreto de vuestras adoraciones silenciosas y de la permanencia de vuestra presencia en Jesús. No existe otro. Jesús está ahí y vosotros también, con la condición de que estéis presentes al instante que pasa. Vuestras alegrías o vuestras tristezas, vuestro cansancio en el trabajo, vuestro fastidio de los hombres, vuestro

sufrimiento, vuestras rebeldías, vuestras repugnancias, todo esto son remolinos superficiales, lo que jamás impide que Jesús esté ahí, que os ame, que os quiera ver, aun a través de vuestro sufrimiento, más próximos a él, en ofrenda a su Padre y en sacrificio por vuestros hermanos. Esta es la realidad, la verdadera; el resto, en comparación, no es más que apariencia.

Ya lo sé: esto es más fácil de decir que de hacer. Pero el Espíritu de Luz y el Espíritu de Amor ejercen su acción en vosotros. Tenéis que despejar el camino, incansablemente, ejercitando vuestra fe en Jesús. El *cansancio* es la gran tentación en la oración. Buscad en el Evangelio lo que dice Jesús; a ese cansancio opone no sólo la perseverancia, sino también una inoportunidad casi desvergonzada^[69].

No olvidéis esto jamás. La sagrada Hostia y el Evangelio: deciros a vosotros mismos que *esto es verdad* y vivid en consecuencia. Así es como llegaréis a ser los permanentes de Jesús en la oración. «¡El que tenga oídos que oiga! (...). Lo que es imposible a los hombres es posible para Dios. (...) Todo es posible para el que cree» (Mt 11,15; Lc 18,27; Mc 9,23).

El-Aliodh Sidi-Cheik, 16 de febrero de 1948

4

Ejercicios y liturgia

Os voy a confiar, simplemente, algunas reflexiones acerca de todo lo que comprende nuestra vida de oración, ya que esta lleva consigo la práctica de algunos Ejercicios y oraciones litúrgicas.

Por Ejercicios entiendo todos aquellos medios organizados con vistas a servir de apoyo a una vida de oración comunitaria o individual. Por sobrios que seamos en esta materia, todos los días tendremos que ejecutar algunos de estos Ejercicios. Estos son, por ejemplo: la recitación del *Angelus*, del *Veni Creator*, la lectura del Evangelio, las oraciones antes y después de las comidas, la lectura espiritual, el rosario, el examen de conciencia en cuanto que se lleva a cabo en un momento determinado del día, la bendición con el Santísimo Sacramento, las letanías del Sagrado Corazón, etc. La Misa y el Oficio no son Ejercicios: son el mismo culto litúrgico. Reparad además que entre los Ejercicios no hago entrar la hora de adoración, que es, en principio, oración pura.

Examinaremos sucesivamente las cuestiones planteadas en nuestra vida por los Ejercicios y el Oficio litúrgico.

* * *

Los Ejercicios plantean algunos problemas en nuestra vida. Para unos son una ayuda casi indispensable a su vida interior; para otros, en grados diversos, son una carga que les entorpece y a veces les abruma. Hay algunos que no llegan a despegarse de ellos y se encuentran completamente desorientados en cuanto su tiempo no está enmarcado por todos los Ejercicios previstos. Otros, por el contrario, se dispensan de ellos con demasiada facilidad. A veces sin razón. En fin, casi todos notan –y en la hora actual es un verdadero *leit motiv* en muchos ambientes sacerdotales o religiosos– la dificultad que existe para incorporar los Ejercicios a una vida en contacto con los hombres, y para conciliar las exigencias, opuestas con frecuencia, del cumplimiento de estos deberes piadosos con los de la caridad, los del ministerio o los del trabajo.

Es absolutamente indispensable que no queden en el aire unas cuestiones tan importantes; y es preciso encontrar las causas de ese malestar presente en tan gran número de almas religiosas.

Creo que entre nosotros apenas existe dicho malestar, a causa de la extrema sobriedad de nuestros Ejercicios; pero, sin embargo, pueden plantearse algunos problemas, sobre todo en determinadas Fraternidades. Querría hablar ahora de algunos principios que permitirán resolver casos concretos.

* * *

Los Ejercicios de piedad no son la perfección, ni tan siquiera sus elementos. Hay que añadir que no son la oración, sino *medios* de hacer oración. Por tanto, ni que decir tiene

que podemos concebir una vida cristiana, aun perfecta, sin ningún Ejercicio de piedad, en tanto que no podemos concebirla sin mucha oración. Ya que, y lo hemos señalado ya, la oración no es un Ejercicio. El hecho de utilizar un cierto modo expreso de oración es un Ejercicio; no es más que un medio de hacer oración, subordinado a ella. ¿Es que se puede decir que toda oración vocal es un Ejercicio? Ante todo, dejemos de lado las oraciones litúrgicas, de las que ya volveremos a hablar. Quedan las otras oraciones vocales. Se debería considerar como Ejercicio una fórmula de oración determinada, cuya recitación nos impondríamos de una manera habitual, ya en público, ya en privado; por ejemplo: las letanías del Sagrado Corazón, el *Angelus*, el rosario. Pero una oración vocal que brota espontáneamente del corazón como un grito del alma o un coloquio con Dios, sin ninguna fórmula impuesta, no es un Ejercicio. Podemos decir, respecto al conjunto de los cristianos, que en su oración propiamente dicha entran siempre realmente determinadas oraciones vocales, de la que son expresión natural y humana; pero no es indispensable, sobre todo para aquellas almas que gozan de la contemplación. En determinados casos puede darse una vida profunda de oración sin que esta experimente la necesidad de traducirse al exterior con palabras. En la vida de Cristo y en la vida de la Virgen no hubo, con toda seguridad, ninguna parte dedicada a los ejercicios, ya que ni el uno ni la otra tuvieron necesidad de apoyos en la oración. Las oraciones vocales fueron para ellos la expresión espontánea de su oración. Tales son los magníficos brotes de oraciones que encontramos en el Evangelio en labios de Cristo, como, por ejemplo, la oración de después de la Cena y la oración durante su agonía; o en labios de la Santísima Virgen, como el *Magnificat*. Además participan en la oración litúrgica judía.

En los primeros siglos del cristianismo tampoco encontramos ningún vestigio indicador de que utilizaran Ejercicios en sus oraciones, tal y conforme los concebimos hoy día. Procuraban de una manera más directa la oración y la práctica de las grandes virtudes; la espiritualidad de los Padres del desierto es, en este sentido, muy característica; se desarrolla libre y ampliamente, siguiendo el ritmo de las horas del Oficio, que entonces queda constituido como una forma de oración muy viva. El Oficio Divino, por sí solo, es como un Ejercicio. La experiencia de las diferentes etapas por las que atraviesa la vida espiritual y la práctica cada vez más extendida del noviciado, que llega a ser una verdadera escuela, en la que unos maestros instruyen a sus discípulos en las vías de la ascesis y de la oración, vienen a parar poco a poco en la elaboración de un conjunto de reglas de conducta y de dirección que son una verdadera ciencia de la ascesis y un arte de la dirección espiritual. Pero al comienzo los procedimientos siguen siendo amplios, flexibles, muy próximos al esfuerzo interior de santidad al que tienen que dirigir, y el papel del maestro o del abad continúa siendo preponderante, incluso cuando se encuentra uno frente a prácticas extremadamente osadas y bastante abrumadoras, como las que utilizaban los monjes irlandeses en la Alta Edad media. Pero aún no se había llegado a la noción de ejercicio tal y como se elaborará más adelante. La regla de san Benito no presenta el menor rastro.

La noción de Ejercicio, en el sentido actual de la palabra, no aparece con claridad sino a partir del siglo XVI, al que se ha llamado la edad «refleja» de la espiritualidad. Estos

Ejercicios son fruto de una experiencia ascética, y esto es lo que les da su valor de medios. Mientras siguen siendo utilizados por una gran corriente de vida religiosa cristiana, conservan toda su fuerza y todo su valor, pero los pierden en cuanto esta dependencia tiende a debilitarse. Un ejercicio pierde parte de su valor cuando no está perfectamente adaptado al fin a que debe conducir, fenómeno que puede estar determinado por varias causas, como, por ejemplo, el nacimiento de necesidades nuevas, una cierta transformación de la psicología o del temperamento, el alumbramiento de una nueva espiritualidad, y también el abuso a que se ha podido llegar en el empleo de estos Ejercicios.

Es preciso advertir, además, si estudiamos la historia de la evolución de las grandes órdenes religiosas y su corriente de espiritualidad, que el dominio y la proliferación de los Ejercicios parece aumentar a medida que se aleja uno de su origen. Nadie puede afirmar que san Francisco, santo Domingo, ni siquiera san Ignacio hayan abusado de los Ejercicios. Por otro lado, existe en todos los santos un brote tal de vida y de caridad que prescinde de las reglas o, por lo menos, las supera al utilizarlas. Esto sigue siendo cierto aun en el siglo XVII, que es la época, por excelencia, de los ejercicios. Un san Vicente de Paúl, un san Juan Eudes, un M. Olier utilizan los ejercicios, que en su época son medios plenamente adaptados y fructuosos. Entonces la vida espiritual sale de los claustros para verterse en el mundo; este acontecimiento no es extraño al desenvolvimiento del uso de los Ejercicios. En el siglo XIX hubo proliferación y abuso. Los santos, naturalmente, escapan siempre a este defecto; no encontramos esta tendencia ni en el Cura de Ars, ni en santa Teresa del Niño Jesús, ni en san Juan Bosco.

Esta rápida ojeada es suficiente para confirmarnos, si fuera necesario, en la convicción de que no hay que confundir en modo alguno la perfección cristiana y religiosa, o la vida de oración, con los Ejercicios de piedad, que son sólo instrumentos.

* * *

Los Ejercicios, pues, no tienen otro valor que el de su aptitud para engendrar en nosotros una vida de oración y facilitar la adquisición o la práctica de las virtudes cristianas. Tenemos que apreciarlos únicamente en relación con este rendimiento. Pero en esta apreciación tenemos que evitar algunos errores en sentidos opuestos; y además es preciso tener en cuenta el hecho de que determinados ejercicios son el fruto y como el término de una larga experiencia ascética de la vida religiosa. Había una igual falta de prudencia en suprimir inconsideradamente el uso de tal Ejercicio, bajo pretexto de que ya no responde completamente a nuestras necesidades actuales; o en agarrarnos a ellos fuertemente a pesar de una experiencia decepcionante, como si la perfección estuviera ligada a su empleo.

Este es el momento de intentar distinguir la importancia relativa de los Ejercicios de que hacemos uso habitualmente. Una jerarquización semejante, y lo comprendemos enseguida, no puede hacerse *a priori*, puesto que los Ejercicios, siendo medios, deben ser juzgados según su necesidad y eficacia, que variarán no tan sólo según los casos individuales, sino también para un mismo religioso según los días y las circunstancias. Lo

que tenemos que hacer más bien, por tanto, es dar unas directivas de solución.

Podríamos comparar los Ejercicios de piedad con el andamiaje y con las armaduras entre las que fragua el cemento, imprescindibles para empezar a construir un edificio o para sostenerle mientras el cemento no fraguó por completo. Evidentemente, se pueden presentar varios casos en los que, si se retiran los andamiajes mientras la obra está en curso de construcción, se interrumpe esta y el trabajo queda sin terminar. Si parece que el trabajo ya está concluido y se retiran demasiado pronto ciertas armaduras o algunas partes del andamiaje, se corre el peligro de un derrumbamiento general o parcial del edificio. Por el contrario, una vez terminada la parte principal de la obra, es a menudo necesario, con objeto de continuar más fácilmente la construcción sin estorbos, desmontar definitivamente ciertas secciones más bajas del andamiaje. En fin, el edificio completo y sólidamente terminado no puede adquirir todo su valor ni recibir los últimos toques si no se retiran todos los andamios.

Sucede exactamente lo mismo con la utilización de los Ejercicios de piedad. Cada caso debe ser resuelto concretamente por sí mismo, y esto supone una verdadera prudencia para poder ser tratado convenientemente. En esta materia no hay ni recetas ni soluciones fáciles. Y es precisamente porque muy a menudo queremos emplear los Ejercicios como receta o como marco uniforme e invariable de formación por lo que llegamos a resultados opuestos a lo que buscábamos: ciertas almas quedan quebrantadas, se provoca el formalismo, se detiene el crecimiento espiritual.

He aquí ahora algunos principios que no hay que olvidar:

No estiméis nunca el verdadero valor de los actos de cada día por una simple fidelidad material en la ejecución de los Ejercicios. No permitiros nunca juzgar a los demás acerca de esta materia, y no cedáis a la tentación de evaluar su perfección según la dosis de Ejercicios que pueden asimilar y que practican de hecho.

Se puede y se debe asentar como principio general, a pesar de algunas excepciones posibles, que cuanto más progresa un alma en la vida espiritual, tanto menos necesita los Ejercicios. En la medida en que un alma se encuentra bajo la moción del Espíritu Santo, los Ejercicios le serán inútiles en la misma medida. En ciertos casos pueden ser un estorbo y constituir un verdadero obstáculo para la oración. Este último caso es, sin embargo, muy raro y no puede ocasionar la desaparición de todos los Ejercicios.

Una serie de Ejercicios materialmente bien hechos pueden producir ilusión, no siendo de ninguna utilidad para el alma si no son la expresión de la vida interior, o si no son empleados activamente para engendrar en nosotros una verdadera oración y un crecimiento de amor. Jamás un ejercicio debe ser ejecutado pasivamente; es preciso vigilar esto con mucho cuidado, ya que sin esta vigilancia se arriesga, después de varios meses de vida regular aparente, el venir a parar a una vida interior muy pobre. Por eso vemos muchas veces que algunos religiosos o religiosas, que se vieron obligados a salir de su marco habitual tras algunos años de vida conventual, se encuentran completamente desorientados, sin verdadero espíritu de oración, sin virtudes interiores profundas. Suprimiendo el marco, lo único que queda con mucha frecuencia es un gran vacío interior. Estas almas no reaccionan con suficiente generosidad, y se han dejado conducir

pasivamente por un ambiente y un conjunto de oraciones que les producía la ilusión de una vida interior que, en realidad, no existía sino muy débilmente.

También puede estar uno demasiado apegado a los Ejercicios en este sentido: cuando un deber de caridad nos llama a otro sitio, sentimos una cierta tristeza o mal humor al tener que dejarlos. Esta clase de apego puede ser corregido, sobre todo si el desarreglo es producido por un cambio en el horario previsto, ya que podemos hacer en otro momento el Ejercicio que tuvimos que abandonar. En este caso no habría ningún peligro. Puede existir cierto egoísmo en el caso de soportar difícilmente un ligero trastorno en el horario, aunque sea por motivos legítimos. Pero la molestia que se experimenta al verse uno interrumpido puede provenir también de que el alma se encuentra verdaderamente descentrada en su interior, debido a esas irregularidades. Entonces tenemos que buscar la causa; podrá tratarse de un alma débil, sin experiencia todavía, que no puede entregarse verdaderamente a la oración en cuanto le falta la regularidad exterior. Otras veces será más sutil; puede suceder que ese desconcierto interior proceda precisamente de que concedemos demasiada importancia al valor de los Ejercicios, de suerte que creemos haber cometido una verdadera imperfección en cuanto faltamos a ellos, aunque sea por un motivo válido. Entonces el alma sitúa a la perfección donde no está de hecho, de ahí su desasosiego. Es menester llevar a cabo una educación interior, y hay que enseñar a esta alma cómo buscar a Dios más directamente.

También tenemos que señalar otra posible ilusión, que consiste, contrariamente a lo que hemos descrito, en pensar que puede uno dispensarse de los Ejercicios de piedad. Algunos aprovechan la menor ocasión para dispensarse de una oración vocal, para dejar de asistir a un Oficio, aplazarlo para más tarde u omitirlo por completo. No saben cómo organizarse. Hay a veces falta de previsión, de recogimiento, o bien capricho, voluntad vacilante; también se puede sentir un verdadero temor de la oración, y entonces nos refugiamos inconscientemente en la actividad. A cada uno compete procurar ver con claridad, siendo fiel a sí mismo. Ya no se trata de incluirse con demasiada rapidez en la categoría de las almas contemplativas, de aquellos que no tienen ya necesidad de Ejercicios para ir hacia Dios. Por otra parte, la piedra de toque seguirá siendo siempre la oración, la fidelidad y la valentía en la oración. Si el alma abandona la oración con demasiada facilidad, si no consigue someterse a ella, la situación es grave; entonces necesitará más que otros sujetarse a la práctica de los Ejercicios con toda fidelidad, y sobre todo, a una lectura espiritual apropiada y bien hecha.

Tampoco hay que olvidar que determinados Ejercicios de oración hechos en común en una Fraternidad presentan, independientemente de su eficiencia propia como tales Ejercicios, el valor de una manifestación de fe o de oración en común, valor al que Dios atribuye una importancia real: «Porque donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos». Es en la liturgia donde se encuentra, eminentemente, este valor de oración comunitaria. Por eso determinados Ejercicios, debido al hecho de su carácter comunitario, conservan un valor auténtico propio, aun para las almas que han llegado a un grado tal de vida interior que su práctica pudiera resultar, para ellas personalmente, un estorbo.

De estas observaciones podemos deducir algunas directivas prácticas.

Me sitúo, ante todo, en el punto de vista del Hermanito, novicio o proficiente en el amor de Dios, para el que los Ejercicios pueden ser realmente un manantial de vida.

Es preciso ser siempre sinceros: si se trata de oraciones vocales, deben expresar una realidad, un estado de alma de oración, que sean la exteriorización de algo. El modo de utilizar las oraciones vocales variará para cada uno. Sobre todo, nada de formalismo, ni tampoco hacerlas por salir del paso; nuestro ritmo de Ejercicios piadosos es lo suficientemente sobrio para que su ejecución resulte fácil. Seamos también sinceros en nuestra manera de leer el Evangelio, o a un autor de obras espirituales; no nos impongamos nunca un método de lectura que no sea fructuoso y no responda a nuestras necesidades actuales.

Un medio excelente que es, a la par, una verificación de la vitalidad de nuestros Ejercicios y un medio de renovarla consiste en aprovechar los casos en que nos vemos obligados a faltar a un Ejercicio en común para hacerlo a solas. Por ejemplo, cuando no hemos podido rezar el *Angelus* con los demás y tenemos que recitarlo en soledad, aprovechemos la ocasión para hacer un acto más personal de unión con la Santísima Virgen y con el misterio de la Anunciación. También puede ser útil, de cuando en cuando, no pronunciar las palabras, recogiéndonos más profundamente en una breve contemplación del misterio que da su sentido al *Angelus*. Asimismo, cuando nuestro trabajo nos impide estar presentes en la bendición con el Santísimo Sacramento, aprovechemos para provocar en nosotros una actitud interior de adoración a la Santa Eucaristía. En resumen, todo se reduce a buscar el modo de lograr el objetivo del Ejercicio de una manera directa, prescindiendo justamente del medio habitual.

Veamos ahora el caso en que, como consecuencia de un trabajo más urgente, de una obligación de caridad o de deber de estado, dejamos de hacer muy a menudo ciertos Ejercicios. Es lo que ocurre, sobre todo, con los Hermanos que tienen una obligación impuesta por su oficio. También podrá presentarse este caso en una Fraternidad obrera, aunque el orden a seguir en las oraciones del día haya sido dispuesto en consonancia con las diversas obligaciones. Me refiero aquí, de una manera general, a lo que debe hacerse cuando alguien se ve obligado a prescindir del ritmo previsto, sea el que fuere, en los Ejercicios de la Fraternidad en que se encuentra.

He aquí, todavía, otro caso: cuando, sorprendidos como de improviso por un gran número de ocupaciones, no tuvo uno verdaderamente tiempo material de hacer todos los Ejercicios previstos antes de una hora razonable de acostarse; ya que si se pueden hacer no hay problema.

Esto no tiene ninguna importancia en sí, si dicha eventualidad no se produce de una manera frecuente y habitual. Por ejemplo, vamos a suponer que nos veamos obligados dos veces por semana a abandonar el rezo del rosario y la lectura espiritual; en esto no hay problema, ya que si verdaderamente hemos estado normalmente alimentados los demás días, todo marcha bien, el objetivo está cumplido; el hecho de que todos los días, exactamente, practiquemos la lectura no es la perfección en sí. Sólo cuenta el resultado.

Por lo demás, cada caso se plantea de una manera diferente. Lo que sí tenemos que cuidar en esta materia es el no tomar la costumbre de dispensarnos de un Ejercicio que nos es necesario.

También es posible aprovechar estas ocasiones para encontrar en intensidad de vida y de amar lo que perdimos en cantidad, si me atrevo a emplear esta palabra, que no tiene ningún significado en materia espiritual. Por ejemplo, si no tuvimos tiempo de rezar el rosario antes de acostarnos, lo reemplazaremos por dos minutos de oración, tan ardiente como sea posible, en unión con la Santísima Virgen. El resultado obtenido será superior, a veces, al que conseguiríamos rezando el rosario por rutina. Igualmente podemos reemplazar una lectura espiritual, omitida, por la meditación de algunos versículos del Evangelio, o de una máxima de san Juan de la Cruz, hecha con más atención. Entonces no es de temer ningún aminoramiento.

Puede presentarse otro caso, cuando la sobrecarga de trabajo es constante, hasta el punto de que, casi diariamente, tenga que ser sacrificada una parte de los Ejercicios previstos; supongo siempre, bien entendido, que lo esencial fue salvaguardado, y lo esencial para nosotros es, además de la santa Misa, la hora de adoración y un contacto de algunos minutos con el Evangelio. Entonces es preciso consagrar el tiempo de que disponemos, teniendo en cuenta únicamente lo que es más útil para el alma, según las circunstancias del momento. Cada uno tiene que establecer, por tanto, una jerarquía en la importancia de los Ejercicios, jerarquía que, por lo demás, podrá variar de un día para otro; será una lectura espiritual, una lectura del Evangelio, el rezo del rosario o también un instante de oración pura. No nos irrite nunca cuando estemos ocupados en algún trabajo, o acaparados por el prójimo, y sepamos encontrar, por otros medios, la vida misma que el ejercicio nos habría traído. *Nuestra unión con Dios es algo vivo y no podría depender tan estrechamente de unos simples medios, que muchos santos no tuvieron a su disposición.* Seamos siempre muy leales para con nosotros mismos. La oración será el verdadero testigo de nuestra vida en Dios. No cedamos, sin embargo, a la fácil ilusión de pensar que no tenemos necesidad de Ejercicios para mantener nuestra vida divina. No se apercibe uno inmediatamente de la desnutrición provocada por una alimentación deficiente habitual o demasiado frecuente.

Hacer de los Ejercicios un fin en sí, sin ponerlos al servicio de nuestra vida de caridad, viene a parar en una caricatura de la perfección. Sería hacer lo mismo que un escultor que no trabajara por miedo a desgastar o a mellar sus útiles de trabajo, poniendo toda su satisfacción en conservarlos bien afilados y prefiriendo guardarlos cuidadosamente ordenados más bien que servirse de ellos. Por el contrario, el no saber utilizar los ejercicios, bien por no estimarlos suficientemente, o por presunción, tendría como resultado, por regla general, impedirnos llegar a una verdadera consumación de la perfección. Sería imitar a un escultor que, por amor propio y menosprecio hacia los instrumentos, pretendiera hacer una estatua sin emplear ninguna herramienta o con herramientas demasiado primitivas: la obra quedaría, sin duda alguna, toscamente ejecutada e inacabada para siempre jamás. Es preciso saber utilizar todos los instrumentos útiles, no temer que se desgasten por tener que trabajar con ellos,

empleándolos sin miedo en tallar la dura masa pétreo; también es menester saber escogerlos, no apegarse a ninguno de ellos, rechazar aquel que no responde ya al género de trabajo que se nos pide, eligiendo otro más adecuado. Las herramientas, evidentemente, ya no seguirán estando nuevas, ni brillantes: estarán a menudo muy desgastadas, llevando las señales del trabajo ejecutado con ellas. Pero habrán servido para dar a conocer la obra maestra que Dios nos pide.

Tenemos que conocer perfectamente el fin al que nos dirigimos y saber tomar, con valentía, los medios necesarios para alcanzarlos, poniéndolo todo al servicio de una fe profunda y de un gran amor. Tenemos que conocernos suficientemente para estar en condiciones de poder elegir los instrumentos que más nos convienen. El padre De Foucauld era de un temperamento de esos para los que el empleo vigoroso de los Ejercicios es saludable. Lo supo hacer con intrepidez, sin que por eso dejara de estar nunca en la luz del amor, evitando los dos escollos contra los que él mismo pone en guardia: el del fariseísmo, que da más importancia a los medios y a los detalles que al fin que hay que alcanzar, y el del saduceísmo, que abre las puertas al relajamiento, por miedo al esfuerzo y a la fidelidad a las cosas menudas.

* * *

Antes de terminar tenemos que decir unas palabras respecto al significado de la liturgia en nuestra vida. Indicaré, simplemente, algunos aspectos particulares, pero no trataré por completo esta cuestión ni aun desde el punto de vista espiritual.

Para nosotros la liturgia se presenta, en general, como lo más especialmente expresivo de nuestra vida eucarística de redentores. Nos lleva a penetrar en la oblación y en la oración redentora de Cristo. Para nosotros se reduce a la Misa y al Oficio divino.

Nuestra vocación no consiste, en modo alguno, en la solemnización de la liturgia, como sucede entre los benedictinos, ni en su adaptación al pueblo cristiano, que es uno de los fines de la liturgia parroquial. Nuestra liturgia debe ser la expresión de la oración de la Fraternidad, aunque algunos fieles vengan a unirse a nosotros.

En esto consiste toda su originalidad. Desprendimiento, simplicidad dentro de una belleza y una dignidad siempre deseadas, expresando verdaderamente hacia fuera todo lo que es el acto litúrgico. Su punto de mira será la reunión de los Hermanitos en torno a la Misa y a la Eucaristía. Es el corazón de nuestra vida y deberá siempre estar celosamente salvaguardado.

Todas las Fraternidades deberán tener un oratorio, aun las más pequeñas y las más pobres. La disposición de este oratorio no es indiferente.

Ya dije que era preciso guardarse de considerar el Oficio litúrgico –y entiendo por esto principalmente las horas del breviario– como un Ejercicio. No siempre se tiene en cuenta esta diferencia, lo cual es origen de dificultades para comprender bien el sentido y el alcance de la oración litúrgica. Tenemos perfecto derecho a exigir de un Ejercicio una utilidad personal, un rendimiento, pues en eso está su razón de ser. Pero no sucede lo mismo con el Oficio. El Oficio no es otra cosa que la alabanza oficial del Cuerpo Místico de Cristo a Dios. Desde luego, no es para nosotros personalmente, es sólo para Dios, es

una obra completamente gratuita, cuya ordenación se ha ido efectuando progresivamente bajo la dirección del Espíritu Santo, ya que la Iglesia hizo suya esta oración. Por otro lado está compuesta, casi por entero, de textos inspirados.

Para comprender bien el Oficio divino es preciso, lo primero de todo, situarse en este punto de vista. Hay que ir a él con el pensamiento de que vamos a tomar la parte que nos corresponde en una obra de alabanza que está por encima de nosotros. Nos convertimos en instrumento de la Iglesia, nos ofrecemos, nos sacrificamos en cierto modo y con un sentido muy real, ya que la oración litúrgica es la prolongación del sacrificio eucarístico. No debemos ir a él con la única preocupación de encontrar un provecho espiritual, en todo caso esto no debe ser el pensamiento dominante.

Todos los sentimientos contenidos en los salmos no podrían convenir a nuestro caso personal; por eso no son la expresión de nuestras necesidades, sino las de toda la Iglesia. Esta oración reviste además un carácter intemporal que sobrepasa al momento presente. Todo lo que a veces nos choca en los salmos, o aquello que no encuentra una resonancia en nosotros: esas llamadas a la justicia, esas quejas angustiosas en la noche, esa misma provocación a la venganza, esos gritos de dolor del pecador que no sale de su pecado, todo ello es siempre cierto en la Iglesia. Lo que recoge esta oración es la queja del mundo entero, y como es la oración de Cristo en su Iglesia, aun el llamamiento a la venganza adquiere su sentido: es cierto que los derechos de Dios serán vengados un día, tras haber sido despreciados tan a menudo en este mundo. Pero sólo Jesús tiene derecho a rezar así. Este carácter primitivo, profundamente humano de los salmos, les permite conservar su legitimidad a través de las sucesivas generaciones humanas. A vosotros os toca penetrar en esta inmensa oración con respeto, y conscientes de cumplir una misión. Puesto que somos como delegados en nombre de una parte de la humanidad, es preciso que estemos bien convencidos de que la representamos. Os aseguro que todo cambia si lo miramos desde este punto de vista. Pero, por favor, ensanchémonos, sepamos no ser siempre interesados, siquiera por una vez, ni ir en busca de una razón utilitaria en lo que se refiere al culto de Dios. El Oficio no es para nosotros, no lo consideremos jamás como un Ejercicio.

Esta observación es la única que os quiero hacer ahora en lo que concierne a la manera de participar bien en la liturgia, ya que, en mi opinión, es la llave de todo. Con esta luz todo puede esclarecerse poco a poco, y entonces los diversos métodos para rezar bien el Oficio adquieren su pleno sentido. No voy a exponerlos ahora. Es una cuestión de espiritualidad en general y al mismo tiempo algo muy personal.

Pero el carácter principal de alabanza oficial de la Iglesia no impide que el Oficio esté destinado, por su origen y sus mismas características, a introducir un ritmo en las horas de la jornada del monje. Algunas de sus partes, como las lecciones de maitines, tienen además por objeto, directamente, alimentar la oración del religioso bajo la forma de lecturas de la Sagrada Escritura o escritos de los Padres. No vamos a insistir acerca de la imperfección actual de esta parte del Oficio, universalmente reconocida y probablemente en vías de reforma, imperfección que le impide, en una cierta medida, representar ahora el papel que tenía primitivamente. Hay en esto una especie de formalismo del que es

difícil, evidentemente, evitar las consecuencias.

Quisiera únicamente demostrar cómo es posible que el Oficio vuelva a tener en nuestros días, y al máximo, el mismo valor que tenía en los primeros siglos: encuadrar de manera rítmica y sin demasías las tareas de cada día. Nuestras Fraternidades podrán proporcionarnos en esta materia una experiencia interesante y fructuosa. En lo que voy a decir me colocaré en el punto de vista de la oración en común de las Fraternidades, sin tener en cuenta la obligación que tienen los Hermanos de rezar el Oficio completo. Me pongo, si queréis, en el caso de una Fraternidad en la que la mayoría de los Hermanos no fueran sacerdotes, y en la que se intentara organizar un ritmo de oraciones comunes que no constituya un exceso, sino una verdadera respiración para el alma. En todo plan de oración la calidad importa más que la cantidad. Para volver a encontrar –pues es de esto de lo que se trata– la verdadera tradición y el pleno sentido del Oficio, es necesario hacer antes un breve resumen histórico.

El Oficio se constituyó de una manera viva: su distribución en horas nació de las necesidades de los religiosos, cenobitas o anacoretas, de los primeros siglos. La oración litúrgica estaba entonces perfectamente adaptada a su fin. El ritmo de la vida de los monjes era, en su origen, extremadamente sencillo, muy próximo a las necesidades de su trabajo cotidiano. El principio general se funda en que los religiosos se reunían dos veces al día: antes de amanecer y por la tarde a la puesta del sol. Este fue el origen de las partes más antiguas del Oficio, que siguen siendo en la actualidad las más características: los Maitines, que se terminaban con las Laudes en cuanto aparecían las primeras luces del alba naciente, y las Vísperas, que se rezaban a la puesta del sol. El monje quedaba libre el resto del tiempo para entregarse a sus ocupaciones cotidianas y a la oración. El principio era que el religioso debía permanecer todo el tiempo en presencia del Señor, siguiendo la recomendación del Redentor en el Evangelio: «*Estad alerta y orad en todo momento*» (Lc 21,36), recogida por san Pablo: «*Orando sin cesar bajo la guía del Espíritu*» (Ef 6,18). No había necesidad de otras oraciones vocales comunes en el curso de la jornada. Por otro lado, los monjes vivían muy a menudo a una cierta distancia de la iglesia, y su trabajo los alejaba a veces de sus celdas; había que ir a buscar leña, vender en el mercado de la ciudad los productos de sus trabajos, reunir las materias primas necesarias. Como se ve, el ritmo de vida era muy sencillo.

La agrupación en monasterios, quizá también un cierto relajamiento de la vida religiosa, trajeron poco a poco la introducción de reuniones más frecuentes. Entonces se instituyeron las horas del día: tercia, sexta y nona, de tradición judaica. San Epifanio, nombrado obispo de Chipre, no aceptó sin dificultades esta innovación, por miedo a que los monjes adquirieran la costumbre, rezando en momentos determinados, de no hacerlo ya sin cesar dentro de su corazón. Prima y Completas vinieron mucho más tarde: Prima en el siglo VI, Completas en los siglos VIII y IX. Por eso estas horas están mucho menos unidas a la liturgia del día.

Si queremos volver a encontrar, para nuestras Fraternidades, un marco vivo de oraciones, es preciso pensarlo de nuevo, en función de las condiciones reales de la vida actual. Es curioso observar que, por otras razones, estas condiciones se encuentran

frecuentemente próximas al ritmo primitivo de vida. También presentan un mayor número de motivos de dispersión y de cansancio nervioso, pero después de todo nos hemos adaptado en parte, beneficiándonos además de una profundización en la espiritualidad, traída por veinte siglos de vida cristiana.

Por lo que concierne al Oficio, el ritmo de la jornada podría concebirse así: Laudes y Vísperas encuadran la jornada de trabajo, estando reunidos todos los Hermanos; a continuación viene la hora de adoración, en el momento más conveniente para cada uno. Los Maitines se rezarían en las vigiliias de los días festivos, en ciertas fiestas o más a menudo, según lo permita el trabajo de los Hermanos. Sólo después vendrán las otras horas menos importantes. Las Completas podrían rezarse antes de acostarse, si las Vísperas se han recitado bastante temprano. De este modo el resto del día conserva un ritmo amplio, en el que el trabajo puede desarrollarse sin la sobrecarga del Oficio rezado en común. En ese caso el esfuerzo de cada uno debe dirigirse hacia la unión con Dios y hacia el ejercicio del amor al prójimo, de la manera que mejor convenga. Algunos podrán interponer la recitación de las horas menores. Los sacerdotes, evidentemente, deberán adaptar su obligación de recitar todo el Oficio a este ritmo de vida; siempre será posible. Los domingos y los días festivos el ritmo de la jornada puede y debe ser distinto ciertamente.

Esto es tan sólo un esquema, pero me parece muy sugestivo si lo acercamos al modo en que empleaban el día los primeros monjes. No es multiplicando los Ejercicios practicados en común, en el centro de una jornada dedicada al trabajo, como conseguiremos que nuestra unión con Dios sea más real y más fácil; para conseguir este fin deben procurarse otros medios.

El-Abiodh Sidi-Cheik, 20 de febrero de 1948

5

Ascética de las Fraternidades

Hermanitos de Jesús, vuestra vida será difícil y precisamente por eso será, si queréis, hermosa y grande. En las dificultades y los obstáculos no tenemos que ver otra cosa que una ocasión para fortalecer nuestro amor y sobrepasarnos a nosotros mismos. «No tenemos que medir los trabajos con arreglo a nuestra debilidad, sino nuestros esfuerzos con arreglo a nuestros trabajos»^[70]. Vuestra vida religiosa no quedará a cubierto; al contrario, consistirá en realizar, en medio del peligro y a causa de este, una entrega a Jesús cada vez más completa.

Tendréis que llevar una vida muy dura: en la fábrica, en el tajo, en el mar, entre los árabes, entre los negros, entre los leprosos o en cualquier otra parte; a menudo estaréis cansados y tendréis que conservar vuestro corazón entregado a Dios, dentro del ímpetu de una fe siempre juvenil. Os veréis rodeados de ruido, de movimiento, a veces de groserías, y tendréis que preservar para la oración un corazón silencioso y puro. Estaréis como sumergidos dentro de todos los problemas mundiales agitados a vuestro alrededor, en la prensa y en la calle; vuestra curiosidad se verá solicitada en todas direcciones por las conversaciones y por el descubrimiento de un alma extraña a la que amaréis; será preciso que guardéis en vuestro corazón la única pasión de Cristo ensangrentado y crucificado. Estaréis desalentados, abrumados a ciertas horas por el peso del día, por la enfermedad, por el paro en el trabajo, por falta de entendimiento con un hermano, y tendréis que persistir por el amor de Jesús. Habrá días con exceso de trabajo, en el curso de los cuales deberéis conservar, en vuestro interior, la nostalgia de la unión solitaria con Aquel a quien amáis y encontrar ánimo para una oración nocturna al pie de la Hostia. Y habrá también el vacío de las jornadas de paro forzoso, el ablandamiento de la voluntad y el tedio del espíritu, y ahí tendréis que encontrar la fuerza del alma, y ahí tendréis que permanecer en oración. Y habrá, finalmente, el peso de toda esta vida sin relieve, sin brillo, sin eficacia ni interés humano, que hay que aceptar todos los días y hasta la muerte, con la fe de vuestro único amor, sin cansaros, en el impulso de un sacrificio renovado cada mañana. En todas las circunstancias tendréis que seguir estando dispuestos a todo, a ser enviados, en nombre de Cristo, al fin del mundo, a saber morir como mártires si es preciso, ya que los Hermanitos irán preferentemente a los lugares en que la humanidad sufre más, allá donde los hombres están perseguidos y vejados. Será preciso estar alerta para poder preservar, dentro de la castidad, un corazón amante y humano, que deberá ensancharse a la medida del mundo que hay que amar, en lugar de encogerse con la edad. Para esto tendréis que luchar, que luchar cada día contra vosotros mismos, dentro de la fe en vuestra vocación. Quizá también tendréis que luchar contra el dominio de un ambiente entregado por completo a la actividad, creer siempre en vuestra vocación de oración, en la eficacia suprema de vuestra vida entregada por amor y

guardar, como la pequeña Teresa y el padre De Foucauld, «lo infinito del deseo en la impotencia total»^[71].

Para poder ser un verdadero Hermanito de Jesús, tendréis que aceptar pacíficamente esta lucha de todos los días, preparándoos por medio de la ascesis: os es absolutamente necesaria. Tendréis necesidad de dominaros, de poseeros, de estar completamente desasidos de vosotros mismos y de todas las cosas, para estar presentes ante Cristo, sin ilusiones y en la verdad.

* * *

Yo creo que no os hará falta una larga experiencia de la vida, si es que no la tenéis ya, para daros cuenta de que el ideal de amor que tenéis en el corazón se entorpece en el contacto con las realidades de cada instante, de todo el peso de los obstáculos que encuentra en vosotros mismos, para pasar al acto. Nuestro amor no encuentra su expresión tal y como lo desea, porque está constantemente expuesto al fracaso debido a nuestra inclinación al mal, al egoísmo, a nuestras tendencias a la violencia, a la pereza o a la disipación. Dentro de nosotros mismos sentimos tiranteces, arrebatos o inercias que nos paralizan, y nunca hacemos lo que quisiéramos hacer, ni en el orden de la oración, ni en el del servicio al prójimo. A cada instante, en el más banal de nuestros actos, sentimos iniciarse la desviación, a pesar de la recta intención que teníamos al comenzarlo. No vayamos a creer que esto se arreglará por sí solo, pero tampoco tenemos por qué extrañarnos o alarmarnos. Es preciso aceptar el trabajo sobre nosotros mismos y hacer esfuerzos perseverantes y metódicos para transformarnos en un instrumento dócil de la caridad de Cristo. Este es el papel que desempeña la ascesis.

Para poder concebir bien su necesidad, su alcance exacto y al mismo tiempo su importancia y sus límites, es muy útil tener una idea precisa de lo que somos, criatura a la vez compleja y una, cuerpo y alma, marcada con el desorden de la primera falta. Tenemos que estar bien convencidos del lugar que ocupa el cuerpo en la unidad de la persona humana, instrumento indispensable y a la vez obstáculo del espíritu que le anima. No hay nada más nefasto que querer violentarse para obrar como un puro espíritu, siendo como somos un ser perfectamente uno, del que el cuerpo es parte esencial. El modo en que concibamos la lucha contra la desviación de nuestra naturaleza depende de la idea que nos hayamos formado acerca de nosotros mismos sobre este punto. No tengo en ningún modo la intención de estudiar ahora esta cuestión por sí misma; me basta con recomendaros dos libros, cuya lectura será muy provechosa: *El sentido cristiano del hombre*, de Jean Mouroux, y *Problemas de vida espiritual*, del padre De Montcheuil, en el que hay un capítulo acerca de la ascesis cristiana que trata la cuestión de una manera tan clara y tan completa, que no tengo nada que añadir. Me contentaré con precisar algunos aspectos que conciernen a nuestra vida.

* * *

¡Pero cómo quisiera, ante todo, llegar a convenceros a todos, y a cada uno en particular, de que el estado de lucha interior es un estado normal! Lo que es anormal es la ausencia

de lucha: es, a menudo, signo de renunciamiento al esfuerzo requerido para sobreponerse a sí mismo, y al progreso en el amor. En todo caso, el reposo y la calma sólo pueden ser pasajeros. La paz de que habla Jesús no es la ausencia de lucha, está en el sentimiento del orden, que supone, precisamente, un esfuerzo oneroso y penoso de enderezamiento. Jesús no temió hablar de violencia, de amputación, de guerra, de contradicción. Es muy importante haber comprendido bien esto y haber aceptado, en principio, la lucha como nuestro estado normal hasta la muerte. La lucha no nos disminuye; al contrario, nos realiza plenamente, en tanto persona humana y en tanto hijos de Dios. No nos extrañemos, pues, al sentir en nosotros el desorden y la oposición: es en la paz y en la alegría de ser lo que Dios ha permitido que seamos como tenemos que considerar esta perspectiva. La lucha será para vosotros más especialmente un estado normal, por el hecho de que nuestra vocación no nos pone al abrigo, como lo hacen las observancias monásticas. Nuestra ascesis revestirá un aspecto distinto a la del monje que vive en clausura. Nuestras malas costumbres, nuestras desviaciones se pelearán con frecuencia y de un modo distinto con las sollicitaciones exteriores. Es posible que nuestra tendencia a la disipación encuentre un mayor alimento en el contacto con los hombres, en las conversaciones que escuchamos, en la lectura de los periódicos, que la de un cartujo enteramente separado del mundo por los muros de su celda o de su claustro. Sin embargo, el cartujo tropieza con otros motivos para luchar, que podrían ser una cierta tendencia al egoísmo, contra la cual tendrá que reaccionar violentamente en su soledad, para seguir siendo un contemplativo auténtico. Es, por tanto, normal para nosotros que, en el trabajo de rectificación de nuestra naturaleza y de represión de nuestras malas tendencias, una ascesis enérgica de luchar remplace a lo que son las observancias para el monje. No hay que creer que es fácil utilizar de buenas a primeras las cosas de este mundo sin hacer mal uso de ellas, y no llegaremos a enderezar ciertas desviaciones sin haber antes operado, durante un cierto lapso de tiempo, o con intervalos más o menos inmediatos, supresiones de actos aun legítimos en sí. Esta espiritualidad a base de lucha perseverante, apacible, pero a la par valiente y enérgica no es de ningún modo incompatible, bien al contrario, con el desarrollo de una vida de oración y con la sencillez del alma. El padre De Foucauld nos responde de ello. Sin embargo, es preciso subrayar, en el plano de la ascesis, la diferencia existente entre los medios utilizados en los dos lados de vida diferentes. Por eso sería vano e ineficaz querer transponer, en nuestra vida de Hermanitos, la espiritualidad y el método ascético de una orden religiosa de clausura. Es un error que tal vez no ha sido siempre evitado suficientemente. En efecto, la espiritualidad del monje se articula en el ambiente creado por la clausura y por las observancias; estas actúan ya por sí solas, obligando a una determinada ascesis ininterrumpida. Pero, sobre todo, quizá la caridad de un monje que vive en clausura no debe exteriorizarse de la misma manera que la del religioso que vive fuera del recinto de un claustro y que no tiene las mismas ocupaciones. El canto lento de los salmos en el coro, la monotonía de los días vividos en perpetuo silencio, el limitado horizonte de la celda o del claustro permiten al religioso expresar su amor hacia Dios por medio de unos actos que llevan una dirección determinada y constante. Por lo que se refiere al

Hermanito, su trabajo, sus adoraciones de día y de noche, las relaciones con los hombres, todo esto obliga a vivir su amor por Jesús con actos a menudo imprevistos, muy distintos a los del monje en clausura. Es cierto que las malas tendencias de nuestra naturaleza tendrán algunas veces más ocasiones de manifestarse; quizá haya más dificultades porque habrá más luchas, pero también habrá, como contrapartida, más ocasiones de esfuerzos de amor y de renunciamiento de sí mismo.

Me parece que vuestra disposición fundamental de alma deberá ser a la vez la de una desconfianza completa hacia vosotros mismos, que irá acentuándose al paso que vayáis experimentando vuestra impotencia, en las derrotas y en las dificultades; y la de un valor sin desmayo en la lucha, que encontrará su única fuente en vuestra fe confiada en Cristo-Jesús y en sus promesas: Todo es posible al que cree. Una vez más os llevo al camino de infancia espiritual de santa Teresa de Lisieux^[72]. Leed también todo lo que escribe el padre De Foucauld acerca de la necesidad del valor; lo que distinguirá al Hermanito de Jesús será la posesión de un valor humilde, apacible, pero inquebrantable en la lucha, para dejar lugar en él al reino del Amor.

* * *

Un sentido justo de lo que es el hombre os llevará a comprender el verdadero fin de la ascesis, y os permitirá evitar los excesos de aquellos que pretenden pasarse de ella porque sólo quieren admitir, para el enderezamiento de nuestras malas tendencias, la influencia progresiva de nuestro organismo interior de gracia y de virtudes infusas, así como el error opuesto de aquellos otros que obran como si las prácticas ascéticas fueran lo esencial de nuestra vocación de Hijos de Dios. Necesitamos, pues, una ascesis, y esta tiene que estar perfectamente adaptada no tan sólo a nuestra naturaleza humana, sino también a nuestro temperamento personal. Los de temperamento nervioso y cerebral, los sanguíneos arrastrados a la exuberancia y al arrebató, o los linfáticos negligentes y silenciosos tendrán que acudir, para conquistarse a sí mismos, a métodos absolutamente diferentes.

La primera condición de una ascesis eficaz es, por tanto, un claro conocimiento de sí mismo. Se trata de saber exactamente, por amor a Cristo, a nuestros hermanos, y para que la gracia pueda transformar verdaderamente todo lo que somos como hombres en verdaderos hijos de Dios, qué obstáculos va a encontrar el amor para desarrollarse en nosotros, de qué manera particular se traduce en nuestro interior el peso del cuerpo y el desorden del pecado original, qué formas toman en nosotros el orgullo del espíritu, el egoísmo, la sensualidad. Existen también defectos temperamentales que, sin llevar directamente al mal, son, no obstante, un obstáculo para la libre expansión de la caridad: sensibilidad, timidez, taciturnidad, exuberancia, ligereza. Existen también hábitos de pensamiento, de juicios, de sentimientos, fruto sobre todo de nuestro ambiente familiar y de la educación recibida. Estos hábitos, aunque sean con frecuencia en sí mismos como una perfección de la persona, nos limitan, porque nos especializan y nos oponen a los demás. Si no se les domina, pueden ser motivo de estrechez de juicio, quizá también un obstáculo para la visión objetiva de la verdad y, en todo caso, nos hace más difícil la

comuni3n en el amor con nuestro pr3jimo. Existen, por 3ltimo, inclinaciones o man3as que, absolutamente inocentes en s3 mismas, pueden, de no ser combatidas, hacernos insoportables para los dem3s. Es preciso haber visto todo esto con entera claridad. En general, nuestras inclinaciones exteriores pueden ser descubiertas r3pidamente y f3cilmente admitidas. Pero hay que ir m3s lejos en el conocimiento de s3 mismo, ya que nuestras malas tendencias y nuestras desviaciones tienen, por lo general, una ra3z com3n, a veces poco aparente, que es nuestro defecto dominante. Casi siempre nos cuesta mucho m3s trabajo descubrirlo y admitirlo, por extra3o que parezca, y casi nunca lo conseguimos sin la ayuda ajena. Tenemos que estar dispuestos, en este terreno, a aceptar cualquier observaci3n, con humildad y dentro de la verdad.

Si eres joven, no olvides sobre todo que el hombre, a la vez que se desarrolla y progresa, ya sea insensiblemente, ya sea en ocasiones por saltos r3pidos y sucesivos, sigue siendo esencialmente el mismo. Durante toda vuestra vida tendr3is el mismo temperamento y tendr3is que combatir el mismo defecto dominante. Lo que no quiere decir que no pod3is hacer grandes progresos, ni llegar a apaciguar verdaderamente vuestros malos instintos; se puede mucho m3s de lo que se piensa, por voluntad y con una ascesis met3dica y generosa. Pero quiero decir que vuestra lucha tendr3 siempre el mismo sentido, que siempre se ejercer3 en la misma direcci3n: no cambia uno de temperamento, ni de defecto dominante, pero podemos dome3arlos. No olvid3is tampoco que con la edad los defectos de car3cter tienden a endurecerse y a hacerse m3s tir3nicos. Aquel que todav3a era sociable a los veinte a3os, se hace insoportable a los cuarenta y cinco, si descuid3 conquistarse a s3 mismo a viva fuerza. Es importante, por tanto, y desde el principio, ser muy exigente para con uno mismo y no tratar a la ligera un defecto que pudiera convertirse m3s adelante en un obst3culo real, imponiendo como un techo a la subida de la caridad en nosotros. Es preciso saber aceptar la realidad tal y como se presenta y no extra3aros de que la violencia y la lucha sean parte normal de vuestra vida de hijos de Dios y de Hermanitos de Jes3s: «*Esforzaos por entrar por la puerta estrecha*» (Lc 13,24). Ten3is que emprender con j3bilo esta hermosa conquista de vosotros mismos, porque trazará un camino al Amor de Jes3s, que quiere poseeros por entero. Ser3a ilusi3n imaginar que la v3a del abandono al Amor, que es la nuestra, siguiendo a santa Teresa de Lisieux, no suponga un empleo total y generoso de todas las fuerzas de nuestra voluntad. Normalmente, el Esp3ritu Santo no suplir3 en vosotros, de una manera directa, lo que hubierais podido hacer con un esfuerzo generoso de vuestra voluntad de hijo de Dios.

Este trabajo de conocimiento de uno mismo y de descubierta de los obst3culos que se oponen en nosotros a la caridad encuentra su complemento en poner a punto un plan de ataque, un programa de ascesis. Es uno de los objetivos del noviciado. Y reparad en que este esfuerzo de descubrimiento de vosotros mismos no tendr3 necesidad de rehacerse continuamente. Siempre somos los mismos. Creedlo bien, aun cuando el acostumbraimiento o el oscurecimiento moment3neo de vuestra mirada interior os llevara, en ciertos momentos, a creer lo contrario. Uno de los efectos del retiro anual consistir3 en volver a poner muy en claro todo esto, y en readaptar vuestro m3todo de combate

según la evolución de la situación. Ya que, después de todo, puede evolucionar en bien o en mal.

Pero sobre todo es preciso llamar ahora la atención acerca del papel que en esta materia debe representar la revisión cotidiana de la vida, con el doble esfuerzo de confianza y corrección fraterna que exige de nosotros. El apoyo que pide el monje que vive en clausura a las observancias de su monasterio lo encontramos nosotros por otros medios ofrecidos por la vida de nuestras Fraternidades; uno de ellos es la revisión cotidiana de la vida. Puede ser para cada uno de vosotros una ayuda irremplazable, a fin de mantener la claridad en el conocimiento de uno mismo y sostener la generosidad en el esfuerzo. Esta revisión, hecha en común, valdrá lo que valga vuestra vida fraternal, de la que no es, en resumidas cuentas, sino su expresión exterior. Si queréis obtener todo el beneficio posible de vuestra vida en Fraternidad, tenéis que creer lo primero de todo en su eficacia sobrenatural, entregándoos con toda vuestra fe a las palabras del Redentor: «Porque donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, *allí estoy yo en medio de ellos*» (Mt 18,20). Allí estoy Yo en medio de ellos: esta realidad de presencia a título particular es algo a pesar de todo. Tenemos que creerlo y repetirlo sin cesar, ya que es exactamente en nombre de Jesús por lo que vivimos juntos y, sobre todo, por lo que nos reunimos para ayudarnos a realizar mejor su amor y para poner mejor en práctica sus preceptos.

Si la revisión de la vida se hace con generosidad y humildad, será una ayuda constante para el conocimiento de vosotros mismos, sin hablar de otras ventajas suyas. Como todo ensayo de comunión entre los hombres, a veces será trabajoso y espinoso. Hará falta un poco de valentía para poder permanecer abiertos a los demás, con franqueza sencilla y con humildad, y hará falta otro tanto para no vacilar si tenemos que señalar a uno de nuestros hermanos, con suavidad y sin exageración, un relajamiento visible respecto a un punto determinado. Los demás, sobre todo si viven con nosotros, ven con mucha más rapidez que nosotros mismos el resultado de un esfuerzo o, por el contrario, el comienzo de un abandono, especialmente en lo que concierne al defecto dominante. Esta corrección en común, bien hecha, tiene, pues, por objeto que podáis ayudarnos mutuamente a fin de mantener el estado de lucha activa contra vuestro defecto dominante, o contra cualquier otro obstáculo que se oponga al amor de Jesús en vosotros. Además, se trata de un precepto del Señor: «*Si tu hermano peca, repréndelo; y si se arrepiente, perdónalo. Y si peca contra ti siete veces al día y otras tantas se acerca a ti diciendo: Me arrepiento, perdónalo*» (Lc 17,3-4).

Trabajar –ya que esto no va sin esfuerzo– para establecer en nosotros esta simplicidad total es algo que entra de lleno dentro del espíritu de Cristo. Debe ser también la marca distintiva de las Fraternidades. Para ello hace falta no solamente la humildad y todas las cualidades que debe revestir el amor fraterno, sino todavía algo más: haber aceptado francamente la ayuda que los hermanos pueden proporcionarnos en nuestro esfuerzo interior de caridad. Nos entregamos verdaderamente los unos a los otros y con la esperanza de que siempre se nos ayudará. Es preciso querer de verdad que nuestros hermanos nos ayuden a hacer mejor todas las cosas. Esto es una auténtica corrección en común. Si se ejecuta con franqueza y suavidad, si arranca de un verdadero afecto

mutuo, es quizá *la garantía más fuerte de perseverancia y de progreso* que nos ofrece la vida de las Fraternidades. Es uno de los aspectos más característicos de su fisonomía. Debe ser un tesoro para nosotros, será un manantial de alegría muy pura, pero no exenta, a sus horas, de austeridad ni de luchas.

Me permito hacer de paso algunas observaciones referentes a la manera de ayudarse mutuamente. Lo primero, evitad siempre ser demasiado absolutos y rígidos en vuestros reproches. No olvidéis, si queréis ser perfectamente sinceros y justos, que es menester tener en cuenta que la intención de una persona es, a menudo, mejor de lo que haría suponer su comportamiento exterior. Es preciso *ayudar*, no *desanimar* ni *abrumar*. Cuando uno de vuestros hermanos lucha verdaderamente y hace todo lo que puede, es inútil volver a la carga, aunque los resultados sean mediocres. Tendremos que llamar de nuevo la atención si hubo olvido, negligencia o abandono en la lucha. Proceded de tal suerte y con tanta paz y humildad que la atmósfera favorezca los primeros pasos de aquellos que sean tímidos, o los de aquellos otros que, por temperamento, tienen tendencia a replegarse sobre sí mismos. Debéis tener verdaderamente dentro de vosotros sentimientos de responsabilidad por vuestros hermanos, aceptando la preocupación que esto os causará. Es todo un programa que, para desarrollarse, necesita una atmósfera de intimidad, de mutua confianza y de alegría fraterna.

Nuestro esfuerzo ascético no debe estar únicamente adaptado a nuestro temperamento personal, sino que apuntará además a la corrección de las tendencias que se oponen en nosotros a la realización de nuestra vocación. Tendremos que trabajar particularmente por tanto para enderezar todo lo que sea obstáculo para la *oración* y para la *caridad fraterna* hacia todos los hombres: estos son los dos polos de nuestra vida. Dentro de poco hablaremos de la oración. Por lo que concierne a la caridad fraterna, no habrá de vacilar en señalar a cada uno las inclinaciones y los defectos que les dificulten su ejercicio: tendencia a la discusión, apego a las ideas propias, silencio demasiado afectado, etc. Uno de los fines de las reuniones de la tarde consistirá en mantener ese esfuerzo constante hacia una vida cada vez más fraternal. Lo que no se conseguirá sin choques y sin fracasos. Son inevitables, pero pueden y deben ser cada vez el punto de partida de un nuevo ascenso más generoso.

* * *

Frente a los seres y a las cosas que solicitan a nuestras tendencias desordenadas, pudiendo, por tanto, arrastrarnos hacia el mal, o simplemente retrasarnos en el camino del amor, se pueden adoptar tres actitudes: *la supresión completa*, *el uso ordenado* y, en fin, *la libertad dominadora*. Corresponden a tres etapas de la vida ascética, la cual tiende a perder su utilidad en las almas que progresan, aunque el tercer estadio pueda ser rara vez alcanzado plenamente. Un mínimo de ascesis, sobre todo en ciertos terrenos, parece siempre indispensable. Por tanto, nos ocuparemos sobre todo de las dos formas principales que puede revestir la ascesis: la supresión y el uso ordenado.

Para destruir en nosotros los malos atractivos y rectificar las tendencias descarriadas, tendremos que imponernos a menudo la abstención de actos que en sí no son pecado.

Esto es lo que justifica la necesidad de operar determinadas supresiones o mantener ciertas abstenciones. Estas supresiones pueden ser definitivas, como lo es, por ejemplo, la clausura para el religioso, que opera definitivamente la separación del mundo y el renunciamiento a la capacidad de poseer por medio del voto de pobreza. También pueden ser temporales o periódicas, con vistas a conducirnos poco a poco a un uso moderado: así sucede con ciertas prácticas del noviciado, relativas a la clausura, a la abstención de determinados contactos. También es con esa intención por lo que la Iglesia ha regulado la obligación periódica del ayuno en el transcurso del año. Es preciso comprender bien el sentido exacto y el verdadero alcance de estas supresiones, a falta de lo cual corremos el riesgo de despreciarlas como inútiles, yendo incluso contra lo que pediría la caridad, cuando precisamente tienen por objeto establecerla en nosotros. Por lo que se refiere a ciertos renunciamientos impuestos desde la entrada en el noviciado, nos engañaremos si los consideramos como esenciales a la vida religiosa, pero es preciso ver en ellos unas prácticas eminentemente útiles para traernos al conocimiento de nosotros mismos, para hacernos conscientes de la existencia en nuestro interior de numerosos lazos, que son trabas para la libertad del amor y de los que no nos dábamos cuenta. Estas supresiones no tan sólo nos revelan a nosotros mismos toda una zona de nuestro ser que no conocíamos, sino que además nos llevan a medir en su justo valor las exigencias casi infinitas de Dios en el orden del desasimiento de todo lo creado. Yo no creo que sin esta supresión radical pueda uno llegar tan rápidamente a la plena conciencia de lo que representan. En esto consiste toda la razón de ser de estas prácticas, y esto basta para justificarlas. Es de este modo como tenemos que considerarlas, y entonces conservan todo su significado, aun al lado de las grandes realidades dolorosas de la vida de la humanidad, a cuyo encuentro nos preparan con un corazón más libre y más comprensivo.

También para nosotros algunas de estas supresiones son definitivas. Son aquellas que los votos han consagrado: la castidad, la obediencia, el renunciamiento al ejercicio de la propiedad y a nuestro instinto de posesión. Ya nos ocuparemos de nuevo de estos tres grandes renunciamientos, que una ascesis vigilante debe sostener en medio de una maraña de tendencias y ataduras diversas. No es la emisión del voto lo que nos cura de golpe de las desviaciones de nuestro amor propio y de las mil ataduras ridículas en las que el instinto de propiedad intenta encogerse para maniatarnos de nuevo; se tratará a veces de una camisa de la que no queremos desprendernos, o de una pluma estilográfica de la que no queremos separarnos. Dejaremos de ser generosos y prestadores para convertirnos en mezquinos y avaros. Si no tenemos cuidado, llegará a suceder con el tiempo. Cosas insignificantes, me diréis vosotros; pero que son suficientes, por desgracia, para encadenar a un alma e impedirle ser grande en sus deseos y entregas a Cristo con toda libertad.

La ascesis en forma de supresión radical nos pone en camino desde el principio, y deberá venir periódicamente para ayudarnos a entrar en posesión de nosotros mismos. Pero lo que debe caracterizar nuestra manera de vivir es el uso ordenado de todas las cosas con una parte de iniciativa personal a fin de intervenir, en el momento oportuno,

cuando sentimos que se anuda una atadura, o que se esboza una desviación, y poder efectuar un corte o una abstención total temporal; es el momento de recordar la violencia recomendada por Cristo en esta materia: *«Si tu ojo derecho te pone en peligro de pecar, arráncatelo y tíralo. (...) Y si tu mano derecha te pone en peligro de pecar, córtatela y tírala...»* (Mt 5,29-30).

Otro aspecto de nuestro esfuerzo de desasimiento consiste en que no se manifiesta hacia fuera, sino lo menos posible: razón de más para que sea muy enérgico interiormente. Nuestro régimen alimenticio no prescribe nada de particular, lo que no impide que si nos aficionamos demasiado a beber vino, tendremos que imponernos una restricción o una abstención temporal. Tampoco nos está prohibido fumar de cuando en cuando, pero sí estamos obligados a no adquirir la costumbre del tabaco, por espíritu de pobreza y para permanecer libres de toda afición; lo cual supondrá para algunos, más débiles en este punto, una abstención total. Tenemos que estar alerta y ser firmes. A veces leeréis los periódicos para enteraros de las noticias más importantes y para estar en contacto con los problemas humanos, pero tenéis que saber dominaros y no perder, en vanas curiosidades, un tiempo precioso, que podéis emplear en la oración o en una lectura útil. Si os dejáis arrastrar, una breve abstención volverá a poner las cosas en su lugar. Lo mismo podemos decir en lo que se refiere a la comida. De cuando en cuando un frenazo para comprobar el funcionamiento de los frenos y seguir siendo dueños de la velocidad.

Nuestra ascesis debe ser, por tanto, una ascesis viva y ágil. Sabrá utilizar las disciplinas que nos imponen el trabajo y el servicio al prójimo. Bien comprendidas y ejercidas con generosidad, llegarán a ser las más eficaces prácticas de nuestra ascesis. Vigilancia, iniciativa, energía y agilidad, estas serán, pues, las cualidades que debéis dar a la lucha para conquistar vuestra libertad.

Esta ascesis tiene que ejercerse en diferentes terrenos, ninguno de los cuales tenemos que descuidar: hay una ascesis del cuerpo, una ascesis del espíritu, del corazón, de la imaginación. Será oportuno decir unas palabras acerca de algunas de las prácticas utilizables para nosotros. De la ascesis del espíritu hablaremos al tratar del trabajo intelectual, y de la ascesis del corazón cuando tratemos a propósito de la castidad.

Por lo que respecta a la ascesis del cuerpo, fácilmente encontraréis su campo de acción: por ejemplo, la energía al levantarse de la cama; sobre todo, el aliento en el trabajo manual y en soportar el cansancio; la corrección y la virilidad en el porte y en los modales, aun cuando estéis solos, principalmente en la capilla; las adoraciones nocturnas. Creo que también podríamos hablar a este respecto de la gimnasia, que puede contribuir perfectamente a equilibrar y a dominar ciertas tendencias del cuerpo, sobre todo cuando se lleva una vida de estudio o una vida sedentaria.

* * *

Sería oportuno hablar de aquella parte de la ascesis que concierne, más particularmente, a la oración. Entendemos por esto el conjunto de prácticas que ayudan al alma a entrar en oración, en la medida en que dichas prácticas concurren, disciplinando el cuerpo, la

imaginación y el espíritu, a eliminar todo lo que es obstáculo para la oración. Podemos decir que un método de oración depende, hasta cierto punto, de la ascesis, en la medida en que es un instrumento del que nos servimos para calmar la imaginación y hacer callar en nosotros la curiosidad y todos los atractivos desordenados hacia las cosas exteriores.

El silencio se ofrece como uno de los agentes más importantes en la ascesis de la oración. Aún podemos decir que, si es ascesis en la medida en que contribuye a reformar nuestras tendencias hacia la disipación y hacia la «diversión», en el sentido pascaliano de la palabra, es algo más que esto: es como el ambiente normal de la unión del alma con Dios en el acto de la oración. El silencio interior es indispensable y el silencio exterior lo es también en la medida en que es necesario para establecer el silencio interior. Nuestra vida mezclada con el trabajo de los hombres nos ha permitido valorar mejor esta necesidad.

Ante todo, nos ha llevado a la convicción de la importancia que tiene el silencio interior, y de que puede subsistir en medio del ruido y de las conversaciones. Es un estado interior de calma de las pasiones, en la libertad de todo apego desordenado y consentido a sí mismo y a todo lo que nos alejaría de la mirada de fe sobre la presencia divina.

Este silencio siempre nos es necesario. Debemos esforzarnos para establecerle en nosotros de modo permanente, llevándole a todas partes: al trabajo, en la calle, en nuestras relaciones con los demás.

Todo aquel que posee este silencio en su interior podrá juzgar la calidad del silencio exterior. Este último consiste esencialmente en la supresión de conversaciones inútiles, con objeto de aislarse, de separarse, y puede ser la mejor o peor de las cosas. Este silencio es malo si es consecuencia de un temperamento ensimismado, si satisface una necesidad egoísta de reposo, si es pretexto de una carencia de esfuerzo a fin de vencer el individualismo, si oculta un enojo o un rencor, si es disimulación o falta de franqueza, si detiene en nuestros labios una palabra de perdón, si deja en el apuro a nuestro hermano cuando necesita ser ayudado. El silencio es bueno cuando se le busca como condición de una tregua necesaria para permitir el trabajo intelectual o la reflexión, cuando es el momento de entregarse a ellos, y para restablecer en el interior de un alma, totalmente invadida por mil preocupaciones, el verdadero silencio interior.

El silencio es, por encima de todo, excelente, cuando se le busca para orar en presencia de Dios.

Ninguna regla podrá prever con anticipación los momentos más adecuados para nosotros de callarnos, o de hablar, de ponernos en contacto con los demás o de retirarnos a solas; somos, en definitiva, los únicos jueces de nuestras propias intenciones.

Sin embargo, cada día, cada semana, cada mes, son indispensables zonas de silencio, y aun siguiendo un ritmo más amplio todavía con objeto de hacer posible la oración y verificar la realidad de nuestro silencio interior. En otro lugar hablé^[73] del ritmo especial de reposo necesario para la vida del espíritu: el silencio es uno de los elementos irremplazables. Es además como la base del tiempo de reposo de este ritmo.

Si nuestra vida nos expone a perder el hábito del silencio exterior, nos permite, por el

contrario, evitar mejor los silencios vacíos, los falsos silencios, los malos silencios de que hemos hablado. Todo silencio debe ser verdaderamente deseado como el revés de una presencia ante Dios. Hay palabras que no rompen el silencio. Hay silencios exteriores que rompen el silencio divino del alma.

El silencio bueno no debe engendrar jamás un ambiente de pesadez o de tristeza, sino llevar frutos de recogimiento y de paz a las almas.

Hay momentos, en las Fraternidades, en los que debemos guardar absoluto silencio: en los instantes destinados a la oración, en los retiros mensuales, en los retiros anuales más prolongados; y las Fraternidades de adoración se consagrarán a él con mucha más atención. Pero no debemos extrañarnos si en una pequeña Fraternidad obrera, donde hay poco espacio, resulte difícil establecer una disciplina de silencio exterior que satisfaga perfecta y simultáneamente las exigencias de la oración, las de la mutua comunicación y las de la hospitalidad fraternal. Lo esencial es hacer el esfuerzo, sentir el deseo del silencio dentro de sí, y no temer plantear de nuevo el problema de cuando en cuando, sin impacientarse ante las deficiencias involuntarias y las imperfecciones de realización. Por tanto, buscaremos la solución mucho menos en una reglamentación exterior que en una exigencia de caridad y de espíritu de oración, constantemente planteada de nuevo.

A la ascesis del silencio debe añadirse además, en la oración, la del cuerpo, más humilde, pero no menos necesaria. En efecto, el cuerpo participa en la oración, y es mucho más importante de lo que habitualmente se cree. No puedo evitar el citar aquí, simplemente, algunos párrafos de Mouroux, que dan mucha luz a lo que venimos diciendo: «Si el cuerpo es la imagen de la oración es porque es el medio de que se vale para exteriorizarse. La sostiene, puesto que se expresa por medio de una fórmula recitada, que asegura y define el ímpetu espiritual, en una actitud que subraya y eleva el movimiento interior. El cuerpo refuerza a la oración: cuando un hombre pronuncia las palabras de la invocación, canta su fe, se arrodilla humildemente, entonces se entrega por entero a la busca de Dios, arrastra a su alma por medio de su cuerpo, y profundiza su súplica. También, a veces, el cuerpo realiza la oración. Distraída y vagabunda, deprimida, triste, y sin contacto alguno con Dios, el alma parece, a ciertas horas, desvanecida o desaparecida; entonces el cuerpo será el medio real y eficaz de la oración. ¿Está mi alma distraída? Cojo mi rosario, arrastro a mi voluntad con mis labios y con mis dedos, y mi oración se despliega delante de Dios, por medio de los *Ave*. ¿Está mi alma deprimida? Entonces digo a Dios lo que puedo. Como Nuestro Señor, que repetía: “Que se haga tu voluntad”, yo repito también: “¡Dios mío, ten piedad de mí!”; y esta humilde recuperación es el acto de una oración admirable. ¿Está mi alma como escondida? Ya ni siquiera sé si sigo creyendo en Dios. Pues bien, aquí estoy. Ya no tengo un alma para orar, pero tengo siempre a mi cuerpo: se lo entrego a Dios, le arrodillo, le mantengo fielmente a los pies de su Señor. *Con mi cuerpo, mi alma da testimonio de su presencia ante Dios*; Dios me mira y me dice: “Hijo mío, vete en paz”. De este modo el cuerpo es el instrumento de la comunión con Dios, y es función suprema: “*El cuerpo no es para el pecado, es para el Señor*”»^[74].

De ahí la importancia de hacer bien las oraciones vocales. Siempre insisto mucho

sobre esto, ya que es el primer paso en la oración, siempre a nuestro alcance, y a menudo descuidado por creerlo secundario. Nos figuramos, sin razón, que podremos llegar a una verdadera oración interior sin preocuparnos de lo exterior. Esto es falso, sobre todo en medio de una vida en la que sólo en la capilla puede encontrarse el ambiente para la oración. Las oraciones del misal y las del oficio deben recitarse con fe. De ahí la importancia de no descuidar la disciplina de la imaginación y del espíritu, con ayuda de un método sencillo y concreto. Es todo nuestro ser lo que tenemos que dar a Dios en la fe. Esta se expresará con la misma sencillez de las imágenes o los conceptos del Evangelio, que serán materia de una fe incansable, una fe de infancia espiritual, hasta el momento en que Dios juzgue oportuno simplificarlo todo en un acto de adhesión a Él, que sobrepasará a todo modo humano de expresión. Ya que es cierto, después de todo, que cuando avanzamos hacia Dios en la oración, llega un momento en el que nuestras facultades están como desarticuladas, desbordadas por una vida del espíritu, que la comunión con lo divino ha como desproporcionado respecto al ejercicio normal de estas facultades. Hasta este momento, seamos sencillos en nuestra fe, sin dejar por ello de obrar con un método que nos sea personal, con vistas a operar, al comienzo de la oración, la pacificación de las pasiones y la calma de la imaginación. Escojamos un método sencillo que ponga en juego a la imaginación, más que a la inteligencia, según la dominante actual de nuestro temperamento y la naturaleza de las distracciones contra las que tengamos que luchar. Todos los métodos son buenos en la medida en que tienen éxito, y el más sencillo será siempre el mejor. El que recomienda el padre De Foucauld, el que él mismo siguió, parece el más adaptado a nosotros: parte, simplemente, de la presencia de Jesús en el Evangelio o en la Eucaristía, para iniciar un coloquio con su Maestro, en el curso del cual adora, da gracias, pide, suplica, repara, pero, sobre todo, oye hablar a Jesús.

* * *

Tenemos todavía que anotar un aspecto de la disciplina ascética propia del padre De Foucauld: desde el principio hace que la ascesis sea una obra de amor centrada en la Cruz. Normalmente, la ascesis es un esfuerzo de renunciamento voluntario, metódico, para corregir una desviación. Sólo cuando el amor de Cristo alcanzó en nosotros un desarrollo suficiente es cuando, poco a poco, se sobrepone el amor a la Cruz, para sustituir finalmente al esfuerzo propiamente ascético. Es la locura de la Cruz, que opera en nosotros un misterio de muerte y de renunciamento, no ya con el fin de reprimir nuestras malas tendencias, sino simplemente por amor a Jesús, porque Jesús ha sufrido, y porque todavía hay que llenar una medida de sufrimiento en el Cuerpo Místico, con objeto de acabar la redención de nuestros hermanos. Esto va más lejos, y por eso la obra de renunciamento y de sufrimiento voluntario se perseguirá más allá de las necesidades de la ascesis, por medio del amor y en una libertad de uso de todas las cosas útiles. Este es el término al que tendremos que llegar siguiendo al padre De Foucauld. Pero lo que caracteriza, desde el comienzo de su conversión, su esfuerzo ascético, es que sobrepone inmediatamente el amor a la Cruz de Jesús.

Es lo que tendremos que hacer nosotros también, dando al menor renunciamento voluntario, a la menor práctica disciplinaria, no solamente un valor de ascesis, sino, sobre todo, un valor de amor, refiriéndola explícitamente a la Cruz de Jesús y a las almas que esperan nuestro esfuerzo de Redención.

¿Es suficiente un año de noviciado para preparar a los Hermanitos a la difícil vida que es su lote, y que supone forzosamente, si ha de ser plenamente vivida, un dominio de sí mismo y un hábito de oración que no podrían adquirirse sin muchos años de fidelidad? También suele añadirse que una vida semejante no podría ser generosamente llevada más que por un religioso asegurado en la unión con Dios.

Es cierto que para llevar con perfección una vida de oración en medio de la fatiga del trabajo, o en la dispersión provocada por el ruido de las ciudades, habría que gozar, al menos, del primer grado de la oración infusa. ¿Pero no es cierto, bajo el mismo título, para un misionero, para un párroco de suburbios o para un cartujo? La perfección de la santidad exige, en cualquier estado de vida, la intervención más o menos intensa de los dones del Espíritu Santo, y la acción directa de Dios reviste una forma adaptada a cada caso. Lo mismo que un cartujo que no ha llegado a la verdadera unión con Dios, pero que se esfuerza, sencillamente y lo mejor que puede, en orar con toda generosidad dentro de su estado de vida, cumple perfectamente su vocación, de igual modo cumplirá con la suya el Hermanito que encuentra dificultad para hacer oración, pero que mantiene valerosamente toda su vida centrada en la oración eucarística, a pesar del cansancio, de las oposiciones y de los fracasos, que no son para él sino ocasión de recuperación. Este Hermanito está de lleno dentro de su vocación y libra en su vida el combate de su amor. Dios podrá obrar en él cuando lo estime oportuno y lo hará por medio de su Espíritu, para consumir su oración, y nada impedirá que lo haga. Los Hermanitos deben aspirar constantemente a realizar una oración redentora, que no puede llegar a su perfección sin la intervención de los dones del Espíritu Santo; pero sí pueden esforzarse por sí mismos con generosidad en este sentido, y esto es todo lo que se les pide. Tengo la certidumbre de que no les faltarán nunca los dones del Espíritu Santo en su vocación siempre y cuando sean fieles, como no le faltarán a todo aquel que cumple la voluntad del Padre, según el estado de vida asignado por la Providencia.

Un año de noviciado es, con toda evidencia, insuficiente para formar a un Hermanito; sería pueril pensar educar en doce meses lo que no puede ser sino el fruto de toda una vida de esfuerzos. Sin embargo, la educación consiste en dirigir, en orientar la formación de una persona, de modo que aprenda a dirigirse por sí misma. La educación tiene que asentar unas bases, inculcar unos principios, contribuir a la adquisición de unas costumbres iniciales necesarias, iluminar con toda claridad la ruta a seguir, y enseñar al sujeto a dirigirse y a salir responsable de sí mismo. Todo educador tiene que saber que llegará el momento en que su función será inútil, pero es necesaria durante un cierto tiempo. Tiene que recordar que se pone en contacto con una libertad a la que tiene que enseñar el amor. El noviciado no puede hacer otra cosa que esbozar esta obra de formación; tiene sobre todo por objeto llevar al descubrimiento del ideal, colocar los fundamentos de una vida de fe con Cristo, y enseñar a orar; también nos introduce en el

verdadero conocimiento de nosotros mismos, mostrando qué clase de trabajo ascético y de desasimiento es necesario para dejar que Cristo obre en nosotros. Pero es preciso, inmediatamente después, poner al religioso frente a las dificultades mismas de su vida, para que aprenda a superarlas. Al llegar a este punto es cuando empezará, verdaderamente, a experimentar su debilidad, y entonces es cuando se le llamará para que se empeñe a fondo a vivir, y no sin luchas, su vida de «permanente de la oración». La educación puede y debe servirse del riesgo, de la dificultad, para forjar los caracteres, y para educar la fuerza del alma, el aliento en la práctica de la caridad y de la oración. Semejante resultado no podría ser obtenido con tanta eficacia prolongando simplemente el noviciado propiamente dicho por más de un año. Por lo demás, existe una gran ventaja, como lo subrayaremos muy pronto, en desarrollar la vida de fe de los Hermanitos dentro del ambiente que, más adelante, será el de su vida normal, a fin de evitar el desequilibrio producido por una falta de adaptación a su medio natural de vida. Antes de la profesión perpetua pasan a un segundo noviciado de varios meses de duración, lo que permite las rectificaciones necesarias y terminar la formación religiosa en la madurez de la vida.

El-Abiodh Sidi-Cheik, 24 de febrero de 1948

6 Pobreza

Jesús vivió pobremente, amó a los pobres y los proclamó bienaventurados. El padre De Foucauld amó y deseó la pobreza con pasión; todos los santos amaron la pobreza, encontraron en ella la liberación, un gozo y una posibilidad de entrega de sí mismos a Dios en la humildad, que sólo pueden comprender aquellos que lo han experimentado.

También nosotros queremos vivir pobremente, a ejemplo del padre De Foucauld, y como él, por *imitación de Jesús y por amor a los pobres*.

Pero desde el momento en que empezamos a ponerlo en práctica, nos damos cuenta de la complejidad del problema. Porque hay pobreza y pobreza. Existe la pobreza que es simple miseria, privación, carencia de bienes materiales, carencia sufrida, pero no por amor. Y luego existe la pobreza cristiana: Jesús bendijo a los pobres, a los pobres ni más ni menos, pero quizá habló también de los pobres de espíritu. Enseguida comprendemos que la pobreza contiene un elemento *espiritual y material*: tiene un cuerpo y un alma.

Si no comprendemos bien esto, equivocaremos el camino, y nos exponemos a muchas dificultades de realización, tal vez además a ciertas desviaciones. En la práctica la pobreza planteará, en efecto, algunos problemas. No tenemos, por otro lado, más que comprobar todas las cuestiones promovidas por este asunto en la hora actual. Ante todo los hechos: las dificultades que se presentan en la vida de los llamados económicamente débiles, en la de los asalariados modestos con las restricciones que lleva consigo la insuficiencia de los jornales, la inseguridad acerca del día de mañana, muy imperfectamente mitigada por los seguros sociales; las amenazas de paro, las dificultades de alojamiento. Millones de familias viven así, en esta incertidumbre continua, y esto es verdadera pobreza, cuando no lamentable miseria y privación de lo estrictamente necesario. Ahí está todo lo material de la pobreza: el espíritu no lo está siempre; es una pobreza sufrida, muy rara vez deseada y amada. A veces encubre una avidez de deseos y de posesión, muy violenta en ocasiones, ya que las riquezas, el dinero y los placeres que procura atraen mucho más cuando no han sido experimentados. El rico que ha gustado hasta la saciedad de todos los placeres que la fortuna puede procurar ha percibido a menudo su carácter decepcionante y limitado. Frecuentemente el deseo ata mucho más a las cosas que su misma posesión.

Frente a esta pobreza sufrida y trágicamente real, existe la pobreza religiosa, que desconcierta muy a menudo a nuestros contemporáneos por la manera en que se presenta al exterior: se sitúa en otro plano. Se trata, ante todo, de liberar al alma del instinto de propiedad por medio del voto. Sólo secundariamente el voto inducirá acerca del uso de las cosas. Ahora bien, este desasimiento interior –que causaría horror, muy a menudo, a la mayoría de los que sufren de pobreza y son ricos de deseos– se acompañará de una libertad en el uso y de un tipo de vida que escandalizan con

demasiada frecuencia, porque no reflejan siempre la pobreza interior del alma, que a tantos hombres les cuesta trabajo creer que sea posible. Además hay toda la seguridad que procura, en muchos casos, el pertenecer a una comunidad, la certidumbre acerca del día de mañana, la ausencia total de preocupaciones respecto a todo lo material de la vida: alimentación, alojamiento, enfermedad. Estas preocupaciones recaen, indudablemente, sobre los superiores, pero la mayoría de los religiosos están exentos de ellas. El cristiano fervoroso que lucha y se aflige para vivir penosamente él y sus hijos, un día y otro día, no llega ya a comprender la superioridad de la vida religiosa: suscribiría fácilmente este juicio, que los religiosos son los que hacen el voto de pobreza y los fieles quienes lo practican. Ya no se comprende. Sin embargo, la Iglesia mantiene la legitimidad y la superioridad de una vida despojada de todas las preocupaciones terrenales, con el fin de procurar la contemplación de Dios sólo, bajo la condición, bien entendida, de que se trata de una renuncia real con vistas a una entrega más absoluta de uno mismo a Dios, y no de una huida egoísta de las responsabilidades que acarrea el trabajo y de las preocupaciones diarias. Semejante actitud sería odiosa, sería la negación de una auténtica vida contemplativa, pero esta última no deja de seguir siendo invisible y escondida a los ojos del mundo; el mundo sólo verá lo exterior, y aquellos que juzgan al contemplativo no tendrían casi nunca ni el valor ni la fuerza necesarios para imitar su renunciamento. También es verdad que no son raros algunos abusos, que vienen a justificar estos ataques contra la pobreza religiosa: como, por ejemplo, el nivel medio de vida, el bienestar exagerado de ciertos conventos, por no hablar del carácter espacioso y monumental de los edificios, de la extensión y del adorno de los jardines, en una palabra, ese marco tan agradable que sólo el dinero puede procurar a una familia. ¿Cómo no escandalizarse? Se admitirá que el religioso es pobre individualmente, pero que no se trata sino de una pobreza puramente teórica, puesto que la comunidad a que pertenece tiene la posibilidad de proporcionarle un marco de vida del que sólo podría beneficiarse una familia rica. Esto es verdad con demasiada frecuencia. La pobreza religiosa, tal y conforme está a veces organizada y codificada, ¿presenta realmente al mundo actual el semblante que quiso darle Jesús en su Iglesia? Se comprenderá que frente a esta situación se haya dibujado como una reacción de la conciencia cristiana contemporánea, ávida de una pobreza material más concreta, ávida de inseguridad, de comunidad, de destino con los más pobres: impulsados por este deseo, muchos jóvenes se han desligado de la vida religiosa. ¿Qué pensar de todo esto y cómo concebiremos nuestra pobreza en seguimiento del hermano Carlos de Jesús, que también él estuvo desgarrado por esta obsesión de una pobreza total, a ejemplo de Cristo y por amor a los más débiles? Sabemos que este deseo fue el origen de la crisis de alma que se solucionó con su salida de la Trapa^[75].

Si queremos ver un poco más claro en todo esto, hace falta distinguir entre los diferentes motivos que pueden impulsar a un alma a abrazar el estado de pobreza. Vienen a parar, en efecto, en diferentes concepciones de esta. También es preciso distinguir la pobreza de espíritu de la pobreza material; en una palabra, la virtud de pobreza del estado efectivo de pobreza.

Las imperfecciones y los límites de nuestro ser, tanto físico como espiritual, le obligan a prolongarse, a completarse, anexionándose distintos objetos, cosas exteriores a él mismo que, en principio, deben servirle y permitirle alcanzar su fin más fácilmente, y que son los que se llama el *haber*. Sabemos, por experiencia personal, hasta qué extremo llega en el hombre la tendencia a detenerse en las cosas poseídas, en vez de dominarlas para hacer que sirvan únicamente a la consumación final de su ser espiritual de hijo de Dios. Centramos nuestra vida en el haber, nos convertimos en esclavos de las cosas poseídas, por mezquinas y materiales que sean. «*Guardaos bien de toda avaricia; que, aunque uno esté en la abundancia, no tiene asegurada la vida con sus riquezas*» (Lc 12,15).

En estas condiciones el haber deja de ser instrumento de perfección de nuestro ser para convertirse no sólo en un estorbo, sino tal vez en un obstáculo a nuestra verdadera perfección. Aquí está toda la razón de la virtud de la pobreza, que consiste en saber usar de las cosas que nos son necesarias o útiles, sin que nos dejemos encadenar nunca por alguna de ellas; proporciona al hombre la libertad espiritual completa respecto a toda cosa que no sea Dios mismo. Suprime las raíces mismas de la avaricia, de la violencia, de la dureza del corazón, del miedo y del egoísmo. La virtud de la pobreza debe establecernos y mantenernos en un desasimiento y en una libertad soberana respecto a todas las cosas, sean las que sean; y no nos referimos de igual modo al dinero, a los más simples objetos de que solemos usar, a los frutos de nuestro trabajo, a la obra de nuestras manos, que a los bienes espirituales, a nuestros conocimientos intelectuales, a las creaciones de nuestra imaginación, del arte y, en un cierto grado, a nuestra espiritualidad y aun a las mismas gracias de la oración. Aquí se trata de la pobreza de espíritu, sin la cual es imposible entrar definitivamente en el reino de Dios, sin la cual el amor de Cristo no puede reinar en nosotros; no podrá alegarse ninguna excepción, ni ninguna restricción a la necesidad de esa disposición interior, a la cual la muerte traerá su consumación final; sólo un alma absolutamente pobre podrá ver a Dios cara a cara después de la muerte. De esta pobreza es de la que habla Cristo cuando bendijo a los «pobres de espíritu». Es esta pobreza la que san Juan de la Cruz exigía de todo aquel que quería marchar, en la oración, al encuentro del espíritu de Dios. Sin ella la pobreza material pierde todo sentido cristiano, convirtiéndose en privación inútil o en restricción abrumadora. A pesar, pues, de toda la importancia esencial que reviste, no tengo intención de extenderme más por ahora, ya que realmente no se plantea ninguna cuestión a este respecto. Lo único que subrayaré, y con mucha fuerza, es que debemos trabajar para adquirir esta disposición del alma, de una manera tan radical y absoluta como sea posible; no hay límites al grado de desasimiento y de libertad interior al que puede y debe llegar un Hermanito fiel a su vocación. Sin esta pobreza de alma, toda otra forma de pobreza será vana; aún más, puede ser humillante u orgullosa, o hipocresía de fariseo.

El mayor obstáculo que se opone a esta pobreza de espíritu, es, evidentemente, la desviación, en nosotros, del instinto de propiedad. A esta desviación quiere llegar directamente el voto religioso de pobreza, que induce al renunciamento, absoluto y radical, a todo uso de ese derecho legítimo que poseen todos los hombres de ejecutar

actos demostradores de propiedad sobre las cosas. El fin del voto es liberar completamente al alma en el orden del *haber*, pero como se trata de una promesa pública dependiente del fuero externo de la Iglesia, el voto no puede tocar más que a la propiedad sobre las cosas materiales y visibles. El religioso que hizo el voto no tiene, por tanto, derecho de hacer ningún acto de propiedad: ni poseer, ni comprar, ni vender, ni dar, ni prestar, ni recibir. Sólo puede usar de las cosas en dependencia de la voluntad de sus superiores y dentro de la obediencia de sus constituciones. El voto tiene por objeto la adquisición de una virtud interior, establecer al corazón en una libertad total; no define ni reglamenta por sí mismo el uso de las cosas, es decir, el grado de pobreza material efectiva. Vemos que el voto no aparece directamente ligado a tal o cual forma de pobreza exterior. Tampoco exigiría, por sí mismo, una verdadera pobreza efectiva, ya que un renunciamiento semejante podría operarse dentro del uso ordenado de todas las cosas útiles, lo mismo que, en sí, la pobreza espiritual es posible en el seno de la riqueza. ¡Pero qué difícil resulta no estar poseído por las cosas cuando se las posee y cuando se puede usar de ellas sin discernimiento! «¡Qué difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!». Los discípulos se asombraban al oír estas palabras. Mas Jesús, tomando de nuevo la palabra, les dice: «*Hijos, ¡qué difícil es entrar en el reino de Dios! Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de Dios*». Ellos, más asombrados todavía, se decían: “*Entonces, ¿quién puede salvarse?*”. Jesús los miró y les dijo: “*Para los hombres esto es imposible; pero no para Dios, pues para Dios todo es posible*”» (Mc 10,23-27). El espíritu de pobreza y de libertad en la posesión es, pues, cosa imposible para las fuerzas del hombre: hace falta la gracia de Dios, de igual modo que, por otro lado, para practicar el desasimiento de una auténtica pobreza cristiana. Para realizar uno u otro de estos dos estados necesitamos la misma fuerza interior^[76]. Sin embargo, Jesús proclama la superioridad del desasimiento y de la pobreza, y la recomienda con instancia a sus amigos. Es por eso por lo que, en las Constituciones, el voto de pobreza está precisado en el sentido de un uso pobre de todas las cosas. Pero pueden presentarse muchas dificultades en la realización de la pobreza y, en general, está subordinada a las exigencias del fin perseguido por la congregación. Un instituto misional no puede tener el mismo género de pobreza que una congregación monástica, que se propone, más particularmente, rendir un testimonio de pobreza dentro de la Iglesia. Estas diferencias son legítimas. Sólo los abusos son condenables. Pero es útil haber situado de este modo, claramente, el papel y la naturaleza propia del voto de pobreza. No juzguemos nunca por lo exterior al interior. No siempre es exacto inferir de la práctica de una gran pobreza exterior la existencia de la pobreza del corazón, ni inversamente, juzgar con severidad a un religioso por el solo hecho de que sus constituciones le permiten un uso más amplio de todas las cosas, ya que puede ser un verdadero pobre de espíritu a los ojos del Señor. Seamos lo bastante humildes para juzgarnos severamente a nosotros mismos acerca de este punto, y comprendamos cuán contradictorio sería en los términos, para un verdadero Hermanito de Jesús, erigirse en juez para condenar o aun comparar lo que no podría ser objeto de comparación. La pura privación material sin el espíritu de la pobreza de Cristo no tiene ningún valor: es un

cuerpo sin alma, una pobreza muerta.

* * *

Debemos desear tener en nuestro corazón, por lo que toca a todas las cosas creadas, las mismas disposiciones que tuvo Jesús: queremos ser pobres como él quiso serlo. Por tanto, tenemos que aprender en el Evangelio la manera de ser pobres.

Jesús fue pobre como Dios podía y debía serlo; buscaríamos en vano en la actitud de Cristo el menor desprecio hacia cualquier criatura. Jesús no desdeña ninguna de las cosas sencillas, naturalmente buenas, útiles o necesarias para el hombre. Pero sólo se sirve de ellas en la medida en que son necesarias. Lo que más llama la atención en la actitud de Cristo es su soberana libertad con respecto a todo bien, dentro de un nivel de vida de una gran sobriedad de posesión. Es Dios y nada puede encadenarle; a pesar de esto quiso ser pobre, simplemente, sin afectación. Además su pobreza reviste, en ciertos momentos de su existencia, un carácter más acentuado de desasimiento total, como sucedió en su nacimiento y en su muerte, pero es una pobreza que no ha sido buscada, es la de un viajero que no se interesa por nada: Jesús nació fuera de su casa, nada era suyo. Durante los tres años de su ministerio público, lleva una vida vagabunda; no se ocupa de lo material, no rechaza nada, se deja alimentar y alojar al capricho de las circunstancias. Hay días en los que no come, y otros en los que toma parte en comidas abundantes y bien hechas; pasará la noche lo mismo al aire libre que en el primer albergue que encuentre; la casa de un pobre, de un rico o de un amigo íntimo. Usará libremente de todas las cosas, según las ocasiones: bebe vino y lo procura milagrosamente en las bodas de Caná. Estará atento a las humildes necesidades de sus amigos, preparando él mismo a sus discípulos, cansados tras una noche dedicada a la pesca, el pan y el pez asado sobre las brasas. Pero esta simplicidad de dominio la realiza Jesús dentro del marco de la pobreza de un artesano humilde. No hay que olvidar los treinta años de Nazaret; son ellos, sobre todo, los que marcan el nivel de vida divinamente escogido por Cristo. Fue el de un obrero modesto, a igual distancia de la miseria y de la propiedad. Aquí tenemos que abstenernos de hacer una transposición demasiado fácil, que consistiría en deducir que, si Jesús hubiera vivido en nuestra época, habría escogido el actual tipo de vida del obrero medio. La situación no es ya la misma. El artesano palestino tenía lo necesario para vivir, pero sin ninguna necesidad artificial que satisfacer, y la extrema simplicidad de las costumbres de la época no venía a distraer al hombre de su verdadero destino, y le permitía ser plenamente él mismo frente a su Creador. ¿Es que el artesano de Galilea no era más plenamente hombre que, en nuestros días, el obrero de nuestras ciudades? ¿Podemos concebir al Hijo del Hombre prisionero de esas necesidades artificiales, que no hacen al hombre ni más grande ni más hombre? Sepamos, por lo menos, hacernos esta pregunta frente a las servidumbres cada día más numerosas que encadenan a nuestros contemporáneos.

¿Dónde está, en todo esto, la mayor facilidad para ir hacia Dios? El aumento y la generalización de las posibilidades de bienestar de todos los géneros, ¿es que no arrastran un peligro de ablandamiento, de evasión fuera de lo esencial, un desvío del verdadero

destino humano, haciendo más pesada y más difícil la liberación del alma? ¡Qué múltiples ataduras retienen desde este momento al hombre a una tierra, que no debe ser sino una morada pasajera para cada uno de nosotros y para toda la raza humana! No quisiera que esta comprobación parezca como la justificación de un cierto antihumanismo, o como un motivo de condena del progreso de la civilización y de las técnicas. Por lo demás, ¿qué fuerza en el mundo sería capaz de detenerlo? Pero haría falta ver los peligros con clarividencia, sobre todo si este progreso es perseguido dentro de una perspectiva de mística materialista, que hace el ambiente aún más disolvente para las fuerzas del espíritu. Es preciso deducir también la necesidad mayor de vivir una pobreza auténticamente cristiana. Confusamente sentimos esta necesidad. Tendremos que dar, en silencio, el ejemplo de una pobreza que sea verdaderamente la pobreza de Cristo. No digamos: un obrero, aun pobre, tiene una nevera, una radio, una motocicleta, va al cine; por consiguiente, nosotros podemos permitirnos hacer lo mismo. ¿Qué habría hecho Cristo? ¿Qué habría hecho el pobrecito de Asís? Ya que ha sido uno de aquellos que mejor ha realizado en su vida los sentimientos de Cristo respecto a la posesión de las cosas creadas. No queremos permanecer extraños a lo que puede haber de humano y a veces de enriquecimiento en algunas de esas manifestaciones –como sucede, por ejemplo, con algunas películas–, pero, sin embargo, nuestra vocación y nuestra misión consiste en aportar un testimonio de pobreza y no podemos permitir que se debilite. Tenemos que proclamar el Evangelio con nuestra vida. El motivo que podría justificar, para el misionero o el sacerdote, una participación en esas actividades de asueto, sería una razón de caridad o de apostolado: rara vez lo será para nosotros. Si queremos que nuestra alma se conserve fuerte y libre en el seno del mundo actual, si queremos ser, por nuestra parte, el fermento de pobreza cristiana que tanto necesita el mundo para no marchitarse y para conservar el sentido del espíritu y el sentido de Dios, en medio del goce de tantas facilidades y de la utilización de unas técnicas materializantes en sí, tenemos que dar ejemplo, con todas nuestras fuerzas, de una gran simplicidad de vida, sin rigidez, pero sin blandura, dispuestos a comprenderlo todo y admitir en los demás todo lo que es legítimo y bueno, estando atentos, por nuestra parte, a guardar un estilo de vida del que habremos eliminado todo lo que sea posible de necesidades artificiales^[77]. Tenemos que comprender y tenemos que amar nuestra época y a nuestros contemporáneos, pero nuestra tarea propia consiste en ser en medio de ellos como la imagen viva de Cristo pobre. La pobreza de Jesús es más y es también otra cosa que la simple pobreza obrera. Sigue siendo verdad que, en el uso de las cosas ordinarias, necesarias para la vida cotidiana, debemos remitirnos a lo que haría una familia pobre de trabajadores.

* * *

Vamos a señalar los rasgos principales del semblante de la pobreza, tal y como nos la presenta Jesús en el Evangelio.

La pobreza de Jesús tiene que ser *alegre*, porque supone una liberación del espíritu. La bienaventuranza que Jesús prometió a los pobres no es únicamente promesa de vida

futura. Esta alegría resplandece en todos los santos que practicaron más particularmente la pobreza. Si tenemos esta alegría en nosotros, quiere decir que nuestro corazón está libre. Tendremos que aprender, por medio de esta alegría, a superar los deseos y las codicias para poder estar libres de todo apego y pertenecer tan sólo a Dios. Es una alegría misteriosa, ya que procede del espíritu de Dios en nosotros, demostrando igualmente hasta qué punto la verdadera pobreza está en la línea del completo desarrollo del hombre. Quizá no poseeremos inmediatamente esta alegría, ni tampoco en todo momento, puesto que es el fruto de una victoria sobre nosotros mismos, lo cual implica lucha. Tenemos que ejercitarnos en la alegría dentro de la privación cada vez que carezcamos de alguna cosa. Y llegaremos a preferir tener de menos que tener de más. Pero una privación sin alegría no es sana, no es una privación según el espíritu de Cristo.

Esta alegría tiene otra causa más profunda: viene de que la pobreza, según el Evangelio, es una entrega de sí misma en manos de Dios y en su Providencia. En esta situación, deseada por amor, está la realización concreta de un abandono realmente infantil, haciéndose casi sensible la paternal solicitud de Dios. Nadie puede comprender la alegría de esta experiencia personal de la Providencia si no la experimentó. Esto supone, sin duda alguna, que la pobreza sea una renuncia deliberada y efectiva a todas las garantías humanas y a toda avaricia. El pobrecito por Jesús deja en manos de la Providencia el cuidado de su porvenir: *«No os angustiéis buscando qué comer o qué beber. Buscad su Reino [de Dios], y esas cosas se os darán por añadidura»* (Lc 12,29.31). *«Mirad las aves del cielo; no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta»* (Mt 6,26). Debemos tener una fe sencilla, como la que tienen los niños, y una confianza sin límites en esta promesa de Jesús. Nuestra pobreza alegre es un acto de fe y de abandono, y tiene que ser esto ante todo. Tengamos cuidado en que el trabajo, la seguridad social, el complejo de los seguros no vengán a desazonar en nosotros este abandono confiado de uno mismo en las manos de Dios.

Podemos juzgar hasta qué punto se opone a la pobreza: según el Evangelio, la inquietud exagerada de unas garantías humanas para el porvenir, así como la constante preocupación de no gastar demasiado, lo que suele llamarse economizar y que no es muy a menudo otra cosa que tacañería, o manifestación de una avaricia oculta. Es preciso decir francamente que, si es cierto que se puede pecar contra la pobreza cristiana por prodigalidad, sucede con más frecuencia que se peque contra ella por un comienzo de avaricia, comienzo sutil, calificado de espíritu de pobreza. ¡Cuántas mezquindades, cuántas bajezas, cuántas faltas, cuántas estrecheces, ni más ni menos, a la caridad, no se cometen bajo la capa de la pobreza religiosa! En esto hay que tener mucho cuidado. Y, os lo suplico, recordad que con los años se va revelando la tendencia inconsciente a la avaricia: se empieza por la necesidad de pequeñas garantías para la salud; vamos apartando algunos objetos insignificantes, medicamentos, nos complacemos en constituir reservas, más de lo que conviene, en prever, con todos sus detalles, todo lo que podría suceder. Es que comienza a manifestarse el instinto de la vejez, de retiro y de desconfianza de la vida. Es preciso saber reaccionar enérgicamente por medio de un abandono de sí mismo, muy explícito, en las manos de Cristo. Tenemos que desterrar la

preocupación de apartar demasiadas cosas, conservando en el corazón una *disposición constante para dar y prestar* a todo el que pide: «*Da a quien te pida, y no vuelvas la espalda al que desea que le prestes algo*» (Mt 5,42).

Ya sé que, con frecuencia, la realización generosa de estos consejos evangélicos planteará, en la práctica, algunas dificultades. Será más fácil no desviarse en una Fraternidad poco numerosa, donde los Hermanitos viven al día con el producto de su trabajo, que no en una Fraternidad más poblada, sometida por este hecho a un régimen diferente, donde se impone al administrador un cierto deber de previsión. Pero quisiera afirmar fuertemente la necesidad de no consentir que se debilite en nosotros este espíritu del Evangelio bajo el pretexto de prudencia u organización. Tendremos que sentir siempre un gran sufrimiento, un desgarramiento intenso cuando no podamos dar todo lo que quisiéramos a quienes nos lo piden. A veces el problema no tendrá solución, es verdad, pero este sufrimiento íntimo será la garantía de que seguimos estando disponibles para el amor y de que seguimos siendo pobres en espíritu y con toda verdad.

Un último aspecto de la pobreza evangélica consiste en que está completamente sometida al amor, del que tiene que ser la expresión. Una pobreza que se transforma en dureza hacia los demás, en despreocupación ante las necesidades de los débiles y de los enfermos, en austeridad sin alegría, no sería una pobreza según el amor: no es la pobreza de Cristo. Volvamos a leer, sencillamente, el episodio de los trescientos denarios de perfume que Magdalena derramó sobre la cabeza del Redentor, y meditemos la respuesta de Jesús^[78]. Existen circunstancias en las que una pobreza cristiana auténtica no tiene que saber calcular ni adicionar, ya que tiende siempre a revestir, como en Cristo, la forma de un uso soberanamente libre de todas las cosas, y también del dinero, al servicio del amor.

Este es el verdadero semblante que debe revestir una pobreza evangélica auténtica.

* * *

Nuestra pobreza será, pues, lo primero de todo, imitación de Jesús; pero puede tener también su causa en el *amor de los pobres*. Este segundo aspecto es muy importante hoy día, y aun podríamos decir que, en la mayoría de los casos, predomina en la mentalidad de los jóvenes de la generación actual. Sin embargo, si este motivo llegara a determinar, demasiado exclusivamente, nuestra actitud, se llegaría a una concepción de la pobreza casi opuesta a la que, ante todo, deriva de una imitación de Cristo. Esto explica la confusión que reina a veces respecto a la noción de pobreza religiosa; ya no está uno en el mismo plano. Todo aquel que se sitúe únicamente en el punto de vista de la pobreza considerada como virtud interior encontrará legítima la organización, de aspecto ligeramente burgués, de un convento, en el que generaciones de religiosas realizaron, a pesar de todo, en la santidad, una pobreza personal generosa, sin preocuparse para nada del marco exterior, del que, por otro lado, no percibían –dado el medio de que procedían la mayoría de ellas– que pudiera servir al pueblo para formarse un concepto falso acerca de la pobreza evangélica; el pueblo sólo puede juzgar desde fuera y según sus propias formas de apreciación. Como reacción muchas personas han deseado realizar una pobreza que presente a todos el semblante que estamos acostumbrados a ver en los

ambientes de la gente pobre, con todo lo que arrastra de inseguridades, de privaciones, de dificultades, de servidumbres de todo género. Una generosa preocupación de dar testimonio, y más profundamente quizá, el deseo de participar, con toda sencillez, y por amor, en el sufrimiento de aquellos a quienes amamos, para estar presentes entre ellos y probarles nuestro amor, es lo que inspirará estos intentos de vida pobre. Tendremos a la vista, con preferencia, en la pobreza, los sufrimientos y las durezas que son su consecuencia. Lo haremos con un espíritu de inmolación y de redención; nos ocuparemos mucho menos del aspecto de desasimiento y de liberación por Dios, que es, sin embargo, la verdadera razón por la que Cristo bendijo la pobreza.

Encontramos aquí, en el plano de la pobreza, la misma oposición de dos corrientes de espiritualidad; una, ante todo, vuelta hacia Dios, en la perspectiva de una consumación personal en el amor; la otra, más actual, centrada ante todo sobre los hombres, con quienes queremos participar en sus sufrimientos por amor, a fin de ser, en medio de ellos, testigos de Cristo. Puede haber un riesgo en oponer estas dos tendencias entre sí, ya que ninguna debe excluir completamente a la otra, bajo pena de desfigurar el verdadero mensaje cristiano. Así como un religioso de clausura no tiene derecho a desinteresarse del escándalo que puede suscitar en un ambiente proletario incrédulo, alguna modalidad exterior de actuar o de vivir que pudo ser legítima en una época ya pasada de la cristiandad, de igual modo el misionero que quiere encarnar el Evangelio en el seno de las masas trabajadoras no debe olvidar que lo primero que tiene que hacer es vivir él mismo enteramente de Cristo y para él sólo, con espíritu de adoración, de amor y de desasimiento total. De este modo, se pueden llegar a perder de vista, debido a una generosidad mal entendida, los límites que separan la pobreza recomendada por Cristo de un estado vecino a la miseria, y en el cual se arriesga, por un orgullo secreto, perder la libertad del alma, el sentido de la oración y la alegría del espíritu. Un estado de privaciones, de inquietudes hasta ese extremo abrumador no puede ser deseado ni abrazado voluntariamente: sólo puede ser sufrido por amor, cuando las circunstancias lo impongan. Sean las que fueren las gracias recibidas por algunos durante su estancia en un campo de concentración o en los campamentos del trabajo obligatorio, no es posible someterse voluntariamente, ni siquiera por amor, a semejantes condiciones de miseria y de privación, ya que entonces no tendríamos derecho a contar con la misma asistencia divina extraordinaria.

La pobreza de los Hermanitos debe ser la resultante de un doble deseo: imitar a Jesús y abrazar el estado de vida de los pobres, de los más abandonados. Su vocación sólo se justifica por esta doble preocupación. Pero únicamente se comportará como es conveniente si conserva en todas las circunstancias la mirada clavada en Jesús, a quien quiere imitar. En su pobreza, los Hermanitos seguirán siendo contemplativos, como lo era el padre De Foucauld; el manantial de donde manaba su deseo de pobreza era una inmensa necesidad de imitar a Cristo y de participar en la vida de los más abandonados.

* * *

Este es el espíritu con que tenemos que vivir nuestra pobreza. Será menester un esfuerzo

igual para instalar en nosotros el alma de la pobreza evangélica, de la que hemos intentado definir los principales rasgos, así como para realizar exteriormente un estado de pobreza que sea una interpretación comprensible a los ojos de los pobres de todo el mundo. Aquí surgirán algunas dificultades: será imprescindible un esfuerzo continuo para perseguir, cada vez más de cerca, la realización de este ideal. No vayáis a creer que por el solo hecho de haber abrazado la vida de un pobre trabajador vais a poseer ya el alma de un verdadero pobre de Jesús. Sería demasiado fácil. No os hagáis ilusiones: sin lucha interior no llegaréis nunca a introducir vuestro corazón en el desasimiento de todas las cosas, condición indispensable para quedar libres de toda apetencia, de toda avaricia, de toda envidia, dispuestos siempre a dar y prestar a los demás, a no reservar nada para vosotros mismos, capaces de amar y de entregaros a vuestro trabajo, sin perder la libertad que confiere el abandono a la Providencia, sin temor ante el futuro, dichosos de sufrir algunas veces por la miseria. No os dejéis aferrar por cosas insignificantes. Comprended bien la importancia que tiene el ser radical, y de una vez para siempre, en todos los renunciamientos que se os piden en el noviciado, por pequeños que sean, y que no tienen otro objetivo que forjar en vosotros esta fuerza de renuncia al espíritu de propiedad, que consagraréis con un voto, y que será el fundamento y el alma de vuestra pobreza.

En el noviciado todavía no tenéis la posibilidad de vivir la pobreza que deseáis en todos sus aspectos concretos, pero hace falta adquirir su espíritu.

Más adelante aparecerán dificultades de un orden más concreto. La vida en las Fraternidades supone una confianza y una franqueza completas, dentro de la unión y del afecto mutuo. Ahora bien, cada uno tendrá su concepto propio cuando se trate de determinar, en la práctica, el nivel del tipo de vida pobre que quiere adoptar. En efecto, el límite que separa a la pobreza alegre y liberadora, a la que queremos llegar, de la miseria, o, dicho con más exactitud, del momento en que la pobreza se hace pesada, abrumadora y humillante, es distinto para cada uno. Depende de las fuerzas físicas, del temperamento, del medio social del que se procede, de la educación recibida. El que haya conocido en su casa una vida próxima a la miseria, encontrará a veces en la Fraternidad un nivel de vida más elevado, y sacará la impresión de que ya no es pobre. Otros, por el contrario, sufrirán más por el frío o a causa de una alimentación insuficiente. Es preciso recordar que se debe llegar al máximo en la realización de una vida pobre, pero que este o el otro detalle material no tiene en sí ninguna importancia frente al precepto, de otro modo urgente, del amor y de la unidad fraterna, y frente a un auténtico espíritu de pobreza. Cada Fraternidad tendrá que buscar su equilibrio, luchando constantemente para conservar el nivel de vida que le sea propio.

También podrán surgir otros conflictos entre estos dos puntos de vista de la pobreza, que siempre intentaremos conciliar entre sí: la pobreza como virtud liberadora del alma y la pobreza como testimonio de amor hacia los pobres. Por eso algunos más que otros se sentirán molestos en su vida de oración por la estrechez del aposento, o por los ruidos de la vecindad, consecuencia de un alojamiento excesivamente pobre. Rara vez podrá ser alcanzado, en esta materia, un equilibrio perfecto. Cada uno tendrá que sacrificar

parcialmente su manera de concebir la pobreza o la vida religiosa. Lo esencial consistirá siempre en estar *unidos*, profunda y generosamente, en una misma busca de la pobreza. También en esto la comunión en nuestro ideal y la atención en revisar constantemente, estando reunidos, la vida de la Fraternidad, serán la garantía de un verdadero fervor de amor y de pobreza. Pero no olvidemos que el amor fraterno y la unión, que es su consecuencia, son realidades más preciosas que la pobreza material.

* * *

Pero el problema más importante, con mucho, que hay que resolver es el que plantea el deseo de adoptar como vida religiosa el estado de vida del trabajador asalariado, o el de un artesano humilde, con toda la falta de seguridad y todas las dificultades que lleva consigo. En efecto, es preciso conciliar estas condiciones de vida precaria con las exigencias de una Congregación, que debe tener sus casas de formación y un mínimo de administración central. Es preciso formarse en la vida religiosa, organizar los estudios; hacen falta superiores que se desplacen y visiten las Fraternidades para mantener el espíritu de fervor y unidad. Es bastante probable que esto no pueda concebirse sin la posesión de uno o varios inmuebles y sin tener que aceptar recursos –a lo menos en los comienzos– que no provengan del trabajo de los Hermanos.

Vamos a resumir la organización económica que hemos adoptado, llevados de la experiencia, como la más adecuada para salvaguardar la pobreza propia de la Fraternidad.

Está prohibido a todas las Fraternidades capitalizar o percibir rentas.

Las Fraternidades de formación y de dirección constituyen un primer grupo, separado económicamente de las otras Fraternidades. La Casa-Madre puede constituir reservas en metálico, para sufragar sus propios gastos y los de las casas destinadas a noviciado, formación o estudios, los desplazamientos de los Hermanos enviados en misión a otra Fraternidad, así como para cubrir los gastos necesitados por la instalación de oratorios en las diferentes Fraternidades.

Estos fondos están alimentados con las contribuciones de los Hermanos que trabajan y, mientras no sean suficientes, con donativos y limosnas que podrán ser solicitados.

El segundo grupo está constituido por todas las demás Fraternidades. Cada una debe vivir, absolutamente, sólo de su trabajo y soportar todas las dificultades que pudieran resultar del paro obrero, de la enfermedad y de las huelgas, sin ninguna ayuda exterior. Salvo en lo que concierne a la organización del oratorio y a los gastos del culto, no tienen derecho a recibir limosnas si no es por excepción, para acudir en ayuda de los pobres del barrio o de un compañero de trabajo. Los Hermanitos no son entonces sino simples intermediarios. Estas Fraternidades estarán siempre instaladas en locales alquilados, con todas las servidumbres e incertidumbres que esto lleva consigo. Harán todo lo posible para entregar una contribución a la Casa Madre y ayudar al sustento de los Hermanos estudiantes, según una cuota previamente determinada. A veces no tendrán más remedio que acudir en ayuda de algún Hermano obligado a sostener las necesidades de sus padres.

La instalación de la Fraternidad será extremadamente sobria y no comportará más que lo estrictamente preciso en utensilios caseros y en mobiliario. Para ser verdaderamente pobres y entregados en manos de la Providencia, tendremos la menor cantidad posible de dinero efectivo; una vez efectuados los gastos que se juzguen realmente indispensables, lo que quede se enviará a la Casa-Madre para ayudar a los Hermanos estudiantes. También podrá ayudar a otra Fraternidad que se encuentre verdaderamente en una necesidad urgente, ya que así lo pide el afecto fraternal, lo mismo que una familia pobre de trabajadores puede ayudar a otra. Cuando esté enfermo un Hermanito se le cuidará, conforme a los recursos proporcionados por los salarios de la Fraternidad y por los ingresos del Seguro Social, teniendo cuidado de no sobrepasar, en estas atenciones, lo que podría permitirse un obrero humilde de la misma ciudad. Cuando un Hermanito se vea precisado de visitar a su familia, por un motivo urgente de caridad, los gastos originados por el desplazamiento estarán a cargo de su Fraternidad.

Siempre tendremos que buscar la manera de dar lo que nos sobra a otros más pobres que nosotros, no guardando sino lo estrictamente necesario. Cada Hermanito no debe tener nada en propiedad. Sin embargo, es preferible, después de lo que nos ha mostrado la experiencia y a fin de evitar el despilfarro y la tendencia a constituir reservas exageradas en ropas, vestidos y calzado, atribuir a cada Hermano un ajuar del que será responsable, comportando el mínimo necesario por lo que se refiere a la ropa. Siempre estará permitido dar a los que son más pobres que uno, con tal que esto quede dentro de los límites que puede permitir la parte libre del salario. Tendremos que ser pobres en ropas de vestir, que podrán estar deterioradas, remendadas, pero tendrán que estar siempre limpias. Un Hermano no puede comprar nada para la reposición de su ajuar sin acuerdo del responsable de la Fraternidad.

La Fraternidad debe ser alegre y acogedora dentro de su pobreza. Cada Hermano deberá guardar para sí su austeridad y cuidar de que sus Hermanos no se vean abrumados por el cansancio o por una alimentación insuficiente. La pobreza en la alimentación planteará los problemas más delicados que haya que resolver. De cuando en cuando se volverán a poner las cosas en su punto, y a veces nos quedaremos más acá, y otras más allá del límite. No podrá ser de otro modo. Con un sincero deseo de pobreza y de caridad, teniendo en cuenta lo que hacen los obreros pobres, y teniendo cuidado del estado de salud de sus Hermanos, ya se saldrá del paso. No hay por qué temer recibir a los visitantes y a los amigos ofreciéndoles alguna cosa, ni poner un poco de alegría mejorando la comida ordinaria un día de fiesta o con ocasión del paso de un Hermano, a reserva de restringirse un poco al día siguiente, como hacen las familias pobres. Estas diferentes maneras de proceder deberán, naturalmente, adaptarse a las costumbres de los diferentes países.

* * *

La pobreza de Jesús es un misterio de vida. Cuanto más penetremos en él mejor comprenderemos hasta qué punto esta vida es una. La pobreza tiene su fuente en el Amor del infinitamente Simple, de la soberana Pobreza encarnada, y tiende al amor de

los humildes y de los desdichados; ella misma es humilde y no puede coexistir con el orgullo y con la dureza. Toda pobreza orgullosa y dura es una pobreza muerta que nos aleja de Jesús. La verdadera pobreza es además uno de los caminos de la oración y del silencio interior, si tiene por fundamento el desasimiento y la libertad del alma respecto a toda criatura. La pobreza viva es dulce, sensible al sufrimiento, alegre, generosa, siempre dispuesta a prestar o a dar. Es apacible y no existe en ella el menor temor, ya que es ante todo un abandono infantil en las manos de Dios, Amor y Padre.

El-Abiodh Sidi-Cheik, 19 de marzo de 1947

Trabajo

El trabajo, para nosotros, no es únicamente un medio de procurarnos el sustento, un medio de resolver la cuestión económica por el hecho de haber renunciado a rentas y a limosnas que habrían podido asegurar la existencia de las Fraternidades. Tiene, para nosotros, otras razones de ser mucho más profundas y que determinan, por otro lado, el modo en el que queremos trabajar y la naturaleza de los trabajos elegidos. No se trata tan sólo de renunciar a las limosnas, porque la cristiandad se ha vuelto demasiado tibia para poder comprender el servicio comunitario de la oración, asegurada por unos hombres a los que habría liberado con vistas a esta tarea^[79]. Cualquier trabajo remunerado y de preferencia en clausura habría resuelto el problema.

Nuestra misión es diferente. Queremos compartir la vida de los trabajadores asalariados pobres, o la de los artesanos modestos, con el fin de ser pobres como ellos y a su modo. Nuestro ideal consiste en vivir cerca de ellos y en medio de ellos una vida religiosa que les permita ver a la Iglesia –tan lejana para muchos– más próxima, más familiar, más amable. Queremos demostrarles con el ejemplo silencioso de nuestra vida que les amamos, puesto que hemos venido para compartir su destino. Esta presencia entre ellos no será accidental, puesto que, en tanto que Hermanitos, habremos abrazado el estado de asalariados como la forma definitiva de nuestra vida religiosa. Sacerdotes o no, este será el estado de vida escondida que habremos escogido, consagrado por medio de los votos. Nuestro trabajo será nuestra misión en medio de las masas proletarias. En efecto, en el mundo actual estas masas constituyen unas zonas de humanidad encerradas en sí mismas, y con mucha frecuencia completamente extrañas a la Iglesia por su mentalidad, por su mística y por sus perspectivas terrenas. Son para la Iglesia como auténticas tierras extrañas, como países de misión. Sin embargo, es preciso que la Iglesia esté presente. Nosotros queremos ser, entre ellos, la Iglesia orante, hogares de vanguardia, irradiando el Evangelio silenciosamente. Y no podremos arraigar, cesando de ser extraños a esas masas, si no llegamos a hacernos, mediante el trabajo, como uno de ellos; lo mismo que un misionero en un país extranjero, que deberá estar dispuesto a adoptar la nacionalidad de aquellos a quienes se entregó para siempre. En el caso del proletariado parece que el estado de trabajador sea el equivalente de la naturalización, por eso tendrá que ser una entrega real y definitiva. Es preciso que la vida de la Iglesia se inserte profundamente en esas masas populares que se van inclinando hacia el paganismo, tendiendo a fundirse en una unidad poderosa que, quizá muy pronto, dominará en países enteros. Las Fraternidades sólo serán capaces de una inserción semejante en la medida en que hayan conseguido armonizar su vida religiosa con la organización económica y social de su país de adopción. La vida monástica misionera no puede pensar apoyarse en otras bases para penetrar en aquellos países en los que la

organización social está por completo centrada en el trabajo, como sucede actualmente en la URSS y como sucederá, quizá muy pronto, en otras naciones. Es por este motivo por lo que reivindicaremos para los Hermanitos el privilegio de poder adoptar completamente las condiciones de vida y de trabajo de los asalariados, en conformidad con las leyes de los diferentes países y con las de los diversos ambientes de trabajo. Los Hermanitos son exactamente como misioneros y deben estar dispuestos a ir adelante, y con preferencia a los lugares en donde la Iglesia no está aún instaurada. Por esto tendrán que ser capaces, cada uno según la llamada más especial recibida de Dios, de llevar su vida de oración y de testigo de la Iglesia, lo mismo en los distintos distritos populares de nuestras grandes ciudades, en los tajos de trabajo, en las fábricas, en las minas de nuestros países de Europa, que en el seno de las masas proletarias árabes de África del Norte, en medio de los artesanos pobres de las viejas medinas, entre los humildes *fellahs*, en los aduares nómadas de las altas mesetas argelinas, o entre las tribus negras de las selvas tropicales, en espera de llegar a otros ambientes abandonados, a otros países todavía cerrados a la Iglesia.

De ahí se deduce la importancia que adquiere el trabajo en la vida de las Fraternidades y se comprende por qué ciertos Hermanos, físicamente capaces, podrán sentirse llamados por Cristo a empeñarse en un ambiente de trabajo más particularmente duro o desfavorable, como la metalurgia, las fábricas de productos químicos o las minas. Su existencia de trabajador no será únicamente un estado de pobreza, será un testimonio de amor, la forma que tomará la ofrenda de su vida hecha a Dios y como una «naturalización», en virtud de la cual la Iglesia se hará presente y familiar donde hasta entonces estaba ausente y extraña. Por eso es extremadamente importante para los Hermanitos saber trabajar como hijos de Dios y hacer de su mismo trabajo la trama de una vida de oración y de amor.

* * *

Aquí hablamos sólo del trabajo manual, ya que en otro lugar lo hicimos del trabajo intelectual. No obstante un gran número de las observaciones que hagamos ahora servirán para el trabajo intelectual. Creo que lo primero que tenemos que hacer es simplificar la mirada con la que solemos considerar la cuestión del trabajo. La mayor parte de nosotros tenemos el defecto de abordar el trabajo con una visión demasiado intelectual. Ya dije unas palabras acerca de esto cuando os hablaba de las relaciones entre el estudio y la santidad. Un verdadero trabajador, un «manual», siempre se planteará muchos menos falsos problemas: vivirá esta acción, que es el trabajo, y la pensará menos. ¿Es que el trabajo es otra cosa que un acto y es que hay un problema de santificación del trabajo distinto del de la santificación de todo acto? Sin embargo, sigue siendo cierto que el trabajo, en tanto que trabajo, reviste un valor particular, tanto en el pensamiento y en el gran designio de Dios respecto a la Humanidad como en la perspectiva de la comunidad humana. No es, por tanto, un acto del todo como los demás, y es legítimo buscar algunos principios claros que puedan servir de base a una espiritualidad del trabajo. No me gusta esta expresión, a menudo demasiado empleada en

la actualidad, a mi modo de ver. El trabajo existe desde que hay hombres en la tierra. El trabajo es una ley del hombre, una ley que ha sufrido siempre: no es en el siglo XX cuando el hombre aprendió a trabajar. En realidad no hay una «espiritualidad del trabajo», pero sí una espiritualidad del hombre sometido a la ley del trabajo: no es completamente la misma cosa. Y si ahora se habla tanto de una espiritualidad del trabajo, ¿no será que existiría una tendencia a desplazar la cuestión y a separar, más o menos conscientemente, el trabajo del hombre, haciendo de él como una entidad aparte? ¿Es que no sería ya del todo un acto humano, sino alguna otra cosa? Lo que en algunos no es más que una tendencia se hace consciente del todo en la perspectiva de la mística del trabajo preconizado por el comunismo materialista. El fruto del trabajo, la obra de las manos del hombre, aparece como mucho más grande que el hombre mismo; la persona está sometida, subordinada a su obra, puede y debe sacrificarse a ella, hasta el aplastamiento, hasta el renunciamiento a sus propios derechos, hasta la muerte. El espíritu no tiene otro objetivo que estar al servicio del gran trabajo, en el cual la Humanidad ascendente deberá consumarse. En una perspectiva semejante, el trabajo es un absoluto, el hombre, en tanto que individuo, es relativo. Resulta absolutamente legítimo hablar del culto del Trabajo, de la mística del Trabajo, y todo el destino del hombre consistirá en su esclavitud y en su subordinación al trabajo. Puede ser hasta un mártir del trabajo, y esta será su grandeza. Pero no se sobrevive de otro modo que por medio del resultado de su trabajo, que sigue siendo el último legado de todo hombre a la generación siguiente.

En este ambiente es en el que se elabora la organización del trabajo en el mundo actual. Lo mismo hablo del capitalismo financiero materialista que del comunismo ateo: los dos sujetan el destino de la persona a una finalidad terrena, degradante para el espíritu. Esta inmensa y agotadora servidumbre del trabajo moderno pesará sobre países enteros, y quizá durante generaciones consecutivas, hasta tanto que el espíritu humano no haya conseguido dominar y jerarquizar las exigencias de una técnica cuya fuerza y rapidez de desarrollo ya no es capaz de dominar. Y en medio de todo esto, ¿qué se ha hecho del sentido cristiano del hombre y del trabajador? ¿Y de su destino de hijo de Dios? Sin embargo, lo queramos o no, todo cristiano está embarcado en este mismo universo, tiene que vivir en él y ser la levadura. No tenemos derecho a no estar presentes en el mundo del trabajo, a reserva de sufrir y sacrificarnos, ya que la cuestión del trabajo es la que dominará cada vez más a toda la organización humana. La Iglesia tiene el deber de estar presente para enderezar, jerarquizar y vivificar, en el sentido de un progreso social favorable, el destino de la persona humana. Sólo ella es capaz de este esfuerzo sobrehumano y divino, que tendrá por resultado dilatar el alma de la Humanidad hasta las dimensiones de un exceso de cuerpo y de materia, que sin ella dispararía al cuerpo entero hacia la muerte. Entre los cristianos, algunos deberán pensar las leyes y las estructuras que puedan llegar a dominar este aumento de técnicas materializantes. Otros tendrán que llevar la vida, la luz y el amor del Evangelio al seno mismo del mundo del trabajo. Este es el papel de las Fraternidades. Tienen que enseñar a los hombres a orar y a trabajar como hombres y como hijos de Dios. Con nuestro ejemplo, debemos enseñarles cómo

traducir en actos una espiritualidad del trabajador. No nos dejemos engañar por la seducción fácil y el prestigio de las místicas del trabajo: tenemos que aprender el sentido y el verdadero valor del trabajo dentro de los designios de Dios respecto al mundo redimido. No busquemos en otra parte los principios que deben ordenar nuestra vida. Tenemos que incorporarlos a nuestra conciencia más que en otras épocas, porque el hombre nunca tuvo tanta necesidad como ahora de reflexionar acerca de este problema del trabajo. Consideremos aquellos puntos en los que la perspectiva cristiana se mezcla con la de los comunistas.

Es imprescindible ver todo esto con mucha claridad. Así comprenderemos mejor las aspiraciones profundamente humanas de nuestros compañeros de trabajo, que saldrán a la luz a través de las desviaciones que les impone la concepción marxista de su vida. Únicamente la concepción cristiana podrá liberarlos; viviéndola personalmente en la alegría, tal vez podamos conseguir que la perciban o por lo menos que lleguen a sentir como una cierta nostalgia.

* * *

El Señor Dios tomó al hombre y le puso en el jardín de Edén para que lo cultivase y lo guardase (Gén 2,15).

Dentro de toda la armonía de su ser de hijo de Dios, el primer hombre fue colocado sobre la tierra por su Creador con la misión de trabajar. El trabajo, desde su origen, es una ley de la naturaleza del hombre. Es un error no considerar más que el aspecto penitencial de dicha ley, error que arrastrará un falso concepto del trabajo. Esta actividad de invención, de organización y de perfeccionamiento del universo –es más exacto que hablar de actividad creadora–, que era el privilegio del hombre, era al mismo tiempo la ley del desarrollo de su ser. Un animal no trabaja como trabaja el hombre, porque no tiene inteligencia y porque su actividad no le perfecciona: procede guiado por su instinto. Dentro del orden y de la unidad que reinaban entre las facultades del hombre antes de su caída, el trabajo aparecía como su actividad misma de crecimiento y de perfeccionamiento. Por más que Dios le hubiese dotado de los conocimientos infusos necesarios a fin de que pudiera comportarse como hombre y como hijo de Dios, en su misma naturaleza estaba poder consumarse por medio del juego de sus propias actividades; tenía que descubrir las leyes y los secretos del universo, y este descubrimiento progresivo, apacible, manantial de alegría, le habría permitido reinar como dueño del mundo colocado bajo sus plantas para sujetarlo por completo al desarrollo armonioso de su propia personalidad. Por el solo hecho de que Dios creaba un ser inteligente, perfectible, capaz de conocer el mundo de la materia y actuar sobre él, y cuya naturaleza corporal le hacía dependiente, en su progreso, del dominio que adquiriría del universo de los cuerpos en el seno del cual estaba sumergido, por este solo hecho, Dios implantaba la necesidad, el sentido y la grandeza del trabajo de su criatura.

Este sentido y esta grandeza permanecen. Es por esto por lo que, a pesar de las desviaciones que la Humanidad extraviada le impone, el plan de Dios prevé el desenvolvimiento constante de esta toma de posesión, de esta utilización, por el hombre,

de las leyes del universo. Sería falso querer condenar el desenvolvimiento sucesivo y casi indefinido de este progreso, que fue inscrito por Dios dentro de la constitución del universo y de la naturaleza del hombre. Es exactamente una ley de Dios. La servidumbre, los sufrimientos, las catástrofes que resultan son efecto de la maldad y del desequilibrio del hombre histórico, es decir, del hombre caído. El cristiano no deberá enojarse ante semejante perspectiva, bajo pretexto de los abusos y de las servidumbres resultantes. Jamás la Iglesia orientó al hombre en un tal sentido. Al contrario, siempre le alentó en la vía del esfuerzo científico y en la de los descubrimientos. Nosotros tenemos que poner nuestro trabajo, francamente y con alegría, al servicio de este esfuerzo común de la Humanidad, dirigido hacia el dominio cada vez más completo del universo. Las miras grandiosas y las realizaciones, impresionantes ya, de los regímenes comunistas o materialistas no son condenables y nocivas sino en la medida en que están inspiradas por un concepto falso del hombre y de su destino.

Esta ambición del trabajo del hombre no es mala en sí, al contrario, es buena, mientras sigue orientada hacia el servicio de la persona humana y de una sociedad vuelta hacia Dios.

El trabajo del hombre, todavía en su integridad primitiva, debía revestir además unas cualidades particulares que necesitamos comprender y asimilar si queremos volver a encontrar, a través de las dislocaciones producidas por la caída, el sentido de una verdadera labor humana.

El trabajo ponía en juego la unidad armoniosa del hombre entero. Entonces no había desequilibrio entre el cuerpo y el espíritu. El trabajo era mucho más que ahora un acto de todo el hombre, en el que la unidad fundamental del ser no había sido hendida. No existía la menor oposición entre trabajo manual y trabajo intelectual. Todo trabajo corporal ponía en juego a la inteligencia sin abrumentarla. E inversamente, no existía el defecto de la intelectualidad, ya que la inteligencia estaba siempre en acuerdo armonioso con la sensibilidad y la imaginación, sin que el cuerpo viniera a molestarla. El trabajo deberá esforzarse en volver a encontrar este equilibrio, esforzándose cada uno hacia la unidad de su ser humano y cristiano. Por otro lado tenemos que evitar la separación de estas dos nociones: hombre y cristiano, como se acostumbra a hacerlo con demasiada frecuencia, cuando en realidad ahora ya no puede uno ser totalmente hombre sin ser cristiano.

Es preciso esforzarnos siempre hacia un trabajo inteligente. Y no llegaremos a conseguirlo yuxtaponiendo a nuestro trabajo o al ejercicio de nuestro oficio un estudio paralelo, sino intentando comprender la utilidad de nuestros gestos, tendiendo siempre a perfeccionarnos en el conocimiento de nuestro oficio. Que todos nuestros gestos comprometan a nuestro corazón en un esfuerzo muy sencillo y concreto de inteligencia: nada más eficaz para nuestro equilibrio. El ideal religioso del trabajo no es en modo alguno el gesto maquinal del obrero, en donde el corazón está ausente. Lo que no quiere decir que algunos sientan más una vocación de obreros humildes o de trabajadores en cadena. Ya veremos dentro de poco cómo habrá que comprender esto. Y que a nadie se le ocurra objetar que este esfuerzo para poner todo el interés posible en el

perfeccionamiento humano de su trabajo es contrario a la ascesis, porque arrastra un riesgo de atadura, y nos distrae de nuestra vocación esencial. Si hay un riesgo, y es cierto que existe, tendrá que ser superado por un esfuerzo de amor hacia Cristo, y por una pureza más intensa de intención, pero no por medio de no sé qué falsa ascesis de supresión. Sería una manera muy singular de principios, bajo pretexto de corregir las desviaciones de nuestros deseos y de nuestros afectos, por acentuar voluntariamente el desequilibrio de la naturaleza y la ruptura de la armonía entre el cuerpo y el espíritu. Es indispensable situar a la ascesis dentro de la línea misma de las exigencias de un trabajo bien hecho. Pronto descubriremos todo el valor moralizador y pacificador de un oficio poseído con inteligencia. Tras un período de adaptación, el trabajo manual, si se ha escogido bien, no podrá por menos de llegar a ser factor de equilibrio. Si sentimos que el interés hacia el trabajo viene a ocupar el primer plano de nuestras preocupaciones, hasta el extremo de que nos aparte de la oración o del humilde servicio al prójimo, en una palabra, a suprimir la disponibilidad del corazón y del espíritu, entonces tendremos que obrar en consecuencia para deshacer estos nudos en un desprendimiento por amor.

No bastará con amar y conocer bien su oficio, ni con respetar la obra bien hecha, será preciso añadir un esfuerzo de cultura cristiana y religiosa que termine de instaurar el equilibrio. «El hombre se instruye cuando aprende su oficio o su profesión, y se cultiva cuando se ejercita en pensar por encima, es decir, cuando aprende no a ganarse la vida, sino a vivirla, no a hacer alguna cosa, sino a ser alguien»^[80].

Este esfuerzo consistirá menos en desarrollar unos conocimientos intelectuales o espirituales cualesquiera, que en reflexionar acerca de la vida, de nuestra vida y de la de los demás, no en lo irreal, sino con ocasión de casos concretos y problemas que la vida suscita continuamente a nuestro alrededor. Esta reflexión habrá que hacerla a la luz del Evangelio, de las certidumbres de una fe plenamente vivida. De este modo se adquiere una prudencia que es un hábito, una facilidad para juzgar a los seres y a las cosas desde el punto de vista cristiano. Comprendemos profundamente la jerarquía de los valores, ya se trate de valores humanos o de valores de fe. Lentamente, pero con seguridad, a merced de las ocasiones, profundizamos con un verdadero sentido de lo real en los problemas humanos, en los del oficio, en los del trabajo, en los de la vida. Esto supone un espíritu de observación y una visión muy clara del mundo invisible, el contacto con el Evangelio y con Dios, algunas lecturas bien hechas y bien asimiladas. Por su misma definición la cultura se opone a todo lo que es artificial. Tiene que estar en relación con nuestro género de trabajo, con nuestro temperamento propio y con nuestro grado de intelectualidad. Nuestra cultura no será la de un técnico o la de un apóstol; debe ser la prudencia y el juicio tranquilo y luminoso acerca de todas las cosas, de un hombre que tiene la mirada fija en las realidades de la fe.

...Maldita sea la tierra por tu culpa. Con trabajo sacarás de ella tu alimento todo el tiempo de tu vida. Ella te dará espinas y cardos. (...) Con el sudor de tu frente comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra (Gén 3,17-19). Cómo no evocar esta maldición que

pesa sobre la tierra y el trabajo del hombre, a la vista de las condiciones en que se desenvuelve la labor humana en el siglo XX, no únicamente en ciertos sectores particularmente penosos, como en las minas, sino en la industria, en la agricultura; no únicamente en las ciudades tristes, llenas de humos, sino en todas partes y siempre partiendo de la esclavitud de los primeros siglos de la Historia hasta llegar al proletariado de nuestros tiempos modernos, pasando por la servidumbre y miserable condición de los artesanos, de los pastores o de los labradores en algunos países orientales de civilización menos evolucionada. En todas partes prevalece con rigor la misma ley; el trabajo, que debería liberar y perfeccionar al hombre, le esclaviza, le hiere, le abrumba, le hace sufrir «todos los días de su vida». No se puede comprender todo el sentido del trabajo del hombre si se olvida que es también una ley de expiación y de reparación, impuesta por Dios a toda la Humanidad.

Nadie debe escapar. Una parte de la dureza del trabajo proviene de la naturaleza misma de las cosas: así, la dureza de la vida de un pescador en alta mar, la del pastor nómada, la del minero en las profundidades de la tierra. ¿Llegará el hombre a emanciparse? Tal vez. Pero en la medida en que se exima correrá el riesgo de acentuar otra dureza del trabajo: aquella que tiene su origen en la organización misma del desarrollo de las técnicas: es la servidumbre que imponen las grandes fábricas, el trabajo en cadena, el empleo de máquinas. Mire adonde mire, el hombre se ve integrado, presionado por esta ley del trabajo. Para el cristiano es una ley de expiación y de reparación y es por eso por lo que adquiere todo su sentido y toda su eficacia redentora.

Recuerdo que un día expuse a un joven árabe de alma recta la historia de la caída del primer hombre. Le había leído aquel pasaje del *Génesis* que relata la maldición que Dios echó sobre el trabajo. Algunos días después le volví a ver radiante de alegría y me explicó que estas palabras de Dios: «Con el sudor de tu frente comerás el pan...», se le venían constantemente a la memoria en el momento en que un trabajo penoso —era verano— le hacía chorrear de sudor. Era dichoso, porque ahora sabía ya el sentido que tiene el dolor en el trabajo, el por qué de su cansancio, y encontraba un gran aliento en esta certidumbre. Es verdad: saber, frente al peso del trabajo, del cansancio, del sufrimiento y del disgusto que causa ante las rebeldías del cuerpo o las solicitudes de la pereza, saber que obedecemos a una ley imperativa de Dios que nos concierne directamente, saber esto da valor. Es uno un hombre como todos los demás, sometido al mismo destino. Existe en el acto del trabajo como una obediencia muy particular a un mandato de Dios. Se puede trabajar a la fuerza, obligado por la vida, y se puede trabajar para estar, por amor, dentro del orden especialmente querido por Dios. De este modo el trabajo se convierte en un vínculo entre Dios y el hombre, como un encuentro en la obediencia.

También es preciso ir al trabajo humildemente, porque la ley de la dureza del trabajo es una consecuencia del pecado. El aceptarle cordialmente, con amor, deberá curarnos, y este es uno de los significados que Dios quiso dar a esta ley. Llevado con generosidad y ofrecido a Cristo, el peso del trabajo adquiere, naturalmente, un valor de redención. Este es el sentido cristiano del trabajo. Ahora se comprenderá por qué podemos amar la

dureza del trabajo y cómo algunos pueden sentirse llamados más especialmente a seguir un género de trabajo más penoso.

En su conjunto, el mundo obrero ignora este valor redentor del trabajo. Sufre pasivamente la ley cotidiana de su carga. Sin embargo, algunos comunistas pueden tener como un equivalente, en la medida en que aceptan sacrificarse, y a veces hasta la muerte, por un trabajo que prepare a la generación futura un mundo mejor. El trabajo tiene para ellos un valor de liberación de la Humanidad esclavizada, muchos creen en él con toda su generosidad. Existe en esto un valor real, pero que arriesga ser falseado por el orgullo del hombre que se construye con sus manos su propio destino. Por eso encontraremos en algunos obreros no creyentes o materialistas la preocupación de la obra bien hecha y la de un valor redentor en el trabajo, que se junta de hecho, aunque en otro plano, con la actividad del cristiano.

Pero la malicia, la ignorancia y el desorden del hombre han contribuido a acentuar el peso del trabajo hasta el punto de hacerle a veces fundamentalmente inhumano. ¿No pierde entonces todo valor de purificación, para convertirse en un mal que hay que evitar a toda costa? Sin duda: el trabajo que abrumba –no tan sólo el que cansa, el que hierde o el que mata, sino aquel que envilece al hombre–, este sí es un mal. Es el rescate de nuestra civilización occidental materialista, que no ha sabido subordinar su deseo desenfrenado de progreso, de nuevas técnicas y de arreglo del mundo al destino de la persona humana. A esta concepción occidental del trabajo se opone radicalmente la idea que de él se hacen los orientales. Esta oposición no tiene únicamente su origen en el hecho de que el oriental quedó en un estadio por lo general menos evolucionado, en el que todavía domina el artesanado. Brota de causas más profundas. El pensamiento analítico, práctico y metódico del occidental está centrado mucho más sobre las realidades terrestres; construye, organiza para la Humanidad futura y el virus materialista acentuó aún más este carácter en el sentido de una instalación definitivamente terrena de la Humanidad. El hombre está al servicio del trabajo. El oriental, más intuitivo, más espontáneamente religioso, ha conservado un sentido agudo de la precariedad de las cosas terrestres: no trabaja para el porvenir. ¿Para qué construir e instalarse en un mundo que tenemos que abandonar como se abandona un campamento nocturno? En el apogeo de su cultura, las civilizaciones orientales han conservado casi siempre un sentido más humano del trabajo; pero es que, además, le desprecian y no ven naturalmente en él el servicio de una actividad inteligente. Los dos conceptos necesitan ser corregidos por la idea cristiana del trabajo: la del occidental en el sentido de una espiritualidad que arrastre la subordinación del trabajo al destino divino de la persona humana, y la moderación de un apetito insaciable de goces y de posesión; la del oriental, en el sentido de una visión más optimista del trabajo del hombre y de su valor propio, en cuanto esfuerzo armonioso de inteligencia y de voluntad, y en cuanto servicio a la comunidad humana. El ritmo del trabajo en las civilizaciones orientales, en la medida en que es resultado de una concepción espiritualista de la persona, se presenta como más directamente compatible con una vida religiosa. Corresponde también a necesidades de temperamento y a una vocación particular, pero por contra, y en virtud de la imprecisión misma de su concepto

del trabajo, el obrero oriental se encuentra más completamente desamparado ante la invasión de las técnicas modernas de base materialista. Corre el peligro de convertirse en un desecho y de dejarse sumergir; no hay más que ver la rapidez con que se está constituyendo un subproletariado norteafricano, a medida que se hace más íntimo el contacto entre estas poblaciones musulmanas y la industrialización europea. Tendremos, por ejemplo, que llevar a esos ambientes tan distintos los unos de los otros el mismo fermento de un trabajo amado y vivido cristianamente.

En resumen, de lo que se trata, para los Hermanitos, es de aceptar con espíritu de fe el peso de su trabajo, como una ley de expiación querida por Dios, como una ofrenda silenciosamente unida, en espíritu de amor, a la Cruz del Redentor.

Sólo Jesús salva y redime al mundo. Ningún acto humano, ningún sufrimiento, ningún trabajo, aun ofrecido, tiene valor de redención si no emana de Cristo mismo, viviendo en sus miembros. Según el grado de su renunciamiento completo, y en la pureza de su corazón, el Hermanito ofrecerá a Jesús la posibilidad de proseguir en él su obra de salvación; es preciso que, por medio de sus manos, sea verdaderamente Jesús en persona, y ya no él, el que pene, sufra y se ofrezca, en medio de sus compañeros de trabajo y por ellos. Es indudable que todo acto referido a Cristo de este modo se hace fecundo a través del alma y del cuerpo de la Iglesia. Pero entre todos los actos del hombre debe hacerse un lugar aparte al rudo trabajo necesario para vivir, ya que está impuesto por Dios, y como señalado por Él con un valor de expiación. Podemos, pues, llevar esta cruz, especialmente bendecida y amada por Dios, dentro de un humilde espíritu de obediencia.

* * *

El mundo obrero tiene un sentido particularmente vivo de la solidaridad creada entre todos los trabajadores, por la participación de un mismo destino y una misma labor. Hay en esto un valor auténtico del trabajo, sin duda inferior, por sí, al de la unión creada por la caridad, pero que, sin embargo, aparece en el origen de muchos sacrificios, de muchos servicios humildemente prestados. Debemos aprovechar las múltiples ocasiones que se ofrecen en el curso del trabajo mismo: gestos fraternales de ayuda mutua y de alivio, para hacer de ellos la expresión de nuestro amor. En muchos casos nos sentiremos más egoístas de lo que creíamos ser.

Existe, además, otra perspectiva dentro de la cual el trabajo puede convertirse en un acto de amor hacia nuestros hermanos. Todo trabajo –unos, es cierto, más que otros– tiene un fin de utilidad común o social: de uno u otro modo, está al servicio de los hombres o de la comunidad. Siempre podemos considerarlo desde este ángulo y dedicarnos a él en cuerpo y alma, con vistas al servicio de nuestros hermanos. Los Hermanitos podrán elegir, aun explícitamente, un oficio o un empleo más directamente al servicio del prójimo. En esto tendrá también su parte la vocación particular. Esta manera de trabajar en espíritu de servicio me parece que deberá ser muy fecunda; el trabajo puede convertirse entonces en un acto muy puro de amor.

La mayoría de los trabajadores tienen todavía, y algunos en alto grado, este sentido

de servicio público. Es lo que mantiene, en numerosos casos, la preocupación por el trabajo bien hecho; fue el origen de muchos actos de abnegación. Es más característico de ciertas corporaciones, de ferroviarios, de transportistas públicos, por ejemplo. Constituye una de las cualidades de la clase obrera, por la cual puede introducirse una verdadera savia cristiana. Por lo demás, está mantenido y desarrollado por la mística marxista del trabajo, ya que en esta perspectiva el trabajo es no sólo temporalmente útil o necesario a los hombres de nuestra generación, sino que es como el fin supremo de la Humanidad en marcha. Ya vimos qué desviaciones y qué tendencias resultan al convertir a todo trabajador no sólo en un servidor de sus hermanos sino en un esclavo del trabajo mismo.

* * *

Por último, otro motivo debe hacernos amar el trabajo: fue vivido y amado por el Hijo de Dios, que vino a la tierra para habitar entre nosotros. Como llegó a ser el hombre por excelencia, era sin duda normal que Jesús tomara sobre sí lo que constituía el lote de la Humanidad. Pero de todos modos, siendo Hijo de Dios, no estaba obligado en modo alguno a someterse a la ley del trabajo. En realidad, muchos hombres logran –es cierto que esta huida es rara vez indicio de una moralidad superior– escapar a la pena del trabajo. ¿Es que Jesús no tenía otra cosa que hacer, y es que su misión no justificaba esta exención? En todo caso, Jesús no lo quiso. ¿No habría podido, por lo menos, contentarse con un trabajo intelectual o con otro más elevado? Sin duda, y sin embargo decidió voluntariamente nacer en un ambiente humilde de trabajadores manuales, ejerciendo él mismo un oficio, despreciado^[81] en las aldeas de Palestina, ese oficio asaz indefinible de ebanista-herrero, que traducimos aproximadamente con el término de carpintero. Fue realmente, por libre elección, un humilde trabajador manual. No escogió la situación de pastor, de agricultor, estados de vida mucho más corrientes en Israel, más libres y más considerados también.

Por lo demás, comprendemos muy bien por qué Jesús lo quiso así. ¿Es que no debía tomar sobre sí todas nuestras flaquezas, excepto el pecado? De modo que no podía negarse a sufrir, en su cuerpo y en su carne, la ley expiatoria del trabajo penoso, consecuencia de la desobediencia de Adán. Jesús redime con su obediencia, e igualmente trabajará con sus manos por obediencia. Es así como santifica el trabajo del hombre, confiriendo un valor de redención a lo que hasta entonces sólo tenía un valor de expiación.

Jesús debió de trabajar completamente consciente de lo que hacía, en toda la luz del designio de Dios acerca de la Humanidad. La perspectiva bíblica del trabajo estaba presente ante sus ojos. Vivió la ley del trabajo más que ningún otro, bajo todos sus aspectos y en toda su riqueza divina y humana: ley primitiva del libre juego y del perfeccionamiento del hombre, transformada enseguida en penosa ley expiatoria, y ocasión privilegiada de solidaridad humana y de humilde servicio a los hombres por amor. Nosotros tenemos que vivir todos estos aspectos en la perspectiva de nuestra vida escondida y redentora. Pero que Jesús haya vivido y amado esta condición del obrero es

lo que, por encima de todos los otros motivos, nos lleva a desearla y amarla.

Una vez bien comprendido el valor del trabajo, la cuestión de su santificación se encuentra resuelta, por decirlo así. Como todo acto, el trabajo llegará a ser santo según el grado de amor con que lo ejecutemos y en la medida en que sea referido a Dios. En este acto entrará como un doble elemento: uno, por llamarlo así, material, que será la obra misma, bien hecha, por deber de estado y por obediencia a Dios; el otro será su alma, y será el amor con que sea ejecutado, refiriéndolo a Dios por medio de la pureza de intención. Siempre tendremos que mirar nuestro trabajo con los ojos de la fe, bajo uno u otro de estos aspectos providencialmente deseados por Dios. De ahí la necesidad de retener, mediante la unión con Dios, la mirada de nuestra alma fija en el mundo invisible. Ahora bien, en la práctica no distingamos demasiado entre el cuerpo y el alma de nuestros actos. Si hemos comprendido bien el sentido del trabajo, lo ejecutaremos fácilmente por amor. Es el momento de recordar que la continuidad de la presencia de Dios no está en la *conciencia actual* de esta presencia, explicitada sobre todo por medio de ideas o de imágenes, sino que reside en la *vigilancia del amor*. Es en el amor y por el amor como se efectúa la unión con Cristo. La atención imaginativa e intelectual no es más que un medio de obtener esta vigilancia. El corazón debe velar, y puede velar, aun cuando el hombre se entregue a su obra por entero para hacerla bien, aunque se trate de un trabajo intelectual, mucho más seductor.

Suele hacerse a menudo una pregunta, a la cual responde esta última observación: entre un trabajo de obrero especializado que pone en juego todas nuestras facultades de atención y la tarea de un simple bracero que deja al espíritu en libertad para la oración, ¿no valdría más escoger esta última en principio, ya que parece responder mejor a las exigencias de nuestra vocación? Ciertamente existen diferencias de vocación y de necesidades de almas, y hay que tenerlo en cuenta. La elección, en esta materia, estará determinada por la preocupación de encontrar un género de trabajo que procure el máximo equilibrio y corresponda plenamente a las posibilidades físicas y al temperamento. Si alguno se siente inclinado a ejercer un trabajo de bracero será menos con vistas a que su espíritu pueda entregarse libremente a la oración —este motivo solo sería insuficiente—, que por el hecho de que una actividad violenta y puramente física será para él factor de equilibrio. Esto es, ante todo, lo que es preciso salvaguardar en la elección de un oficio. La carga de trabajo asumida por cada uno debe estar en relación con sus fuerzas físicas y sus posibilidades generales. No quiero decir que haya que evitar el cansancio y el sufrimiento, pero estos no deberán llegar jamás al extremo de romper, de modo habitual, el equilibrio básico, que hay que preservar a toda costa.

* * *

Ya hemos señalado algunas de las dificultades que se presentan en la vida del trabajo, cuando quiere uno llevarla con espíritu religioso. Se presentarán algunas más.

Por lo que se refiere a las dificultades que provienen del trabajo mismo, habrá que abordarlas con valor y alegría. Será, por ejemplo, el cansancio físico, que tendremos que dominar y ofrecer; el desasosiego que tendremos que calmar con suavidad. Toda lucha

aceptada puede ser un progreso en el amor.

En todas las cosas tendremos que conservar pura la rectitud de intención: estar alerta dentro de un continuo espíritu de oración, y de un estricto espíritu de pobreza, de desasimiento interior.

En nuestras relaciones con el medio ambiente surgirán algunas dificultades más delicadas. Tenemos que vivir la solidaridad obrera en todo lo que tiene de bueno, porque nos habremos entregado verdaderamente por amor. Pero tendremos mucho cuidado en no dejarnos dominar por el espíritu de la lucha de clases. Procuraremos tener respecto a este asunto ideas muy claras: no contentarnos con el poco más o menos. Tampoco resolveremos el problema eludiéndolo, haciendo algunas protestas vagas de caridad universal. La solución es mucho más ardua que todo esto.

Hay que salvaguardar la justicia. Ya dije que habrá que llegar a ver las cosas con claridad. Será preciso saber conservar la trascendencia de la posición de Cristo, al que representamos. Sin embargo, deberemos solidarizarnos con el mundo de los trabajadores en todas sus aspiraciones justas. No deberemos ser para ellos unos extraños, sino compañeros sinceros y fieles. No podemos odiar, y nuestras relaciones con los patronos serán frecuentemente muy delicadas. Será menester superarlo todo por amor, desolidarizándonos con la misma exactitud del capitalismo materialista y del error básico del comunismo. Haremos de modo que nuestros compañeros comprendan bien en dónde se sitúa exactamente el punto de divergencia; que no se trata de una especie de compromiso con una economía capitalista o burguesa; ni de abandono ni de traición a la clase obrera, sino de un concepto diferente del destino del hombre. De la Iglesia no podemos desolidarizarnos: la Iglesia es Cristo.

También se presentará el caso de sabotaje del trabajo, de falta de conciencia profesional. Y cuando se trabaja en equipo y hay que seguir el movimiento, es desmoralizante; entonces se plantea la cuestión de la actitud que deberemos adoptar. Salvo en algunos casos extremos, de los que, sobre todo, son responsables los jóvenes, no apresurarse en condenar o moralizar. Esa actitud se explica, a menudo, por una especie de reacción instintiva frente a la injusticia de la condición proletaria, y la insuficiencia de los salarios, reacción que se justifica por una especie de necesidad inconsciente de compensación oculta. No tienen en modo alguno la sensación de cometer una injusticia. Se puede reaccionar invocando el respeto al trabajo, a la obra bien hecha, condición de un verdadero destino del trabajador: esto será comprendido más fácilmente; ya hemos dicho cuál es la razón. Sea como sea, a veces se presentarán situaciones muy delicadas.

No hablaré de los problemas planteados por las huelgas; la solución que hay que adoptar será la que adoptaría cualquier obrero cristiano, sinceramente deseoso de promover con valentía, pero sólo por medios permitidos, el mejoramiento de la clase obrera. Ya manifesté los principios, no podemos ejecutar unos actos que tuvieran como consecuencia inmediata la instauración de un régimen comunista y tampoco tenemos derecho a colaborar en unas medidas que tuvieran por objeto la conservación de un régimen capitalista manifiestamente injusto. La posición cristiana, la nuestra, está por

encima: es difícil, peligrosa, se arriesga a hacernos odiosos a las dos partes, pero no existe ninguna otra para una conciencia cristiana esclarecida. En la paz y en la oración, deberemos sobre todo vivir de tal suerte que seamos en el mundo del trabajo representantes auténticos de la pobreza y del amor de Cristo hacia todos los hombres, sin excepción.

El-Abiodh Sidi-Cheik, 24 de marzo de 1948

8

Teología: vida intelectual y perfección evangélica

Tengo la impresión de abordar aquí una cuestión tan delicada de tratar como especialmente importante, en mi opinión, para nosotros. En gran número de espíritus reina una cierta confusión en cuanto se habla de ciencia teológica, de estudio, de vida espiritual o de vida interior. Todo eso está situado en planos diferentes, y su mezcla no dejaría de tener repercusiones perjudiciales sobre el concepto de nuestra vida con Cristo.

Se trata, en resumen, de definir el papel exacto que debe representar en nuestra vida espiritual el conocimiento que tiene a Dios por objeto, ya se trate de una simple profundización de nuestra fe o del estudio propiamente dicho de la teología, y, en consecuencia, qué lugar debe ocupar el estudio en nuestro esfuerzo para vivir con Jesús, cómo considerar el trabajo intelectual, y cuáles pueden ser las relaciones entre la vida intelectual y la vida espiritual.

Si me atrevo a abordar una cuestión tan difícil es porque estoy convencido de que tiene una gran importancia para nosotros; no pretendo, en modo alguno, tratar a fondo el problema; sin embargo, intentaré plantearlo correctamente, y me arriesgaré a formular algunas conclusiones prácticas. Un buen número de personas me han expresado con frecuencia las dificultades con que tropezaban para equilibrar su vida espiritual en medio de una vida dedicada a estudios teológicos, mientras que otros muchos se quejaban de estar como desorientados en su vida de trabajadores, a consecuencia de una vida interior demasiado intelectualizada. Estos hechos son demasiado graves para que no intentemos introducir un poco de claridad.

Sería ridículo pensar que este problema data de hoy. Es tan antiguo como la Iglesia. No obstante, podríamos decir que en nuestra época se plantea de una manera aguda, por toda suerte de razones: la tenacidad creciente de una ciencia teológica, presentada a veces bajo una forma escolar decadente, contrasta actualmente con una cristiandad sin vida religiosa esclarecida y profunda, o con una masa paganizada llena de prevenciones contra los dogmas de la Iglesia. En los primeros siglos dominaba, sin duda alguna, la ciencia sabrosa de los Padres, en tanto que en la Edad media se asistirá a la constitución de una teología como ciencia en el seno de una cristiandad auténtica, cuyos misterios vivía concretamente. Es por esto por lo que ahora parece que existe como una ruptura entre la teología y la vida, y esta ruptura puede engendrar en las almas un desequilibrio doloroso, que amenaza no sólo con desfigurar el verdadero aspecto de la santidad cristiana, sino con retrasar la difusión del mensaje evangélico en un mundo a la vez paganizado y sediento de absoluto y de vida profunda.

Un gran número de religiosos, de sacerdotes y aun de seglares, deseosos de establecer una intimidad personal con Cristo, cansados de la parcelación de una vida ficticia, de la

proliferación de unas espiritualidades insuficientemente centradas sobre lo esencial, se vuelven hacia la teología, esperando que sea para ellos ese manantial tan deseado de vida, de verdad y de unidad. La mayoría retornan decepcionados. En muchos casos se les ofreció únicamente una teología primaria, desarticulada, en la que las técnicas han prevalecido muy a menudo sobre la unidad esencial del objeto y de la luz propia a una verdadera teología. Entonces muchos se sienten inclinados a hacerla responsable de este fracaso y del malestar que oprime la vida cristiana de un gran número, diciéndose: la ciencia teológica, tal y como se enseña actualmente en la Iglesia, no parece que, de hecho, siga siendo capaz de producir y alimentar una vida cristiana generosa y completa. Por tanto, es que ha dejado de ser una teología verdadera; es preciso trabajar para pensarla de nuevo, para readaptarla, con objeto de que responda a las necesidades de la humanidad presente. «Reflexionar acerca de la vida, a propósito de la vida, con una filosofía viable y vivida, es cosa mucho más rara de lo que se cree, y sobre todo, sería mucho más fecunda de lo que se imagina... Es la vida la que nos ha enfocado»^[82]. Y se insiste respecto a la quiebra de la teología.

No pretendo en modo alguno defender la ciencia teológica en la forma en la que suele ser enseñada con harta frecuencia. Pero, aun suponiendo que volviera a encontrar toda su unidad y toda su eficacia dentro del vigor y de la claridad de una enseñanza renovada, podría uno preguntarse si llegaría, aun en ese caso, a dar todo lo que parece exigirse de ella en la hora actual. Me parece que la causa del desconcierto teológico al que asistimos no obedece únicamente a la decadencia innegable por la que atraviesan las enseñanzas teológicas, sino, además, a que existe una tendencia a pedirle aquello que no puede, que no está destinada a dar; ya no se sabe exactamente lo que es la teología. Quisiéramos verla brotar de la vida, quisiéramos que fuera «viable y vivida», y esperamos de los problemas de vida planteados en el alma de la Humanidad que sean el origen de una renovación teológica. También se exige de ella, para reconocerla como verdadera, que traiga directamente al alma un conocimiento de Cristo total y sabroso. Hasta tales extremos llega el deseo de unidad, que se quisiera que la teología, en tanto que tal teología, fuera portadora de una luz acerca de Cristo, lo que sólo puede ser fruto del Espíritu Santo en un alma apaciguada y amante. También se querría que pudiera responder, directamente y de una manera viva, a los problemas concretos planteados por nuestra propia vida espiritual, o aquellos que encontramos en los demás.

Frente a esta situación, ¿no será imprescindible intentar la delimitación exacta del papel que representa la teología en la vida espiritual?

* * *

En el fondo de todo esto existe una necesidad insatisfecha de unidad. Ahora bien, la unidad del hombre está rota desde la caída. Los dos elementos esenciales de su vida son el conocimiento y el amor. El hombre, el cristiano, el hijo de Dios, no será perfecto hasta que la armonía entre estos dos principios de vida y de desarrollo quede completamente restablecida. Conocimiento y amor, representación y acción están realmente dissociados desde el primer pecado, y en vez de contribuir juntos a la unidad de nuestra vida y de

nuestra marcha hacia Dios, cada uno de estos elementos tiende a funcionar por su propia cuenta.

Esta ruptura entre las potencias de conocer y de obrar está en la raíz de nuestro desequilibrio y del sentimiento doloroso ante nuestra falta de unidad. Según se dé más importancia, indebidamente, a una o a otra de estas dos potencias, se iniciará una desviación. La potencia de conocer, bajo esas formas diferentes, puede recaer sobre sí misma, desconectar, funcionar como en circuito cerrado; entonces se produce una grieta entre el conocimiento y la acción. El quietismo y el intelectualismo son formas agudas de una tendencia que consiste en olvidar que el conocimiento debe producir en el hombre frutos de amor efectivo. No es siempre consciente ni sistemático. Algunos temperamentos pueden verse arrastrados, más que otros, a esta disociación entre la representación y la acción. Todo desarrollo de conocimiento ofrece, pues, un peligro; por una parte, proviene del hecho de que todo conocimiento es, esencialmente, una actividad de representación, y por otra parte, de que toda actividad intensa absorbe. El hombre puede entonces, en el orden de la acción, detenerse en la representación y satisfacerse con ella. Entonces queda sólo una vida truncada e ilusoria. Este mecanismo psicológico humano es general, de igual modo apremiante en el caso de meditaciones concretas y afectivas. Existe para el bien y para el mal. Ya conocemos esa forma de pecado que la teología llama «delectación morosa». Es con toda probabilidad el pecado de los impotentes, de los indecisos, de los tímidos. El proceso psicológico humano está detenido en una complacencia exclusivamente interior. No producirá ningún acto. Ocurre lo mismo en el orden del bien; lo que es la delectación morosa para el mal; los sueños, las veleidades, los afectos vanos lo son para el bien. Es la santidad de los impotentes, de los tímidos, de los demasiado razonables, de aquellos que, avaros de sí mismos, no se atreven a arrostrar los riesgos de la vida. Ahora bien, el conocimiento alimenta todo eso, y cuando se hace absorbente, muy fácilmente se consume en esta actividad. Se instala uno en una vida espiritual «representada», no realizada. Este peligro está latente en todo esfuerzo de conocimiento, ya se trate de una vida de estudio, de una meditación o de una oración afectiva^[83].

Pero puede producirse un desequilibrio inverso en un hombre cuando la acción ya no está conectada con la inteligencia, ni dirigida por ella. Puede ser por reacción contra un intelectualismo esterilizante. De este modo podemos ver, en las tendencias actuales a afirmar la primacía, ya que no la exclusividad de la acción, como una autodefensa del hombre ávido de vida contra la inclinación a pensar demasiado su vida interior, consecuencia del racionalismo cartesiano y de la escolástica decadente.

Es igualmente como reacción contra el quietismo y el peligro de una contemplación puramente «veleidosa» por lo que se han afirmado en la espiritualidad excesos de voluntarismo y el abuso de los ejercicios. Entonces aparecerá la tendencia a hacer de la vida espiritual un rígido y continuo ejercicio de la voluntad, a expensas de una determinada flexibilidad y libertad del amor que brotaría de una mirada contemplativa puesta sobre Cristo. También como reacción contra un cierto racionalismo abstracto y razonador, nació en el siglo pasado esa corriente de espiritualidad llamada «afectiva»,

insuficientemente iluminada por un verdadero resplandor teológico, y que se ha desparramado en devociones más o menos secundarias y embarazosas.

El problema para cada uno consiste, pues, en aspirar hacia Dios, esforzándose por encontrar la unidad fundamental de su ser, dentro de la utilización armoniosa y simple de sus potencias de conocer y de amar, aplicadas a Dios. En esta dirección es donde hay que situar el papel exacto de los estudios teológicos.

* * *

Toda vida espiritual debe estar basada en el conocimiento de Dios y de Cristo y dirigida por Él. Este conocimiento nos lo da la fe sobrenatural. Ahora bien, esta fe no es puramente intelectual en este sentido, que implica un amor y una elección libres, y exige antes un compromiso concreto de toda la persona. El primer paso del conocimiento hacia Dios requiere ya esa unificación armoniosa de nuestro ser y pone en juego la entrega de nosotros mismos en el amor. Y es según la intensidad y la pureza de este amor como será medida la acuidad de nuestra primera mirada de fe dirigida a Dios y a sus misterios: aquí se obliga el hombre entero en su unidad. Este conocimiento de fe no es ciencia, no lo es bajo ningún título, excede a toda ciencia. Presenta, sin embargo, un conjunto de verdades, en la inteligibilidad de las cuales puede entrar y progresar la inteligencia; este progreso en el conocimiento del término de nuestro amor puede hacerse en un doble plano: en el de la investigación activa de la inteligencia bajo la luz misma de la fe, y en el del conocimiento pasivo infundido en la inteligencia por medio de un acto gratuito del Espíritu del Amor. El primer modo de investigación propende a resolverse en la sabiduría teológica. Esta última puede concebirse en diferentes grados de elaboración en cuanto ciencia, a medida que va progresando, a partir de la confusión de la intuición primitiva de la fe en su primer estudio, hasta un conocimiento cada vez más claro y comprensible para la inteligencia humana. Es una reflexión sobre la fe para captar todo su contenido, para desarrollar su inteligibilidad. De este esfuerzo para pasar de la confusión a la claridad nació finalmente la teología propiamente dicha, organizada en cuanto ciencia. Los esfuerzos discursivos de la teología no sobrepasarán jamás la potencia y la riqueza de la intuición primitiva de la fe, ni siquiera llegarán a igualarla: tienden únicamente a procurar que esta intuición sea más clara, más inteligible, más directamente expresable y comunicable en conceptos elaborados con la ayuda de unas disciplinas intelectuales, que contribuyen a constituir este conocimiento en ciencia propiamente dicha. Mediante la acción gratuita del Espíritu Santo en el alma se abre para el hombre otro campo de profundización de la fe. Esta luz nueva tiene como característica aumentar la potencia de la fe y su riqueza confusa: es un modo divino incomunicable e inexpressable. Esta ciencia de origen divino proviene del amor y tiende hacia un amor más fuerte. Pero, por sí misma, sigue siendo confusa en el plano de la inteligencia. El esfuerzo teológico tiene la finalidad de descubrir el máximo de inteligibilidad en la intuición de la fe, en tanto que la ciencia divina de la contemplación infundida por el Espíritu a un alma aumenta directamente esta intuición, sin que por esto pueda llegar a ser conocida con más claridad. Seguidamente vemos qué relaciones mutuas pueden tener estos dos órdenes de

conocimiento. Vamos a intentar compararlos, indicando las características de cada uno de ellos.

* * *

La fuerza y la profundidad de la intuición de fe son proporcionadas, en cada alma, a su grado de amor. Ningún esfuerzo humano de la inteligencia podría reforzar su intensidad. La fe crece con el amor, y es además en la prolongación directa de una fe viva sedienta de Dios donde se sitúa el don gratuito del conocimiento sabroso, otorgado al alma por el Espíritu Santo.

La investigación teológica se ejerce en el seno mismo de la fe y para *que siga siendo verdadera no debe salir de ella*. En ningún momento se aparta de la luz de la fe, pero debe ejercerla activamente. Tiende, pues, normalmente, a procurar que crezca la virtud de la fe, precisamente en cuanto una virtud puede crecer por medio del ejercicio. Sólo lo consigue permaneciendo íntimamente unida al amor, puesto que su objeto mismo es también objeto de amor. La teología, al hacer que los misterios divinos sean más distinta y explícitamente comprensibles, debe excitar en nosotros un deseo más vivo de poseerlos en el amor.

También pertenece al conocimiento teológico, precisamente por la mayor claridad que trae al seno de la fe, no tan sólo contribuir al progreso del dogma y al inventario de la fe, sino a ejercer el papel de regulador por excelencia de la acción y de la piedad de los cristianos. Trae más firmeza, más luz a la adhesión intelectual de la fe; libra de muchos problemas falsos, de dudas inútiles y nefastas; dirige e ilumina la piedad, no únicamente separando lo que es de fe de lo que no lo es, sino estableciendo una jerarquía entre las devociones, purificándolas de lo que es accesorio o «superstición». Hace que la piedad sea una piedad firme, verdadera, auténtica y la preserva de toda desviación o falsa afectividad.

En su esfuerzo de comprensión, la teología puede tener también como resultado una especie de contemplación que le es propia, aunque francamente distinta de la contemplación infusa. La contemplación teológica es la de un alma iluminada por la fe; no es sobrenatural en su modo propio (lo que está reservado a la contemplación infusa por connaturalidad de amor), pero lo es por su objeto y por la luz que la fe derrama sobre ella. No se la designa con el nombre de contemplación mística para no confundirla con la contemplación infusa propiamente dicha. La contemplación teológica no podrá exceder en potencia a la intuición misma de la fe, en el grado en que la posee el teólogo, pero es de otra naturaleza: es la sencillez de una mirada general y como sintética de la inteligencia, que regresa a su objeto al término de una investigación discursiva, después de haber llegado a reducirle a la unidad más rica y más general de algunos primeros principios. Procede, por tanto, en su modo, de una manera semejante a la contemplación filosófica.

Aunque situadas en planos diferentes, el conocimiento infuso y la ciencia teológica pueden estar relacionados entre sí.

La riqueza confusa del conocimiento infuso puede, a pesar de su carácter

inexpresable, fecundar el esfuerzo discursivo del teólogo y provocar indirectamente un progreso en el conocimiento del dogma. Por el contrario, el esfuerzo del teólogo no finalizará, por sí mismo, en la contemplación infusa. La contemplación infusa sigue siendo un don gratuito, y está mucho más dentro de la prolongación directa de la fe viva y de la caridad que dentro de una investigación de la fe: es un conocimiento por connaturalidad de amor. Sin embargo, la ciencia teológica es casi indispensable para el místico, para permitirle poder expresar correctamente en lenguaje humano la riqueza de su experiencia personal. En efecto, es raro que un místico pueda llegar a exponer, de una manera satisfactoria, la experiencia auténtica de las cosas divinas sin la ayuda que le proporcionan los conocimientos teológicos.

Aún diré más, y es que el conocimiento teológico puede contribuir, indirectamente y de una manera activa, a fortalecer la ciencia infusa, una vez que esta ha sido concedida a la caridad de un alma por un efecto gratuito de la misericordia de Dios. Fortaleciendo, por medio de su luz propia, la certidumbre intelectual de la fe libera al espíritu de un esfuerzo de investigación, que perturbaría a la pasividad que debe guardar un alma bajo la acción de los dones de sabiduría, de inteligencia y de ciencia. No se trata, ciertamente, de una ayuda prestada al ejercicio mismo de los dones, sino de eliminar ciertos obstáculos susceptibles de entorpecer la acción del Espíritu Santo en el alma. También debemos decir, en este mismo orden de ideas, que el conocimiento teológico, si es realmente auténtico y si se mantiene adherido a su objeto dentro de la luz de la fe, contribuye a purificar el alma de ciertos modos imperfectos de representarse las realidades divinas. Contribuye a elevarla por encima de las imágenes y a encaminarla hacia un conocimiento más espiritual y, por tanto, más exacto de las cosas de Dios. Este movimiento hacia un conocimiento más espiritual es esencial para las cosas de la fe y para la vida de oración: «Si hemos conocido a Cristo según la carne, no le hemos conocido todavía». Por tanto, una teología verdadera puede representar en cierto modo para determinadas almas el papel de una verdadera purificación de fe, ayudándolas a pasar progresivamente de una visión demasiado sensible o demasiado imaginativa de los misterios de Cristo a una intuición más espiritual, más despojada y, por tanto, más profunda de esas mismas realidades. Digo una intuición más espiritual y no más intelectual, ya que en el uso mismo que puede hacerse de la teología existe un peligro que vamos a indicar.

* * *

De los tres modos de conocimiento de Cristo que acabamos de definir: intuición primitiva de la fe, conocimiento teológico, contemplación infusa, sólo el último realiza con toda perfección la unidad armoniosa de nuestro ser dentro del amor, y no simplemente dentro de una posesión más estable de la verdad. Es además el regulador más infalible de nuestra acción y de nuestra configuración con Cristo Jesús. En la ausencia de este modo divino de conocer, nos vemos obligados a suplirlo por medio del ejercicio de una fe viva, ejercicio destinado a procurar su crecimiento, disponiéndonos a la recepción de la ciencia infusa, si está en los designios de Dios concedérmola. Conviene a cada uno encontrar el

mejor modo de ejercitar su fe en Cristo, esclarecerla, profundizarla, viviendo de ella efectivamente.

A nadie le está permitido detenerse en el estadio de una fe ciega, sin procurar su conocimiento intelectual. Por lo demás, semejante actitud es imposible para un corazón que ama. Pero se trata de dirigir este esfuerzo de conocimiento a fin de que siga siendo verdadero y no cese de ser una búsqueda amorosa de la persona misma de Jesús.

Todo esfuerzo de inteligencia de la fe es una teología en su más amplio sentido, y en este sentido es cierto poder decir que todos estamos obligados a un determinado conocimiento teológico; el esfuerzo de reflexión que debieron hacer los apóstoles para comprender mejor los misterios divinos que su amor presentía en la persona de su Maestro era ya un esbozo de teología. Asimismo, las reflexiones de la Virgen María acerca de la personalidad de su Hijo, cuya conducta, al desconcertarla, abría a su mirada de Madre profundidades divinas insondables; las intuiciones razonadas del amor virginal de Juan, o las investigaciones fulgurantes y apasionadas de un san Pablo, fueron una teología, y la más auténtica de las teologías, aunque no constituida todavía orgánicamente en disciplina científica propiamente dicha. Era el germen, y continúa siendo para el simple cristiano que medita en los misterios de Jesús, así como para el teólogo más especializado, el modelo de la mejor de las teologías. Tomando ejemplo de la manera con que la Santísima Virgen, los apóstoles, san Juan y san Pedro profundizaron su fe en Cristo es como llegaremos a encontrar nuestra vía personal de inteligencia de la fe, evitando los peligros de una falsa teología.

* * *

Los riesgos que vamos a señalar conciernen a todo esfuerzo de conocimiento teológico, y más especialmente al que requiere un estudio llevado adelante con fines científicos. Lo que se ha dicho acerca del valor y del papel que desempeña la teología no es cierto más que cuando se trata de una teología auténtica. Ahora bien, en la práctica es muy raro que lo sea completamente. De hecho, el teólogo más perfecto no hace más que aspirar, quizá muy de cerca, a una teología perfecta. La mayoría de los teólogos escapan difícilmente al conjunto de peligros a que les exponen sus imperfecciones y su flaqueza humana.

Ya hemos señalado antes el peligro de detenerse en la representación sin pasar a la acción, peligro inherente a todo orden de conocimiento. En teología, esta desviación es tanto más grave cuanto que ninguna ciencia alcanza un objeto tan exigente desde el punto de vista del compromiso de toda la persona. Normalmente, cada nueva evidencia debería, en los teólogos, fructificar en amor y terminar en un comportamiento más evangélico. Pero además sería preciso que la ciencia teológica, antes de expandirse en amor, fuera, efectivamente, como lo exige su naturaleza, un verdadero ejercicio de la fe. Puede indebidamente no serlo. En derecho, toda diligencia de la investigación teológica se hace bajo la luz de la fe. Pero, ¿puede decirse que, de hecho, sobre todo si se trata de una teología organizada más científicamente y utilizando técnicas más numerosas, sucede siempre así en el alma del teólogo? El estudio, llevado a cabo por el teólogo, puede substraerse a la acción de la fe, que es su vida, y verse conducido, de este modo, a la

técnica puramente humana utilizada en cada caso: crítica histórica en la exégesis o en la historia de los dogmas, pura dialéctica en la teología especulativa, psicología enteramente humana en los casos de moral, etcétera...

La unidad perfecta entre el objeto y la luz teológica es un resultado difícil de alcanzar para muchas inteligencias. En la base de este desequilibrio puede haber una fe insuficientemente viva y generosa, pero puede haber además deficiencia del instrumento humano. El perfecto dominio de las disciplinas esenciales de la metafísica y un auténtico sentido filosófico son, después de todo, condiciones irremplazables de una verdadera teología en su aspecto científico. Aquel que no pudo, en el plano metafísico, incorporarse verdaderamente a lo real, se verá radicalmente incapaz de realizar la unidad teológica. ¿Se podrá decir, en este caso, que el conjunto de conocimientos discursivos adquiridos de este modo, aunque concerniendo al dato revelado, es efectivamente para esta alma una profundización de su fe? No habiendo podido el espíritu alcanzar realmente, a través de estas abstracciones mal comprendidas, el objeto mismo de la fe, el conocimiento obtenido no podría quedar bañado en su luz. ¿Es que el esfuerzo intelectual de muchos estudiantes de teología no se detiene, de hecho, en las técnicas filosóficas, históricas o exegéticas, *sin que hayan hecho jamás verdadera teología?*

Existe otro peligro para aquellos que llegan a adquirir una determinada ciencia teológica, y es el de detenerse en la satisfacción, muy humana, de una verdad contemplada. Aun cuando se trate entonces de una contemplación teológica auténtica, puede haber un peligro de ilusión y una detención en el camino del desasimiento. En realidad, en el hombre tocado por el pecado, cualquier actividad, y sobre todo las espirituales, tiende a su fruto natural, que es una determinada posesión de sí mismo totalmente impregnada de orgullo sutil. Y como la posesión intelectual de la verdad proporciona al espíritu un cierto reposo satisfactorio, existe el peligro de detenerse en esta posesión intelectual, tomándola por una fidelidad de amor.

Indudablemente, este peligro no es propio del conocimiento teológico especulativo y científico. Dentro del período más imaginativo de la fe se observa una recaída análoga sobre sí mismo, bajo la forma de apego a los efectos sensibles y a las imágenes. Pero este peligro es más visible, menos sutil, menos perseverante e insidioso que aquel otro del reposo en un conocimiento de orden espiritual.

La teología no debe únicamente permanecer bajo la luz de la fe, sino que debe dar frutos de caridad y de caridad efectiva: *«Sabemos que le conocemos en que guardamos sus mandamientos. El que afirma que le conoce, pero no guarda sus mandamientos, es un mentiroso y la verdad no está en él»* (1Jn 2,3-4).

Que el aumento de conocimiento en un teólogo no sea en él causa de un amor más grande es una anomalía; hay en ello, si este estado se hace habitual, como una señal de tibieza. Nada es más doloroso –y muchas almas se escandalizan de ello– que comprobar la frialdad de corazón y la falta profunda de amor, de un amor infinitamente respetuoso del ministerio de Dios, lleno de humilde abnegación hacia el prójimo, de algunos especialistas de una ciencia que tiene, no obstante, por objeto a Aquel que es el Amor. Hay en esta actitud algo terrible.

La causa es, quizá, una falsa teología, y es el caso más frecuente. Pero existe también este hecho, que el conocimiento por una parte y el amor verdadero y el acto virtuoso por otra no se desenvuelven paralelamente y por una especie de dialéctica necesaria. Se puede amar mucho sin conocer mucho, y conocer mucho sin amar mucho. Es muy cierto que toda forma de conocimiento no es inmediatamente un alimento para el amor, ni fomentadora de la acción. Existe un gran equívoco en la oposición que se hace comúnmente entre conocimiento concreto y conocimiento abstracto, pero sin embargo, contiene la intuición justa de esa dislocación fundamental existente entre el desenvolvimiento de un conocimiento de tipo científico (cuyo objeto se sitúa en el plano *universal, abstracto* de esas condiciones de realizaciones, que lo contingente y lo accidental introducen en el objeto) y el desenvolvimiento del amor tendiendo al ser en su *realidad-existencial*, en su singularidad concreta. Es lo que expresa el antiguo adagio escolástico: «*Universalia non movent*». No es a las esencias despojadas de sus realizaciones adonde se dirige el amor, es a los seres en su realidad existencial^[84].

Los riesgos a los que está expuesta la teología son más apremiantes cuando esta llega a ser la ocupación dominante, la especialidad de una vida humana. Un estudio semejante exige, en efecto, todo un conjunto de condiciones de regularidad, de separación, de calma, de retiro, que puedan acentuar la dislocación entre el desarrollo sistemático del conocimiento y una falta de ocasión para el ejercicio efectivo del amor o de la acción virtuosa. Ciertamente, la vida intelectual auténtica, que es ella misma un compromiso, arrastra severas exigencias de renunciamento que vienen, por una parte, a compensar los peligros. Queda expuesta, sin embargo, a las posibles desviaciones que acabamos de describir. Estas no son inherentes a la teología, a Dios gracias, y pueden ser evitadas. Está simplemente expuesta, como la acción está expuesta al activismo, el recogimiento interior al quietismo, la oración afectiva a un pietismo sentimental. Veamos ahora lo que es preciso deducir de todo esto en la práctica, tanto para el estudio de la teología como para mantener en nuestra vida la unidad entre ese doble esfuerzo de conocimiento y de amor.

* * *

Ante todo, es preciso que nuestra busca de conocimiento sea siempre *busca de Cristo en la fe*.

Se trata aquí de determinar el grado de conocimiento teológico conveniente a cada uno para el desarrollo armonioso de su vida personal. En primer lugar se tendrá en cuenta la naturaleza de las *aptitudes intelectuales*: hay que guardarse bien de lanzar al camino del estudio teológico a un espíritu incapaz de asimilar suficientemente las disciplinas humanas necesarias al ejercicio de la especulación teológica. El resultado sería una falsa teología con todas sus desastrosas consecuencias. Lejos de contribuir a hacer en nosotros la unidad dentro de la luz de la fe, una formación semejante tendería, como por sí misma, a intelectualizar la vida espiritual. Los ejemplos son hartos numerosos^[85].

El camino del estudio propiamente científico de la teología no es para todos la vía normal de la profundización de su fe. Sin embargo, para algunos, el estudio puede ser

una necesidad imperiosa para el equilibrio mismo de su vida contemplativa, sea en razón de su formación anterior, sea en razón de su temperamento o de su género de vida. Además, este estudio podrá y deberá hacerse de otra manera que aquella que debe venir a parar en una visión de conjunto de la teología. Pero quizá se va haciendo cada vez más raro que un estudio determinado se imponga sólo a título de la vida espiritual personal, ya que los ambientes con que tropiezan todos los que están obligados a tener un contacto con el mundo pululan de una gran cantidad de ideas y de sistemas, suficientes para plantear problemas. Existe entonces un deber de reacción personal dentro de la verdad, necesario para su propia vida espiritual. Si a esto se añade, para algunos, un cargo posible en la enseñanza, el deber de instruirse crece inmediatamente. También esto sigue siendo cierto, tal vez, bajo otra forma, si se trata de rendir testimonio: el cristiano testimonia ante todo su fe y, como dice san Pedro, tiene que estar perfectamente capacitado para poder dar razón de sus creencias a todo el que se lo pida.

Cada uno tendrá que encontrar, por tanto, la naturaleza y el grado de reflexión teológica en su más amplio sentido que le sea necesario. Aquí se plantea todo el problema suscitado por la enseñanza, renovada y adaptada, de una teología sencilla y viva, y no de un frío resumen esquemático de una teología desarrollada técnicamente^[86]. Algunas lecturas bien asimiladas y progresivas podrán reemplazarlo. Serán siempre, para todos, un medio de conservar la claridad y la firmeza de su mirada de fe.

Pero es preciso evitar, sobre todo, una investigación vana, por curiosidad y no por necesidad de fe y de amor: en esta materia es imprescindible ver con claridad y disciplina. Que nuestra reflexión se mantenga siempre *bajo la luz de la fe*. Que sea una profundización. A veces se siente uno tentado a abandonar las exigencias apremiantes del amor o del renunciamento, encerrándose en una vida interior intelectualizada. El abuso mismo del término «vida interior» sugiere una especie de encasillamiento dentro de nuestra vida de hombre ni más ni menos. ¿No existirá a veces una tendencia a establecer en sí mismo una especie de vida, en parte intelectual, hecha de consideraciones, a menudo muy rebuscadas, alimentadas por lecturas frecuentes, centradas evidentemente en la persona de Cristo, avivadas por medio de emociones piadosas, quizá también por deseos sinceros, pero más o menos eficaces? Esto es lo que se llamará su vida interior, su espiritualidad, en tanto que lo exterior estará, con frecuencia, muy poco afectado. Una vida interior semejante se construye con mucha rapidez: en un ambiente favorable es cuestión de algunas semanas. Por otro lado, no habrá que hacer nada que pueda alterar esta receta ni perturbar su curso; no habrá jamás lecturas suficientes para suministrar a esta meditación los esquemas de pensamiento con que se alimenta, y a muchos les parecerá que el Evangelio es muy pobre en ideas para esto. Estarán al acecho de todas las novedades en espiritualidad. Parece que la unión con Dios y la perfección consisten en cultivar dentro de sí mismo, más o menos artificialmente, una imagen de Cristo a la que se rodea de emoción religiosa. Si a esta tendencia inicial –que todos llevamos en nosotros– viene a añadirse, durante los años más importantes de nuestra formación humana, la disciplina de una vida de estudios bien regulada, en el curso de la cual tenemos muy pocas ocasiones de experimentar fuerte y personalmente la autenticidad de

nuestro deseo de conformar nuestra vida con la de Cristo, entonces el peligro es más grave. Trae consigo el riesgo de no tener en nosotros más que una vida interior nutrida de ideas y especulaciones, que es más intelectual que real. Ya se trate de una simple lectura espiritual o del estudio teológico propiamente dicho, será preciso estar siempre alerta a fin de mantener en nosotros la unidad y como una determinada proporción entre el conocimiento y el amor.

Esto consistirá en definitiva en volver siempre a la *primacía del amor*, y en recordar que el amor puede ir *más lejos que el conocimiento*. Buscamos demasiado a menudo el modo de colmar esa insatisfacción en que nos encontramos, esa sensación de miseria y de alejamiento de Dios y de Cristo, y lo intentamos por medio de un esfuerzo de conocimiento, de lectura, más que por un acto de amor en el instante concreto. Y es, a pesar de todo, él solo lo que nos solicita y nos entrega a Dios, mientras que la lectura no habrá sido, quizá, más que una evasión fuera de la realidad, realidad que habría sido demasiado duro y demasiado humillante vivir. Quiero llamar la atención acerca de una manera perjudicial de leer, pero no pretendo desaconsejar la lectura. Esta tentación se presentará más especialmente en aquellos de entre los hermanos que abrazan por vocación, por amor de la pobreza y de Cristo, el estado de vida obrera sin haber sido preparados ni por su ambiente familiar, ni por su educación, ni por su formación cristiana, que se habrá desenvuelto a menudo durante años en el ambiente intelectual de las casas de educación. Habrá que hacer una adaptación, es posible hacerla; será tal vez larga y penosa, pero siempre saludable, puesto que obligará a una especie de revisión de los valores de nuestra vida con Cristo. ¿No es por lo demás un problema análogo a aquel con el que se enfrentan algunos sacerdotes al salir del seminario, cuando deben, de la noche a la mañana, adaptar una vida espiritual de base demasiado intelectual, a lo concreto de su nueva vida de ministerio? Se explica uno perfectamente su desconcierto. Es una de las razones por las que creemos necesario enseñar a los Hermanitos a realizar su ideal de perfección evangélica, aun en medio de las dificultades concretas de su vida, sin ponerlas demasiado a cubierto, bajo pretexto de formación. Una vida de estudios no dejará de ser un peligro para su equilibrio, hasta que su vida espiritual quede muy sólidamente asentada sobre la realidad. Aun entonces será necesario vigilar para precaverse de los peligros de intelectualizar sus relaciones con Jesús.

Es difícil dar aquí unas directivas, igualmente convenientes para todos, en materia de lectura espiritual. Para algunos, acostumbrados a un ambiente de estudio y dotados de un temperamento intelectual, las lecturas más extensas serán como una necesidad natural de su equilibrio. ¿Se trata en este caso de una necesidad real de alimentación para su vida de fe? ¿Es siempre cierto que nuestra vida de unión con Cristo depende hasta ese punto de una alimentación intelectual tan frecuente? ¿Es que algunas veces no será esto indicio de que nuestra unión con Cristo no es suficientemente una vida y nada más que esto? ¿Es que no buscamos todavía, más o menos inconscientemente, más bien cómo pensar en Cristo que en vivir de él? Experimentamos demasiado el afán de sentir que vivimos en Cristo y para poder tener conciencia de ello nos sentimos inclinados a dar a esta vida una forma intelectual. ¿No hay en esto, a veces, como un deseo de «poseer» nuestra vida

espiritual, de reposar en ella con una cierta satisfacción, de comprobar que tenemos verdaderamente una espiritualidad, como suele decirse? Es muy delicado hacer el diagnóstico. Algunas naturalezas tendrán más necesidad que otras de esta clase de lecturas. Para algunos esto será causa del origen de muchas dificultades en su adaptación a una vida de trabajo. De todos modos no puede haber nada malo en acostumbrar a las almas a que reemplacen, de cuando en cuando, la duración y la frecuencia de esas lecturas, por una asimilación más personal de textos muy breves y con preferencia evangélicos, que se esforzarán en vivir prácticamente durante el día. La lectura, si nos es necesaria a causa de lo que somos y para nuestro equilibrio, no resuelve por sí misma el problema de nuestra vida de fe. Hay que hacer una dosificación muy delicada según los temperamentos, pero conviene estar bien convencidos de *que no es multiplicando los conocimientos como se facilitará el acto de amor de Dios*, que debe ser su término. No hagamos responsable, con demasiada facilidad, a la falta de tiempo para la lectura de un estado sólo imputable, con frecuencia, a nuestra falta de intrepidez para pasar a la práctica. Volvamos a menudo al Evangelio, a algunos libros esenciales, e intentemos asimilarlos para vivir de ellos. No permitamos que se instaure una desproporción entre la verdad buscada y meditada y *la puesta en práctica de lo que exige de nosotros*.

Tenemos que colocar nuestra vida bajo la luz del espíritu de Jesús, esforzándonos para poner en práctica el sermón de la montaña, el discurso después de la Cena, la cruz a cuestas, las parábolas acerca de la oración y de la fe, y sobre todo el mandamiento del amor. Ahí es donde encontraremos la verdadera ciencia de Cristo, la que poseían los apóstoles. Guiados de este modo por el instinto sobrenatural de los dones del Espíritu Santo es tan sólo como sabremos en cada instante lo que hay que hacer, qué actitud adoptar, qué palabras hay que decir para ser verdaderos discípulos del Redentor. No es por la aplicación directa de unos principios de moral o de teología ascética como podremos dirigir perfectamente nuestra vida en todo lo concreto de las situaciones particulares y de las circunstancias mudables que les acompañan. Ninguna ciencia puede ser una ciencia de lo particular; ahora bien, cada uno de los momentos de nuestras jornadas se presenta como algo único; es por esto por lo que aquellos que no se abandonaron suficientemente al Espíritu y siguen dependiendo con excesiva rigidez de un ideal moral intelectualizado no llegan a alcanzar una santidad perfecta, viva, siempre de acuerdo con las sollicitaciones de la vida. Su santidad es como una santidad afectada, rígida, no tienen el ímpetu y las espontaneidades del amor: son incapaces de esos actos de locura dentro de la pobreza y del amor al prójimo; no viven el evangelio del Redentor. Todos los santos escaparon a esta rigidez torpe y en ocasiones formalista, que caracteriza a veces la fisonomía espiritual de algunos teólogos o religiosos; que no supieron encontrar en la entrega total a Cristo ese espíritu de infancia que les habría puesto bajo la dirección del Espíritu de Amor. Algunas veces existe una especie de apego a todo el hermoso edificio de nuestra espiritualidad. Y es un último obstáculo. La vida real no se doblega siempre a las exigencias de nuestro sistema espiritual. Es por esto por lo que, además de la formación en el Evangelio, es conveniente conservar un estrecho contacto con el alma de los santos. No creo que jamás haya nacido en la Iglesia una orden religiosa y fecunda

sin haber sido como engendrada por el alma, el corazón y los ejemplos de un santo. Ninguna fórmula de vida, ninguna declaración de principios, por fuerte y clara que sea, podría comunicar la vida e inspirar la santidad a una muchedumbre de religiosos. Hace falta la irradiación y el testimonio de un santo, a través del cual se entrega Dios mismo. Volvamos sin cesar a los escritos y a los ejemplos del padre De Foucauld y de santa Teresa. La lectura de una biografía o de los escritos de un santo son a menudo más eficaces para mantener una verdadera vida espiritual que la lectura de los llamados libros de doctrina.

Estad constantemente alerta a fin de conservar un gran equilibrio en vuestra vida, refiriéndola siempre a la *sencillez del instante presente* y de la puesta en práctica del Evangelio. Buscad cómo *vivir* realidades *sencillas* como la oración, la abnegación, el servicio al prójimo, la abyección, la inmolación. No os inquietéis desmedidamente si de cuando en cuando no tenéis tiempo para leer^[87]; aprovechad esta oportunidad para vivir más profundamente unidos con Cristo. ¿Cómo podría ser que tomando uno sobre sí el dolor y el lote de sufrimientos de sus hermanos, hasta el extremo de sentirse un poco abrumado, haciéndose uno esclavo de todos, aceptando las ásperas incomodidades de la vida pobre y la dificultad de estudiar que llevan consigo, cómo podría ser que una vida semejante, si es la consecuencia amada y deseada de la puesta en práctica de las enseñanzas del mismo Jesús, sea considerada como menos favorable a nuestra unión con él que una vida más cómoda, más instalada y por lo mismo más favorable a la lectura y al trabajo intelectual? ¿Es que no nos inclinamos algunas veces a *asignar a la vida espiritual unas condiciones que son, en realidad, las de una vida intelectual*? ¿No tiene uno demasiado miedo al riesgo, a la dificultad del cansancio, a lo que molesta o incomoda? Algunas de estas condiciones son necesarias para realizar el estado de vida de la carmelita o del cartujo, pero aquí se trata de un estado de vida religiosa particular, y sería erróneo querer extender estas condiciones a toda vida cristiana o religiosa. Se arriesgaría entonces vislumbrar la vida cristiana o religiosa como una especie de degradación del tipo monástico, quedando esta como la forma ideal de la perfección cristiana. No siempre se evitó el error de presentar una espiritualidad monástica al conjunto de los cristianos. El Evangelio no va en este sentido.

No tengáis, por tanto, miedo a la cruz, a la escasez, ni a perderos de vista para vivir verdaderamente en Cristo. «*Porque el que quiera salvar su vida la perderá, pero el que pierda su vida por mí y por el Evangelio la salvará*» (Mc 8,35).

Aprended a vivir a Jesús en vuestra vida. Digo bien, a vivir a Jesús: y no olvidéis lo que os dije acerca de la oración: sólo bajo esta condición esta vida «perdida» lo será verdaderamente por amor a Jesús y en unión con él. Si no, todo sería vano. Ya que *una cierta huida del desasimiento profundo y último de sí mismo puede esconderse bajo las apariencias de la abnegación, del valor y de la vida pobre*. Es compatible. Gran franqueza, y pureza de mirada sobre sí mismo, rectitud de intención, profundo espíritu de oración.

Me diréis que todo esto es difícil. Nunca pretendí lo contrario. Tampoco Cristo-Jesús dijo jamás que fuera fácil seguirle: «*El que quiera venir en pos de mí niéguese a sí*

mismo, tome su cruz cada día y sígame» (Lc 9,23). La vida que predica el Evangelio es una vida heroica, pero de un heroísmo completamente interior que no supone el renunciamiento absoluto a sí mismo: castidad, obediencia, renuncia total a nuestros conceptos propios, verdadero espíritu de pobreza, ánimo en la oración, amor de la cruz y de la humildad.

* * *

La conclusión que se deduce de todo esto es que siempre hace falta volver al amor, en tanto que la visión beatífica no haya arrebatado todo nuestro ser en una adhesión firme y definitiva a la soberana Verdad. De aquí a entonces, es el amor, el amor sencillo y humilde de un niño, lo que deberá dirigir la mirada y la investigación de nuestra fe para que permanezca pura de toda vana investigación. El fin consiste en llegar a la persona de Cristo, y a cada uno corresponde tomar el camino que mejor le convenga, sabiendo, por lo demás, que ninguna vía humana conduce infaliblemente a este encuentro con Jesús. Es él quien viene a su hora, pero sin embargo es preciso ponerse en camino. Una teología sana no debe desviar la simplicidad del Cristo del Evangelio, sino acercarla a nosotros, ayudándonos a comprenderla mejor. La vida de la que Jesús es para nosotros el manantial no se encuentra al término de un esfuerzo intelectual, sino al de una fe viva y de un amor que compromete todo nuestro ser en seguimiento de Cristo, en una realización sin restricciones de todo lo que él pide en el Evangelio. La vida interior es una vida total, sin encasillamientos, dirigida constantemente por una mirada interior a la busca de Jesús, para imitarle, y bajo la luz de los dones del Espíritu Santo. Sólo en esta vía encontraremos a Cristo, dentro de este conocimiento casi experimental, de este contacto inefable que el Espíritu Santo nos proporciona cuando quiere, pero siempre en la medida de nuestro amor. El verdadero conocimiento de Jesús se encuentra cuando, lo primero de todo, hemos vivido lo que él exige de nosotros en el Evangelio. Se trata de pobreza, de desasimiento, de amar hasta la muerte, de estar dispuesto a arrancar los ojos, de dar de comer al hambriento y de vestir al que está desnudo, de velar en la oración, de cansarse en el trabajo, de no tener miedo de nada, sobre todo del porvenir, por la fe en la Providencia, de amar la cruz de cada día y de buscar la abyección, el último lugar. Leed y volved a leer el Evangelio, no encontraréis otra cosa. Si no lo hacéis es que no buscáis a Cristo, no podéis encontrarle y no podéis conocerle con la ciencia del Espíritu.

Realizando el Evangelio es como uno puede empezar a comprenderle. «¿Por qué me llamáis Señor, Señor, y no hacéis lo que os digo?». Tenemos que hacer de modo que esta queja de Cristo no cese de resonar en nuestros oídos, con todo el acento que él debió de poner. Se dirige a nosotros. Ved cómo la llevó a la práctica, con toda sencillez y verdad, el padre De Foucauld.

«Todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios» (1Jn 4,7).

Nazaret, 26 de junio de 1948

El amor de castidad

Quisiera hablaros acerca del amor, del verdadero amor, aquel del que murió Jesús, aquel que él puso en el corazón del padre De Foucauld y que quiere poner también en cada una de vuestras almas de Hermanitos. Dentro de algunos días es la pasión de Jesús; y lo que yo os diga con palabras, él os lo hará comprender directamente en el fondo de vuestro corazón, ya que si él murió es, ante todo, para que sepáis amar.

Desde hace algún tiempo el Señor trabaja en las Fraternidades, y es en el sentido del amor verdadero, ese amor que os arranca de vuestros planes, de vuestras costumbres, de vuestras previsiones humanas, ese amor que os entrega, vencidos, triturados, siempre incompletos, a la voluntad de Jesús, presente en las solicitudes inoportunas de los acontecimientos, del trabajo, del cansancio y, sobre todo, del sufrimiento de los hombres frente al cual debéis renunciar a vuestro deseo de hacer algo que sea eficaz, porque no tenéis el poder de aliviar todo sufrimiento. Todo esto introduce el desconcierto en vuestros conceptos del modo en que pensabais poder traducir vuestro amor.

Saber *amar como Jesús* es nuestra vocación y es el precepto del Señor.

En el fondo no tenéis otra cosa que aprender: es la perfección.

¿Qué significado puede tener una vida ordenada, un horario seguido con exactitud, vuestra tranquilidad, si todo esto no contribuye a arrancaros de vuestro egoísmo y a entregaros, pies y manos atados, a un amor que debe apoderarse de *todo* en vosotros, sin dejaros ni un rincón donde poder descansar? El amor al que Jesús quiere conducir os le condujo a él a la agonía, al agotamiento total de sus fuerzas humanas y a la muerte en el madero. Vuestra vida será dura, difícil, atropellada, pero Dios –cada vez estoy más convencido, con una certeza total– no quiere poner os a cubierto. Nuestra vocación consiste en ir al amor por este camino.

La muerte total a sí mismo, que el cartujo va a buscar en la observancia de su regla, los Hermanitos la encontrarán en todo ese peso de miserias, en la solicitud de los sufrimientos humanos, en la oración dolorosa, en la servidumbre y el cansancio del trabajo. Todos los días vendrá Cristo, a través de esos instrumentos, pidiéndoos un sobresalto hacia un amor más despojado. Es él, el Cristo-Redentor, el Salvador del mundo, quien os ha puesto de este modo en medio de los hombres a fin de que encontréis la manera de llevar un poco con él ese peso de pecado y de muerte que está en el mundo. Sé muy bien que es él mismo quien os trabaja así el alma y el corazón. Sed lo suficientemente generosos y estad atentamente a la escucha de las cosas divinas para percibir –a través de todo lo que viene a vosotros en forma de apuros, de sufrimientos, de solicitudes de corazones angustiados– el modo divino de amar a los hombres y de entregaros a la oración redentora, aceptando llevar alguna cosa de la carga que agobia a vuestros hermanos.

Todo esto será, por otra parte, más eficaz para formar el amor en vosotros que la regularidad de una vida que algunos se ingenian, con demasiada frecuencia, para substraer a la importunidad de los que sufren, bajo el pretexto falaz de una perfección a nuestra medida. Sé perfectamente que la cruz molesta. Ya os lo dije a propósito de la manera de recibir al huésped, al pobre, al que viene a pedir algo; ¿es que verdaderamente se puede amar sin incomodarse?

Creo más que nunca que vuestra vida de Hermanitos, por alterada, por devorada que parezca, será en esta misma medida el instrumento del que Dios se servirá para sacar de vuestro mejor fondo esta completa adhesión a la cruz y al amor que Él quiere compartir con vosotros. Lo único que tenéis que hacer es convertirlos en el compañero de Jesús, en el amigo que acepta amar con el mismo amor y que mira con él hacia la única cruz que puede salvar al mundo. No temo que os desviéis hacia el activismo, ya que vuestra pobreza, vuestro estado de Hermanito escondido os condenan a la impotencia respecto a los medios humanos, cuya utilización os llevaría a la tentación de evadiros lejos de la ofrenda silenciosa de una oración viva y redentora.

El apostolado es una obra divina y, por vuestra parte, no podréis alcanzarlo, ni siquiera aproximadamente, por medio de obras humanas, sean cuales fueren su adaptación y su valor técnico. Tendréis que aprender a ser devorados, reducidos a la impotencia, no sólo por vuestros hermanos, aquellos que están más cerca de vosotros, que quizá os pesan ciertos días, y cuyo peso tenéis que llevar, sino además por todo lo que hayáis entrevisto de angustia humana a través de las confidencias recibidas; es preciso que sepáis dejaros invadir por esta ansiedad que, a través de vosotros, debe llamar a Dios y a su Redención.

Creo que es así como Jesús os enseñará a amar como él ama. Como él comprenderéis que la voluntad del Padre es que trabajéis en la salvación de vuestros hermanos, no por las obras, no por la predicación, sino por toda vuestra vida entregada, por la inmólación de vuestro egoísmo y por una franca y total amistad hacia cada ser humano. ¿Cómo podríais ser Hermanitos de Jesús si no estáis dispuestos a amar a cada hombre, un poco por lo menos, como los ama Jesús?

* * *

Porque *el amor* se manifiesta. Si no pasa a los actos y a las palabras, es una ilusión o una hipocresía. ¡Tantas cosas en nosotros impiden que sepamos amar a cada hombre como un hermano, como un amigo! No lo conseguiremos de buenas a primeras. ¿Estamos por lo menos convencidos de que, en tanto no sepamos amar así, no podemos pretender ser el amigo de Jesús? Hay en nosotros orgullo y amor propio; no queremos reconocer que no sabemos amar, juzgamos a los demás, los condenamos, llenos de astucia para mirarlos en sus malos momentos, dichosos al menos cuando no sentimos surgir en nuestro interior la alegría malsana de sorprender a nuestro hermano en falta y menos bueno que nosotros. Reconozcamos que todo eso está en nuestro interior, que somos horriblemente egoístas: no queremos que se nos moleste, no queremos cansarnos en servicio de los demás, no queremos ver sus sufrimientos, los nuestros nos acaparan, nos vuelven ciegos.

En definitiva, lo único que nos interesa es lo que nos concierne, lo que nos halaga. No nos gusta estar al descubierto ante los demás. ¿Cómo podríamos, con todo esto, ser transparentes al amor de Cristo? Nos burlamos con facilidad; por otro lado, la calumnia que repetimos, que aceptamos, la arrogancia con que juzgamos todas las cosas, la terquedad en discutir sin inteligencia y sin verdadero amor de la verdad por sí misma. Y no hablo de otros obstáculos, menos directamente culpables sin duda, pero más invisibles, de los que quizá no tenemos conciencia, pero que no son sino más eficaces para desfigurar el verdadero semblante del amor y ahogarlo en nuestro corazón: son los prejuicios de clase, las conveniencias, el temor de no hacer lo que hace todo el mundo, de ser mal juzgados, la falsa interpretación del «justo medio» o de las reglas de prudencia; son las huellas que una educación individualista dejó en nuestras reacciones espontáneas. Existe también, más delicada, pero no menos nociva, una noción falsa acerca de la vigilancia del corazón y del modo de dirigir en nosotros el crecimiento de un amor casto. Es de esto de lo que os quisiera hablar hoy: castidad, amor fraterno, amistad, caridad divina, todo está ligado, más de lo que se piensa, a la unidad misma de nuestro ser.

Todavía sois jóvenes, tenéis veinte años, estáis seguros de haber escuchado la llamada de Jesús invitándoos a seguirle. De este modo habéis descubierto que el único y verdadero problema, para cada uno de vosotros, estaba en comprometer vuestra vida dentro de un gran amor, abrazando a la par a Dios, a su Cristo y a vuestro hermano. Tenéis toda la vida por delante. Estáis llenos de generosidad y sentís en vuestro ser todas las posibles virtualidades del amor. Pienso en lo que será este fervor de amor dentro de algunos años: de aquí a veinte años, o más adelante, al término de vuestra vida. ¿Seguirá siendo puro, habrá crecido, o, por el contrario, se habrá detenido en su crecimiento debido a la esclerosis del egoísmo de vuestra madurez humana? ¿Habréis aprendido a contar con vosotros mismos, y, por otro lado, las tempestades de vuestra carne y de vuestro corazón se habrán apaciguado dentro de un gran amor casto, completamente purificado por Cristo? ¿Habréis sabido manteneros dentro de la línea recta de la generosidad, en medio de las crisis de crecimiento y de las purificaciones, tan dolorosas a menudo, de la sensibilidad y del corazón?

Tres elementos van a entrar en juego con objeto de asegurar vuestra perseverancia: la *generosidad total* de vuestra voluntad, y este elemento está por completo en vuestras manos, y será lo que queráis que sea; la *ayuda de la gracia*, y esta nunca os faltará jamás, en la misma medida en que correspondáis con vuestra generosidad y vuestra oración; finalmente, la *rectitud de intención* por lo que respecta al amor de castidad, ya que el grado de verdad contenida en esta intención no dejará de influir sobre la naturaleza de vuestra castidad. Con buena voluntad se puede a veces errar el camino, puede uno descarrilar, puede uno deformarse. Por eso quisiera daros algunas directivas que os orienten en esta obra delicada que es el crecimiento en vuestro corazón humano de un amor casto y fuerte.

Sé muy bien que cada una de estas directivas no puede ser plenamente comprendida de antemano. Existen determinados estados que uno no puede comprender bien sin

haberlos experimentado, pero es ya algo, después de todo, haber arrancado en la buena dirección, con la confianza alegre que da la clara visión del camino a seguir, y de sus peligros, así como la de su viabilidad y su belleza.

* * *

Dios quiere que amemos. Es una orden y no tiene límites. Cristo amó hasta morir por amor. Pero, ¿cómo hablar de amor a un hombre sin despertar en él un corazón, una sensibilidad a veces exquisita, y todo lo que hace que el amor sea una realidad, que no tiene una necesidad de definirle? Una esposa y una madre no necesitan que se les enseñe lo que es amar a su marido y a sus hijos; sin embargo, hay amores egoístas, y todos los padres, todas las madres no saben siempre amar con pureza y verdad. Conocemos la amistad, y sabemos muy bien que cualquier amistad no nos engrandece ni realiza el más elevado ideal del amor. No puede haber ningún gran amor humano sin que haya sufrido la depuración del sufrimiento. ¡Qué decir entonces del amor que Jesús exige de nosotros por él mismo y por todo hombre en nombre suyo, amado de nuevo, más que como un hermano dentro de la Humanidad, como un hermano nacido con nosotros de Dios!

¿Qué significa este amor, cómo debe crecer y cómo se expresará en vosotros? Sobre todo, ¿qué tendrá que llegar a ser cuando la llamada de Dios para vivir de este amor se hace de tal modo apremiante que exige el sacrificio, la separación de cualquier otro amor: padres, esposa, hermanos, amigos, «lo dejarás todo para seguirme»?

¿Qué es lo que es este amor, hasta tal punto casto y puro que hasta ahora sólo Jesús ha sido capaz de vivirlo plenamente en un corazón humano? La Virgen también lo vivió.

Un amor casto y puro, pero sin embargo amor de hombre; un amor verdadero, pero que no podría soportar la menor desviación ni la menor mancha, ya que siempre tiene como término a Cristo, el Cristo Jesús, el Hombre infinitamente puro. Aprended a amar de esta suerte a Dios, nuestro Padre, tan íntimamente presente en las profundidades de nuestro ser, y a todos los hombres, a todos y a cada uno en particular, como se ama a un amigo, como a un auténtico hermano; aprender a amar así, en esto consiste toda nuestra vida cristiana, y si no lo conseguimos no somos verdaderos hijos de Dios ni verdaderos Hermanos de Jesucristo. Me atreveré a decir que este es el único problema en nuestra vida: aprender a amar. Y nunca estará completamente resuelto, porque Dios no quiere que pongamos un término cualquiera a este amor. Debe crecer indefinidamente, a la medida misma del amor de Dios en el corazón de Cristo.

Puesto que se trata de amar, henos aquí frente a nuestro corazón y a nuestra sensibilidad. ¿Cómo podría ser de otro modo? El hombre no es un ángel. ¿Cómo hablar de amor si no se habla de corazón, de amistad, de ternura, de sensibilidad? Existe en nosotros un organismo del amor, complejo y muy delicado, montado en nuestra naturaleza humana por Dios mismo. ¿No es de este organismo del que tiene que servirse este amor, más grande y más hermoso que todos los otros amores, este amor que Jesús quiere ver en el corazón de sus hermanos?

Y he aquí, pues, que empiezan a surgir toda suerte de objeciones. Se nos dirá, lo primero de todo, que el amor de Cristo no es un amor como los demás: no es un amor

natural, sino un amor sobrenatural. Nos viene de Dios, sólo puede residir en la parte superior de nuestra alma. Es un amor puramente espiritual. Mientras que, por el contrario, nuestro corazón nos arrastra a amar a las criaturas, a ligarnos a ellas. Y además, es que no existe a menudo en la ejecución de nuestra facultad natural de amar una tal alegría y una tal expansión de ánimo, que ya no podría haber ningún mérito en amar, que no sería ya «por amor de Dios» por lo que amáramos, que ya no sería, por tanto, un amor de caridad. Se añadirá, además, que hay demasiados peligros en servirse de su corazón humano para amar castamente, ya que existe en él un peso de impureza que le lleva constantemente hacia un amor turbio, un amor carnal; igualmente existe en nuestra sensibilidad una búsqueda egoísta e inconsciente de sí mismo, que viciará continuamente el desarrollo de una amistad recta y casta. ¿Qué hacer entonces? No sería lo más seguro no servirse de este organismo natural del amor: impondremos a nuestro corazón una estricta disciplina y se le prohibirá, como cosa imperfecta, todo movimiento espontáneo de amistad o de ternura hacia quienquiera que sea. Toda manifestación del corazón será considerada como un peligro, como algo «humano» y «natural», imperfecto por tanto (algunos vocabularios de espiritualidad han acabado por emplear estos calificativos: «humano» y «natural» como sinónimos de imperfección y como oponiéndose a lo sobrenatural). Toda alegría procedente del corazón comprometerá el mérito de un amor sobrenatural. En donde haya alegría no podría haber verdadero mérito, ya que este supone el sufrimiento y el sacrificio. En consecuencia, buscaremos un medio de neutralizar la sensibilidad, de embotarla, a fin de que no sea ya más en nosotros un riesgo de desviación, y se considerará como el ideal llegar a un estado de indiferencia y de frialdad, dentro del que no pueda presentarse ya ningún movimiento espontáneo de ternura, de amistad o de amor hacia cualquier criatura, sea la que sea. Entonces se piensa que el campo quedará libre para el amor sobrenatural, que residirá sólo en la voluntad, derramándose dentro de una soberana indiferencia del corazón hacia toda criatura de una manera uniforme, únicamente por «amor de Dios». Toda amistad que suponga una preferencia y alegría del corazón será una imperfección. Esto es un método. Pero ya conocemos sus riesgos y ya comprobamos los resultados. En la base de un comportamiento semejante existe, sin duda, una generosidad habitual, que supone a veces el heroísmo y algunas almas llegaron por este camino a una auténtica santidad. Tal vez no llegaron sino porque supieron encontrar de nuevo, al término de su evolución, en la superación de un gran amor hacia Dios, una verdadera libertad de amor dentro de un corazón purificado. ¡Pero a cambio de algunos pocos éxitos, cuántos cristianos y cuántos religiosos deformados, incapaces para siempre de saber amar con un verdadero amor de caridad! Conocemos también determinadas catástrofes, los brutales desquites de un corazón torpemente dirigido, las bruscas vicisitudes de una sensibilidad desviada, todo lo que esas contenciones implacables traen a veces para algunos. Si semejantes accidentes fueron evitados, ¡qué aspecto tan triste toma un amor de caridad que sólo reside en una voluntad despojada de alegría, de sonrisa, no teniendo ya a su disposición ningún medio de expresión cordial y afectuosa! Todos los santos auténticos supieron amar con un corazón desbordante de ternura, de espontaneidad y de alegría: santa Catalina de Siena,

san Francisco de Asís, san Juan de la Cruz, san Francisco de Sales, por no citar más que unos pocos entre los más grandes.

El Evangelio tampoco nos presenta nada parecido en la fisonomía de Jesús, en la sencillez de la Virgen, en el puro afecto de un san Juan, en la espontaneidad de un san Pedro, en el amor ardiente de una santa Magdalena.

¿Es que no se encuentra en la base de este método una falsa noción de lo sobrenatural, al mismo tiempo que un concepto pesimista de la naturaleza humana? El amor sobrenatural está concebido como una entidad fundamentalmente distinta del amor natural, no teniendo, por tanto, ninguna necesidad de los medios normales de expresión. Se suele transponer la distinción esencial de dos órdenes al plano psicológico y existencial de nuestros actos, olvidando que lo sobrenatural no podría existir fuera de una naturaleza a la que tiene que transformar y elevar.

Os escribo estas líneas en la irradiación, plena de esperanza, de la Semana Pascual: Cristo ha resucitado. Si hemos de morir con él, tendremos también y desde aquí mismo que comenzar a vivir de nuevo con él. La muerte es sólo para la vida. El amor de caridad, en su perfección, debe florecer en una sensibilidad, no tan sólo purificada, sino agrandada y afinada, que le permita exteriorizarse hacia Dios y hacia los hombres con todas las riquezas de ternura, de amistad, de dulzura y de fuerza de un corazón humano. La perfección del hombre, una vez hecho hijo de Dios, no puede reposar en la mutilación de lo que hay de más hermoso en él.

Por tanto, no hay que comprimir ni reprimir brutalmente al corazón, lo que hay que hacer es dirigirlo; no hay que destruir la sensibilidad, hay que purificarla y dominarla. No es lo mismo, ya que de lo que se trata es no de disminuir y ahogar, sino de hacer que el corazón sea más grande y la sensibilidad más delicada, para ponerlos al uno y a la otra al servicio de un amor sobrenaturalizado.

No niego absolutamente ninguno de los riesgos enumerados hace poco; ya sé qué malas tendencias os arrastran en sentido opuesto al verdadero amor hacia las cosas bajas o hacia el culto egoísta de vosotros mismos. No os indico un camino fácil, todo lo contrario: hace falta poseer tanto, quizá más, pero de otro modo, el sentido de un renunciamiento total a sí mismo. Existe la cruz, la muerte, el sepulcro, no como un término, sino para la Vida y la Resurrección. Tenemos que creerlo con todo nuestro amor.

Quisiera señalaros el camino a seguir colocando algunos jalones; de este modo lo veréis más recto, no menos doloroso, pero más fecundo.

* * *

Tenéis que educar y formar en vosotros una plenitud de amor fraterno hacia todos los hombres: vuestro corazón está lleno de este deseo, pero la realidad os parecerá otra cosa, ya que el descubrimiento de vosotros mismos será la primera etapa en vuestro itinerario hacia el amor. Esta primera etapa es para algunos como un término en el que viene a tropezar su deseo, porque no tuvieron bastante humildad para franquearlo.

Si sois leales con vosotros mismos, comprobaréis ante todo una tendencia a buscar el

amor para vuestra propia satisfacción por el gozo que os procura en el fondo del corazón. Se hace uno la ilusión acerca de la naturaleza de un amor verdadero; este amor consiste en olvidarse de sí mismo para transferirse por entero en aquel a quien se ama. Sin embargo, aun el amor natural nos lleva a entregarnos: es verdad, pero es muy a menudo para volvernos a encontrar a nosotros mismos, ya que existe una manera indiscreta, impura y egoísta de darse a los demás. Esta tendencia es sensible, sobre todo en las mujeres, cuyo ser está por completo destinado para el don de sí, para la consumación de sí en algún otro.

También haréis otra comprobación: lo más frecuente es que no seáis vosotros los que mandéis en vuestra sensibilidad, sino que será ella la que os domine y os conduzca. Prevalece sobre todo lo demás y no puede, por este mismo hecho, cumplir el papel que le corresponde naturalmente. La sensibilidad sólo es una riqueza y una fuerza cuando está dirigida por la razón y por la fe. Esa tendencia de la sensibilidad a hacer rancho aparte es más o menos marcada según los temperamentos. Los efectos de esa falta de armonía son múltiples y ya los conocéis bien: represión y entusiasmo, susceptibilidad aguda, movimientos de celos, de envidia. Pero el corazón está unido a todo esto y una sensibilidad incontrolada remueve a menudo todo un complejo afectivo, y es entonces el nacimiento larvado, progresivo, o bien brutal, como una descarga de un amor completamente sensible. Será un amor irracional, puesto que la razón no habrá tenido ningún papel en su formación: se dirigirá hacia una mujer, a la que no tendríais que amar así o hacia un hermano, un amigo. Por lo demás, lo comprenderéis perfectamente, pero fue más fuerte que vosotros. Es preciso saber bien estas cosas y conocer las leyes de vuestra sensibilidad. Es preciso que sepáis conservar la cabeza bastante fría y el corazón bastante leal para que podáis reconocer el comienzo de un amor hacia una mujer, o una amistad desordenada hacia uno de vuestros hermanos. Vuestra sensibilidad, según los temperamentos y las costumbres adquiridas, se inclinará más hacia el uno o hacia la otra. Es menester que tengáis en vuestro interior un tal deseo de castidad que no os dejéis engañar por vuestra sensibilidad o vuestro corazón.

En la medida misma en que os sintáis llevados hacia los amores o a las amistades súbitas, comprobaréis la tendencia opuesta, tendencia a las antipatías y a las aversiones instintivas, irreflexivas, hacia tal o cual persona. Es casi físico, y este instinto de retiro os paraliza y os aleja de vuestros hermanos. He ahí todo lo que comprobaréis en vosotros desde el momento en que la mirada con que os miréis se haya hecho más clara por la luz de Cristo. No os desaniméis, todo esto es normal. Sois hombres, tenéis un corazón y una sensibilidad, el uno y la otra son buenos, son una riqueza y un don de Dios. El mal procede de que ya no están por sí mismos sometidos a vuestro espíritu, sino que lo dominan. La sensibilidad también puede estar a veces acentuada, desequilibrada, a causa del ambiente, del medio, del atavismo, del cansancio nervioso. Es preciso poner orden y rehacer la unidad. Ya veis, por tanto, que no se trata de destruir y de mutilar, sino, por el contrario, de reconstruir, y adivináis ya que esto no se conseguirá sin sufrimiento.

* * *

Para ser completo, quizá tuviera que deciros unas palabras respecto a las dificultades que os causará vuestra propensión al placer sensual. Ya que el hermoso y gran amor que Jesús quiere edificar en vosotros dentro de la castidad puede verse derrotado de una manera aún más brutal, iba a decir más animal. Si el corazón no está sometido al espíritu, también sucede con frecuencia que el placer sensual, en lugar de quedar subordinado a un amor que le supera, elevándole por encima de sí mismo, se transforma en el objeto de una llamada envilecedora de la carne: es la sollicitación brutal, sin amor en el corazón. Esta tentación es corriente, también es normal; es una consecuencia de esa rotura de la unidad de nuestro ser, resultado del pecado en nosotros. La señal de paso, ya que el gobierno de este instinto forma parte, indirectamente, de la educación del amor en nosotros. Sin embargo, es el elemento más material, el más irracional, el más difícil de gobernar. Posee la independencia de una fuerza fisiológica sobre la cual actúan las excitaciones exteriores, físicas, fuera de nuestra voluntad. También puede estar sujeto a desviaciones del instinto y a costumbres que llegaron a ser como una segunda naturaleza. Es preciso aprender, pacíficamente, a conocer las leyes del temperamento propio y las excitaciones a las que se muestra más sensible. En este terreno fisiológico de lo que se trata es de una verdadera higiene preventiva, que variará para cada uno. No insistiré acerca de esta parte de gobierno de vosotros mismos, de la que no tengo nada de particular que deciros. Ya sabéis lo que es menester hacer en este punto: hace falta poseer una gran virilidad, una abertura simple y constante, sin falsa vergüenza hacia un orden de cosas tan natural en todo hombre; es preciso no descuidar la mortificación ni tampoco la higiene y la limpieza. No sintáis el menor desaliento ante vuestras debilidades: cuando no comprometen a la voluntad o lo hacen débilmente, importan menos al fervor de nuestra amistad hacia Cristo que lo que nos haría creer la impresión del choque producido en nuestra sensibilidad.

Después de haber considerado de este modo, sin rodeos, las dificultades y los obstáculos con la sencillez y la confianza de una humildad infantil, tendréis que llevar a cabo un trabajo positivo aprendiendo a amar.

* * *

De donde tenéis que arrancar es de aquello que existe de mejor en vosotros, del deseo sincero y generoso de amar a Jesús por encima de todo. Toda vuestra vida de amor debe estar como arraigada en vuestra amistad por Jesús, de la que no será más que un derramamiento. La llamada de Dios hizo que naciera en vuestra alma el deseo de amar a Jesús: hacedle crecer, tened una ambición desmesurada de amar a vuestro «muy amado hermano y Señor Jesús» más que ningún hombre en el mundo. Esta disposición es el fundamento de todo. Os conducirá a la oración, a la adoración y a la contemplación de Aquel que es objeto de un deseo tan intenso. Es ahí, en la zona de vuestra alma en la que se anudan los lazos de esta amistad única con Jesús donde brotará la fuente de amor que se verterá de vuestro corazón sobre todos los hombres. Se trata –es la definición del amor divino y sobrenatural– de amar a todo hombre, no únicamente como Jesús los amó, con la misma fuerza, con la misma ternura, con el mismo deseo de entregaros por

vuestros hermanos, sino con el corazón mismo de Cristo, ya que cuando empezáis a amar así es que Jesús mismo comienza a vivir en vosotros. Es por esto por lo que debéis tener *confianza*, una confianza absoluta, instalada en una fe capaz de trasladar las montañas tratando de buscar el amor. No tengáis miedo, creed únicamente en Cristo. Él supo amar hasta morir, él venció al mundo, a la carne y a la muerte, y es su vida lo que debe ser para nosotros un manantial resplandeciente de amor hacia los seres. Desead este amor con toda vuestra alma, que este deseo permanezca en el fondo de vosotros mismos como una oración continua, como una disposición delante de Jesús, que os enseñará poco a poco a tener dentro de vosotros sus propios sentimientos. Será menester colaborar generosamente con él a fin de establecer estas disposiciones en vuestra alma.

El amor de Jesús fue primero un amor *fuerte*, fuerte como la muerte. Le condujo, hora tras hora, en plena lucidez, hasta el sacrificio de su vida en la cruz. Aprended también a ser fuertes. Haced de modo que vuestros deseos, vuestros afectos, se dirijan hacia cosas grandes: tened la ambición de entregaros, de sufrir por Cristo, por vuestros hermanos; tened el deseo, humilde y al mismo tiempo ardiente, de dar vuestra vida por él en el martirio. ¡Este deseo era muy fuerte en el padre De Foucauld! Obrad siempre de modo que vuestros afectos sean muy viriles: no seáis nunca blandos, perezosos, abandonados en vuestros modales. Este terreno toca de cerca al de la castidad e indirectamente al del amor. No os dejéis dominar por susceptibilidades, enemistades, envidias. Hacedos un corazón lo suficientemente grande para despreciar todas estas cosas, y bastante fuerte en su humildad para poner bien en claro esta zona semioscura de vuestras pasiones mezquinas. Sed valientes, no cedáis jamás al temor que os inspire la mortificación, sobre todo en aquello que pone en marcha un apetito o un deseo del cuerpo: glotonería, hábito del tabaco, pereza. No digáis jamás: se trata de una cosa insignificante, ya que nada es insignificante en lo que pone obstáculos al amor. Conservad un cuerpo sano y equilibrado.

El amor de Jesús fue un *amor universal*. Vuestro corazón debe ensancharse poco a poco hasta adquirir las mismas dimensiones que el corazón de Cristo. Os lo he repetido muy a menudo. La tendencia a formar grupo aparte es siempre signo de un amor o de una amistad malsana, como lo es ese acaparamiento del pensamiento y del corazón que priva de toda libertad frente a Dios y frente a nuestros otros hermanos. El amor sensible ciega. Rechazad enérgicamente seguir la pendiente de la antipatía: combatid la causa oscura por medio de un esfuerzo de inteligencia, de comprensión, de contacto. Aprended a ponerlos en el lugar de los demás y a comprenderlos. La anchura de corazón, la sinceridad de la amistad hacia cada hombre no podrían tener otro principio mejor que el de una curiosidad inteligente de todo lo que permite conocerlo con más intimidad. De este modo el estudio –lo mismo el de la filosofía que el de las religiones, el de las civilizaciones que el de las lenguas– puede y debe ser en nosotros el motivo de una expansión y de una profundización de amor hacia los hombres. Nadie ha sido tan *sencillo* y tan *verdadero* en su amor como lo fue Cristo; sedlo vosotros también en vuestra amistad hacia cada hombre. Insisto una vez más en este carácter de universalidad de nuestro amor; es de tal modo importante para nosotros –que al padre De Foucauld le

agradaba designar con el nombre de «Hermanitos universales»— que nada es más opuesto a nuestra vocación que la estrechez de espíritu, los juicios severos y mezquinos, las antipatías irreflexivas. Sed, pues, sencillos en todas las manifestaciones de vuestro afecto hacia vuestros hermanos y vuestros amigos: vigilantes, sin duda, pero no temáis expresar sencilla y cordialmente lo que tenéis en el fondo de vuestra alma. Por lo demás, no debéis tolerar nada de lo que pudierais avergonzaros en exteriorizar. Queda bien entendido que aquí no hablo de las tentaciones pasajeras, aunque sean lancinantes, sino de los sentimientos que conserváis voluntariamente en vuestro interior.

Tened siempre un profundo respeto por todos los seres hacia los que sintáis afecto: un amor casto es siempre un amor delicadamente respetuoso. Jesús nos ama con un tal respeto de lo que somos, ¡y somos tan frágiles ante él!

Me parece que estas son las características principales del amor que Jesús introducirá poco a poco en el fondo de vuestros corazones.

* * *

Esta caridad que sentiréis nacer poco a poco en vosotros mismos tendréis que exteriorizarla. Muy pronto os daréis cuenta de todos los obstáculos que habrá que superar. No me refiero a las dificultades inherentes a la condición humana, que precisa de un lenguaje, de unos gestos y de un tono de voz para poder comunicarse con los demás, sino de todo lo que se añade de timideces, de reticencias, de costumbres egoístas o individualistas. A veces nos hacemos sufrir mucho los unos a los otros sin que se halle implicada directamente la sinceridad de un sentimiento que no llega a exteriorizarse. No debemos aceptar un estado de ánimo semejante con alegría de corazón, bajo el pretexto de que nosotros no tenemos la culpa. Para nosotros no se trata únicamente de amar de una manera platónica y escondida, sino con un amor que se manifiesta, que alivia, que soporta el dolor, que sostiene, que derrama a su alrededor verdadera alegría.

En este aspecto tenemos que luchar francamente contra la pendiente de nuestro temperamento, ya que si no es subida de nuevo constantemente, nos lleva a tener todos los defectos de nuestro temperamento sin sus cualidades. Tenemos que desarrollar lo que hay de mejor en nosotros para hacer con ello un medio de expresión del amor.

Además tenemos que conocer muy bien nuestro defecto dominante, ya que será también el impedimento más grave para el florecimiento de una caridad sencilla, amistosa y fraternal. Quizá haya en vosotros una timidez, cuyo origen sea o no el orgullo, pero que estará ahí continuamente para paralizaros, para cerrar vuestros labios y para impedir que seáis verdaderamente sencillos. O bien sufrís a causa de una sensibilidad insuficientemente equilibrada, y entonces las tentaciones de envidia, de antipatía serán más violentas en vuestro corazón. Algún otro se verá paralizado por el orgullo en la manifestación de su amor al prójimo; otros deberán a su impresionabilidad el nacimiento de amistades o amores incontrolados y demasiado sensibles. En fin, algunos otros tendrán la tendencia a reflexionar demasiado sobre sí mismos, o se verán continuamente retenidos por su egoísmo, egoísmo calculador del espíritu que pesa todo lo que da, o egoísmo del perezoso sensual, entorpecido por el peso de su cuerpo. En todo esto

mostraros animosos, firmes, volviendo continuamente al ejercicio de una verdadera sencillez.

Que la entrega de vosotros mismos en actos efectivos de amor vaya más allá de vuestros sentimientos. Obrad como si amarais con amistad a vuestros hermanos: lo más frecuente es que el sentimiento siga al acto. Ya que si es cierto que vuestra sensibilidad debe ser el medio normal de expresión del amor, no lo es menos que este último reside en el espíritu y en la voluntad. No esperéis para amar a sentir que amáis. Trabajad para educaros en el espíritu de servicio, sobre todo si tenéis un temperamento negligente y egoísta. Si dejáis pasar siempre sin ver las ocasiones de abnegación, no desesperéis, sin embargo, de poder cambiar en este aspecto y trabajad para lograrlo. Buscad el modo de entregaros, buscad cómo poder echar una mano, olvidaos por los demás, pensad en ellos antes de pensar en vosotros mismos; tened un poco de imaginación para ser delicados; sabed adivinar su dolor, ver su cansancio, compartir su alegría. A todo esto se educa, no esperéis que venga por sí solo.

* * *

Vuestra sencillez de alma debe conducirnos a una verdadera transparencia frente a vosotros mismos, como frente a Dios y a vuestros hermanos. No ocultéis a vuestros propios ojos lo que sucede en vuestro corazón; las tentaciones más violentas, las más bruscas, las más sensibles no son necesariamente un golpe a la castidad de vuestro amor por Jesús.

Por el contrario, no vaciléis en confesaros a vosotros mismos el nacimiento de una amistad, de un sentimiento de ternura hacia una mujer. No juguéis al escondite con vuestros sentimientos. No permitáis que exista en vuestra alma un solo rincón sombrío sobre el que temeríais ver caer un rayo de la luz de Cristo. Que, en la oración, vuestra alma esté desnuda delante de él. No os atribuyáis sentimientos irreales y no habléis a Dios con palabras que sean diferentes a lo que Él ve en vuestro interior. Sed hijos de la luz y no dejéis nada en la sombra. Ya sé que nada es tan fácil para disfrazarse de los más bellos pretextos y para velar su verdadera naturaleza como un amor naciente en la parte más sensible de nuestro corazón. Sabed también desenmascarar las astucias de un mal instinto a la busca de una ocasión. Habituaos a esta lealtad tan clara y sed límpidos para vuestros hermanos. Lo repetiré sin cansarme: la abertura sin falsa vergüenza, totalmente sencilla, en estas materias de amor y castidad es una garantía más segura que una clausura y un apartamiento de ocasiones exteriores de tentaciones, que van a buscar al monje hasta lo más recóndito de su celda, y en ocasiones con tanta mayor violencia en cuanto su monasterio esté más cerrado para el mundo. Es que no estáis destinados, después de todo, a vivir a plena luz, en medio del vendaval de la Humanidad, y en constante vecindad con hombres y mujeres que –ellas– no tienen que ser para vosotros otra cosa que hermanas. Si sabéis unir una franca abertura de espíritu a la vigilancia del corazón, no os veréis más expuestos que un religioso aislado del mundo. Sed todo claridad, todo rectitud, no tengáis miedo de hablar: hacedlo con vuestro confesor, con un Hermano con el que tengáis más intimidad, con vuestro responsable. En otro lugar os

hablé del esfuerzo de abertura entre vosotros, que debe ser la principal ocupación de vuestras reuniones de la tarde: excepto las confidencias referentes a la lucha por la pureza. En muchos casos no conseguiríais otra cosa que proporcionar a vuestros Hermanos ocasión de reflexiones obsesionantes sin ventaja cierta para vosotros. Es un terreno demasiado especial y demasiado delicado para poder hacerle objeto de discusión en común. Por otra parte, aun cuando habléis a solas con alguno, con toda intimidad fraternal, sed bastante sobrios, sin dejar por ello de tener completamente abiertas las ventanas de vuestro espíritu, a fin de no prolongar inútilmente los diálogos respecto a estos asuntos: por lo menos sería inútil.

* * *

A estas directivas generales es conveniente añadir otras, más peculiares a las diferentes etapas de la evolución de vuestro corazón. No reaccionaréis del mismo modo frente al amor a los dieciocho, a los treinta o a los cuarenta años. El hombre, como la mujer, está destinado al matrimonio; nuestra sensibilidad está admirablemente adaptada a esta vida de amor entre dos personas, en la cual se puede dilatar, lo primero de todo, dentro de la entrega de uno mismo a la esposa, y más adelante en esa nueva realidad que es la paternidad. El corazón del hombre, del padre, acaba por abrirse hacia otros seres salidos de él, dentro de un sentimiento de fecundidad, de prolongación de sí mismo. Es en la fuerza de su paternidad donde el hombre encuentra el secreto de las paciencias más constantes, de los mayores sacrificios y de la más completa abnegación de sí mismo. De igual modo la rudeza de su egoísmo había encontrado ya, dentro de la intimidad con la esposa, una ocasión de afinarse, de salir de sí mismo en una manera más delicada de entregarse a otra persona.

La llamada de Jesús os invita a renunciar a todo amor humano, a la esposa; al hogar, a la paternidad, porque os ofrece una amistad de una calidad y de una naturaleza tales que no podrían coexistir en vuestro corazón con ningún otro amor que no fuera totalmente casto y como en armonía con esta amistad divina de la que no deberá ser, en definitiva, más que una prolongación.

Dios no puede llamaros a un estado de vida que fuera una disminución de riqueza de vuestro ser; no es posible, por tanto, que el renunciamiento al hogar y a la paternidad no se haga con vistas a una riqueza de vida y de amor más completa. Es preciso que, acerca de este punto, vuestra certidumbre de fe sea muy sólida: el amor de castidad a que nos convida Cristo es infinitamente superior al amor fecundo del matrimonio. No quiero decir que no tengáis que hacer un renunciamiento: será hasta muy duro ciertos días. Tenéis que saber que renunciáis a la dulzura de la intimidad de un amor femenino y a la jubilosa alegría de tener hijos. Sí, es cierto que renunciáis para pertenecer más exclusivamente a Cristo: *«Si uno viene a mí y no deja a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, hermanos y hermanas, y aun su propia vida, no puede ser discípulo mío»* (Lc 14,26). Deberéis haber entrevisto con toda claridad la extensión del renunciamiento a que tenéis que consentir: digo que deberéis haberlo entrevisto, ya que verdaderamente no realizaréis ni consumiréis este sacrificio sino poco a poco, por etapas, a medida que vayan

madurando en vosotros, primero, las virtualidades afectivas del esposo, y a continuación las del padre. Sentiréis cómo se despiertan en vosotros, sucesivamente, unas necesidades del corazón que no conocíais de antemano. A los veinte años será la simple llamada de un amor tierno y sensible, que un poco más tarde tomará la forma de una necesidad de intimidad más reflexiva con una compañera, en la cual se consumará vuestra personalidad de hombre. Hacia la cuarentena experimentaréis, a veces, además de una llamada imperiosa hacia el placer de la carne, placer que vuestro cuerpo siente se le escapará muy pronto, el deseo de dar a otros seres algo de vosotros mismos. De este modo os veréis obligados a renunciar sucesivamente a las dulzuras de la mujer, del hogar y de la paternidad. Es absolutamente normal que el desarrollo de vuestro ser os conduzca a experimentar, unas tras otras, estas diferentes necesidades del corazón, más o menos imperiosamente, según vuestro temperamento. Entonces sobre todo es cuando no tendréis que olvidar que todas esas tendencias son cosas buenas en sí mismas, pero que habéis prometido al Señor Jesús no precisamente contenerlas, ni romperlas por medio de no sé qué trabajo contra vosotros mismos, sino ofrecérselas dentro de la castidad de un amor que cada una de estas ofrendas hará más rico y más fecundo.

Esto quiere decir que a cada una de las crisis de crecimiento de vuestra afectividad humana debe corresponder algo así como el descubrimiento de un nuevo aspecto en vuestra amistad con Cristo. Cada vez tendréis que volver a considerar delante de Dios vuestro amor hacia Jesús y hacia vuestros hermanos. Es a él a quien tendréis que escoger siempre como si lo hicierais por primera vez, con una generosidad más grande, con un corazón más fuerte y más experimentado. No escojáis vuestra alma, dilatadla dentro de la amistad con Cristo. Que a la necesidad de una intimidad entre dos personas, experimentada en vuestro interior, responda inmediatamente –con el sacrificio muy real de una ternura humana– un recrudecimiento del deseo de encontrar a Jesús en la oración y de derramar la ternura de vuestra alma sobre todos los hombres, sobre vuestros hermanos y sobre los pobres, los más abandonados, aquellos que Jesús, al enviaros hacia ellos en su nombre, os entrega para que los améis con toda la ternura con que hubierais amado a vuestras esposas. Vuestro corazón debe salir de esta primera crisis de crecimiento más fuerte y más viril en su amor. A la necesidad de paternidad que algún día se levantará en vuestra alma deberá responder un sentido más agudo de la fecundidad de un amor que da la vida por la cruz, con la que Jesús le ha asociado; más concretamente, es preciso que vuestro amor hacia todos los hombres, hacia aquellos que os fueron confiados por vuestra misión, encuentre en vuestro corazón, ensanchado por el sentimiento de una verdadera paternidad espiritual, el secreto de una generosidad y de un olvido de vosotros mismos mucho más completo. Es por esto por lo que, en vez de debilitarse, vuestra generosidad debe crecer y vuestro amor hacia Jesús enriquecerse con la madurez de vuestras potencias afectivas. No se trata de buscar un derivativo a vuestra necesidad de ser padre, sino de elevarlo en el plano de la vida divina del Cuerpo Místico. Entonces es preciso tener cuidado en no dejarse arrastrar a no sé qué necesidad indiscreta de dominar otros corazones y de acapararlos en una dependencia celosamente preservada. También en esto el universalismo de nuestros sentimientos, la ausencia de

cualquier clase de envidia será signo de rectitud. Por lo demás, no hay término medio: o bien vuestro amor saldrá engrandecido de estas crisis, más fuerte, en el gozo de haber encontrado una fecundidad de vida más hermosa, más extensa y más profunda, o bien vuestra generosidad en descenso soportará con dolor una castidad que ya no os parecerá más que una disminución de vosotros mismos, e inconscientemente os pesará, tal vez, haber consagrado a Jesús una castidad que ya no os parecerá más que una carga, puesto que se os manifestará ser menos hermosa y menos fecunda que el matrimonio. Entonces la caída está muy próxima, y en todo caso es la mediocridad de una vida religiosa replegada sobre un egoísmo en busca de compensaciones al sacrificio consentido en otro tiempo. Conocemos la tristeza de esas vidas estériles de viejos solterones cuyo corazón ya no contiene un amor de Cristo bastante fuerte y bastante puro. No podéis vivir sin un inmenso amor en el corazón.

En cada tentación, cuando descubráis por vez primera la dulzura de un sentimiento de ternura hacia una mujer, cuando realicéis por vez primera la alegría que habríais sentido al oírlos llamar «papá» por un niño, en esas ocasiones sabed bien que todo eso es normal. Aprended entonces a volver a considerarlo todo delante de Dios y sabed que Jesús os pide simplemente que le escojáis a él de nuevo como único objeto de vuestro amor.

Esto requiere una visión muy clara de la riqueza superior del amor que os ofrece Jesús –y es lo que he intentado haceros comprender–, y esto además supone siempre una entera y completa generosidad.

De cada una de estas experiencias, si vuestra elección de Cristo se hizo con toda generosidad, vuestro amor hacia Dios surgirá más casto y más fecundo. La naturaleza misma del amor que nos une con Cristo no soporta la mediocridad: esta lo arruina por la base. No se puede amar a Jesús dentro de la castidad más que de una manera absoluta, con una generosidad constantemente creciente; no se entrega uno a Dios a medias, es todo o nada.

La cruz de Cristo llenará vuestra vida de amor. No puede ser de otro modo.

Todo este crecimiento se efectuará en la sangre y en la lucha diaria, porque tendremos necesidad de una purificación cada vez más profunda de nuestras potencias de amar, en la misma medida en que crezca en nosotros la intimidad de nuestras relaciones con Dios.

Si nuestra alma permanece clara y generosa bajo la luz de Dios, fiel a la cruz de Cristo, será mucho más sencillo vivir todo esto que lo que pudiera parecer después de esta exposición.

* * *

No puedo terminar sin deciros antes algunas palabras acerca de las amistades, ya que tendrán que ocupar un puesto en vuestra vida. Jesús escogió algunos amigos. Por lo demás, no es la amistad como la más pura y más alta expresión de un amor casto, generoso, olvidadizo de sí mismo; es como el resultado de un éxito de la caridad divina entre dos almas. Pero además es preciso que nuestro corazón esté bastante purificado para ser capaz de amar de este modo. Es por esto por lo que la amistad ideal, que realiza una verdadera fusión de dos almas dentro de un mismo deseo de amar a Dios y de

ayudarse mutuamente en el camino que conduce a ese amor, no puede nacer verdaderamente más que en los corazones enteramente poseídos por el amor de Jesús.

Pero esto no quiere decir que no tengáis amigos, verdaderos amigos antes de haber llegado a este punto: será quizá lo más frecuente. Una amistad es algo que no se impone: supone una elección recíproca y una determinada connaturalidad de temperamento. Reposa siempre, por definición, en una base natural; por eso es extremadamente raro que, en sus comienzos, la amistad no ponga en juego a la sensibilidad. Este es el riesgo de las amistades nacientes. Participarán en el grado de purificación de nuestro amor hacia Cristo. Normalmente, nuestras amistades contendrán siempre una parte de atractivo sensible, que será preciso vigilar y dominar, si no queréis que vuestras amistades degeneren. Ya indiqué antes los signos por los que reconoceréis que una amistad no es plenamente recta y que ya no se armoniza con vuestro amor hacia Dios: esta amistad os preocupa constantemente, se interpone durante la oración entre Dios y vosotros; todo lo reducís a esa amistad, acapara vuestro corazón, que ya no está libre para Dios ni para los demás.

Una amistad supone siempre un intercambio mutuo: entre dos Hermanitos, ¿qué fin podrá tener este intercambio sino el de ayudarse mutuamente para poder vivir mejor su amor hacia Jesús? Os animaréis uno al otro en la práctica de la generosidad, uniréis vuestras dificultades a fin de poder superarlas mejor, habrá entre vosotros una emulación para tener más caridad, más espíritu de servicio de pobreza, de conocimiento de Cristo.

A medida que un alma asciende en su intimidad con Dios, sus amistades –a la vez que aumentan en profundidad y fidelidad– se establecen en un plano de intercambio más espiritual. En resumidas cuentas, el problema de la amistad se reduce a saber gobernar la sensibilidad para que quede al servicio del amor de Jesús, y este problema es diferente para cada uno y según las épocas de su vida.

Existen temperamentos que necesitan más que otros vigilar sus amistades, y será preciso aconsejar a ciertas personas que esperen antes de lanzarse a fondo a una amistad.

No sé si tendréis pocos o muchos amigos. Dejad que la Providencia os dirija, pero creo, en todo caso, que vuestra vocación de testigos del Amor fraterno en el mundo os invita a tener el mayor número de amigos posible en este sentido, que deberéis buscar el modo de dar al amor con que amaréis a todos los que se acerquen a vosotros el carácter y la profundidad de una amistad.

Vuestra actitud de alma frente a los hombres consistirá en intentar comportaros con ellos como se comporta uno con un amigo. Es por esto por lo que una amistad que se inclinara a la exclusividad y acaparara vuestro corazón sería no solamente en sí imperfecta, porque pondría obstáculos a la libertad de vuestro amor hacia Cristo, sino que además se opondría directamente a vuestra vocación de Hermanito universal.

* * *

La manera divina de amar a los hombres no se aprende sin sufrimiento. Por otro lado, no deberemos a nuestros propios esfuerzos el haber llegado a ella. Será por entero una fibra de Dios en nosotros, y también por entero el fruto de nuestra generosidad y de nuestra

colaboración.

Volveré a deciros lo que os decía al principio: Dios nos hará un corazón lo bastante hondo, lo bastante ancho y lo bastante puro para amar, apasionadamente y en la castidad, a todos los hombres y a nuestros amigos en nombre de Jesús, al precio de unas intimaciones y unas purificaciones cada vez más exigentes.

No os opongáis a todo aquello que exija de vosotros un renunciamiento a vuestro egoísmo, a vuestra tranquilidad. La cruz que os transformará procederá a veces de vuestras relaciones con los hombres, con vuestros hermanos; procederá del sufrimiento y de la desgracia del mundo, a los que habéis permitido entrar ampliamente en vosotros; procederá, sobre todo, de la purificación que operará el mismo *Espíritu Santo* en la intimidad de vuestras relaciones con la presencia divina.

El-Abiodh Sidi-Cheik, El Haouassi,
22 de abril de 1949

10 La obediencia

Estoy de nuevo en Roma, pero esta vez con un sentimiento más profundo de la responsabilidad que me impone mi presencia, en nombre de todos vosotros, cerca del portador de la autoridad de Pedro. Hemos llegado a un punto de desarrollo en el que nuestra dependencia de la Iglesia debe hacerse más consciente, más estrecha si queremos que nuestras Fraternidades sean, sin reserva, cosa del Señor.

Hace unos días os hablé acerca del proyecto de ampliación de la Fraternidad, que permitirá a los sacerdotes dedicados a un ministerio poder participar más de cerca en nuestra vida religiosa, y todo ello en el marco más vasto de la gran Fraternidad seglar, cuya vitalidad se afirma cada día más. Ahora me parece que este desarrollo estaba en germen desde el principio en nuestro interior y que no tardaría en llegar el día en que se manifestara al exterior. Este año traerá para todos un aumento de responsabilidades, de las cuales me parece ser la principal una obediencia verdadera y total a la Iglesia. En vísperas de asistir a la salida de algunos de vosotros para Canadá, Chile o Camerún, ¿cómo no experimentar la necesidad de ese factor de unidad que es la obediencia? La obediencia nos une los unos a los otros por el hecho de que nos sujeta a todos estrechamente con la voluntad de Cristo, que de este modo es, efectivamente, nuestro Jefe: no podría serlo enteramente de otra manera. Por esto era preciso que no abandonara Roma sin haberos hablado antes de la obediencia.

* * *

No me apartaré mucho de la verdad afirmando que las Fraternidades se encaminan, desde hace algunos años, hacia el nuevo descubrimiento de una práctica más verdadera de la obediencia. Tal vez esperé demasiado antes de hablaros acerca de este extremo, y algunos de vosotros ya me comunicaron el deseo de que lo hiciera. También sé el desconcierto de muchos que van en busca de un concepto justo acerca de la obediencia religiosa, y las prevenciones de algunos respecto a una disciplina de la que no captan la razón de ser, o que habían sufrido con anterioridad en el marco de una educación colectiva mal comprendida. Hablar, en este sentido, de un nuevo descubrimiento en la práctica diaria me parece cierto para muchos de vosotros. La obediencia es una de las exigencias inalienables de la Iglesia, es uno de sus valores esenciales; sin embargo, era necesaria una decantación de determinadas prácticas y aun de ciertos conceptos, en parte falsos, de la obediencia, que podrían introducirse furtivamente en la vida religiosa.

Me parece que ha llegado el momento de que nos pongamos con fe frente a las exigencias de una obediencia total a Cristo, y de que hagamos todos juntos en la vida de las Fraternidades un generoso intento de ponerlas en práctica.

* * *

Obedecer es entregar, en plena libertad, vuestra voluntad a la de otro, para obrar con él en conformidad de juicio, por lo menos práctico, si no se trata de una autoridad infalible por sí misma, y porque ese otro tiene pleno derecho a exigir esta sumisión de los actos de vuestra voluntad. Ese otro no puede ser, en definitiva, más que Dios, ya que sólo Él tiene derecho de obligar a una voluntad libre, pero creada por Él. Por tanto, sólo se puede hablar de obediencia frente a Dios, o frente a un hombre auténticamente investido por Dios mismo de una partícula de esa autoridad divina. Ahora bien, esta delegación de autoridad se encuentra realizada al máximo en la Iglesia por intermedio de Cristo. No podemos hablar de la obediencia sin hablar antes del misterio de Cristo y de su Iglesia. No podemos hablar de ella más que dentro de la fe y quisiera convencersos de que no podemos comprender nada si no permanecemos constantemente en ese plano: fuera de la luz que nos da la fe en el Señor Jesús acerca de todas las cosas, no podemos comprender ni la obediencia cristiana, ni sobre todo la que prometimos solemnemente a Dios en el acto de nuestra profesión. Es decir, inmediatamente, que no puede ser otra cosa que un misterio, incomprensible, y hasta chocante, para todos aquellos que no creen en el misterio de Cristo, y para nosotros mismos cada vez que nos dejamos llevar a juzgar las cosas desde un punto de vista que no es el de la fe.

El destino sobrenatural del hombre y su filiación divina le imponen una conducta que le obliga a superarse a sí mismo, a ir más allá de sus tendencias y de sus necesidades espontáneas. La intervención de Dios en la historia de la Humanidad mediante su Encarnación tiene para cada hombre una resonancia profunda y constante. Ya no nos basta obrar según nuestras tendencias espontáneas, aun las mejores y purificándolas; el nacimiento en nuestra tierra del Verbo Encarnado, su vida y su muerte en un patíbulo, su misterio íntimo de obediencia y de sufrimiento, la fundación de la Iglesia y nuestra introducción personal en el corazón de estas realidades por medio del bautismo nos obligan a aspirar hacia una nueva vida cuyas exigencias rebasan las que hubiéramos podido concebir y realizar naturalmente.

Determinados aspectos de este orden nuevo establecido por Cristo no pueden sernos naturales^[88]. Necesitamos para comprenderlos luz de Dios, y fuerza de Dios para traducirlos en la vida. El sufrimiento voluntario y redentor de la cruz y la misteriosa obediencia que condujo a Cristo ocupan el centro de este mundo nuevo al que pertenecemos. Si el amor a los hombres, el sentido de la justicia, el deseo de compartir por la pobreza el destino de los humildes encuentran en nosotros la complicidad de lo que hay de mejor y más fundamentalmente humano, desarrollándolo al mismo tiempo más allá, sin duda, de lo que hubiéramos sido capaces sin las invitaciones del Evangelio, en cambio, la obediencia, el amor a la cruz de la humildad, la pobreza como desasimiento interior de uno mismo no encuentran en nosotros más que oposiciones y contradicciones. No hay que contar, habitualmente, con adquirir estas disposiciones del alma como arrastrados por no sé qué movimiento espontáneo. Sólo al precio de desgarramientos dolorosos y de una activa colaboración en la acción de Dios, continuamente planteada, es como llegaremos a reproducir en nosotros todos los aspectos del misterio de Cristo.

* * *

Quisiera que ante todo hubierais hecho todos el esfuerzo necesario para comprender lo que fue la obediencia de Jesús. Él mismo os dará la luz necesaria para conseguirlo. Si el Cristo Señor es para nosotros el centro del mundo, la gran realidad que lo domina todo, y nuestra única verdadera razón de ser, hace mucha falta que aprendamos a vivir de él. Pero no hay que echar de lado nada del misterio de su ser, y la obediencia se nos aparecerá en el centro de su misión, de su vida de todos los días, como una preocupación constante, dolorosa, en la que se resumía para él el acto supremo de su obra de redención. «*Porque como por la desobediencia de un solo hombre fueron constituidos pecadores todos, así también por la obediencia de uno solo serán todos constituidos justos*» (Rom 5,19).

¡Cómo quisiera que aprendierais a seguir paso a paso en el Evangelio la evolución de ese drama interior que fue la realización de lo que a él le dictaba la obediencia! Adhesión paciente, puesto que duró todo lo que duró su vida de adulto; adhesión dolorosa de su voluntad a la de su Padre, que presentaba cada día a su libre aceptación de hombre el plan espantoso de la Redención por medio de la Pasión y de la cruz. No se trataba de una adhesión al principio de la salvación por medio del sufrimiento, sino de una aceptación de la Pasión en todos sus detalles, desde la condenación y muerte hasta el último estertor en el patíbulo. ¡Es menester haber comprendido esto! Es preciso haber descendido con todo vuestro amor hasta el fondo del alma del Señor, para saber un poco lo que fue la terrible realidad: no fue fácil, contrariamente a lo que nos inclinaríamos a pensar, sino en la tristeza y en la angustia.

Releed las tres predicciones de la Pasión^[89], la angustia asustada que le oprime al acercarse la última aceptación^[90] y la lucha postrera, desesperada, de la agonía de Getsemani^[91]. Es preciso que comprendáis que dijo *sí por pura obediencia*, que esta obediencia fue para él más dura a su razón humana que jamás podrá serlo para vosotros cualquier acto de obediencia, y que está en el centro, en el corazón mismo de vuestra redención personal. Jesús no sería nada para nosotros sin este acto de obediencia, que rescata a la Humanidad del pecado. Ninguna participación en la obra del rescate de nuestros hermanos será posible para nadie en adelante fuera de la perspectiva de la obediencia. Jesús se ofreció a ella hasta la muerte, y es por eso por lo que vivimos de la verdadera vida. Es un hecho histórico: es preciso mirarlo cara a cara, en la fe.

Ya no nos quedará más, si amamos al Señor, si queremos seguirle y trabajar con él en la salvación de nuestros hermanos, que pedirle cómo hacer para obedecer y a quién obedecer, ya que la existencia misma de un misterio de obediencia en nuestra vida y en el centro del cristianismo no podrá ofrecer ninguna duda para nosotros. Es todo o nada. Jesús está en la cruz por obediencia. No podemos rechazar el hecho de la obediencia más que separándonos de él. Que esto sea en vosotros una convicción de fe. Ningún razonamiento humano podría prevalecer contra un hecho. Las objeciones y las rebeldías que quizá pueden levantarse en vosotros a la idea de la obediencia deberán derrumbarse ante la cruz de Cristo; en adelante ya no pueden nada contra el principio, pero tal vez sean válidas estas objeciones contra ciertos modos de practicar la obediencia.

Es demasiado importante para nosotros entrar a fondo en el misterio de la obediencia

de Cristo, para que no nos permitamos conservar la menor duda respecto a la manera de obedecer. En esto no debemos tolerar una desviación o una falta de verdad cualesquiera.

* * *

No tengo la intención de hacer aquí una teología de la obediencia. Otros lo han hecho. Se trata, más exactamente, de saber lo que el Señor nos pediría prácticamente respecto a la obediencia y lo que nos diría a este propósito si volviera a estar entre nosotros. Podemos saberlo poniendo nuestra fe dentro de un espíritu deliberadamente realista y leal, a la escucha del Evangelio y de lo que el Espíritu Santo pudo decirnos por medio de la Iglesia.

Jamás nos atreveríamos a decir que no estamos dispuestos a obedecer si Dios mismo nos hablara. Inmediatamente convenimos en esta obligación, lo que no quiere decir que tendríamos siempre el aliento y el desapego de alma suficientes para hacerlo en cada ocasión; pero, en fin, estamos plenamente de acuerdo en reconocer que Dios tiene derecho a obligarnos.

La obediencia de Abrahán y de Moisés, la de Juan Bautista, la de José y, sobre todo, la de María se nos presentan en esta perspectiva, y muy distintas de la que, de hecho, se nos pide: todos estos hombres oyeron directamente y con certidumbre la palabra de Dios. El Señor mismo les habló. Así, su rápida obediencia nos parece muy natural y, sin razón por otro lado, más fácil. Nos sucede también a veces que no podemos comprender fácilmente cómo pudo hacer Adán para desobedecer; nos parece que, puestos en su lugar, no habríamos podido jamás obrar de una manera tan ilógica. Obedecer a una orden de Dios, transmitida pasivamente y sin deformación por un profeta, nos parece algo completamente normal. Pensamos que el verdadero problema empieza cuando se trata de someterse a un hombre, actuando ciertamente en nombre del Señor, pero libremente, bajo el imperio de sus defectos, y cuya rectitud de juicio no está garantizada lo más mínimo por una acción infalible del espíritu de Dios. Esto nos parece de otro modo difícil y, digamos la palabra, peligroso e insensato. Sin embargo, es de este modo como Cristo quiso establecer la autoridad en su Iglesia: *«El que os escucha a vosotros me escucha a mí; y el que os rechaza a vosotros me rechaza a mí; y el que me rechaza a mí rechaza al que me ha enviado»* (Lc 10,16). Dejando aparte la infalibilidad conferida a Pedro y al cuerpo de los apóstoles en la enseñanza de las verdades de la fe, los jefes de la Iglesia, aunque asistidos por Dios, no están garantizados de cualquier desviación de juicio en el gobierno de la asamblea cristiana. Y, sin embargo, son los jefes y pueden obligarnos en nombre de Cristo. Las probabilidades de error, de negligencias perjudiciales, de juicios falseados por la pasión parecen aumentar aun a medida que esta autoridad está repartida, en un grado menor, entre un mayor número de superiores, cuya jurisdicción se ejerce en un campo más restringido. ¿Cómo pudo Cristo concebir una manera semejante de unirnos con su propia voluntad, y qué ventajas pretendía al organizar la Iglesia de este modo? ¿No nos habríamos encontrado en mejores condiciones para conformarnos con su voluntad si Jesús nos hubiera dejado directamente, como única regla, su Evangelio, sin interponer entre esa enseñanza y nosotros un intermediario humano necesariamente

imperfecto? Nos encontramos ante una institución que habría podido no existir o existir de otra manera; en realidad, fue pensada y deseada así por el Señor en persona. La Iglesia se ha visto conducida, en virtud de su misión, a conferir a los superiores religiosos investidos por ella como una extensión de su autoridad y de su poder de gobierno. Sujetándose por medio de un voto de obediencia recibido por ella, aquellos que lo desean por amor piensan, por tanto, encontrar, en su vida diaria, una expresión auténtica de la autoridad de Cristo presente en su Iglesia^[92]. No tengo por qué demostraros aquí ni la constitución de la Iglesia ni la de su vida religiosa; supongo que todos las conocéis. Bastará con recordaros que las palabras del Señor: «El que os escucha a vosotros me escucha a mí...» se aplican realmente a los superiores religiosos auténticamente establecidos por la Iglesia, y dentro de los límites de su autoridad.

Creo que hay algo mejor que hacer que inclinarse ciegamente ante una institución parecida: es preciso intentar comprenderla bien. Por lo demás, ¿cómo es posible escoger con toda libertad y deliberadamente el compromiso de avanzar decididamente por un camino semejante sin haber descubierto plenamente todo su significado?

* * *

Dios, dentro de sus diferentes modos de obrar con nosotros, no tiene otro fin que el de prepararnos un alma capaz de unirse con Él, sin vacilaciones ni reticencias, en el día de la revelación de su Faz. Nuestra dificultad para entrar en las intenciones divinas proviene de que somos incapaces, en nuestro estado actual, de sospechar las exigencias de un encuentro semejante. ¿No será preciso que, desde ahora mismo, hayamos adquirido los reflejos de humildad, de plena claridad de espíritu, de entera flexibilidad y obediencia al menor deseo del Señor, para que puedan funcionar sin retraso en ese instante supremo para el cual sólo nuestra vida tiene un sentido? Esos hábitos espirituales condicionan absolutamente la fuerza y la pureza de amor requeridas para la unión de nuestro ser con Dios. Entonces ya no podremos pasarnos sin tener un alma obediente.

Esta preparación debe hacerse dentro de nuestra condición terrestre de hombres sensibles, torpes, debido a la tiranía de nuestros cuerpos y socialmente unidos a otros hombres; los hábitos de obediencia sólo podrán penetrar en lo íntimo de nosotros mismos por medios igualmente sensibles y plenamente humanos. En este terreno, como en todos los de la vida espiritual, nunca estaremos suficientemente convencidos de la importancia de obrar sin romper la perfecta unidad de nuestro ser: esta unidad no está hecha de la yuxtaposición de un cuerpo y de un alma, estorbándose el uno al otro, unidos en nombre de no sé qué compromiso hecho de mutuas concesiones. Somos hombres para la eternidad y es en nuestro cuerpo destinado a la resurrección en donde debe inscribirse asimismo cada uno de los esfuerzos que hagamos para ser más humanos y mejores hijos de Dios. Nos es imposible ser espiritualmente obedientes a Dios sin serlo total y humanamente. ¿Y cómo llegaríamos a serlo sin someternos a unos hombres visibles? «*Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no harán caso ni aunque resucite un muerto*» (Lc 16,31). Nos hacemos gravemente ilusión si esperamos para llegar a ser obedientes otras condiciones que las que nos son impuestas actualmente cada día. No habrá que

decir de la obediencia lo que san Juan decía del amor: «*El que no ama a su hermano, al que ve, no puede amar a Dios, al que no ve*» (1Jn 4,20).

Entregar tu voluntad es amar, es también obedecer. ¿Cómo puedes creerte capaz de obedecer a Dios, al que no ves, si no eres capaz de obedecer a tu hermano que está ahí, a tu lado?... «No harán caso ni aunque resucite un muerto».

Para enseñarnos progresivamente esta obediencia a su voluntad, lo único que podía hacer Jesús era llevarnos a la escuela de una obediencia humana, y es por esto por lo que obró de suerte que haya podido decir de algunos: «El que os escucha a vosotros me escucha a mí; y el que os rechaza a vosotros me rechaza a mí...». En este aprendizaje hay también un atajo, un camino más abrupto, más desconcertante. Del mismo modo que respecto al desasimiento de los falsos bienes creados hay una invitación del Señor a la pobreza total, también en el terreno de la formación a la obediencia hay la invitación del Señor a someter a una autoridad no ya solamente algunos actos esenciales a nuestra pertenencia a la Iglesia, sino toda nuestra vida.

En general, se suele considerar la escuela de la obediencia demasiado únicamente como una ascesis, como una disciplina que debe gastar nuestros reflejos de orgullo, haciéndonos más humildes, más flexibles, como «el cadáver entre las manos del lavador».

Y en esta flexibilidad adquirida se ve demasiado un medio de formar colectividades, tan rápidas y precisas en su acción para el apostolado exterior como lo sería un instrumento bien montado en el que cada rueda está al servicio de la marcha del conjunto. En esta perspectiva los defectos de los superiores, sus exigencias, sus mismos caprichos pueden parecer aptos para dar forma más rápidamente a unos instrumentos dóciles y para educar a unos hombres renunciados, dispuestos a todo. De ahí a pensar que es mejor para un superior utilizar deliberadamente tales medios, en interés mismo de los que están confiados a su autoridad, no hay más que un paso, franqueado con excesiva facilidad.

Indudablemente no es falso considerar la obediencia bajo su aspecto ascético, pero este aspecto no deja de ser secundario a una realidad esencial más elevada, y muy frecuentemente olvidada. Un superior que no tenga a la vista más que este concepto negativo y mortificador del objetivo de su autoridad se verá obligado a resignarse demasiado fácilmente ante las insuficiencias de su mandato, de sus defectos, y, sobre todo, llegará a ser incapaz de conducir a sus religiosos hasta la perfección de una verdadera obediencia. Ni siquiera sabrá crear el clima indispensable para que puedan llegar a un justo concepto de la obediencia.

Sin duda, sabemos muy bien los que tenemos que obedecer, la necesidad en que nos encontramos a veces de ser gobernados con más rudeza, y que nos es saludable. Determinadas raíces de orgullo de instinto de dominación, de confianza presuntuosa en nuestros juicios no pueden ser destruidas sin verdaderas pruebas, que descenderán dolorosamente hasta las zonas más íntimas de nuestra personalidad. Lo necesitamos. Estoy persuadido de que es uno de los efectos de la obediencia deseada por Dios, y que es probablemente también uno de los medios permitidos por Él a fin de que, en

definitiva, se tornen bienhechoras las debilidades y los defectos inherentes a una autoridad humana.

En este sentido se puede afirmar que todo aquel que obedece no podría estar en el error, ya que siempre existe para él una salida que, en fin de cuentas, y a pesar de las apariencias a veces contrarias, le permite salir del paso dentro de una proximidad mayor a su Dios.

* * *

El Señor quiso ante todo, por medio de la obediencia, permitirnos una unión más constante de nuestra voluntad con la suya: «El que os escucha a vosotros me escucha a mí». Esto supone, en el jefe auténticamente investido de esta autoridad, una busca permanente de la naturaleza de esta voluntad divina, según las diferentes coyunturas y las varias necesidades de los hombres confiados a su dirección. A pesar de que ninguna promesa de infalibilidad venga a garantizar contra el error esta porción del terreno de gobierno de la Iglesia, hay que creer, no obstante, que todos aquellos que tienen esta autoridad reciben, en la medida en que son susceptibles de ello, las luces y los confortamientos necesarios para ejercerla bien: *«Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo»* (Mt 28,20). *«Porque donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos»* (Mt 18,20). Cristo nos asiste y está con toda certidumbre al lado de los superiores a fin de ofrecerles una ayuda cuya eficacia dependerá de su aptitud general para recibir la dirección del Espíritu Santo. Es preciso renunciar a comparar el ejercicio de la autoridad divina en la Iglesia con el de una autoridad simplemente humana. Ya dijimos que había aquí un misterio de fe. El fin único del superior, cuando manda, debería consistir en conducir a sus hermanos, a través de su propia voluntad, hacia una unión más estrecha con la voluntad de Cristo. Esta actitud supone una visión tan clara como sea posible de esta voluntad, en lo que concierne al bien personal de cada religioso o al bien general de la comunidad confiada a su dirección. Tendrá que hacer un esfuerzo para descubrir lo que el amor de Dios exige en todo instante de cada uno y de todos, y deberá adoptar para esto todos los medios normales a su alcance, dentro de la humildad y de la desconfianza de sus defectos habituales. Generalmente es sólo más allá de este límite, cuando el responsable agotó lealmente todos los medios de información a su alcance, que puede intervenir una asistencia extraordinaria del espíritu de Dios. Entre esos medios ordinarios, uno de los principales es la colaboración confiada, franca y sin reticencias de los subordinados. ¿Cómo podría adivinar el superior, faltando esa colaboración, en qué sentido dirigir a sus Hermanos? Hace falta a menudo más cantidad de esfuerzo resuelto para mantener un contacto eficaz de información y de abertura con el superior que para someterse pasivamente a una orden dada inoportunamente como consecuencia de una ignorancia de la verdadera situación. Nada es tan temible como el aislamiento de un superior. Es una situación falsa, y no hay que temer atribuir una parte de responsabilidad a aquellos que todo lo esperaban pasivamente de sus superiores. Lo diremos una vez más: los superiores no podrán adivinar lo que no se les diga.

Es importante, por tanto, establecer la obediencia en un clima de total confianza fraterna. Rodear a la autoridad religiosa con manifestaciones exageradas de respeto reverencial arriesga arruinar la posibilidad misma de un justo ejercicio de dicha autoridad, ya que hará más difíciles, más raras, menos espontáneas las confidencias y las observaciones de los subordinados que una atmósfera de sencillez habría hecho posibles. La obediencia a la autoridad de la Iglesia debe tender a establecerse no sobre el temor, sino sobre el deseo de unir la voluntad propia con la del Señor, lo cual constituye el fin común y único tanto del que obedece como del que manda. Los dos tienen la misma preocupación, los dos miran en el mismo sentido, y por esto es por lo que deben y pueden colaborar fraternalmente buscando la voluntad de Jesús. Todo esto sólo tiene sentido dentro de la fe viva en la presencia de la voluntad de Cristo en la del superior. Cuando con completo conocimiento de causa decide algo el superior, su hermano debe obedecer entonces sin vacilación, no por temor ni por un efecto del prestigio del jefe, ni por amor hacia él, aunque estos motivos puedan concurrir en segundo término, sino ante todo porque sabe, en su fe viva, que en ese momento se realiza para él esta promesa del Señor: «El que os escucha a vosotros me escucha a mí». Ya se comprende qué educación de la fe supone una actitud semejante para que llegue a ser habitual, y que no puede ser comprendida ni deseada más que dentro de un gran amor hacia el Señor y de un vivo deseo de estar siempre con Él, lo más cerca posible de su voluntad.

* * *

Hermanitos, a eso es a lo que tenemos que llegar. Tenemos que esforzarnos en este sentido con la ambición de poder llegar algún día a ofrecer al Señor un corazón perfectamente obediente. No basta con haber comprendido, mediante la fe, el misterio de la obediencia cristiana; no basta con haber preparado a nuestro corazón para la obediencia; es menester además tomar la costumbre de obedecer en lo concreto, es preciso que acabemos por ser verdaderos obedientes: «¿Por qué me llamáis Señor, Señor, y no hacéis lo que os digo?» (Lc 6,46). No lo conseguiremos sin practicar unos actos voluntariamente repetidos. Todos debemos colaborar en este sentido: los que os tienen que formar en el noviciado, vuestros responsables, vuestros hermanos, todos deben ayudaros. Llegará un día en que comprenderéis, acerca de este punto como de otros muchos, que vuestra fuerza habrá radicado en la abertura mutua y la corrección fraterna, francamente deseada y recibida.

Después de lo que hemos dicho, parecen posibles dos métodos de formación en la obediencia: el primero, quizá el más comúnmente seguido, consiste en poner al novicio, sin transición, frente a las múltiples órdenes expresas de un reglamento, al que se añaden, frecuentemente, órdenes precisas, algunas veces humillantes, de los superiores. Este modo de operar, que se inspira en un concepto de la obediencia en el que predomina el aspecto ascético, tiene tal vez la ventaja de conducir con más rapidez a una disciplina de la voluntad, de llevar a la adquisición de costumbres de sumisión y de poner al descubierto, provocándolas, las relaciones de amor propio o de orgullo. ¿Pero es que no se corre el riesgo de dejar en la sombra la formación, necesariamente más lenta, del

espíritu de fe? ¿Es que este espíritu de fe no debería estar lo suficientemente desarrollado para que pudiéramos ver en todas las órdenes expresas emanadas de la autoridad o de la regla como unos puntos de cita con la voluntad de Cristo? Al acentuar con exceso el aspecto disciplinario y ascético del mando, ¿es que el superior no se arriesga él mismo a perder de vista que no puede y no debe utilizar el formidable poder de pedir en nombre de Cristo nada más que con el único fin de conducir a los corazones y a las voluntades que le son confiados hacia un ejercicio más generoso del amor? Jamás se pondrá demasiado en evidencia la unión con la voluntad de Cristo, que es lo que constituye la obediencia religiosa. Esta unión de voluntad con Dios es el único fin capaz de justificar todos los heroísmos y todos los sacrificios que exige a veces una obediencia fiel. Si la obediencia no fuera otra cosa que ascesis o disciplina, ¡qué decepcionante sería! Por tanto, nunca se subrayará bastante hasta qué punto están obligados los superiores a buscar al máximo la verdad total y la caridad perfecta en el ejercicio de su autoridad.

Al lado de este método existe otro, que tomará, por el contrario, como punto de partida la formación de una fe sólida en la presencia de Cristo dentro de la jerarquía de la Iglesia. No se pondrá al religioso frente a unas órdenes precisas y numerosas, sino en la medida en que su grado de fe y de amor le permita comprender su sentido, deseándolas al mismo tiempo. No quiero decir con esto que no se deba exigir inmediatamente una cierta disciplina exterior de obediencia. Eso ni que decir tiene. Es pidiendo como a menudo se consigue descubrir. Quiero decir que es preciso ser discreto en la utilización de reglamentaciones y de órdenes en las que se tiene la intención de comprometer la obediencia... Que no se comprometa demasiado de prisa la obediencia religiosa dirigida a Cristo con demasiados detalles. Me parece que en ese caso habría una falta de respeto hacia ese depósito sagrado que es el poder de mandar en nombre de Cristo, otorgado a los hombres, ante todo, para conducirles a la perfección del amor. No le pongamos en marcha más que con ese fin. Esto supone que sepamos perseguir el crecimiento de las almas en la caridad, que es lo que únicamente puede hacer desear la unión de voluntad con Dios dentro de la obediencia. No les impongamos un ritmo de obediencia que no estén todavía en condiciones de seguir. Sin duda, los progresos serán tal vez menos rápidos en el terreno de la adquisición de costumbres de disciplina y de docilidad; pero, ¿es este el primer objetivo que se busca conseguir? Formar para el Señor un corazón totalmente obediente es una obra más profunda y de más larga duración. Un año de noviciado no podría bastar para lo que debe ser el resultado y el fruto de una vida entera. La obediencia depende demasiado del amor, del que no es, después de todo, sino una expresión, para no estar también unida con él en su crecimiento. No se puede obedecer más de lo que se ama y no se puede amar sin obedecer a aquel a quien se ama. La obediencia es la prueba del amor. Por tanto, puede y debe crecer indefinidamente como él. No se debería exigir a un novicio actos que, para ser verdaderos y humanos, supondrían una fe más viva y un corazón más profundamente obediente. Estaría dentro de lo normal que un joven religioso sea menos profundamente obediente que un religioso anciano, el cual habrá tenido tiempo de aprender las exigencias del amor. Sin embargo, asistimos con frecuencia a un movimiento inverso. Sé perfectamente que es normal que

un adolescente o un joven sea más dócil, más humilde, más sumiso, porque tiene que aprender más de los otros y de la vida que un hombre ya hecho. Pero esta realidad, aun siendo el fundamento humano indispensable de la obediencia al Señor, no podría, sin embargo, reemplazarlo. La obediencia consagrada a Cristo entre las manos de la Iglesia procede de la fe y del amor sobrenaturales y, como tal, debería aumentar con la edad y la madurez espiritual. Es cierto que no se expresará del mismo modo en un adolescente que en un hombre maduro por la experiencia.

Por tanto, la formación a la obediencia verdadera debe tener en cuenta esa ley de crecimiento, apuntando a conducir al religioso, a través de las diversas épocas de su vida con Dios, hacia un progreso constante de la obediencia. Debería ser normal, en nuestras Fraternidades, que un Hermanito, empeñado desde hace varios años en el servicio de Dios, sea más fundamentalmente obediente que un novicio.

* * *

Hermanitos, no creceréis en obediencia si no la ponéis en práctica con frecuencia. Me habéis pedido algunas directivas respecto a este terreno concreto. Muchos de entre vosotros os habéis extrañado un poco, a veces, de que los responsables de las Fraternidades se muestren tan poco exigentes respecto a la obediencia, no atreviéndose a menudo a tomar decisiones claras, dejando a cada uno la iniciativa y la responsabilidad de sus actos. Es cierto que esta actitud llevada demasiado lejos y erigida en principio equivaldría a hacer ilusorio el ejercicio del voto de obediencia.

Sin embargo, quizá era necesario que fuera así al comienzo, cuando los responsables, jóvenes y poco experimentados, podrían temer dificultar la acción de Dios en el alma de sus hermanos mediante unas decisiones torpes. Es conveniente que os deis bien cuenta del respeto con que debéis considerar la obra de Dios en cada uno de vuestros hermanos en los que debéis ejercer la autoridad, y que esta exigía de vosotros una colaboración real con el Espíritu Santo, sin el cual no podría edificarse ninguna obra de amor verdadero. Sé también que en los comienzos de una fundación, cuando Dios debe estampar su sello de una manera más directa y más personal en las Fraternidades y en la persona de cada hermano, la libertad de acción del Espíritu Santo debería prevalecer sobre una dirección demasiado estricta de la autoridad, dirección que arriesgaba restringir dentro de unos límites demasiado estrechos un ideal al que sólo Dios puede otorgar toda su plenitud, y hacer de modo que viva realmente entre nosotros. No obstante, y cada vez más, los responsables deben ser ahora plenamente conscientes de su papel y ejercerlo sin timidez, así como sin presunción, permaneciendo muy abiertos a las lecciones de la experiencia, a los consejos de sus hermanos y a las inspiraciones del Espíritu Santo. Hermanitos responsables, no seáis demasiado tímidos, pero seguid siendo humildes. Mientras vuestros hermanos puedan deciros todo lo que sienten, y estén en estrecho contacto con vosotros, no temeré ninguna desviación grave. Sabed ser claros y no tengáis miedo de exigir con entero conocimiento: no temáis demasiado apenar a vuestro hermano, tan luego como le pedís un esfuerzo de mayor generosidad que quizá no habría tenido valor de hacer por sí solo sin el aguijón del mando. No olvidéis tampoco que hay un terreno de

decisiones cotidianas cuya naturaleza no compromete a los valores morales y no tiene relación con el ideal de la Fraternidad. Un clima de indecisión perpetua es más perjudicial que la nitidez de unas directivas quizá imperfectas en sí, pero que por lo menos tienen el mérito de existir, de ser claras y de permitir a vuestros hermanos incorporarse a la voluntad de Cristo obedeciendo. Es preciso que todos los responsables hagan este año un esfuerzo en este sentido.

No temáis pedir, exigir, lo que un hermano no podría dar todavía por sí mismo. Señaladle el camino y reanudadle.

¿Cómo podríais permitir que en vuestra Fraternidad se introdujeran el desdén, la tibieza, la pereza, la negligencia en la oración, el egoísmo, sin que hicierais todo lo que está a vuestro alcance para impedirlo, sin hacer las observaciones precisas para que vuestros hermanos vuelvan al buen camino? ¿Esperar a que se dé cuenta por sí mismo? ¿Y si no lo consigue? ¿Y si los demás sufren? ¿Y si la atmósfera de la Fraternidad se desfigura? Hermanitos responsables, no tenéis derecho a que esto suceda. Id adelante, animosamente, confiando en la generosidad de vuestros hermanos, cuya voluntad desfalleciente no espera tal vez más que vuestra ayuda para partir de nuevo. Es esta obligación total respecto a la vida de cada uno, para todos y principalmente para el responsable, lo que hará la fuerza de nuestras Fraternidades frente a la usura del tiempo.

* * *

Si pido un esfuerzo a los responsables para que aprendan a ejercer su autoridad, en nombre del Señor y por Él, también pido a todos otro semejante, a fin de que adquiráis la costumbre de ir al encuentro de la obediencia.

Nuestras pequeñas Fraternidades, con su reglamento tan flexible, en las que a menudo cada hermano va a su trabajo por su lado, siguiendo un horario diferente, están expuestas al riesgo de no ofrecer sino muy raras ocasiones de ejercer la obediencia. Es una verdadera lástima cuando se ha comprendido lo que representa la obediencia para conducir a un amor sin ilusiones. Este riesgo puede no tan sólo ser evitado, sino volverse ocasión de una obediencia más personal. En determinadas formas de la vida monástica, el religioso está como forzado a una obediencia a la que difícilmente puede escapar: las órdenes expresas de la campana, del horario, del coro, del reglamento son constantes. En cada momento se ve intimidado a obedecer de una manera apremiante. Apenas hay modo de escapar. Existe, sin duda, el riesgo de una obediencia pasiva. Esta clase de obediencia no podría existir entre nosotros sino en una débil medida. En las Fraternidades *la obediencia será activa o no será obediencia en modo alguno*. Quiero decir que cada Hermano tendrá que ir al encuentro de la obediencia: es preciso pensar en ella, desearla, someter voluntariamente sus actividades a la bendición de Cristo, que es la obediencia. Se necesita para ello un espíritu de fe en estado de alerta y una costumbre, difícil de adquirir, para determinados temperamentos distraídos o individualistas. Si no salís al encuentro de vuestro responsable para pedirle consejo y someterle vuestras actividades, aun las más insignificantes, no seréis obedientes: un Hermanito no podría aceptar semejante eventualidad. Y lo haréis no porque os entendáis bien con vuestro responsable,

o porque tengáis confianza en sus juicios, sino porque queréis probar vuestro amor a Cristo de otro modo que con palabras: sometiéndole voluntariamente los actos de vuestra vida. Digo que a través del consentimiento de vuestro responsable recibís una bendición de Cristo sobre vuestros actos. Si amáis a Jesús no podéis hacer otra cosa que ir al encuentro de esta presencia de su voluntad en vuestra vida diaria: *«No todo el que me dice: ¡Señor!, ¡Señor!, entrará en el reino de Dios, sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial»* (Mt 7,21).

Es de otro modo más difícil que obedecer a la campana o al reglamento: es, sin embargo, la verdadera obediencia libre, la que nos aproxima a Cristo. En cuanto a la manera de proceder y a la naturaleza de las decisiones que habrá que someter dependerá un poco del temperamento de cada uno. No se debe medir el grado de obediencia interior por la frecuencia o la minuciosidad con que recurramos al responsable. Alguno, de naturaleza más meticulosa, podrá hasta exagerar, sin ser por eso más obediente que otro, que, debido a distracción inveterada o porque ve las cosas desde más arriba, sólo se someterá a las decisiones más importantes. Cada uno procurará no abundar en su propio sentido, y en el momento de las revisiones de vida, vuestro responsable y vuestros hermanos deberán señalaros las deficiencias en vuestra manera de obedecer.

Cuando recurráis a vuestro responsable cuidaréis muy bien de observar una lealtad perfecta para con vosotros mismos. Puesto que os toca tomar la iniciativa de un proyecto antes de ir a someterlo a la sanción de la obediencia, no os remitáis únicamente a esta para estar plenamente convencidos del valor o de la oportunidad de vuestra proposición. Antes de solicitar una autorización, tomaros vosotros mismos el trabajo de pesar el pro y el contra, preguntándoos con toda lealtad lo que aconsejaríais hacer a los demás en este caso, para ser plenamente fiel a su vocación. No busquéis la aprobación de lo que sospecháis ser un capricho o una falta de generosidad y no arranquéis a la timidez o al cansancio de vuestro responsable una autorización para hacer lo que sabéis ser en realidad una cobardía. No es ni claro, ni leal, y la obediencia así comprendida deja de ser una colaboración, dentro de la verdad, con vuestro responsable, con vistas a la unión con la voluntad divina.

* * *

En la realidad, será difícil a menudo obedecer. No tengo necesidad de repetir aquí los obstáculos, los sufrimientos con que la obediencia puede tropezar en su camino. La obediencia se mueve en medio de realidades divinas invisibles, que son las que únicamente la justifican y, como el amor, no podría ser perfecta sin heroísmo. En cuanto abandonéis el terreno de la fe ya no podréis obedecer. Tropezaréis ante la menor dificultad y se os representarán en toda su fuerza todas las objeciones contra la obediencia.

Entre estas muchas no son válidas más que contra una noción falsa de la obediencia, y lo que acabamos de decir debe de haber disipado la mayoría de vuestras dificultades. De este modo la acusación de entorpecer la iniciativa y el sentido de la responsabilidad cae ante una obediencia activa que es, por el contrario, una colaboración consciente,

plenamente humana, con la voluntad divina sobre vuestra vida, especialmente si sois fieles al deber de informar a quien tiene que tomar las decisiones, llevándole los elementos de apreciación que sois capaces de traer.

También debéis estar capacitados para resolver por vosotros mismos la única verdadera dificultad de la obediencia: la de una orden que os parece, con evidencia, inoportuna o contraria a la verdad. Si una vez hecha la advertencia a vuestro responsable, este mantiene su orden, ya sabéis que tenéis que obedecer y que no existe para vosotros otra salida que la sumisión sincera y leal, como hombre, de vuestro juicio práctico. Por juicio práctico quiero decir que juzgamos ser bueno y oportuno para nosotros, ante Dios, en el caso dado, obrar conforme a la orden recibida a causa de la autoridad divina. Debéis hacerlo lealmente y con arreglo al pensamiento de vuestro superior. Os queda, con toda seguridad, en materia grave, la posibilidad de recurrir a una autoridad superior, si lo juzgáis oportuno. Aquí es tal vez cuando se rebela vuestra razón, al pensar que la obediencia podrá constreñiros a obrar de una manera menos oportuna o menos perfecta que si hubierais decidido por vosotros mismos. Quizá os parezca que hay en eso una falta de verdad. No lo pienso así. La verdad entera abraza no únicamente el mundo visible, el orden temporal, sino también el mundo invisible, al que se llega por la fe. Os repito que fuera de la fe la obediencia religiosa sigue siendo incomprensible. Y en este orden, ¿no existe un valor superior en que sean salvaguardadas la unidad y la fuerza de cohesión de esta institución de Cristo que es la Iglesia? Si es verdad que algunos hombres representan auténticamente su voluntad, lo es de una manera incondicionada. El riesgo del error humano era conocido y aceptado por Cristo. Valía más que la Iglesia se fundara con este riesgo de error que no existiera bajo ninguna forma. Sucede un poco con la autoridad de la Iglesia lo que con la ley de indisolubilidad del matrimonio: una sola excepción reconocida la arruinaría por completo. Hay que reconocer que una ley o una institución realmente destinadas a una mayor perfección de todos puede en un caso particular parecer injusta e ir en contra del bien de algunos. Este será vuestro caso ante una orden que os parezca insensata, pero que, legítimamente dada, no deja ya por menos de ser la expresión auténtica de la voluntad de Cristo para vosotros. El beneficio general y constante de una jerarquía depositaria de la autoridad divina para vosotros y para todos los hombres compensa ampliamente de las deficiencias parciales y excepcionales en su ejercicio por superiores imperfectos. Queda que debemos hacer un gran esfuerzo para que el número de estos superiores sea lo más restringido posible. No insistiré acerca de lo que dije respecto a la grave responsabilidad de los que ejercen esta autoridad.

Debemos dar muestras de gran prudencia en pensar que tenemos razón contra nuestros superiores. La edad y la experiencia de los hombres os enseñarán hasta qué punto es fácil tener miras parciales respecto a un asunto; atribuir un valor absoluto a lo que no es más que relativo, aumentar la importancia de lo que roza a nuestros intereses, obcecarse sobre una idea porque somos los autores. El sentimiento justo de vuestras capacidades debería haceros capaces de juzgar que en las cuestiones contingentes, vuestro responsable tiene por lo menos tantas probabilidades de ver claro como vosotros. Por lo demás, uno de los valores de la obediencia consiste en obligarnos a veces a un

nuevo examen de una opinión o a volver a considerar una decisión tomada. Salvo en ciertos casos muy evidentes, deberíamos conceder a nuestros superiores el prejuicio favorable. Determinados espíritus inclinados a la contradicción parecen, por el contrario y sin verdadera razón, concederles un prejuicio desfavorable. Pero creo haberos dado ya en la regla de vida unas instrucciones acerca de este punto y por eso no insistiré más.

No lo sabemos todo y lo que sabemos no está exento de errores: darse bien cuenta de ello, dentro de un deseo de conocer mejor recibiendo de aquellos que pueden enriquecer nuestros conocimientos, nos proporcionará una inteligencia abierta para todos, atenta a instruirse en todas las ocasiones. Entonces es cuando podemos ser enseñados por Dios, por los hombres, por las cosas. Esta actitud, llamada *docilidad*, nos pone más especialmente en estado de poder ser instruidos por Dios y por la Iglesia. Ya se ve cómo la docilidad es una actitud de la inteligencia conforme con la verdad de nuestra situación, en tanto que la obediencia es una disposición de la voluntad, disposición igualmente conforme con la realidad del orden establecido por Dios.

* * *

No quiero terminar sin decir unas palabras acerca de la obediencia a la Iglesia en materias más graves, que tocan a su misión de enseñanza. Se tratará de opiniones teológicas de la disciplina litúrgica, de determinados conceptos referentes a la acción temporal o social, de actitudes prácticas que comprometan a la cristiandad en la colaboración con hombres o partidos que profesan doctrinas radicalmente incompatibles con la de Cristo.

Es en este terreno en el que ciertos espíritus encuentran las mayores dificultades para obedecer cuando las directivas doctrinales o prácticas de la Iglesia les parecen manifiestamente opuestas a una sana adaptación a los problemas planteados a la conciencia contemporánea, o contrarios a un progreso en la organización de la sociedad temporal.

Me parece que no será inútil recordaros aquí los límites dentro de los cuales la enseñanza doctrinal de la Iglesia os pide una sumisión del juicio especulativo, es decir, *de la inteligencia misma*. Este terreno coincide no solamente con aquel en el que se ejerce la infalibilidad de la Iglesia, sino con aquel en el que se ejerce normalmente, con la asistencia divina, su misión de enseñar a los hombres; ya que como depositaria de la verdad, la jurisdicción de la Iglesia, y esta es una de sus prerrogativas propias, participa del poder regio de Cristo que reina en los espíritus. Todas las veces que actúa el privilegio conferido por Cristo a san Pedro y a sus sucesores, y todas las veces que la Iglesia entiende enseñarnos en nombre del Señor, debemos someter nuestra inteligencia como a Dios mismo, dentro de un movimiento de fe confiada y fiel. Aparte de las definiciones propiamente dichas y de la enseñanza solemne y universal dada por el Papa en sus encíclicas, me parece pedir una semejante sumisión de la inteligencia. Las cartas encíclicas del Soberano Pontífice, cuya importancia respecto al asunto tratado y a la universalidad de la enseñanza pueden, por lo demás, variar de una encíclica a otra, aun no reuniendo siempre quizá todas las condiciones que garantizan la infalibilidad, representan de tal modo el pensamiento mismo de la Iglesia en su función de custodio de

la fe, que me parece difícil que un hijo fiel de la Iglesia pueda rehusar dar toda la adhesión confiada de su inteligencia como a la enseñanza misma del Señor. Vosotros, Hermanitos, os lo ruego, no alberguéis jamás la menor vacilación dentro de vuestro corazón ante las palabras solemnes del Soberano Pontífice enseñando a la Iglesia: debéis adheriros a ellas con toda vuestra fe, cueste lo que cueste y suceda lo que suceda. No podemos ni debemos poner nada por encima de nuestra fidelidad a la Iglesia de Cristo: ¿qué nos quedaría después? ¿A quién iríamos a pedir, aquí en la tierra, el conocimiento de los misterios invisibles de Dios, de la Iglesia y de la Humanidad redimida?

Las otras decisiones de Roma, sus prevenciones, sus prohibiciones, deben encontrarnos enteramente obedientes y respetuosos. Debemos creer con toda nuestra alma que tiene poder para mandarnos en nombre de Cristo y que una sumisión leal no puede perjudicar en definitiva al progreso del bien sobre la tierra, ni sobre todo al del Reino del Evangelio. Aunque nos parezca que estas decisiones son obstáculo para un bien inmediato, aunque nos parezcan contrarias al progreso de la Iglesia en una región determinada, no podemos vacilar ni un segundo. Por regla general, la Iglesia ve mucho más lejos que nosotros, y las consecuencias de una desviación doctrinal no pueden hacerse patentes sino al cabo de varias generaciones. Hay bastantes ejemplos en la historia de la Iglesia para convencernos respecto a este punto si fuera preciso. Mezclados entre hombres que sufren y que no ven, arrebatados por un movimiento generoso de amor, también nos arriesgamos nosotros a tener una visión parcial de las cosas: no estamos en situación de comprender la importancia que existe en el interés mismo de los hombres, a los que buscamos tal vez con demasiada impaciencia, en salvaguardar hasta dentro de la acción apostólica las exigencias de una adhesión a todos los aspectos de la verdad. Una conformidad constante con la verdad podría parecer falta de realismo y pesquisa vana del espíritu, sobre todo cuando acarrea para el apóstol una disminución momentánea de eficiencia. El sufrimiento que resulta puede arrastrar una incompreensión total y tentaciones de rebeldía, cuando el apóstol se ve, además de eso, rodeado de cristianos tibios, de clérigos faltos de inteligencia respecto a las nuevas necesidades, mientras que otros hombres luchan enfrente de él dentro de la plena eficacia de una acción fecunda por un realismo lúcido, sistemático, al que ninguna consideración espiritualista viene a entorpecer, y servidos por la fuerza que da al hombre la conciencia de que todo lo debe a sí mismo.

Una vez más sólo podréis salir del paso mediante una gran fe en todas las realidades de un mundo, no únicamente visible y natural, sino invisible y divino. No hay nada que hacer, Hermanitos, fuera de lo que no sea una obediencia franca, clara y generosa a la Iglesia de Pedro. Es indispensable creer que únicamente con ella se puede efectuar un trabajo duradero y sólido, dentro de la perspectiva de una Humanidad entregada a Cristo, aun cuando esta Iglesia parezca vencida y superada temporalmente por los «hijos del siglo». En cuanto hijos de la Iglesia, luchamos por el Reino que no es de este mundo. Tal vez existen momentos en la historia de la Humanidad en los que los hijos del Reino se verán como rechazados por los constructores de una sociedad temporal demasiado orgullosa, y en el que este divorcio será un hecho dolorosamente inhumano; pero los

hijos del Reino no podrían aceptar ninguna colaboración en la construcción de esa sociedad, que tuviera como precio el sacrificio de su pertenencia a Cristo. Quizá estemos llamados a vivir alguno de esos momentos trágicos. Sin embargo, la Iglesia no puede jamás abdicar su derecho a inspirar los planes de la sociedad terrestre, y sus hijos, aun excluidos por los constructores, deben trabajar sin cansancio para conseguir que se reanude esa colaboración.

* * *

Heme aquí, aparentemente, muy lejos de las Fraternidades. Sin embargo, no podía hablaros acerca de la obediencia sin elevarme hasta el sucesor de Pedro. No hay más que una obediencia. En virtud del mismo motivo y del mismo movimiento del corazón, obedeceréis igualmente a vuestro joven responsable y al Santo Padre. Vuestra promesa os vincula al uno como al otro. Es el momento de recordar aquellas palabras del Señor: *«El que es fiel en lo poco lo es también en lo mucho»*.

No tengáis miedo de la palabra obediencia, ni de la realidad de la cosa. Hay algunos hijos de la Iglesia que no se atreven a pronunciarla, que sienten como vergüenza ante esta exigencia de Cristo. Sin embargo, él fue obediente y lo fue el primero de todos. Sentíos orgullosos de tener que obedecer a Cristo, a la Iglesia y a todos aquellos que la representan. Sabed respetar a los que ejercen esta autoridad. No temáis hablar de la obediencia, reclamar la obediencia. Es la fuerza más grande de unidad dentro del amor. Ya os dije que era una consecuencia lógica del amor; aún más, que era una manifestación obligada del amor. La obediencia es la unidad jerárquica de toda comunidad cristiana. Sin ella no puede haber verdadera unidad. No se insiste demasiado en decir que el amor sin obediencia es impotente para fundar la unidad jerárquica, que es la que sólo puede hacer la unidad verdadera de una sociedad. Tampoco habrá, por tanto, unidad entre las Fraternidades si los Hermanitos no son verdaderos obedientes.

Roma, 24 de junio de 1951

El Hermanito sacerdote

Cuanto más comprendáis al padre De Foucauld mejor os daréis cuenta de hasta qué punto debéis ser pequeños, escondidos, humildes, pobres y tratados como tales. No puedo evitar comparar nuestra vocación con la de los primeros compañeros del «pobrecito» de Asís. Debemos no ser nada a los ojos del mundo, nada más que unos pobres que viven dentro de la alegría de un gran amor hacia Jesús. No debemos prevalecernos de nada, ni reivindicar nada, ni exigir nada: el humilde se extraña siempre de que se piense en él. Tendremos que luchar constantemente contra nosotros mismos para conservar este último lugar; y ante todo para conquistarlo, escapando como podamos –y no siempre será fácil– a las servidumbres de la opinión que quiere que los religiosos y los sacerdotes ocupen algo así como un determinado rango social. Será a menudo tanto más difícil cuanto que encontraremos en nosotros complicidades. Tendremos que intentarlo sin cesar, en seguimiento del padre De Foucauld y de san Francisco, y no lo conseguiremos sin un verdadero amor de la abyección y sin un poco de frenesí, con la condición de que lo hagamos exclusivamente por él y en la luz del Espíritu Santo. ¿Lo sabremos hacer?

Quisiera hablaros del sacerdocio y de los Hermanitos, y estas son, a pesar mío, las preocupaciones que se presentan a mi atención. Pienso en el porvenir y en los Hermanitos sacerdotes. Recuerdo la turbación que asaltaba al padre De Foucauld ante la idea de que tal vez podría perder la posibilidad de quedarse en el último lugar, en la abyección, y en la pobreza que el mundo desprecia o ignora si aceptaba ser ordenado en el sacerdocio. Y a pesar de todo consintió cuando comprendió verdaderamente que el sacerdocio no le impediría seguir siendo lo que era, es decir, conservar toda la humildad y toda la pobreza descubiertas en la vida de Nazaret. Ya sabemos cómo permaneció fiel a esta vocación durante toda su vida.

Esto nos permite establecer inmediatamente la naturaleza de las relaciones que unen entre sí a los Hermanitos sacerdotes con los que no lo serán. Deberán ser unas relaciones completamente fraternales fundadas en la sencillez de una intimidad mutua. Dentro de su vida de Fraternidad, todos los Hermanitos tienen la misma vocación de trabajo, de pobreza y de servicio. El sacerdocio jamás deberá servir de pretexto a los sacerdotes para vivir de otro modo que los demás, menos humildemente, menos pobremente escondidos. De igual modo el respeto que todos deben al carácter y a la función sacerdotal será mal comprendido si incitara a los Hermanitos seculares a no tratar a su sacerdote como a un verdadero Hermanito, dentro del curso ordinario de la vida religiosa de las Fraternidades. ¿No es precisamente la humildad de esta vida evangélica lo que los Hermanitos sacerdotes han venido a pedir a las Fraternidades?

Ya sabéis que, salvo para aquellas funciones que requieren el sacerdocio, nuestra vida

de Fraternidad no coloca a los sacerdotes en un rango aparte, y que un Hermanito seglar puede ser el superior de un sacerdote.

Esto es importante para permitirnos comprender el carácter común de la vocación de un sacerdote o de un seglar entre los Hermanitos. Desde luego se trata de abrazar un género de vida evangélica, de esforzarse en vivir al máximo las bienaventuranzas proclamadas por Cristo. Querer ser pequeño, pobre, viviendo del fruto de un trabajo humilde, consagrado al prójimo dentro de los humildes servicios de una caridad amistosa hacia todos, generoso en la práctica de la obediencia, sinceramente deseoso de ser despreciado y tratado como nada en nombre de Jesús, a fin de esforzarse en realizar este ideal dentro de la intimidad de unas comunidades estrechamente fraternales, pero íntimamente mezcladas con la masa humana, para llevarles el testimonio del Salvador: tal es la vida religiosa que abrazan en igualdad de condiciones los Hermanitos sacerdotes o seglares.

La comunidad de una misma vocación no los une únicamente en el plano exterior de un estado de vida evangélica, sino en aquel más profundo de su vida de intimidad con Cristo Redentor. Todo Hermanito ha escuchado en el fondo de su alma la llamada de Jesús crucificado, a fin de trabajar con él en la Redención del mundo. Esta llamada crea en él un corazón de apóstol, lleno del deseo ardiente de salvar a las almas en unión con Cristo Jesús. Pero para este apostolado escogió unos medios pobres, y desea salvar a sus hermanos lo primero de todo ofreciendo su vida, lo que supone que sea realmente ofrecida, por tanto completamente renunciada, totalmente unida al sacrificio del único Redentor, dentro de una fe humilde y confiada; después, por medio de su oración en nombre de la Humanidad, completamente unida a la de Cristo-Sacerdote en el sacrificio eucarístico; en fin, trabaja en la salvación de sus hermanos mediante su amistad ofrecida a todos, a través de la cual podrá pasar el sencillo testimonio del Evangelio y del amor del Redentor hacia los hombres.

Este es el ideal común del Hermanito sacerdote o no sacerdote, ideal que les une en una misma misión espiritual de redención.

Jesús fue primero redentor por la plenitud de amor de su Corazón, por un acto completamente interior, antes de realizar la Redención en el acto externo de su sacrificio y de su sacerdocio. De igual modo, santifica actualmente a las almas, dentro de su Iglesia, por medio de una actividad de gracia totalmente interior y escondida, que no tiene otra regla que la de su amor misericordioso hacia las almas, del mismo modo que las santifica por medio de la acción directa de su sacerdocio y de sus sacramentos.

Ahora bien, por su vocación de oración, el Hermanito está asociado a la obra redentora invisible e interior de Cristo por amor. Dejando que Cristo ore en él, que sufra y prolongue su Pasión en él –ya que no se trata de otra cosa– es como todo Hermanito participa en la salvación de las almas. Esta participación es obra del amor y se desarrolla en la intimidad del alma con Dios, o, más exactamente todavía, en el plano de la amistad con Cristo.

Todo sacerdote está llamado, en virtud misma de su vocación y a causa del carácter sacerdotal que le une más estrechamente con Cristo-Sacerdote, a revivir esa intimidad

total de oración, de amor y de sacrificio. Su sacerdocio exige, por decirlo así, esta participación en el trabajo de la Redención. El Hermanito seglar está llamado, en virtud de su bautismo y de una llamada totalmente gratuita del Redentor, a la misma intimidad de amor, a la misma manera invisible de ser redentor con Jesús. Para el sacerdote esta llamada a una «participación de vida y de sufrimiento» deriva de su carácter sacerdotal; mientras que en el Hermanito seglar adopta la forma de una exigencia incluida en la elección que Cristo hizo de él por amor, para ser su compañero de Redención, de modo que está verdaderamente designado, consagrado por su profesión religiosa, como el sacerdote lo está por su carácter, para ser el colaborador de Jesús en su obra de Redención. Es por esta actitud de oblación interior por lo que Jesús «no era un obrero cómo los demás». ¿Comprendéis hasta qué punto todo está ahí, dentro de vosotros, y que si no os inclináis a realizar esta disposición de alma faltaréis a lo esencial? Una de las fuerzas de nuestro estado de vida, al mismo tiempo que un riesgo, consiste en no ofrecer ningún asidero a esa ilusión, que puede a veces provocar un determinado conjunto de signos y gestos exteriores. El marco conventual, el hábito, las actitudes religiosas corporales que llegaron a ser como una segunda naturaleza pueden a veces –aun siendo como son una ayuda incontestable– engañar no solamente a los demás sino también a nosotros mismos, disfrazando a nuestros propios ojos una real mediocridad interior. Cuando os encontréis solos, mezclados con vuestros compañeros de trabajo, o aplicados en misión a tareas humildes de servicio o de caridad, o a una sencilla labor de artesanía, no podréis soportar el no pertenecer por completo a Cristo, redentores con él, y siempre tendréis en el corazón el fuego de un sentimiento de impotencia y de mediocridad, que os llevará a aspirar incesantemente hacia la realización de una entrega más completa.

El grado de fecundidad de este apostolado oculto dependerá únicamente del grado de amor y de generosidad en la entrega de cada Hermanito. Sólo Dios lo conoce, que puede medir lo que existe en el corazón de cada uno de nosotros. Ni el carácter sacerdotal, ni la profesión religiosa son eficaces por sí mismos en ese terreno: el carácter sacerdotal es una exigencia, y la profesión un compromiso. El uno y la otra necesitan ser vividos dentro de la perseverancia del amor. El sacerdote, mediante la unción sacerdotal, está en estado de consagración, lo cual le aparta para Dios; la profesión religiosa realiza, en otro plano, el de la perfección mediante la práctica de los consejos evangélicos recomendados por el Redentor, una consagración análoga: el religioso es también un consagrado, porque ha dedicado a Dios lo que existe en él de más constitutivo de su personalidad. La consagración religiosa viene, por tanto, a determinar la exigencia de santidad de la consagración sacerdotal en el plano de la adquisición de la perfección, y como a comprometerla particularizándola en los consejos evangélicos. Todo Hermanito –sacerdote o no– está, por tanto, en un estado de consagración relativamente a su vocación. La profesión religiosa del Hermanito viene a precisar las líneas de realización de esa llamada a una intimidad con Jesús, según una fisonomía propia. Siendo plenamente pobre, casto y obediente, dentro de un espíritu de fidelidad al Evangelio, es como el Hermanito se mantendrá fiel a su consagración, y como podrá vivirla cada día. De este modo responde a las exigencias de esa amistad a que Jesús le invitó.

En virtud de la consagración de sus votos, el Hermanito tiene la intención de entregarse por entero a Dios, en espíritu de oblación y de sacrificio: el día de su profesión prometió entregar a Cristo lo más íntimo de sí mismo, perfeccionando esta entrega, en el sentido de una verdadera inmolación, por medio del voto de abandono al amor, que añadió a su profesión perpetua. Esta donación, oficialmente registrada por la Iglesia en nombre mismo de Jesucristo, hace que cada Hermanito sea como una especie de propiedad divina, sagrada. Cedió a Jesús todos los derechos sobre su persona con vistas a la inmolación por la redención del mundo, ya que es en este sentido en el que la regla de vida de las Fraternidades explica su donación religiosa. Y es así, porque están todos estrechamente unidos de este modo en una semejante consagración de sus actividades libres, por lo que todos los Hermanitos, sacerdotes o no, viven en plena comunión de espíritu: el Hermanito seglar está llamado de este modo a realizar interiormente su vocación dentro de un verdadero espíritu sacerdotal.

Este primer aspecto, completamente interior, del apostolado de las Fraternidades, se define sin referencia a ninguna actividad exterior, ni siquiera a un estado de vida más que a otro.

Ahora nos queda demostrar cómo los sacerdotes pueden vivir el ideal de vida de las Fraternidades, y cómo esta vocación puede ser, para algunos, una vocación sacerdotal en el verdadero sentido de la palabra.

* * *

Que el ideal del padre De Foucauld pueda ser vivido por un sacerdote parece evidente. ¿Por qué un sacerdote no podría desear vivir una vida escondida, realizando en ella, tan de cerca como sea posible, las bienaventuranzas del Redentor? ¿Sería porque este ideal, al no ser directamente sacerdotal, no lleva consigo el pleno florecimiento de los poderes propios del sacerdote en el ejercicio de su ministerio?

Ya hemos tocado esta cuestión en el primer capítulo, al hablar de la manera en que las Fraternidades ejercen el apostolado. Ahora quisiéramos volver a ocuparnos de ella más a fondo, considerándola en relación con los Hermanitos sacerdotes.

Podríamos recordar, desde luego, que el sacerdote es ordenado, ante todo, para ofrecer el sacrificio eucarístico y que los Hermanitos sacerdotes realizan plenamente este aspecto del sacerdocio al celebrar la Santa Misa en nombre de la Fraternidad, de sus Hermanitos, primero; después en el de todas las almas con las que Jesús le ha hecho solidario. Lo mismo que pertenece a la vocación de todo Hermanito ser el delegado delante de Dios de un determinado número de hombres, quedando por tanto constituido como permanente para la oración, de igual modo el Hermanito sacerdote debe considerarse como su delegado para la ofrenda del sacrificio eucarístico. Esta es su función sacerdotal, primera y principal, dentro de cada Fraternidad. Por sus manos pasa la ofrenda eucarística diaria de sus hermanos y de los hombres que le rodean. En tanto que ministro de la oblación, debe hacer suyas todas sus intenciones, todos sus dolores, todos sus trabajos y todos sus sufrimientos para presentarlos a Dios. El poder de consagrar el Cuerpo y la Sangre del Redentor, impreso en su alma por el sacramento del

Orden, exige pues de él que su vida entera sea tal que pueda ofrecer la Eucaristía con las disposiciones de caridad y de entrega entera de sí mismo que animaban a Cristo la tarde de la Cena. De este modo la vida eucarística de un Hermanito sacerdote debe estar marcada por esta disposición de alma propiamente sacerdotal. Aunque la actividad de un Hermanito sacerdote estuviera reducida a la única ofrenda diaria de la Misa, ya realizaría un aspecto esencial de su vocación sacerdotal.

A continuación podríamos subrayar la necesidad absoluta para los Hermanitos sacerdotes de asegurar la vida sacramental de las Fraternidades. Sin sacerdote no pueden desplazarse para cumplir su misión allí donde la Iglesia no está presente. Las necesidades del comienzo trajeron la fundación de un número bastante elevado de Fraternidades sin sacerdote; esta experiencia nos permitió medir hasta qué punto era necesaria la presencia de sacerdotes para asegurar a la Fraternidad la plenitud de su vida y de su irradiación eucarística. Y tampoco hablo aquí de la ayuda irremplazable que los Hermanitos sacerdotes deben prestar en ciertos casos a las Hermanitas de Jesús.

Por muy vital que sea esta acción sacerdotal dentro de las Fraternidades, no bastaría quizá para legitimar en sí la vocación de numerosos Hermanitos sacerdotes. Es preciso demostrar que, independiente de ese ministerio sacerdotal interior, la vocación de un Hermanito sacerdote es no sólo legítima, sino útil a la Iglesia y al apostolado misional.

* * *

Se nos ha objetado a menudo que un sacerdote no realiza en la vida de las Fraternidades las condiciones de una verdadera vida sacerdotal. La Iglesia ha reconocido, sin duda, como legítima la vocación de sacerdotes para una vida de soledad y de oración. La legitimidad de la vocación sacerdotal de un trapense o de un cartujo, aunque recientemente puesta en duda por algunos, no podría, sin embargo, ser discutida. La Iglesia lo afirmó con toda claridad y el sentido común del pueblo cristiano no se equivoca. Esos sacerdotes buscaron en la vida monástica las condiciones más favorables para llevar una vida de intercesión más intensa en nombre del pueblo, que es uno de los deberes del cargo sacerdotal. Este ministerio de intercesión se desenvuelve de una manera solemne, durante las largas horas consagradas por el monje a la celebración litúrgica en nombre de la Iglesia. Que un sacerdote, dedicado a este ministerio, se entregue además en el silencio del claustro al trabajo manual, parecerá completamente natural.

Pero he aquí a un Hermanito sacerdote que vive en medio de los hombres, muy cerca de ellos, en un contacto diario y que rehúsa, por vocación, entregarse al ministerio sacerdotal habitual, sin que por esto esté en condiciones de consagrar largas horas a la oración litúrgica. ¿Qué oficio sacerdotal podrá cumplir? La celebración diaria de la santa Misa, ¿es suficiente para justificar su ordenación? Su vida está habitualmente colmada de trabajos y de servicios que no tienen nada de específicamente sacerdotal. Por otro lado, su vida le expone muy a menudo a no encontrar las condiciones habitualmente necesarias o favorables para el desarrollo de una oración intensa. Aún más, el ímpetu que incita al Hermanito a dirigirse hacia los hombres más abandonados, los más inaccesibles, le pone

a veces en situaciones en las que quizá no esté en condiciones de celebrar a diario la Santa Misa^[93]. ¿Qué es lo que queda de sacerdotal a una vida parecida?

Ya sé que una especie de instinto interior nos asegura que Dios quiere de sus Hermanitos sacerdotes un testimonio semejante de vida, y ninguno de ellos puso jamás en duda que al responder a esta llamada no realizara su vocación sacerdotal.

* * *

En el fondo resulta bastante difícil precisar lo que es necesario entender por vía sacerdotal. El poder de ofrecer el sacrificio y de distribuir los sacramentos a los fieles no define toda la tarea sacerdotal. Sabemos muy bien que si los sacerdotes, que son los cooperadores naturales del obispo, limitaran su actividad a esa función sacramental, se seguiría un grave desorden en la Iglesia. Los sacramentos son el alimento de la vida cristiana. Esta es más que la comida que la sostiene. Antes de producir o de alimentar esta vida en el plano sacramental, la Iglesia debe reproducirla y nutrirla en el plano de la enseñanza de la fe, de la educación de la inteligencia y de la voluntad en el Amor, del ejemplo y de la exhortación. Es la acción pastoral de la Iglesia cuya dirección incumbe, de una manera general, al episcopado secundado por los sacerdotes. Están destinados, por su ordenación, a colaborar de una u otra manera en ese apostolado de la Iglesia. Un Hermanito sacerdote, animado por el Amor de su Señor, no encontraría la paz del alma si tuviera conciencia de sustraerse a esa exigencia del amor, que es la acción apostólica. No es posible que no colaboremos al máximo, pero en el lugar querido por Dios, a ese apostolado general de la Iglesia. Pero esta acción es mucho más variada en sus formas de lo que se piensa. Evidentemente, no se puede comprender la vida de un Hermanito sacerdote cuando esa acción pastoral se limita a determinadas formas de actividad bien definidas.

* * *

El sacerdote, debido a su carácter y por los lazos que le unen con la jerarquía, representará siempre a la Iglesia a título más particular que un seglar. La actuación del sacerdote, su manera de vivir y de pensar, serán siempre motivo de que la Iglesia se insinúe mucho más entre los hombres, porque se sabe que el sacerdote está enlazado con la jerarquía y que es, absolutamente, y sin que pueda liberarse de ello, un hombre de la Iglesia. Su testimonio tiene, por tanto, un alcance que no tendrá el de un seglar, ya que ese testimonio sólo le compromete a él^[94].

Por lo demás, es la única razón que puede legitimar determinadas existencias sacerdotales, consagradas por completo a tareas profanas, científicas, artísticas o políticas. En efecto, puede haber un valor apostólico importante en el plano general por el hecho de que la Iglesia esté presente por medio de sus sacerdotes en ciertos ambientes o en determinadas actividades humanas. Que algunos sacerdotes estén llamados por Cristo a adoptar un estado de pobreza y de trabajo, aun penoso, a fin de que la Iglesia esté presente en ciertos ambientes nos parece un hecho en el que resulta fácil medir su valor apostólico. Para que ese mensaje alcance todo su valor y toda su eficacia, para que

adopte la apariencia de una enseñanza de la Iglesia, es preciso que algunos de esos pobres voluntarios sean sacerdotes. Puede decirse, sin riesgo de equivocarse, que las repercusiones espirituales de unas vidas semejantes son quizá más decisivas para la Iglesia que si esas mismas vidas hubieran estado ocupadas con actividades sacerdotales en el sentido ordinario de la palabra.

* * *

Quisiera demostrar aquí hasta qué punto el humilde trabajo manual del sacerdote, con vistas a asegurar su subsistencia, es cosa tradicional en la Iglesia. No quiero hablar del monje, sino más bien del sacerdote secular que tiene cargo de ministerio. Todo el mundo recuerda el ejemplo de san Pablo, que estimó necesario renunciar a los derechos del apóstol a vivir de su ministerio, a fin de ganarse la vida, día tras día, mediante un trabajo de tejedor, seguramente lento y agotador. La actitud de san Pablo nos lleva a pensar en que las ventajas apostólicas de ese trabajo manual debían de superar con mucho a sus inconvenientes. A pesar de la pérdida de tiempo que resultaría para la predicación del Evangelio y la administración de las Iglesias, Pablo juzgó ser indispensable para su apostolado ese testimonio.

Lo que se sabe mucho menos es que la Iglesia ha seguido siempre pensando lo mismo. No quiero hablar únicamente de los primeros siglos en los que las afirmaciones de los Padres abundan en este sentido: Paulino, Epifanio, Jerónimo, Juan Crisóstomo y otros muchos aluden a ese ejemplo de san Pablo, y aun citan a varios obispos que ganaban su sustento y sus vestiduras con el trabajo de sus manos. Las «Constituciones apostólicas» del siglo IV afirman que los apóstoles debían ser fieles a la vez a la predicación del Evangelio y al trabajo manual para vivir de él; algunos de ellos eran pescadores, otros fabricantes de tiendas de campaña, otros agricultores. El IV concilio de Cartago promulgó la obligación para los clérigos, aun los instruidos, de ganarse la vida por el trabajo. Todo clérigo físicamente apto para el trabajo tenía obligatoriamente que aprender un oficio. Sin embargo, el trabajo no debía acarrear ningún detrimento al ejercicio del ministerio. Esta doctrina será la de toda la Edad media. Se puede citar, entre otros, el II concilio de Tours, que *ordena a los clérigos ganar su sustento y sus vestiduras mediante el ejercicio de un oficio*. Estos oficios debían de ser muy variados, a juzgar por las decisiones sindicales, que prohíben a los clérigos determinadas profesiones como no convenientes para ello. En el siglo VIII un capitular de Mantua recomienda además a los sacerdotes no sustraerse a la «justa y antigua costumbre» que les obliga a compartir con el pueblo los trabajos comunales de carreteras y de puentes.

Hasta el siglo XVI se encuentran en los documentos eclesiásticos idénticas exhortaciones al trabajo, con este matiz, que los oficios ejercidos por clérigos tienen la tendencia a hacerse más elevados y menos manuales: copia de manuscritos, música, aritmética, etc. La clerecía empieza a constituirse en clase social.

Obligado a ser breve, sólo hemos indicado algunos puntos de orientación, suficientes, sin embargo, para establecer la posición constante de la Iglesia respecto al trabajo manual de los clérigos. Su enseñanza puede resumirse en dos puntos: importancia del testimonio

del trabajo manual para vivir y recomendación de que este trabajo no impida al sacerdote cumplir con su ministerio. Durante mucho tiempo el trabajo manual y el ministerio sacerdotal han podido llevarse simultáneamente por sacerdotes cuyas ocupaciones espirituales no estaban sobrecargadas. La ociosidad misma acechaba a cierto número de ellos, y entonces el ejercicio de un oficio aparecía como una garantía moral.

Es cierto que la complejidad de las tareas apostólicas modernas y la situación general del clero permiten hoy día a muy pocos sacerdotes la posibilidad de sufragar su manutención mediante el ejercicio de un oficio manual. Sin embargo, ¿es que alguien se atrevería a afirmar que el testimonio de pobreza laboriosa ofrecido por el clero, al que la Iglesia ha concedido tanta importancia durante más de diez siglos, no sería necesario ya en nuestros días? Nos parece, por el contrario, que la situación del mundo le hace ser más oportuno que nunca. Si los sacerdotes, en conjunto, no pueden y no deben, por falta de tiempo, trabajar con sus manos, parece no obstante legítimo que algunos de ellos se consagren a esa existencia laboriosa, sobre todo encuadrados en la vida religiosa, y en conformidad con las directivas de la Iglesia. La vida de trabajo de los Hermanitos sacerdotes no es, pues, únicamente una necesidad de imitación por amor de la vida de Jesús de Nazaret, sino que, además, es útil a la Iglesia para un mejor establecimiento del reino del Evangelio entre los hombres. Dada la vocación propia de estos sacerdotes, no se podría decir, por tanto, que ese trabajo manual vaya en detrimento de su ministerio espiritual.

* * *

Pero el apostolado sacerdotal de los Hermanitos reviste, además, otras formas, que se deducen de su vida mezclada con la de otros hombres, como la levadura en la masa.

Esta mayor proximidad con los hombres y la participación más completa en sus sufrimientos permite a los Hermanitos sacerdotes revelarles un aspecto menos conocido del sacerdocio cristiano. Ya dijimos cuánto era de desear que determinados sacerdotes reprodujeran en su vida el misterio de trabajo humilde, de abyección y de sufrimiento que caracterizó el acto sacerdotal por el que Jesús redimió al mundo. En vez de estar reducidos a percibir el sacerdocio cristiano casi únicamente a través de los actos de ministerio, los pobres, acercándose familiarmente a un sacerdote que comparte su condición de vida, podrán comprender entonces de una manera más íntima la realidad del sacerdocio, ya se ve hasta qué punto es necesario que el Hermanito viva perfectamente como sacerdote. Deben estar mezclados con los hombres, pero no confundidos entre ellos. Deben, por vocación, compartir las condiciones de la pobreza, pero no hacerse en todo semejantes a ellos, ya que siguen siendo sacerdotes o religiosos. Próximos a los hombres en todo lo que es condición de vida, se separan por todo lo que, en ellos, está consagrado a Dios. Lo mismo que un Hermanito seglar debe revelar por medio de su vida lo que es un alma de religioso, así un Hermanito sacerdote debe vivir de tal suerte que su vida sea, para los hombres que están a su lado, la revelación más íntima del sacerdocio cristiano. Esta vocación es, por consiguiente, exigente, debido al solo hecho de la intimidad de los contactos que se establecerán entre los Hermanos y los

hombres que les rodean. Tendrán que estar alertas para conservar un sentido muy justo de la grandeza de Dios, de la santidad de la persona de Cristo y del carácter sagrado de su sacerdocio o de su profesión religiosa.

* * *

Sin embargo, en ciertas ocasiones y en los ambientes que hayan tomado a su cargo, los Hermanitos tendrán que proceder más directamente como apóstoles y como sacerdotes. Es conveniente decir algunas palabras acerca del espíritu con que ejercerán esos actos de ministerio. Se trata mucho menos de determinar la importancia de los actos ejecutados que de precisar el espíritu que deberá siempre animarlos. En efecto, los Hermanitos sacerdotes podrán tener que ejercer ocasionalmente un ministerio semejante en lo exterior al de los otros misioneros. Deberán ejercerlo, sin embargo, dentro de otro espíritu. Ya hemos dicho qué preocupación constante debían tener las Fraternidades en conservar unas relaciones sencillas, fraternales y amistosas con todos aquellos que están a su cargo. No debemos ocuparnos en buscar un rendimiento, y los Hermanos no sabrán nunca organizar fácilmente sus actividades con vistas a una mayor eficacia. Sería, sin embargo, injusto y falso condenar la busca de la eficacia por el empleo de medios apropiados. Pero es preciso confesar que se corre un peligro cierto al utilizar unos medios cuya riqueza humana arriesga desfigurarse, más o menos, el mensaje evangélico que debían transmitir. Los Hermanitos, en general, serán, pues, bastante torpes en el empleo de esos medios y no tienen por qué preocuparse en hacer uso de ellos. En cambio, no deben censurar a quienes los utilizan dentro de una perfecta generosidad apostólica.

El matiz propio del apostolado de los Hermanitos radica en procurar que se conozca el amor cristiano bajo su aspecto más esencial. Los Hermanos deben vivir y obrar constantemente de manera que demuestren que Jesús les inspira una verdadera amistad hacia todos los hombres, y que esto es un mensaje propiamente cristiano. Se podría reprochar a las Fraternidades el no intentar suficientemente las conversiones, el no actuar con vistas a un acercamiento entre Dios y los hombres, o para conducirlos a una vida moral mejor. Los Hermanos afirman con frecuencia su deseo de amar gratuitamente, sin ningún otro motivo que el precepto de amar y porque este amor se basta a sí mismo.

Desean entregar una amistad completamente gratuita en nombre de Cristo, sin esperar nada a cambio. Aquí tocamos un punto central de la vocación espiritual de los Hermanitos. Por un lado es cierto que un amor que no arrastra consigo el bien de aquel que es amado no es un verdadero amor. ¿Cómo no desear con toda el alma que conozcan y amen al Señor todos aquellos a quienes amamos como amigos? Es imposible. Y si nuestro deseo no pasa de ser un deseo puramente platónico, si rehusamos ser los instrumentos de la revelación del misterio de Cristo, ¿no somos infieles a los preceptos del Señor? El impulso apostólico infundido por Cristo mismo a la Iglesia naciente debe seguir obrando en nosotros, y sus palabras: «*Id y enseñad a todos los pueblos*» también nos son dirigidas a nosotros. El desinterés del amor no quiere decir que seamos indiferentes al hecho de que el Señor sea conocido y amado, ni a que su Iglesia se dilate entre los hombres. Pero pienso también en las falsificaciones humanas a que está

expuesto el celo. No se verifica suficientemente la pureza del amor que llevamos a los hombres y se le identifica, demasiado pronto, con un acto de propaganda tal vez indiscreta, con un deseo humano de que los demás compartan nuestras convicciones. Los apóstoles de Cristo no son los únicos hombres sobre la tierra que dan pruebas de celo para la difusión de su fe. No hay más que mirar la inmensa suma de esfuerzos y de sacrificios que se gasta en la hora actual en el mundo para la propagación de las ideologías más diversas. Lo que distinguirá siempre al verdadero apóstol de Cristo será la calidad del amor que inspira su acción. La humildad, el respeto de los corazones y de las inteligencias, el desasimiento de toda satisfacción personal en el resultado obtenido, la permanencia de una amistad verdadera, independientemente de toda perspectiva de conversión, deben caracterizar a los discípulos del Señor. Los Hermanitos tendrán, tanto como los demás apóstoles del Señor, un gran deseo de conducir a sus amigos al pleno conocimiento y al amor de Cristo, pero han elegido como medio de apostolado la única demostración del amor: *«En esto reconocerán todos que sois mis discípulos»*.

Debemos manifestar esta señal en toda su plenitud. Cristo nos manda amar a nuestros hermanos, a los más lejanos de nosotros como a los más pequeños, y queremos hacerlo lealmente. Nuestros amigos no tienen que temer de nosotros ninguna presión indiscreta, ninguna segunda intención: los amamos con amistad, sea cual sea su actitud frente al mensaje cristiano. Pero nuestro deseo está ahí, en toda su fuerza discreta, aunque plenamente respetuoso de la libertad de los corazones.

Pero sabremos también, llegado el momento y cuando la palabra sea silenciosamente esperada, hablar del Señor y darle a conocer. La acción sacerdotal de un Hermanito sólo adquirirá su valor cuando ante todo haya sabido renunciar a todo el atractivo de una acción apostólica demasiado humana en sus procedimientos y demasiado exterior. Debe vivir y hablar de Cristo dentro de una gran pureza de intención y de amor, sin dejarse arrastrar a la acción por la necesidad de una eficacia inmediata. Por lo demás, esto concierne, de igual modo, a la actividad de un Hermanito que no es sacerdote, el cual debe conservar en el fondo de su alma, como una consecuencia de su vida escondida, un renunciamiento humilde a las actividades exteriores y a las obras organizadas. Sólo a este precio su ministerio seguirá siendo –aunque ocasionalmente esté muy recargado– el de un humilde y pobre orante.

Podríamos resumir muy bien el apostolado de los Hermanitos, sacerdotes o no, diciendo que se ejercitan en la amistad, y por ella con preferencia a cualquier otro procedimiento de convencer y de enseñar.

* * *

Todavía podríamos plantear varias cuestiones respecto a este asunto: es que un Hermanito sacerdote, no siendo llamado a un ministerio regular, ¿sería menos perfectamente sacerdote que un misionero, que un cura párroco o que un religioso dedicado a la vida apostólica? Un Hermanito seglar, participando menos completamente que los sacerdotes en el sacrificio eucarístico, ¿no sería, absolutamente hablando, más perfecto si fuera sacerdote? Querer responder a estas preguntas equivaldría a instituir un

debate acerca de la perfección relativa comparada de los estados de vida. Rehusamos hacerlo aquí, ya que si es exacto que se puede establecer entre los diferentes estados de vida una jerarquía de valor absoluto, esta no tiene jamás sino un significado puramente teórico, ya que, en definitiva, sólo una cuestión es importante para cada uno: la de saber no qué estado de vida es el más perfecto, sino a cuál nos ha llamado Dios. Lo único que queda después es vivir ese estado de vida con el mayor amor posible: esta es la única perfección que debe importarnos. De muy poca utilidad sería para cualquiera vivir de una manera mediocre un estado teóricamente más perfecto; en definitiva seremos juzgados por Dios según nuestro grado de gracia y de amor, que es lo único que medirá la mayor o menor aproximación en que uno se encuentre respecto a la visión divina. Poco importará entonces que hayamos sido religiosos o padres de familia, monje de clausura u obispo, Hermanito o párroco. Es cierto que es en el estado de vida deseado por Dios donde nos encontraremos en condiciones de alcanzar el grado más elevado de amor y de gracia.

Cuarta parte

Cartas a las Fraternidades

1

La unidad del amor

Lima (Perú), 1 de diciembre de 1951

Acabo de pasar cuatro días en Cuzco, entre los indios de las altas mesetas andinas.

En tan poco tiempo no sería posible pretender juzgar la situación de un país y menos aún la de sus habitantes. Pero son pobres, están abandonados, se ven despreciados en su pequeñez, y esto me ha bastado para pensar que los Hermanitos podrían consagrarse a ellos.

Ayer por la tarde entré en la iglesia de los dominicos y fui a rezar ante la tumba del beato Martín de Porres, el humilde hermano mulato. Tenía verdaderamente ganas de hablarle de todos vosotros, especialmente de aquellos que vendrán un día a entregarse totalmente a los indios. Desde hace mucho tiempo tengo una verdadera amistad por ese hermano dominico, que fue despreciado a causa del color de su piel. Me agrada su sencillez y la dulzura de su corazón transfigurado por un gran amor hacia los pobres de su misma sangre y que sufrían a causa de la misma bondad desdeñosa de los hombres. Me siento muy próximo a él y he deseado siempre que sea para vosotros todos como un hermano mayor, conocido, amado por vosotros, actuando en vuestras vidas. Los santos están vivos, tienen sus amistades, su carácter, su misión propia. No lo creemos suficientemente. ¡Ah, la fe! Y os aseguro que ciertos días es muy consolador desahogarse cerca de alguno de ellos y sentirse escuchado y comprendido. También pueden ayudarnos; es más, deben hacerlo si se cuentan entre nuestros amigos.

Martín de Porres está totalmente dispuesto a serlo si así lo deseáis. Estoy seguro. Esto es lo que me impulsó a dirigirme a él ayer por la tarde y esta mañana. ¡Habría deseado tanto ver a unos verdaderos Hermanitos para entregarse por completo a sus indios, dentro de la fuerza y la dulzura de su amor!... No una imitación de amor, tampoco la piedad de un hombre fuerte, ni un amor enturbiado por la rebeldía o un comienzo de odio hacia los opresores de los pobres. No, sino dentro de la fuerza y de la dulzura de un amor que sólo puede proceder del corazón de Cristo Jesús.

Tengo miedo por vosotros, Hermanitos, al veros crecer en edad y en número. Tengo miedo al contemplar el entusiasmo de vuestra generosidad, al ver con qué fuerza y con qué dolor experimentáis las injusticias, los sufrimientos inmerecidos de los pobres, de los trabajadores; al veros marchar hacia unos hombres despreciados a causa de su raza, o porque no han evolucionado como los hombres de Occidente; viéndoos abordar unas civilizaciones diferentes con toda vuestra curiosidad impaciente por comprenderlas con simpatía; temo que sucumbáis ante las tentaciones que se ceban sobre el verdadero amor; temo que os volváis duros para con otros hombres; temo las tentaciones de cansancio, de impaciencia. Después de todo sois como los demás: tenéis vuestros límites propios y vuestras carencias.

En la tierra son muy pocos los que saben amar como amó Cristo y os encontraréis perdidos entre una muchedumbre que no sabrá amar. Algunos pretenderán saberlo, pero su amor estará a menudo deformado por un comienzo de odio, por una piedad despectiva o por una falsa dulzura, que será una huida de las exigencias demasiado importunas de la justicia. Tengo miedo por vosotros, sobre todo con el tiempo, de ese ambiente en el que estaréis como sumergidos a pesar vuestro. Temo que os contentéis con un amor incompleto, con un sucedáneo de amor. Y sentí la necesidad de confesar este temor a Martín de Porres, seguro de ser comprendido, confiando en que me ayudaría a encontrar las palabras para deciros lo que tengo en el corazón desde hace mucho tiempo acerca de este asunto, y confiando también en que aceptaría ayudaros a amar, como tan bien lo supo hacer él. ¡Es tan difícil encontrar el camino del verdadero amor!

* * *

Quise volver esta mañana, primero de diciembre, para celebrar la Misa junto a su sepultura: al mismo tiempo, esta tarde, a las siete, es el aniversario de la muerte del padre De Foucauld, que murió por haber amado demasiado a los «tuaregs». ¡Había deseado tanto dar esta prueba suprema del amor! Estoy convencido que el uno y el otro me sugerirán lo que ellos mismos os dirían respecto a los peligros a los que está expuesto vuestro amor hacia los hombres.

Con esta intención celebré la Misa. Sobre el altar se encontraban las urnas que encierran los restos de Martín, de Rosa de Lima y de Juan Masías, otro beato, también él humilde converso dominico. Cada vez que alzaba la vista percibía el rostro bronceado de la imagen del pequeño Martín, y me puso en el corazón un gran deseo de rogar para que se os conceda el don de la caridad. Ya que la caridad es un don, procede de Jesús, que es la ciencia del amor. Pensar de otro modo sería presunción y cerrarse la puerta del amor verdadero. Me sentía dichoso porque el hermano sacristán, un indio, me había recibido con jovial caridad y porque otros indios asistían a mi Misa.

No encontrando en el Misal Romano el propio de la Misa del beato Martín, dije la Misa «Justus» del común de Confesores no Pontífices. Los textos tan sencillos de esta Misa, que había leído ya cien veces, se me manifestaron bajo una nueva luz; estaban como vivos, y me traían las respuestas que esperaba. Al consagrar la Hostia, os ofrecí a todos a Dios por el Amor. Es imposible que el hermano Carlos de Jesús, en el día del aniversario de la consumación de su caridad, no lo haya transmitido a Dios.

«No tengáis miedo, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha decidido daros el Reino». Esta promesa del Señor me trajo el apaciguamiento del temor que sentía por vosotros a propósito del amor. «No tengáis miedo, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha decidido daros el Reino»: si no sabemos amar será culpa nuestra. Jesús decidió llamaros para otorgaros ese don: ¿estáis suficientemente convencidos?

«No tengáis miedo, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha decidido daros el Reino», ese Reino en el que nadie puede entrar sin haber aprendido a amar a los hombres con un amor tan fuerte como la muerte. Estad, pues, ante todo, humildemente convencidos de que sois demasiado pequeños para aprender a amar por vosotros mismos

como amó Jesús. Lo que no quiere decir que esto vendrá por sí solo, sino que se trata de estar persuadidos de que cuando hayamos entregado, dentro del esfuerzo, nuestro corazón humano a un amor fraterno y universal, nada estará hecho hasta que Jesús lo haya autenticado con su sello. Dios solo es bastante sencillo para conciliar en la unidad unos movimientos de alma aparentemente contradictorios y, sin embargo, igualmente nacidos del amor: la cólera y la paciencia, la fuerza y la dulzura, la sed de justicia y la paz, el don, casi exclusivo, de la amistad para algunos y la dilatación universal que abraza a los hombres de todas las razas, de todas las clases, de todas las lenguas. No seáis presuntuosos: sois muy pequeños frente a las exigencias del amor, sois incapaces de llegar solos. Creed esto dentro de la esperanza alegre y confiada del pequeño rebaño al que el Padre decidió dar el reino del verdadero Amor. Sin embargo, tendréis que esforzaros para entrar en él, ya que la puerta es angosta y son muy pocos los que la encuentran. Existe un gran peligro, que es el de creer que se ha llegado al amor cuando todavía no ha llegado uno, o el de dejarse seducir por una imitación del amor. Todo el que empieza a amar en verdad cree justamente, dentro de la sencillez de un corazón infantil, que todavía no sabe amar bastante bien a los hombres.

* * *

Vivís entre pobres: en la medida en que compartáis más completamente sus condiciones de existencia, sentiréis en vuestro interior de una manera nueva y como en vuestra propia carne la injusticia de su situación: será la insuficiencia de los salarios, y todavía más la indiferencia de los que poseen o de los que disminuyen la importancia del problema; será el estado de servidumbre impuesto a numerosos trabajadores por unos horarios de trabajo inhumanos; será la insalubridad y la promiscuidad de los alojamientos, con la inmoralidad que engendran, frente a la belleza de los barrios residenciales; finalmente será la angustia de las familias indigentes, de los jóvenes que se desesperan ante un porvenir sin salida, de los enfermos anónimos en los hospitales y sanatorios; y frente a esto estará la calma apacible y el alma satisfecha de un número demasiado grande de cristianos. ¿Qué hacer para evitar que la cólera nos invada a ciertas horas, o que nazca en nosotros un comienzo de rebeldía contra aquellos que disfrutan de todo sin sentir la menor inquietud? ¿Cómo no sentir el deseo de prestar, no únicamente nuestra adhesión, sino un concurso activo al esfuerzo de lucha que pone sin cesar en tensión la voluntad de los trabajadores a fin de permitirles un lento y costoso ascenso social? Todos habéis entrevisto, más o menos claramente, que una llamada particular del Señor os llevaba a la vez a entregaros sin reserva a los trabajadores, a los pobres injustamente tratados, y a tomar más literalmente determinados consejos de silencio y de no-violencia dados por Cristo a algunos de sus discípulos^[95]. Pero quizá no habéis discernido suficientemente los verdaderos motivos de la actitud que os impone vuestra vocación. Temo que algunos de vosotros vean como una desconfianza hacia la causa de los trabajadores oprimidos por las fuerzas del capital, o como un compromiso a fin de salvaguardar a poca costa la universalidad del amor debido a todos los hombres, pertenezcan a la clase que sea. Esta actitud podría pareceros una traición a las exigencias de la justicia hacia los pobres. Algunos otros pensarán simplemente que esta abstención está impuesta por el ideal de

vida escondida propio de las Fraternidades, como una negativa a obrar por parte de aquel que quiere seguir estando libre para la oración. Y adivino la confusión y el sufrimiento velado de aquellos de entre vosotros que pertenecen con todo su ser a la clase obrera; tal vez, además, este sufrimiento levantó ciertos días como una duda acerca de vuestra vocación de Hermanito. ¿Por qué abstenerse de ayudar eficazmente a aquellos a quienes se ama, que luchan valerosamente, sacando de las exigencias mismas de esta lucha la fuerza de un acrecentamiento de amor? ¿Por qué sería incompatible con una vida de oración? Esta negativa de eficacia os parecerá a veces muy artificial, como un marco impuesto *a priori* en vuestra vida en nombre de un ideal que entonces arriesga aparecer ante vosotros como una restricción arbitraria de las exigencias evangélicas. Puesto que hemos escogido marchar hacia Cristo siguiendo el camino de la gente pobre, no teniendo a nuestra disposición otros medios esenciales que los suyos, ¿por qué entonces no llegar hasta el fin tomando también sobre nosotros el peso de la lucha de los trabajadores por la justicia? ¿Es que temeríamos emprender un camino difícil? ¿Sería una negativa a entregarnos completamente a los pobres que ya no pueden más? ¿Sería un resto de deseo de reposo para la oración?

No, esta negativa a tomar parte activa en la lucha de los trabajadores en busca de un mundo más justo no nos es impuesta en nombre de un ideal más o menos artificial de vida religiosa, ni aun bajo el pretexto de que representamos a la Iglesia a título más particular: en realidad nos es impuesta en nombre mismo de nuestra pertenencia a la clase de los trabajadores, como una aportación indispensable a su combate para que este pueda seguir siendo efectivamente cristiano. Lo comprendí con toda claridad y es ahora para mí una evidencia que quiero compartir con vosotros.

La lucha de los pobres, por justa que sea en sus motivos y en su fin, sigue siendo, como todas las guerras, una tara de la Humanidad. No debería ser así y, sin embargo, dada la situación del mundo, tiene que existir una lucha semejante. Lo repito, es justa, ¿pero adónde nos conducirá? ¿De qué conquista será instrumento y con qué espíritu debe ser conducida? Es aquí donde las exigencias del cristianismo imponen al hombre una rectificación constante de sus actos. La lucha de las clases tiende a endurecer las relaciones humanas, y por su propio peso, si no está heroicamente dominada por el amor, no puede hacer más que reemplazar una opresión por otra. ¡Qué difícil es hacer que la lucha sea eficaz sin poner el cebo del odio en el corazón del combatiente! Todo combate endurece los sentimientos del hombre, ya que es muy difícil luchar sin hacer daño, pues de otro modo no sería una lucha. El concepto marxista puede sólo justificar la dictadura del proletariado como un fin intermedio a conseguir por todos los procedimientos, y como un absoluto necesario para traer el advenimiento de una sociedad sin clases. Pero nosotros, cristianos, no tenemos derecho a luchar de otro modo que dentro de una perspectiva cristiana. Aunque la importancia del combate conducido por el marxismo tiende a arrastrar, a pesar de ella, a la parte cristiana de la clase obrera, esta tiene el deber de esforzarse constantemente con objeto de que la manera en que conduzca el combate no haga imposible el advenimiento de una sociedad cristiana. El odio no podría engendrar el amor. El gran peligro de toda guerra es la creación de un clima humano

particularmente favorable a la aparición de nuevos odios, de nuevos conflictos. La lucha de clases no escapa a esta ley. Debemos querer, aun en el seno de la lucha, la instauración de un régimen humano que haga posible unir a los hombres en el amor. Esto no es una utopía. Aunque sea poco probable que, en la actualidad, puedan instaurarse semejantes relaciones entre los hombres, queda el deber ineluctable de hacer un esfuerzo en ese sentido. No podemos repudiar las exigencias del amor y de la unidad impuestas por Cristo a la Humanidad bajo el pretexto de que no podemos alcanzar al primer golpe su realización perfecta. Por tanto, es importante recordar que Dios nos obliga a un esfuerzo continuo hacia una mayor unidad en el amor. Esta obligación sigue siendo grave para los obreros cristianos en estado de lucha. Las exigencias iguales de la justicia y de la caridad deben poner tirantes a su corazón y a su espíritu dentro de una separación dolorosa pero fecunda. Sin duda, la actitud de puro combate dentro de la fuerza que da el odio es más sencilla y a menudo más eficaz; pero esto es un peligro constante para el obrero cristiano, más generoso en la lucha por sus hermanos. No debemos aminorar la perfección pedida por Cristo a los trabajadores en la hora actual. La lucha obrera no debe ser juzgada únicamente desde el punto de vista de la eficacia, sino, además, por el espíritu que la anima; lucha dura quizá, pero lucha leal, recta, sin odio. ¡Qué difícil es! Y es aquí, Hermanitos, donde podéis traer a vuestros compañeros, cuyo deber es el de luchar, el fermento espiritual que sólo les permitirá luchar como cristianos. Les perteneceréis completamente a este título, y hasta me atreveré a decir que un combate obrero cristiano no tendría razón de ser si no lleva consigo un fermento de unidad y de amor más fuerte que el odio. Seréis la fuerza cristiana de vuestros hermanos obreros, seréis el antídoto del veneno que arriesga a cada instante matar en ellos el amor de Cristo. Es difícil para un hombre conciliar dentro de su corazón los sentimientos requeridos por una lucha, justa sin duda, pero violenta, con el amor que Cristo espera de él hacia aquellos a quienes debe combatir. Creo que es tan difícil como a un rico ser pobre de espíritu y como al camello pasar por el agujero de una aguja. Sin embargo es preciso añadir con Cristo: «Lo que es imposible a los hombres es posible para Dios». No podría concebirse el pueblo cristiano sin pobres voluntarios por amor, a fin de que aquellos que poseen vivan como no poseyendo nada. Tampoco podría prescindir de unos hombres llamados por Cristo para guardar la castidad dentro de un celibato voluntario, a fin de que aquellos que viven en estado de matrimonio recuerden que tienen el deber de comportarse con vistas a un fin espiritual más elevado. Igualmente el pueblo cristiano no podría prescindir de ese pequeño número de individuos a los que Jesús pidió tomar más severamente ciertas exigencias de amor y de unidad, a fin de que los pobres aprendan de ellos a reivindicar sus derechos sin odio y sin endurecer su corazón: es preciso que en medio de ellos unos pobres voluntarios sepan vivir silenciosamente la dulcedumbre y la paz de las bienaventuranzas: *«Pero yo os digo que no hagáis frente al que os ataca. Al contrario, al que te abofetee en la mejilla derecha, preséntale también la otra»* (Mt 5,39-41).

Sería igualmente falso no ver en estas palabras otra cosa que una oratoria exagerada, o pensar que deben ser una regla para todos. Es legítimo y aun necesario que los

hombres luchan para conquistar sus derechos esenciales para el completo desarrollo humano y cristiano de su vida, pero esta lucha no puede abolir las enseñanzas del Señor acerca de las exigencias infinitas del precepto del amor, como el celibato voluntario, como el desasimiento de todo bien libremente consentido. De este último se sigue una actitud de unidad y de no-violencia dentro de la paz, en la llamada dirigida por Cristo a algunos de aquellos a los que quiere enviar para que lleven su mensaje evangélico entre los pobres injustamente oprimidos.

Lejos de ser una retirada o como una desaprobación silenciosa de su lucha, nuestra actitud será para nuestros hermanos de trabajo una verdadera colaboración, que les permitirá quizá luchar con menos odio y sobre todo con una esperanza más viva de buscar la instauración de una sociedad unificada dentro de la caridad. Esta actitud de las Fraternidades es mucho más necesaria para la pureza cristiana del movimiento reivindicativo de los trabajadores de lo que podéis pensar: creo que se puede decir que es un elemento indispensable.

La Humanidad se cansará del odio y de la lucha; el mundo obrero, más que los otros, tiene sed de paz y de unidad, aun en el momento mismo de sus recursos a la violencia. ¿Hacia quién se volverá en su insatisfacción y quién será para él un consuelo, si aquellos que son en medio de ellos los representantes de Cristo fueron heridos en su alma por la rebelión, y vieron empañada la universalidad de su amor hacia los hombres por su participación en el combate? ¿Es tan difícil reivindicar y hacer la guerra sin que por lo menos se aminore dentro de uno la universalidad fraternal del amor! Este es el mayor peligro de la sociedad que nacerá de una lucha de clases conducida dentro del espíritu marxista; arriesga quedar esterilizada hasta el punto de no poder permitir el crecimiento de los gérmenes de amor, que es lo único que la haría ser bien acogida por los hombres. ¿Será hacia un sacerdote o hacia un religioso responsable de una sección sindical o que haya dirigido la huelga hacia el que se volverán instintivamente los corazones de los trabajadores cuando hayan escuchado las primeras llamadas del Señor al amor fraterno? No puedo evitar el pensar aquí en la petición de unos militantes de la Confederación General del Trabajo que habían descubierto el espíritu de la Fraternidad: «Estamos hartos de luchar dentro del odio. Habéis venido entre nosotros y nos habéis descubierto la esperanza de otro ideal. Tenéis que darnos esa fraternidad que nos habéis enseñado, no quedaros con ella».

No será fácil, sin duda, vivir de tal suerte que todo esto resulte claro a unos trabajadores que saben por experiencia que ninguno de sus derechos esenciales le fue jamás concedido sin combate. La abnegación exigida por la lucha es para el obrero su ideal propio de perfección. No conseguiréis rápidamente que se comprenda la verdadera razón de vuestra actitud. En cuanto a los marxistas, no tienen derecho ni aun a tolerar vuestra actitud, puesto que va en contra del principio mismo de la lucha de clases y esta es el único medio a través del cual se desarrolla la ineluctable evolución de la sociedad humana.

Tendréis a menudo que dar pruebas de vuestra abnegación y de vuestra unión con la clase obrera de otra manera. Un Hermanito obrero tiene una vocación muy exigente.

Hará de modo que en su manera de actuar o de juzgar nada lleve a pensar en una retirada por preocupación egoísta de reposo, o por no sé qué falso concepto de una no-eficacia buscada. Se trata de otra cosa muy distinta. Ya sé que sois de aquellos a los que Jesús llamó para dar un testimonio de no-violencia, y a una determinada retirada de la lucha, cuando esta no es una obligación inmediata de justicia; no podríais sin embargo dispensaros de entrar en acción generosamente, cuando la justicia sea un deber para vosotros, aunque tuvierais que sufrir por ello. No podríais ser mudos espectadores ante determinadas situaciones injustas, sin incurrir en el reproche de complicidad. No es enteramente la misma cosa luchar por la modificación de las estructuras sociales o por el reconocimiento de nuevos derechos a los trabajadores, o para que cese una injusticia flagrante de la que serían objeto vuestros compañeros: aquí ya no se trata de una lucha reivindicativa, sino de hacer que se respete un derecho adquirido injustamente violado. Por ejemplo, es un robo el hecho de que no sean remuneradas a su justa tarifa las horas suplementarias de trabajo, del que no podéis ser testigos pasivos, sobre todo cuando vuestros compañeros están en la imposibilidad moral de reclamar sus derechos.

* * *

Una situación análoga, pero más delicada todavía, será la de los Hermanitos que se hayan entregado a poblaciones sometidas a un régimen colonial, de protectorado o de mandato, cuando estas, trabajadas por un justo deseo de acceder a su independencia, emprendan pasar a la acción disimulada o violenta. Intentaréis hacer de modo que se admita vuestra leal adhesión a la justicia de su causa, por encima de cualquier nacionalismo, pero será difícil, ya que os veréis obligados a rechazar ciertas formas de participación, que hubieran sido justamente para esos pueblos las únicas pruebas convincentes de vuestra sinceridad. Os sucederá, a veces, y a pesar vuestro, ser incomprendidos por todos, y sin embargo será preciso llevar consigo esa reprobación de las partes opuestas para guardar intactas las exigencias iguales de la justicia y del amor universal, que las Fraternidades tienen más particularmente como misión encarnar entre los pueblos. Será a menudo muy duro. Entonces será preciso creer, con toda vuestra fe, en la eficacia a largo plazo de una vida sacrificada por haber querido seguir siendo fiel a los consejos formales que Cristo dio a la Humanidad. Esta fidelidad podrá conducirnos a la expulsión, a la ruina material de la Fraternidad, a la persecución, tal vez a la prisión o a la muerte. Otros antes que vosotros alcanzaron el honor de ser hasta el fin testigos del espíritu de Jesús en medio de un mundo que ya no era capaz de recibirlo; esto se me presentó con toda claridad leyendo la epístola de la Misa del beato Martín de Porres: *«Nosotros tontos por Cristo, vosotros sabios en Cristo; nosotros débiles, vosotros fuertes; vosotros honrados, nosotros despreciados. Hasta ahora padecemos hambre, sed y falta de ropa. Somos abofeteados, andamos errantes y nos fatigamos trabajando con nuestras propias manos. Nos insultan, y bendecimos; nos persiguen, y aguantamos; nos calumnian, y respondemos con bondad. Hemos sido hasta ahora como basura del mundo, como desecho de todos»* (1Cor 4,10-13). Y pensaba en esa misteriosa y creciente acción del humilde Hermano mulato, despreciado por la mayoría,

incomprendido por sus superiores, y cuyo amor hacia sus hermanos de raza atravesó los siglos hasta convertirle hoy día en el Patrono de aquellos que luchan en el Perú por la instauración de la justicia social. Es una manera de eficacia divina y trascendente, a la que creemos deben tender decididamente las Fraternidades si así lo deseamos.

He aquí, pues, la primera tentación a la que estará expuesto el amor que llevéis a vuestros hermanos: la de que os dejéis arrastrar a no ver más que los derechos de los pobres, que es menester reivindicar, sin una preocupación suficiente de continuar amando a todos los hombres a través y por encima de las luchas. *«Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tendréis? También los pecadores aman a quienes los aman»* (Lc 6,32).

* * *

Dentro de la generosidad y del entusiasmo de vuestra juventud, muchos de entre vosotros se sienten llamados a consagrar su vida a pueblos diferentes de nosotros por su mentalidad, su cultura y el grado de evolución humana. Dentro de un sincero deseo de amistad fraternal habéis ido hacia los árabes musulmanes del África francesa del norte, en Argel, en Marruecos, en el Sáhara, hacia pueblos negros de Camerún, hacia los nómadas de Jordania, al subproletariado chileno, y tal vez iréis pronto hacia los indios de las mesetas andinas. Tras el esfuerzo de descubrimiento y la novedad de los primeros contactos, os encontraréis frente a una realidad no precisamente decepcionante, sino distinta a la que habíais imaginado. Quizá habíais reducido un poco las dificultades y simplificado el problema.

Esa amistad, que les traíais con toda lealtad, no habrá sido comprendida y quizá haya suscitado además la desconfianza. ¿Es que no sois de una raza diferente? ¿Es que no pertenecéis a la nación conquistadora? ¿A ese pueblo de raza blanca cuya civilización técnica le parece, a la luz de la experiencia, querer destruir determinados valores seculares humanos y nacionales? Como testimonio de entrega total y para concretar la ofrenda que hicisteis de vosotros mismos en espíritu de redención, os habría gustado, por lo menos, compartir lo más posible sus condiciones de vida, sus trabajos y hablar su idioma, y habéis comprendido demasiado pronto que no lo conseguiríais fácilmente, ni tan por completo como la habíais soñado: la resistencia física insuficiente, un régimen de alimentación al que no podéis acostumbraros del todo, el idioma que pronunciáis mal o que no acaba de penetrar en vuestra memoria. Pero, sobre todo, esa actitud continua de reserva respecto a vosotros por parte de aquellos mismos a quienes amáis, y que no cesan de sentir que les sois extraños por todas las fibras de vuestro ser; y os lo hacen notar incesantemente con su actitud hacia vosotros. En una palabra, no habéis sido adoptados como os lo desearía vuestro amor hacia ellos.

Pero hay todavía algo más. Lo queráis o no, habéis sido formados, modelados por generaciones de antepasados; vuestro espíritu, vuestros juicios están marcados para siempre jamás por el ambiente en que habéis vivido. Vuestras reacciones, vuestros juicios de valor son realmente distintos a los suyos, hasta opuestos. Nada habrá cambiado en vuestra psicología profunda, instintiva, porque hayáis decidido consagraros en cuerpo y

alma a unos hombres hacia quienes Dios había puesto en el fondo de vuestro corazón una verdadera inclinación de simpatía. Os parecía que ese amor habría debido haceros ver a los hombres y a las cosas bajo una luz continuamente favorable. Ahora bien, después de las primeras impresiones, no siempre fue así; ya no comprobáis dentro de vosotros los mismos atractivos sensibles, porque los roces continuos, las divergencias diarias de juicio acerca de muchas cosas, a veces los choques entre sensibilidades opuestas habrán extinguido el impulso sensible del comienzo. Sin duda continuáis amándolos con toda la fe en vuestra vocación y queréis sinceramente seguir siendo valientes en la entrega de vosotros mismos: no se trata en modo alguno de retroceder ni tampoco de recobrar nada, sea lo que fuere. Pero os afligiréis al comprobar que seguís siendo siempre lo mismo: vuestras impaciencias, vuestros sufrimientos, los cansancios internos, tal vez vuestras cóleras, vuestras repugnancias ante ciertas maneras de proceder, todo eso descubre vuestro temperamento de occidental, de civilizado latino. Todo esto os pesa. Ya no sabéis siempre dónde están los verdaderos valores. Por más que hagáis, el esfuerzo de seguir siendo extraño en medio del pueblo amado se hace más punzante y más pesado de llevar. Entonces estáis maduros para una tentación grave de cansancio o de juicio injustamente severo hacia unos hombres que habrán quedado lejos de vosotros, a pesar de vuestros esfuerzos y de vuestra buena voluntad. ¡Si por lo menos acabaran por comprender que, a pesar de vuestras divergencias, los amáis como a hermanos, sin ningún sentimiento de superioridad racial o técnica respecto a ellos! Pero no siempre sucederá así, y quizá tendréis que aceptar morir entre ellos sin haber logrado convencerles de que os habíais acercado a ellos simplemente como hermanos y como amigos. Dios habrá seguido vuestro itinerario y ratificado, a pesar de todo, vuestra ofrenda generosa: entonces tendréis que contentaros con esa aprobación divina, pero oscura y silenciosa.

En ese estado, Hermanitos, estáis preparados por entero para sucumbir a las ilusiones de un sucedáneo de amor, sobre todo cuando el cansancio físico, la anemia o el desasosiego abran la puerta a la nostalgia de vuestra patria y del ambiente que os vio crecer. ¡Es tan comprensible todo esto! Hay instantes en la vida en los que ese revestimiento exterior de costumbres virtuosas en el hombre parece desmoronarse de repente, como si las fuerzas de voluntad que le sostenían vinieran a faltar bruscamente. Entonces os encontráis ante la prueba suprema del amor: lo único que os queda por hacer en vuestra alma, totalmente al desnudo delante de Dios, es descubrir vuestra debilidad a un amor que ya no será obra vuestra, ya que habéis llegado al cabo de vuestras posibilidades, sino la del corazón de Cristo, del que no sois más que un instrumento abandonado, dentro de la fe.

En el fondo sois iguales a todos los hombres, como los «blancos» que os rodean, y que seguían, tal vez con una sonrisa indulgente, vuestras tentativas de querer amar a vuestros hermanos africanos, árabes o indios, dentro de la igualdad de un amor fraterno.

Hermanitos, esta tentación será muy grave y amenazará a la única cosa que constituye vuestra razón de estar entre los pobres más despreciados o a los que se trata con una bondad indulgente llena de conmiseración. Quisiera que, habiendo previsto estas

dificultades, pudierais mirarlas más de frente. Lo más grave es que algunas personas de las que están a vuestro alrededor, hombres de buena voluntad, abnegados, inteligentes, que conocen mejor que vosotros la región y sus habitantes, algunas veces Misioneros y Religiosas, intentarán convenceros, aduciendo su larga experiencia, de que erráis el camino al querer tratarlos bajo un plano de igualdad fraternal. No hablo de ciertos funcionarios, comerciantes o colonos, los cuales no ocultan un sentimiento de superioridad a veces brutal, no buscando en definitiva más que su propio interés o el de su empresa; su actitud os hará más bien reaccionar. Hablo de aquellos que aun amando y abnegándose hasta el agotamiento de sus fuerzas lo hacen, sin embargo, con la sensación más o menos consciente de su superioridad. Os suplico creáis que en tanto tengáis esos sentimientos, no podréis amar como debierais hacerlo. Jesús no nos ha mandado *únicamente tener piedad* de unos hombres sobre los que nos juzgamos superiores en el plano de la civilización: nos mandó *amarlos como hermanos*, lo que no es lo mismo.

Se os contestará que están muy atrasados, insuficientemente evolucionados, que son como niños desde muchos puntos de vista y que nosotros tenemos que ser sus educadores: en consecuencia, es preciso actuar con mucha firmeza, con mucha severidad en beneficio suyo. ¡En qué terreno tan delicado nos encontramos! Evidentemente, yo no tengo experiencia propia y conozco mucho menos a esos hombres, a los que se juzga tan fácil y definitivamente, que aquellos que pasaron una parte de su vida entre ellos. He vivido, sin embargo, más de quince años entre los árabes y mucho más mezclado entre ellos que un gran número de funcionarios o colonos. A pesar de esto, no es a título de esta experiencia en donde me quiero colocar: sólo quisiera ser el eco de las palabras que nos diría el Señor si viniera él mismo a enseñarnos el precepto del amor fraterno en 1961. Nadie como Cristo ha conocido el fondo del corazón humano: «...*No necesitaba que le informasen de nadie, pues él conocía muy bien el interior del hombre*» (Jn 2,25). Sin embargo, el Señor no tuvo hacia el más pequeño de los hombres ni la sombra de un sentimiento que recuerde la piedad del fuerte, del justo, del sabio hacia el débil, el pecador, el ignorante: *nos amó*, ¡y con qué amor, lleno de respeto hacia cada uno! ¿Cómo tendríamos derecho a tener hacia nuestros hermanos en debilidad y en ignorancia, en humanidad después de todo, unos sentimientos que Cristo, el Hijo del Hombre, no se habría permitido tener a nuestro respecto? Se nos tratará como hayamos tratado a los demás, y se nos juzgará como hayamos juzgado a los demás. El respeto, la estimación, la comprensión paciente, la ausencia de juicio y de condena son partes esenciales del amor. No retrocedáis ante estas exigencias, o más bien, cuando hayáis llegado al fin de vuestras fuerzas humanas y al cabo de vuestros argumentos, contentaros entonces con mirar a Cristo y abridle un corazón despojado de todo, para que él pueda introducir una fuerza de amor distinta a la vuestra.

Ser firme, severo, duro, ¿por qué tenemos el deber de educar? Tal vez bajo la condición de que tengáis efectivamente ese cargo y por tanto ese derecho, y que sea sin la menor sombra de desprecio o de un instinto de superioridad. No juzguéis refiriéndoos a vuestra propia escala de valores morales, sino en relación con los únicos valores divinos. Sólo Dios tiene derecho a juzgar en relación consigo mismo, y sólo Él ve el

fondo de los corazones. No nos pertenece medir el valor de los hombres por su mayor o menor aptitud para adaptarse a nuestras formas de pensamiento, a nuestros métodos de trabajo, a nuestras costumbres de higiene, de limpieza, a nuestro código de cortesía y de relaciones sociales. Pueden hacernos sufrir, irritarnos porque son diferentes a nosotros en todo eso: pero de aquí no se sigue necesariamente que sean menos hombres que nosotros, menos buenos que nosotros. Nuestro papel, Hermanitos, no consiste en trabajar para adaptarlos a una forma de civilización occidental material y técnica, que por lo demás está muy lejos de representar el único ideal posible de una civilización verdaderamente humana. Sé muy bien que esta perfección técnica que proporcionó al hombre occidental un tal dominio sobre la naturaleza constituye en sí un progreso humano y que por otro lado nadie en el mundo será capaz de impedir un desarrollo cada vez más precipitado en ese terreno. No quiero abordar ahora la cuestión, extremadamente delicada, de saber cómo puede ser posible hacer entrar bruscamente dentro de ese ciclo de civilización a unos hombres todavía no evolucionados y de estructura social puramente artesana, sin exponerlos a un desequilibrio psicológico y moral. El peso de las técnicas materializantes supone obligatoriamente en el hombre que no quiere verse aplastado o envilecido, una fuerza espiritual y una madurez que únicamente es capaz de dar un cristianismo vivido en todas sus exigencias de desposeimiento. Quise únicamente indicar la actitud de alma a la que estamos obligados, en virtud del primer mandamiento de Cristo, sea cual fuese por lo demás la tarea educativa que nos será adjudicada hacia los hombres que nos hayan sido confiados.

No perdamos tampoco de vista que muchas de las reacciones violentas de pasión, de cólera, de terquedad, de pereza o de falta de lealtad, que reprochamos tan severamente a ciertos pueblos, no son, con frecuencia, sino reflejos de defensa, lamentables sin duda, contra unas maneras de actuar brutales o altaneras de los europeos respecto a ellos; nosotros somos, pues, en definitiva, los responsables y no nos incumbe reprochárselo a ellos.

No puedo evitar el volver a repetir aquí cuánto debéis desconfiar de vosotros mismos cada vez que se trate de colaboración en un plan de trabajo un poco delicado, trabajo de construcción o de reparación de máquinas. Estos hombres no pueden ser para vosotros los colaboradores que hubierais deseado, y esta incapacidad no reviste ningún valor moral a los ojos de Dios. Me parece que debéis estar preparados para ver cómo se malogran o se despilfarran unos trabajos técnicamente difíciles para ellos, más bien que a perder el sentido de un juicio equitativo y humano a su respecto. Los nómadas de las altas mesetas argelinas, o los negros completamente primitivos de las montañas del Camerún, unos y otros supieron forjar a través de los siglos grupos humanos capaces de vivir con poco y de luchar contra una naturaleza ingrata con medios pobres; son hombres en todo el sentido de la palabra, y a veces lo son más que nosotros en ciertos terrenos.

Al admirar los trabajos gigantescos y pacientes efectuados por los incas en el flanco de los valles abruptos de la cordillera, esas terrazas edificadas para el cultivo, esos canales cavados en la roca viva para traer agua para el regadío, no pude abstenerme de pensar que un tal esfuerzo, que una lucha semejante para vivir había debido de formar

un tipo de hombres de otro modo sano y fuerte que el de los turistas que, siglos después, vinieron a estos lugares para contemplar esas ruinas con ánimo ligero, confortablemente transportados sobre los cómodos asientos de un automóvil. Triunfo de la inteligencia y de las técnicas, sin duda, y es un gran progreso; pero la inteligencia no es todo el hombre: lo olvidamos demasiado. ¡Si pudiéramos ver al hombre como lo ve Cristo! Tenemos que incorporarnos dentro de la fe a esa mirada de Dios hacia la Humanidad. Esta preocupación nos preservará de un juicio que, mucho lo temo, es a menudo el de un fariseo. No juzguemos a los pobres, a los que no disponen de medios humanos, a los que no tienen nada. No podemos saber si son o no más hombres que nosotros, si están más cerca de Dios que nosotros.

Por lo que nos concierne, el único valor que poseemos realmente superior es el depósito de la revelación, el mensaje del Evangelio: no nos pertenecen, debemos entregárselos con la profunda convicción de que no supimos vivirlos sino como fariseos o doctores de la Ley.

Escandalicé a menudo a ciertos cristianos civilizados y muy penetrados de la superioridad de sus costumbres del siglo XX, afirmándoles que la familia de Cristo en Nazaret no debía conocer otras prácticas de higiene o de limpieza que aquellas que se usaban en su tiempo. ¿Es que Cristo o la Virgen serían inferiores a nosotros porque no conocían la utilidad de la vacuna, y porque cometerían con toda seguridad actos antihigiénicos adecuados para la transmisión de enfermedades contagiosas? No confundamos unos valores técnicos con la verdadera superioridad humana y moral.

* * *

Tal vez insistí demasiado acerca de este punto; no os costará mucho convencerlos. Me permitiréis una advertencia: después de la tentación de erigirse en jueces y en educadores severos, existe la tentación de refugiarse dentro de una piedad llena de compasión: es otra manera de rehusar la estimación y de eludir la exigencia del amor fraternal. Tal vez por cansancio acabaréis por no reaccionar ya contra la mentalidad ambiente, hecha de condenación o de desconsideración: os asaltará la tentación de aceptar ese juicio, de decir que, después de todo, tienen razón, pero que justamente porque son despreciados, porque son los más desheredados de los hombres, ya no os queda más que compartir por amor sus sufrimientos en silencio y solidarizaros con ellos en el desprecio de que son objeto. ¡No, esta actitud es todavía una dimisión del amor fraternal! Indudablemente, puede uno solidarizarse dentro del sufrimiento y del desprecio con aquellos a quienes se ama, pero hay algo más que esto en la manera con que Jesús tomó sobre sí la debilidad humana. No tenéis derecho a llegar únicamente a ese sentimiento de piedad frente a vuestros hermanos, sea cual sea la raza a que pertenezcan, o el nivel de la escala humana en que se encuentren. Tenéis que solidarizaros con ellos, sin duda alguna, pero me atrevería a decir, con una cierta arrogancia de llegar a ser su hermano. ¡Si supierais llegar a leer en su corazón humano, y a comprenderlos tal y conforme son dentro de sus duras condiciones de existencia, y a preguntaros lo que seríais vosotros si hubierais nacido, crecido y vivido en esas mismas condiciones! ¡Entonces nos

sentiríamos más reservados en nuestros juicios y más pequeños al lado de ellos! No se trata aquí de una humildad de encargo, sino de un sentimiento verdadero, que sólo os puede dar la luz de la presencia divina en vuestro interior.

* * *

La primera de las condiciones de un auténtico amor fraterno y universal es la de haber conseguido mirarnos a nosotros mismos con humildad. No quiero terminar sin señalar otro peligro a que están expuestas las Fraternidades respecto a este punto, por el hecho de la llegada de vocaciones originarias de países y de razas diferentes. Era completamente necesario que, como toda obra humana, la Fraternidad naciera en un lugar determinado: nació en Francia, es un hecho. Con Hermanitos franceses dio sus primeros pasos y maduró su ideal. Pero tiene que llegar a ser universal, tiene que poder ser en cada nación y para cada país lo que es para el pueblo francés. Ahora vienen Hermanitos de diferentes horizontes, de Bélgica, de Suiza, de España, de Inglaterra, de Austria. Esto llena de júbilo a las Fraternidades, pero es también, y es preciso que os deis bien cuenta de ello, una crisis de crecimiento peligrosa, que puede comprometer la generosidad y la unidad de las Fraternidades. Los franceses tienen sus defectos: entre otros, una cierta ligereza superficial en los juicios acerca de los hombres y las cosas de otros países, y una tendencia a juzgarlos con referencia a su propio modo de obrar, como si Francia tuviera el privilegio de retener una especie de concepto absoluto y universal de civilización humana. Cuando se viaja mucho no puede uno dejar de quedar sorprendido. Los que no son franceses percibirán ese defecto más que nosotros y tendrán la tentación de no entregarse a fondo a la Fraternidad tal y como es, sino que intentarán desde el primer momento hacer una separación en la manera de vivir de las Fraternidades entre lo que juzgarán ser universal de lo que sería propiamente francés. Para este trabajo de purificación haría falta una experiencia y un desapego de sí mismo que aún no podéis tener, y vosotros, Hermanitos, que no procedéis de Francia, arriesgáis mucho bajo el pretexto de rechazar lo que es demasiado puramente francés, de seguir estando en realidad más atados de lo que es conveniente a vuestros propios prejuicios nacionales, ya que todos los tenemos. Ya sabéis hasta qué punto deseo que las Fraternidades estén verdaderamente adaptadas a cada país. Pero todavía es posible dar un testimonio más alto y más puro, que es el de una perfecta unidad dentro de un cierto renunciamiento a nuestras formas nacionales de pensamiento. En una época en la que se endurecen y chocan entre sí los prejuicios nacionales, a pesar de una búsqueda angustiosa de unidad internacional, no tenemos, bajo el pretexto de adaptación, por qué subrayar nuestras diferencias, sino más bien atenuarlas, buscando la unidad dentro del sufrimiento y del desasimiento, por encima de nuestros temperamentos nacionales. Si existe algo que arriesgar o que sacrificar sería más bien perder un poco de nuestra individualidad nacional, que no romper la unidad profunda, fraternal, que no puede edificarse sobre otros cimientos que el renunciamiento a nuestras maneras personales de concebir la vida de las Fraternidades. Pido este esfuerzo a los unos como a los otros, a los de Francia como a aquellos que vienen actualmente de otros lugares para reunirse con nosotros. No

vacilo en decirles, a estos últimos, con toda mi conciencia de lo que son las exigencias del amor verdadero, que no serán capaces de establecer una Fraternidad en su propio país mientras no hayan aceptado primero, sin juzgarla, la Fraternidad tal y conforme es actualmente. Seguimos siendo siempre demasiado profundamente de nosotros mismos, de nuestra raza y de nuestro país, para que no haya que temer que no seamos capaces, más adelante, de esa adaptación. Estamos quizá demasiado ciegos sobre nosotros mismos para no encontrar ocasión de una cierta negativa de desasimiento, bajo el falso pretexto de que semejante manera de obrar es demasiado específicamente francesa. Aunque fuera cierto, y lo será a veces, ya que nuestra pobre Fraternidad no podría pretender a la perfección en este punto, aunque fuera cierto que os obliguen a adoptar una actitud demasiado impregnada de carácter francés, tendríais que rechazar por el momento, sin la menor vacilación, todo juicio, entregándoos a fondo; no podéis juzgar sino después de haber realizado una entrega sin reserva de vosotros mismos, condición indispensable de la pureza de la mirada. Ya sé que al principio será más duro para vosotros que para los Hermanitos de Francia, por lo cual se os pedirá más que a los demás y esto debe ser estimado por vosotros como una ventaja y un honor. Vuestros Hermanitos franceses tendrán que hacer un gran esfuerzo de comprensión y de olvido de sí mismos; pero no podrían impedir que el ideal ha sido vivido, pensado y sufrido por ellos hasta ahora, y de momento vosotros debéis recibir esta herencia tal y como se ofrece. No podéis, desde ahora mismo, hacer la separación entre la cizaña y el buen grano. Dejar que crezcan la una y el otro hasta la época de la siega. No arriesgáis nada entregándoos con confianza; no arriesgáis nada, sino veros forzados más rápidamente a una entrega total y a una pobreza de alma más humilde. Al intentar juzgar demasiado pronto, arriesgáis sencillamente la obstinación en un cierto orgullo nacional, en una negativa de vosotros mismos y en la ruptura de la unidad fraternal. Han sido precisos más de quince años para conseguir que las Fraternidades sean lo que son actualmente. No es posible que en un año de noviciado pudierais volver a pensar ese ideal en función de vuestro temperamento nacional: hará falta más tiempo, más sufrimiento y más experiencia de la que tenéis.

Por tanto, creo indispensable, *de momento*, pedir a los Hermanitos que no hablan bien el francés que hagan un esfuerzo para aprenderlo, no porque las Fraternidades tengan que seguir siendo francesas, sino porque deben recibir toda su formación mediante un compromiso sincero dentro de la Fraternidad tal y como existe, lo que no les será posible si no saben suficientemente el idioma actualmente empleado. Sólo más adelante podrá formarse en cada nación una región con su idioma propio, capaz de formar a los Hermanitos en esa lengua. No siento la menor inquietud; esto se hará por sí solo, y mucho más fácilmente que el renunciamiento, que es la condición indispensable para que las Fraternidades perseveren en la unidad.

Aún no puedo prejuzgar de qué manera se expresará más adelante, cuando se dilate la universalidad de las Fraternidades, la unidad fraterna que deberá unirnos a todos dentro del amor y del respeto de nuestras diversidades. Estas tendrán que ser simplemente como el lenguaje espontáneo de un alma que habla a Dios en su propio idioma y dentro del

desasimiento de un humilde amor fraternal. Pero si ese desasimiento no es bastante profundo, los Hermanos no realizarán aquella unidad, por la que Jesús rogó tanto antes de su agonía.

Si os dejáis llevar por vuestras reacciones demasiado instintivas, sin someteros a las leyes del amor y sin abrir vuestro corazón a las sollicitaciones de Cristo crucificado, las Fraternidades se inclinarán por su propio peso hacia la división. No tengo más que acudir a vuestra experiencia. Puesto que queremos ir hasta el fin de la unidad entre nosotros dentro de una abertura mutua total, sufrimos más por nuestras diferencias; tienen por motivo nuestro ambiente de origen, nuestra educación, nuestro temperamento. Es un don que Dios nos ha hecho al habernos llamado desde los lugares más diversos. Ya sea que procedáis de una familia obrera o burguesa, campesina o patronal, todos igualmente tenéis que aprender algo los unos de los otros, debéis intentar conoceros abandonando vuestro punto de vista para adoptar el de los demás, superando vuestra sensibilidad. No es porque vuestro juicio se haya ensanchado más allá de los límites de la clase a que pertenecéis por lo que estaréis menos entregados a vuestros hermanos obreros: al contrario, seréis capaces de darles mucho más.

Sufriréis los unos por los otros, y creo que es inevitable, pero este sufrimiento os ayudará a amaros sin ilusión y os impedirá sucumbir a la tentación de encerrar vuestro amor dentro de los límites demasiado estrechos de una clase o una nación.

De este modo aprenderéis a mirar a todos los hombres con un prejuicio de simpatía; vuestro corazón seguirá siendo joven y vuestro espíritu ancho y comprensivo. Sed perseverantes e intrépidos en esa vía de la abertura y de la entrega mutua por encima de todas las diferencias. No os encerréis nunca dentro de vosotros mismos por cobardía o cansancio. El camino será a veces doloroso, pero colocará a vuestro espíritu y a vuestro corazón dentro de las condiciones más favorables para que el Señor Jesús pueda escogerlos como a los órganos vivos encargados de exteriorizar su amor entre los hombres.

El desgarramiento del amor

Aix, 3 de agosto de 1947

Una de las características del mundo actual, por el hecho de las circunstancias en cuyo seno vive, es la de estar completamente vuelto hacia la construcción de un mundo nuevo, pero un mundo con horizontes puramente terrenos. Toda la mística está actualmente centrada sobre la Humanidad. El ambiente de los materialismos ateos se hace cada vez más penetrante. Alcanza, a través del comunismo, al conjunto del pueblo. Creo que rara vez en la historia del mundo el hombre no perdió, hasta este extremo, el sentido de Dios, o más exactamente el sentido de un Dios personal y vivo, trascendente a todo lo creado. Es a través del hombre o de la evolución del mundo donde parece que se busca lo absoluto de la divinidad, cuando no se la reduce a no ser otra cosa que el futuro de este mundo. Este clima influye en la mentalidad profunda de la misma generación cristiana, cuyo cristianismo tiende principalmente a consumarse en una renovación de la conciencia de las leyes de una fraternidad humana total. Enriquecimiento cierto, en el sentido de una intimación a realizar el amor cristiano a las dimensiones mismas de una Humanidad nueva. Esta obsesión de la unidad de los hombres y de su fraternidad dentro del amor *será la señal de toda forma de espiritualidad cristiana* en nuestro siglo, aun de la espiritualidad contemplativa. Sin embargo, esta concentración de las fuerzas vivas del cristianismo en el plano de unas realizaciones institucionales y sociales no deja de tener sus riesgos. Estos riesgos no siempre fueron suficientemente vislumbrados, y se presiente que las desviaciones están muy próximas o esbozadas ya. Ya se ha señalado esa actitud de apologética pragmática, nacida a menudo de un complejo de inferioridad del cristiano frente a la amplitud de las visiones terrestres del comunismo, apologética que termina con demasiada frecuencia por no presentar y no retener de la doctrina de Cristo y del Evangelio sino aquello que puede satisfacer inmediatamente la necesidad de unidad y fraternidad de una sociedad humana terrestre en busca de la paz. De ahí a olvidar la relatividad de nuestro estado y de nuestro destino con respecto a Cristo, y de Cristo a Dios-Trinidad, así como el carácter teocéntrico de toda religión y del mundo mismo no hay más que un paso. Este paso se franquea inconscientemente muy a menudo.

El mundo cristiano moderno arriesga a perder el sentido de la *adoración*, de la contemplación completamente gratuita de la soberana Belleza y del soberano Amor, porque habrá perdido el sentido de su relatividad fundamental y total con respecto a Cristo, Verbo Encarnado e Hijo de Dios. Ya no se sentirá la *necesidad* de la oración, más que para alzar y vivificar la vida del hombre. Se la sentirá mucho menos como el impulso espontáneo de un amor que va derecho al Creador de todas las cosas y al Amor encarnado, en detrimento de toda utilidad tangible. Se ha perdido el sentido de la oración pura y gratuita. Esta oración parece como una pérdida de tiempo en el seno de un mundo

en el que la complejidad y la urgencia de las tareas a realizar arrastra al hombre dentro de un verdadero libertinaje de actividad.

Se tiene menos el sentido de la oración, aun en muchos ambientes cristianos, y es por esto por lo que se ha perdido también el sentido de determinados valores, los del silencio y los de la separación del mundo por Dios, que son precisamente las últimas exigencias psicológicas de toda alma en estado de oración y de adoración.

Actualmente sólo se quiere orar obrando, ya no se quiere dar a Dios otra cosa que una acción suplicante. ¿Por qué? Parece ser debido al hecho de que ya no se puede concebir el valor de un acto si no contiene un mínimo de eficacia tangible y terrestre a favor del hombre. De ahí la tendencia hacia lo que se llama el «activismo», que es la primacía de una acción transitiva^[96].

Se hablará menos de Jesús en tanto Persona distinta, objeto personal del amor, viviendo actualmente al lado del Padre, pero se hablará principalmente de la presencia misteriosa de Cristo en la Humanidad. Se siente uno más espontáneamente inducido a *servirse* de Cristo para curar a una humanidad enferma que no a *servir* en Cristo lo absoluto de una Persona divina, hacia la cual, finalmente, todo debe convertirse dentro del amor y de la adoración. De ahí se deduce el embarazo que se experimenta para hablar de una salvación personal. Se prefiere ir hacia *Jesús a través del hombre*, porque se quiere, por encima de todo, realizar y colmar las aspiraciones a la unidad y a la paz del mundo moderno.

Todo esto es ciertamente cristiano. Una actitud semejante, como ya lo dije, será la marca de la espiritualidad del siglo y conferirá su semblante propio a la oración misma del contemplativo, en la medida en que este siga siendo un ser vivo realmente integrado en su generación. Sin embargo, sería extremadamente grave –grave hasta el extremo de que el cristianismo no sería ya como Jesús lo quiso– si llegáramos a poner el acento exclusivamente en esa busca de Cristo a través y por nuestro hermano. Lejos de mí la idea de oponer los dos movimientos del Amor, cuyos términos son Dios y nuestros hermanos. Pero no olvidemos que el amor del que san Juan nos habla no es un amor cualquiera. Se trata de amar con lo que el apóstol virgen sintió en el Corazón mismo de Cristo, y un amor semejante no puede existir realmente sin tener la propiedad de llevarnos –a través del silencio y de la separación de lo creado– hacia Jesús, Hijo de Dios, en la adoración y la oración gratuita, que son el término de todo amor de Dios.

En todo cristiano *debe* existir ese doble movimiento –por lo menos en estado naciente– de una caridad todavía en vagidos. En el cristiano ordinario predominará uno u otro de esos dos movimientos, pero sin dolor, sin desgarramiento interior. Se presentarán los dos tipos, activos y contemplativos. No se debe oponer, ciertamente, la contemplación a la acción, como suele hacerse demasiado a menudo, pero es preciso reconocer tipos de cristianos y de vocaciones diferentes. En los santos, *la tensión entre las dos exigencias* del amor es tal que existe constantemente en el fondo de su alma el desgarramiento doloroso entre cielo y tierra, signo cierto de una plenitud total de amor hacia Dios y hacia los hombres. Este *desgarramiento* es, en nuestra Humanidad rota, como la resonancia del desgarramiento infinitamente misterioso y apacible que produce, en el alma de Jesús,

Hijo del Hombre y Redentor, la absoluta claridad de amor de la visión beatífica.

Normalmente, el *Hermanito debe tender a ese desgarramiento* si está totalmente entregado a su misión. Pero —e insisto sobre este punto, ya que está en juego todo el sentido de nuestra vida escondida— es nuestra entrega a Jesús, tal y como es él, en su Persona misma, lo que viene en *primer lugar*, y si encontramos a Jesús en su Cuerpo Místico constituido por nuestros hermanos, es precisamente porque ya hemos encontrado a Jesús viviente. Es por amor hacia él por lo que nuestro corazón ha llegado a ese extremo de amor ardiente hacia nuestros hermanos, y no cesamos de comprender que no podríamos darles más sino dejándonos consumir por este amor «en pura pérdida de sí mismo», ante él.

Tenemos que adorar, que contemplar, que rogar, que amar, que entregarnos a la inmolación de la cruz —término obligado de un amor cristiano consecuente consigo mismo— en nuestro nombre y en nombre de nuestros hermanos. Con los ojos siempre fijos en él, completamente arrebatados por su amor, nos integraremos de una manera oculta —ya que nuestra acción en el mundo es una acción oculta— en medio de los hombres que nos rodean.

Por tanto, si no sentís todavía nacer en vosotros ese desgarramiento causado por la nostalgia de vivir con él y de encontrarle a él solo, dentro del silencio y del aislamiento de todo lo creado, es que aún no habéis realizado completamente lo que debe ser vuestra vocación. Es que todavía tenéis que descubrir lo que significa verdaderamente para vuestra alma esta presencia de Jesús en vosotros, que deberá irradiar, a pesar vuestro, lo que es su Encuentro en la oración.

El Señor, amado apasionadamente, es lo primero en nuestra vida, y es lo que tenemos que mostrar a los hombres, simplemente por el «hecho», por lo que seremos. Y nuestra acción sobre nuestros hermanos *pasa por Cristo*, y es, en nosotros, fruto de la oración y de la inmolación de todo nuestro ser mismo. *No elegimos medios humanos* para amar a nuestros hermanos y para probarles nuestro amor. Nos basta con amarlos con el Corazón de Dios. Es una tentación para nosotros ese constante deseo de querer actuar sobre los hombres mediante unos procedimientos, de querer conquistarlos por algún medio humano, sea el que sea, de querer *ejercer* una influencia y desear medirla a cada instante calculando los resultados tangibles. Estos resultados nos importan poco. El padre De Foucauld no habría podido enumerar ninguno.

Es esa eterna misión de contemplación de Dios dentro de la Iglesia lo que constituye nuestra tarea propia, lo que tenemos que prolongar y cumplir en el seno del mundo actual y dentro de unas condiciones nuevas de vida. Y es porque el mundo tiene necesidad de aprender de nuevo a adorar y amar a Cristo en sí mismo por lo que nuestra vida religiosa sale del claustro y pretende integrarse en el seno mismo de una humanidad inquieta. Y esto es exactamente lo que define el padre De Foucauld: una *vida monástica auténtica sin el marco exterior tradicional*; una vida monástica auténtica salida del claustro, realizada en medio del trabajo cotidiano de la Humanidad. Con nuestra simple presencia de suplicantes, insertamos nuestra oración como una levadura dentro de la masa humana, como una demostración constante de que, después de todo, todavía es posible adorar y

orar dentro de las condiciones de vida a que están sometidos los hombres del siglo XX. Tenemos que volver a descubrir y tenemos que llevar unos *valores de silencio* y de *aislamiento de lo creado* en el seno mismo del estruendo producido por las múltiples labores industriales, y sin separarnos aparentemente de nuestros hermanos. Tenemos que realizar literalmente la consigna de san Pablo: «Gozar del mundo», por tanto estar presentes mediante nuestro trabajo, pero «como si no disfrutásemos» lo que supone una completa separación y transformación interiores. Nuestra vida tiene que demostrar que la oración sigue siendo posible y necesaria en nuestro tiempo, y que Jesús puede ser tan apasionadamente amado y adorado por él mismo como hace veinte siglos en Galilea.

En eso consiste toda nuestra vida. Es difícil, pero hermosa. Es terriblemente exigente en sus condiciones. Si ante todo no se la entregamos a él por completo, enteramente derramada, *perdida*, abandonada en él, no será nada. «Vosotros sois la sal de la tierra. Si la sal se desvirtúa, ¿con qué se salará? Para nada vale ya, sino para tirarla a la calle y que la gente la pise». Es a los contemplativos como fueron los apóstoles a quienes se dirigía tan terrible intimación. Ved hasta qué punto la vida de un padre De Foucauld, de una santa Teresa de Lisieux, estuvo centrada únicamente en él, en su presencia amada y en su amor.

Es por esto por lo que no puedo evitar sentirme un poco angustiado –¡ah!, con una angustia llena de confianza en vuestro amor hacia Jesús, y sobre todo en su acción sobre vuestras almas– al comprobar a veces que algunos de vosotros no comprenden ya suficientemente el significado del silencio y de los momentos de aislamiento por Dios y para Dios. No os resignéis. No penséis que esto vendrá más tarde, cuando os encontréis en medio del ruido y del movimiento. No se trata de una necesidad de reacción psicológica contra la saturación de ruido y de movimiento. No. Se trata de algo muy distinto, de una necesidad que debe crecer en el alma a medida que uno se acerca a Dios y que se desea su encuentro. Sólo con esta condición podréis *llevar en vosotros un silencio* al que la charla frívola del mundo no perturbará, y en vuestro corazón un aislamiento de todo lo creado que el trato del mundo no ensuciará con ninguna atadura.

Todavía sois jóvenes. Por lo demás, respecto a las cosas de Dios, siempre seguimos siendo niños. Frente a Dios y frente a su Iglesia tenéis que haceros un alma completamente humilde, completamente dócil, un alma de niño, que hará estéis en condiciones de ser enseñados. ¿De quién recibiríamos algo de Dios si no lo recibimos del mismo Espíritu Santo, dentro del silencio de nuestra alma, y de la enseñanza de Cristo, viviendo en su Iglesia? Desde ahora mismo tenéis que mirar de frente a Jesús, con un alma *silenciosa y despojada*, y *escuchar* sus palabras a través de su Iglesia y de sus santos, como el alma de un niño en la escuela de su madre.

A falta de esta actitud de alma inicial arriesgáis *pasar al lado de las realidades invisibles* y divinas sin poderlas alcanzar. No existe una sola realidad, la del mundo visible y la de nuestros hermanos en la carne, existe la realidad todavía más real del mundo invisible. Nos hace falta también, por tanto, y por encima de todo, ser plenamente *verdaderos* con ese mundo. No lo conseguiremos sin trabajo. Únicamente *dentro de la vida de la fe es como seremos enteramente verdaderos*. En la medida

misma de la sencillez de nuestras relaciones con el mundo invisible es como seremos *vivientes* radiantes y testigos de Jesús. El padre Godin encontró la fuente del impulso misionero que dio nacimiento a la misión de París, dentro de unas relaciones íntimas y de una pureza infantil con la realidad de las presencias de Jesús y de la Virgen. Procurad ser plenamente verdaderos en ese plano.

Hasta ahora habéis hecho un esfuerzo de verdad con vosotros mismos y con vuestros hermanos, y está bien. Es una etapa, la más fácil tal vez. Si os detuvierais os expondríais a no realizar en vosotros más que unos valores de humanismo y nada más. Tenéis que ser más completamente verdaderos todavía, sacando para vosotros mismos y para vuestros hermanos todas las consecuencias de las *realidades* invisibles en el seno de las cuales vivís y a las que la fe os da acceso. En este sentido es en el que tendréis que esforzaros ahora. Hacia la realización de una intimidad más viva con Jesús, viviendo en vosotros y hacia un convencimiento más profundo de vuestros deberes de adoradores y de «ofrecidos» en nombre de vuestros hermanos, de todos vuestros hermanos y de las exigencias de silencio y de renunciamiento que arrastra consigo este ascenso en la fe. Hoy no puedo hacer otra cosa que orientaros. No es este el lugar para trazaros todo el itinerario que debéis seguir: vida de fe, sentido de la cruz en vuestra vida, actitud para *recibir*, ya que en esta materia no sacaréis nada de vosotros mismos, ni siquiera por razonamiento; debéis recibirlo todo de Cristo por medio de su Iglesia: lo recibiréis dentro del *silencio* del *humilde* y de la *separación* del *obediente*.

¡Si supierais cómo siento la necesidad de un absoluto semejante en nuestra vida, frente a lo que nuestra vocación exige de nosotros! ¡Cómo quisiera ver en todos esta pasión de la entrega completa en el amor, en el abandono de sí, en la humildad, en la obediencia, que es lo que hizo santo al padre De Foucauld! *No existe otro camino*.

3

Nazaret

Nazaret, 27 de junio de 1948

Jamás habría podido pensar, hace algunas semanas, que la Providencia me conduciría aquí, a la patria de Jesús, reservándome cuatro días llenos de silencio y de soledad. Estamos en plena zona militar, a unos pocos kilómetros de los puestos avanzados sionistas, los primeros peregrinos que hemos podido llegar desde marzo último.

Intento traer aquí a todas las Fraternidades presentes y futuras, para ofrecerlas a Jesús-Obrero, a fin de que sean la fiel realización de lo que él desea. En esta tierra hollada por sus plantas y en medio de este paisaje que Jesús contempló durante treinta años se siente uno penetrado de una gracia inefable. Y sin embargo, ¡qué distinto debe ser del suyo este Nazaret de junio de 1948 de aquel que vio transcurrir los largos años de su infancia y aquellos otros más rápidos de su adolescencia y del comienzo de su vida de hombre! Las pesadas y demasiado potentes construcciones de conventos y monasterios emergen, como fortalezas, entre la masa de las casas humildes, y son molestadas en medio del modesto caserío. No sin cierta tristeza apartamos nuestra mirada de esas construcciones para dirigirla de más buena gana hacia las callejuelas mal pavimentadas, tortuosas, que suben o bajan entre las casas pobres de la ciudad vieja. Las carreteras asfaltadas, las conducciones eléctricas, los automóviles y los autocares, los jóvenes nazarenos con sus camisas de factura americana, todo esto molesta menos. Después de todo no es más que la banalidad ordinaria peculiar al modo de vida en el año 1948, y es que no conviene que la aldea de Nazaret esté, como todas sus hermanas del mundo, bien arraigada y presente en su siglo. Esos muchachos, con la cara tostada por el sol, con sus «monos» azules de mecánico, que reparan un automóvil en un garaje a lo largo de la carretera de Jerusalén, evocan a Jesús-Obrero, y pienso en todos los Hermanitos presentes y futuros. La sujeción de la vida obrera invadió a Nazaret: la mayoría de los hombres, conducidos de madrugada en camiones, iban a trabajar, antes de la guerra, en las fábricas de Jaifa, a 15 kilómetros de aquí.

La atmósfera de guerra y la angustia que pesa actualmente sobre la ciudad desprovista de electricidad —los sionistas cortaron la corriente procedente de Jaifa—; los partidarios, con uniformes militares más o menos heteróclitos, pero todos cubiertos con el velo blanco o estriado de rojo, sujeto por el «agal» negro, insignia del ejército árabe, que circulan armados, muchos con metrallas, en medio de una indisciplina pintoresca; los fogonazos espaciados que acentúan la calma del día, a pesar de la tregua; y la masa de refugiados, cuyo número ha triplicado la población, parece como si uno esperara encontrar también aquí todo eso: Nazaret contiene, como resumido en ella, un poco de todo lo que en el mundo actual constituye el peso de la vida diaria para cada hombre. Sin embargo, por encima de todo persisten la calma, la paz y la dulzura única, que emanan

del cielo y del campo de Galilea: Nazaret sigue siendo apacible y silencioso en medio del su sufrimiento.

El recuerdo de Jesús, de su Madre, de su padre, de sus vecinos, está presente en todas partes. No nos abandona nunca. El del padre De Foucauld también está allí más próximo a nosotros todavía, completamente vivo en la memoria de todos aquellos que le veían circular a pasos precipitados, humildemente, rozando los muros y saludando cortésmente a todos los transeúntes conocidos.

También sigue allí el convento de las Clarisas, al borde de la carretera general, encerrando entre sus muros la calma del jardín, del que emergen los cipreses. Los parajes han cambiado un poco. Se ha construido un nuevo monasterio, pero las antiguas edificaciones y la capilla que vio al hermano Carlos durante tantas horas, inmóvil ante el Santísimo Sacramento, todavía subsisten, ocupados por refugiados.

No me sentí decepcionado por Nazaret, porque de todo este ambiente se desprenden un encanto y una gracia incomparables. Mejor que en ninguna otra parte comprendí allí la vocación de la Fraternidad; es un tesoro que nos lega Jesús adolescente y Obrero, pobre entre los pobres, por mediación de su humilde Hermanito Carlos de Jesús.

* * *

¡Cómo quisiera que todos vosotros tomarais parte en lo que he comprendido aquí con tanta profundidad! Sé muy bien que no se trata únicamente de comprenderlo, sino que es menester vivirlo, y esto sólo Jesús es capaz de dároslo en lo secreto del corazón. No hay que complicar nada nunca. La vida de Jesús fue una vida sencilla, nuestra vida debe serlo también. Todo lo proclama aquí. Ya dije que la ciudad está llena de conventos; pero a pesar de todo, nuestro puesto continúa todavía señalado, y estoy seguro de que un día no lejano habrá Hermanitos en Nazaret, porque nadie lleva esa vida religiosa completamente perdida dentro de la humilde pobreza cotidiana de las familias lugareñas, con la que había soñado el padre De Foucauld. Las Fraternidades no deben distinguirse y nadie debe verlas cuando lleguen.

Además, ¡cómo no comprender el valor único de nuestra vida de oración en el lugar mismo en el que María, silenciosa en su virginidad, recibió el mensaje del Ángel, y en donde el Verbo se hizo carne!

Cada vez me parecen más esenciales dos aspectos de nuestra vida; y los vuelvo a descubrir aquí, en cierto modo bajo una nueva luz, como un mensaje especial que Jesús de Nazaret dirige a todas las Fraternidades: es a la vez el *silencio exterior en la acción* de una vida completamente vuelta hacia Dios dentro de una oración de adoración y de reparación; y una *presencia, dentro de la amistad*, al trabajo, a las dificultades y a la pobreza de los hombres de nuestro siglo. Son dos tendencias de nuestra misión aparentemente contradictorias, que es preciso conservar celosamente, porque en ellas está nuestra razón de ser. Ya os lo dije varias veces, pero me parece que hoy os lo voy a volver a decir de una manera nueva, con toda la certidumbre y toda la fuerza que da la gracia de Nazaret.

A veces se pondrá en duda la utilidad y la razón de ser de nuestra vida, separada por

la castidad y la oración; querrían que fuerais más como todo el mundo, y no se comprenderá, puesto que tenéis el deseo y la vocación de seguir estando en contacto con los hombres, y que no os entreguéis simplemente a la actividad de un verdadero apostolado organizado. Se os criticará, y algunos encontrarán, sin atreverse a decíroslo quizá, que vuestra vida es poco útil. Se comprende, sobre todo, la vida religiosa del monje de clausura como una necesidad de vocación para determinadas almas, que tienen una necesidad personal de la clausura y del silencio para realizar su vida religiosa. Pero, ¿por qué esa contracción de actividad para los hermanitos, puesto que no temen vivir en medio de los hombres?

Esta cuestión nos obliga a estar conscientes, lo mismo por nosotros mismos que para dar cuenta a todo aquel que nos lo pida, del motivo último y esencial de una vida separada por la castidad y la oración del destino común a los demás hombres. La vida contemplativa, dentro o fuera de la clausura, no es otra casa que una *anticipación* de lo que debe ser un día el estado de vida de toda criatura humana: esta es su última y verídica justificación. Sin esto no tiene sentido. Desde aquí abajo, desde la tierra, anticipamos lo que debe ser el destino de todo hombre redimido y glorificado por Cristo. La vida contemplativa es en definitiva una anticipación en la tierra de la vida gloriosa.

¿Por qué guardar castidad? Sabemos perfectamente que ninguna de las razones humanas, que se invocan demasiado a menudo, dan verdaderamente cuenta de la legitimidad del voto de castidad: sólo la razón de anticipación es válida. Está en los designios de Dios que ese estado de castidad sea un día el de todos los hombres¹⁹⁷. Ya conocéis la respuesta dada por Jesús a los que pensaban embarazarle, prolongando en la vida futura la necesidad de la vida conyugal: «*Los hijos de este mundo se casan unos con otros; pero los que han sido dignos de tener parte en el otro mundo y en la resurrección de los muertos, hombres y mujeres, no se casarán. Ya no pueden morir, pues son como los ángeles, hijos de Dios, al ser hijos de la resurrección*» (Lc 20,34-36).

Ninguna razón justifica más completamente una vida consagrada en lo que tiene de más esencial, en mirar y contemplar con amor a Cristo nuestro Dios y Redentor, que el hecho de ser simplemente una anticipación de la visión beatífica.

Todo estado de *vida religiosa*, sea cual sea su forma, no es ante todo más que una *anticipación social, colectiva*, iba a decir oficial y consagrada por la Iglesia, de lo que será la ciudad futura. Una vida semejante es incomprensible y es un contrasentido, sin esa referencia explícita al estado sobrenatural futuro de la Humanidad rescatada por Cristo. Es como la permanencia, en el seno de la cristiandad, de los misterios gloriosos de Cristo. A pesar de nuestras debilidades y de la manera tan mísera con que llevamos una vocación como esta, nuestro estado de vida sigue siendo la afirmación de la vocación sobrenatural de la Humanidad. El mundo tiene necesidad de ver estas realidades, no únicamente afirmadas por una predicación, sino realmente anticipadas, bajo su mirada, en unas vidas humanas. Son, ante el mundo, como un perpetuo recuerdo de su inevitable destino cristiano. Cristo glorioso, el primogénito de todas las criaturas, debe estar presente en medio de los suyos, en el resplandor de su pureza virginal y de la visión

beatífica.

Es preciso comprender hasta qué punto necesita el mundo de ese recuerdo vivo, en un momento de su historia en el que se ve más tentado que nunca a traer a la tierra el reino de Dios, y de poner el mensaje cristiano únicamente al servicio de la comunidad terrestre. La vida de las Fraternidades producirá un choque, sorprenderá, no será comprendida, y esto mismo sucederá con el signo de la necesidad de su presencia. En un mundo paganizado, la vida de las Fraternidades no parecerá, sin embargo, más extraña y anacrónica que la predicación misma del Reino y la proclamación de las Bienaventuranzas en el seno del mundo judío y romano del primer siglo. La Fraternidad debe, pues, presentarse como un testimonio vivo y una anticipación concreta, aunque muy imperfecta, del reino futuro de Jesús y del destino glorioso de todos los hombres.

Esta afirmación de la *trascendencia del destino de la Humanidad*, y más fundamentalmente todavía del *misterio infinito de la divinidad* misma y de Cristo, debe acompañarse al mismo tiempo, para que no sea rechazada por la masa suficiente y angustiada de la Humanidad, de una *presencia*, tan completa como sea posible, en su estado actual y en su destino terrestre. Hay en esto como una necesidad peculiar del mundo del siglo XX. El pueblo reclama, para creer en el amor que Jesús siente por él, para aceptar esta afirmación de un destino glorioso supraterráneo, en medio de preocupaciones abrumadoras, para comprender que la trascendencia de la vida cristiana no desprecia la humilde existencia del pobre agobiado por su trabajo diario, sino que por el contrario es ahí donde debe germinar y donde puede haber una simiente de gloria dentro del cansancio de la vida vulgar de los humildes; el pueblo reclama, para creer en el desinterés y en el amor de sus hermanos religiosos, verlos y sentirlos presentes en su dolor y en sus preocupaciones de cada día. ¿Cómo podrían, de otro modo, añadir fe a su desinterés, cómo podrían aun vislumbrar el mensaje que están encargados de transmitirle si su estado de vida no apareciera exteriormente ante ellos más que como una huida y una preservación de lo que ellos, los humildes, gente del pueblo, encuentran de más duro en su destino humano?

Nuestra *presencia* en medio de los hombres es una misión, al mismo tiempo que una *necesidad de amor*. Por esto tenemos que creer en nuestra vocación con toda nuestra alma. Creedla posible, ya que la exige el amor de Jesús, ya que es una necesidad de su Presencia entre ellos, junto con la afirmación simultánea del misterio trascendente de su divinidad y de su Reino, y de la condescendencia de su amor fraterno, comprensivo, misericordioso, hacia la miseria de la penosa condición de sus hermanos en la Humanidad. Esto es lo que las Fraternidades tienen que afirmar, *simplemente por lo que serán*.

No tengáis miedo de sentirnos llamados a una tal vocación, con tal de que estéis decididos a seguir la llamada de Jesús. Vuestra vida de adoración y de oración revestirá, sin duda, un matiz propio, que no es el del monje de clausura. Quizá sea más dura, más dolorosa, más prieta de luchas. Vuestro esfuerzo hacia Dios será con frecuencia más penoso, como entorpecido por el peso del cansancio humano. Pero como será una vida perseverante, humilde, llena de amor a pesar de todo, vuestra vocación y oración será

verdaderamente la oración del pueblo que clama a Dios desde lo más hondo de su miseria. En esto consistirá vuestra manera propia de mirar y adorar a Jesús.

Parece como si desde Nazaret estuviera viendo a las Fraternidades más presentes que nunca en todos los ambientes, entre todos los pueblos. Que vuestro ideal de vida no sea nunca rígido y que sepa adaptarse con un gran amor a todas las situaciones y a todos los ambientes sociales. Nuestra perfección religiosa está mucho más dentro de la busca de esa constante preocupación de seguir siendo, humildemente, fraternales para con todos, que no en la de la práctica de una regularidad exterior. Los Hermanitos irán a todas partes. Veo, cada vez con más claridad, la diversa fisonomía de las Fraternidades: las de África del norte, las de Francia, las de Oriente, las del Líbano, las de Palestina, las de Egipto, las de Rusia, las de otros lugares; Fraternidades rurales, Fraternidades de montaña, Fraternidades nómadas, Fraternidades de estudio, Fraternidades de adoración, Fraternidades marítimas, Fraternidades en los países de misión, cada vez más comprometidas todas ellas en un esfuerzo fraternal de caridad y de elevación del nivel de vida. Todas deben irradiar la oración, la pobreza sencilla y animosa y el amor fraterno. Todos estos matices de vida que diversifican a las Fraternidades entre sí les permiten completarse y ayudarse mutuamente, tanto en el aspecto material como en el espiritual. Esta diversidad la veo también inscrita en cada uno de vuestros temperamentos. Ya sabéis hasta qué punto quisiera que cada uno de vosotros pueda encontrar dentro de las Fraternidades el desarrollo más completo de su vocación particular, dentro de la sencillez del ideal común para todos. Pienso en vuestra orientación futura intentando leer en cada una de vuestras almas la llamada de Jesús. No se trata, por cierto, de satisfacer caprichos u originalidades individuales, sino de orientar, en pleno equilibrio humano y sobrenatural, a unos Hermanitos generosamente dispuestos a todas las renunciaciones, y a las más profundas, a fin de realizar su vocación. Ya que no hay que hacerse ilusiones acerca de vuestras propias posibilidades, cada uno tiene las suyas propias: tenemos nuestros límites, impuestos por nuestro temperamento, por nuestra salud, y además por nuestra educación. Todo esto nos dispone para un ambiente y un género de vida determinados: tendrá que haber entre vosotros Hermanitos preferentemente destinados para vivir en los países de Oriente y otros en los occidentales; unos irán a regiones montañosas, otros se dedicarán a la vida obrera; habrá Hermanitos para el campo, para la vida nómada, para compartir la vida de las gentes del mar, para el estudio, para el ejercicio de una vida humilde de caridad en el interior o en el exterior de la Fraternidad. Lo que es esencial es que cada uno quiera aceptarse realmente tal y como es. ¡Es tan raro! Está uno dispuesto a aceptarlo todo: el sufrimiento, la enfermedad, las contradicciones, la muerte y el martirio; pero no sus propios límites, y esto nos hace sufrir mucho, porque quisiéramos ser distintos de lo que somos. He pedido para todos vosotros esta gracia, orando en el lugar mismo en el que María respondió con su *Fiat* al mensaje que le transmitía el Ángel. He pedido, como una gracia permanente para todos los Hermanitos, la humilde aceptación de su destino personal, dentro de la entrega generosa de ellos mismos en el momento presente. Todo lo que está fuera de la realidad del instante que pasa no es sino sueño, veleidad o ilusión. El amor no existe si no se le realiza por entero. Aquellos «que

hacen»^[98] son los que aman la verdad. Únicamente se puede «hacer» dentro de la realidad del minuto que nos está viendo vivir. La voluntad de Dios, puesto que es creadora e infinitamente eficaz, no está en otra parte, no puede estar en otra parte más que dentro de la realidad del momento. Tenemos que aceptar *nuestra* realidad, la que es, en el instante en el que nos debemos consagrar a la oración, al amor, al trabajo o al sufrimiento. Es preciso que podamos poner, en nuestra vida diaria, la sencilla y completa atención de amor que permitió a María comprometerlo todo en un instante que hubiera podido pasar, como tantos otros, sin que se hubiera dado suficientemente cuenta. En cada instante somos lo que somos, y es de ese modo, sin vanidad, sin pretensión, con amor y humildad, como tenemos que tomarnos y entregarnos, o bien dejarnos coger de la manera impuesta por el momento de vida que nos está concedido. Fuera de esto todo no es más que ilusión y veleidad. Aceptar la vida no es nada: lo es todo aceptarse a sí mismo con sus límites presentes.

* * *

Escribo estas líneas al final de mi estancia en Nazaret, después de cuatro días de retiro en la soledad, único alojado en el edificio vacío de la escuela greco-católica, admirablemente situado aparte, y dominando toda la vista del pueblo. Sólo salgo por las mañanas para celebrar mi Misa en la gruta de la Anunciación, y al atardecer para tomar la cena en la casa que ocupan las Damas de Nazaret. Al mediodía, Assâd, un joven libanés de trece años, me trae la comida. Quisiera simplemente haber sido menos indigno de las gracias que Jesús me otorgó aquí.

Pobreza y amor

16 de octubre de 1948

Hoy os hablaré de la pobreza. Tenemos que permanecer infinitamente fieles, a la par, al pensamiento mismo de Jesús y a las solicitudes concretas de nuestro amor hacia todos los que sufren por las injusticias y por la miseria. Por tanto, es a la luz de una comprensión cada vez más profunda del Evangelio –que todos los días tenemos que volver a descubrir– cómo deberá formarse poco a poco, en el fondo de nuestro corazón, en nuestros reflejos, en nuestros juicios, en una palabra, en todo nuestro comportamiento, el verdadero pobrecito de Jesús tal como él lo desea, tal y como él lo ama. Una pobreza semejante está llena de alegría y de amor, y es preciso que nos guardemos muy bien de oponer a esta pobreza, que es cosa delicada y divina, una imitación humana, que tendría quizá las apariencias, que podría además aparecer tal vez a algunos como más «materialmente» auténtica, pero arriesgaría terminar en dureza, en juicios someros, en condenas, en desunión, en quiebra de la caridad. Seremos pobres, porque el espíritu de Jesús estará en nosotros, porque sabemos que Dios es infinitamente sencillo y pobre de todo haber y, sobre todo, porque, como Él, queremos amar a los pobres y compartir su condición.

Me siento dichoso al comprobar que todos vosotros estáis incansablemente trabajando por un deseo insatisfecho de pobreza: en efecto, no hay que pensar nunca que seamos bastante pobres. Nunca lo seremos bastante, si no cuantitativamente, por lo menos cualitativamente, y es tal vez sobre este punto donde podrían producirse en vuestros deseos, si no ponéis atención, desviaciones y endurecimientos que desfigurarían la imagen de Jesús en vosotros, y serían una herida a su amor. Recordad siempre que es el amor lo que consume toda cosa en Dios, que es el amor lo que trajo a Cristo a la tierra, y que es el amor de lo que los hombres tienen sed ante todo. Si vuestra pobreza no es sencillamente un *semblante de amor*, no es auténticamente divina. Las exigencias de la pobreza no pueden estar por encima de las de la caridad; desconfiad de las imitaciones demasiado humanas de la pobreza. La tentación del pobre es la envidia, los celos, el rigor del deseo, la condena de aquellos que poseen más que él: vosotros no estáis completamente exentos de un riesgo semejante, sino tal vez por vosotros mismos, por lo menos por compasión hacia los pobres que se resienten confusamente de los asaltos de ese mal. ¿Cómo podría ser de otra manera? Estaréis presentes ante ciertas injusticias, tendréis el corazón desgarrado por determinadas miserias irremediables, seréis tentados en rebeldía ante la dureza de un mundo que aplasta sin piedad a tantos débiles y humildes: tendréis que seguir siendo justos y fuertes y tendréis que saber, en caso necesario, hacer comprender con firmeza las justas reivindicaciones de los oprimidos, pero tendréis que hacerlo sin perder el amor y sin condenar a nadie. El corazón de un

Hermanito obrero debe seguir siendo tan vasto como el mundo, bastante universal y abierto para amar a los hombres de todas las razas y de todas las clases. Jesús profirió maldiciones contra los ricos y contra los fariseos, pero era Dios. En cuanto a nosotros, nos dejó otras consignas: *«No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados. Perdonad y seréis perdonados. (...) Porque con la medida con que midáis seréis medidos vosotros. ¿Cómo es que ves la paja en el ojo de tu hermano si no adviertes la viga en el tuyo? (...) ¡Hipócrita!, quita primero la viga de tu ojo...»* (Lc 6,37-38; Mt 7,3.5). Defenderemos los derechos de los pobres con un corazón siempre desbordante de amor. Nunca condenaremos a los ricos, puesto que no conocemos ni su corazón ni sus intenciones. Con la Iglesia debemos condenar los abusos de un régimen capitalista opresor del proletariado, y pensar que debe ser radicalmente reemplazado por una organización más humana, pero no tenemos derecho a juzgar más allá; ni a condenar a nuestros hermanos. No, no es cierto que el dinero de los ricos y de los propietarios sea, por ese solo hecho, dinero robado a las espaldas de los pobres. Podrá ser cierto en determinados casos, sin duda, pero sólo Cristo es juez de los corazones. Es una cosa completamente distinta decir que, dentro de la medida del conocimiento que tiene de una situación parecida, todo cristiano está obligado a trabajar para modificarla.

No es este el lugar para daros aquí unas directrices concernientes a la actitud política o social que debéis adoptar. Os hablo únicamente de la actitud moral de fondo, de lo que os diría Jesús si nos anunciara el Evangelio con el lenguaje del siglo XX.

El espíritu de las Fraternidades, su corazón, deben irradiar la unión, no la desunión. Todo hombre –¡lo deseaba tanto el padre De Foucauld!– a cualquier clase o raza a que pertenezca, debe sentirse en la Fraternidad como en su propia casa, ya que se sentirá auténticamente amado: el patrono como el obrero más pobre, aun cuando nuestro modo de vida sea el de este último, y aun cuando nuestras preferencias vayan hacia él. Los ricos se sentirán como en su casa dentro de la nuestra, en la medida en que encuentren también a Cristo que los ama. No nos dejemos contaminar por el ambiente de odio, por las frases hechas empleadas en la lucha de clases, por las deformaciones insensibles de la verdad humana total. Y cuando sentís que se apodera de vosotros la rebeldía en presencia de una injusticia flagrante, hablad con firmeza si creéis que es vuestro deber hacerlo así, aunque vuestra vocación sea más bien la de sufrir con los desgraciados que no la de reivindicarlos, pero en todo caso id a sumergiros de nuevo junto al Tabernáculo, dentro del Corazón de Aquel que venció al mundo por medio de la debilidad del Amor. No tenemos otras armas para salir a la conquista del mundo, en nombre de Jesús Redentor. Tendremos que llevar en silencio, lo más a menudo, esta herida producida por la injusticia y ofrecerla a Dios como un sacrificio de Redención.

* * *

Hay en cada Hermanito un pobre por amor, y esta pobreza debe realizarse en lo concreto de una vida que será, para un determinado número de vosotros, una vida de trabajo. Ya os dije, en varias circunstancias, el sentido que para vosotros revestía esta vocación de trabajo: no lo repetiré ahora. Pero también hay en cada uno de vosotros un misionero, un

enviado de Cristo y de su Iglesia. En la misma medida en que lo sois y a fin de realizar ese aspecto de vuestra vocación, tendréis que llamar en vuestra ayuda, humildemente, pero con confianza, a la cristiandad de la que en realidad somos los delegados. No encerréis vuestra vocación dentro de los estrechos límites de una pobreza de trabajador. Las Fraternidades tienen que ir por todo el mundo, a todos los países y cerca de todas las razas, para llevar un testimonio vivo del Cristo de las Bienaventuranzas. Esta misión está condicionada por el estudio de idiomas, de la teología, por los viajes de larga distancia, por las primeras instalaciones en países difíciles: todo debe ser ejecutado dentro de una confianza alegre en la Providencia que hace milagros, en la sumisión total al ritmo de expansión que el Señor querrá para nosotros, y en el deseo ardiente de ese amor que pide expansionarse. No restringáis vuestras ambiciones. Si por vocación tenéis que vivir escondidos en una fábrica de Francia, no olvidéis a aquellos de vuestros hermanos que, en nombre de la Iglesia, irán a lo lejos para llevar el mismo mensaje. Para esto hacen falta recursos: es precisamente la ocasión de recordar la doctrina de san Pablo y porque, en tanto representantes de la cristiandad, tenemos derecho a contar con ella a fin de asegurar las cargas de esta misión, evidentemente desproporcionadas, a los modestos recursos de los trabajadores.

Guardaos bien del espíritu de avaricia. Que la preocupación exagerada de ganáros la vida únicamente por medio del trabajo no venga a encoger y extinguir en vosotros la generosidad, la fe confiada, total, en las promesas de Jesús: *«Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo eso se os dará por añadidura»*. Cuando sabemos que Jesús nos pide algo, tengamos esa fe que traslada montañas y sepamos atrevernos, sin calcular, a todo lo que él nos pide. Llegará el día en que los Hermanitos tendrán que ir a los cuatro puntos cardinales del mundo.

Dentro del marco de su pobreza, la Fraternidad debe tener el corazón abierto a todas las miserias y a todas las solicitudes. Sí, podéis dar a todo el que os pida, pero tendréis que sacarlo de vuestro salario, o de vuestra pensión como estudiante. De este modo podréis repartir y algunas veces carecer de lo necesario. No es el espíritu de pobreza lo que os conducirá a carecer de lo necesario, pero sí el amor a vuestro hermano necesitado; privarse de lo *necesario* por otro motivo que el amor hacia alguien más pobre que nosotros podría ser una ilusión. Es el eterno límite entre pobreza y miseria. Y esto nos lleva a un terreno muy concreto: la determinación de este límite variando con cada individuo. Es absolutamente preciso que, por encima de todo, sepamos sacrificar unos atractivos más personales, que no tienen nada de esencial, para salvaguardar la unidad del Amor, que esta sí es esencial. Cuando criticáis o hacéis observaciones respecto a la pobreza, sabed superar vuestro horizonte personal, para situaros en el plano de lo que debe ser la Fraternidad. Os será fácil, si sabéis ser pequeños, humildes, si por encima de todo amáis y deseáis la unión con Jesús por medio de la obediencia. Esto no impedirá, por lo demás, que cada una de vuestras vocaciones más personales pueda desarrollarse, con sus matices peculiares, dentro del marco de la Fraternidad.

Pero quizá sufriréis siempre por no ser bastante pobres, y está bien que sea así. La pobreza perfecta, como el amor perfecto, es irrealizable en la tierra en toda la medida

divina. Siempre tendrá que existir, para la conciliación práctica de las exigencias de la pobreza con las del espíritu misionero y de la unión fraternal entre todos, la misma tensión de equilibrio que entre las demás antinomias de la perfección cristianas: contemplación y acción, oración y caridad fraterna, fuerza y dulzura, vida escondida silenciosa y disponibilidad hacia las almas; tensión dentro del equilibrio, pero no instalación dentro de una solución de facilidad. Si os planteáis estos problemas, es que estáis viviendo bajo la acción del Espíritu, pero entonces tenéis que ser dóciles a todo lo que este espíritu de Jesús exigirá de vosotros.

Me parece que los elementos de la pobreza de Cristo, de los que deben vivir nuestras Fraternidades, son ante todo esencialmente los siguientes:

Desasimiento profundo del corazón de todo bien creado, del dinero como del trabajo, preparación de vuestra alma para que sea sólo de Dios, raíz del espíritu de unidad que constituirá el lazo indiscutible de las Fraternidades.

Realización de una *vida efectivamente pobre*, según las exigencias generales pedidas por vuestra vocación: la determinación de esas exigencias en sus detalles concretos es a la par lo que tal vez es menos importante en la pobreza, pero lo que más expone a las discusiones y a los quebrantamientos de la unidad.

El amor de los pobres, hacia quienes deben ir nuestras preferencias, en cuya compañía nos gustará vivir, y que deberán sentirse siempre *como en su casa en las Fraternidades*; este último punto es un signo que no engañará. Este tercer elemento me parece más importante que el segundo, aunque impuesto por él; es preciso, sin duda, que el ambiente de la Fraternidad sea pobre y sencillo para que un pobre pueda encontrarse en ella como en su casa, pero lo será sobre todo porque sentirá el amor de un corazón verdaderamente fraternal.

En fin, la fe, *que traslada montañas*, y esa confianza en la providencia que se atreve a esperararlo todo, a pedirlo todo, a emprenderlo todo para hacer que reine en el mundo el Amor de Cristo: «*Estoy dispuesto a fin de procurar la extensión del santo Evangelio, a ir hasta el fin del mundo y a vivir hasta el juicio final*». Si creéis verdaderamente que Jesús os pide algo, no os detengáis jamás en el camino por una cuestión material o por temor de que se os acabe el dinero. No tengáis un espíritu calculador. Es menester creer en el milagro, y que cada uno de vosotros tenga en el fondo de su corazón, dentro de una humildad infantil, una fe como lo pide Cristo: «*Tened fe en Dios. Os aseguro que el que sin dudar interiormente lo más mínimo, sino creyendo que se cumplirán sus palabras, diga a ese monte: Quitate de ahí y échate al mar, lo alcanzará. Por eso os digo: Todo lo que pidáis en la oración creed que lo recibiréis, y lo tendréis*» (Mc 11,22-24).

5 Nochebuena

22 de diciembre de 1948

En la medida en que tenemos la certidumbre de estar unidos por un amor fraterno siempre creciente, y de constituir una verdadera familia, la Nochebuena se impone ante todo a nuestro recuerdo como el día por excelencia en el que uno se siente más consciente del manantial de alegría muy pura, muy sencilla en su realidad, que es una familia unida en el amor mutuo, sobre todo cuando este es un reflejo auténtico del amor con que Dios amó al mundo a través de Su Hijo, el Niño que nos nació ese día.

Por esto quisiera que hoy os encontrarais verdaderamente más cerca los unos de los otros, dentro de una verdadera alegría, un poco como niños completamente felices de ser lo bastante pequeños todavía para poder recibir y ser mimados sin segunda intención: frente al don de la vida divina que se nos hace esta noche por medio de las manos de la Santísima Virgen María, sepamos comportarnos como niños, dentro de la avidez de un deseo completamente colmado de ambiciones locales, por la espontaneidad confiada del amor y el olvido de nuestra indignidad. Así es como Dios nos desea y nos ama.

No quiero haceros una disertación acerca del misterio de Navidad, pero quizá tengáis algunos escrúpulos, y ojalá los tuvierais de sentir esta alegría en el fondo de vuestro corazón, nacida de la certidumbre del encuentro entre vuestra alma y Cristo Niño, mientras que a vuestro lado existen la inmensa miseria del mundo y la angustia desgarradora de millones de seres. Es cierto. El misterio de la Natividad del Verbo es la única fuente de esperanza para todos los hombres: vuestra misión será y debe serlo ya ser los testigos de este acontecimiento. Para esto es menester recibir en vuestro interior este misterio, y que os dejéis despojar, empobrecer, purificar y transformar por él. No existe ninguna oposición entre la pureza de vuestra alegría y el sufrimiento de otras almas: lo que sucede es que formamos un solo cuerpo y que en vosotros y por vosotros la alegría de Navidad está ya un poco más arraigada en el seno de la Humanidad. El mundo tiene necesidad de volver a aprender la alegría pura y sencilla de un corazón pobre, humilde y completamente entregado a Dios y al amor: no lo volverá a aprender si no nos dejamos invadir por ella. Existe solamente ese misterio de la elección de Dios sobre nosotros, y debe ser, tan puramente como en el corazón de la Virgen de la Visitación, un *Magnificat* dentro de nuestra alma. Jamás cesó de resonar en el mundo ese canto de la alegría y de la gloria de María, y la visión de los sufrimientos y de las miserias de la Humanidad no detuvo ese cántico en los labios de María. ¡Cuántas almas, por el contrario, vinieron a extraer de esta alegría divina la fe, la esperanza y la fuerza de vivir y de amar en la espera de otra felicidad! Es preciso que cada Hermanito, que cada Fraternidad, sean tales que las almas puedan venir para extraer de ellas el mismo consuelo. No penséis que vais a estar menos presentes ante vuestros hermanos y ante

sus sufrimientos, estando totalmente presentes, dentro de la alegría, a Dios que se da a vosotros sin medida.

Hay muchas cosas que quisiera deciros desde hace largo tiempo. Viéndoos vivir y viendo crecer a las Fraternidades dentro del amor de Jesús, comprendo cada vez mejor el designio de Dios acerca de nosotros. Nunca me había parecido tan claro y tan apremiante. Habéis comprendido perfectamente que se trata de vivir dentro de cada Fraternidad, lo mismo en la intimidad de vuestro corazón que en la participación de un afecto y de una unión fraternal verdadera, una amistad con Jesús siempre creciente, nuestro muy Amado Hermano y Señor Jesús. Está presente en cada Fraternidad y su presencia está manifiesta en la medida de vuestra generosidad. Es él quien debe unirlo todo y ofrecerlo todo a su Padre para la redención del mundo.

Aquellos de entre vosotros que tuvieron ocasión de trasladarse de una a otra Fraternidad, han podido sentir palpablemente la presencia del espíritu de Jesús, en la medida en que la unidad de corazón y de alma reina en todas partes. Esta unidad no es únicamente el hecho del afecto fraternal que nos une dentro de un ideal común. Por auténtico que sea este modo de presencia de Cristo entre nosotros, que es el amor mutuo, existe otro factor de unidad, que es el *mismo misterio de la obediencia* en cada una de nuestras almas. Somos un cuerpo orgánicamente constituido, del que Jesús es la cabeza. Nuestra unidad en el amor es la resultante no tan sólo de una fusión fraternal en el plano horizontal de la caridad, sino también de una convergencia simultánea hacia lo alto en el Cristo misteriosamente presente entre nosotros, en el más humilde responsable de la más modesta Fraternidad. Este misterio de la obediencia, motivo de la fuerza de nuestra unidad, de la solidez auténtica y sin ilusión de nuestro amor y de nuestro apego a Cristo, es esencial para la plenitud de nuestra vida fraternal. Una Fraternidad no es una yuxtaposición de Hermanos, por muy unidos que estén gracias a una amistad profunda dentro del renunciamiento a sí mismo, sino un cuerpo vivo, orgánicamente entrelazado, unido con Cristo, que es la Cabeza. Esta unidad orgánica de las Fraternidades en el plano de la caridad, de la pobreza, del renunciamiento del trabajo, sólo será posible dentro de la obediencia, que no es otra cosa que la adhesión completa y de verdad a Cristo. En el corazón de todo hombre nacido en este mundo queda el rastro, dolorosamente desordenado, de la desobediencia inicial, cuyo peso sentimos frente a las exigencias de la santidad y de la pureza de Jesús. Es por esto por lo que, en el origen y en el centro de la Redención cristiana dentro del corazón de Cristo y de su Iglesia, existe también un misterio de obediencia en el que tenemos que penetrar, en la medida en la que hemos escogido adherirnos entera y más totalmente al misterio redentor y al mismo Cristo a través de su Iglesia. Es un misterio de vida que no engaña, ya que la realización concreta de obediencia en sus tareas más humildes es como la ramificación, extendida hasta nuestro alcance cotidiano, de la presencia misteriosa de Jesús en su Iglesia, enteramente humana y enteramente divina, terrestre y trascendente a la vez.

Pero existe un obstáculo constante a nuestra transparencia y a nuestra unidad, obstáculo que encontramos a cada instante en nosotros mismos, y que conocéis muy bien: nuestra obstinación congénita y casi inexplicable de juzgarlo y comprenderlo todo

desde nuestro punto de vista y en función de nuestro temperamento y de nuestros prejuicios; es la estrechez constantemente renovada de nuestros juicios y la visión mezquina de las cosas. Son muchas las causas de esos obstáculos y es preciso actuar sobre ellas simultáneamente: estrechez de inteligencia, falta de amplitud en la mirada, prejuicios, inexperiencia de la vida y de los hombres, amor propio. Pero todo esto quedaría muy atenuado si supiéramos tener en cuenta nuestra juventud, nuestra falta de experiencia, y si supiéramos ver además la parte de presunción que está en la raíz de muchos de nuestros juicios, o esas tomas de posición tajantes que rompen la unidad, hieren el amor, extinguen la alegría, no viniendo a parar en otra cosa que en hacernos menos disponibles para Cristo y para nuestros hermanos. Todo esto se verifica dentro de vuestras relaciones entre vosotros, entre las Fraternidades, y en los ambientes que debemos asumir y comprender. El corazón de un Hermanito –o más bien la inteligencia por el corazón– debe ser lo suficientemente ancho y universal para comprender a todos los hombres, por diferentes que sean de nosotros. Os suplico, en nombre del amor del que debemos ser los testigos, que vuestro espíritu no sea mezquino. Tened la conciencia de vuestras estrecheces y de vuestros límites. No os perdáis en discusiones estériles respecto a puntos de detalles, de problemas falsos, o de situaciones insuficientemente conocidas por vosotros. No juzguéis inconsideradamente, y sabed dar a cada hombre, sea el que sea, y con mayor motivo a uno de vuestros hermanos o de vuestras Hermanas, el prejuicio favorable de vuestro humilde amor fraternal.

Es absolutamente preciso sacar las consecuencias prácticas de esta actitud fundamental. Es muy doloroso comprobar en un Hermanito, cuyo ideal entraña la adaptación, una verdadera incapacidad para comprender los matices de la vocación de uno de sus hermanos o el espíritu de otra Congregación religiosa: sabed ver sobre todo la verdad que reposa en toda institución y en todo hombre y amadla. Lo que critico aquí no es la sencillez de vuestros intercambios de opiniones, sino la presunción de ciertos juicios endurecidos y decididos. Por eso algunos de vosotros habéis podido juzgar superficial y rápidamente la fisonomía de la Fraternidad de estudios, que en realidad no habían comprendido. Vuestros Hermanitos estudiantes no están menos de lleno dentro de su vocación por el hecho de que vislumbren su vida de estudio como una preparación indispensable y auténticamente verdadera para su misión. Sé muy bien que entre muchos de vosotros existe ese temor a no ser ya verdaderos, esa repulsión instintiva hacia una formación intelectual deficiente, artificial, y hacia el ambiente que se deriva. Y es cierto que varios de entre nosotros han sufrido por los métodos de educación y de estudios de determinados centros de enseñanza y aun de algunos seminarios. Tenéis razón de temerlo mucho y de desear volver a encontrar una plena verdad dentro de vuestra vida con Dios y con los hombres. Pero no atribuyáis a la verdadera cultura de la inteligencia y de la fe lo que sólo es cierto de su caricatura. Para la verdad de nuestro amor, aun para ser simplemente capaces de comprender y de entregarnos sin ilusiones a nuestros hermanos, aun dentro de la línea de un testimonio silencioso, y para seguir siendo transparentes a Dios que es *verdad* al mismo tiempo que amor, necesitamos una inteligencia clara, recta, sólidamente formada, sin la cual no puede haber hombre cabal.

No se trata en modo alguno de hacer de vosotros intelectuales –lo cual no entra en la vocación de los Hermanitos–, sino de que seáis capaces de llevar la verdad con vosotros y de simpatizar con las almas de cultura diferente a la vuestra.

Un amor sin inteligencia ni comprensión no es ya un amor de hombre, menos todavía de cristianos. La cultura de la inteligencia y de la fe seguirá siendo siempre, lo queramos o no, la base misma de nuestra vida espiritual y no es cierto que, si es auténtica y está sumergida en la verdad, sea un peligro para la sencillez de nuestra vida de fe con Dios, ni para la humildad de una vida plenamente comprometida entre los pobres, dentro de la participación en sus trabajos y en sus miserias.

Hay simplificaciones, hacia abajo, de ciertos problemas, que son en realidad una abdicación ante las exigencias de un ideal. Tendréis que aprender a conocer al hombre, indudablemente, por medio del contrato real de la vida de cada día, pero igualmente por el estudio y la formación de la inteligencia. La experiencia de los hombres os lo enseñará mejor cada día. Es característico comprobar que aquellos de entre vosotros que realizan mejor la necesidad de una sana y auténtica formación de la inteligencia son precisamente los que más de cerca han comprendido a los hombres.

Disolvemos en medio de los hombres es, para nosotros, vivir como humildes Hermanitos dentro de un amor verdadero de Jesús y de la pobreza. Pero no lo es revestirse de no sé qué mediocridad niveladora, que motivaría que pasáramos inadvertidos. ¿Tenemos derecho, para no ser discernidos por nuestros hermanos, a rehusar el llevar en nuestro interior una luz que nos haría más hombres y más enteramente hijos de Dios? Estamos condenados a estar indefinidamente desgarrados entre esas dos exigencias, la de ser *humbles* y *pequeños* y la de ser, sin embargo, una *luz* que alumbra en las tinieblas: y es porque no podemos dejar de ser lo que hace de nosotros necesariamente el amor de Cristo, Verdad y Vida.

Cada día se me va presentando con más claridad la fisonomía del Hermanito. Totalmente entregados a la acción del Espíritu Santo en nosotros, no debemos dejarnos desviar de nuestra tarea esencial, la de ser hombres de oración, silenciosos, dentro de la obra de Redención, enteramente entregados al amor. Las exigencias de esta vocación se os manifestarán cada vez con más claridad, concretamente, a medida que queráis vivir vuestro ideal sin mutilarlo. Ninguno de vuestros Hermanitos que se esfuerzan por incorporarse cada día a su ideal dentro de la vida de trabajo, de contacto o de estudio, podrá contradecirme: todos han constatado, y a menudo de manera ardiente, que no es posible ser verdadero Hermanito de Jesús sin el *heroísmo de una generosidad absoluta*, que debe ofrecer al trabajo de la gracia un corazón y un alma despojados de todo. Con toda la fuerza de mi deseo de veros fieles a la llamada de Jesús, os vuelvo a decir: tenéis que aceptar por deber ser heroicos, dentro de un desasimiento de todas las cosas, dentro del renunciamiento y de la muerte, a vosotros mismos. Tenéis que morir con Cristo, sin ninguna limitación, y ser obedientes con él, humildes y despojados de todo apego, sea a lo que sea: os puedo afirmar que, en tanto no hayáis realizado la *necesidad* de esta actitud fundamental de generosidad total, ni hayáis *deseado* francamente llegar a ella, no podéis pretender haber empezado a ser Hermanitos de Jesús. Pero tampoco tenéis

miedo de vuestra debilidad: es Jesús y sólo él, por medio de su gracia, el que realizará esto en vosotros y con vosotros. Entregaos a él dentro de la fe y de la alegría de amar y entonces él hará su obra en vosotros, día tras día.

No tengáis nunca la pretensión de deber a vosotros mismos el heroísmo que deberá animar vuestros deseos y vuestros actos. Es cierto, tenéis que ambicionar la salvación del mundo con Jesús, pero no es porque seáis puros, ni por vuestra santidad por lo que redimiréis a vuestros hermanos. Jesús sólo puede salvar y redimir; y nuestro amor, en la medida misma de su deseo y con tal que sea sincero, nos lleva a entrar en ese «trabajo de Jesús». ¿Esperar a estar purificados para ser capaces de lo que es la vida de crecimiento y la actividad normal del Cuerpo Místico? ¡Tendríamos que esperar mucho tiempo! La ambición de nuestro amor, que no es incompatible con la humildad y la verdad, puede ir más lejos; pero nunca será a causa de lo que aportemos de valor personal por lo que obtengamos, dentro de la ofrenda de una vida y de una oración mísera, que nuestros hermanos se acerquen a Cristo. No, entre Jesús y nuestra alma existe un convenio completamente gratuito, que no tiene otra explicación que el consentimiento de un amor infinito y lleno de misericordia.

Hermanitos, ahora mismo, hoy mismo, en este instante mismo, tenéis que ofrecer con una generosidad total, que llegue incluso hasta el heroísmo, a la obra de Jesús en vuestra alma, desde el Pesebre hasta la Cruz y la Resurrección. Sabed trasladar dentro del minuto concreto ese minuto que pesa sobre vosotros, que os parece gris y monótono, todo lo que contiene vuestro corazón de deseos de hacer grandes cosas por amor a Jesús. De este modo seréis heroicos como lo fue santa Teresa.

Vivid dentro de la alegría y del agradecimiento de haber sido llamados por Dios. Me parece que Jesús querría que sus Hermanos pudieran enseñar a los hombres y a los cristianos de nuestro siglo, en cierto modo por una demostración mediante los hechos, que una verdadera intimidad con Dios, una oración intensa completamente sencilla, llena de amor y de deseos redentores, que la oración, en una palabra, sigue siendo una tarea esencial y siempre posible del cristiano, del sacerdote y del religioso, sea cual sea su profesión, su estado de vida o sus dificultades diarias. Nuestras Fraternidades deben traer de nuevo la contemplación del misterio de amor de Jesús al corazón mismo de toda la vida moderna y dentro de todas sus actividades legítimas. El agotamiento por exceso de actividad, la amplitud de un mundo que es preciso edificar, todo esto arriesga destruir al hombre y al cristiano, penetrándole de una mística materialista, si no vuelve a encontrar plenamente su vocación de contemplativo, parte integrante y vital de su ser de hijo de Dios. En esto consiste nuestro humilde papel, y debemos ser entre las manos de Jesús como unos súbditos dispuestos a demostrar por medio de una experiencia viva lo que puede la gracia dentro de la total debilidad de los medios humanos, y en medio de un ambiente materialista.

Os dejo dentro de la alegría del misterio de vuestro nacimiento en Cristo. Cada día lo descubriréis mejor, si no ponéis límites jamás a vuestra generosidad.

* * *

Frente a un mundo arrastrado, casi a pesar suyo, dentro de la corriente cada vez más rápida e impetuosa de una civilización a base de técnicas, que propende a esclavizar a la Humanidad, a encerrarla dentro de las perspectivas de un reino puramente terrestre, la cristiandad en este momento se ve expuesta a dos tentaciones: la tentación de separar el destino de la cristiandad del destino del mundo por un movimiento de retirada, replegándose los cristianos en un «pequeño resto», viviendo dentro de la expectativa del advenimiento del reino espiritual de Jesús en sus almas y en la vida futura. Se desearía extender la vida del contemplativo, separada por vocación, a toda la comunidad de los fieles. Y de otro lado, la tentación para el cristiano de comprometerse con todo su ser, en todas las actividades científicas, económicas, sociales y políticas, con objeto de influir, en un sentido cristiano, en las estructuras del mundo de mañana, con peligro de reducir, de hecho ya que no de derecho, el cristianismo a no ser otra cosa que la mejor de las soluciones a los problemas terrestres, y a perder el sentido del reino espiritual, el de la trascendencia de la misión de Jesús, de la adoración y de la finalidad divina sobrenatural de toda la Humanidad.

El cristiano no debe sucumbir a ninguna de estas dos tentaciones. Tiene que superarlas y rebasarlas, la una y la otra, dentro de la plena realización de su vocación de hombre y de hijo de Dios.

En medio de esta lucha viene a integrarse la misión de las Fraternidades, y son las coyunturas presentes lo que le darán sus características propias. Tenemos que realizar en nosotros el choque de estas dos exigencias opuestas, restableciendo la contemplación en medio de la cristiandad. Es por esto por lo que nuestra oración no podría parecerse a la oración de un solitario o de un trapense: quizá no ofrezca la silenciosa e inmóvil adoración de aquella, fruto de la separación efectiva y total de todo lo creado. Deberá elevarse más bien como una adoración suplicante, henchida por los sufrimientos de la Humanidad, por sus miserias, y será como la repercusión en nuestra alma del drama que se representa en este momento en las regiones misioneras de la Iglesia. El riesgo afrontado para integrar la oración, la adoración y la contemplación de la divinidad de Jesús, en medio de la cristiandad activa, en peligro de materializar sus horizontes a los límites de la tierra, marcará nuestra vida de oración con un matiz de lucha, acaso más doloroso. Sabemos que nos hemos ofrecido para esto, para obtener, por ese esfuerzo constante de unión con Jesús y guardarnos de la tentación de obrar por unos medios puramente humanos, y a pesar de nuestra presencia en pleno centro de la vida, a fin de obtener para nuestros hermanos comprendidos en los puestos avanzados del combate para la salvación de la Humanidad la gracia propia, dentro de la Iglesia, de nuestras Fraternidades: el estilo a la vez contemplativo y comprometido de nuestra vida quiere ser por sí mismo una ofrenda, una adoración en nombre de nuestros hermanos, y un fermento en la tierra del reino espiritual.

Queremos comprometernos para tomar la parte que nos corresponde en el peso del sufrimiento y de la lucha, a los que los cristianos no tienen derecho a substraerse, *a fin de obtener para nuestros hermanos la preservación de la primera tentación.*

Queremos conservar nuestras vidas dentro de la pureza totalmente recta del

desinterés, simplemente ofrecidas a Jesús solo, dentro del renunciamiento a toda acción humana buscada y organizada, *a fin de obtener para nuestros hermanos la preservación de la segunda tentación.*

Y es de este modo como colocamos en el centro de nuestra alma lo esencial del drama que se representa en este momento dentro de la cristiandad, para vivirlo en espíritu de reparación, y para desenlazarlo dentro de toda la luz del reino espiritual de Jesús sobre la tierra.

Índice

EN EL CORAZÓN DE LAS MASAS

Presentación

Carlos de Foucauld, ideal y proyectos de fundación

René Voillaume y la manifestación progresiva de su vocación

La Fraternidad de El-Abiodh-Sidi-Cheikh

La II Guerra mundial y la vida de la Fraternidad

La misión de la Fraternidad se dilata

Por los caminos del mundo

En el corazón de las masas

Prólogo a la segunda edición francesa

Prólogo a la quinta edición francesa

Prefacio

Primera parte

Preámbulo

1 El padre De Foucauld y sus Hermanitos

2 Mensaje de Beni-Abbés

Beni-Abbés, 23 de febrero de 1950

Segunda parte

1 El misterio de Nazaret

2 Cómo el padre De Foucauld descubrió y vivió el misterio de Nazaret

3 Ermitas y Fraternidades del padre De Foucauld[46]

4 Nazaret, forma de vida religiosa

Tercera parte

- [1 Hermanitos de Jesús](#)
- [2 Redentores con Jesús](#)
- [3 Permanentes en la oración](#)
- [4 Ejercicios y liturgia](#)
- [5 Ascética de las Fraternidades](#)
- [6 Pobreza](#)
- [7 Trabajo](#)
- [8 Teología: vida intelectual y perfección evangélica](#)
- [9 El amor de castidad](#)
- [10 La obediencia](#)
- [11 El Hermanito sacerdote](#)

[Cuarta parte](#)

- [1 La unidad del amor](#)
- [2 El desgarramiento del amor](#)
- [3 Nazaret](#)
- [4 Pobreza y amor](#)
- [5 Nochebuena](#)

[1] Cf J. F. SIX, *El testamento de Carlos de Foucauld*, San Pablo, Madrid 2005; J. L. VÁZQUEZ BORAU, *Volver a Nazaret guiados por Carlos de Foucauld y Luis Massignon*, PPC, Madrid 2004.

[2] Cf J. M. RECONDO, *El camino de la oración en René Voillaume*, Jesus Caritas (enero-junio) Zaragoza 2003.

[3] J. L. VÁZQUEZ BORAU, *Consejos evangélicos o Directorio de Carlos de Foucauld*, BAC, Madrid 2005 y *Carlos de Foucauld y la espiritualidad de Nazaret*, BAC, Madrid 2001.

[4] R. BAZIN, *Charles de Foucauld, explorateur du Maroc, ermite au Sahara*, Plon, París 1921.

[5] C. DE FOUCAULD, *Lettres à Henry de Castries*, París 1938, 96-97.

[6] *Ib*, 83-84.

[7] R. VOILLAUME, *Lettre aux Petits Frères de Jésus*, en J. F. SIX, *L'Aventure de l'amour de Dieu, 80 lettres inédites de Charles de Foucauld à Louis Massignon*, Seuil, París 1993.

[8] *Les Petits Frères de Jésus* 24 (1983) n° 95-96.

[9] J. MARITAIN, *De la vie d'oraison* (1922); *Les degrés du savoir* (1932); *Action et contemplation*, en *Questions de conscience* (1938); *Le paysan de la Garonne*, París 1966; J. Y R. MARITAIN, *Liturgie et contemplation*, Brujas 1959.

[10] R. VOILLAUME, *Lettres aux Fraternités III. Sur les chemins des hommes*, Cerf, París 1966, 74-75.

[11] Seguimos aquí la presentación hecha por el Hermano de Jesús Michel Nurdin, *A propósito de «En el corazón de las masas» de René Voillaume*, reflexiones propuestas el 18 de noviembre de 2005, en el momento de la presentación de la biografía de René Voillaume por Marcel Launay: *René Voillaume, contemplación y acción y de la biografía espiritual de la Hermanita Magdeleine*, ambas publicadas en la editorial Du Cerf en 2005. Ellas se inscriben en los márgenes del noveno capítulo del libro de Marcel Launay.

[12] Los paréntesis y puntos indican aquellos pasajes que hemos omitido para no alargar la cita. Este extracto de un «Diario» del hermano Carlos, fechado el 22 de julio de 1905 en Beni-Abbés, se sitúa en el momento en que el Padre se decide a adoptar para él un modo de vida diferente de aquel que se había trazado en el *Reglamento de los Hermanitos del Sagrado Corazón*, redactado en 1899, que se había esforzado en seguir hasta ese día. Esta evolución se le aparecía entonces como temporal y exigida por las circunstancias, «esperando la fundación de la Congregación de los Hermanitos del Sagrado Corazón». En realidad, se internaba entonces, no sin algunas vacilaciones, por el camino que iba a ser el suyo hasta su muerte, y que realizaría el aspecto más original de su vocación.

[13] «Jesús vino para salvar. Nosotros también; la tarea de nuestra vida es salvar almas, trabajar para su salvación, servir y dar nuestra vida para salvarlas, a ejemplo del único Esposo» (15 de agosto de 1910). Por esto es por lo que está en su alma «el deseo de sufrimiento..., para entrar en el trabajo de Jesús, ofrecerme con él con toda mi insignificancia, en sacrificio, como víctima por la santificación de los hombres».

[14] «Os recomiendo con toda mi alma la conversión de los tuaregs. Os ofrezco mi vida por ellos» (Nota del *Diario*, 17 de mayo de 1904).

[15] 29 de agosto de 1902.

[16] «Formar únicamente grupos pequeños...; los monasterios muy poblados adquieren, casi necesariamente, una importancia material enemiga de la abyección y de la humildad».

[17] Regla de los «Hermanitos de Jesús», escrita en 1896 en la Trapa de Akbés, y Regla de los «Hermanitos del Sagrado Corazón», escrita en 1899 en Nazaret.

[18] Actualmente, el número insuficiente de Hermanos obreros en relación con el de Hermanos estudiantes no permite todavía privarse del recurso a la limosna para el sostén de las casas de formación; pero todo deja prever que una vez pasado este primer período, el conjunto de las Fraternidades llegará normalmente a vivir de su propio trabajo.

[19] Los Hermanitos han conservado esta túnica, gris o blanca, según los países, como hábito de coro y la visten en la capilla.

[20] Carta a Mons. Guérin, 27 de febrero de 1903. Cf CARLOS DE FOUCAULD, *Escritos espirituales*, Stvddivm, Madrid 1958, 229.

[21] CARLOS DE FOUCAULD, *Escritos espirituales*, Stvddivm, Madrid 1958, 171. Recopilados por René Bazin. Traducción española de un miembro de la Fraternidad laica de los Hermanos de Jesús.

[22] *Ib*, 106.

[23] *Ib*, 57.

[24] *Ib*, 105.

[25] Lc 8,16.

[26] CARLOS DE FOUCAULD, *Escritos espirituales*, Stvdivm, Madrid 1958, 161.

[27] Ib, 218.

[28] Mt 14,31.

[29] CARLOS DE FOUCAULD, *Escritos espirituales*, Stvdivm, Madrid 1958.

[30] Ib, 106.

[31] 1Re 19,15.

[32] «Fue a sentarse bajo una retama, deseándose la muerte y diciendo: “¡Ya basta, oh Señor! Quítame la vida, pues no soy yo mejor que mis padres”» (1Re 19,4). Conviene leer también el resto del capítulo, especialmente la escena del encuentro de Dios y Elías en la gruta (5,11-13).

[33] Mt 11,12.14-15.

[34] Citamos estas páginas al final del capítulo.

[35] Cf igualmente respecto a este asunto el Capítulo 4 de la segunda parte de este mismo libro: «Nazaret, forma de vida religiosa».

[36] CARLOS DE FOUCAULD, *Escritos espirituales*, Stvdivm, Madrid 1958, 88.

[37] Ib, 91.

[38] *Champiñón* en español. En Chile se designa con esta palabra la aglomeración de chabolas y cabañas que forman los barrios miserables de los suburbios obreros de Santiago.

[39] Carta del padre De Foucauld a H. de Castries, 14 de abril de 1901.

[40] Mc 6,1-6; Jn 7,5.

[41] Visitación: Lc 1,39-56. Circuncisión: 2,21. Purificación: 2,22. Regreso a Nazaret: 2,39. Peregrinación anual a Jerusalén: 2,41. El Niño perdido: Lc 2,42-45. Bodas de Caná: Jn 2,1-11. Jesús sube a Jerusalén por la Pascua: Jn 2,14. Va siempre a la sinagoga el día de sábado: Lc 4,16; Mc 1,21. Invitado muy frecuentemente: Lc 8,36. Opinión de su familia acerca de él: Mc 3,21. Se asombraron ante su ciencia: «¿No es este el carpintero?»: Mc 6,1-3.

[42] Independencia del niño Jesús respecto a sus padres. Usos con los cuales se conforma Jesús.

[43] Observamos inmediatamente que esta forma de imitación de Jesús no es esencial para la perfecta transformación de un alma en Cristo. No es un elemento necesario para la perfección de la adhesión a Cristo. Puede llegar a serlo para un alma determinada, en virtud de una vocación particular, esencialmente individual. Todo cristiano debe ser otro Cristo en virtud de una imitación espiritual. Algunos recibieron como vocación la imitación del estado de vida de Nazaret. En fin, entre estos, no todos tienen que concebir dicha imitación en la minuciosidad material que llevaba consigo la vocación muy personal del padre De Foucauld.

[44] Es aquí donde aparece el lazo que une el desarrollo de la caridad con la pobreza total.

[45] Cf la oración «Para la salvación de todos los hombres» en la Regla del año 1899.

[46] Este capítulo es la reproducción de un artículo aparecido en los Cuadernos Carlos de Foucauld. Hemos creído que haríamos bien insertándolo en este lugar, ya que ilustra de una manera concreta la evolución del ideal religioso del Padre.

[47] *Subida del monte Carmelo*, San Pablo, Madrid 2007, lib. tercero, cap. 42 [1], 413. «... Aquel lugar se debe escoger que menos ocupe y lleve tras sí el sentido. (...) Y, por eso, es bueno lugar solitario, y aun áspero. (...) Por lo cual, nuestro Salvador [ordinariamente] escogía lugares solitarios para orar (...), como eran los montes, [que levantaban de la tierra, y ordinariamente son pelados de sensitiva recreación]» (ib, cap. 39 [2], 410).

[48] Después de haber ido a visitar a un pobre obrero árabe católico, escribía el 10 de abril de 1894: «¡Qué diferencia entre esta casa y la nuestra! Suspiro por Nazaret...».

[49] «Su Regla es absolutamente impracticable... El Papa dudaba en otorgar su aprobación a la Regla franciscana; la encontraba demasiado severa. ¡Y cómo podría otorgársela a este reglamento! Lo cierto es que me ha asustado... ¡Se lo suplico, no redacte ninguna Regla!» (Carta del padre Huvelin al padre De Foucauld, 2 de agosto de 1896).

[50] «En mi casita, como único trabajo, hago imágenes» (Jerusalén, 1897).

[51] «Los muros serán de piedra, de ladrillo, de tierra apisonada o de madera; los tejados planos, o inclinados, formando terraza, o de tejas o de cualquier otro modo, según la costumbre de la región; todo será muy pobre, muy sencillo, pero sano y sólido» (Reglamento del año 1899, cap. 34, 152).

[52] «Los edificios de las Fraternidades deberán... ser sólidos, como la santa Casa de Nazaret, por imitación y para evitar las distracciones resultantes de reparaciones frecuentes...» (ib).

[53] «Delante de las celdas de nuestros hermanos los huéspedes y de nuestros hermanos los criados, delante del dispensario, etc., se dispondrá una galería de un metro veinticinco de anchura, como las que hay en los patios de los Hermanitos, a fin de que puedan circular sin que estén expuestos a la lluvia o al sol. Que sobre la misma puerta de entrada y en su interior haya una pequeña galería semejante, y que de aquí se una con las otras, a fin de que, desde que uno franquea nuestra puerta, sienta el efecto de la muy dulce y muy ardiente caridad del Corazón de Jesús...» (ib, 156).

[54] «Con objeto de aislar esta parte de la capilla de los patios reservados a los Hermanos y favorecer el recogimiento por medio del silencio, y poder estar con más fervor dirigiendo toda la luz y todas las miradas hacia la Hostia, no tendrá más que una ventana a la sacristía de los fieles para dar luz a esta última» (ib, 159).

[55] Carta a la Sra. de Bondy, 4 de octubre de 1893.

[56] Carta a la Sra. de Bondy, 16 de abril de 1902.

[57] *Diario*, 1 de junio de 1903; cf CARLOS DE FOUCAULD, *Escritos espirituales*, Stvdium, Madrid 1958, 254. Recopilados por René Bazin.

[58] *Reglamento de los Hermanitos del Sagrado Corazón*, Capítulo 36.

[59] Esta campana se encuentra actualmente en Ain-Sefra, en la Institución Lavigèrie, de los Padres Blancos.

[60] Carta a la Sra. de Bondy, 1905. Esta ermita tuvo que ser alargada de nuevo más adelante, si damos crédito a la descripción que de ella hizo el comandante Lehuraux: «Sólo tenía una habitación rectangular, como una especie de túnel de unos quince metros de largo por dos de ancho, que servía a la vez de dormitorio, de comedor, de gabinete de trabajo, de biblioteca, de almacén de víveres. Uno de sus costados, separado del resto del local por una cortina, estaba reservado para la capilla... Su inquilino sólo podía circular en esta casa, llamada la “fragata” por un estrecho pasillo central, y no sin dificultad por los demás» (*En el Sáhara con el padre Carlos de Foucauld*, por León Lehuraux, 92).

[61] Carta a la Sra. de Bondy, 16 de junio de 1910.

[62] «Cada uno de estos cinco patios estará completamente cerrado por unas tapias sólidas, de cuatro o cinco metros de altura en general» (*Reglamento de los Hermanitos del Sagrado Corazón*, 1899, Capítulo 34).

[63] Meditación 261; Lc 2,50.

[64] No quisiera que alguien pudiera equivocarse respecto a mi pensamiento en lo que voy diciendo: lo único que discuto es el valor relativo de las observancias clásicas en relación con una determinada forma de vida religiosa, y no el valor de estas observancias en sí mismas. Sin embargo, si quisiéramos penetrar en el fondo de la cuestión, nos encontraríamos con que una de las causas de la incompreensión que en la hora actual manifiesta gran número de personas hacia los monasterios y las órdenes religiosas proviene de que estos se presentan con un conjunto de observancias, de costumbres y un estilo de vida que no es simplemente cristiano o religioso, sino que se resiente de la cultura y de los usos de la sociedad que vivía en el siglo en que estas formas de vida fueron concebidas. Citemos, por ejemplo, la naturaleza y la forma del hábito religioso (particularmente sensible en las órdenes femeninas: empleo de grandes cofias almidonadas, amplitud exagerada de los vestidos, etc.); el estilo grandioso de ciertos monasterios, la disposición de los dormitorios y las costumbres de limpieza e higiene; las fórmulas de cortesía, y también un cierto modo de considerar las relaciones interiores entre religiosos, etc. La estabilidad de la vida religiosa contribuyó al mantenimiento de los menores detalles, que, por otro lado, aparecen como pletóricos de vida espiritual y de valor religioso. Notemos que todo este complejo de observancias y costumbres es en sí eminentemente apto para servir de instrumento de perfección. Son el fruto de una larga experiencia y han dado pruebas de sus méritos. Pero, desde luego, su eficacia puede disminuir dada la evolución de la humanidad (ejemplo: en lo referente a los hábitos o a las fórmulas de cortesía). Las costumbres monásticas conservan toda su grandeza y toda su eficacia, pero cada vez más únicamente para aquellos que están iniciados en esta sociedad particular, que es el monasterio, y que está infinitamente más separada del medio ambiente que lo estaba en el momento de su fundación. Ya que es cierto que si san Benito y san Francisco hubieran concebido su modo de vida religiosa en el siglo XX, las costumbres y las observancias habrían sido diferentes, sin que dejaran de tener, de todos modos, idéntica eficacia espiritual y la misma fuerza expresiva. Un trapense o un cartujo podrá no sentir en ningún momento la necesidad de una adaptación de sus costumbres, aun en el momento actual, en la medida en que su mentalidad haya sido educada en la cultura correspondiente a ese estilo de vida. Encontrará en ellas el pleno florecimiento de una profunda vida religiosa, tan auténtico como en tiempos del fundador. Pero el religioso habrá tenido que adaptarse. Esta adaptación se hace cada vez más difícil para un número creciente de personas. En todo caso, la irradiación evangélica de la vida religiosa se encuentra entorpecida por esa dislocación

de cultura existente entre el medio monástico y el medio popular ambiente. Aquí aparece una causa grave de incompreensión por parte de la masa del pueblo cristiano. Ya volveremos a tratar de esto cuando nos ocupemos de la adaptación. Ahora era preciso, simplemente, señalar este hecho, que no tiene nada que ver con la autenticidad y el fervor de los monasterios, ni siquiera con la eficacia que tienen las observancias para los religiosos que las practican y que se han adaptado a ellas. Sería pueril impugnar el valor de unas observancias que han contribuido a llevar hasta la santidad a muchas generaciones de religiosos. Pero, sin embargo, este valor de eficiencia es, en cierto modo, relativo a un ambiente dado. Toda la cuestión está en saber si no sería preferible volver a encontrar una expresión exterior de vida religiosa más de acuerdo con la cultura de la sociedad actual. Y además tendríamos que distinguir entre costumbres puramente materiales y observancias más profundamente unidas a auténticos valores espirituales.

[65] Cf *Documentation Cathol.*, t. 44, col. 577, y t. 45, columna 1.089.

[66] Es interesante observar una vez más hasta qué punto considera la Iglesia esencial la observancia de los tres consejos evangélicos; no reconoce ningún estado de perfección que no lleve consigo la observancia efectiva de estos consejos.

[67] Const. apost. *Provida Mater Ecclesia*, del 2 de febrero de 1948, del papa Pío XII, n. 10.

[68] Motu proprio *Primo Feliciter*, del papa Pío XII, del 12 de marzo de 1948, nn. 5-6. («Acta Apostolicae Sedis», XL, 283-286).

[69] Lc 11,8.

[70] Máxima de san Juan de la Cruz, citada por el padre De Foucauld.

[71] Así es como define el padre Danielou, muy exactamente, el camino de infancia espiritual de santa Teresa del Niño Jesús.

[72] «En una época en la que los hombres se agotan en esfuerzos vanos, en la que un inmenso cansancio invade a la Humanidad, Teresa, humilde descubridora de manantiales, ha vuelto a dar luz a las fuentes ocultas de la infancia espiritual, de las cuales nuestro mundo, envejecido en el pecado, había perdido camino. La infancia espiritual es lo infinito del deseo en la total impotencia. Y este es el gran secreto de la oración y de la vida misionera. Este es el secreto que Teresa nos comunicó, y por donde intentamos caminar. Es lo infinito del deseo, ya que el niño, al que la vida aún no decepcionó, cree posible todo. De igual modo Teresa, al comienzo de su vida espiritual, se adentra en las vías de la santidad y quiere partir a la conquista de las almas. “La única potencia está en lo infinito del deseo”, decía Cristo a Catalina de Siena. Pero Teresa llegó a sus límites. Lo quiere todo, y descubre que no puede nada. Pero comprende que este descubrimiento, que podría quebrantarla, es, por el contrario, la gran luz. Quererlo todo y no poder nada es, pues, no contar más que con el amor de Dios. Este es el mensaje libertador que nos trae» (extracto del Boletín del Círculo de san Juan Bautista, diciembre de 1947).

[73] Cf el Capítulo 4 de la primera parte de este libro: «La oración de las pobres gentes».

[74] J. MOUROUX, *Sentido cristiano del hombre*, Stvdivm. Madrid 1956, 57. Versión española por el R. P. Mateo de Torre, C. M. F.

[75] Los proyectos de Regla escritos por el hermano Carlos, en particular el reglamento de los Hermanitos de Jesús del año 1896, llevan el sello de una pobreza extrema, como ya lo dejamos ver en un artículo, *Ermitas y Fraternidades del padre De Foucauld*, publicado con anterioridad en los Cuadernos Carlos de Foucauld, y que hemos querido reproducir aquí mismo. Cf el Capítulo 3 de la segunda parte.

[76] «...Poseer cristianamente exige la misma fuerza divina que el practicar la pobreza cristiana. Ya que la posesión ha de tornarse también libertad. San Pablo ha expresado este fin con las palabras citadas con tanta frecuencia: “Los que gozan del mundo, como si no disfrutasen” (1Cor 7,29-31). Si somos sinceros, diremos que este ideal es muy elevado y difícil de alcanzar. Es difícil sentirse verdaderamente libre y estar desasido de las cosas, exento de apetencias, del deseo de gozar, de temor, de envidia, de avaricia; poseer las cosas como venidas de la mano de Dios y servirse de ellas según su santa voluntad; todo eso es, digámoslo claramente, imposible. Sólo Dios puede capacitarnos para ello. No debería hacerse referencia a las palabras de san Pablo pensando que sólo expresan un grado superior de moralidad fácilmente asequible. El ideal que ellas encierran es tan inaccesible para las solas fuerzas humanas como la pobreza cristiana y todo cuanto preconizan las bienaventuranzas. Hay que hacer más, invertir los términos de la pregunta y formularla de la manera siguiente: ¿Es que sólo la posesión es peligrosa desde el punto de vista cristiano? Ciertamente no, sino que lo es también la privación, ya que aquí se habla de la pobreza cristiana ejercida libremente y por amor al reino de Dios, pero no se habla, simplemente, del hecho de no poseer nada, es decir, de la indigencia absoluta. Las meras privaciones o restricciones, la supresión violenta de las necesidades pueden paralizar la vida interior. Puede también hacernos orgullosos y engendrar un nuevo fariseísmo especial que mejor habría hecho dedicándose a la adquisición y posesión de bienes y cumplir

fielmente con su deber» (R. GUARDINI, *El Señor* I, Rialp, Madrid 1956², 504-505. Versión por Francisca Palau-Ribes Casamitjana).

[77] «...La realización de los consejeros ejerce, en la sociedad humana, la función de un fermento activo y viviente. Muestra la posibilidad de deshacerse de los bienes y, al mismo tiempo, recuerda a los poseedores que también ellos pueden liberarse. El que se ha desasido de todo, ayuda al que conserva los bienes a poseerlos debidamente» (ib, 507 y 508).

[78] Mt 26,10-14; Mc 14,6-10; Jn 12,7-8.

[79] Es con este fin, y para evitar el escándalo, por lo que san Pablo, sin dejar de reconocer que el apóstol y el misionero tienen derecho a que los fieles los mantengan, renunció por su parte. «Vosotros mismos sabéis que estas manos han provisto a mis necesidades y a las de los que andan conmigo. En todo os he mostrado que se debe trabajar así para socorrer a los necesitados...» (He 20,34-35). «...Y nos fatigamos trabajando con nuestras propias manos» (1Cor 4,12).

[80] P. H. SIMON, *Destino de la persona*.

[81] Todavía percibimos el matiz de desprecio contenido en la exclamación: «¿No es este el hijo del carpintero, del obrero?».

[82] Del canónico Tiberghien, en su nota final al libro del PADRE MICHONNEAU: *Parroquia, comunidad misionera*, Desclée de Brouwer. Buenos Aires 1958. Versión española por el R. P. José Navío, Sch. P.

[83] Santa Teresa se ríe de esas almas que en sus meditaciones se representan virtudes heroicas y hasta el testimonio del martirio, y no son capaces de dominar una ligera impaciencia o una molestia. Son innumerables las almas que viven o creen vivir de virtudes imaginarias representadas y a las que, en consecuencia, el acontecimiento sorprende siempre. En cuanto se las saca del ambiente en que estaban, ya sea un ambiente de formación u otro cualquiera un poco homogéneo, están perdidas.

[84] Conviene anotar aquí que la realidad existencial de Cristo no es únicamente el Cristo concreto en carne y hueso del evangelio, tal como fue conocido y amado –u odiado e ignorado– por sus contemporáneos, sino el Cristo resucitado, glorioso, sentado a la diestra del Padre, el Cristo de la fe iluminada de los apóstoles el día de Pentecostés, el Cristo Verbo Encarnado de Nicea y de Calcedonia, aquel, en una palabra, que nos presenta la fe de la Iglesia. No es con este objeto por lo que Jesús parece, poco a poco, alejar a sus discípulos de un apego demasiado sensible hacia su persona, para conducirlos, a través del oscurecimiento de Getsemaní y del Calvario, al conocimiento de fe en la ausencia, primero intermitente durante su vida de resucitado, más tarde definitiva después de la Ascensión: «Es bueno para vosotros que yo me marche...». Podemos volver a encontrar, en la pedagogía superior utilizada por Cristo de este modo a fin de educar la vida de fe de sus apóstoles, el atajo sorprendente de las grandes etapas purificadoras de la vida espiritual, que dibujara más tarde san Juan de la Cruz.

[85] Es preciso convenir en que el método de enseñanza es a menudo el único responsable de este fracaso, y que muchos espíritus habrían podido llegar a una ciencia filosófica y teológica suficiente si se hubiera sabido conducirles mediante la enseñanza verdadera de una auténtica filosofía.

[86] El problema de una fe viva e iluminada se plantea, en la hora actual, en todos los ambientes, así eclesiásticos como religiosos y seculares. También se plantea en las Fraternidades, particularmente para todos los Hermanos a los que no podría convenir el ciclo completo de la enseñanza clásica de la teología.

[87] Con la condición, bien entendido, de que esta imposibilidad no sea habitual.

[88] No quiero decir que no existan en el orden humano natural los fundamentos de una obediencia real, como, por ejemplo, la que se debe a los padres, a las autoridades legítimas, y sin la cual ninguna sociedad sería viable. Esto es evidente, y yo quiero hablar aquí únicamente de esa obediencia que responde a una nueva forma de autoridad, instituida por Cristo como el fundamento de la sociedad visible que es la Iglesia. Las cualidades y las exigencias de esta autoridad son bien diferentes de las de un orden natural.

[89] Mc 8,31; Mt 17,12; Mc 9,30.

[90] Jn 12,27.

[91] Mc 14,32; Mt 24,36.

[92] Suponemos resuelta la cuestión teológica de la naturaleza de la autoridad con que la Iglesia inviste a los superiores religiosos establecidos o confirmados por ella en sus cargos de gobierno. Esta autoridad es, sin duda, distinta de la autoridad propiamente jerárquica de los obispos y del poder de jurisdicción ordinaria. Pero no se puede negar que el poder de gobernar a una congregación, por el hecho de que ha sido instituida por la Iglesia, no sea una derivación de la autoridad divina ejercida por la Iglesia en nombre de Cristo, en vista, precisamente, de dirigir a los cristianos hacia su perfección. Que esta extensión no haya existido desde los primeros tiempos del monaquismo no basta para probar que no hubiera de existir más adelante. Es cierto que los primeros Padres del

desierto no estaban investidos de ninguna autoridad particular, fuera de la que les otorgaba su experiencia y su santidad: la *docilidad* a sus directivas era de orden prudencial y carismático para los discípulos que venían a ponerse libremente bajo su dirección. De una naturaleza muy distinta es la *obediencia* del religioso que ha profesado en una congregación erigida por la Iglesia. Si la autoridad del superior religioso no tuviera otro fundamento que el voto de obediencia emitido por el inferior, no habría ninguna diferencia de naturaleza entre el voto privado y la profesión religiosa. La obediencia religiosa en la Iglesia no sería otra cosa que una forma de ascetismo: lo que resultaría vano y decepcionante. Los sentimientos de los santos y la tradición de la Iglesia no van en este sentido.

[93] Sabemos que el mismo padre De Foucauld estuvo en una situación parecida en el Hóggar durante varios meses.

[94] Quede bien claro que me sitúo aquí desde el punto de vista del testimonio exterior, el que se deduce del lugar que ocupa el clero dentro de la Iglesia visible. No pretendo afirmar de ningún modo que los actos profanos del sacerdote, como el trabajo manual por ejemplo, tengan un valor espiritual de otra naturaleza que la que tendrían los mismos actos de un seglar. El mérito de dichos actos y su valor de redención sólo son medidos por el grado de amor que los inspira.

[95] No olvidemos que esta carta fue escrita a los Hermanitos y que aquí se trata de una vocación particular. No intentamos insinuar en modo alguno que exista en sí y para todos una mayor perfección en abstenerse de la lucha justa, aun violenta. Igualmente habría que juzgar en otro plano la legitimidad o la oportunidad de una participación en la lucha obrera de algunos sacerdotes o religiosos, expedidos por sus superiores.

[96] Cuando vi en París a Massignon, me habló de una manera emocionante de ese horror a los «ídolos», que era una reivindicación permanente del Islam, y que nuestro mundo occidental había olvidado. Ese gran mandamiento del Antiguo Testamento, dice, sigue siendo actual. Dios prohíbe adorar las «*sculptilia*», obra de la mano del hombre. Prevalece en nuestro mundo un verdadero culto de la técnica humana y de todo lo que está hecho de mano de hombre. Y es muy cierto... Quisiera poder decíroslo con la convicción, con la fuerza expresiva de Massignon. Pero no me es posible... Restitúidla. Hay en todo caso una intuición profundamente cierta...

[97] Los primeros cristianos habían comprendido tal vez esta verdad mejor que nosotros. He aquí dos textos de los Padres muy sugestivos: «Lo que seremos un día, ya habéis comenzado a serlo: ya habéis llegado en esta vida a lo que será la gloria de la Resurrección» (CIPRIANO DE CARTAGO, *De habitu virginum*, XXII, PL 4, 462). «Lo que resulta incuestionable es que el matrimonio es digno de todo honor y que el lecho nupcial es immaculado. Claro que con esto no afirmamos que el matrimonio es un bien sólo contraponiéndolo a la fornicación, pues entonces serían dos males, sólo que uno de más graves consecuencias que el otro. Porque no es que el matrimonio y la fornicación sean dos males, uno más grave que el otro; lo que se quiere afirmar es que el matrimonio y la continencia son dos bienes, de los cuales uno es preferible al otro. De la misma manera que la salud y la debilidad del cuerpo no son dos males, uno de mayor gravedad que otro, sino que la salud corporal y la inmortalidad del alma son bienes, aunque de mucha mayor excelencia este que aquel. E idénticamente podría decirse de la ciencia y de la vanidad, sino que lo que se afirma y compara es la ciencia y la caridad, que son dos bienes, sobrepusando la caridad a la ciencia, pues, como dice san Pablo, *tendrá fin la ciencia*, aunque sea útil y necesaria en esta vida transitoria, “mientras que la caridad no fenecerá nunca”. Así ocurrirá con la generación mortal, razón de ser del matrimonio, que será destruida. En cuanto al hecho de abstenerse del uso del matrimonio, he ahí un modo de vida angélica que permanecerá por toda la eternidad» (AGUSTÍN DE HIPONA, *De bono conjugali*, VIII, 8).

[98] «¿Por qué me llamáis Señor, Señor, y no hacéis lo que os digo?».

Index

En el corazón de las masas	2
Presentación	4
Carlos de Foucauld, ideal y proyectos de fundación	4
René Voillaume y la manifestación progresiva de su vocación	6
La Fraternidad de El-Abiodh-Sidi-Cheikh	8
La II Guerra mundial y la vida de la Fraternidad	8
La misión de la Fraternidad se dilata	9
Por los caminos del mundo	11
En el corazón de las masas	12
Prólogo a la segunda edición francesa	14
Prólogo a la quinta edición francesa	15
Prefacio	16
Primera parte	18
Preámbulo	19
1 El padre De Foucauld y sus Hermanitos	20
2 Mensaje de Beni-Abbés	38
Beni-Abbés, 23 de febrero de 1950	39
Segunda parte	82
1 El misterio de Nazaret	83
2 Cómo el padre De Foucauld descubrió y vivió el misterio de Nazaret	87
3 Ermitas y Fraternidades del padre De Foucauld[46]	97
4 Nazaret, forma de vida religiosa	109
Tercera parte	119
1 Hermanitos de Jesús	120
2 Redentores con Jesús	124
3 Permanentes en la oración	132
4 Ejercicios y liturgia	146
5 Ascética de las Fraternidades	157

6 Pobreza	171
7 Trabajo	184
8 Teología: vida intelectual y perfección evangélica	197
9 El amor de castidad	211
10 La obediencia	227
11 El Hermanito sacerdote	243
Cuarta parte	254
1 La unidad del amor	255
2 El desgarramiento del amor	270
3 Nazaret	275
4 Pobreza y amor	281
5 Nochebuena	285